



SARAH LARK

*Las*  
LÁGRIMAS  
*de la*  
DIOSA MAORÍ

Echaron a volar sus cometas y sus sueños hacia los dioses.  
Y aquellas se llevaron consigo la tristeza.

B

LAS LÁGRIMAS DE LA DIOSA MAORÍ

Sarah Lark

Traducción de Susana Andrés



Título original: Die Tränen der Maori-Göttin

Traducción: Susana Andrés

1.ª edición: marzo, 2015

© 2012 by Bastei Lübbe GmbH & Co. KG, Köln

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

DL B 3564-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-978-7

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del **copyright**, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Contenido

## PRÓLOGO

## EL REGALO DE LOS DIOSES

1

2

3

4

5

6

7

8

9

## MUJERES FUERTES

1

2

3

4

5

6

7

8

9

## EN EL NOMBRE DEL AMOR

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

## LA BENDICIÓN DE LOS ESPÍRITUS

1

- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

## EL MAGO DE OZ

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10

## DESPERTAR

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12

## EL REGRESO DE LAS ESTRELLAS

- 1
- 2
- 3
- 4

## Epílogo

## Agradecimientos

Como es habitual, son muchos los que han participado en la creación de este libro, desde mi maravilloso agente Bastian Schluck hasta mi correctora de texto Margit von Cossart, pasando por mi no menos estupenda editora Melanie Blank-Schröder. Sin ellos me habría enmarañado irremediabilmente en la espesura temporal de mis historias y a veces también extraviado. Las fechas y los puntos cardinales no son mi punto fuerte.

Mi gratitud también a los lectores del manuscrito, y en esta ocasión también a mis padres y amigos de Mojácar, que durante semanas tuvieron que convivir con cierto ensimismamiento por mi parte. Doy las gracias especialmente a Joan y Anna Puzcas, el matrimonio que cuida de mi casa y que últimamente ya puede leer mis libros porque se han publicado en castellano. ¡Sin ellos no funcionaría nada, ni los viajes a través de la lectura ni la inmersión durante meses en culturas lejanas!

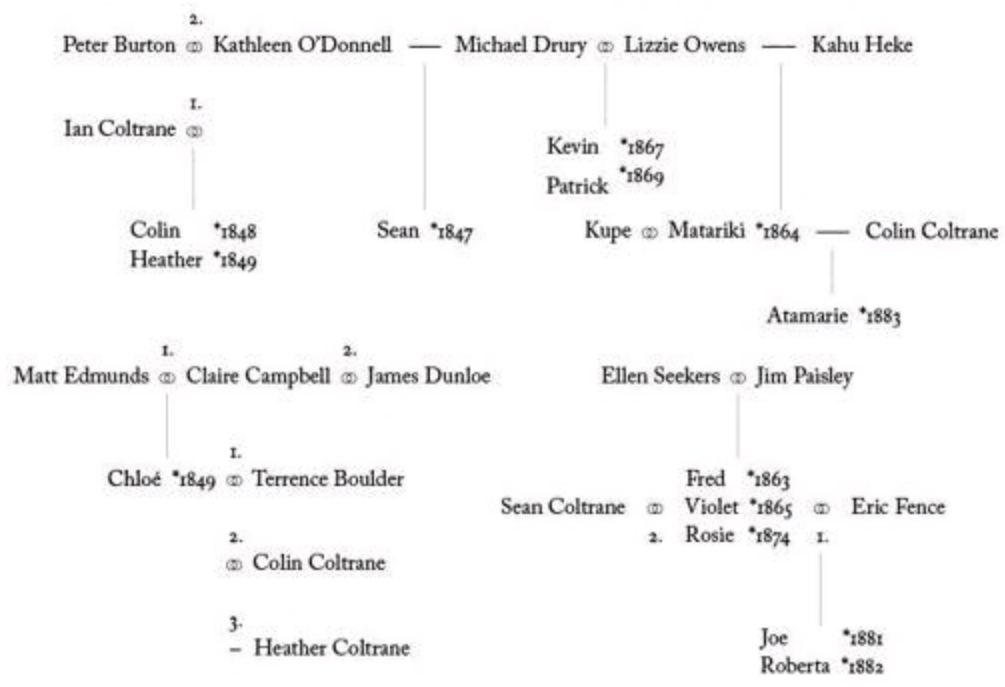
Y, naturalmente, muchas, muchas gracias a todas las personas que colaboran en aproximar este libro al lector, desde el departamento de marketing y distribución de Bastei Lübbe hasta los librereros. ¡Y, por supuesto, a quienes han contribuido en mayor medida al éxito de Sarah Lark, los lectores mismos! He conocido a muchos últimamente y he disfrutado del contacto personal con ellos.

SARAH LARK









# PRÓLOGO

*Nueva Zelanda*  
*Parihaka*

1894

El crepúsculo descendía lentamente sobre las montañas y el mar. El sol, que solía estar bajo durante el invierno, se hundía sereno en el mar mientras sus últimos rayos impregnaban de un resplandor dorado rojizo el majestuoso monte Taranaki.

La cumbre de la montaña estaba cubierta de nieve y constituía un impresionante escenario para el poblado de Parihaka.

«Como si fuera una atalaya —solía decir la madre de Atamarie—, disfrutamos de su belleza y nos sentimos seguros con su presencia.»

Atamarie encontraba esto a veces un poco extraño: a fin de cuentas, en la escuela había aprendido que el monte Taranaki era un volcán, y no precisamente de los apacibles. La última erupción se había producido ciento cincuenta años atrás y teóricamente podía volver a repetirse en cualquier momento. Pero su madre no hacía caso de tales argumentos cuando Atamarie hablaba con ella. «Qué va, Atamarie, los dioses conservarán ahora la paz, ya ha pasado el período de guerras», decía. Y entonces contaba a Atamarie y a los otros niños la leyenda acerca del dios del monte Taranaki, que se peleó con otro dios de montaña por el amor de una diosa del bosque. La diosa Pihanga se decidió por el rival y Taranaki se retiró a la costa, enfadado tras la pelea entre los dioses. Estalló así la guerra en su mundo y en el de los seres humanos. Pero había esperanza. En cierto momento, Taranaki cambiaría su actitud beligerante y cuando los dioses se reconciasen, los hombres gozarían también de una paz duradera.

La mayoría de los niños escuchaban esas historias boquiabiertos y muy serios, pero a Atamarie le interesaba más la actividad volcánica del monte y sus efectos sobre la tierra. Sus asignaturas favoritas en la Otago Girls' School de Dunedin eran las Matemáticas, la Física y la Geografía. De las historias románticas ya se ocupaba su amiga Roberta.

De ahí que esa noche Atamarie sintiera poco interés por las narraciones y canciones de los ancianos de Parihaka, que hablaban a los niños de las constelaciones que aparecerían en el firmamento esa noche o las siguientes: de Matariki —los ojos del dios Tawhirimatea— o de una madre con seis hijas que se dirigían a ayudar al extenuado sol a recuperarse tras el invierno... Para Atamarie no eran más que las Pléyades, que cada invierno a esa hora surgían en el cielo de Nueva Zelanda. Muy útiles para fijar el solsticio de invierno y, en épocas anteriores, para la navegación por el mar que separaba Hawaiki, el lugar de origen de los maoríes, y Aotearoa, el país donde vivían en la actualidad y que los blancos llamaban Nueva Zelanda. Por supuesto, eran muy hermosas para ser contempladas en el cielo nocturno. Sin embargo, la magia de las estrellas no se apoderaba de Atamarie y apenas prestaba atención a las sagas y relatos en torno a Matariki.

En cambio, lo que sí atraía su interés era la función de los hornos de tierra, que los habitantes de Parihaka llenaban previamente con verduras y carne. Esta actividad formaba parte de la ceremonia de la fiesta de año nuevo que los maoríes celebraban con la aparición de las Pléyades a finales de mayo o principios de junio.

Atamarie observaba fascinada los orificios incandescentes que los hombres excavaban por la mañana. Los *hangi* aprovechaban la actividad del Taranaki para cocer los alimentos. La carne y las verduras se envolvían en hojas y se colocaban en cestos que se depositaban sobre las piedras calientes. A continuación se cubrían con paños húmedos y se cerraba la cavidad con tierra. Los alimentos se cocían durante las horas siguientes para estar listos, a ser posible, exactamente en el momento en que brillara la constelación de Matariki en el cielo.

Atamarie buscaba las estrellas con la misma avidez que los demás niños. Se alegraba de la

fiesta, a fin de cuentas había viajado expresamente desde Dunedin hasta la Isla Norte para participar en ella. Sin embargo, no estaba segura de que las Pléyades realmente aparecieran durante las breves vacaciones de invierno. Pero Matariki y Kupe, la madre de Atamarie y su padre adoptivo, habían insistido en que lo hiciera.

«¡Tienes que asistir a la fiesta del año nuevo de Parihaka! —le había escrito Matariki, que llevaba el nombre de la constelación. Muchos nombres maoríes aludían en su origen a fenómenos de la naturaleza; Atamarie, por ejemplo, significaba “salida de sol”—. Aquí tiene un encanto especial.»

La muchacha puso los ojos en blanco. Para sus padres, todo lo relacionado con Parihaka tenía un encanto especial. Antes de que naciera Atamarie habían vivido en el famoso poblado, en la época en que el líder Te Whiti predicaba ahí la paz entre los blancos, los **pakeha** y los maoríes. Kupe estuvo en la cárcel después de que los ingleses asaltaran el poblado y expropiasen a sus habitantes. Y Matariki huyó con el hombre que sería el padre biológico de Atamarie.

A pesar de todo, Te Whiti había regresado mucho después a Parihaka, y con él muchos de sus fieles partidarios. Habían reconstruido el poblado y estaban ocupados en volver a convertirlo en un centro espiritual de los primeros colonos de Nueva Zelanda. Aunque esta vez menos impulsados por los sueños que por contratos y convenios más seguros. Kupe y Matariki habían comprado una parcela de terreno al gobierno de Taranaki, aunque no le parecía nada justo tener que pagar a los blancos por las tierras de su propia tribu. Kupe, quien entretanto ya era abogado, había presentado algunas demandas. Era muy probable que Te Whiti y su tribu recibieran indemnizaciones y a la larga recuperasen su tierra.

En cualquier caso, la gente regresó y Parihaka volvió a llenarse de niños a los que Matariki daba clases en una nueva escuela. En principio, no podía siquiera considerarse la idea de construir una High School. Por esa razón Atamarie asistía a una reputada escuela de chicas de Dunedin y alternaba los fines de semana en casa de sus abuelos y con la familia de su amiga Roberta.

Atamarie solo podía viajar a Parihaka durante las vacaciones. Se alegraba de reunirse con sus padres y disfrutar de la libertad con que se vivía en el poblado maorí, donde había menos normas y prohibiciones que en la Otago Girls' School. No obstante, tenía suficiente con unas semanas de tejer lino, bailar y tocar los instrumentos tradicionales de los maoríes, pescar y trabajar en los campos de cultivo. A Atamarie le gustaba el lema de Parihaka: «¡Queremos hacer del mundo un lugar mejor!», pero tenía unas ideas al respecto muy distintas de las que sostenían quienes enseñaban las artes tradicionales del pueblo maorí en Parihaka. Cada vez que la muchacha se esforzaba por mejorar algo concreto, por ejemplo los bastidores en que tejían el lino o las nasas de pesca, los maoríes rechazaban indignados sus sugerencias. Y a veces hasta hablaban con acritud de los orígenes **pakeha** de Atamarie, razón por la que Matariki todavía se enfadaba más que su hija. A Atamarie no le importaba cuántos de sus antecesores pertenecían a uno u otro pueblo. Lo único que no quería era pasar tejiendo más horas de las necesarias y que se le escaparan los peces de las nasas porque estas no cerraban bien.

Al final de las vacaciones se alegraba de marcharse de Parihaka y volver a Dunedin. La Otago Girls' School era una institución sumamente moderna y las profesoras estimulaban la capacidad inventiva de sus alumnas.

Ahora, sin embargo, se avecinaba la fiesta del año nuevo maorí y en algún momento iban a aparecer las Pléyades. Los ancianos llevaban tres noches seguidas vigilando, lo que era absurdo. Si las estrellas aparecían, sería justo después de la puesta de sol.

—Es un período de espera y recordatorio, Atamarie —explicó Matariki—. La gente mayor reflexiona sobre el ayer, el hoy y el mañana, sobre el año viejo y el nuevo... Para eso no importa tanto que las estrellas aparezcan ese mismo día o el siguiente.

Atamarie no lo entendía, pero nadie la obligaba, por supuesto, a quedarse despierta. Cuando la comida ya se había cocido y consumido y los adultos todavía tocaban sus instrumentos y conversaban, los niños se retiraban a las casas dormitorio, se acostaban y se contaban historias. Para Atamarie era casi como en el internado, pero ahí no había que temer que apareciese una profesora severa y llamara al orden a sus alumnos.

En ese momento contemplaba con los otros niños cómo el sol se hundía en el mar de Tasmania. La luz sobre los campos que rodeaban Parihaka se hizo más difusa y solo la nieve de la cumbre cónica de la montaña adquirió un brillo dorado. El cielo se oscurecía deprisa y de repente... ¡Atamarie vio las estrellas! Con un resplandor claro y brillante, las Pléyades ascendieron sobre el mar conducidas por la mayor de las siete estrellas: Whanui.

Los niños se pusieron a dar la bienvenida a la constelación con la canción tradicional que les había enseñado su profesora Matariki.

Ka puta Matariki ka rere Whanui.  
Ko te tohu tena o te tau e!

(¡Ha vuelto Matariki, Whanui emprende el vuelo!  
¡Es la señal del año nuevo!)

—¡Y es una buena señal! —exclamó la madre de Atamarie, abrazando a su esposo y su hija. Kupe había viajado de Wellington a Parihaka para celebrar con ellas la fiesta. Con frecuencia tenía trabajo allí; entre otras actividades, aspiraba a obtener uno de los escaños maoríes en el Parlamento. En ese momento, besó a Matariki y a Atamarie y escuchó cómo su esposa interpretaba la señal.

»Cuando las estrellas brillan con tanta claridad, el invierno será corto y podremos sembrar en septiembre —explicó a su familia y sus alumnos—. Por el contrario, cuando parecen veladas y están cerca las unas de las otras, como si quisieran darse calor mutuamente, significa que el invierno será duro y que hasta octubre no podremos empezar a plantar.

Atamarie volvió a arrugar la frente. Su profesora de Dunedin probablemente habría atribuido a la presencia de nubes la mala visibilidad de las estrellas. La niña se planteaba en ese momento otras preguntas.

—¿Por qué lloran las abuelas, mamá? —preguntó. A la vista de las estrellas, los ancianos habían empezado a llorar y lamentarse—. ¡Es bonito que las estrellas estén allí! ¡Y que empiece un año nuevo!

Matariki asintió y se apartó el cabello negro y largo de la cara.

—Sí, pero los ancianos todavía piensan en el año pasado. Ponen a las estrellas los nombres de las personas que han muerto desde la anterior ocasión en que los astros aparecieron y rezan por ellas. Y entonces lloran a sus muertos por última vez antes de que empiece el nuevo año.

Los ancianos empezaban también a abrir los *hangi* con ayuda de Kupe y otros hombres. Poco después un agradable olor se elevó hacia el cielo desde los hornos de tierra.

—El aroma nutre las estrellas —señaló Matariki— y renueva sus fuerzas tras el largo viaje.

A Atamarie se le hizo la boca agua, pero antes de empezar a comer las delicias que salían de los hornos, había que realizar distintas ceremonias de bienvenida a las estrellas. Jóvenes y ancianos cantaban y bailaban los tradicionales **haka**. Además empezaban a circular entre los adultos jarras con cerveza y vino y botellas de whisky, y Matariki y Kupe se ponían nostálgicos como siempre y hablaban con sus amigos sobre los viejos tiempos en Parihaka. Si uno se creía todo lo que decían, la vida entonces era una fiesta continua. El poblado rebosaba de gente joven llegada de todos los rincones de Aotearoa y cada noche se bailaba y resonaban las risas y la música.

La mayoría de los adultos pasaba toda la noche de año nuevo junto a las hogueras exteriores, pero Atamarie y los otros niños se quedaban dormidos para despertar con energías renovadas por la mañana. El día de año nuevo proseguía la fiesta, se bailaba y cantaba de nuevo, se practicaban juegos y los jóvenes sacaban sus cometas. Confeccionar cometas era una de las tradiciones de Aotearoa que se mantenían vivas en Parihaka. La palabra maorí que las denominaba era **manu**.

Un par de entendidos en el arte de confeccionar cometas había dado clases las últimas semanas en el poblado. Pero cuando Atamarie llegó de Dunedin, todos los hombres y niños del lugar habían terminado ya sus trabajos y ella misma no pudo colaborar. Así pues, se hallaba ahora con las manos vacías, mientras los demás experimentaban exultantes el gran momento en que remontarían por el cielo sus **manu** como mediadoras entre el mundo y las estrellas, los dioses y los seres humanos. Claro que se sentía un poco triste por no haber podido asistir a las clases, pero Atamarie estaba impaciente por ver volar las cometas. A diferencia de las demás niñas, lo que ella más admiraba no eran los adornos de colores de las **manu**, con plumas y conchas, o las primorosas pinturas que les ponían caras y las convertían en **birdmen**, hombres voladores. Para Atamarie era más importante averiguar cómo esos amazones planos, pero aun así pesados, de madera y láminas se elevaban por el aire.

Se acercó a un muchacho que preparaba una cometa grande esmeradamente decorada con rombos y distintivos de la tribu.

—No tiene cola —observó.

El muchacho la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué una **manu** iba a tener cola? —preguntó.

—Porque las cometas **pakeha** la tienen. Lo he visto en ilustraciones.

El chico se encogió de hombros.

—El **tohunga** no nos ha dicho nada de eso. Solo que se necesita una estructura y una cuerda, o dos, si se quiere dirigir. Pero esto todavía no nos lo ha enseñado. Dijo que era difícil.

No obstante, el chico había colocado dos cuerdas de lino en su aparejo.

—Pero lo primero que tiene que hacer es volar —constató Atamarie—. ¿Cómo se hace? ¿Por qué sube una **manu**?

—Gracias al aliento de los dioses. La **manu** baila con la fuerza vital de ellos.

Atamarie frunció el ceño.

—O sea, gracias al viento —observó—. Pero ¿y si no hay viento?

—Si los dioses le niegan su bendición, no flota —contestó el muchacho—. A no ser que se la arroje desde un acantilado o algo así. Pero de ese modo no transmite ningún mensaje a los dioses, tampoco baila en lo alto, sino que solo se desliza hacia abajo. —Y empezó a manipular las cuerdas de su enorme cometa. Atamarie lo ayudó a enderezar la armazón.

—Es casi tan grande como yo —dijo—. ¿Crees que se la podría... hummm... montar como a un caballo? ¿Y volar con ella? —A Atamarie esto le interesaba mucho más que comunicarse con los dioses.

El chico se rio.

—Se dice que alguien lo hizo. Un jefe de los ngati kahungunu, Nukupewapewa. Quería conquistar el **pa** Maungaraki, pero no funcionaba, sus guerreros no conseguían asaltar los muros del fuerte. Por eso construyó una **manu** enorme de hojas de raupo, con forma de pájaro con las alas extendidas. Ató fuertemente a un hombre y dejó caer la cometa desde unas rocas que había por encima del **pa**. La **manu** aterrizó en el fuerte y el hombre volador abrió las puertas al conquistador.

Atamarie lo escuchaba con los ojos brillantes.

—La tuya también es una **manu raupo** —afirmó—. Debes de haber ido lejos, no sabía que por aquí creciera el raupo. —Hablaban de una especie de junco frecuente en zonas pantanosas.

El joven rio confundido, como si ella hubiese descubierto su secreto.

—Pues sí... —contestó—. No fue fácil de encontrar. Pero seguro que ha valido la pena. —Su rostro reflejaba el deseo de llegar hasta los dioses.

—¡Rawiri! ¿Qué haces? ¿Es que no quieres que tu cometa eche de una vez a volar?

El chico se estremeció al oír al **tohunga**. En efecto, tanto él como Atamarie se habían perdido el remonte de las primeras cometas. La mayoría de los chicos ya habían remontado sus artefactos y contemplaban fascinados cómo se elevaban. Los sacerdotes de Parihaka rezaban y cantaban para que las cometas llevaran a las estrellas sus deseos y bendiciones. Atamarie quedó unos minutos cautivada por la maravillosa visión de las coloridas **manu** contra el despejado cielo invernal. También el maestro había hecho volar su impresionante **manu aute** y la dirigía con destreza entre las cometas más pequeñas de sus alumnos.

Rawiri, sin embargo, seguía peleándose con los dos cordeles y no lograba manejar esa cometa tan grande él solo.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció Atamarie ansiosa.

El joven asintió. Entonces la muchacha cogió la cometa y casi se cayó por la violencia con que el viento la arrancó de sus manos. La cometa se elevó directa hacia el cielo, pero cuando Rawiri hizo el primer intento para marcar su trayectoria, tirando más de la cuerda derecha que de la izquierda, se desplomó tan rápido como había subido.

Atamarie y Rawiri corrieron consternados hacia la cometa caída, pero por suerte seguía en buen estado.

—No se ha roto nada importante —señaló Atamarie. Solo los adornos de plumas y conchas habían salido un poco mal parados.

Rawiri frunció el ceño y pensó cómo arreglar los adornos.

—El **tohunga** dice que son importantes. La cometa ve a través de los ojos de las conchas, y la pintura es nuestro mensaje a los dioses...

Los **tohunga** no solo eran maestros en determinados ámbitos, como la confección de cometas, el tallado del jade, la música o la sanación, sino que establecían contacto con los dioses correspondientes a sus artes.

Atamarie se encogió de hombros.

—Lo primero que tiene que hacer es ascender hasta los dioses —observó—. Probémoslo otra

vez. Ya enviaremos el mensaje cuando veamos que la cometa funciona.

No le apetecía nada esperar a que Rawiri arreglara los adornos. En lugar de ello, observó la cometa del **tohunga**, que miraba con cierta superioridad el pájaro caído de Rawiri. Él le había dicho que para un principiante era muy difícil confeccionar una cometa dirigitible. Pero el afán de Atamarie había despertado.

—Tienes que atar las cuerdas más hacia fuera —sugirió—. Y más al fondo. Lo mejor sería que tuviésemos cuatro...

Rawiri pareció un poco dolido en su orgullo, pero, tras otro intento fracasado, ató las cuerdas como quería Atamarie. ¡Fue un éxito total!

La cometa volvió a ascender con rapidez, pero esta vez flotó más segura en el aire, y cuando Rawiri trató de dirigirla, obedeció sus indicaciones.

—¡Funciona! ¡Vuela! ¡Y como yo quiero que vuele! —gritó alborozado Rawiri. Su cometa con forma de pájaro se sostenía orgullosa junto a la triangular del maestro.

»¿Quieres probar tú también? —le ofreció.

Atamarie agarró las cuerdas sin vacilar. Era la única muchacha que sostenía las cuerdas de una **manu**, pero no le importaba. Hizo ondear la cometa en el cielo.

—Creo que la leyenda de los **ngati kahungunu** es cierta —comentó Rawiri—. Se puede volar con ella. Como un pájaro. La cometa solo tiene que ser grande y que los dioses se pongan de su parte.

Atamarie asintió. Claro que se podía volar con ella, el viento casi la había levantado del suelo hacía unos minutos. Pero...

—Tiene que funcionar también sin viento —observó.



# EL REGALO DE LOS DIOS

*Nueva Zelanda  
Dunedin, Christchurch,  
Lawrence, Parihaka*

1899-1900

La Escuela de Magisterio se hallaba en un edificio anexo a la Universidad de Dunedin. A Atamarie la sobria construcción le resultó sencillamente horrible. Pero ella no tenía que estudiar ahí. El College que acababa de admitirla era mucho más amplio e imponente. De estilo gótico, había dicho su tía Heather, pero claro, neogótico. Cuando en Europa se construían catedrales góticas, Nueva Zelanda todavía no estaba colonizada por los blancos.

Atamarie se preguntaba si tendría que aprenderse todos los estilos arquitectónicos si estudiaba en el Canterbury College. De hecho, en el programa de estudios se incluía la asignatura Construcción de Edificios. Pero sería algo distinto de Arquitectura, ¿no? En fin, ya habría tiempo suficiente para ocuparse de ello. Ahora tenía que contarle su logro a Roberta y enterarse de cómo le había ido a ella ese primer día.

Atamarie subió la escalinata de la entrada y se sentó en los escalones más altos. Canturreó dichosa. Estaba de un humor excelente, aunque algo cansada por el largo viaje. Sin embargo, la conexión era buena, en la actualidad no representaba ningún gran problema viajar de Christchurch a Dunedin.

Eso al menos se decían Atamarie y Roberta desde que se habían decidido por esos estudios y habían confirmado que, por primera vez en nueve años, sus caminos iban a separarse. Las chicas se habían conocido cuando sus madres aún vivían en Wellington, en la Isla Norte, y dirigían juntas el despacho de una de las organizaciones que luchaban por obtener el derecho de voto para la mujer. Una vez que eso se hubo felizmente conseguido, ambas se habían casado. Matariki, la madre de Atamarie, se había mudado con su marido Kupe a Parihaka, y la madre de Roberta, Violet, se había marchado a Dunedin, la ciudad de su marido Sean. Naturalmente, se había llevado a Roberta. Esta, como Atamarie, asistió a la Otago Girls' School. Unas pocas semanas atrás las dos habían concluido sus estudios superiores y celebraban un nuevo éxito de las feministas neozelandesas: las universidades de la Isla Sur estaban abiertas, sin limitaciones, a las mujeres. Incluso si deseaban estudiar carreras inusuales para ellas, como Atamarie.

En el interior del recinto estudiantil algo ocurría en esos momentos. Las clases del día habían concluido y los primeros estudiantes empezaban a salir. Casi todos eran jóvenes vestidas con un estilo conservador, faldas estrechas oscuras acompañadas de blusas de colores a juego bajo severas americanas. Unas pocas llevaban los sobrios vestidos reforma, que caían como sacos y que a ojos de Atamarie resultaban tan aburridos como las capotas, al parecer inevitables, que allí todas las jóvenes se ponían para pasear. Pero también pasaban otras cosas. Atamarie y Roberta no utilizaban corsé, pero sus vestidos, de corte refinado, procedían de Lady's Goldmine, la tienda de modas más famosa de la ciudad. Tanto Roberta como Atamarie llamaban abuela a Kathleen Burton, una de las propietarias de la **boutique**, si bien solo Atamarie tenía lazos de sangre con ella. El padre biológico de la muchacha era Colin, hijo de Kathleen, al igual que Sean, el padre adoptivo de Roberta.

En cualquier caso, ese día Atamarie llevaba un vestido reforma color amarillo sol, estampado con flores de colores, encima una mantilla verde oscuro y además un bonito sombrero de paja que le cubría el cabello rubio. Percibió las miradas de los pocos estudiantes varones deslizándose complacidas sobre ella, mientras que las mujeres la observaban indignadas. Seguro que no era normal, y era posible que incluso estuviese prohibido, sentarse en los escalones.

Pero por fin apareció Roberta y Atamarie se levantó de un brinco para abrazar a su amiga.

Aunque le había costado reconocerla a primera vista, Roberta ponía mucho ahínco en ajustarse al tipo de vestuario del lugar. Llevaba un discretísimo vestido azul oscuro combinado con un corto abrigo negro.

—¡Pareces una lechuza! —le reprochó Atamarie, una vez que hubieron intercambiado los primeros saludos—. ¿Tienes que ir así vestida? Ese sombrero parece sacado del baúl más profundo de la abuela Daldy.

Amey Daldy era una sufragista muy apreciada por las madres de Atamarie y Roberta, pero que no destacaba precisamente por su extravagancia en el ámbito de la moda.

Roberta sonrió avergonzada, atrayendo con ello la atención de los estudiantes varones pese a su recatado vestuario. Se vistiera como se vistiese, Roberta era una hermosura. Su cabello espeso, en ese momento recogido en un moño y que suelto se desparramaba haciendo ondas sobre la espalda, era de un potente color castaño. Tenía una cara en forma de corazón y pese a su belleza clásica obraba un efecto dulce y suave. Tenía los labios carnosos y ojos azules, no de un turquesa espectacular como los de su madre, pero de un azul intenso y claro como los lagos de montaña.

—Nuestro aspecto tiene que ser serio —contestó—. Pero ¿como el de todas las estudiantes? —preguntó, lanzando una mirada de desaprobación a su amiga.

Atamarie se encogió de hombros.

—Yo llamo la atención me ponga lo que me ponga. Y ahora no me digas que las lechuzas son las aves de la sabiduría. Si quieres saber mi opinión, las cotorras son más listas.

Roberta rio y la cogió del brazo. Si tenía que ser honesta, había echado de menos a su compañera los dos días que Atamarie había pasado en Christchurch. En cualquier caso, esos días se había reído bastante menos.

—¿Has conseguido plaza? —preguntó mientras las dos se dirigían al café que había junto a la universidad.

Atamarie asintió.

—Claro. No podía ser de otro modo. Tenía las mejores notas de todos. Pero ¡fue divertido! Al principio el profesor Dobbins me tomó por una especie de espejismo. —Soltó una risita y arrugó la nariz como si llevara quevedos o unas gafas gruesas. Luego imitó al profesor universitario—. Señor Parekura Turei... o no... hummm... ¿señorita? El hombre estaba totalmente confuso. Y eso que se había alegrado mucho de tener al primer estudiante maorí. Es posible que se esperase a un guerrero enorme con tatuajes.

Roberta se rio.

—Y entonces apareces tú...

Atamarie no tenía nada en común con un guerrero maorí. No era menuda pero sí delicada, sus formas femeninas apenas se insinuaban bajo el holgado vestido reforma. Por añadidura, nadie habría sospechado a primera vista que fuera maorí. Si bien Atamarie tenía la tez algo más oscura que la mayoría de las blancas y los ojos un poco rasgados, en lo demás era idéntica a su abuela Kathleen, una belleza clásica de pómulos altos, nariz recta y labios finos.

—Pero ¿cómo ha podido? Por tu nombre...

Atamarie hizo un gesto de ignorancia.

—Tienes que admitir que muchos nombres maoríes también terminan con i —señaló—. Y el hombre es ingeniero, no lingüista. Se nota porque al principio hasta le faltaban las palabras. Pero me he presentado y le he dado mi diploma...

—¿Y qué ha dicho al respecto? —preguntó Roberta.

Amatarie se echó a reír.

—Mientras no tenía que mirarme todo iba bien. Y eso que no inspiro miedo, ¿verdad? — Roberta puso los ojos en blanco. Amatarie sabía que ofrecía un aspecto más que agradable—. Pero cada vez que levantaba la vista de los papeles parecía dudar de lo que veía. Y luego me preguntó si sabía realmente lo que me esperaba ahí y me recitó el programa de estudios: bases de la construcción de edificios, puentes y caminos, topografía, dibujo técnico, geometría práctica, teoría y práctica de la construcción de máquinas de vapor...

Amatarie sonrió de dicha anticipada.

—¿Y tú qué le dijiste? —Roberta ya se temía lo peor.

Amatarie pestañeó.

—¿Pues qué voy a decirle? Que me intereso por las máquinas voladoras. Y también le hablé un poco de Cayley y Lilienthal, para que no pensara que soy de las que... hummm... construyen castillos en el aire. —Volvió a reír.

Roberta abrió la puerta del café.

—Todo un milagro que no hayas salido volando de inmediato —observó.

Amatarie arqueó las cejas.

—Entonces el tío Sean habría denunciado al college —replicó tranquila—. Pero el profesor Dobbins reaccionó bien, fue muy amable e incluso sonrió. Y dijo que siempre le parecía bonito que un estudiante fuera de altos vuelos. Entonces me dejó marchar para sorprender al siguiente. El estudiante que tenía que enseñar a los nuevos la universidad necesitó mucho más para recuperarse del susto.

El Canterbury College of Engineering había empezado doce años atrás con dos docentes a tiempo parcial y doscientos veinte estudiantes. El círculo de estudiantes seguía siendo reducido y Amatarie sería la primera mujer que ingresaría en él.

—¿Y qué tal lo demás? —preguntó Roberta—. ¿Con Heather? ¿Habéis hecho algo?

Amatarie se encogió de hombros.

—Primero tuvimos que buscar una habitación. Pero fue sencillo, Heather y Chloé tienen a unas conocidas en Christchurch, dos mujeres muy simpáticas. Viven juntas como Heather y Chloé y tienen una librería. Allí recibiré enseguida todos los libros que necesite. Y la casa es bonita y está cerca de la universidad. La habitación es bastante grande, y ¡tengo que informar previamente si espero visita masculina!

Rio burlona. Esta última regla era generosa si se consideraba que por regla general las estudiantes tenían prohibido recibir en la habitación amigos del sexo opuesto. Pero Heather y Chloé eran abiertas y modernas y, por lo visto, también lo eran sus amigas.

—¡No irás a buscarte ya un amigo! —se escandalizó Roberta.

Amatarie suspiró.

—Robbie, soy la única mujer que estudiará Ingeniería. Si no quiero aislarme totalmente tendré que hacer amistad con chicos a la fuerza. Lo que no significa decir que vaya a compartir la cama con ellos.

Roberta se sonrojó en cuanto Amatarie se refirió a las relaciones sexuales de forma tan directa. Las dos jóvenes carecían de prejuicios, y también Roberta había pasado las vacaciones en Parihaka y había presenciado la conducta relajada de las mujeres maoríes respecto a las relaciones entre ambos

sexos. A pesar de todo, ella se habría expresado de forma más prudente. Todavía no tenía experiencia práctica con el otro sexo, mientras que Atamarie ya había intercambiado besos con algún apuesto joven de Parihaka. Roberta era más romántica. Podía enamorarse, pero se lo guardaba para ella...

—Además, estuvimos también en el hipódromo. En Addington. Porque Rosie se empeñó en ir. Pero lamentablemente no había ninguna carrera de trotones. No obstante, fue divertido. Lord Barrington nos invitó al palco de propietarios, bebimos champán y pudimos apostar a los caballos.

—¡Atamie!

Roberta estaba horrorizada. Había crecido en el ambiente de las carreras y siempre lo había odiado. El juego y el whisky, así se lo había inculcado su madre desde pequeña, podían destruir una familia. Y lo decía por experiencia: el padre biológico de Roberta había sido víctima de los dos.

—¡No te pongas así! Lord Barrington insistió. Y Heather perdió y yo gané. Dos veces. Y eso que era sencillísimo, siempre aposté por el caballo con las patas más largas y el cuerpo con forma más aerodinámica. Todo pura física... bueno, la tercera vez no funcionó, creo que estaba perezoso. Pero ¡me queda suficiente para pagar el café!

Decidida, Atamarie pidió, además, un gran plato de pasteles.

—También estuvimos en una galería... pero he olvidado cómo se llamaba el artista. Heather estaba entusiasmada. Por cierto, ¿irás esta noche? ¿O para ser maestra no solo hay que vestirse como una lechuza, sino también acostarse con las gallinas?

Roberta miró vacilante a su amiga.

—Las lechuzas son aves nocturnas —bromeó—. Y claro que iré. ¡Es un **vernissage**, no una salida a un club nocturno! ¿No recuerdas cómo se llama la artista?

Atamarie confirmó que no; en eso no era la única en Dunedin. Aunque en la ciudad había mucha gente rica que podía permitirse comprar arte, solo unos pocos sentían auténtico entusiasmo por dicha disciplina. Pese a ello, los **vernissages** en la galería de Heather y Chloé Coltrane eran muy bien recibidos. Formaban parte de los actos sociales más importantes de la ciudad y las invitaciones estaban muy solicitadas. Por otra parte, Chloé era una maravillosa anfitriona y Heather disfrutaba de reconocimiento como artista lejos de Nueva Zelanda. Las dos mujeres llevaban diez años viviendo juntas y muchos clientes suponían que eran hermanas. No era cierto, Chloé debía su apellido al desdichado matrimonio con el hermano de Heather.

Atamarie y Roberta callaron unos minutos mientras les servían el café y los pasteles. Roberta puso azúcar en su taza mientras Atamarie se quedó absorta en sus pensamientos. Era posible que ya estuviese pensando qué vestido se pondría por la noche, seguro que Kathleen ya tendría algo nuevo para sus dos nietas. Solía afirmar que las chicas le hacían un favor aceptando sus caros vestidos. Al final servían de ese modo de reclamo para Lady's Goldmine.

Tras una breve vacilación, Roberta se atrevió a hacer una pregunta a la que llevaba tiempo dándole vueltas.

—¿Sabes por casualidad si... si... hummm... viene tu tío?

Atamarie sonrió burlona.

—¿Cuál? —preguntó con intención.

Roberta se ruborizó.

—Bueno... ya sabes... Kevin.

Intentó que su voz sonase normal, casi como si le costase recordar el nombre de Kevin. Pero no

lo conseguí. Atamarie la conocía demasiado bien. Sabía exactamente de cuál de los dos hermanos más jóvenes de su madre estaba hablando. Desde hacía meses, Roberta estaba enamorada de Kevin, el mayor de los dos, que, como el abuelo de Atamarie, llevaba el nombre de un santo irlandés. Pero nadie podía saberlo, claro. Era una tontería esperar siquiera que el exitoso y joven médico se percatara de la amiga de su sobrina, mucho menos que le insinuara algo. En cualquier caso, mientras Atamarie y Roberta todavía iban a la escuela, había habido muy pocas probabilidades. Pero ahora, como estudiantes de universidad... Los padres de Roberta pertenecían a la buena sociedad de Dunedin y, por consiguiente, la joven recibía invitaciones a conciertos y bailes, vernissages y representaciones de teatro. Kevin Drury asistía a casi todos estos actos. Hacía unos años había abierto una consulta con un amigo en Dunedin y todavía reclutaba nuevos pacientes. Por supuesto, gente adinerada sobre todo y preferiblemente mujeres. Estas acudían gustosas a visitarse con el joven médico. Con su cabello ondulado y negro y sus vivaces ojos azules no cabía duda de que era muy apuesto. Por añadidura, era un jinete intrépido que no pasaba por alto ninguna cacería y que de vez en cuando hasta llegaba a competir con su caballo en el hipódromo.

El hermano de Kevin, Patrick, no llamaba tanto la atención. Había estudiado agricultura y pensaba encargarse un día de la granja de sus padres. De momento trabajaba como asesor de la asociación de ganaderos y del Ministerio de Agricultura de Otago. La zona estaba volviendo a transformarse en una región de carácter agrícola tras haber sido un centro de extracción de oro. Y no todos los nuevos terratenientes y criadores de ovejas sabían cómo regular los pastizales y obtener la lana. Sin embargo, alguno había que soñaba con vivir como un auténtico barón, aunque en el fondo no tuviera más experiencia —y suerte— en ello que con el lavado del oro.

—Kevin seguro que viene —respondió Atamarie—. De todos modos, Heather ha dicho que tiene una novia nueva. Al parecer es preciosa y está pensando en pedirle que pose para ella...

Uno de los motivos favoritos de Heather eran los retratos de mujeres, campo en el que había alcanzado mucho renombre. Sabía cómo plasmar en imágenes la esencia de una mujer, su carácter y sus experiencias.

Roberta suspiró.

—También Kevin es muy guapo —observó como de paso, pero con tono más bien abatido.

Atamarie rio, cogió el brazo de su amiga y fingió que iba a zarandearla.

—Puede que sea el príncipe, Robbie, pero tú no tienes nada de Cenicienta. Si te enderezas un poco y dejas de ir con la mirada clavada en el suelo todo el rato, o te pones roja y empiezas a tartamudear cuando ves a Kevin, podrás superarlas a todas.

Roberta siguió removiendo su café.

—Para eso tendría al menos que mirarme una vez —murmuró—. Pero él...

—Entonces actúa de otro modo y desmáyate, ¡con eso te bastará! —propuso en broma Atamarie—. No pasa nada, te dejas caer y gritas: «¡Necesito un médico!» Así no tendrá escapatoria.

Roberta debería haberse echado a reír, pero se limitó a mordisquearse el labio inferior.

—No me tomas en serio —dijo.

Atamarie gimió.

—A lo mejor es que te tomas el asunto con Kevin demasiado en serio —señaló—. Lo que es muy sospechoso. Porque tú... tú no solo quieres un par de besos, ¿no? Buscas a un hombre que te quiera de verdad. Y a ese respecto, con Kevin vas por mal camino. Es amable y divertido, y yo lo quiero mucho, pero él no busca una esposa, al menos no en principio, lo dijo con toda claridad

cuando la abuela Lizzie le habló de ello. A la larga se casará, claro, es lo que se espera de un médico establecido. Pero por ahora... La abuela Lizzie opina que es como el abuelo Michael. Él también aprendió a base de golpes antes de interesarse seriamente por ella. No tengo ni idea de a qué se refiere diciendo eso, pero una cosa sí es segura: Kevin no quiere casarse por ahora. Lo que busca es aventura.

Heather Coltrane no había exagerado al hablar de la nueva amiga de Kevin Drury. Juliet, como este presentó escuetamente a la joven, sin dar el apellido, era de una belleza extraordinaria. Resultaba imposible determinar de dónde procedían sus antepasados. Estaba claro que no era blanca, pero tampoco se apreciaba en su rostro ascendencia maorí. El cabello le caía en espesos bucles negros sobre la espalda, y tenía una piel matizada por un tono dorado oscuro, labios carnosos y ojos azules de una luminosidad asombrosa, flanqueados por espesas pestañas.

—Más bien parece criolla —aventuró Heather. Durante sus numerosos viajes había conocido personas de diversas etnias—. ¿Y no encontráis extraño que la presente sin dar el apellido? ¿Dónde la habrá encontrado?

Heather saludaba en ese momento a la madre y el padre adoptivo de Roberta, Violet y Sean respectivamente, que habían llegado a la galería poco después que su hija y Atamarie. Esta enseguida se había acercado despreocupadamente a Kevin y su nueva amiga y había estado hablando un poco con los dos, mientras que Roberta estaba tan nerviosa que habría querido disolverse en el aire. Durante la exposición no había pronunciado palabra, aunque Juliet no parecía tener intención de retener el nombre de ninguna muchacha. En cambio hablaba solícita con algunos señores que enseguida se habían agrupado en torno a ella y se peleaban por agasajarla con champán y canapés.

—Como país de origen del champán, nuestra dama prefiere Francia —observó agriamente Chloé, al tiempo que saludaba con un beso en la mejilla a Violet—. Es la tercera copa que bebe del champán más caro que tenemos. Si esto sigue así, acabará bailando delante de todos encima de la mesa.

—Es un poco *demimonde*, ¿no? —dijo Violet frunciendo el ceño, y Sean sonrió.

Sonó como si Violet estuviese probando una nueva palabra. De joven le habían regalado una enciclopedia en varios tomos, de donde había extraído todos sus conocimientos. Se había entregado a su lectura durante años, hasta que los conceptos más inusuales le resultaron familiares. Incluso aquellos que en el amable Dunedin tenían pocas oportunidades de ser utilizados.

Heather rio.

—En cualquier caso, muy alejada de una baronesa de la lana. Lizzie y Michael no estarán muy entusiasmados con ella.

Los padres de Kevin y Patrick, Lizzie y Michael Drury, tenían una granja de ovejas en Otago y esperaban que sus hijos contrajeran matrimonio en algún momento con mujeres que acabasen dirigiendo la granja con ellos. Pero Kevin era distinto. Nunca se había interesado especialmente por las labores de la granja y en ningún caso por las hijas de los ricos criadores de ganado de las Llanuras.

Fuera como fuese, la misteriosa Juliet se convirtió en el tema de conversación de la velada (los cuadros algo sombríos que se exponían en la inauguración pasaron a un segundo plano). Las mujeres fueron quienes más se interesaron por sus orígenes. Los hombres ya tenían suficiente venerándola: la silueta de Juliet, delgada pero con exuberantes curvas, resultaba tan fascinante como su exótico rostro. Además, Kevin exhibía a la joven como si fuera un trofeo. Era evidente que estaba orgulloso



de su conquista, aunque tampoco desatendía a sus otras admiradoras. Con Juliet a remolque, pasaba de una matrona de Dunedin a otra, charlando encantador sobre esto y aquello, mientras Juliet sonreía misteriosa y no cedía a ningún intento de sonsacarle información.

—Es que se causa mejor impresión con el corsé —suspiró Roberta cuando Juliet pasó grácilmente por su lado.

Sin embargo, esa noche ella estaba preciosa. Llevaba un vestido azul aguamarina, de un corte refinado y que resaltaba la silueta de su portadora con el drapeado. Naturalmente, un corsé todavía la habría resaltado más, pero sin las ballenas Roberta podía respirar y moverse con más naturalidad. En cambio Juliet, que llevaba además una falda modernísima y muy estrecha, solo era capaz de dar pasitos. Lo que de nuevo le daba un aire conmovedoramente indefenso, pensó Roberta.

—Con el corsé también te desmayas antes —se burló Atamarie—. Así que siempre te quedará esta opción. Vamos, Robbie, ese cuadro de ahí seguro que produce vértigo. ¡Ponte ahí delante y luego te desplomas!

En efecto, los cuadros obraban un efecto más bien deprimente, pero ese día Roberta se sentía mal sin necesidad de contemplar paisajes sombríos. Siguió afligida con la mirada a Kevin y su conquista. Atamarie tiró de ella con energía.

—¡Venga, sonrío, Roberta! Mira, ahí está Patrick, todavía no le hemos saludado.

Patrick Drury, el hermano menor de Kevin, era una persona abierta y cordial, con la que Roberta no solía sentirse intimidada. Con frecuencia la sentaban a su lado en las reuniones sociales, pues hasta el momento él siempre acudía sin pareja y era conocido entre sus anfitriones por su amabilidad. Fuera quien fuese a quien colocasen a su lado, Patrick hablaría con él despreocupadamente. A fin de cuentas, su profesión lo obligaba a tratar someramente con las personas más diversas. En las granjas de ovejas lo recibía todo tipo de gente, desde aristócratas británicos hasta rudos buscadores de oro. Además, hasta entonces Atamarie había tenido la sensación de que su hermano se sentía a gusto con Roberta e incluso que últimamente le brillaban los ojos cada vez que la veía. Antes la había considerado apenas una niña, pero ahora empezaba a descubrir en ella a la hermosa muchacha en que se había convertido.

Así había sido hasta entonces, pero esa noche se comportaba de otro modo. Si bien fue a servir solícitamente champán a las chicas y conversó también un poco con ellas, parecía distraído y se diría que solo estaba con Atamarie y Roberta por educación. Roberta no se dio cuenta, pero Atamarie enseguida se percató de que Patrick parecía tener el mismo problema que su amiga. Tampoco él podía apartar la mirada de Kevin y Juliet. La beldad de cabello negro lo tenía hechizado, pero seguro que con ella no tenía posibilidades de salir airoso.

Patrick no era, ni mucho menos, tan apuesto como Kevin. En lugar del cabello espeso y negro de su padre Michael, había heredado de su madre Lizzie unos rizos de un tono rubio oscuro, así como sus dulces ojos de un azul porcelana. En conjunto, era más bajo y menos imponente que Kevin. No era, con toda certeza, un hombre al que Juliet fuera a dedicar atención suficiente para descubrir su valía interior.

Atamarie abandonó la idea de que Roberta y Patrick entablasen conversación. Ambos acabarían deprimiéndose mutuamente. Siguió arrastrando a Roberta, al tiempo que buscaba a un camarero. Tal vez otra copa de champán conseguiría levantar los ánimos de la muchacha. Patrick, entretanto, siguió como un perrito a su hermano y a la acompañante de este.

En medio de la galería, Roberta y Atamarie tropezaron con Rosie, la sirvienta de Heather y

Chloé. La muchacha, de cabello rubio claro, deambulaba tiesa como un palo, sosteniendo una bandeja con copas de champán. Su apariencia era de una impasibilidad tal que parecía estar imitando una mesa.

Atamarie cogió dos copas y le sonrió.

—¿Qué tal el potro, Rosie? —preguntó. El semblante de Rosie, en realidad bonito, se iluminó.

Rosie solo se desenvolvía bien en el trato con caballos. Como sirvienta respondía más o menos, ya había ayudado a su hermana Violet siendo una niña como doncella de Chloé. Pero feliz de verdad y sumamente hábil era solo con los trotones. Chloé la había instruido cuando todavía administraba con su anterior esposo un criadero de caballos en la región de Fjordlands. En la actualidad el único caballo que le quedaba era la yegua **Dancing Rose**, antes criada para las carreras de trotones, pero que ahora solo tiraba del carruaje de Chloé y Heather. Rosie lo encontraba un poco triste. Pero el último año, Chloé había dejado que un semental cubriese a la yegua y ahora tenían un potrillo hembra en el establo. Y Chloé ya no se negaba con tanta vehemencia a que el animal participase en las carreras. Al fin y al cabo, llevaba años sin ver a su exmarido. Colin Coltrane ya no era nadie en los hipódromos de la Isla Sur, ni Chloé ni Heather, ni tampoco Rosie, corrían peligro de encontrárselo allí. Así pues, ¿por qué no iba **Rose's Trotting Diamond** a reanudar los triunfos anteriores? En cualquier caso, Rosie estaba impaciente por que el potro creciera y poderlo enganchar a un **sulky**.

Mientras Atamarie escuchaba complaciente sus planes, Roberta hablaba con Kathleen Burton y su marido Peter. La presencia del reverendo siempre le resultaba tranquilizadora. Roberta todavía recordaba con precisión lo segura que se sintió tiempo atrás en la casa de Peter y Kathleen, después de que su madre escapase por fin de su violento marido. Además, se percató de que el reverendo era uno de los pocos hombres que no dedicó ninguna atención a Kevin y Juliet. En lugar de ello, preguntó a Roberta y luego también a Atamarie por sus estudios. Le parecía muy emocionante que Atamarie quisiera estudiar Ingeniería y animó a Roberta a que diera clases cuando terminara su formación en su parroquia.

—Estamos construyendo una escuela, Roberta, ahora ya sale a cuenta, la gente se instala y tiene hijos.

Hasta el momento, el reverendo se había ocupado sobre todo de los problemas anímicos, pero también de los prácticos que tenían los inmigrantes recién llegados y los buscadores de oro que regresaban con las manos vacías de los yacimientos. Entretanto, la fiebre del oro ya había desaparecido en Otago. Los aventureros europeos se veían atraídos por las minas de oro y diamantes de Sudáfrica. Los buscadores llegados a Dunedin que no habían tenido éxito, habían encontrado otro trabajo, a menudo con ayuda del reverendo. Ahora edificaban sus casas en el entorno de su iglesia y la congregación iba creciendo, y Peter disfrutaba de las labores parroquiales normales, con la escuela dominical, los bautizos y los casamientos.

Heather y Chloé también se unieron al grupo formado en torno a Kathleen y el reverendo. Ya habían cumplido con sus obligaciones más importantes como anfitrionas y propietarias de la galería. Todos los invitados estaban servidos y Chloé había pronunciado unas palabras introductorias en relación a la artista y sus obras.

—La venta arranca lentamente —se lamentó Heather—. Y, sin embargo, son pequeñas joyas. — Estudió admirada uno de los cuadros pintados con extrema precisión.

Atamarie puso los ojos en blanco.

—Para ser joyas me deslumbran demasiado poco —señaló—. Pero tal vez tendrías que hablar

con empresarios de pompas fúnebres. Ahí sí que me imagino estos cuadros, en los recibidores o...

Los demás rieron.

—No entiendes nada de arte —criticó Heather a su sobrina.

—Pero sí de las estructuras cúbicas del carbón —respondió Atamarie, impasible ante la crítica—. ¿Cuántos cuadros de esos tan raros hay que pintar para comprarse un anillo así?

Señaló el dedo de Heather y dirigió de ese modo la atención de Kathleen y Roberta hacia el anillo de oro con un luminoso diamante.

Kathleen sonrió a su hija.

—¡Qué anillo más precioso! ¡Además tienes un aspecto formidable con ese vestido nuevo! Lástima que no sea de mi colección.

Heather se ruborizó un poco pese al piropo. Con su fino cabello color ceniza, difícil de peinar, no se podía decir que fuera una gran belleza. En Europa había llevado durante un tiempo el pelo corto, pero en Nueva Zelanda resultaba un poco extravagante incluso para una artista. La gente ya solía cotillear un poco acerca de su gusto por las faldas pantalón anchas y de corte oriental y las chaquetas y blusas a juego con ellas. Las facciones de Heather habían sido antes tiernas y virginales, pero ahora se veían casi ásperas, y sus ojos castaños ya no eran dulces y dóciles, sino inteligentes y sarcásticos frente al mundo.

—Creo que a Chloé le sienta mucho mejor —respondió restando importancia al cumplido—. Ven, Chloé, ¡enséñales el tuyo!

Chloé, con su cabello oscuro, era más femenina y delicada que su amiga. Ese día llevaba un vestido imperio rojo de la colección de Kathleen, cuyo color parecía reflejar el diamante del anillo.

—¡Anillos de diamantes! —observó sonriente el reverendo—. Vaya, vaya, cuánta elegancia, ya veo que no os presiono lo suficiente cuando recojo donativos para mi comedor de los pobres. ¡Vais sobradas!

—Heather ha vendido un par de cuadros —explicó Chloé con cierta turbación—. Y entonces pensó... bueno, ya hará diez años que existe la galería... Queríamos celebrarlo.

—¿Ya ha pasado tanto tiempo? —preguntó sorprendida Kathleen, pero se detuvo antes de contar en voz alta. Era evidente que Heather y Chloé no estaban celebrando ahí la creación de un negocio, sino más bien un gran amor—. Sea como sea, los anillos son preciosos. Y los diamantes también tienen ahora precios razonables desde que se encuentran tantos en... ¿Dónde era, Peter, en Sudáfrica, no?

Peter Burton asintió, pero se puso serio.

—En Cabo de Buena Esperanza. Y me temo que en los próximos días oiremos hablar de él con frecuencia —anunció—. Se dice que estallará una guerra...

—¿Una guerra? —preguntó interesada Atamarie. Hasta la fecha, solo conocía la guerra a través de las clases de Historia. Y, por supuesto, por lo que le contaban sus padres, quienes todavía recordaban los últimos combates de las Guerras de las Tierras entre maoríes y pakeha. A ella en particular le resultaba bastante inverosímil que se hubiesen enfrentado con fusiles e incluso con lanzas. Para ella, las luchas estaban vinculadas más bien con lides verbales, artículos periodísticos y la escritura de una cantidad infinita de solicitudes, con las que se intentaba atraer al Parlamento hacia objetivos políticos propios—. ¿Entre quiénes? —preguntó.

En general, Roberta se habría mantenido indiferente ante este asunto, la política no le interesaba, pese a que ella y Atamarie habían soñado de niñas en convertirse en primeras ministras de Nueva Zelanda. Pero en ese momento renació, pues Kevin Drury se reunía con el grupo. Juliet también se había acercado para echar un vistazo a los anillos de Heather y Chloé, aunque no parecía especialmente impresionada. Ella llevaba unas joyas más llamativas que no brillaban menos que los diamantes (aunque las damas presentes ya estaban cotilleando sobre si no se trataría únicamente de piedras de **strass**). Un paso en falso en la sociedad de Dunedin, de carácter calvinista, y en la que se llevaban pocas joyas y cuando se exhibían, ¡tenían que ser auténticas!

Kevin había escuchado las últimas palabras del reverendo. También Patrick intervino en la conversación en ese momento, contento de poder por fin aportar algo. Juliet no había intercambiado ni una palabra con él hasta ese momento.

—Entre Inglaterra y los bóers —respondió a Atamarie—. Estos son en realidad holandeses, pero desde que se han asentado en Sudáfrica se autodenominan bóers o afrikáners. Reclaman algunos territorios en ese país, aunque los ingleses los ocuparon un par de siglos antes.

El reverendo asintió.

—Y hasta ahora a nadie le habían interesado —advirtió—. Fue después de que se encontrasen cantidades ingentes de diamantes y oro cuando se empezó a cuestionar este asunto. Naturalmente, con los motivos más nobles. ¿Puede Inglaterra admitir que traten a los nativos peor que al ganado? ¿Que los inmigrantes en los terrenos donde se extrae oro no tengan derecho de voto?

Kathleen frunció el ceño.

—¿Desde cuándo se interesan los buscadores de oro por la política? —preguntó—. La mayoría apenas si sabe leer y escribir, y no les importa quién esté en el gobierno.

—Se trata precisamente de lo contrario —señaló Kevin, sonriendo—. La política se interesa por el oro.

Roberta miró fascinada la chispa irónica de los brillantes ojos azules del chico y los hoyitos que aparecieron en sus mejillas tostadas. Dulcificaban sus rasgos por lo general angulosos y lo hacían irresistible.

Roberta se esforzó para responder a esa sonrisa con naturalidad y recordó también la reacción de Atamarie por la mañana. Tenía que conseguir que Kevin se fijara en ella. Por ejemplo, a través de lo que decía. Algo inteligente a ser posible. Roberta se devanaba los sesos.

—Pero Nueva Zelanda no tiene nada que ver con el tema de contra quién lucha Inglaterra en Sudáfrica, ¿no? —preguntó, y se ruborizó cuando todos la miraron.

—Depende de lo que se le ocurra a nuestro primer ministro —respondió Heather con sequedad—. El señor Seddon es conocido por sus extrañas ocurrencias. Y su cambio de bando...

Seddon les había puesto las cosas difíciles a las mujeres en su lucha por el derecho a voto.

—Sin contar con que a todo ser pensante le afecta que haya guerras por oro y diamantes —terció el reverendo, y Roberta volvió a ruborizarse. Así pues, su comentario no había sido demasiado inteligente.

—¿Queréis decir que pueden enviar a neozelandeses a Sudáfrica para combatir? —preguntó Atamarie. Ella veía más el sesgo aventurero del asunto.

—¿Por qué no? —preguntó Kevin, al tiempo que jugueteaba con los dedos de Juliet. La joven había posado provocativa la mano sobre el brazo izquierdo del joven y este la había cubierto con la derecha. Kathleen tomó nota de que esa era la tónica de toda la velada: Kevin y Juliet siempre

cogidos de la mano—. Tanto si se envían tropas de Inglaterra o Nueva Zelanda, tendrán que embarcarlas. Naturalmente, no podrán forzar a nadie. Pero voluntarios...

De repente, Roberta sintió que la invadía el miedo.

—Pero usted... tú... vosotros... —En el último instante pensó en incluir a los demás hombres en su pregunta. Si bien el único que entraba en consideración era Patrick, pues el reverendo era demasiado viejo para ir al campo de batalla—. ¿Vosotros no iríais?

Suspiró aliviada cuando los hombres rieron, pero se sintió incómoda cuando Juliet intervino.

—No sin mi permiso —respondió maliciosa, atrayendo a Kevin hacia sí—. Hay otros campos de batalla más dulces que el Cabo de Buena Esperanza donde hacer heroicidades...

—¿Crees... crees que realmente la relación con esa tal Juliet beneficia tu reputación? —Lizzie Drury entró en la consulta de Kevin y estuvo a punto de cerrar de un portazo. Sin embargo, había tenido la intención de hablar tranquilamente con su hijo. Pero desde que había visto salir con toda naturalidad de su casa al objeto de confrontación, no pudo contenerse—. Dios mío, a esa chica se le nota a cien metros que es una vividora. ¿De dónde la has sacado? ¿Y cómo se te ocurre llevarla cuando te... te invitan a una reunión como la de ayer?

Kevin se volvió bruscamente hacia Lizzie.

—¡Por favor, mamá! No utilices este tono. Y no hables tan alto, seguro que enseguida llegan pacientes...

Kevin escuchó preocupado si se oían ruidos procedentes de la vivienda, situada encima de la consulta. Él vivía ahí, su compañero Christian Folks tenía una casa cerca.

—¡Pacientes! —Lizzie alzó las manos—. Hoy es domingo, Kevin. Y por si eso te tranquiliza, la señorita ya se ha ido. —La palabra «señorita» tenía un deje más ofensivo que respetuoso—. Al menos tiene la educación suficiente para salir de casa antes de que llegue la doncella.

Un ligero rubor tiñó la expresión de confianza de Kevin. No le convenía que sus padres se hubiesen enterado de la partida de Juliet. A fin de cuentas, conocía a su madre y sabía lo que opinaba sobre sus diferentes amigas.

Lizzie, a su vez, no había querido volver a abordar el asunto Juliet después de haberla conocido en una reunión social. Pero esa mañana le parecía tan urgente el tema que no había logrado disfrutar del desayuno del hotel. Y en cuanto encontró una justificación para visitar a su hijo, tiró de su esposo Michael hacia la señorial casa de piedra en la Lower Stuart Street donde Kevin y Christian habían alquilado los espacios de su consulta.

—Juliet se había... bueno... se había olvidado una cosa en mi casa, y como...

—Mejor que no pregunte qué —intervino su padre divertido. Michael tenía los mismos ojos azules y brillantes y los mismos hoyuelos al reír que su hijo, y a él también le costaba encontrar argumentos cuando discutía con Lizzie.

Kevin intentó no dejarse intimidar.

—Juliet es una dama tan honorable como la que más y sabe comportarse en sociedad —defendió a su reciente conquista—. Me pareció una compañía más que adecuada para la recepción de los Dunloe. Y el señor Dunloe, por su parte, también estaba muy impresionado...

—Lo que ya dice algo de las virtudes de la joven —comentó Lizzie mordaz—. Puede que el señor Dunloe estuviese impresionado, pero la señora Dunloe me pareció avergonzada...

Esto último era un poco exagerado. Claire Dunloe había lanzado alguna mirada de desagrado al llamativo vestido rojo de Juliet y a sus joyas baratas, pero salvo eso no había nada que señalar. Los modales de la joven a la mesa eran perfectos, sabía charlar sin llegar a decir nada y esa vez se había moderado en el consumo de champán. No obstante, había causado la sensación de ser un cuerpo extraño y exótico en la recepción del director de banco Dunloe y su esposa Claire. Si bien Lizzie más bien pensaba en un cuerpo explosivo. Esa joven sería un detonante de disputas, estaba segura.

—La sociedad habla de ella —señaló Lizzie—. Y tan alto que se oye en Tuapeka. —Tuapeka, junto a la cual se hallaba la granja de Lizzie y Michael, estaba a más de sesenta kilómetros de Dunedin y desde 1866 se la conocía por el nombre de Lawrence. Pero Lizzie y Michael no acababan

de acostumbrarse al cambio de nombre. En realidad, los Drury iban poco a Dunedin, pero no habían podido rechazar la invitación del director de banco—. ¡He oído decir que cantó en el vernissage de Heather y Chloé!

Kevin se pasó la mano por la frente. Esa actuación no formaba parte de sus recuerdos favoritos, Juliet sin duda se había pasado. Pero no se podía negar que el vernissage había sido aburridísimo, los cuadros, tristes y la gente, poco locuaz. En cambio, había abundado el champán, al cual Juliet a duras penas lograba resistirse... En cualquier caso, cuando la conversación iba languideciendo, se había dirigido a los músicos y el trío la había acompañado para que ella cantara un aire popular americano. Si Kevin recordaba bien, la reacción de la sociedad de Dunedin no había sido en absoluto negativa. También él había bebido unas cuantas copas... Los Burton y los Dunloe, los McEnroe y McDougal habían mirado sorprendidos... Chloé, una hábil anfitriona, había salvado la situación hablando brevemente con la cantante y presentándola a los invitados. De ese modo resolvió el enigma sobre su apellido y antecedentes, lo que de nuevo suministró más material de conversación: Juliet la Bree era americana de nacimiento y formaba parte de una compañía de variedades que actuaba en Wellington, al menos unas semanas antes...

—¿Y cómo ha llegado esa honorable damisela desde Wellington hasta aquí? —preguntó Michael, en realidad más interesado que inquisitorial. Juliet lo había impresionado, como a la mayoría de los hombres, desde el barrendero hasta el director de banco. Y lo mismo daba que apoyaran vehementemente a sus esposas en la opinión de que la joven no procedía de una esfera social refinada: todos envidiaban un poco a Kevin por su conquista.

El joven se mordió el labio.

—Bueno, Juliet estaba... harta de la compañía. Y le gusta Nueva Zelanda. Prefiere buscar un nuevo contrato por aquí...

—¿Ah, sí? —se burló Lizzie—. Pues entonces tendría que echar un vistazo en Auckland o Wellington. Y no precisamente en Dunedin, metrópoli de la Iglesia de Escocia, la ciudad con los habitantes más cerriles de toda la Isla Sur. ¿Qué pretende ir cantando por aquí, Kevin? ¿Cánticos sagrados?

—¡Con su voz puede cantarlo todo! —afirmó Kevin—. Además, Dunedin ha cambiado en estos últimos decenios, por si todavía no te has dado cuenta, mamá. ¡Aquí hubo una fiebre del oro!

Lizzie rio burlona.

—Lo recuerdo —observó—. En Tuapeka todavía se ven las ruinas de los burdeles.

—¿Y tú llevabas allí el estandarte de la moral? —replicó Kevin.

Lizzie miró a su hijo.

—En Tuapeka yo nunca me ven...

Se detuvo avergonzada. Por supuesto, no había contado a sus hijos nada acerca de su poco honroso pasado en Londres y Kaikoura, pero Kevin era inteligente y capaz de atar cabos. Cuando Lizzie siguió a Michael a los yacimientos de oro, ya hacía tiempo que se había vuelto decente, si es que podía calificarse de actividad decente la venta en un pub de Kaikoura de whisky destilado de forma clandestina.

Michael intervino en defensa de su esposa.

—Kevin, ni tu madre ni yo éramos unos ángeles, pero precisamente eso es lo que nos capacita para evaluar a Juliet la Bree. Está huyendo de algo, Kevin. Hazme caso, conozco esa mirada. Es probable que la compañía la echara. Y en la actualidad iba camino de Otago. Hacia los yacimientos

de oro de Queenstown. Hombres a montones, pubs a montones...

Kevin bajó el tono.

—Bueno, y si es así... Pero ¿me darás la razón en que es arrebatadora, papá! Da igual lo que haya ocurrido antes, esto es todo lo que necesito saber de su historia. A fin de cuentas, no voy a casarme mañana con ella...

Consultó el pesado reloj de pie que decoraba su sala de consultas. Sabía que Lizzie y Michael estaban invitados a un acto matinal. Un desfile de modas en Lady's Goldmine. Su madre no se lo perdería.

Ella captó la indirecta.

—De acuerdo, Kevin, ya nos vamos —dijo—. Pero tal como veo yo a Juliet la Bree, poco importa lo que tú deseas. La cuestión reside únicamente en qué quiere ella.

Juliet la Bree quería, antes que nada, tranquilidad. Pero le costaba reconocerlo incluso ante sí misma. Al fin y al cabo, siempre había disfrutado de su vida loca, durante años le había resultado inimaginable algo más hermoso que vagar de una ciudad a otra, de un teatro a otro y de un hombre a otro. Esa era también la vida que siempre había soñado llevar durante toda su formación de niña de clase alta. Nunca la habían entusiasmado los libros, la equitación, las pequeñas celebraciones domésticas y las comidas campestres. No solo era su aspecto exótico lo que la diferenciaba de las obedientes niñas de las plantaciones de Terrebonne Parish, en Luisiana. Amaba la vida y se sentía atraída por los conciertos y las funciones de teatro. Para ello la ciudad ideal era Nueva Orleans, que no estaba muy lejos. Los padres de Juliet también se complacían disfrutando de la vida. Su madre era una criolla del Caribe que en algún momento había emigrado de Jamaica a Nueva Orleans, pero la joven no fantaseaba sobre el modo en que había llegado allí. Seguro que no había desembarcado con toda su familia, sino con un hombre. No obstante, el padre de Juliet había quedado de inmediato prendado de ella, la había llevado a su plantación y a partir de entonces la había mimado y cuidado todo cuanto una mujer puede desear.

Cuando la muchacha nació, se convirtió en la niña de los ojos de su padre, nada era lo suficiente bueno para su hermosa hija. La pequeña gozó de los mejores profesores, si bien solo se interesó de verdad por la clase de música. Aprendió francés y bailes de salón, y cuando cumplió los diecisiete se le buscó también al hombre perfecto. Su padre lo encontró a dos plantaciones de distancia: en una antigua familia, que había superado la guerra civil con solo unas reducidas pérdidas financieras, inconmensurablemente rica. Sin embargo, el muchacho tenía tan poca sangre en las venas que Juliet se ponía nerviosa cada vez que lo visitaba en la plantación y acababa buscando a los vampiros que sin duda hacían de las suyas por ahí. Para ellos parecía estar hecha también la casa señorial: un mausoleo en opinión de Juliet.

Poco antes del enlace nupcial se había escapado a Nueva Orleans y a continuación a Tennessee. Al principio tuvo suficiente con el dinero que había cogido y el que obtenía empeñando la ropa y las joyas. Pese a que cantaba en los clubs, aunque más bien por amor al arte, en Memphis no tardó en convertirse en una pequeña estrella. Pero luego surgieron complicaciones con el jefe de una mafia y Juliet tuvo que abandonar la ciudad a toda prisa, en esa ocasión sin dinero. No se sentía orgullosa de lo que había hecho para conseguir llegar a Nueva York. Al final se le brindó la posibilidad de viajar



a Europa. Juliet cantó en el transatlántico de lujo que llevaba a viajeros ricos a Londres, luego se marchó a París. Durante tres años estuvo actuando en teatros de variedades por medio continente, y disfrutó de cada una de esas noches y, con frecuencia, también de los días. Juliet se enamoraba pocas veces, pero besaba muchas, su vida era un delirio.

Y entonces llegó el contrato que la llevó a Australia y Nueva Zelanda. Se trataba en realidad de una compañía de ópera no muy profesional. Juliet fue amable con el director, pero este encontró al final a otra chica: una larga historia. Juliet le había montado una escena y después había huido con una parte de los ingresos, pues a fin de cuentas le pagaban una miseria. Pero no le gustó la Isla Norte para quedarse y se trasladó a la Isla Sur, donde comprobó solo que las ciudades todavía eran más virtuosas que en el norte. Prácticamente no había teatros de variedades, y los pubs y hoteles que contrataban a mujeres jóvenes para cantar o bailar eran en el fondo burdeles con algo más de clase.

Juliet había saltado de alegría cuando conoció por casualidad a Kevin Drury, y constató asombrada que después de estar con él varias semanas no se aburría. Al contrario, disfrutaba de la seguridad que Kevin le ofrecía sin descuidar el placer. Era un hombre extraordinariamente apuesto y con experiencia: Kevin sabía complacer a Juliet. Al mismo tiempo, él estaba maravillado de los conocimientos de la joven acerca de cómo hacer feliz a un hombre. No hacía preguntas y era generoso. Cuando ella expresaba un deseo, al instante lo veía cumplido, al menos dentro de las posibilidades económicas de Kevin.

Juliet enseguida averiguó que era un hombre acomodado, aunque no rico. Su consulta prosperaba, aunque no se trataba de un gran empresario y tenía que dividir sus ingresos con un socio. No obstante, heredaría en el futuro, y la granja de sus padres estaba considerada una empresa modelo. A su vez, Juliet notaba atónita que sus pretensiones iban descendiendo. Ya no había que ser un sultán para tener la posibilidad de bailar con ella y no esperaba recibir ninguna joya ostentosa que luego simplemente empeñaría de nuevo. Asimismo, los actos sociales a los que la invitaba Kevin eran provincianos. Un **vernissage** en Dunedin, un concierto en Christchurch... Juliet estaba acostumbrada a unas galas espléndidas, pero nunca había causado tanto furor como en esos lugares insignificantes. En Memphis, Nueva York, París y Berlín era una belleza entre muchas. Allí, por el contrario, los hombres caían rendidos a sus pies.

De ahí que empezara a acariciar el sueño de asentarse, de pertenecer a la alta sociedad de esa isla y sacudir sus cimientos. En el momento en que ella empezara a celebrar recepciones, toda la Isla Sur hablaría de ellas. El salón de la joven señora Drury atraería a artistas y músicos, la prensa informaría sobre los vestidos que ella llevara en cada ocasión. Naturalmente, necesitarían una residencia distinguida. Claro que, cuando tuvieran hijos, no podrían quedarse a vivir para siempre en una casa de alquiler. Ya solo los empleados que necesitaría... Juliet comprobó que la simple proyección de su futuro ya le hacía gracia. Tal vez debería escribir a sus padres y contarles que se había establecido en el otro extremo del mundo...

Lo único que amargaba ese hermoso sueño era que Kevin no mostraba hasta la fecha ninguna intención de pedir su mano. Ella había oído decir que el joven médico tenía fama de donjuán. En principio no parecía pensar en fundar una familia, lo que ponía a Juliet en un dilema. Si quería conseguir que Kevin se casara, tenía que quedarse embarazada, pero ella en el fondo no quería tener un hijo ya. Se imaginaba muy bien bailando uno o dos años con Kevin en la discreta vida nocturna de Dunedin, subyugando a todos los hombres de la ciudad y atrayendo las miradas celosas de las matronas. Todo eso se vería limitado con la presencia de un hijo, retrasaría su éxito como

relumbrante anfitriona y como núcleo central de todas las veladas.

Pero si no lo conseguía de otro modo...

Estaba algo nerviosa desde que se había encontrado con la madre de Kevin en la escalera de la casa. Lizzie Drury no había dicho nada, pero la mirada que había lanzado a Juliet no presentaba ambigüedades. Tampoco le había dirigido la palabra la noche anterior, en la cena de los Dunloe. Sin embargo, no había que subestimar a Lizzie Drury. Juliet habría jurado que esa matrona tan elegantemente vestida tampoco tenía un pasado inmaculado. Puede que su marido hubiese hecho su fortuna como buscador de oro, según explicaban. Pero ¿le había ayudado ella con la pala o había contribuido de otro modo en los ingresos familiares?

Fuera como fuese, Lizzie tenía una mirada de mujer con experiencia y seguro que intentaría disuadir a Kevin de un enlace con Juliet. La joven ya creía reconocer los primeros logros de la madre. Kevin no había ido con ella a ese desfile de modas, uno de los acontecimientos de la temporada que más daban que hablar a las mujeres de Dunedin. Y desde hacía unos días prefería salir con ella a solas, en lugar de llevarla a actos sociales. Juliet se temía que era el principio del final y estaba decidida a no permitirlo.

Cuando Kevin la hizo esperar una noche porque todavía tenía pacientes en la consulta, ella fue a la vivienda del joven y registró su mesilla de noche. Siendo médico, Kevin no confiaba en las mujeres para evitar descendencia no deseada, lo que a Juliet al principio le gustó. Claro que ella también conocía los métodos corrientes de contar los días fértiles y en caso de duda realizar lavados vaginales, pero Kevin prefería el preservativo. Juliet ya había conocido a hombres que se ponían esas gomas antes del acto, y siempre le había dado un poco de asco porque la mayoría eran de tripa de oveja u otro material animal. Pero Kevin utilizaba los modernos modelos de goma. Eran densos y voluminosos, con frecuencia algo incómodos, pero se podía confiar en ellos. Seguro que no se perdía ninguna simiente, al menos mientras se mantuvieran en buenas condiciones.

Juliet encontró una cajita en el cajón de la mesilla de Kevin. ¡Y detrás, otra! Al parecer su amante compraba condones al por mayor. Reflexionó sobre si manipular las dos cajitas; pero no, con una bastaría. Hacía dos semanas que había tenido la regla, así que los días fértiles ya estaban ahí. Hacer el acto dos o tres veces debería bastar...

Cogió resuelta la aguja del sombrero y pinchó la primera funda de goma. En dos meses a más tardar, Kevin la llevaría ante el altar.

Atamarie nunca se habría imaginado que envidiaría a Roberta por sus aburridos estudios. Naturalmente, tampoco pensaba en esos momentos en que fuera mejor dar clases a niños que construir máquinas voladoras. Pero después de pasar dos meses sola en Christchurch estaba, simplemente, muerta de aburrimiento. Cada día, cuando terminaban las clases, se quedaba sola en su cuarto y a veces salía a pasear por la ciudad, mientras que Roberta no paraba de tener divertidos encuentros y salidas con sus compañeras. Aunque no era tan abierta como Atamarie, ya había hecho amigas y parecía realmente dichosa, dejando aparte sus sueños irrealizables con Kevin Drury.

Atamarie, por el contrario, no encontraba compañía, y tampoco le servía de gran cosa la actitud liberal de sus arrendatarias respecto a las visitas masculinas. Los demás estudiantes de Ingeniería se mantenían apartados de ella. Después de mirar con desconfianza a la única muchacha al principio, empezó a correr la voz de que era la preferida de los profesores. En caso contrario, uno no podía explicarse sus estupendas calificaciones. Atamarie era, de lejos, la mejor de su curso. A ello se añadían problemas sociales generales: Nueva Zelanda había abierto sus universidades a las mujeres, pero la actitud general seguía siendo victoriana. Los chicos y las chicas no podían salir juntos sin una carabina. Ninguna universidad del resto del mundo vigilaba las actividades de los estudiantes en su tiempo libre, lo que dificultaba el trato mutuo. En las facultades donde el porcentaje femenino era mayor, las chicas solían reunirse en grupos y salían juntas, siempre que una de ellas no se enamorase y planease con el chico encuentros secretos.

Atamarie no tenía ninguna compañera de estudios y, por añadidura, la facultad de Ingeniería tenía un edificio propio. Es decir, tampoco era fácil establecer contacto con las estudiantes de otras facultades. Como consecuencia de ello, se mantenía alejada de todas las diversiones que solían rodear una carrera en la vitalista metrópoli de Christchurch. Paseos en barca por el Avedon, regatas de remos y excursiones por las Llanuras se celebraban sin su presencia. Atamarie solo vivía para los eventuales fines de semana en Dunedin o las visitas de sus familiares y amigos. Heather y Chloé iban a veces a ver las carreras hípcas en Addington, un suburbio de Christchurch, y también Sean solía tener asuntos que resolver en la ciudad. Aparte de eso, Atamarie se concentraba en el estudio, lo que enseguida mejoró sus notas y aumentó el recelo de sus compañeros.

Por el contrario, el profesor Dobbins estaba encantado con su entregada estudiante, que siempre estaba dispuesta a colaborar en trabajos de investigación y proyectos especiales. Todavía disfrutaba con la carrera en sí y llenaba con la lectura las largas tardes. Atamarie devoraba los libros de Lilienthal y Mouillard sobre teoría y construcción de aparatos de vuelo. Por supuesto, también leía novelas y, sobre todo, diarios. Las historias románticas la interesaban menos que la vida real. En ese contexto, una y otra vez volvía a toparse con el país que el reverendo había mencionado en el *vernissage* de Heather y Chloé: Sudáfrica, la república (¿o colonia?) en el Cabo de Buena Esperanza.

Atamarie aprendió que ese territorio había sido ocupado en sus orígenes por holandeses. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales estableció un puesto de avituallamiento en su trayecto hacia Java. Más tarde los colonos avanzaron hacia el interior, pero cuando la Compañía quebró, los británicos ocuparon sin resistencia el territorio. Los colonos, que entretanto habían pasado a denominarse bóers, no encajaron bien lo sucedido, pero hasta el momento se habían conformado sin armar demasiado jaleo, ya que los ingleses se mostraban muy comprensivos con ellos. Atamarie

encontró indignante que los ocupantes permitieran a los bóers tratar a los nativos negros de la región como a esclavos. Los hotentotes, como se los llamaba peyorativamente, carecían de derechos. Los británicos apostaron por un cambio paulatino, hasta que en el país encontraron diamantes y luego oro.

Los descubrimientos tuvieron las repercusiones habituales: miles de europeos muertos de hambre y desesperación emprendieron la marcha para hacer fortuna en los yacimientos de oro. Los mismos neozelandeses conocían el resultado por propia experiencia: la población creció de repente y los centros de los yacimientos de oro se convirtieron en una mezcla de tugurios y antros de perdición. Los bóers, más agricultores que comerciantes y religiosos estrictos, no sabían cómo apañárselas con eso. Los nuevos colonos enseguida se quejaron de recibir represalias, supuestas o reales, y la Corona británica aprovechó gustosa las quejas. De repente se puso punto final a la tranquila tolerancia con las repúblicas bóers de Transvaal y Orange. Los ingleses reclamaron su derecho a gobernar todo el país. Y el primer ministro neozelandés Richard Seddon abrazó encantado esa causa. Cuando la guerra parecía inevitable, pronunció un discurso conmovedor ante el Parlamento en el cual solicitó que se asignara al Imperio un contingente de soldados de caballería.

—¡Nueva Zelanda luchará por una bandera, una reina, una lengua y un país! —vociferaba Seddon—. ¡Gran Bretaña!

Atamarie no acababa de entender por qué eso era necesario. De hecho, Gran Bretaña se entrometía cada vez menos en los asuntos de Nueva Zelanda y la joven se preguntaba por qué no ocurría lo mismo a la inversa. De acuerdo, Inglaterra era la madre patria, pero la Isla Norte y la Isla Sur eran completamente distintas. Atamarie consideraba que su país era totalmente independiente. Salvo ella, todos parecían encantados con la opinión de defender los derechos de un país del que hasta ahora no habían oído hablar. El Parlamento prometió apoyar a los británicos con solo cinco votos en contra, las oficinas de alistamiento estaban a rebosar de voluntarios y hasta algunas tribus maoríes ofrecieron soldados.

Varios compañeros de Atamarie también se presentaron a filas, pero no los aceptaron. Al menos en un principio, se prefería a aquella gente que ya servía en el pequeño ejército de Nueva Zelanda.

—La guerra tampoco se ganaría con esos memos —criticó Atamarie durante una visita a Dunedin.

Era primavera y el reverendo Burton celebraba la fiesta anual de la comunidad. Sin embargo, rechazaba la propuesta de algunos miembros de la congregación de donar para la guerra los ingresos del bazar y la tómbola.

—Que se financie el mismo Seddon esta aventura —zanjó disgustado el religioso—. Tampoco nos beneficiaremos del oro y los diamantes que salen últimamente de ahí. Aunque tampoco querría ese dinero ensangrentado. Pero la gente se ha vuelto loca.

Miró receloso a algunos miembros de su propia comunidad que agitaban en la fiesta banderas británicas.

—Nueva Zelanda se alegra de que los buscadores de oro se vayan con otros. —Sean río—. Otago se ahorra a todos los que se abalanzan ahora en masa hacia Johannesburgo. Pero ¡no debo generalizar! No todos están a favor. Kupe, por ejemplo, votó en contra en el Parlamento.

Atamarie acababa de enterarse y estaba orgullosa de su padre adoptivo.

—Las organizaciones de mujeres están divididas —observó Violet. Dirigía en Dunedin la representación de la Women's Christian Temperance Union, una asociación que había contribuido en importante medida en la consecución del derecho de voto de la mujer—. Una parte defiende el

patriotismo y otra parte opina que se trata de un baño de sangre absurdo. Yo, en cualquier caso, no quiero que mi hijo muera en un país desconocido. Pero hay muchas que están deseosas de enviar a mujeres allí para demostrar que en situaciones peligrosas también sabemos responder.

El reverendo levantó una ceja.

—Pero solo como enfermeras, ¿no es así? No les pondrán un arma en las manos...

—¡Pues eso! —respondió Violet, lo que provocó la risa de algunos presentes. Violet era menuda, delicada y muy femenina. Nadie podía imaginársela blandiendo un arma—. Y en lo que respecta a Inglaterra: allí las mujeres ni siquiera tienen derecho de voto. La mayoría de las universidades están cerradas para ellas... ¡Por eso sí valdría la pena combatir, no por diamantes y oro!

Atamarie aplaudió, mientras Roberta volvía a estar pendiente de Kevin Drury. El médico acababa de unirse al grupo, junto con Juliet la Bree. La joven llevaba un seductor y ceñido vestido de verano azul oscuro, como dictaba la última moda. Por lo visto, se había hecho recientemente clienta de Lady's Goldmine.

—Me temo que se casará con Juliet —confió más tarde Roberta a Atamarie sus sospechas—. Ya lleva tanto tiempo con ella que resulta inevitable. Y yo... acompaño a mis padres ahora a casi todos los actos sociales e intento siempre decir algo. De verdad. Pero él... él solo la ve a ella.

—¿En serio? —preguntó sorprendida Atamarie. No veía a la pareja tan unida como hacía un par de semanas en el **vernissage**. Juliet ya no iba pisándole los talones a Kevin para desafiar a los parientes de este. Revoloteaba de un hombre a otro y conversaba animadamente, sobre todo con solteros y viudos. De quien no hacía ningún caso era de Patrick, pese a que él la seguía con cara de borrego. Los celos ya no empujaban a Kevin a mantener a Juliet alejada de otros hombres. Ya no se rozaban ligera y sensualmente, y Kevin parecía abierto a conocer gente nueva. Su breve discusión con una de las ayudantes de la comunidad acerca del premio (una fea funda para la cafetera, tricotada por una de las mujeres de la comunidad) casi podría haberse calificado de flirteo—. Pues yo pienso que va a menos —objetó, y aproximó a Roberta con discreción a Kevin.

»Un calentador de café, tito —bromeó—. ¿Vas a fundar una familia?

Kevin se volvió hacia su sobrina y dirigió tanto a ella como a Roberta una sonrisa irresistible.

—Se trata más de un acto de apoyo a la congregación —respondió—. Algo tengo que comprar. Si es que estáis reuniendo vuestro ajuar, os lo regalaré de buen grado.

Atamarie rechazó el ofrecimiento con un gesto.

—Sería absurdo, tío Kevin. Ya sabes que de momento estamos estudiando.

Kevin asintió y, con un interés mayor, deslizó la mirada por las dos muchachas. Por supuesto, ya no eran dos colegialas, y se habían arreglado como correspondía. Su sobrina era guapa y Roberta era una belleza fuera de lo corriente. La muchacha casi se cayó del susto cuando él le dirigió la palabra.

—Claro, la futura maestra. Pero ¿antes no querías también estudiar Medicina?

Roberta se ruborizó. Hacía tiempo que bebía los vientos por Kevin y al principio había pensado con frecuencia en trabajar con él como médica. Pero no había tardado en desechar tal idea.

—Soy incapaz de ver sangre —admitió la joven—. Intento acostumbrarme, los niños a veces también se hacen daño... La semana pasada, en mi primer intento de enfrentarme a una clase, a una niña empezó a sangrarle la nariz... —Roberta se había mareado de inmediato, aunque consiguió dominarse.

—En fin, yo no estoy muy lejos —la consoló Kevin—. Si te acabas encargando de la escuela de

Caversham, mi consulta te quedará cerca. No tienes más que enviarme a las pequeñas pacientes... —sonrió a Roberta con expresión de complicidad— o me las llevas tú misma. Así, además, me deleitaré con una visión hermosa...

Roberta parecía tan demudada que se diría que no le habían echado un simple piropo, sino que, como mínimo, le habían puesto el mundo a sus pies. Pero en ese momento, Juliet debió de escuchar la conversación de su novio con las dos jóvenes y se acercó como por azar.

—Ven, Kevin, la tómbola está empezando. Tienes que sacar un premio para mí, en estas cosas no tengo nada de suerte.

Kevin se dejó llevar gustosamente en dirección a los bombos del sorteo y Atamarie arrastró consigo a la casi petrificada Roberta.

—¿También vosotras necesitáis un hada de la suerte? —preguntó divertido Kevin—. De acuerdo, entonces ofreceré a las tres damas más hermosas de este concurso tres billetes de lotería a cada una. Con lo cual ya habré realizado mi contribución de apoyo a la comunidad. Pero os lo advierto: si ganáis ese servicio de té, nadie se casará con vosotras.

El primer premio de la tómbola era un espantoso juego de té de más de cincuenta piezas.

—¡Ojalá no nos toque! —dijo riendo Atamarie, y abrió a toda prisa sus boletos. Ninguno tenía premio.

Juliet hizo remilgos y fingió torpeza para desplegar los boletos. Kevin la ayudó y se tronchó de risa cuando el segundo salió premiado.

—Un calentador de cafeteras. Posiblemente ese que acabo de ver. ¡Que te lo pases bien con él, Juliet!

La joven lo miró indignada; el tercer boleto tampoco estaba premiado.

Roberta seguía sosteniendo sus boletos como si no se decidiese a abrir los papelitos que los dedos de Kevin habían tocado antes.

—¡Venga, ábrelos ya! —la animó Atamarie—. Aunque ganes el juego de té... delante de cada boda hay una víspera.

Roberta abrió dos boletos sin premio, pero el tercero tenía uno: un caballito de tela.

—¡Vaya, un caballo! —se alegró Kevin—. Siempre puede necesitarse uno. Aunque prefiero los de carne y hueso...

—Pero esos no me los puedo llevar a la universidad —señaló Roberta, y de inmediato se censuró por haber hecho un comentario tan tonto. Kevin no debía enterarse por nada del mundo de que estaba firmemente decidida a no desprenderse del caballito, igual que un niño con su juguete favorito. A fin de cuentas, era como un regalo de él. Lo estrechó entre sus dedos.

—¿Por qué no? ¡Los caballos son animales inteligentes! —Kevin la tranquilizó con una broma.

Roberta estaba en el séptimo cielo.

—¡Ya ves, lo que yo decía! —observó tranquilamente Atamarie cuando Kevin abandonó la fiesta con Juliet, o más bien Juliet se fue con Kevin. La joven parecía disgustada porque Kevin hubiese dedicado tanto tiempo a las chicas y había insistido en marcharse—. ¡Está claro que la relación va a menos! Es una chica aburridísima. ¿De qué hablará con ella?

Juliet nunca había creído que fuese tan difícil quedarse embarazada. Pero desde que había agujereado las gomas de Kevin ya habían pasado cuatro meses, era febrero y el verano se acercaba a

su fin. Y el interés de Kevin hacia ella decrecía, eso no se podía negar. Antes la llevaba a recepciones y cenas, ahora ella lo acompañaba como mucho a actos ridículos como la fiesta de la comunidad, donde, además, apenas pasaba tiempo con ella, sino que flirteaba con otras mujeres o conversaba con los hombres sobre la guerra en el otro extremo del mundo. Así pues, Juliet empezó a buscar otras alternativas. En Dunedin no había muchos solteros, al menos ninguno pasable, pero sí había dos o tres viudos más o menos presentables. Naturalmente, ninguno se acercaba a Kevin en cuanto a atractivo y gracia, ni siquiera su hermano Patrick, que sería una presa más fácil. A veces casi la ponía de los nervios verlo dar vueltas ansioso alrededor de ella. A esas alturas, Juliet ya no barajaba la idea de marcharse de Dunedin. Se había acostumbrado a las comodidades que ofrecía la ciudad —las avenidas anchas, los diversos comercios en los que comprar y, sobre todo, la colección de Lady's Goldmine— y ya llevaba tres cuartas partes del año observando el clima de Nueva Zelanda. Mucha lluvia, también en verano, y nieve en invierno: ¡de ninguna manera iba ella a aguantar algo así en un campamento de buscadores de oro! Juliet estaba firmemente decidida a establecerse. Y el mejor modo de hacerlo pasaba por tener un hijo.

Voluptuosa, se quitó el vestido de noche color dorado con el que había acompañado a su amante a un concierto esa tarde. Una excepción, pues se trataba de nuevo de un acontecimiento social en el que también los Dunloe habían hecho acto de presencia, así como los Coltrane, cuya bellísima hija contemplaba a Kevin con ojos de oveja degollada. El joven no se percataba, pero si alguien se lo advertía, la situación podía volverse peligrosa. Para la gruñona madre de Kevin, la pequeña Roberta sería sin duda la nuera de sus sueños... Juliet se obligó a sonreír y balancear las caderas. Debía tener cuidado, últimamente estaba ganando peso...

Kevin, que ya se había acostado, se levantó para ayudarla a quitarse el corsé. Le encantaba liberarla de esa pieza y acariciar su cuerpo terso.

—Increíble —susurró cuando le abrió el sujetador—. Parecen haber crecido todavía más...

Le besó los pechos y se los chupó ligeramente, una caricia que a ella siempre le había gustado. Pero ese día, casi le hizo daño. Tenía los pechos tensos, más duros de lo normal.

La boca de Kevin descendió por su cuerpo, le besó el vientre y las caderas, la tomó luego en brazos y la llevó a la cama. Buscó en el cajón de la mesilla un preservativo.

—¿Lo necesitamos hoy? —preguntó.

A ninguno le gustaba la funda de goma gruesa, pero ambos conocían el ciclo femenino. Dos o tres días antes y después de la menstruación era seguro. Y ahora...

Juliet hizo rápidamente cuentas. Tenía razón. Ese día no era necesario, pero en realidad ya debería haber sangrado.

Kevin dejó la goma donde estaba y siguió acariciando a Juliet. Eso solía bastar para que ella se humedeciera, pero ese día no lo conseguía. Kevin, un amante paciente e imaginativo, volvió a ocuparse de los pechos de ella, describió círculos alrededor de su vientre... que también parecía más duro de lo normal y...

Kevin se detuvo de repente. Acto seguido aumentó la llama de la lámpara de gas que envolvía la habitación en una luz difusa.

Su rostro perdió la expresión dulce y soñadora que solía mostrar al hacer el amor, sustituida por la mirada examinadora del médico.

—Juliet, tienes los pechos más grandes y además... Juliet, ¿estás embarazada?

—No, ni hablar, ¡no voy a casarme con ella!

En el fondo, Kevin había esperado que su madre estuviese de acuerdo con él, pero Lizzie permanecía sentada, con expresión abatida y removiendo su copa de vino. Michael acababa de abrir una botella del querido burdeos de su esposa. El joven, en cualquier caso, estaba furioso, tanto que un día después de su descubrimiento había dejado a sus pacientes al cuidado de su compañero y había cabalgado hasta Lawrence. Sus padres habían escuchado resignadamente la revelación y luego Michael le preguntó sobre sus planes de casamiento.

—¡Ella lo planeó! —se encolerizó Kevin—. No tengo ni idea de cómo lo hizo, pero de algún modo me engañó. Aunque decía que no quería tener hijos.

—Uno no siempre puede elegir —señaló Michael, apaciguador.

Lizzie miraba a su hijo indignada.

—¡Claro que lo planeó! —exclamó—. Me lo temí desde el principio. Pero ahora ya te tiene, y por supuesto que vas a casarte con ella.

—¿Qué?

Kevin y Michael hablaron al unísono. Y entonces se desató la tormenta.

—¡Yo no me caso con ella! —gritó Kevin—. A mí nadie me hace una jugarreta así.

—¡No se le puede obligar, Lizzie! —Michael movió la cabeza.

Ella suspiró, pero miró iracunda a los hombres.

—Claro que no. Pero tampoco puede abandonarla. ¿Y qué hará ella? Sola con el niño...

—Yo pagaría la manutención —propuso Kevin, nada entusiasmado con la idea pero algo más tranquilo.

—Hay normas —añadió Michael—. Piensa en Matariki.

A los dieciocho años, Matariki se había quedado embarazada de Colin Coltrane, pero luego se había separado y criado ella sola a Atamarie. No siempre había sido fácil, a veces se había hecho pasar por viuda para mantener su posición social. Pero al final todo había salido bien, gracias también al dinero de Lizzie y Michael. Matariki no había dependido de un trabajo porque sus padres la habían ayudado.

—¡Pues eso! ¡Matariki tampoco tuvo que casarse! —aprobo con tono triunfal Kevin.

Lizzie se frotó la frente y bebió un buen sorbo de vino.

—Con Matariki fue distinto —objetó luego.

—¿Ah, sí? —protestó Kevin—. ¿Porque ella era hija de un maorí? ¿Porque esto entre ellos no cuenta? ¿Y cómo os fue a ti y a Matariki? ¿Y su padre? ¿Quién no quería casarse con quién?

Lizzie miró a su hijo.

—Te arriesgas a que te dé un bofetón, Kevin —advirtió—. Da igual la edad que tengas. Pero por si quieres saberlo: yo no quise casarme con Kahu Heke, el padre de Matariki. Y el embarazo de Matariki no tuvo nada que ver con su ascendencia. La diferencia reside simplemente en que... bueno, Matariki se quedó embarazada de Colin, no Colin de Matariki...

A Kevin casi se le escapó la risa.

—Eso habría sido un milagro médico —observó con cierto cinismo.

—Y una catástrofe humana —añadió Lizzie con gravedad—. Siento no expresarme con claridad. Pero dilo tú mismo, Michael: ¿habríamos confiado nuestra nieta a Colin Coltrane? Al



contrario, nos pusimos contentos de que Riki lo rechazase como padre de su hija. Y ahora esa... Juliet... lleva al hijo de Kevin en su vientre.

—Lo que nosotros podríamos pagarle —señaló Michael.

Lizzie sacudió la cabeza con vehemencia.

—¿Y cómo crees que vas a hacerlo? ¿Le compras una casa en Dunedin y le das una seguridad económica pero la dejas al margen de tu vida social? ¿Tiene que crecer ese niño como un paria?

La sangre se agolpó en el rostro de Michael. En el pasado, cuando lo deportaron de Irlanda, había dejado a Kathleen en la misma situación. Había conseguido darle sus ahorros, pero eso no la había salvado. Al final había tenido que dar el dinero como dote de matrimonio: Kathleen financió la emigración a Nueva Zelanda de Ian Coltrane quien, a cambio, dio su apellido a Sean. Y durante años se ocupó de que Kathleen sintiera que para él ella no era más que una puta.

—Podría mudarse a otra ciudad —opinó Kevin.

—Y entonces los perderemos de vista a ella y a vuestro hijo —gruñó su madre—. ¿Te gustaría eso, Kevin? Compras tu libertad y el pobrecito ya se las apañará. A saber qué hace Juliet con él...

Michael sirvió otra vez vino.

—Bueno, bueno, Lizzie —intentó apaciguarla—. Esa mujer no es ningún monstruo. Puede que tal vez no desee al niño, pero cuando lo tenga...

Lizzie tomó aire. Recordaba un cobertizo en Londres, un agujero mísero que compartía con otra prostituta, Hannah, madre de dos niños.

—¿Ah, sí? ¿Seguro que funcionará? Entonces ya lo conseguirá, ¿no? Y con eso os quedáis tan contentos.

Hacía mucho tiempo que Lizzie no pensaba en Toby y Laura, pero en ese momento casi creyó sentir de nuevo sus cuerpecitos a su lado cuando por la noche se acurrucaban contra ella temerosos y medio muertos de frío en su estrecho catre. Mientras, Hannah reía en su propia cama con su galán. ¿Cómo se llamaba aquel tipo? ¿Laurence o Lucius? ¿O había sido primero Laurence y luego Lucius? Hannah siempre hablaba del amor, pero nunca cuando se trataba de Toby y Laura.

«Tenemos hambre, Lizzie..., ¿nos traes algo de comer?» Lizzie escuchaba de nuevo las voces de los niños, sus llantos. ¿Qué había sido de ellos cuando la enviaron a Australia por haber robado pan para darles algo que llevarse a la boca? Y Hannah ni siquiera la había defendido. Al contrario, había representado ante el juez el papel de una madre con una normal vida familiar con Lucius y los niños.

—Pero no se puede negar una especie de instinto maternal —aseveró Kevin con su tono de médico.

—Sí, en los gatos —se burló Lizzie—, en los caballos, las focas... Pero a tu Juliet le importará un pimiento el niño. A lo mejor acepta el dinero, pero lo que vaya a hacer con él... No podemos planteárnoslo, Kevin, tienes que casarte con ella.

—¿Y si le pagamos para que nos dé al niño? —preguntó Michael de mala gana.

No tenía ganas de ocuparse de otro niño. Ni él ni Lizzie eran lo suficiente jóvenes para emprender otra vez la aventura de criar a una criatura.

Ella se encogió de hombros.

—No lo hará, Michael. Para eso ya podría abortar ahora.

Kevin inspiró hondo. Le habían descrito el aborto durante la carrera como uno de los mayores actos criminales.

—¡No pongas esa cara, Kevin, ella sabe que eso existe, no creas que es tan cándida! Si la

abandonas, es lo que probablemente haga. Así que otra razón para casarte con ella, si es que consideras que eso es realmente un pecado tan grande.

Kevin se llevó las manos a las sienes.

—¡Pero no quiero! Si me caso con ella... ¡Todavía no quería casarme! Y ahora una mujer como esa... No fue algo planeado, solo un juego. Pero ahora... si ahora me caso con Juliet, habré destrozado mi vida.

Lo cierto era que Lizzie y Michael no podían negar la situación. De acuerdo, Kevin tendría que apañárselas teniendo a su lado a una mujer que no era perfecta para él, pero, aun así, era guapísima y, por lo visto, también tenía otras cualidades... Y la posición social de Kevin tampoco saldría perjudicada. Claro que correrían rumores y que alguna que otra persona averiguaría por qué Kevin se había casado con una mujer tan mundana. Pero en la sociedad de Dunedin eran varios los que tenían un pasado peor que el de Juliet la Bree. Nadie plantearía preguntas indiscretas.

—Solo has de poner atención en tenerla controlada —aconsejó Michael a su hijo—. Esa mujer es capaz de arruinarte. Con todo lo que se ha embolsado ya. No lo niegues, Kevin, Jimmy Dunloe me ha dicho que tienes deudas.

—Según Claire y Kathleen, Juliet se deja una fortuna solo en Lady's Goldmine —añadió Lizzie—. Tienes que poner límites, Kevin, aunque sea difícil. Déjale claro que un médico no es un hacendado. —A esas alturas, ya se había extendido el rumor de que Juliet procedía de una plantación de algodón en Luisiana. Y Kevin se había sentido más tranquilo cuando ella lo había dado a conocer. Al menos su origen estaba por encima de toda duda.

—Si me caso con ella tendré que comprarme una casa —suspiró Kevin. Eso era lo primero que ella había exigido una vez pasado el primer susto, cuando Kevin diagnosticó su embarazo. Ella se mostró tan contrariada como él, al menos eso había fingido.

—Ya empezamos —suspiró Lizzie—. Pero está bien, quizá podamos ayudarte en la compra. Siempre que no sea nada exagerado. Es decir, no te imagines ningún palacio en la Upper Stuart Street. Más bien una bonita casa de campo en Caversham, por ejemplo.

A Kevin debería haberle zumbado la cabeza cuando dejó a sus padres y regresó a caballo a Dunedin bajo una lluvia torrencial. Meditabundo y envuelto en el abrigo encerado avanzaba a caballo, peleándose con el viento y los pensamientos sobre su futuro. Podría haber trazado algún plan, pero solo era capaz de ver un futuro sombrío ante sí. ¡No quería casarse con Juliet! Cuanto más pensaba en ello, más horrible le parecía la idea. Sin embargo, nunca había meditado mucho sobre temas como vivir un gran amor. Si alguna vez había pensado en el matrimonio, lo había imaginado como un vínculo tranquilo y agradable con una mujer conveniente. La sociedad tenía unas ideas claras sobre la esposa de un médico. De ella se esperaba un compromiso social, tal vez que colaborase en la consulta de su marido, al menos una implicación sincera con los pacientes. Era de desear que tuviese intereses culturales, y Kevin tampoco quería estar con una tontorrón. Además, deseaba a una mujer abierta y sensual, una joven moderna... en el fondo siempre había pensado en una chica como Atamarie o su amiga... ¿cómo se llamaba?

Juliet la Bree apenas se ajustaba a esa imagen, aunque él hubiera admitido que tenía toda la capacidad necesaria para hacerlo. Solo se preguntaba si ella quería, y eso era precisamente lo que él dudaba. En las últimas semanas se habían peleado con frecuencia por si tal o cual acontecimiento social realmente requería urgentemente un vestido nuevo, por si el nuevo carruaje tendría que ser otra vez uno sencillo «de médico» o algo más elegante, más apto para excursiones de fin de semana. Y ahora tenía que hacerle entender que sus padres tal vez le prestarían el dinero para una casa de campo en Caversham, pero no para la casa en la ciudad donde tenía su consulta y su vivienda. Esta se hallaba justamente en venta y Juliet enseguida lo había mencionado cuando supo que estaba embarazada.

Kevin no tenía miedo de casarse con una mujer a la que amaba medianamente, pero pensaba con horror en las peleas que le esperaban. Sobre la casa, los muebles, el servicio doméstico... Por el momento, Kevin solo contaba con una mujer de la limpieza que mantenía la casa en orden, pero Juliet no querría cocinar ella misma ni ocuparse del bebé. Y no era persona que atendiese a razones sensatas. Ya ahora había habido lágrimas y gritos, reproches de que él le había arruinado la vida dejándola encinta. Con ese pretexto le plantearía una exigencia tras otra y Kevin ya lo lamentaba. Se sumaba además la naturaleza inconstante de Juliet, incluso en las últimas semanas había empezado a dudar un poco de su fidelidad. ¿Tendría que hacerlo el resto de su vida?

En muchos aspectos, Kevin se parecía a su padre Michael. Los dos eran encantadores, los dos parecían a veces algo superficiales y evitaban las dificultades. Pero eso no significaba que no fueran dignos de confianza; al contrario. Michael se había aferrado durante años a su primer amor y Kevin había sido tenaz con respecto a su vocación y su carrera. Pese a todos sus intereses secundarios, era un médico extraordinario. Por otra parte, Michael siempre había necesitado a Lizzie para resolver problemas y Kevin nunca se había encontrado obstáculos en su camino. Lizzie y Michael le habían pagado la carrera, la sociedad de Dunedin lo había aceptado complacida: hasta entonces, Kevin nunca había tenido que luchar por nada. Y en esa larga y deprimente cabalgada a través de la lluvia, vio con claridad que ni querría ni podría hacerlo en el futuro. Al menos no en su propia casa y con su propia mujer.

La lluvia amainó cuando Kevin llegó a Dunedin. Mientras pasaba por Caversham, se animó un poco. El distrito del reverendo Burton era un barrio agradable. Se imaginaba muy bien una consulta allí y estaría más cerca de la guapa amiga de Atamarie cuando una de sus alumnas sangrara por la nariz... Kevin casi hubiese sonreído, pero entonces se imaginó a Juliet en una casita de ese estilo, cocinando o trabajando en el huerto... no, era inconcebible. Él no podía librar esa batalla. Otras, tal vez.

Una idea estrambótica le pasó por la cabeza cuando vio un triste edificio cuya entrada estaba adornada de banderines con los colores de Inglaterra y Nueva Zelanda: «Oficina de reclutamiento de Dunedin.» Pese al mal tiempo, tres hombres esperaban delante de la puerta. La oficina todavía no estaba abierta. Kevin los saludó.

—¿Voluntarios para la guerra en el Cabo? —preguntó.

Los hombres, que por su ropa sencilla y sus gorras de viseras a cuadros eran hijos de obreros, le sonrieron y respondieron:

—¡Sí, señor!

—Si nos aceptan... —puntualizó uno de ellos.

Kevin repasó brevemente lo que sabía sobre los últimos acontecimientos de la guerra de los

bóers. Las operaciones militares habían empezado el 12 de octubre, pero tras el turbulento discurso del primer ministro, Nueva Zelanda ya había comenzado a reclutar voluntarios. Enseguida se había puesto en marcha a los primeros doscientos cincuenta hombres, después de que el Ministerio de Defensa reuniera el equipo, los vehículos del convoy y caballos. A continuación el país se entregó a una carrera oceánica con Australia, cada uno de ellos se daba prisa por ser el primero en ayudar a los ingleses en el Cabo de Buena Esperanza. Nueva Zelanda ganó por poco: el 23 de noviembre los barcos fondearon en Ciudad del Cabo. Inmediatamente se destinaron las tropas al norte y allí lucharon por vez primera a comienzos de diciembre. A partir de entonces, y pese a la dureza de los combates, su valentía no flaqueaba. Y, ahora, después de que los primeros voluntarios de la Isla Norte hubiesen embarcado, también la Isla Sur reunía contingentes. En los días siguientes, un buque transporte zarparía de Lyttelton con un regimiento creado y financiado por los ciudadanos adinerados de Christchurch. Dunedin no quería ser menos, y también ahí se alistaban voluntarios.

Dentro de la oficina de reclutamiento había movimiento, alguien levantó las persianas y justo después se abrió la puerta desde el interior.

Kevin no se lo pensó mucho. Quizá fuese una locura pretender evitar las peleas domésticas huyendo a una auténtica guerra, pero por el momento era la única salida que veía. Salvo sus padres, nadie tenía noticias de su paternidad. Juliet podía fingir haberse dado cuenta de su embarazo cuando Kevin ya se había marchado. Nadie lo acusaría de infame por haberla abandonado. Y Juliet... en fin, la sociedad sin duda perdonaría antes un desliz a la novia de un soldado que a una vividora. Ya se vería entonces si ella estaba dispuesta a esperarlo o si encontraba a otro padre para su hijo. Kevin, de momento, no quería darle más vueltas al asunto.

Decidido, entró en la oficina.

Kevin fue admitido en los Otago Mounted Rifles en un santiamén. En cuanto el joven médico mencionó su profesión, al oficial que sometía a los reclutas a una primera inspección se le iluminaron los ojos.

—¡Los médicos siempre son necesarios! —exclamó radiante—. ¿No sabrá por casualidad disparar también?

Kevin arqueó las cejas.

—Vengo de una granja de ovejas, señor —respondió con calma—. Allí todo el mundo sabe disparar.

Eso solo ocurría desde hacía pocos decenios. Antes, ningún pastor *pakeha* o maorí había llevado fusil. Para qué, los ladrones de ganado eran pocos y nunca tan tontos como para meterse en una pelea, y animales de caza tampoco había. Antes de la llegada de los blancos a Nueva Zelanda no había mamíferos en la isla, excepto los perros de los maoríes y un tipo de murciélago. Las aves que se encontraban en las planicies eran más bien lentas, se cazaban con trampas o se cogían durante el día los ejemplares nocturnos. Pero una embarcación introdujo en la Isla Sur los primeros conejos, que, a falta de enemigos naturales, no tardaron en convertirse en una plaga. A partir de entonces la carne de conejo dominaba en las comidas de las granjas y pronto también en la de los maoríes, y todo niño desde los ocho hasta los diez años aprendía a matar de un tiro a esos animalitos.

El sargento asintió.

—¿Y montar a caballo? —preguntó esperanzado.

Kevin sonrió y señaló su caballo blanco y de patas altas que aguardaba atado delante de la oficina.

—Mi caballo también se registra para entrar en servicio.

La firma de los documentos fue una mera formalidad. Los Mounted Rifles se reunían en un campamento cercano a Waikouaiti donde se les repartía el uniforme color caqui. Kevin sonreía para sus adentros, su padre Michael no le podría reprochar que se hubiese convertido en un «casaca roja», como se llamaba a los militares ingleses, tan odiados por la vieja Irlanda. La moderna estrategia militar exigía prendas de camuflaje y Kevin observó perplejo que uno podía literalmente confundirse con el entorno vestido con aquel uniforme bastante cutre. A continuación, los hombres recibían una instrucción básica más que elemental, al final de la cual ellos mismos elegían a sus oficiales, una práctica habitual en los regimientos de voluntarios. Kevin, como oficial médico, fue promovido sin más a capitán. Y luego embarcaron deprisa. Entre la inscripción de Kevin y su embarque apenas transcurrieron tres semanas. Pero eso ya bastó para tenerlo sobre ascuas. No había vuelto a su vivienda más que una vez, y brevemente, solo para recoger efectos personales y hablar con su socio. Kevin se mostró muy generoso en este aspecto: que Christian se quedara con la consulta; cuando él volviera, empezaría de nuevo. La única condición que puso a su amigo fue que no contara nada.

—Escribiré a mi familia en cuanto esté en alta mar, no te preocupes. Pero ahora... ahora no quiero empezar a discutir por esta guerra. Simplemente, necesito algo de tiempo para mí.

Christian Folks se echó a reír.

—¿Te vas a la guerra para estar solo? Qué idea más original. Pero ¿tienes que irte al fin del mundo para huir de esa Juliet? Vaya, ¡y yo que te envidiaba tanto!

Folks no era una «víctima» adecuada para Juliet. Se había casado con su novia de la infancia

justo después de acabar la carrera.

—Tiene sus virtudes —señaló Kevin críptico—. Pero a veces... Demonios, no quiero hablar de eso. Mantén la boca cerrada tres semanas, ¿de acuerdo? Sea quien sea el que te pregunte. Límitate a decir que... que me he marchado con los maoríes.

Christian sacudió la cabeza.

—Kevin, ellos migran en verano, estamos en otoño. Y tu madre no se lo creerá. ¿Con qué tribus se supone que estás viajando?

Lizzie y Michael vivían en excelente vecindad con la tribu de los ngai tahu, y Kevin y Patrick, siendo adolescentes, habían acompañado a veces a los maoríes en sus migraciones. Sin embargo, la tribu de Lawrence pocas veces emprendía la marcha y nunca con toda la población. La razón principal de las más largas migraciones de las tribus maoríes había sido el hambre. Cuando se agotaban las provisiones del año anterior, las tribus se dirigían a las montañas para pescar y cazar. Sin embargo, los ngai tahu de Tuapeka no tenían esa necesidad. Disponían de sus cultivos y su ganado, y en los años muy malos se limitaban a extraer algo de oro. La presencia de ese metal en el río que discurría junto a Elizabeth Station era un secreto bien guardado entre los Drury y los ngai tahu.

—Entonces díles otra cosa, a mí me da igual. ¡Mientras me dejen en paz!

Kevin dio otra vez un breve abrazo a su amigo y se marchó. No se sentía desdichado, a esas alturas se sentía atraído por la aventura.

Al principio, Lizzie y Michael Drury no se enteraron de la decisión de su hijo, y tampoco se sentían inquietos. No era extraño que pasaran tres semanas sin recibir noticias de él.

—Está en el proceso de asimilarlo todo —dijo Michael a su esposa tras la segunda semana sin que Kevin diera señales de vida.

—Tiene que dejarle bien claro a Juliet que el nacimiento del hijo no va unido a una casa en el centro de Dunedin —advirtió Lizzie con dureza—. No le resultará fácil. Esa chica lo tiene dominado. Esperemos que el niño la sosiegue y no se le ocurra ninguna tontería más...

Tampoco Patrick advirtió la desaparición de su hermano. Estaba otra vez de viaje por las montañas de Otago, examinando a las ovejas que al final del verano descendían de nuevo a las granjas. Patrick asesoraba a los criadores, recomendaba compras y ventas y mediaba de vez en cuando entre potenciales barones de la lana y altivos pastores maoríes.

Al final, fueron Juliet y Roberta sobre todo las que empezaron a preocuparse por el paradero de Kevin. Roberta informó inquieta a Atamarie por carta que había desaparecido. No se atrevía a preguntar a Christian dónde se encontraba su socio y Patrick estaba de viaje.

«Me vuelvo loca solo de pensar en lo que puede haberle ocurrido», se lamentaba Roberta en su misiva. Atamarie se llevó las manos a la cabeza. Ella, al menos, era incapaz de imaginar qué cosa tan terrible podía haberle sucedido a su tío en la Isla Sur de Nueva Zelanda. Como mínimo, nada que explicara una partida sin dejar rastro. Naturalmente, podría haber sufrido un accidente o haber muerto, pero en Dunedin se habrían enterado. «De todos modos, no se ha marchado con la señorita La Bree —siguió escribiendo—. Hace poco que la vi, y tenía mal aspecto.»

En ese momento intuyó Atamarie la solución del enigma: Kevin había dejado a Juliet, pero ¿por qué tenía que desaparecer por ello? Fuera como fuese, Atamarie no se preocupó. Kevin, así lo dijo a

Roberta, aparecería de un momento a otro. Y si Roberta tenía algo de suerte, para entonces Juliet ya se habría esfumado.

Juliet estaba furiosa por la partida de Kevin, pero no se preocupaba demasiado. No se imaginaba que su novio dejara su vivienda y su consulta para empezar de nuevo en otro lugar. A fin de cuentas, no se había llevado sus cosas y tampoco había cerrado su cuenta, pues el banco seguía dando crédito a la muchacha en nombre del joven galeno. Probablemente necesitara un poco de tiempo para hacerse a la idea de su nueva situación. Juliet esperaba que no perseverase mucho tiempo en su alejamiento. A fin de cuentas, no quería presentarse ante el sacerdote con el vientre abultado.

Cuando por fin llegó una carta de Kevin, la joven cayó de las nubes. Ciega de rabia, llenó un arcón y pensó en alquilar un coche de punto. Pero sería demasiado caro, no podría costearse el viaje hasta Lawrence en carro.

Meditó brevemente y puso rumbo a la casita de Caversham que Patrick había alquilado. Era campestre y disponía de unos espaciosos establos. Patrick tenía tres caballos, ninguno tan bonito como el de Kevin, pero dos eran de confianza con los que hacer largas cabalgadas, y uno joven. Este último se hallaba en el establo, pues Patrick estaba de viaje con los otros dos.

Juliet tuvo suerte y se encontró con el chico que cuidaba los animales en ausencia de Patrick. Un irlandés de corta estatura y pelirrojo que seguramente también sabría conducir un carro. Y que, por supuesto, cayó de inmediato en las redes de la muchacha.

No obstante, se mostró escéptico cuando ella le dijo lo que deseaba.

—Sí, sé que es usted una conocida del señor Patrick. La... bueno...

—La prometida de su hermano —completó la frase Juliet—. Pero ahora mismo el señor Drury está ausente y yo tengo que hablar urgentemente con sus padres. Le pediría a Patrick que me llevase, pero también él está de viaje. Así que hazme el favor de enganchar el caballo. Yo... bueno, los Drury te pagarán.

El muchacho se mordió el labio.

—Pero es un animal muy joven. Y el viaje es bastante largo. Tengo que decírselo a mi madre. Y no sé si el señor Patrick estaría de acuerdo...

—El señor Patrick estará encantado de hacerme un favor —señaló Juliet con altanería—. Podemos pasar por casa de tus padres. ¡Por todos los santos, no hagas una montaña de esto! Llevas el caballo de la cuadra de un Drury a la cuadra de otro Drury y nadie os secuestrará ni al caballo ni a ti. Así que engancha al animal.

El joven Randy cedió al final, pero el trayecto a Elizabeth Station discurrió con una lentitud insoportable. El mozo temía exigir demasiado a la joven yegua y la dejaba ir al paso. Sin embargo, la carretera estaba en buen estado y se podría haber circulado por ella rápidamente pese a que volvía a llover. Poco a poco, los nervios se iban apoderando de Juliet. ¿Es que siempre llovía en ese país?

—Son las lágrimas de los dioses maoríes —observó Randy cuando ella se quejó—. Es muy divertido, los maoríes dicen que al principio el cielo y la tierra formaban una pareja. La divinidad del cielo se llamaba Rangí y la de la tierra, Papa. Pero tuvieron que separarse y esa es la causa de que Rangí lllore casi cada día.

Juliet levantó los ojos al cielo.

—Domínate, Rangí —murmuró—. Hay otras que se quedan sin novio y tampoco pasan todo el día lloriqueando.

Rangí no respondió, pero dejó que la lluvia siguiera cayendo sobre la escasa cubierta del vehículo de Patrick. El elegante, pero liviano abrigo de Juliet, estaba empapado y la joven se enfadó por no haber exigido al muchacho que enganchara un carruaje más grande. Él se había justificado diciendo que con el otro carro se necesitaban dos caballos de tiro, pero eso a Juliet le daba igual.

Aburrida, volvió a leer por enésima vez la breve misiva en la que Kevin le explicaba su marcha. Del asunto de la boda no decía nada, solo se centraba en el deber patriótico. Tonterías; antes nunca había mostrado especial simpatía por la madre patria de Nueva Zelanda. Y ese lugar... Juliet contemplaba desdichada el paisaje lluvioso. Pasaban justamente por los viejos yacimientos de oro.

—Es Gabriel's Gully —explicó Randy, también él hastiado, y señaló un páramo apenas cubierto de hierba e interrumpido de vez en cuando por los tristes restos de un asentamiento compuesto únicamente de cobertizos de madera—. Lentamente vuelve a crecer la hierba, pero durante años no ha sido más que un cenagal. Los buscadores de oro removieron tanto la tierra que la dejaron sin ninguna raíz.

—¿Al menos se hicieron ricos? —preguntó Juliet por preguntar. Sabía la respuesta, pues en todos los yacimientos de oro del mundo sucedía lo mismo: por unos pocos afortunados había miles de existencias desgraciadas.

—En el caso de los padres de Patrick les valió para hacerse una granja —respondió Randy—. Enseguida llegaremos, el señor Patrick dice que está a un par de kilómetros de Lawrence. Preguntaremos en el pueblo.

En Lawrence vivían los pocos que se habían quedado tras la fiebre del oro. En la actualidad se trataba de una población rural que abastecía a las granjas de los alrededores. Un pub, una tienda de comestibles y un café era todo cuanto tenía que ofrecer. Todos sus habitantes sabían dónde se encontraba la granja de los Drury. Los pocos transeúntes que habían salido pese a la lluvia, contemplaron con curiosidad a la mujer del carruaje. Esa belleza exótica, elegante y ataviada con ropa nada práctica, estaría al día siguiente en boca de todo el mundo.

Randy escuchó las explicaciones sobre la ruta que debía seguir y puso la joven yegua rumbo a las montañas, todavía por un camino practicable pero, a ojos vistas, mucho más escarpado y sinuoso. El caballo estaba muy cansado y recorría los últimos kilómetros con una lentitud tremenda. Juliet cada vez se iba poniendo peor. ¿Cómo iba a volver a la ciudad si el caballo ya desfallecía?

El paisaje era de una belleza arrebatadora, con bosques de hayas del sur salpicados por arroyos, pequeñas lagunas y peñascos. Pese a que el cielo estaba cubierto, al fondo se distinguían las cimas nevadas de las montañas, rudas pero imponentes. Juliet, sin embargo, no le prestaba atención. Era persona de ciudad, hasta entonces más bien una noctámbula, si bien últimamente necesitaba dormir más... A lo mejor quedarse embarazada no había sido tan buena idea.

—¡Ahí, ahí está la cascada! —anunció Randy tras un recorrido lleno de curvas que a Juliet se le hizo casi eterno—. ¡Allí arriba tiene que estar la casa!

En efecto, pronto quedó a la vista el edificio por encima de la cascada y de la laguna en que se vertía. Una casa de madera robusta, de aspecto acogedor, pero que decepcionó a Juliet. Ella había esperado una casa noble, semejante a las mansiones de las plantaciones de su tierra natal. A fin de cuentas, se tenía a los Drury por gente adinerada. De acuerdo, tal vez en ese sitio se construían las casas de esa manera... Decidió no dejarse desmoralizar. Esa gente tenía que ayudarla a encontrar una



solución para ella y ese maldito crío. Si bien ignoraba de qué tipo.

Randy detuvo al caballo delante de la casa, pero no hizo ningún gesto de ayudar a Juliet a bajar del carruaje. En su lugar, llamó a la puerta deseoso de ponerse a sí mismo y al caballo al abrigo de la lluvia.

En el interior ya se habían percatado de su llegada. Abrió la puerta Michael Drury, quien con los pantalones de montar gastados y la camisa de leñador tenía un aspecto menos distinguido que los criados de los Dunloe.

—¿Qué sucede... con este tiempo... Patrick? —Lo primero que Michael vio fue la pequeña yegua, que reconoció enseguida—. ¡Dios mío, si es Lady! ¿No es demasiado largo el camino hasta aquí para ella?

Lizzie, que apareció por detrás de su marido, vio primero al joven y palideció.

—¿Le ha ocurrido algo a Patrick? —preguntó asustada—. Eres su mozo de cuadras. ¿Qué... qué haces aquí?

Randy sonrió tranquilizador.

—Nada, señora Drury, el señor Patrick sigue de viaje. Pero la lady me ha dicho que es urgente y entonces...

—¿El caballo te ha dicho que era urgente? —se asombró Lizzie. Pero entonces su mirada se posó en Juliet, quien bajaba con torpeza del vehículo. Su falda estrecha, según la última moda, solo le permitía avanzar a pasitos cortos.

Lizzie salió a su encuentro, sin avergonzarse de su vestido de estar por casa ancho y anticuado. También ella había parecido más elegante en Dunedin. Era increíble que esa mujer menuda y redonda, con el cabello rubio oscuro recogido descuidadamente, fuera una preciada cliente de Lady's Goldmine.

—¡Señorita La Bree! —saludó—. Por el amor de Dios, ¿dónde está Kevin? ¿Cómo la envía a usted aquí sola, y además con este tiempo? Pero pase, pase, y tú también. ¿Cuál era tu nombre? Randy, ¿no?

Randy señaló que antes tenía que llevar el caballo al establo. Parecía un poco compungido después de que Michael hubiese confirmado que el trayecto había sido demasiado difícil para la joven yegua. Esperaba que el señor Patrick no se enfadase demasiado.

Michael acompañó al joven y al caballo, mientras Lizzie conducía a Juliet al interior. Por dentro, la casa no obraba un efecto más ostentoso que por fuera. Si bien había algún mueble bonito, seguramente importado de Inglaterra, la mayoría del mobiliario consistía en mesas y sillas rústicas a juego. Lizzie iba a ayudar a Juliet a quitarse el abrigo, pero esta no se detuvo en preámbulos.

—¿Debo suponer entonces que no sabe dónde está Kevin? —dijo yendo directa al grano—. ¿No se ha enterado? —Y se desprendió del abrigo sin ayuda, después de arrojar la carta de Kevin sobre la mesa.

Lizzie la desplegó y leyó las pocas líneas. De nuevo palideció y sintió una oleada de pánico. La guerra. Kevin se iba a la guerra... Se dejó caer en una silla.

Juliet no percibió lo horrorizada que estaba.

—¿Le dio usted esta idea? —espetó.

Lizzie la fulminó con la mirada. Se habría echado a reír como una histérica.

—Si tuviera usted aunque fuera una pizca de instinto maternal, señorita Juliet, sabría que ninguna mujer normal enviaría a su hijo a la guerra ¡para evitar un matrimonio! ¡Qué chico tan tonto!

Si lo hieren o... —Lizzie se llevó las manos a la cabeza, revolviendo todavía más el cabello recogido sin esmero.

Juliet arqueó las cejas. ¿Cómo podía esa mujer desvariar de ese modo?

—Es oficial médico —señaló tranquilamente—. Nadie le disparará, Kevin no me causa ninguna preocupación.

Lizzie la miró enfurecida. Pero antes de que pudiese contestar, Michael entró en la sala. Randy todavía se ocupaba del caballo.

—Señorita La Bree. —Michael hizo gala de sus buenos modales, y le agradó besar la mano de la hermosísima amiga de su hijo—. ¿Qué la trae por aquí?

—¡Esto! —contestó Lizzie con dureza, tendiéndole la carta—. Supongo que en la oficina de correos debe de haber un escrito similar dirigido a nosotros. No dimos a los problemas de Kevin su justo valor. Consideré que solo tenía miedo a la relación de pareja. Pero ahora sabemos más: antes de casarse con la señorita... —señaló a Juliet— prefiere morir.

También Michael se puso serio al leer la carta. No obstante, se recuperó antes que su esposa.

—No resulta muy halagador para usted, señorita Juliet —sonrió—. Pero por otra parte... No te pongas así, Lizzie, es médico. Trabaja en un hospital, seguramente detrás de las líneas de fuego. La cuestión es qué hacemos nosotros ahora con su «legado».

—No hables así... —susurró Lizzie.

Juliet se llevó la mano al vientre.

—Al menos esto sí lo sabe, ¿verdad? —dijo con amargura.

Michael asintió.

—Kevin nos contó que iba a ser padre —informó a la joven—. Y le aconsejamos que se casara con usted. Pero él encontró otra solución para al menos postergar el problema. ¿Qué piensa hacer, señorita La Bree?

Juliet se encogió de hombros.

—No tengo medios —respondió lacónica—. Había confiado en que Kevin...

—Kevin percibirá un sueldo —la interrumpió Michael en tono sosegado—. Seguro que destinará el dinero a usted y al niño, y podrá llevar una vida modesta con él. Luego, cuando vuelva...

—¿Voy a... a este niño... yo, aquí... en Dunedin? ¿Sin padre? —Juliet lo miró desconcertada.

—Por supuesto, Kevin no desatenderá sus responsabilidades como padre del niño. Estoy seguro de ello, aunque...

Michael guiñó el ojo a su esposa, cuyo pánico iba decreciendo y volvía a tener la mente clara. Michael —y esa impertinente de Juliet— tenían razón. Como médico, Kevin no correría mucho riesgo y esa guerra... Inglaterra enviaba cientos de miles de soldados para combatir contra un puñado de campesinos respondones. En realidad, eso no se convertiría en un baño de sangre... al menos en el bando británico.

—Está bien, Michael —interrumpió a su marido—. Puedo entender que la señorita Juliet afronte con desgana su carrera maternal. Otra propuesta, señorita Juliet: puede quedarse usted aquí, en Elizabeth Station, y dar a luz. La guerra no se prolongará demasiado, posiblemente haya terminado antes de que usted alumbré. Con la superioridad de los ingleses...

Michael, que se había divertido fastidiando un poco a Juliet, frunció el ceño.

—¡Tampoco tendría que haberse prolongado con los irlandeses! —observó con orgullo—. Y, sin embargo, estuvimos años combatiendo contra ellos...

Lizzie agitó la mano para detenerlo.

—Contra los irlandeses no enviaron ejércitos de medio Imperio —objetó—. Y disculpa, cariño, pero los británicos lo tenían más fácil con una pandilla de destiladores clandestinos en las montañas que con un país lleno de minas de oro y diamantes en manos de unos fanáticos religiosos. Por lo que he oído decir, hasta la Iglesia de Escocia es liberal comparada con esos bóers. Serían capaces de clausurar las minas porque Dios no ve con buenos ojos que la gente se enriquezca si no se mata trabajando en los campos de cultivo. Inglaterra no lo permitirá.

La breve discusión política entre Lizzie y Michael dio tiempo a Juliet para preparar una respuesta, pero se había quedado muda, lo que pocas veces le ocurría. ¿Permanecer ahí? ¿Meses en ese páramo?

—Así pues, ¿qué decide, señorita Juliet? —Lizzie se volvió hacia su visitante.

Juliet jugueteó con los bordados de la chaqueta del traje.

—¿Aquí? Pero aquí es imposible dar a luz... sin médicos, sin comadronas...

Lizzie sonrió.

—Mis tres hijos nacieron aquí. A unos pocos kilómetros se encuentra un poblado maorí y su comadrona es estupenda, mucho mejor que cualquier profesional pakeha... —Juliet se la quedó mirando horrorizada. Las cosas iban de mal en peor. Bastante horrible le parecía estar meses aislada con Lizzie y Michael, y ¿encima con indígenas?—. Kevin la recogerá cuando regrese —siguió Lizzie. Lentamente iba encontrando nuevas posibilidades a partir de la poco convencional solución de Kevin. Juliet tal vez permaneciese en Elizabeth Station hasta que naciera el niño, pero seguro que ni un mes más. Entonces ella podría ocuparse del nieto. No era lo que más le apetecía, pero ya surgirían otras posibilidades. Matariki y Kupe, por ejemplo, no tenían hijos, quizás estuvieran dispuestos a criar a su sobrino o sobrina en Parihaka. Miró sin compasión a Juliet, que se debatía con su propio desasosiego. La joven se frotaba una oreja. En Elizabeth Station la casa se le caería encima en un par de días—. Puede pensárselo —añadió Lizzie—. No tiene que quedarse hoy mismo aquí.

Consideraba factible que Juliet encontrase en Dunedin una solución definitiva para el problema, por fea y censurable que fuera. La opinión de Lizzie sobre el aborto no era tan negativa como la de su hijo y Michael, con su rígida educación católica. Tal como en el pasado se ganaba la vida, la sombra de la «hacedora de ángeles» siempre flotaba sobre ella y las otras chicas. Según su opinión, habría sido mejor que algunos niños —Lizzie volvió a recordar a Toby y Laura— nunca hubiesen nacido.

Michael parecía estar pensando lo mismo que ella, pero abordaba el asunto con menos benevolencia.

—Tonterías, Lizzie. Juliet... me permite que la tutee, ¿verdad, señorita La Bree? Naturalmente se quedará usted aquí ahora mismo, no la dejaremos marchar, con este tiempo y acompañada solo por Randy... No, no hay peros que valgan. —Y consiguió dedicarle una sonrisa casi cálida—. ¡La cabeza bien erguida, jovencita! Tendrá a su bebé, y cuando Kevin vuelva, y seguro que será pronto, podrá casarse con usted.

Mientras Michael hablaba, la puerta de la casa se abrió, pero ninguno de los tres reaccionó. A fin de cuentas, solo podía tratarse de Randy, que por fin había acabado de limpiar al caballo. Sin embargo, entró un hombre alto, con pantalones de montar y abrigo encerado, liberándose de su mojado sombrero impermeable.

Patrick Drury se dirigía a Dunedin procedente de Otago y pasaba muy cerca de Lawrence, por lo que había decidido dormir en casa de sus padres a causa del mal tiempo. Para su sorpresa, se

había encontrado con Randy y Lady en el establo.

Ahora se hallaba en la sala de estar de sus padres y su mirada pasaba de uno a otro. Del abrigo todavía goteaba el agua de lluvia y él se alisó con un gesto nervioso el cabello húmedo.

—Kevin no tiene obligación de hacerlo —anunció imperturbable Patrick—. Kevin puede quedarse en el quinto pino. Yo me casaré con la señorita La Bree.

La topografía no era precisamente una de las asignaturas favoritas de Atamarie. Sin embargo, se la consideraba una de las disciplinas importantes de la carrera de Ingeniería y, por supuesto, en Nueva Zelanda tenía gran relevancia. Solo se habían mensurado y poblado partes del país. Muchos licenciados pasarían probablemente toda su vida profesional ocupados en cartografiar el terreno y se daban con ello por satisfechos. Atamarie, por el contrario, ansiaba algo más elevado, literalmente: la aviación seguía fascinándola. A los cálculos topográficos se dedicaba sin ganas, pero aun así con éxito: como en el resto de asignaturas, también en esta le resultaba fácil superar a los demás estudiantes. Y en esta ocasión su entrega se vio recompensada más allá de las clases: en otoño de 1900, el profesor Dobbins tenía preparada una sorpresa especial para sus estudiantes más aplicados.

—Este año se creará un nuevo parque nacional —comunicó a la clase de Atamarie—. En la Isla Norte, junto al monte Egmont.

Atamarie aguzó el oído. Junto al monte Egmont se hallaba también Parihaka. El nombre maorí de la montaña era «monte Taranaki». El nombre de Egmont había sido un invento del capitán James Cook, quien, naturalmente, no se había tomado la molestia de preguntar a los nativos cómo llamaban al imponente volcán.

—Pero antes de que eso comience deben realizarse algunas labores de medición del terreno —prosiguió el profesor—. Por descontado, el Estado no pagará mucho por ello. Esa es la causa de que se hayan dirigido a las universidades, en especial a la nuestra. —Los estudiantes sonrieron complacidos—. En fin, me es grato aceptar el llamamiento, sobre todo porque me permite invitar a mis estudiantes más destacados a participar en los estudios de campo. Organizaremos una expedición de varias semanas. Mediremos regiones todavía inexploradas. Allí arriba reina... —Hojeó en sus apuntes.

Atamarie pidió la palabra.

—En la propia montaña no crece mucha vegetación —señaló—. Casi siempre está nevada. Será sobre todo el terreno escarpado lo que dificultará más la medición y habrá que escalar bastante. Alrededor del Taranaki hay un bosque pluvial. Lluve constantemente, es una de las áreas más húmedas del país. —Sonrió—. Los maoríes dicen que Rangí llora porque los dioses se pelearon.

Dobbins frunció el ceño.

—¿Qué dioses se pelearon, señorita Turei? Parece conocer bien el lugar. ¿Ha estado antes allí?

Atamarie contó que incluso había subido a la montaña con una **tohunga**, la cual había contado a los niños de Parihaka la historia del desdichado volcán enamorado y había realizado diversos rituales para poner paz entre los dioses.

—Y alrededor del bosque pluvial hay tierra de cultivo —prosiguió la joven—. Sumamente fértil, incluso la volcánica. Pero siguen produciéndose confrontaciones al respecto. Es posible que los granjeros **pakeha** pongan trabas incluso para la medición. En cualquier caso, no se desprenderán ni de un centímetro.

Dobbins sonrió.

—Gracias, señorita Turei, su aporte ha sido muy esclarecedor. Y me alegra especialmente haber decidido que participe usted en la expedición. Cómo no, siempre que usted lo desee y sus padres lo permitan. De lo contrario, solo colaborarán estudiantes de los cursos más avanzados. En su caso lo he sopesado con seriedad, como es natural... —Se detuvo. No era aconsejable abordar la

cuestión feminista. Él mismo había estado reflexionando largamente y consultado a sus colegas de trabajo si era aceptable llevar a una chica con un grupo de estudiantes varones a una expedición. Luego había decidido que a él lo único que le interesaba era la formación científica de la joven y no la salvaguardia de su virtud. La muchacha y sus padres tendrían que decidir si participaría del viaje sin dama de compañía—. Pero si además también conoce la zona...

Atamarie se encogió de hombros.

—¡Me encantará ir! Si necesita personas que conozcan bien la zona, pregunte en Parihaka. Los maoríes llevan siglos viviendo alrededor del monte, se lo conocen bien.

—Y te disparan por la espalda cuando clavas una barra de medición en una montaña sagrada — señaló sardónico un estudiante.

Atamarie le lanzó una mirada indignada, pero no dijo nada, probablemente la envidia lo hacía hablar así. Al estudiante también le habría gustado sumarse a la expedición.

—Los maoríes apoyan la creación de un parque nacional —salió en su ayuda Dobbins—. Señorita Turei, tiene razón. Si alguien se opone, serán como mucho los granjeros que se han asentado allí. Pero a sus tierras no les afecta nada. Se trata de una superficie prácticamente circular alrededor del Egmont. Un buen motivo para repetir la medición de círculos. Señor Potter, cuéntenos ahora qué sabe usted al respecto...

Atamarie sabía que el otoño no era la estación ideal para visitar el monte Taranaki, menos para subirlo. En las regiones superiores incluso podía estar nevado en esas fechas y, por lo demás, la cima solía estar cubierta por una capa de nubes espesas. En el bosque que había en la falda no pasarían frío, pero Atamarie se imaginaba que serían tres semanas muy lluviosas. Por el contrario, el permiso de sus padres no le provocaba ningún dolor de cabeza. El concepto de dama de compañía no formaba parte del vocabulario de los maoríes y sus abuelos estaban acostumbrados a que las muchachas tuviesen independencia. A Lizzie solo le preocupó que la tienda de su nieta fuera impermeable y recia, y el saco de dormir, de abrigo. Matariki, por su parte, ni siquiera dedicó un solo pensamiento a esos asuntos, e invitó a los expedicionarios a hacer escala en Parihaka.

De hecho, solo fueron las adversidades del otoño las que detuvieron a Dobbins y sus estudiantes. Pese a que la mayor parte del trayecto hacia Blenheim transcurrió apaciblemente en el tren, la travesía con el transbordador a la Isla Norte fue más agitada de lo normal. Atamarie observó, no sin cierta alegría por el mal ajeno, que casi todos sus compañeros se asomaban a la borda con el rostro verde del mareo. Solo un joven demostró ser tan intrépido como ella misma, tal vez porque la técnica del barco de vapor le interesaba más que el estado de su estómago.

—Debería poderse equilibrar el balanceo —comentó en un momento dado a su profesor, que padecía de horribles mareos—. Por medio de estabilizadores. Por ejemplo, colocando a ambos lados del barco una especie de aletas...

Atamarie intervino.

—Sería de ayuda que al menos los camarotes de los pasajeros no se vieran tan afectados. Podrían hacerlos basculantes, de modo que siempre permanecieran en posición horizontal.

—Ya se probó —le informó el joven—. Henry Bessemer en 1875. Pero no dio resultado.

Atamarie puso morritos, un gesto de decepción que resultaba irresistible a la mayoría de los jóvenes. Por lo general, eso no le interesaba demasiado, pero le habría gustado llamar la atención de

ese estudiante tan despierto. Por desgracia, él estaba concentrado en la idea de estabilizar la embarcación. Miró con atención por encima de la borda como si estudiara ya las posibilidades de colocar sus «aletas».

—Ya hay una patente para los estabilizadores, Pearse —observó Dobbins y se tapó la boca con la mano—. Oh, Dios, cuanto más habla de este asunto, peor me siento... Pero investigue en Christchurch, creo que fue hace dos años...

El estudiante suspiró y puso cara de preocupación.

—No podré hacerlo —dijo, y se dio media vuelta—. Ya no me dan el carnet de bibliotecas. — Se alejó unos pasos por la cubierta, como si quisiera dar por zanjada la conversación. A Dobbins ya le iba bien, pues en ese momento se inclinó sobre la borda con un objetivo claro.

Atamarie siguió al estudiante que respondía al nombre de Pearse y lo observó con mayor atención. Tenía el cabello castaño y corto, un rostro redondo y se diría que no era mucho mayor que ella.

—¿Ya ha acabado usted la carrera? —le preguntó—. Parece muy joven. ¿Empezó a estudiar antes que los demás?

El muchacho hizo un gesto de negación.

—Me gustaría... No, no he estudiado realmente. Solo he asistido a un par de clases. La mayoría del segundo curso, pues el profesor fue tan amable que me dio permiso. En el instituto trabajé como ayudante de laboratorio. Mis padres no pueden permitirse pagarme una carrera. Pero así siempre podía quedarme un par de meses en Christchurch. Y ahora formar parte de la expedición... muy amable por parte del profesor Dobbins haberme dado esta oportunidad... El instituto también paga un poco. Pero luego no tendré más ayudas, tendré que volver a Temuka. —Era una pequeña ciudad al norte de Timaru, en la costa Este de la Isla Sur—. Cuando cumplí veintiún años, obtuve cuarenta hectáreas de terreno ahí. Así que seré granjero... —El joven parecía abatido.

—Lo siento —murmuró Atamarie—. Bueno, lo de la carrera. Cuarenta hectáreas en Canterbury seguro que son... hummm... —No se le ocurrió ninguna palabra.

Pearse rio y la miró de reojo.

—Así que esto no la seduce. ¡Qué cambio! Cuando menciono el número de metros cuadrados, a la mayoría de las chicas de las llanuras de Canterbury les brillan los ojos. Por otro lado, lo correcto sería decir que son «planas». Las llanuras son muy planas.

Atamarie rio. Le gustaba esa conversación que llevaba camino de convertirse en un flirteo.

—Vengo de Otago, allí tenemos mucha montaña. Así que si por desesperación quiere tirarse desde una...

—Por desesperación no —observó el joven—. Como mucho... Pero discúlpeme, no me he presentado todavía. Pearse, Richard Pearse.

—Atamarie Parekura Turei.

Pearse asintió.

—Lo sé. Es conocida en la universidad. La única chica. Y la mejor del curso. ¿Qué idea se ha formado usted de los camarotes basculantes?

Atamarie miró concentrada el agua.

—¡Olvídese, es demasiado complicado! Pero puedo imaginarme también tanques de agua. Colocados bajo cubierta como contrapeso.

—¡A los lados! —señaló ansioso Pearse—. En forma de U. El agua podría entonces fluir de un

lado a otro y compensar el balanceo de las olas.

Atamarie asintió interesada, aunque le hubiese gustado volver al nivel más ligero del coqueteo. Sonrió.

—¡Registre la patente! Si en el futuro todos los barcos de vapor se construyen de ese modo, hará usted un dineral y podrá seguir estudiando.

—¡Qué dice, si ha sido idea suya! —objetó Pearse cortésmente—. Y seguro que ya se le ha ocurrido a alguien antes que a nosotros. Al menos esto es lo que ha sucedido con todos los intentos que he hecho hasta ahora. No tengo suerte. —Bajó la cabeza.

—¡Ya vendrá! —lo animó ella, y señaló por encima del mar hacia el norte, donde empezaba a perfilarse la costa—. Mire, ahí está Wellington. En media hora nuestros colegas mareados serán rescatados. ¿Sabe si hoy seguimos el viaje?

Pearse se encogió de hombros.

—Es más bien improbable, visto el estado en que se encuentra la mayoría. Pero a lo mejor se recuperan pronto. Por otra parte, aquí también hay una universidad...

Atamarie le sonrió.

—Podemos ir y preguntar si conceden becas. Yo preguntaré primero. Luego se pondrán contentos cuando llegue un chico.

El grupo se quedó una noche en Wellington para acabar de reunir el equipo y los estudiantes se alojaron en casas de familias de otros licenciados. Atamarie pasó una tarde enervante en casa de una estudiante de Medicina rubia y descendiente de holandeses. Ni Petronella ni sus padres habían visto jamás a un maorí y se esperaban a un individuo robusto y de cabello oscuro en lugar de a una chica delgada y rubia.

—No va usted tatuada —observó la señora Van Bommel, entre aliviada y decepcionada—. Pensaba que alrededor de los ojos...

—Solo tengo una cuarta parte de maorí —le respondió—. Y en mi tribu el moko ya no se hace con tanta frecuencia como antes. Por otra parte, a las mujeres se les tatúa como mucho alrededor de la boca. Para mostrar que los dioses han dado a la mujer y no al hombre el aliento vital.

La señora Van Bommel y su hija se quedaron entusiasmadas con esta historia y pidieron a Atamarie que les contará más acerca de las leyendas y relatos transmitidos por su pueblo. Sin embargo, ella había esperado reunirse con Dobbins y los otros estudiantes, sobre todo con Richard Pearse. Pero no había nada que hacer, los Bommel ni se planteaban dejar que su huésped disfrutara de la vida nocturna de Wellington sin compañía, aunque en el fondo era un lugar tranquilo. Atamarie tampoco se habría extraviado. Había vivido años con su madre ahí, durante la lucha por el derecho de voto de la mujer y hasta conocía el interior del Parlamento. Otra historia más que las dos Van Bommel encontraron emocionante. Acabaron admirando incondicionalmente a Atamarie pese al color «equivocado» de su cabello y su piel.

—Qué carrera tan rara para una chica... ¡Y además sola en un grupo de hombres jóvenes! ¿No te da miedo? ¿No te agobian? Yo, desde luego, tendría miedo...

Petronella van Bommel se estremeció y Atamarie puso los ojos en blanco.

—No me agobian, ni siquiera me hablan —respondió a su anfitriona y se alegró de que a partir de ese día eso ya no fuera cierto.



Su corazón se aceleró al pensar en la amable sonrisa de Richard Pearse y en su conversación inteligente. Lentamente iba sintiendo auténtico entusiasmo por la expedición; hasta el momento había considerado un honor participar en ella, pero también una pesada obligación en esa estación del año.

Al día siguiente continuaron el viaje en la nueva, aunque todavía no concluida, línea ferroviaria, la North Island Main Trunk Line. Atamarie se sentó junto a Dobbins y Richard Pearse, un sitio que nadie iba a disputarle. Por otra parte, seguro que comentarían que le hacía la pelota al profesor. Y eso que nada más lejos de ella que coquetear con el profesor. A Atamarie solo le interesaba el asistente, que la catapultó al séptimo cielo cuando le sonrió amistosamente y le dejó sitio.

—Ayer la eché de menos, señorita Turei —dijo—. Pensaba que cenaría con nosotros.

Atamarie hizo una mueca y describió a la familia Van Bommel y su interés por la cultura de los «indígenas».

—Si hubiese ido con ustedes, tendría que haberme llevado a Petronella —respondió—. Pero sus padres seguro que no hubiesen dado el visto bueno. Dos chicas jóvenes y doce hombres no es mucho mejor proporción que una mujer y doce hombres.

Richard reflexionó. Al parecer, en ese momento se percató de que era poco habitual que una mujer viajara con todo un grupo de estudiantes varones.

—¿Y sus padres no temen nada? —preguntó asombrado—. Bueno... me refiero a que corra usted algún riesgo aquí...

Atamarie hizo un gesto de negación y le habló de Matariki y Parihaka.

—Entre los maoríes, la dama de compañía resulta algo desconocido —sonrió—. Y aunque mi madre también tiene educación *pakeha*, confía en mí. Además, cada día estoy en la universidad con un montón de hombres. Y allí, donde todos estamos continuamente juntos, todavía sería más fácil que aquí que me reuniera con uno en secreto.

Eso era cierto, pero no hubiese tranquilizado a ninguna madre *pakeha* al estilo Van Bommel. Richard asintió sin hacer ningún comentario, y en ese momento el profesor tomó la palabra. Dobbins elogió la línea de ferrocarril de la Isla Norte calificándola de maravilla del arte de la ingeniería. Al principio circulaba junto al río Rangitikei, y el profesor no se cansaba de señalar a los estudiantes los diversos problemas en la construcción de las vías en un terreno montañoso y en parte muy accidentado.

Dobbins les contó la diferencia entre la superestructura y la infraestructura en la colocación de los raíles, así como los detalles de la construcción de puentes, en especial en las montañas. Temas estos por los que la mayor parte de los estudiantes sentía poco interés, para disgusto del profesor. Los chicos luchaban de nuevo con el mareo. Cuando los tramos conducían por puentes estrechos que solo ofrecían espacio para los raíles, la situación podía ponerse crítica. Solo Richard Pearse y Atamarie discutían animados sobre las ventajas y desventajas de los puentes colgantes para superar mayores longitudes de tramo y hablaban sobre la construcción de puentes de arco y de entramado.

Los dos se entristecieron cuando concluyó la línea de ferrocarril en Palmerston. Ahora tendrían que recorrer el trecho restante a caballo. Richard miraba con tristeza su caballo de alquiler.

—¿Cuánto durará el viaje? —Pese a su desgana, subió con destreza a la silla.

—Unos tres días —respondió Atamarie, a quien no le resultaba desconocida la ruta—. Bueno,

si vamos rápido. Pero si quiere saber mi opinión... —Paseó la mirada por los demás estudiantes, que se acercaban a los animales con tal respeto que casi podría decirse que les temían—. Se prolongará más tiempo.

En efecto, algunos estudiantes eran jinetes sumamente torpes, y el avance también se vio frenado por el carro en el que Dobbins llevaba todos los instrumentos y herramientas de medición. Los caballos que habían alquilado decepcionaron las expectativas de Atamarie respecto a unos animales con brío para hacer un viaje, otra opinión en la que Richard estuvo de acuerdo. No le entusiasmaba montar, pero, procediendo de una granja, era un jinete diestro. Habría preferido un caballo algo más fogoso.

—¿Viene usted de una granja de ovejas? —preguntó Atamarie cuando volvieron a detenerse.

Dobbins había conducido el carro por equivocación hacia un bache. El profesor podía ser un ingeniero, topógrafo y también constructor genial, pero, desde luego, no tenía nada en común con Ben Hur. Richard rio complaciente cuando Atamarie se lo comentó.

—Yo tampoco sabría hacerlo mucho mejor —admitió—. Sí, vengo del campo, pero no soy muy hábil en el trato con los animales. Tenemos más tierras de labor que ovejas. Mi padre trabaja duro, pero la cría de ganado no es su fuerte. Todavía no sé por qué quiso ser granjero, pero es tradición en nuestra familia y en Temuka podía adquirir mucha tierra por poco dinero. Eso lo motivó. En Cornualles la familia nunca había tenido tanto. Y nosotros formamos una gran familia que alimentar. En total somos nueve.

Atamarie se quedó impresionada.

—¡Nueve hijos! ¡Es casi un equipo de rugby!

—Más bien una orquesta —sonrió Richard—. Mis padres se interesan mucho por la cultura y cada hijo ha tenido que aprender a tocar un instrumento. El mío, por ejemplo, es el violonchelo.

Atamarie ya estaba dispuesta a admirarlo por ello. Salvo por un par de intentos de *dilettante* con instrumentos de viento maoríes, no tenía ningún tipo de formación musical.

—¿Es bueno? —preguntó.

Richard negó con la cabeza.

—Solo soy realmente bueno en matemáticas y física. Y en construir máquinas; me gustaría ser inventor. —Dijo esto último casi en un susurro, como si se avergonzara de sus deseos.

Pero Atamarie estaba lejos de hacerle burla.

—Puede llegar a serlo —dijo—. Para registrar una patente no es necesaria una licenciatura. Y puede empezar donde está. Maquinaria agrícola, por ejemplo, ¡seguro que en ese ámbito hay mucho que mejorar! O en la técnica del remolque.

Señaló divertida a Dobbins y uno de sus estudiantes de tercer curso, que en ese momento analizaban sesudamente el problema del carro atascado.

—Esto está pidiendo a voces una palanca. Venga, vamos a ayudar. Si se sabe encallar un carro, hay que saber también cómo desencallararlo.

Atamarie enganchó dos caballos más con unas correas provisionales delante del carro de carga, mientras que Richard indicaba a dos estudiantes que colocaran palancas en ciertos puntos. Los jóvenes sacaron el vehículo del fango y Richard cambió sin esfuerzo la rueda estropeada. Atamarie comprobó que no solo disponía de conocimiento teórico, sino también de unas manos sumamente hábiles, grandes y fuertes, que le gustaron tanto como su rostro franco y cordial, de ojos castaños y rodeado de un espeso cabello ondulado.

Atamarie y Richard acabaron igual de embadurnados de barro, pero se ganaron el elogio del profesor, mientras los otros estudiantes los miraban con recelo. También Richard era un marginado. Trataba a todos amablemente, pero no había intimado con nadie. Hasta entonces. Y tampoco parecía casado, al menos no llevaba alianza.

Atamarie dejó complacida que su caballo trotara junto al de Richard, mientras él peroraba sobre técnica automotriz. Tenía, efectivamente, algunas ideas acerca de cómo mejorar la maquinaria agrícola, estaba encantado de que Atamarie le creyera capaz de hacerlo. A la joven, el día le pasó en un suspiro pese a las paradas y la lluvia continua. En realidad, para entonces ya deberían haberse visto las montañas, pero el Taranaki se escondía tras una nube baja.

—¿Para qué necesitarán aquí un parque nacional? —refunfuñó otro estudiante, al parecer harto de cabalgar bajo la lluvia—. Aquí tampoco se ve mucho más que las Llanuras.

En efecto, al principio cruzaban un territorio utilizado para el cultivo, prados ondulados similares a los de la región de Otago en la Isla Sur. A veces atravesaban sembrados, pero la mayoría de los campos pertenecía a criadores de ovejas. Con frecuencia veían a los animales en rebaños más o menos grandes, resistiendo estoicos la lluvia. El agua se deslizaba sin obstáculo por su espesa lana.

—¡Estas sí que lo tienen bien! —dijo Richard. Llevaba el abrigo empapado y Atamarie estaba igual—. ¿Dónde se supone que dormiremos?

Estaba claro que en esas circunstancias la idea de tener que montar una tienda le resultaba muy desagradable. Pero esa noche los viajeros tuvieron suerte. Ya a comienzos de la tarde encontraron una granja cuyo propietario abrió un cobertizo de esquileo para los congelados científicos. Aunque aquellos estudiantes urbanitas arrugaron la nariz a causa del olor a estiércol y lanolina, en el fondo todos se alegraron de no tener que montar las tiendas. La esposa del granjero incluso les cocinó y el hombre les permitió encender una hoguera, así que por la noche la familia se reunió con ellos para charlar un rato.

—¿Y ahora eso va a convertirse en parque nacional, ahí arriba en el Taranaki? —preguntó el granjero—. En su origen era tierra maorí, ¿no es así? Y luego el gobierno la anexionó, pero ahí no crece gran cosa. Aunque esa granja modelo de los maoríes... cómo se llama... la gente sí que ha trabajado allí.

—Parihaka —respondió Atamarie con toda naturalidad—. Pero no cultivaron el bosque pluvial. Es más fértil la tierra de alrededor. Y ahora se la han quedado los granjeros pakeha...

De hecho, a Parihaka no le había quedado mucho de las cien hectáreas que en el pasado había necesitado para dar de comer a los más de dos mil habitantes y sus cientos de visitantes semanales. El gobierno había reclutado más colonos y se había limitado sencillamente a venderles la tierra de los maoríes. En la actualidad los granjeros maoríes eran propietarios de fracciones de los campos de cultivo anteriores, y aplicaban los métodos más modernos de la agricultura. Los vecinos blancos a menudo sentían envidia de ello.

—Los maoríes tampoco tienen nada contra el parque nacional, a diferencia de los colonos blancos. Estos no parecen entusiasmados con el proyecto, han protestado mucho... —El afable anfitrión descorchó una botella de whisky y se la tendió a Dobbins—. Más vale que monte un

campamento, profesor. Es poco probable que alguien le ofrezca alojamiento. ¿A quién se le ha ocurrido hacer las mediciones precisamente en otoño?

Dos estudiantes también habían sacado unas botellas de su equipaje y las hicieron circular para regocijo general. A Atamarie casi le recordó a las reuniones de los jóvenes de Parihaka o las fiestas junto a la hoguera de los ngai tahu. Ahí, de todos modos, la atmósfera era más tensa. Los estudiantes de segundo y tercer curso formaban grupitos y competían por los favores del profesor. Dobbins, por su parte, conversaba por educación con el granjero, con quien tenía pocas cosas en común. Así que Atamarie volvió a ganar puntos con él, pues se entendía estupendamente con el anfitrión. La joven contó de Parihaka y de las ovejas de su abuelo, de quien, para su sorpresa, el granjero había oído hablar.

—¿Michael Drury? ¡Vaya por Dios, muchacha, el mundo es un pañuelo! ¡Tengo un descendiente de uno de sus mejores carneros! —Como para reforzar ese casi parentesco, sirvió a Atamarie un whisky y a continuación no encontraba el momento de irse con la joven a los pastizales para mostrarle su maravilloso ejemplar—. El ganador nacional... **Heribert**. Ya sabe usted...

Atamarie lo sabía. Un retrato del carnero, eternizado en un óleo por su tía Heather, colgaba en la sala de estar de los Drury.

A continuación se abordó el tema de la obtención de lana y el esquila de las ovejas, y el profesor y Richard abundaron en digresiones teóricas sobre el posible empleo de la electricidad en el desarrollo de máquinas esquiladoras. Atamarie lo encontró muy interesante, pero a esas alturas el whisky la había envalentonado un poco. Richard Pearse cada vez le gustaba más y ya había llegado el momento de que él reparase en ella como mujer. A fin de cuentas, llevaban dos días juntos. Atamarie decidió tomar la iniciativa. Fingió tener frío y se arrimó como por azar a su nuevo amigo.

Pearse tardó unos minutos en percatarse y le sonrió. Ella esperaba que la rodeara con el brazo, pero entonces el granjero arruinó sus planes.

—Pues sí, ha sido una noche muy agradable —anunció—. Pero ahora tengo que despedirme, mañana he de madrugar. Y también a ustedes les espera una larga jornada. Pónganse cómodos en la paja, está lo suficiente alejada del fuego. Ah, sí, y usted, señorita... ¿cómo se llama? ¿Mary? Mi esposa la espera en casa, le ha preparado la habitación de invitados.

Atamarie iba a rechazar la oferta, pero los hospitalarios granjeros no se dejaron convencer. ¡De ninguna manera pasaría la joven una noche en el cobertizo con doce hombres! Así que se resignó, y no quedó decepcionada. De todos modos, tampoco habría podido compartir cama en esa ocasión con Pearse. Había que dejar que las cosas siguieran su curso pausadamente, no estaba en un poblado maorí en el que cuando una chica y un chico se retiraban juntos se oían un par de bromas y basta. Arruinaría su reputación si se lanzaba sobre Richard, y él tampoco se sentiría cómodo, pues era todo un caballero.

Atamarie se reanimó con la acogedora cama, mucho más cómoda que un jergón de paja en el cobertizo. Incluso había agua caliente y Atamarie pudo desembarazarse de los restos de barro y lavarse el cabello. Al día siguiente estaría especialmente guapa. Tal vez viera por fin el ansiado brillo en los ojos de Richard cuando él posara la mirada en ella.

Por la mañana llovía con menos intensidad. De vez en cuando hasta clareaba y asomaba la cordillera de Poukai, dominada por la cumbre nevada del monte Taranaki. Era un paisaje

arrebatador, y la mayoría de los integrantes de la expedición se entregó a la contemplación de la cima mayestática contra un cielo azul intenso. Un riachuelo de aguas cristalinas correteaba cuesta abajo, saltaba por encima de las rocas y recorría los prados al pie de la montaña. Al atravesar el alegre arroyo, incluso Richard Pearse interrumpió la conversación que sostenía con Atamarie sobre automóviles. Hacía poco que había llegado a Nueva Zelanda el primero de esos vehículos, pero ninguno de los dos lo había visto, solo habían estudiado teóricamente la mecánica.

—El paisaje es muy interesante —dijo Richard, señalando el monte Taranaki—. Y esa montaña es fascinante. Es un volcán, ¿verdad? ¿Puede haber todavía erupciones? Tal vez tendríamos que sugerir que se instalaran sismógrafos y que observásemos la actividad de la tierra...

Atamarie suspiró. Había esperado una reacción más eufórica ante la visión de la montaña sagrada y tal vez algo romántica. El Taranaki incitaba a otras personas a expresarse de forma poética y a Atamarie no le habría sorprendido que un joven enamorado comparase a su amada, por ejemplo, con la diosa Pihanga. Pero lo cierto es que llevaba toda la mañana esperando algún tipo de cumplido.

Antes de salir se había mirado en el espejo y había aprobado el aspecto que ofrecía. Tenía el rostro sonrosado después de cabalgar bajo la lluvia el día anterior y tras el descanso reparador. Olía a las hojas de rosa que su detallista anfitriona había esparcido entre las sábanas de su cama, y le brillaba el cabello rubio recién lavado. Casi le daba pesar peinárselo y hacerse trenzas, pero el recogido, claro está, resultaba práctico para un recorrido largo. El vestido de montar todavía estaba húmedo y sucio, así que decidió ponerse un vestido de reserva más nuevo y bonito. Aunque no se trataba en realidad de vestidos, sino más bien de camisas y anchas faldas pantalón. Kathleen Burton los había diseñado para su nieta, que se negaba categóricamente a sentarse en una silla de amazona. Después de que los pantalones anchos también se pusieran de moda para las practicantes del ciclismo, no había sido difícil convencer a las modistas.

El vestido nuevo era azul oscuro y favorecía la silueta delicada de Atamarie y su tez aterciopelada y oscura. Los trabajadores de la granja junto a los cuales pasó reaccionaron con silbidos de admiración y en los ojos de algunos estudiantes apareció una chispa de lascivia, pese a que bajaran la vista de inmediato. Incluso Dobbins dejó escapar un afable: «¡Qué guapa está, Atamarie!» Solo Richard Pearse permaneció impassible. No obstante, comentó el corte de la falda: «Muy práctico, y muy elegante, si me permite decirlo. Con qué habilidad utiliza el drapeado. Por cierto, ¿sabe de máquinas de coser? El último año tuve la oportunidad de asistir a una demostración de esos pequeños aparatos... ¡muy interesante!»

En las horas que siguieron entretuvo a Atamarie contándole historias sobre el enhebrador mecánico que había inventado de joven para su madre, y ambos comprobaron que de niños les había gustado hacer experimentos. Richard había construido un zoótropo para una de sus hermanas y la idea de imágenes en movimiento les cautivaba a ambos. Era estupendo viajar con ese chico.

Sin embargo, poco a poco esperaba de Richard algo más que largas conversaciones. Podría haber sido tan romántico cabalgar juntos a través de ese paisaje cada vez más parecido a un país encantado... Parecía totalmente virgen, incluso las ovejas apenas se dejaban ver ese día. Las verdes colinas, de las que asomaban rocas grises y blancas, parecían recién lavadas, y los bosquecillos que los pastizales aclaraban regalaban a los ojos incontables matices de verde. Atamarie contó a su embelesado amigo que para los maoríes cada uno de esos árboles tenía personalidad, y en el descanso de mediodía lo invitó a tocar uno e intentar sentir su alma. Richard se limitó a mirarla desconcertado y a cambiar de tema. Pasó a hablar de sierras de motor.

Por lo demás se comportaba de modo muy caballeroso. Tenía muy buenos modales, le llevaba pan y té, y le contó sus teorías sobre materiales aislantes con cuya ayuda se podrían conservar las bebidas calientes. Atamarie lo encontraba todo muy interesante, pero ¿era ella misma así de aburrida?

Al final del día no habían encontrado ninguna granja que alojase al grupo de Dobbins, y Atamarie tenía ganas de volver a montar un campamento. Tal vez esa noche Richard intimara más con ella. De hecho, lo ayudó primero a preparar su tienda. El genial inventor no conseguía colocar los palos como indicaban las instrucciones de uso.

—¡Es que no tiene que pensar, solo seguir las! —exclamó risueña Atamarie, colocando en un abrir y cerrar de ojos las estacas.

—Pero estáticamente no es lo ideal —objetó Pearse—. Sin contar con lo pesados que son los palos. Puedo imaginar otra forma de construcción, tal vez redonda. Y con un varillaje flexible... bambúes...

Desarrolló esta idea durante la comida y pareció encontrar sumamente agradable que Atamarie se apretase junto a él mientras hablaba con Dobbins de sismógrafos. De vez en cuando le dirigía una sonrisa y no apartó la mano cuando ella la deslizó sobre los dedos de él al llenarle la taza de té. Pero no interrumpió ni un segundo su conversación con el profesor.

Atamarie dedujo que Richard quizá fuese tímido. Y, claro, sus propios avances tampoco eran demasiado hábiles. Ella todavía era virgen, pese a todos los veranos pasados en Parihaka con los desenfadados chicos y chicas maoríes. No es que fuera una santurróna, pero la educación en una escuela de chicas y también los pocos pero inteligentes consejos de su abuela Lizzie habían ejercido su influencia. «Hazlo solo cuando de verdad quieras hacerlo. No porque quiera el chico e incluso te presione. El amor puede ser maravilloso, pero olvídate de la idea de que tengas que ofrecerte a alguien. ¡No eres ninguna caja de bombones! Al contrario, contempla a los otros como un regalo, y solo cuando creas que los dioses te han bendecido reuniéndote con ese hombre precisamente, entrégate a él.»

Atamarie, de naturaleza poco espiritual, sustituía mentalmente a los dioses por el bombo de una lotería: solo quería dormir con un hombre cuando lo considerase un premio gordo. Por el momento solo había obtenido premios de consolación, ¡hasta ahora! Con Richard Pearse, así lo percibía ella, tenía una afinidad espiritual. Por fin alguien con quien podía hablar, cuyos intereses compartía y al que no parecía afectarle nada que fuese una chica.

Suspiró y se acurrucó sola en su estrecho saco de dormir dentro de su pequeña e incómoda tienda. Un derroche manifiesto: un par de metros más allá su don de los dioses probablemente también estuviera aterido de frío como ella. Quizá tendría que haber ofrecido alguna vez un sacrificio a los espíritus de sus antepasados o al menos haber bailado un haka...

Al día siguiente, una desagradable sorpresa aguardaba al grupo. Tras una larga cabalgada, esta vez a través de fértiles tierras de cultivo, alcanzaron la granja en la cara oriental del Taranaki donde habían planeado establecer la primera base para la medición del parque nacional. En el ínterin, sin embargo, el granjero había cambiado de idea. Dobbins y sus alumnos creyeron deducir de su indignada perorata que el gobierno planeaba construir una carretera de acceso al parque que atravesaba la granja o que al menos esta se vería muy perjudicada. El señor Peaboy no estaba de acuerdo con eso y Dobbins y su gente tenían que pagar ahora el pato.

—¡Y en mis tierras ni se les ocurra montar las tiendas! ¡Lárguense al bosque! ¡Y háganse ustedes a la idea de que controlaré cada uno de esos «cálculos»! ¡El Estado no me birlará ni un centímetro de mis tierras!

—Aunque el Estado le ha hecho el favor de robarles a los maoríes esas tierras —comentó Atamarie con tristeza—. Tendría bien merecido que ahora se las volviera a quitar.

—¡Nada de opiniones políticas, señorita Turei! —la reprendió Dobbins. Era evidente que había esperado un pajar al refugio de la lluvia o incluso una habitación decente en la granja. A fin de cuentas, no era un chaval y tras pasar una noche en una húmeda tienda de campaña le dolían todos los huesos—. Sigamos cabalgando hasta el bosque pluvial, es probable que esta noche descubramos allí unos insectos interesantes para los estudiosos de la naturaleza que se cuentan entre ustedes...

Los estudiantes reaccionaron con amargas carcajadas. Solo Atamarie frunció el ceño.

—Profesor Dobbins, solo tenemos que ir hasta Parihaka —sugirió—. Mi madre nos ha invitado expresamente. Se alegrará. ¡Allí todos se alegrarán de nuestra visita!

Una parte de los estudiantes pareció considerarlo una buena idea, pero el profesor se mostró escéptico.

—No sé, señorita Turei. Su madre seguro que se alegrará de verla a usted. Pero a todo un grupo de trece personas y catorce caballos...

—Que además aparecen en plena noche... —añadió Richard con deferencia.

Pese a ello, ya había desplegado un mapa y examinado el trayecto que conducía a Parihaka. Todavía estaba lejos, con toda seguridad no llegarían antes de medianoche, al fin y al cabo tenían que rodear media montaña.

Pero Atamarie movió la cabeza risueña.

—¡Es Parihaka, profesor! Antes, cada vez que había luna llena se reunían allí dos mil visitantes. Y las tribus maoríes siempre van de visita en grupo. Cuando se desplazan lo hacen todos juntos, hombres, mujeres y niños. Trece invitados, ¡para ellos es una nimiedad! ¡Y cuanto antes emprendamos la marcha, antes llegaremos!

Al final, Dobbins dio el visto bueno, adelantándose a que alguien propusiera una votación. La mayoría se hubiese decantado entonces por Parihaka, donde se suponía que encontrarían cobijo. Para algunos de los jóvenes de Dunedin esa era su primera expedición con tiendas, y ya tenían suficiente con haber pasado una noche de lluvia en la tienda.

Así pues, el grupo cabalgó a través de la noche, dirigido por Richard y su mapa y por Atamarie, que mostraba a sus compañeros cómo orientarse con las estrellas. Por fortuna había despejado y el claro de luna iluminaba el camino. En realidad, bastaba con avanzar hacia el mar, pues Parihaka se hallaba entre el volcán y el mar de Tasmania.

—¿De qué tribu maorí se trata? —preguntó Richard.

En esta ocasión, también los demás estudiantes mostraron interés. De hecho, algunos nunca habían establecido contacto con maoríes y se sentían inquietos por ese motivo. Otros, como Richard, conocían tribus de los alrededores de sus granjas. Sus padres contrataban a pastores maoríes o a personal doméstico. Sin embargo, nadie había pernoctado en un **marae**.

—No se trata de una sola tribu, es Parihaka —explicó Atamarie, sorprendida de que ninguno conociera la historia—. Fue fundada por Te Whiti, un anciano jefe tribal y espiritual, después de las Guerras de la Tierra, para acoger a los fugitivos. Pero luego evolucionó hacia una especie de... bueno, cómo llamarlo... poblado modélico, lo denominan algunos. Pero, asimismo, era casi como un santuario. Es decir, por una parte se quería mostrar a los **pakeha** que los maoríes podían administrarse por sí mismos muy bien y de forma correcta. Parihaka tenía escuelas, un hospital, un banco, una oficina de correos... todo según el modelo **pakeha**. Pero, por otra parte, se respetaban las antiguas costumbres en lo referente a la música, el arte y la religión. Y Te Whiti predicaba. Luchó por los derechos de los maoríes y en contra de que les quitaran las tierras sin pagarles nada a cambio, incluso en contra de la voluntad de sus propietarios por derecho. Pero también quería la paz. Quería que maoríes y **pakeha** aprendieran los unos de los otros. Eso tuvo mucho éxito, durante un par de años llegaban con la luna llena miles de visitantes a Parihaka para escuchar a Te Whiti. Y casi todas las tribus de la isla construyeron su propio **marae** en el poblado...

—¿**Marae** son casas? —preguntó Dobbins.

—Zonas de residencia —respondió Atamarie—. Es decir, plazas de asambleas, viviendas, almacenes... Por regla general, en Parihaka había una casa de asambleas para cada tribu. Simplemente para hacer acto de presencia o, como dice mi madre, para respirar el espíritu de Parihaka y luego llevarlo a cada rincón de la isla. Yo todavía no había nacido, pero mis padres dicen que fue maravilloso. Todo paz y amor. Se trabajaba mucho, pero también había mucha música y danza... mi madre cuenta que cada noche era una fiesta.

—Pero entonces llegaron los topógrafos —recordó Dobbins.

Cuando estalló la lucha por Parihaka, las noticias al respecto también llenaron los periódicos de la Isla Sur.

Atamarie asintió.

—El gobierno quería que los granjeros **pakeha** se establecieran en la zona y les vendieron por la brava las tierras de las tribus maoríes, que llevaban siglos aquí. Te Whiti y sus partidarios protestaron de forma pacífica y con medidas originales...

Dobbins sonrió.

—Recuerdo que labraron los pastizales, ¿verdad? Lo que los inutilizaba para criar ganado...

—Y empezaron a cercar las tierras de las tribus —prosiguió Atamarie—. Pero al final, lo único que consiguieron fue enfurecer al gobierno, que acabó tomando Parihaka al asalto y destruyéndolo. Te Whiti y sus seguidores pasaron un tiempo encarcelados... debió de ser muy triste, algunos hasta murieron. Pero luego, cuando Te Whiti de nuevo fue puesto en libertad, regresó a Parihaka, y con él muchos de sus antiguos habitantes. Mis padres han comprado tierras que no pueden volverles a quitar. Y ahora Parihaka se está convirtiendo en... bueno, una especie de «centro espiritual». Dictan cursos de técnicas tradicionales de artesanía, se celebran las fiestas antiguas... Es bonito para ir de visita, pero a mí no me gustaría vivir ahí. Ya se ha inventado el telar, pero en Parihaka tenía que



trabajar con unas técnicas ancestrales como si estuviera en la Edad de Piedra...

El profesor Dobbins se rio cuando Atamarie les contó los intentos que había realizado para mejorar los bastidores y las nasas.

—Así pues, otra inventora más. El señor Pearse y la señorita Turei. ¡Estoy impaciente por saber qué nuevas y revolucionarias técnicas desarrollarán en los próximos años!

Durante el trayecto a Parihaka dejó de llover. Matariki seguramente lo habría atribuido a los espíritus amables que siempre procuraban que el poblado se presentase con toda su belleza. Los jinetes descendieron de las colinas hacia el poblado, situado en la planicie, con el majestuoso volcán erigiéndose por encima y, detrás, el mar de Tasmania brillando a la luz de la luna y las estrellas. La visión de Parihaka seguía siendo impresionante, muchos de sus habitantes se habían enamorado de él a primera vista. Sin embargo, Dobbins y sus estudiantes no se percataron al principio de la belleza del emplazamiento, sino que se quedaron perplejos al ver el alumbrado de las calles principales.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Dobbins—. ¡Este pueblo es más avanzado que la mitad de la Isla Sur! Y parece que todavía hay gente despierta. ¿Cómo era eso de que cada noche era una fiesta?

Como antes, alrededor de Parihaka no había ningún cercado fijo, tenía que ser un poblado abierto, no una fortaleza. Así pues, Atamarie se limitó a abrir el liviano portalón de madera y dejar entrar a sus invitados. Ya en la primera plaza de reuniones ardían todavía hogueras y unos noctámbulos que había por allí saludaron a los recién llegados sin mostrar demasiada sorpresa. Enseguida sacaron una botella de whisky.

—Sentaos primero y tomad un trago, vamos a ver si podemos daros algo que comer —indicó complacida una mujer joven en un inglés fluido—. En la panadería ya deben de estar trabajando para que mañana haya pan fresco. Seguro que todavía tienen algo de hoy...

Y contoneándose se dirigió hacia los edificios de servicios, mientras sus amigos dejaban sitio junto al fuego a los recién llegados.

Poco tiempo después apareció un comité de bienvenida más sobrio a ojos vistas, pero igual de contento; en él venía la madre de Atamarie. Matariki Parekura Turei era una mujer delgada, no demasiado alta, con el cabello largo, negro y ondulado, que llevaba suelto a la manera maorí. Tenía unos grandes ojos color castaño claro, que con frecuencia presentaban unos brillos casi dorados y conferían a su tez clara de mestiza maorí un brillo especial.

—¡Ah, qué bien tenerte de nuevo en casa, Atamarie! —exclamó alborozada Matariki, abrazando a su hija a la manera **pakeha** para luego apoyar la frente y la nariz en los de Atamarie e intercambiar un **hongji**—. Kupe vuelve a estar en Wellington y me siento sola. Enseñaremos a tus amigos las nuevas casas de invitados y luego te vienes conmigo.

El nuevo Parihaka estaba formado por cabañas construidas deprisa y sin adornos, y casas de reuniones provistas de nuevo de elaboradas tallas de madera. Para los huéspedes había viviendas modernas con habitaciones funcionales de varias camas e incluso agua corriente.

—Carecen un poco de espíritu —explicó Matariki pesarosa—. Habríamos preferido acoger a nuestros huéspedes como los antiguos maoríes en casas de la comunidad, pero la mayoría prefiere la comodidad a la tradición... Y muchos son **pakeha**. No queremos que piensen que no nos apañamos

con las técnicas modernas.

El profesor Dobbins y sus estudiantes pudieron renunciar a la bendición de los espíritus. Aseguraron a Matariki que no habían dormido tan bien en todo el viaje.

—Quédense todo el tiempo que lo deseen —los invitó Matariki—. También pueden medir desde aquí el territorio, da igual que empiecen por el este que por el oeste. Lo mejor es que se adapten al tiempo: si se anuncia que será bueno, se quedan un par de días en el bosque, y si hace malo, duermen aquí. En cualquier caso, nos alegraríamos de que asistieran mañana por la noche a la tradicional fiesta **hangi**. Utilizamos la actividad del volcán para calentar nuestros hornos, lo que seguro que, como estudiosos, será de su interés.

Atamarie no tenía la menor duda de que a Richard se le ocurrirían diez maneras de mejorar los hornos, pero esa noche todos los miembros de la expedición estaban demasiado cansados para pensar en otra cosa que no fuera dormir. Atamarie se acurrucó complacida sobre su colchón en la casa de sus padres. Matariki y Kupe estaban cautivados por las tradiciones maoríes, pero ambos habían recibido una formación **pakeha**. No les interesaba dormir junto con toda la tribu en una casa comunitaria, preferían tener cierta privacidad. Por eso vivían cerca de la escuela en una pequeña cabaña de madera adornada con tallas al estilo maorí.

—¿Va todo bien por ahora? —preguntó Matariki poco antes de enviar a su hija a la cama—. Esta excursión... ¿te desenvuelves bien con todos estos jóvenes?

Atamarie sonrió feliz a su madre.

—Estupendamente —suspiró—. Es la cabalgada... bueno, ¡la excursión más bonita que he hecho en toda mi vida! —Bostezó.

Matariki contestó complaciente a la sonrisa, pero se sorprendió un poco. ¿Tres días de lluvia y su hija hablaba de la excursión más bonita de su vida? Decidió que al día siguiente se fijaría bien en el resto de la expedición. Era evidente que alguno había entre ellos que encandilaba a su hija.

La gente de Parihaka ofreció de buen grado a Dobbins y sus estudiantes unos guías para que los acompañasen por el área del futuro parque nacional. Tal como el profesor había dicho en Christchurch, los maoríes apoyaban el proyecto.

—Aquí no tiene usted que preocuparse por unos granjeros enfurecidos si su medición nos quita unos metros cuadrados de terreno —explicó Matariki—. Toda la tierra entre el volcán y Parihaka nos pertenece a nosotros, nos la concedió generosamente el gobierno encabezado por Seddon. Por supuesto es menos fértil que la tierra entre el poblado y el mar, que pertenece en parte a granjeros blancos. Antes también la habíamos labrado, pero hoy no vive tanta gente aquí.

En esto último había un deje de tristeza, pero Dobbins aseguró a Matariki que Parihaka siempre sería algo especial. Estaba sorprendido por las tiendas, el banco y la panadería. Los estudiantes ya estaban comprando recuerdos para sus familias. Atamarie se alegró de que su madre anunciara a los visitantes que presenciarían un **powhiri** tradicional, la ceremonia de bienvenida a las tribus bien recibidas.

—¿Podré participar en el baile? —preguntó Atamarie antes de saltar a lomos de su caballo.

Atamarie iba equipada como una profesional con telescopio, mapas y varas de medición; volvía a llevar su viejo vestido de montar, se había hecho una trenza y se protegía de la lluvia con un

sombrero de piel de ala ancha. Matariki se sorprendió de nuevo. Naturalmente, su hija había aprendido a bailar un **haka** y de pequeña había estado encantada de brincar con los demás. En los últimos años, sin embargo, no le atraía aparecer con la tradicional faldita **piu piu**, además de una prenda superior escasa de hilaza y haciendo revolotear unas bolas **poi poi**. Otro nuevo indicio de que se interesaba por algún joven del grupo. Pero por el momento, Matariki no veía que ninguno siguiera con los ojos brillantes a su hija. Antes, en el desayuno, Atamarie había comido con el profesor y con el que parecía uno de sus alumnos predilectos, un chico delgado de cabello castaño ondulado y abundante. Pero ella no había coqueteado con él. Matariki estaba impaciente por observar qué ocurriría por la noche.

—Claro que puedes participar —respondió ella a su pregunta—. Voy a ver si encuentro un vestido de baile para ti. Pero ¡no te quejes si luego te mueres de frío!

Ese día el cielo se mantuvo despejado y los estudiantes exploraron fascinados el bosque pluvial. Las zonas de vegetación al pie del volcán cambiaban de modo sorprendentemente repentino: uno se encontraba todavía en un entorno claro, con rocas y prados y de vez en cuando un grupo de coníferas que ofrecían un paisaje casi europeo, y de golpe penetraba en una penumbra propia de un relato fantástico, dominada por helechos de la altura de un árbol, plantas trepadoras y líquenes.

—No me extrañaría que por aquí colgara alguna serpiente —bromeó un estudiante, señalando uno de los enormes árboles **kamahi** cuyas raíces aéreas componían extrañas formaciones—. O monos... como en *El libro de la selva*.

El guía sonrió.

—El señor Kipling describe la selva de la India —dijo, mostrando que era un hombre cultivado—. Pero aquí la vegetación es distinta, gran parte de la flora de Aotearoa es endémica. Por ejemplo el **rimu**. Necesita urgentemente protección ya que los **pakeha** talaron muchos para construir sus casas y hacerse los muebles. Antes formaban bosques y cada árbol podía llegar a vivir cientos de años. —Señaló uno de los ejemplares que crecía erguido con sus anchas agujas—. Y no cuente con ver serpientes o monos, aquí solo hay pájaros e insectos... ah, sí, y un tipo de caracol. —Aplastó de un manotazo a un mosquito.

El profesor Dobbins les contó que la cumbre del Taranaki era una de las más simétricas del mundo y explicó cómo utilizar un objeto topográfico muy importante para la medición. Atamarie y sus compañeros escalaron a lo alto, identificaron hitos y los trasladaron a los mapas. Lamentablemente, durante el trabajo la joven no coincidió demasiado con Richard. Este ayudaba sobre todo al profesor y recogía los resultados de cada grupo. Atamarie colaboraba con un estudiante bastante presuntuoso del tercer curso. Porter McDougal se fijó en la chica que tenía al lado después de que ella le indicara que había cometido un error grave. A partir de ahí la trató como si fuese un insecto fastidioso, pese a lo cual permitió que ella hiciera su parte del trabajo. Luego le cedió también las labores más difíciles relacionadas con escalar y penetrar en bosquecillos espesos. Al parecer no le gustaba internarse en el bosque, probablemente nunca antes había salido de Christchurch.

—Mañana subiremos más arriba, ahí la vegetación no es tan densa —lo consoló Atamarie cuando regresaban a Parihaka; la muchacha, sucia, con el vestido desgarrado y los dedos llenos de

arañazos de las espinas; el joven, como un pincel—. Hay más matorrales y hierba. Pero las pendientes suelen ser más escarpadas.

—Esperamos pues que haga usted un poco más de deporte, señor McDougal —observó el profesor que se había dado cuenta de las diferencias que había entre la ropa de uno y otro—. Y ahora no finja estar extenuado. Más le vale tomar ejemplo de la señorita. ¿Y encima esta noche quiere participar en el baile, señorita Turei? Me quito el sombrero.

Atamarie se alegró de la alabanza y llegó radiante a Parihaka. Los habitantes abrían en esos momentos los primeros hornos de tierra y el poblado se llenó de un aromático olor.

Matariki esperaba a su hija con el traje de baile tradicional. Contempló satisfecha cómo la joven se soltaba el cabello, lo mantenía apartado del rostro con una cinta ancha con los colores de Parihaka y se ponía el desenfadado vestido.

—¿A cuál de los caballeros quieres impresionar? —preguntó como de paso, y sintió que sus sospechas eran justificadas cuando Atamarie, en contra de lo habitual, se ruborizó.

Pero luego la joven respondió sin rodeos. No tenía grandes secretos para Matariki y esta, medio maorí, consideraba natural que su hija tuviera experiencias sexuales.

—¡Puedo hablar estupendamente bien con él! Tiene las mismas aspiraciones y expectativas profesionales que yo. ¡Y es inventor, mamá! Podría ayudarlo, trabajar con él...

Matariki rio.

—Vaya, el regalo de los dioses. Pero ¿dónde está el problema?

Atamarie suspiró.

—Por el momento no ha intentado besarme. Guarda las distancias... Me temo que no tiene mucho interés por mí.

Matariki sonrió.

—Hija mía, no has venido a Parihaka para la fiesta de año nuevo, sino en una expedición científica. Hacer manitas no estaría bien visto. Está muy bien que el joven se contenga. Quizás esté esperando simplemente a que esto acabe.

Atamarie se mordisqueó el labio inferior.

—De acuerdo —admitió—. Eso ya lo he pensado. Es solo que... bueno... que no me mira de la manera que cabría esperar.

Matariki frunció el ceño. Esa noche observaría con mayor atención al muchacho.

Una ceremonia **powhiri** era una fiesta importante que podía durar varias horas. Esa vez, sin embargo, no se extendió tanto porque los visitantes tampoco tenían mucho que aportar. Mientras que generalmente bailaban y rezaban las dos partes, esa noche solo la gente de Parihaka mostró lo que tenía que ofrecer.

—El **powhiri** sirve para saludar, pero también para intimidar —explicó Matariki al profesor y a Richard. Había tomado asiento entre los dos—. Se da la bienvenida a los visitantes, que no suelen llegar en solitario sino, como toda una tribu, con sus guerreros armados, pero también se les demuestra lo que uno mismo conoce sobre el manejo de las armas y las técnicas de defensa. — Señaló sonriente a los jóvenes que danzaban en ese momento un **haka**, durante el cual golpeaban el suelo con las lanzas, realizaban ataques fingidos y dirigían muecas a los rivales.

—Lo he visto en el rugby —intervino uno de los estudiantes de Dunedin, y Matariki rio.

—Sí, es una nueva costumbre, una confirmación de la tesis de Te Whiti de que maoríes y pakeha tienen aspectos que intercambiar. Hemos aprendido el deporte del rugby de los ingleses y ellos el haka para amedrentar al equipo contrario.

A continuación se produjo el saludo de la sacerdotisa más anciana, un grito a voz en cuello, el karanga, que creaba una unión espiritual entre el cielo y la tierra, los anfitriones y los huéspedes.

—Pero ahora todo será más tranquilo —indicó Matariki y, en efecto, aparecieron las muchachas para bailar el haka powhiri. Matariki no apartó la vista de su hija, quien, pese a la falta de práctica y la fatigosa excursión de ese día, estuvo a la altura. Las alas del amor... Matariki sonrió, pero entonces dirigió su atención hacia Richard y se percató de a qué se refería Atamarie con su extraño comentario.

Richard contemplaba la danza con interés y agrado. Antes había contado que procedía de una familia muy afín a la música y era evidente que disfrutaba de la velada y las costumbres ajenas. Pero sus ojos no brillaban cuando su mirada se posaba en Atamarie. Matariki no reconoció ahí el deseo que sí aparecía en los ojos de otros estudiantes, ni distinguió embeleso. Por el momento no había nada que demostrara que Richard Pearse estaba enamorado de Atamarie.

Pero eso ya llegaría. Matariki era optimista, también en su caso había tardado en producirse el cambio desde la simpatía inicial hacia su marido Kupe hasta la aparición del amor. Y desde el primer y catastrófico enamoramiento de Colin Coltrane se guardaba de dejarse guiar en asuntos sentimentales exclusivamente por la atracción sexual, sino antes bien por intereses comunes y pensamientos semejantes. Esto, al menos, sí parecía existir entre Atamarie y Richard. Matariki les sonrió a ambos cuando su hija, poco después y todavía acalorada por el baile, se reunió con el grupo de estudiantes y se sentó junto a Richard. No se había cambiado de ropa y sin duda muy pronto estaría aterida. Matariki decidió llevarle una manta. Pero el mismo Richard se encargó de ello.

—¡Ha bailado usted maravillosamente bien, señorita Atamarie! —exclamó con su afable voz de tenor—. Y parecía realmente una maorí. En general, con el cabello rubio, tiene más en común con la parte pakeha de su familia.

Atamarie asintió y se alegró. Al menos se había dado cuenta de que era rubia. ¡Un avance! Acto seguido se censuró a sí misma moviendo la cabeza. Cuando Richard estaba a su lado perdía la sensatez, igual que Roberta con Kevin Drury. Richard llevaba días cabalgando junto a ella. Era imposible que no se hubiese percatado del color de su pelo.

—Pero ahora debe de tener frío, señorita Atamarie. Permítame que vaya a buscarle una manta.

Richard se levantó ágilmente y Atamarie se dijo que esto sí era realmente un avance. Aunque era absurdo que ahora tuviese que volver a ocultar sus encantos. Dejó que la manta resbalara seductoramente por sus hombros, mientras cogía el hangi preparado en los hornos del mismo nombre y que se servía en grandes hojas.

—Su sabor siempre es apetitoso —dijo, relamiéndose.

En las novelas que Roberta leía, este gesto se suponía que era excitante. Sin embargo, Richard no mostró excitación ninguna, sino que se interesó más por la técnica de los hornos.

—Está exquisito. Pero es agotador tener que cavar primero esos orificios. En realidad tendría que ser factible desviar el calor del interior a la superficie de la tierra. Se necesitaría una especie de bomba térmica...

Atamarie renunció a impresionarle y se concentró en comerse las succulentas raciones de carne y

verduras. Después de un día tan duro tenía un hambre canina.

Las demás chicas y chicos maoríes empezaron a coger sus instrumentos tradicionales y acercarlos a las hogueras.

Richard observaba fascinado las distintas flautas y se atrevió a coger un *tumutumu*, una especie de instrumento de arco del que arrancó un par de agradables melodías. Atamarie cogió un *nguru* e interpretó un aire.

—¡Qué bonito! —sonrió Richard—. ¿En serio que se toca la flauta con la nariz?

Atamarie asintió.

—Y creo que uno siempre parece increíblemente pánfilo al hacerlo —comentó provocadora.

Había bebido cerveza en la comida y volvía a circular la botella de whisky. Las inhibiciones de Atamarie desaparecían, pero no las de Richard.

No obstante, el joven la sorprendió.

—Usted no puede parecer pánfila, señorita Atamarie. Creo que es una de las personas más inteligentes que he conocido. Pero ¿ha pensado alguna vez si no se cambiaría el sonido de la flauta y sería más fácil de tocar si se distanciaban un poco más los orificios o si dispusiera de un canal de aire?

Matariki, que volvía en ese momento con el grupo, observó pasmada que por fin los ojos de Richard resplandecían. Al ver a Atamarie tocando la flauta *nguru* y luego el complicado *putorino*, brillaron las chispas que tanto se habían echado de menos.

—Qué raro —comentó a una amiga, a la que acababa de hablar del enamoramiento no correspondido de Atamarie—. Y yo que siempre había creído que tocando esas flautas uno parece terriblemente pánfilo...

Si bien Richard Pearse esa noche mostró más entusiasmo por Atamarie, no dejó de comportarse como un caballero. No se permitió más que rozar levemente los dedos o los hombros de la muchacha, si bien Atamarie ignoraba si a él ese gesto le electrizaba tanto como a ella. Otros estudiantes se mostraron menos contenidos. Animados por las desenfadadas muchachas maoríes que se habían reunido con ellos después del baile, desaparecieron con las amigas de Matariki en los campos o colinas alrededor de Parihaka.

A la mañana siguiente, esto les valió una dura reprimenda del profesor, pese a que era evidente que a nadie le importaba en el poblado.

—Esto no se hace, ¡que abusen ustedes así de la hospitalidad de la gente! —protestó Dobbins—. ¡No hemos venido aquí para divertirnos! ¡Son las nueve, caballeros, y acaban ustedes de salir de la cama! ¡A estas horas esperaba estar a mitad de camino del Taranaki!

—No estaban en la cama, sino en el campo —bromeó Atamarie—. Lo llaman trabajo de campo.

Estaba de muy buen humor, después de haber desayunado con las chicas y haber cotilleado en maorí. Ahora posiblemente sabía más de los secretos íntimos de sus compañeros que sus propias madres y, al montar su caballo, pensó cómo volver tales conocimientos en contra de su arrogante colega de trabajo Porter. Sin embargo, tuvo que concentrarse en la montura y los caminos. Esta vez ascendían a través del cinturón del bosque pluvial pasando por altiplanos cubiertos de tussok, que daban paso a la vegetación alpina. Los caballos tenían que escalar, y Atamarie se alegró de que su madre le hubiese prestado una pequeña pero fuerte yegua cob, el propio caballo de Matariki. La joven no era una amazona tan apasionada como Matariki, pero le gustaba avanzar deprisa, y un caballo alquilado enseguida se cansaba por la montaña.

También Porter se quejaba de su yegua, que no estaba en muy buena forma, pero intentaba recorrer montado cualquier pendiente que Atamarie habría subido más deprisa a pie para tomar medidas desde arriba.

—A saber lo que se esconde entre estos arbustos —respondió malhumorado cuando ella le sugirió que bajase de la montura.

Atamarie rio.

—Pues esta noche, cuando estuvo con Pai entre los arbustos, no tenía tanto miedo. Y ahí sí que debió de ser peligroso. La mayoría de los animales de la zona están activos de noche. ¿De verdad le dan más miedo los pájaros que las serpientes?

Porter reconoció al final que era mejor escalar a pie, el terreno se estaba volviendo demasiado escarpado. Atamarie contemplaba fascinada las formaciones de roca y lava que en su mapa estaban señaladas como Humphries Castle, Lion Rock o Warwick Castle. Constituían miradores maravillosos desde los que contemplar el mar y el terreno fluvial al fondo.

—Los dioses nos son benignos —bromeó Atamarie cuando llevó los primeros resultados a Richard y el profesor—. ¡Un día tan claro en esta estación del año!

—Pero ¡hace un frío que pela! —refunfuñó Porter.

El profesor lo miró disgustado.

—¡Estamos en una montaña, señor McDougal! —le dijo—. Es una zona donde suele hacer frío; debería repasar las zonas climáticas, recuperaré el tema en su examen final. Y ahora siga usted trabajando, pero con cuidado, las pendientes son muy escarpadas y hay precipicios, como me ha

advertido el guía. Que este le acompañe en caso de duda... bueno, creo que ya se ha marchado con otro grupo. Así que mucho cuidado.

Richard Pearse sonrió animoso a Atamarie.

—Usted no se caerá, señorita Atamarie —dijo—. Con la elegancia con que se mueve...

La joven resplandeció ante el cumplido, mientras que el profesor arrugó la frente. Parecía reflexionar sobre si debía censurar el piropo, pero en cambio dijo:

—También usted podría escalar un poco, Richard. Hágase una idea del terreno, no vaya a ser que se cometan errores que luego reproduzcamos en nuestros mapas. Yo también iría a pie, pero estas pendientes montañosas son demasiado fatigosas para mí. Mientras que usted... quizá le gustaría acompañar a la señorita Turei.

Atamarie sonrió feliz, al tiempo que Richard se sonrojaba un poco. Pero se sobrepuso y, como era habitual en él, contestó educadamente.

—Es un placer para cualquiera acompañar a la señorita Atamarie adonde sea. Así pues, Porter, lidiemos por tener el privilegio de tenderle la mano en una pendiente...

Porter McDougal no pensaba que eso fuera ningún privilegio, pero los siguió audazmente cuesta arriba hasta Lion Rock, un peñón entre el mar y la montaña y un lugar ideal para ver en conjunto los hitos.

Porter se interesaba poco por sus compañeros, prefería mirar el mar; la vista desde Lion Rock sobre una bahía bordeada de escollos distribuidos de forma pintoresca era espléndida. Por un momento, Atamarie pensó que ese sería el escenario ideal para un primer beso, pero Richard se limitó a apuntar un dato en uno de los mapas y empezó a comparar las notas de la joven con las suyas. No obstante, ella se alegró de que siempre preguntara cómo se llamaban en maorí las montañas y ríos y lo escribiera concienzudamente cuando Atamarie lo sabía. Puede que Richard percibiese menos que Atamarie el espíritu de Parihaka, pero sabía escuchar y en el poco tiempo que llevaba en el poblado había entendido la importancia que daban a la conservación de su legado.

A Atamarie se le heló la sangre cuando creyó ver un espejismo y luego un espíritu. Sobre un escollo frente a Lion Rock se elevó una figura similar a un ave. Planeaba en el aire, estático, y antes de empezar a oscilar y girar pudo atisbarse una especie de rostro. Se diría que se inclinaba ante el firmamento o que bailaba un *haka*. De hecho, Atamarie creyó percibir casi retazos de palabras y canciones llevadas por el viento. No eran imaginaciones suyas, pues también Richard había levantado la cabeza y aguzado el oído cuando aquello, fuera lo que fuese, se acercaba al escollo con la aparente intención de cometer suicidio.

—¡Mira, Richard!

Atamarie agarró horrorizada el brazo de Richard, pero, en el momento en que la figura saltó al vacío y el viento la capturó, supo qué era: una cometa, una gran *manu* tradicional. Esas cometas representaban una especie de híbrido entre el ser humano y el pájaro, una versión muy apreciada de la cometa maorí. Pero esa no tenía cordeles. No había nadie que la dirigiera...

—¡Un planeador! —exclamó Richard estupefacto—. Pero así no puede funcionar, se caerá. La envergadura no se ajusta a las dimensiones...

—Pues estaría bien que volara a pesar de todo —observó Porter, que ya había cogido su telescopio—. Hay un hombre colgando de ahí.

Atamarie también lo distinguió entonces.

Una ráfaga de viento levantó la cometa y la hizo planear. El hombre colgaba de su cometa como



un crucificado; era posible que se hubiese atado.

—¡Se eleva! —gritó Atamarie, fascinada a su pesar—. Funciona, se eleva... Podrá... ¿podrá dirigirla?

Richard negó con la cabeza.

—No puede planear. Las alas son demasiado cortas y la forma no es la adecuada. Vale como juguete infantil, pero no soporta el peso de un hombre. Cuando él se mueva, el artefacto caerá en barrena... Y la velocidad de despegue...

Atamarie no prestó más atención y corrió montaña abajo al comprender que Richard tenía razón. La cometa había despegado bien, tal vez gracias a una oportuna ráfaga de viento, pero no se mantenía en el aire. El impulso para ascender no bastaba pero, pese a ello, ese buen comienzo lo había alejado bastante del escollo. El artefacto no caía como una piedra, sino que descendía rotando tal como Richard había previsto. El hombre sobreviviría con mucha suerte si caía en el mar.

Atamarie echó un rápido vistazo a Richard y Porter, que contemplaban hipnotizados cómo el hombre volador caía.

—¿A qué esperáis? ¡Tenemos que salvarlo! —les gritó.

Richard salió de su ensimismamiento y corrió montaña abajo.

Porter reaccionó con más lentitud.

—Para cuando hayamos llegado ya estará muerto —advirtió agorero.

Mientras corría, Atamarie se percató de una cosa: ¿de qué iba a morir el hombre en el aire? Lo único peligroso era el impacto contra el agua revuelta de la bahía. Corrió con temeridad montaña abajo, pero es que debía apresurarse. Si el hombre iba realmente atado al armazón, se ahogaría antes de poder liberarse. E incluso si se soltaba, el oleaje podía lanzarlo contra las rocas. Por fortuna había descendido en dirección a la bahía y no al mar abierto. Las rocas que había alrededor reducirían los embates de las olas. Tal vez podrían rescatarlo arrojándole una cuerda o algo similar.

Los tres estudiantes todavía estaban a media altura de la montaña cuando la cometa se hundió en el agua. Con una lentitud relativa, como había calculado previamente Atamarie. El *birdman*, como llamaban en inglés a quienes se lanzaban en esas cometas con forma de ave, sumergió primero un brazo, de modo que el ala se rompió. Atamarie se preguntó de qué material estaría confeccionada. El constructor no había utilizado la tradicional corteza de la planta aute. Pero a partir de ahí solo pudo contemplar desolada cómo el hombre luchaba por su vida mientras ellos llegaban abajo y corrían por la playa rocosa. La rotura del ala había liberado el brazo izquierdo del hombre, que trataba con desesperación de liberarse de las cuerdas que lo sujetaban a la cometa. Al menos flotaba, pues el material tenía que ser ligero, pero el oleaje jugueteaba sin piedad con él y lanzaba de un lado para otro el voluminoso artefacto. El hombre atado se sumergía a veces y volvía a emerger. Eso debía permitirle volver a tomar aire, pero Atamarie ya no veía si se movía.

Richard se quitó la chaqueta cuando los tres llegaron a la orilla. No era una costa escarpada, pero tampoco una playa con pendiente suave; unas rocas más o menos altas formaban la línea de costa.

—¡Sé nadar bien! —exclamó—. ¡Lo traeré hasta aquí y entonces nos ayudaréis!

Sin dar más explicaciones, saltó de una roca al agua, y Atamarie comprendió lo que intentaba hacer. Llegar a nado era fácil, pero regresar indemne era casi imposible. Un nadador que tirase de otro para salvarlo no tenía ninguna posibilidad de éxito. Atamarie observó la costa mientras Richard se aproximaba al desdichado con potentes brazadas. Porter solo miraba con interés.

—¡Necesitamos cuerdas! —gritó Atamarie, arrancándolo de su ensimismamiento—. ¡Tenemos que hacer algo! ¡Vamos, muévase!

Porter llevaba una mochila con equipo de montañero. No adecuado para el alpinismo, pero sí un equipo de emergencia por si alguien caía y tenía que ser rescatado o si dos topógrafos temerarios querían atarse el uno al otro en un ascenso.

Atamarie revolvió las cuerdas y ganchos y los sacó de la mochila. Entretanto, Richard ya había llegado a la cometa. Tenía tiempo. El *birdman* había dejado de mover el brazo y de luchar. Parecía inconsciente.

—Pearse tendrá que cortar la cuerda —observó Porter—. Ojalá lleve un cuchillo...

Atamarie levantó la mirada sin inquietarse. Richard procedía del campo y no saldría a hacer una expedición sin una navaja.

En efecto, llevaba una en una bolsa de cuero sujeta al cinturón. Pese al oleaje, la sacó con rapidez y desató rápidamente al desafortunado.

Atamarie contempló aliviada que les dirigía una señal de victoria. El hombre parecía estar vivo. Richard lo arrastraba hacia la orilla.

La joven sabía lo que quería hacer. Señaló una cala diminuta algo más allá.

—No dejaremos que vayan contra las rocas, no conseguiríamos nada —explicó a Porter decidida—. Tenderemos una cuerda a la que puedan aferrarse y avanzar hasta la orilla. Mire, entre estas dos rocas clave un gancho y otro allí. ¡Vamos, Porter, dese prisa, en pocos minutos ya habrán llegado! ¡Si tengo que hacerlo yo misma tardaré horas! —Porter parecía escéptico, pero Atamarie le puso el martillo en la mano. Y por fortuna, pese a toda su parsimonia, era fuerte. Clavó el primer gancho con dos martillazos. Atamarie le gritó cuando empezó a discutir sobre en qué lugar clavar el segundo—. ¡Deje de decir tonterías y clave el gancho! ¡Si se coloca en el saledizo de la roca no se caerá al agua, no tema! —Atamarie estuvo a punto de desquiciarse cuando, con toda su calma y cuidado el joven colocó un pie sobre el saledizo—. Por Dios, Porter, ¡ese hombre se está ahogando! —gritó—. Y Richard puede acabar hecho papilla si es arrojado contra las rocas. ¡Así que dese prisa con ese maldito gancho y extiende una cuerda!

Mientras Porter trabajaba mohíno, Atamarie se ató la segunda cuerda alrededor de la cintura. Habría sido mejor que un hombre se ocupara de esa ayuda decisiva, Porter tenía mucha más fuerza que ella. Pero no podía correr el riesgo de que ese tonto rematado perdiera a los heridos. Así que ató el extremo de la cuerda a la soga tendida con firmeza entre las dos rocas. La mantendría de pie en el mar a un par de metros de la orilla rocosa. A continuación ató otro cabo con un nudo para Richard antes de meterse en el agua. Las olas la zarandearon un poco, pero la cuerda la mantuvo en una posición segura.

Richard entendió enseguida cuáles eran sus intenciones. Cogió fuertemente con un brazo al inconsciente y con la otra mano aferró el nudo y se aseguró en esa posición. Atamarie extendió los brazos para coger al herido, un joven maorí de pelo largo y negro. Lo agarró con fuerza apretándolo contra sí, segura de que podría sostenerlo hasta que los hombres la ayudaran. Entonces, Porter se agarró también de la cuerda y se aproximó a Richard para ayudarlo a subir.

Richard respiraba con dificultad cuando se desplomó sobre las rocas, pero no se permitió ningún descanso. En lugar de ello, se ató a su vez y se deslizó de nuevo al agua junto a Atamarie, mientras que Porter decía que se podía subir a la joven y al herido al mismo tiempo.

—Imposible —replicó Richard jadeando. Apenas podía respirar y casi no le quedaban fuerzas

— Pero Porter, ¿nunca has oído hablar del empuje hidrostático? ¡El principio de Arquímedes! Atamarie puede sostener derecho al hombre en el agua, pero si los sacas a los dos a la vez él pesará demasiado para ella. Y empapado como está, se le resbalará entre las manos. Yo lo cojo y tú la ayudas a ella a salir. Luego nos sacáis a los dos.

Tras unos minutos de tensión, Richard y el hombre de la cometa yacían sobre una roca, Richard tosiendo y escupiendo agua, y el joven, inmóvil.

—Ya lo digo yo, está muerto —señaló Porter.

Atamarie tuvo ganas de abofetearlo. Luego puso al joven maorí boca abajo e intentó sacarle el agua de los pulmones. Pese a la falta de destreza de la muchacha, el muchacho empezó a toser y escupir agua.

—¡Ahí lo tienes! —anunció Atamarie—. El maorí es un pueblo de navegantes, no sucumbe tan fácilmente como nosotros.

—Tampoco ha faltado tanto —gruñó Richard—. Sacudámoslo un poco, tal vez vuelva en sí. Creo que no está herido, pero quizá se golpeó en la cabeza.

En ese instante el joven abrió los ojos. Confuso, miró a Atamarie, cuyo rostro estaba acalorado por el esfuerzo pero resplandeciente de orgullo. La joven tenía el cabello rubio mojado.

—Ha... ¿Hawaiki? —preguntó débilmente.

Atamarie puso los ojos en blanco.

—No es tan sencillo —respondió—. Si he entendido bien a mi madre, primero tienes que ir a Cape Reinga y atar una cuerda al árbol pohutukawa, bajar por ella y... ¿O es que vas a coger enseguida otra manu? Como espíritu debería funcionar, uno no pesa nada...

El chico no supo si reírse de las bromas de Atamarie o indignarse porque ofendía sus creencias.

—¿Quería volar a Hawái? —preguntó Porter—. ¡A eso llamo yo ser optimista! Hay cientos de kilómetros hasta Hawái. Lilienthal se puso muy contento cuando consiguió recorrer unos metros.

—Lilienthal voló más de quinientos metros —lo corrigió Richard—. Con un planeador de este tipo pero con alas abovedadas. La sustentación es entonces...

El maorí escuchaba sin entender nada y Porter sin ningún interés.

—Hawaiki —corrigió Atamarie. Para ella, la teoría de los artefactos voladores de Lilienthal no era nueva—. Para los maoríes es algo así como el paraíso. Pero llegar hasta allí requiere un gran esfuerzo de las almas de los muertos. Primero tienen que dirigirse al norte, luego bajar a un abismo... En cualquier caso, él creía que estaba muerto...

—Rawiri —se presentó el joven, señalándose—. ¿Y tú...?

Atamarie le sonrió. Y recordó un día de la fiesta de Matariki, cuando había remontado una cometa con un niño. Se acordaba con nitidez del rostro infantil de Rawiri. Para ser maorí, ya era entonces delgado y alto. Sus grandes ojos oscuros brillaban bajo unas largas pestañas, y seguían así. Rawiri tenía una actitud dulce, resultaba difícil imaginárselo bailando un haka de guerra con otros chicos o jugando al rugby. No iba tatuado, su rostro no estaba dominado por el moko marcial, sino por unos labios carnosos y blandos.

—¡Ya entonces querías volar! —evocó la muchacha, risueña—. Y yo también. ¿No te acuerdas? Y... ¿ha sido esta la primera prueba?

—¿Podéis hablar de manera que todos os entendamos? —farfulló Porter.

Si bien Atamarie y Rawiri habían empezado a conversar en inglés, habían intercambiado las últimas frases en maorí.

Rawiri se esforzó por erguirse.

—Disculpad —dijo. Como todos los que crecían en Parihaka, hablaba con fluidez las dos lenguas—. Vosotros... vosotros me habéis salvado. Gracias. Pero dónde... ¿dónde está la *manu*?

—La cometa —tradujo Atamarie.

Richard señaló el mar.

—No he podido salvarla —respondió—. Pero tampoco habría valido la pena. Tal como era no te sostiene, tienes que inspirarte más en los pájaros que en las estatuas de los dioses. —Richard pensaba en las figuras del *birdman* que había visto en las casas de reuniones de Parihaka—. Y actualmente se prefieren las alas dobles, como en los biplanos.

—Pero los dioses... —suspiró Rawiri—. La *manu* estaba dedicada a los dioses del aire. No tenía que hundirse en el mar, tenía...

—Pues que los dioses del aire hubiesen tenido más cuidado —replicó Atamarie—. ¿Con qué la confeccionaste?

—Con tela de vela —contestó Rawiri, con una expresión todavía más triste que antes—. Y era bastante cara...

—Y pesada... —añadió Richard—. Totalmente inadecuada, sobre todo si llueve. Lilienthal prefirió el *shirting*, una tela de algodón encerada que...

—Puede que sea arrojada a tierra —pensó Atamarie mirando la bahía, entendiendo la preocupación del muchacho—. Es bastante probable, y si la dirección del viento continúa como hasta ahora, tendría que... —Observó la costa.

—Debería haberla hecho con corteza de aute u hojas de raupo —dijo el maorí—. Acarician el rostro del dios del cielo. Esos materiales *pakeha*... a lo mejor los dioses no quieren cantar para ellos.

—¿Cantar? —preguntó Richard desconcertado.

—Los dioses dirigen su *manu* a través de *karakia*, cánticos y oraciones —explicó Rawiri.

Atamarie resopló.

—Por lo que se refiere al material, no parecen hacer grandes distinciones. Mis antecesores llegaron en el *Elizabeth Campbell* a Aotearoa y era un velero. Así que seguro que no existen grandes inconvenientes con la tela para velas, o todos los *pakeha* habrían desembarcado a saber dónde...

Richard, a quien no le interesaba hablar de dioses, había desmontado entretanto las estructuras que habían hecho con las cuerdas y había vuelto a guardarlas en la mochila de Porter. Y este también empezaba a estar demasiado confuso con la mitología maorí.

—Maldita sea, qué frío hace... —farfulló—. ¿No tenéis frío?

Atamarie tomó conciencia de que llevaba el vestido empapado. Con los esfuerzos por reanimar al chico y la emoción de salvarlo se había olvidado del frío, pero en ese momento volvía a percibirlo.

—Es verdad, deberíamos procurar regresar al campamento lo antes posible. A lo mejor el profesor tiene ropa seca en el coche. Para vosotros al menos... —Lanzó a los chicos una mirada envidiosa. Seguro que Dobbins no cargaba de un lado a otro con un vestido de muda para su única estudiante femenina.

»¿Puedes ponerte en pie? —Se volvió hacia Rawiri.

Él asintió. Salvo por un par de arañazos y contusiones debidos a la lucha desesperada con el armazón, había salido bien librado de su primera caída con la cometa.

Rawiri ya casi se había secado. Pese al frío, solo llevaba el tradicional faldellín maorí de hebras de lino endurecidas, con el tórax descubierto. Atamarie se percató de que tenía unos músculos extraordinarios, aunque era delgado y nervudo. Richard todavía la impresionó más, pues se había quitado la camisa mojada dejando a la vista una espalda ancha y unos fuertes pectorales. Probablemente en verano había trabajado en la granja de sus padres. A eso se debería también la piel bronceada.

Atamarie bajó avergonzada la mirada al suelo cuando él se volvió hacia ella. ¡Ojalá no hubiese visto el interés con que lo miraba!

Pero Richard solo quería ser amable, como siempre.

—Debes de estar muerta de frío, Atamarie... Toma, coge mi chaqueta. —Era conmovedor, la única prenda seca que quedaba era la chaqueta de Richard, Porter no había pensado en quitarse la suya antes del intento de salvamento. Ahora, Richard podría haberse protegido del frío. La joven vio que se le ponía piel de gallina en los brazos—. Oh, perdona, acabo de tutearte, pero...

Atamarie sonrió.

—Y yo antes. Sigamos así. ¡Ven!

Le tendió la mano para que la ayudara a levantarse, pues seguía arrodillada junto a Rawiri. Luego se cubrió complacida con la chaqueta.

Un par de horas más tarde, los dos estaban sentados ante el fuego en Parihaka, disfrutando de un pescado con boniatos. Además había té caliente. No había manera de que Rawiri y sus rescatadores entraran de nuevo en calor, el regreso con la ropa mojada se había alargado una eternidad. Claro que en Taranaki había hogueras en las que habían intentado secarse a medias. Pero lo que con los pantalones de montar de los hombres ya era difícil, se demostró imposible con las faldas de Atamarie. Al final se decidieron por una rápida cabalgada a casa, pero la muchacha estaba aterida cuando por fin pudo mudarse de ropa. Pese a todo y por primera vez en todo ese día, Porter McDougal sirvió de algo: encontró una botella de whisky en su equipaje y lo vertió generosamente en la tetera de sus compañeros.

Como contrapartida, Richard y Atamarie no comentaron el hecho de que él se presentara como el héroe del día delante de los estudiantes y las chicas maoríes. Uno hubiera podido pensar por lo que contaba que había rescatado él solo a Rawiri.

Por la noche, el maorí iba vestido con ropa **pakeha**, mucho más abrigada, y estaba sentado junto a Atamarie y Richard. Fascinado, los escuchaba conversar, mientras Matariki observaba divertida que su hija se iba acercando a su meta. Esa noche, en los ojos de Richard aparecía ese brillo que su hija había estado esperando. Las estrellas parecían flotar alrededor de ellos, pues también Atamarie resplandecía de alegría, y al final se cogieron de la mano y se fueron a pasear por la colina cercana.

—Yo solo encuentro que sus temas de conversación son un poco raros —comentó Emere, la amiga de Matariki—. No quería escuchar, pero cuando he pasado por su lado discutían sobre la sistemática de la técnica de vuelo, sea lo que sea eso, y que las bases físicas de Lilienthal en el fondo

deberían permitir también aparatos de vuelo de motor. No me parece algo que produzca sensación de mariposas o cosquilleo en el estómago.

Matariki rio.

—A Atamarie lo que siempre le ha interesado de las mariposas es la forma del ala.

Entretanto, ambos jóvenes paseaban por la colina contigua a Parihaka, iluminada por la luna, y charlaban acerca de si al descender corriendo esas elevaciones se podía conseguir el suficiente ángulo de ataque de las alas de un planeador, si podría haberse evitado la caída de Lilienthal en Gollenberg controlando mejor el despegue térmico, y si realmente solo podían cubrirse mayores distancias de vuelo mediante un ángulo de ataque más elevado y, con ello, menos velocidad.

Cuando Richard dejó a la joven delante de la casa de sus padres, le dio un tímido beso de buenas noches en la mejilla.

—Eres la chica más maravillosa que jamás he conocido —susurró—. Tú... tú... nunca habría pensado que podría compartir pensamientos y sentimientos de otra persona así... Atamarie...

Ella se puso de puntillas y contestó el beso. Más osada que él, le besó en los labios.

—Un día —murmuró—, volaremos juntos...

Y cuando al fin se separaron, atravesó bailando el jardín y entró en la casa de su familia.

—¡Me ama! —dijo cantando, y abrazó a su madre cuando vio a Matariki—. Oh, mamá, ¡me ama! Estamos hechos el uno para el otro, seguro. Es el único hombre con quien tengo tanto en común.

Rawiri, el joven constructor de cometas, ya no pensaba en la derrota que había sufrido ese día. De acuerdo, tampoco esta vez los dioses habían apreciado su arte y se habían negado a bendecirle el vuelo. Probablemente no había hallado las notas correctas cuando había cantado para conjurar el viento como lo había hecho el dios Tawhaki, que daba el conocimiento a los seres humanos por medio de una *manu aute*. Y tal vez también esa gente de Christchurch —ese *pakeha* con los rizos castaños y esa extraña muchacha medio maorí— tuvieran razón. Era muy posible que los dioses rechazaran la forma de su cometa, tendría que probar algo distinto.

Y quizá se escondiera algo más: a lo mejor no bastaban las *karakia*, a lo mejor se necesitaba más de ese conocimiento que Tawhaki había comunicado a los humanos. Se diría que los *pakeha* habían sabido hacer mejor uso, simplemente, de ese obsequio. A Rawiri todavía le zumbaba la cabeza cuando pensaba en los discursos de Richard sobre empuje hidrostático, despegue térmico, ángulo de ataque y motor de arranque. No se había atrevido a preguntar, al menos no a ese *pakeha* a quien debía la vida. Pero quizá le preguntara a la chica al día siguiente. A esa chica tan guapa de cabellos claros que le había parecido algo así como una bienvenida al paraíso en el momento que había resucitado de entre los muertos. Atamarie: salida de sol. Ya de niña los ojos le brillaban cuando hablaba de volar. Entonces casi no se había fijado, pero ahora... los dioses habían negado la bendición a su vuelo pero le habían enviado a Atamarie.

Una muchacha a quien él podría amar. Una muchacha que compartía sus sueños. Rawiri volvió el rostro a las estrellas y dio gracias a los dioses por Atamarie.

Algún día, ambos volarían juntos.

# MUJERES FUERTES

*África*

*East London, Wepener*

*Nueva Zelanda*

*Dunedin, Lawrence*

1900-1901

Mientras su hermano planificaba en Nueva Zelanda la boda con Juliet la Bree, Kevin Drury se embarcaba con el siguiente contingente de soldados neozelandeses hacia Albany, en el oeste de Australia, en primer lugar. La ciudad se encontraba en la Gran Bahía australiana y había albergado anteriormente una colonia penitenciaria tristemente célebre. Kevin la encontró interesante, pues todavía recordaba los relatos de sus padres, quienes habían iniciado su vida fuera de Europa siendo también convictos en Australia. Lizzie y Michael, sin embargo, habían ido a parar a Tierra de Van Diemen, una isla frente a Australia, y las descripciones que ambos hacían sobre las condiciones carcelarias diferían entre sí. Mientras Michael las había encontrado sumamente duras, Lizzie se había sentido bastante satisfecha, y solo había huido debido al acoso al que la tenía sometida su patrón. Al ver la atractiva costa de Albany, las playas y las pendientes cubiertas de bosques, Kevin casi se había sentido tentado de dar la razón a su madre. La estancia en ese lugar no podía haber sido tan terrible, y menos aún cuando el clima parecía agradable. El resplandeciente sol bañaba las casas blancas de Albany y la imponente Princess Royal Fortresse. En el primoroso puerto natural se hallaban anclados distintos transportes de tropas, pues también los australianos seguían enviando soldados a Sudáfrica.

La unidad de Kevin únicamente permaneció un breve período en la ciudad australiana, la tripulación se surtió de provisiones y se llevaron a término algunas pequeñas reparaciones en el barco. Kevin, que había confraternizado con el veterinario Vincent Taylor, tuvo tiempo para explorar Albany mientras se abastecía de reservas de whisky y también para una pequeña excursión que Vincent insistió en hacer con el fin de observar la naturaleza del interior. Al veterinario le fascinaba la fauna australiana, mientras que ni serpientes, arañas o mosquitos contaban con las simpatías de Kevin, que se alegró de terminar sano y salvo la incursión en la selva.

—¡África tampoco está mal surtida! —se burló de él su nuevo amigo—. Leones, rinocerontes, guepardos...

Kevin rio.

—Estoy seguro de que estos no entrarán en mi hospital de campaña. Algo que no puede decirse de los animalitos tan encantadores de aquí. Esas serpientes negras... ¿cómo se llaman?... están casi por todos lados y son muy venenosas. Por cierto, ¿podrás echar un vistazo a mi caballo después? Me ha parecido que estaba un poco desorientado. Pero tal vez sea por mi culpa: debo de haberle contagiado el miedo a pisar una serpiente...

Por lo que pudiera suceder, Vincent reservó una plaza en la cubierta, donde se alojaba su propio caballo, para el de Kevin.

—Es probable que ahí se asusten al principio y que resulte incómodo si se desata una tormenta. Pero los cobertizos que hay bajo cubierta son inaceptables, ya me he quejado. Son demasiado cerrados para los animales, sobre todo con el calor que nos espera. Por supuesto, lo que el Alto Mando dice es que lo justo para los hombres también debe serlo para los animales. Los soldados van apretados como sardinas. Lo que ocurre es que ningún caballo se ha alistado voluntariamente...

Vincent no mostraba gran entusiasmo por estar allí. A él le habían llevado a la guerra razones



económicas y —según había confesado a Kevin después del cuarto whisky en la tercera noche que pasaron en el Índico— un amor desdichado.

—Es cierto que no me casé con ella por su dinero, aunque no me negué a que su padre me financiara la consulta. Probablemente hubiese tenido que plantearme a qué se debía su generosidad. Más tarde pensé que mi suegro estaba contento por el mero hecho de haberse librado de su hija. Que así había comprado su libertad, por decirlo de algún modo... —Vincent se sirvió otro whisky—. En cualquier caso, ella me puso tales cuernos que cualquier macho cabrío me habría envidiado. Al principio no me daba cuenta de nada: yo la adoraba, era una muchacha preciosa, una baronesa de la lana... Pero al final media ciudad hablaba del asunto. Mary Ann no descartaba a nadie, desde los pastores que trabajaban con su padre, hasta el tendero de la esquina. Supongo que era una especie de enfermedad... al referirse a las yeguas se habla de celo permanente. —Vincent vació el vaso de un trago.

—Al referirse a mujeres, de ninfomanía —sonrió Kevin—. Pero eso no tiene nada que ver con los quistes foliculares...

Vincent, un joven alto y rubio, de risa jovial, hizo un gesto de ignorancia.

—Tal vez sí. Al menos no se quedó embarazada. ¡Por suerte! Eso facilitó el divorcio. Por desgracia, mi suegro no reaccionó con demasiada comprensión cuando recibió de vuelta a su indomable princesa. Me quedé sin consulta, y mi reputación cayó por los suelos... Entonces me pareció buena idea alistarme. Se puede ahorrar también algo de dinero, no se gasta prácticamente nada de la soldada. Y no te miento si te digo que los leones, guepardos y rinocerontes no me asustan. Ni siquiera las serpientes. Comparadas con Mary Ann, las serpientes marrones son una monada.

La travesía, que duraba más de cuatro semanas, transcurrió sin incidentes dignos de mención. Como todos los oficiales, Kevin y Vincent iban bastante cómodamente instalados, ambos compartían un camarote de primera clase. Vincent se ocupaba de los caballos, de que tuviesen agua suficiente y encargar a los hombres que los cepillaran y lavaran cuando hacía calor. Hasta el más mínimo cuidado les resultaba beneficioso y Vincent no escatimaba tiempo en ir de uno a otro, acariciarlos y hablarles.

Kevin lo observaba con cierta preocupación. Había oído decir que los bóers trataban a los animales sin contemplaciones y que sentían un odio especial hacia los grandes caballos de los ingleses. Ellos solo disponían de unos ponis que, si bien daban excelentes resultados, se veían superados en las batallas por los purasangres de la caballería británica. De ahí que los bóers tuviesen como objetivo herir y matar a los caballos de sus enemigos. Vincent pronto tendría más pacientes que Kevin y pasaría un mal trago cuando viera a sus mimados protegidos morir bajo una lluvia de balas.

El joven médico, por su parte, aprovechó la travesía para informarse sobre las condiciones de los hospitales de campaña, además de impartir, como era su obligación, cursos de primeros auxilios a los soldados.

—Es posible que a menudo se encuentren solos en el **veld** con algún compañero herido. —Kevin transmitía a los hombres lo que le habían contado a él en el campamento de instrucción—. **Veld** es el nombre que se da en Sudáfrica a la sabana, llanuras herbáceas más o menos grandes, casi

sin habitar o desiertas del todo. Algunos pelotones de asalto enemigos buscan allí resguardo y cuando se internen ustedes en la zona para perseguirlos nadie les enviará enseguida un hospital de campaña. Así que presten atención, este curso tal vez les salve la vida a ustedes o a sus camaradas...

Kevin les enseñó a entablillar las extremidades y a poner vendajes compresivos. Consideraba que tales conocimientos eran importantes, mucho más que las prácticas de tiro a las que tenían que dedicarse en los campamentos de instrucción. Estas últimas habían provocado una sonrisa cansina, al menos en los muchachos de las granjas, mientras que los trabajadores de la ciudad aprendían demasiado poco para lograr sobrevivir en una batalla. A este respecto, Kevin se había fijado en algunos que eran totalmente incompetentes, pero había comprobado que cuatro de ellos destacaban en el curso de primeros auxilios. Estaba decidido a solicitarlos como enfermeros en cuanto se asignara el personal para los hospitales de campaña. Respecto a sus oficiales superiores no encontró objeciones, todos demostraron, al menos en un principio, ser personas sensatas: los hombres habían elegido bien.

—Pero no olvidéis que trataremos con oficiales ingleses profesionales —advirtió un sargento en una tertulia—. Algunos son unos descerebrados. Por ejemplo, de ese Buller, el comandante en jefe, se oyen las cosas más extrañas. Según parece, viaja con toda una cocina profesional, requisa galones de vino de las fincas locales y se lleva rebaños de animales para el consumo con objeto de que nadie pase hambre. A cambio, deja a miles de personas hechas polvo por conquistar una colina absurda por la que nadie se interesa después. Tendremos que cuidar de nuestros hombres.

Salvo por ello, los comentarios que se oían sobre el transcurso de la guerra eran positivos. Tras las victorias iniciales de los bóers, que al principio habían ocupado ciudades como Kimberley, Ladysmith y Paardeberg y que las habían conservado durante una temporada, los ingleses habían iniciado la ofensiva. La mayoría de las ciudades ocupadas se habían liberado y los ingleses dominaban los centros neurálgicos de la república bóer. También los neozelandeses celebraron su primera victoria. Después de que su misión se desarrollara al principio de modo algo improvisado y que el primer contingente sufriera graves pérdidas en Jassfontein, se recuperaron al cabo de unos días y lucharon como leones. El 15 de enero, los neozelandeses rechazaron con valentía un ataque de los bóers contra su campamento. Como recuerdo, el monte en que se había librado el combate se bautizó como New Zealand Hill.

—No parece un país muy civilizado si todavía hay que dar nombre a los montes —observó Vincent con escepticismo, después de que los oficiales celebraran una vez más la victoria con vino en abundancia—. Cuando uno piensa que en el nuestro cada uno tiene dos nombres...

La mayoría de las montañas, lagos y otros accidentes geográficos de Nueva Zelanda se conocía tanto por el nombre maorí como por el pakeha.

—Los primeros colonos también debieron de bautizar sus montañas —opinó Kevin—. Pero seguro que a los bóers les da igual. Ni siquiera saben los nombres originales de las tribus. ¿O crees que de saberlos los habrían llamado hotentotes o cafres?

—Sería interesante saber de qué lado están estos últimos en esta guerra. —Vincent arqueó las cejas—. ¿Apoyan a los bóers o a los ingleses?

—Se mantienen al margen —explicó el sargento, que sabía algo más que el resto de oficiales sobre la situación en Sudáfrica. Era uno de los pocos soldados profesionales y antes de esa operación había servido en el pequeño ejército neozelandés. Sin embargo, nunca había entrado en contacto con el enemigo, incluso las tristemente célebres Guerras Maoríes habían estallado decenios

atrás. El sargento Willis se había alistado como voluntario con la esperanza de oír por fin cómo las balas le zumbaban alrededor—. En cualquier caso, los ingleses quieren que los indígenas se mantengan aparte —prosiguió—. Por esa razón no nos acompaña ningún regimiento maorí... por mucho que los jóvenes se precipiten a las oficinas de reclutamiento. Al parecer no quieren complicar este asunto más de lo que ya está.

Tras cinco semanas de travesía sin apenas incidentes, durante las cuales los oficiales pasaron el tiempo inmersos en inagotables discusiones y los soldados se ocuparon sobre todo de organizar peleas de boxeo, el contingente neozelandés llegó a la pequeña ciudad de East London. En principio debería haber desembarcado en Beira, como los anteriores contingentes, pero ya en alta mar, el comandante Jowsey había recibido por radio indicaciones de que la caballería era más necesaria en el Estado Libre de Orange, una de las repúblicas bóers insurrectas. Allí se habían producido disturbios en el sur y el este, sobre todo sabotajes en la línea de ferrocarril.

No obstante, East London daba la impresión de ser una población pacífica y más idílica que la gran ciudad cuyo nombre había adoptado. Se hallaba en una costa de extraordinaria belleza, en la que se alternaban las playas de arena con colinas y rocas rojizas. La ciudad se componía de un fuerte y un conjunto de cuidadas casas blancas, así como de granjas en los alrededores. El clima era subtropical y las calles estaban flanqueadas por palmeras y flores. Además, desembocaba ahí el río Buffalo, lo que convertía esa localidad en el único puerto fluvial de Sudáfrica.

No obstante, era un puerto más bien pequeño. Vincent se inquietó cuando hubo que desembarcar los caballos. Sin embargo, se vio gratamente sorprendido. Todos los ayudantes hablaban un inglés perfecto. Incluso los trabajadores, en su mayoría menudos y de piel oscura, que colaboraban en la instalación de las rampas para descargar el barco, se hacían entender sin problema.

—Pensaba que aquí se hablaba el holandés —comentó Kevin a uno de los oficiales ingleses que recibían a las nuevas tropas—. Y me había imaginado a los nativos con la piel más oscura...

El coronel se echó a reír.

—East London es de origen inglés —explicó al joven médico—. En su origen se trataba de una base militar contra los indígenas. Los xhosa, un pueblo con capacidad defensiva, aunque no tan agresivo como el zulú. Tras la guerra de Crimea se instalaron colonos alemanes. Pero también ellos hablaban inglés, pues habían servido previamente en la legión británico-alemana. Esta localidad es una de las pocas inglesas desde su fundación, por aquí no hay bóers. A ellos no les gusta vivir en la costa. **Bóer** significa campesino, y eso es literalmente lo que son. Prefieren vivir en el campo, no ven a los forasteros con buenos ojos y van a la escuela lo justo para aprender a leer la Biblia. Nunca se han interesado por el comercio ni por las travesías marítimas. Una vez que la Compañía de las Indias Orientales se declaró en quiebra, el comercio del Cabo quedó en manos de los hugonotes, que habían inmigrado en el ínterin, y de los judíos. Y ahora de los ingleses. Pero el centro del comercio se encuentra en Durban. East London es una ciudad amable pero somnolienta...

—¿Y los nativos no pusieron ninguna objeción? ¿Contra todos los inmigrantes, contra el cambio de propiedades? —Kevin seguía contemplando a trabajadores de piel clara y muy cordiales.

—Los nativos son muy distintos. Depende de la tribu de la que procedan. En su aspecto y en el trato. En Ciudad del Cabo siempre colaboraron mucho, pese a que casi todos fueron exterminados por los holandeses. La gente menuda y morena que deambula laboriosa por aquí es india, procede de

las tropas de apoyo del ejército. Los indios trabajan también de enfermeros, les traspasaremos algunos. Son muy voluntariosos, aplicados y serviciales.

Kevin frunció el ceño.

—¿Se refiere a que ya no quedan negros indígenas? Pero ¿no se trataba de acabar con la esclavitud con esta guerra?

El coronel sonrió.

—Hasta cierto punto —murmuró—. Y claro que quedan indígenas todavía. Pero los xhosa de aquí y los zulúes de los alrededores de Durban no son mano de obra utilizable. Negros como la noche y grandes guerreros, podríamos reclutarlos para que masacrasen a los bóers. En eso tienen sus tradiciones, lo hacen de buen grado. No me pregunte por qué nuestros líderes se niegan a hacerlo, pero es probable que tengan miedo de que a continuación se vuelvan contra los ingleses. En cambio, para labores de granja y cortar caña de azúcar en las plantaciones que hay por Durban, ¡para eso sí que sirven! Eso es lo que hacen cuando se les convierte prácticamente en esclavos, lo que entre los bóers es habitual; como ha señalado usted, también por esta causa estamos en guerra. —La sonrisa del coronel se convirtió en una mueca irónica. También él debía de saber que en esa guerra eran más importantes las riquezas del subsuelo que los derechos humanos—. Al menos aquí no sometemos a nadie, dejamos que la gente haga lo que quiera. La mayoría vive en el interior y explota sus propios cultivos y ganado.

Kevin asintió y se reunió con Vincent, que supervisaba la descarga de los caballos. El joven veterinario estaba satisfecho con el estado en que se hallaban sus protegidos y jugueteaba con su yegua **Colleen**. Kevin desembarcó a su caballo blanco **Silver**.

—¿Cuándo proseguimos viaje? —preguntó, gratamente sorprendido al enterarse de que los soldados contaban con un par de días para aclimatarse.

—Después del desastre acontecido con el primer contingente, que salió del barco prácticamente para entrar en combate, han aprendido —señaló el sargento Willis sonriendo, y anunció que se realizarían unos ejercicios con los caballos al día siguiente.

No obstante, Vincent protestó. Explicó que para los animales era mejor ejercitar las patas lentamente y sin jinetes después de la travesía. Algo que podrían hacer en los grandes corrales que circundaban el cuartel.

—Aquí los llaman **kralis** —explicó al nuevo amigo de Kevin el coronel Ribbons, un natural del país. Como comentó más tarde, procedía de Ciudad del Cabo—. Como a los poblados de los indígenas.

—Eso ya permite apreciar la estima que se les tiene a los negros en este país —señaló Vincent—. No quiero ni pensar en lo que nos dirían nuestros maoríes si se nos ocurriera llamar **marae** a los rediles.

Ribbons hizo un gesto de impotencia.

—Aquí la convivencia no es muy pacífica —observó—. En general, todo el mundo se pelea con todo el mundo. No obstante, a veces existen relaciones muy estrechas entre familias negras y blancas. La mayoría de los regimientos bóers tienen rastreadores negros y son estupendos y muy leales. Igual que los que están en el bando inglés. De forma oficial, sin embargo, no hay tropas de apoyo negras, aunque algunos oficiales no logran ni dar un paso sin sus **boys**. También hay un par que sirve en el comedor de oficiales. ¿Qué les parece si les llevo hasta allí? Beberemos unas cervezas para brindar por la feliz travesía, y si mañana y pasado mañana tienen ganas y sus caballos ya están en forma, les

llevaré a dar un paseo por el veld. En los alrededores se ven muchos animales de interés...

Para Kevin y Vincent, los primeros días en Sudáfrica constituyeron de hecho unas vacaciones más que una guerra. Por supuesto, Kevin y otros dos médicos montaron sus hospitales de campaña y Vincent se ocupó de los caballos. Era por el momento el único veterinario de todo East London, pues sus colegas estaban fuera con las tropas de combate. De ahí que hasta los granjeros de los alrededores le consultaran, y él disertaba orgulloso de los partos de terneros y los caballos con cólicos a los que había atendido.

—Los bóers son los únicos que no tienen el menor interés —comentó casi con tristeza, cuando el tercer día de su estancia se internó en la selva a caballo con el coronel Ribbons y Kevin.

—¿Los bóers? —preguntó Kevin—. Pensaba que por aquí no había.

Ribbons asintió.

—Apenas. Solo un par, a los que llamamos bóers del Cabo, porque la mayoría vive alrededor de Ciudad del Cabo. Conviven pacíficamente con los ingleses y en casos excepcionales también se casan con ellos...

A Kevin se le escapó la risa.

—¿En casos excepcionales?

Sin embargo, Ribbons conservó la seriedad.

—Para esa gente es una vergüenza que una muchacha bóer entre a formar parte por matrimonio de una familia inglesa, algo casi tan malo como que tenga un amante negro. Aunque los padres tampoco han de vigilar especialmente a sus hijas, ya que ellas mismas se mantienen apartadas por propia iniciativa, como si los ingleses fuésemos la personificación del diablo. Antes se enamora un joven rebelde de una chica inglesa. Pero también eso causa problemas. Mi cuñado es bóer, viticultor, conozco el tema porque lo vivo en mi propia familia. No tenemos nada contra Peter, pero desde que Joan se casó con él apenas la vemos. Él mismo casi nunca pasa por nuestra casa, supongo que su familia le presiona cada vez que visita a sus suegros. A estas alturas, ya aceptan a Joan en su pueblo, siempre que no hable ni una palabra en inglés, pero en la iglesia, por ejemplo, evitan a Peter. Desearía con toda su alma aceptar un cargo cualquiera (la iglesia es muy importante para los bóers), pero no lo conseguirá. Y lo dicho: los bóers del Cabo son los más comedidos, tampoco ahora que hay guerra toman partido. En cambio los otros...

—En cualquier caso, se han negado a que me ocupe de su poni —terció apenado Vincent, que no parecía haber prestado oídos a la conversación—. Su vecino inglés quería presentarme a esa gente, ya lleva días viendo al pobre animal con las patas hinchadas en el kral. Flemón coronario, hay que envolverlo con cataplasmas de ácido fénico. El bóer lo trata orinándole encima. En principio, no es incorrecto, pero debería mojarse y explorar la herida. Si es muy profunda, el... hummm... líquido... no llegará al fondo.

Kevin y Ribbons rieron.

—Los bóers tienen sus remedios domésticos —señaló Ribbons—. Y no hay quien los aparte de ellos, no se haga ilusiones al respecto. Tampoco hay médicos. No solo mueren los caballos por enfermedades que ya cuentan desde hace mucho con un tratamiento. A la guerra se llevan a sus esposas, en serio, ellas conducen los carros de bueyes detrás de las tropas y curan a sus maridos,

hasta practican amputaciones. Un pueblo tenaz, incluso las mujeres. Y creyente... En caso de duda, rezan.

Kevin encontraba cada vez más interesantes a los bóers, estaba impaciente por conocer personalmente a uno. Pero antes, entró en contacto con algunos cuadrúpedos del país. Poco después de East London empezaba el llamado **bushveld**, una tierra suavemente ondulada, en su mayor parte recubierta de hierba y no muy distinta del tussok neozelandés. De vez en cuando surgían también grupos de árboles, algunos formando extrañas esculturas, y arbustos bajos. Kevin se quedó atónito cuando apareció un pequeño antílope marrón y un instante después toda una manada.

—Impalas —se los presentó Ribbons—. Los bóers los llaman **rooibok**.

Y a continuación **Silver** casi fue presa del pánico cuando, entre dos árboles, asomó una jirafa, rumiando pacíficamente con la boca llena de hojas.

—¡Increíble! —exclamó Vincent—. ¿Hay también leones aquí?

—Rinocerontes. —Ribbons sonrió—. Pero para verlos debemos internarnos más y con bastante rapidez. No debemos aproximarnos demasiado a ellos o nos atacarán.

Kevin podía comprender que su caballo no estuviera impaciente por encontrarse con el animal más grande del **veld**. El joven sabía que la jirafa no le haría nada, pero no estaba habituado a pasear a caballo entre animales exóticos sin la protección de vallas. El médico siempre palpaba su fusil cuando algo se movía entre la maleza, mientras que Vincent, cautivado, iba identificando distintos tipos de antílopes. A Kevin, algunos animales le parecían capacitados para defenderse. **Silver** se llevó un susto de muerte cuando un ñu macho, del tamaño de un toro adulto, avanzó a galope hacia los jinetes para defender su territorio.

A continuación pasaron por un **kral**, una aldea de indígenas. El joven médico tuvo la impresión de que era más primitivo que los poblados maoríes de Nueva Zelanda, pero ahí el clima era más cálido y la construcción no requería ser tan maciza. Estaba constituido por varias cabañas redondas, incluso el asentamiento formaba un círculo. Los habitantes utilizaban zarzales para cercarlo, lo que parecía suficiente para mantener alejados a los animales salvajes.

—Sirve para defenderse de otros indígenas armados con lanzas —señaló Ribbons—. Pero de nada sirve contra las armas de fuego. Antes eran campamentos de guerreros, mucho más grandes que este pequeño poblado, pero los negros ya no pretenden imponerse, se contentan con que los dejemos en paz.

Eso parecía cierto, si bien la gente del **kral** contemplaba a los jinetes con escepticismo e intentaba ignorarlos. Ni punto de comparación con los maoríes, que eran muy hospitalarios incluso con los **pakeha**.

—¡Esto es un paraíso! —exclamó entusiasmado Vincent por la noche.

Kevin guardó silencio. Sudáfrica era hermosa, pero no acababa de sentirse a gusto en ese país. Tal vez fuera realmente un acierto que los británicos se ocupasen de una vez por todas de pacificar el territorio, pero también era posible que eso lo empeorase todo.

—¡Mañana nos ponemos en marcha, tenemos que participar en la liberación de Wepener! — anunció al día siguiente el comandante Jowsey a sus oficiales—. Y por si alguno de vosotros nunca ha oído hablar de ese pueblucho... —Los hombres rieron; naturalmente, ninguno conocía ese lugar—. Se trata de una pequeña colonia a menos de quinientos kilómetros al norte de aquí, junto al Jammerdrif, un afluente del Caledon... —Más risas y suspiros. Al parecer, nadie se interesaba realmente por la geografía de Sudáfrica. Sin embargo, el comandante Jowsey, un hombre menudo y ágil, con un gran bigote, no se dejó amilanar y desplegó un mapa—. Un punto crucial para la agricultura del lugar —explicó, señalando un punto en la frontera con Basutolandia—. Aquí se encuentra, o se encontró alguna vez, el molino de grano más grande de Sudáfrica.

—En resumen, ¡es Boerlandia! —intervino Kevin con sus conocimientos recién adquiridos cuando el comandante no supo qué más decir—. Granjas, campos de cultivo, cría de ganado... ahí es donde el enemigo se ha asentado. Si alguno de ustedes se queda solo o resulta herido, no se dirijan a ninguna granja, sean cautos. Los nativos dicen que las mujeres tienen tan buena puntería como los hombres.

Los hombres rieron de nuevo, pero el comandante asintió.

—Hagan caso al doctor, tiene toda la razón. Wepener se encuentra junto al Estado Libre de Orange, una guarida de rebeldes. En la actualidad la defiende una guarnición británica, dos mil hombres, y los bóers la están asediando. Ya llevamos una semana así, y nosotros formamos parte de las tropas que romperán el cerco a la localidad. La gente de allí nos está esperando. Así pues, nos marcharemos al amanecer, y la cabalgada será rápida.

Esto también era válido para Kevin, a quien se le indicó que abandonara el hospital de campaña, cuyos utensilios y vituallas ya estaban cargados en los carros.

—Cargue dos caballos con lo imprescindible —recomendó Jowsey—; suponemos que también los otros regimientos cuentan con médicos, vendajes y medicamentos. Debe de haber destacamentos que se encuentren más cerca. Para nosotros lo primordial es la velocidad, hay que liberar la población.

El recorrido se inició a través del **bushveld** y al cabo de poco hasta **Silver** se acostumbró a los ubicuos rebaños de antílopes. Luego atravesaron un terreno montañoso que exigía más esfuerzo de los caballos. Al anoecer, los hombres montaban las tiendas en montañas y colinas que ofrecían un panorama más amplio de las llanuras del Cabo. El territorio parecía deshabitado. Había probablemente nativos, pero no se dejaban ver.

—A partir de ahora esto se vuelve peligroso —advirtió el comandante la mañana del sexto día, una vez que hubieron dejado las montañas. Ante ellos se extendían unas planicies fértiles, tierra de campesinos, tierra de bóers.

—El Estado Libre de Orange —declaró Ribbons, que acompañaba a los neozelandeses como guía conocedor de la localidad—. Fundado por los bóers después de que los británicos se anexionasen la colonia del Cabo y prohibieran la esclavitud. Como a los blancos no les convenía, emigraron hacia el interior en grupos. En carros de bueyes, debió de ser una epopeya. Todavía hoy

en día se habla del Gran Trek. Este territorio no estaba deshabitado, aquí vivían los zulúes, los basotos, los batsuanos... y ninguno quería renunciar a sus tierras. Se produjeron luchas sangrientas, otra colonia de campesinos habría arrojado la toalla. Pero no los bóers, ellos fueron contundentes e Inglaterra al final reconoció el estado...

—Hasta que se encontró oro —recordó con ironía Kevin.

Ribbons frunció el ceño, pero hizo un guiño al mismo tiempo.

—La versión oficial es que no podemos permitir el trato que dan a los extranjeros y nativos.

También ha habido provocaciones y...

—Y diamantes —concluyó Vincent con sequedad—. Está bien, sin duda interpretaremos el papel de libertadores.

Los bóers habían llegado más como conquistadores a la región, y habían demostrado buen olfato para hallar prados y tierras de cultivo fértiles y valiosas. Había ahí poco espacio natural para antílopes y ñus y era probable que hiciera mucho tiempo que no se vieran rinocerontes. En su lugar se alineaban uno tras otro primorosos campos de cultivo de cereales y verduras. Parte de ellos estaban a punto de ser cosechados y en un par de ocasiones los jinetes también vieron a gente trabajando: negros sobre todo, y algunas mujeres, chicas o niños blancos.

Ninguno de ellos hizo caso de las tropas que pasaban, lo que a Kevin le recordó el poblado nativo del **veld**. Los negros nunca levantaban las cabezas y los blancos lanzaban, en el mejor de los casos, miradas cargadas de odio a los hombres de uniforme.

—Dios mío, se diría que ese pequeño está deseando pegarnos un tiro —observó Vincent cuando pasaban por un campo de trigo en el que cinco negros eran supervisados por un niño blanco de unos diez años de edad. El crío miró a los jinetes sin disimular su ira.

—Tenemos suerte de que no esté armado —respondió Ribbons con gravedad—. Es posible que su madre le haya quitado el fusil temiendo que lo hiciera y que el niño resultara abatido. Además, nosotros nos llevaríamos el fusil. En realidad, la gente tendría que haberse desprendido de ellos, este territorio está bajo control inglés desde hace tiempo y hemos confiscado las armas. Pero no se hagan ilusiones, van armados hasta los dientes y yo no aconsejaría a nadie que se dirigiese solo a una de estas granjas. Y en lo que respecta a los negros... lo dicho, gente leal. Tal vez porque no les queda otra opción. Sus tribus han sido diezmadas, sus tierras pertenecen a los blancos... Si no quieren morir de hambre, se quedan donde están y obedecen al **baas**, que es como se llama aquí al patrón blanco. Y a los hijos de este.

Entretanto habían aparecido las primeras granjas, que a Kevin y Vincent casi les recordaron a su hogar. Desde luego no eran como las grandes residencias de los barones de la lana, pero la granja bóer media era equiparable a las propiedades más pequeñas de las Llanuras. Casas de madera sencillas, con porches más grandes que en Nueva Zelanda porque la vida durante el día discurría más en el exterior. En general, la construcción bóer era más pesada y firme y de colores menos llamativos. A veces se utilizaba el adobe en lugar de la madera, inspirándose más en las técnicas de los nativos. El estilo de construcción era sobrio y sin ornamentos, lo único que causaba un efecto exótico eran las chozas redondas algo alejadas de las residencias. Ahí era donde vivían los trabajadores negros.

—Aunque las casas de East London son más bonitas —comentó Vincent.

Había visitado algunas granjas del lugar y comentó que eran más grandes y más originales. Disponían de un arco de medio punto o un frontón que amenizaban la sencillez de las fachadas.



—Las más bonitas están en el Cabo —dijo Ribbons, elogiando las de su lugar de procedencia—. Suelen estar en terrenos de viñas y ahí los propietarios no escatiman. De un viticultor se espera un poco de gusto por la vida. Aquí, por el contrario, nadie toma ni un sorbo de alcohol. Su dirigente, ese Ohm Krüger, ¡llegó a pedir un vaso de leche en la mesa del emperador alemán! Se pasan el día rezando y trabajando y están convencidos de que Dios los ha conducido a esta tierra como condujo a los judíos a Israel. Y se aferran a ella con uñas y dientes. Y eso todavía empeora con esta guerra...

Kevin no tardaría en comprobarlo con sus propios ojos. Después de cuatro días de dura cabalgada llegaron por fin a Wepener. El comandante de las fuerzas inglesas ordenó acampar en un campo despejado con vistas a una cadena montañosa, donde al parecer estaban los sitiadores a quienes ahora se quería acorralar. El ejército de liberación estaba formado, además de por neozelandeses e ingleses, por unidades escocesas y australianas, y sus dirigentes tenían que ponerse de acuerdo antes de pasar a la acción. Primero dejaron que sus hombres montaran un campamento y que esperaran.

Kevin no se enteró demasiado de los preparativos para el combate, pues enseguida lo asignaron al oficial médico en jefe, un tal doctor Barrister. Este tenía el rango de comandante, pero no parecía darle demasiada importancia. Saludó amistosamente a Kevin y mostró su entusiasmo al ver las vituallas que el joven había llevado en los dos caballos de carga.

—Siempre es bueno que la gente tenga iniciativa propia —lo elogió—. Necesitaremos todos los apósitos que podamos conseguir. Han convocado aquí a las tropas tan deprisa que todavía no han llegado todos los carros con el equipo. Por suerte, la cocina de campaña está totalmente provista, pues nuestro querido comandante en jefe Redvers Buller pone empeño en que nadie debe morir con el estómago vacío.

Era evidente que Barrister no tenía a Buller en muy alta estima, pero, de todos modos, este pronto sería relevado por un tal lord Roberts y su ayudante Kitchener.

—Entonces tampoco tenemos tienda —advirtió Kevin—. ¿Dónde hemos de atender, al aire libre?

—Tenemos una tienda —respondió Barrister—. Me la he agenciado en la sección de cocina. Aunque no es suficiente, la utilizaremos para los primeros auxilios. Para los otros casos requisaremos una granja.

—¿Que haremos qué, señor? —preguntó el doctor Tracy, un compañero australiano.

Barrister rio.

—También novato en la guerra, ¿no? A ver, presten atención. Requisar la propiedad de un enemigo vencido es una práctica corriente en los conflictos bélicos. Uno se limita con ir y apropiarse de lo que necesita. En el caso de nuestra granja no es nada irreversible, esa gente recuperará su casa. Así pues, pongamos manos a la obra y busquemos la propiedad más cercana. Parto del supuesto de que todos ustedes han disparado un arma alguna vez.

Los médicos —Kevin, un escocés rechoncho que se llamaba McAllister y el australiano, de aspecto delicado— lo miraron indignados. Pese a ello, el australiano no parecía ducho en el manejo de armas, aunque, claro está, también él debía de haber recibido una formación básica.

—¿Cree entonces que tendremos que utilizarlas? —preguntó preocupado.

Barrister se encogió de hombros.

—Es una guerra, debemos estar preparados para cualquier cosa. Así sucede en cualquier conflicto, pero estos bóers todavía lo ponen más difícil. Por eso, estén siempre alerta. Nos llevamos también a todo el equipo, los soldados que haya entre los enfermeros deben ir armados y los indios deben aparentar que lo están.

Los cuatro enfermeros indios que llevaban tiempo al servicio de Barrister contestaron con una sonrisa cordial. El ambiente era indudablemente bueno.

Kevin enseguida se sintió mejor.

—Pues en marcha, chicos, ¿alguien sabe dónde se encuentra la granja más cercana?

Se encontraba detrás de la segunda colina, una finca cuidada con esmero y muy bien ubicada junto a un río. A Kevin le recordó un poco la casa de sus padres. No obstante, ahí se dedicaban a la agricultura, no se criaban ovejas; había pajares y silos en lugar de cobertizos para la esquila; los campos empezaban después del huerto y las dehesas, donde en esos momentos no pastaban ni caballos ni bueyes. Hasta entonces solo se habían cosechado unos pocos, pero parecía necesario que siguieran. Tampoco vieron a nadie trabajando en el exterior; los propietarios se habían atrincherado, atemorizados ante el avance británico.

—Tal vez hayan huido, sería lo mejor —opinó Barrister, pero detuvo a sus jóvenes médicos cuando estos se disponían a entrar en la granja sin precaución alguna—. Desmonten, dejaremos fuera los caballos —ordenó—. Pónganse los cascos, preparen armas, listos para el combate. Avancen lentamente, siempre cubiertos por un compañero.

—Ni que fuésemos a asaltar un fortín —comentó Kevin al pelirrojo escocés cuando los dos se parapetaron tras un árbol—. Me sentiré muy tonto si la casa está deshabitada.

El escocés suspiró.

—Eso dijo su predecesor —observó—. Y luego llovieron las balas desde la casa. En Ladysmith vivimos una situación similar a esta. La compañía del grupo sanitario perdió tres hombres.

Kevin tragó saliva y por primera vez desde su llegada a África sintió que el corazón se le aceleraba. Corrió detrás de un pajar para ponerse a cubierto. También los demás soldados y médicos se iban acercando a la casa, lo suficiente para divisar dos cañones de fusil asomando por las dos ventanas que flanqueaban la puerta.

—¡Ni un paso más! —gritó una mujer. Parecía una persona joven, pero sumamente decidida—. Si alguno se acerca más, ¡dispararemos!

La mujer hablaba inglés correctamente, pero con un marcado acento.

Barrister respondió:

—Le pido, por favor, que sea razonable, señora. Mi nombre es Barrister, comandante Barrister, al mando del quinto dispensario de campaña. Vamos a instalar un hospital en su granja. Pero no queremos echarla, basta con que ponga a nuestra disposición los pajares... y quizás una o dos habitaciones para los médicos.

—¡Ustedes no van a hacer nada! —La joven subrayó la frase con un disparo de su fusil.

Barrister se puso cuerpo a tierra y la bala levantó arenilla roja.

—No puede usted negarse, señora, es nuestro derecho.

—¿Derecho? —La mujer disparó a dar. Barrister se escondió detrás de un árbol—. ¡Usted no tiene ningún derecho aquí! Ni en esta granja ni en este país... ¡Largo de aquí!

Barrister levantó la mano y los primeros sanitarios abrieron fuego.

De repente, a Kevin le pareció que su idea original de fichar a los ineptos para la guerra ya no era tan buena. Y, además, tampoco tenía ganas de liarse a tiros con una muchacha. Observó la finca con atención para formarse una idea de la casa. Carecía de porche delantero, pero era poco probable que no tuviese ninguno. Posiblemente se encontraba en la parte posterior, con vistas al río. Por tanto, también debía de haber una puerta trasera.

Kevin llamó al escocés, en quien confiaba que tendría mejor puntería y más valor que los demás.

—Así no conseguiremos nada, vayamos por detrás. Sígame.

—¿Qué le garantiza que no hay alguien allí escondido con un fusil? —preguntó McAllister, pese a seguir diligente a su compañero.

Kevin hizo un gesto de ignorancia.

—Nada. Pero mientras Barrister discute delante con la chica, nadie sospechará que nos acercamos por detrás. Al menos así lo espero. Y esa muchacha no parece tener experiencia en combate.

McAllister fue a replicar, pero se lo pensó mejor. En cualquier caso, resultaba fácil llegar a la parte posterior de la casa. Protegidos por el pajar, los dos médicos rodearon la fachada y se ocultaron tras un seto. Detrás de la casa había un huerto cercado con arbustos espinosos. Y, en efecto, había un porche comunicado con el interior de la vivienda por una puerta ancha y de dos batientes.

—¡Ahí está! —susurró Kevin—. Venga, nos acercaremos por los lados. Con un poco de suerte, la puerta no estará cerrada. Abriremos las dos hojas al mismo tiempo y los sorprenderemos. Además, las puertas nos cubrirán en caso de que haya alguien allí que nos dispare.

—Pero pasaremos de la claridad a la oscuridad —señaló McAllister—. Mientras ajustamos la vista, pueden capturarnos. Miremos primero a través de la ventana para cerciorarnos de que no corremos peligro.

A ambos lados del porche, unas ventanas daban al interior.

—Una cocina —murmuró McAllister, después de que los dos se acercaran agachados y escudriñaran el interior de la casa—. No hay nadie.

—Y una especie de comedor —añadió Kevin—. También vacío. ¿Entramos?

El escocés asintió.

—Al parecer, tiene usted razón, se concentran en el acceso delantero. ¡Vamos allá! ¡A la de tres! Uno... dos...

Los hombres abrieron cautelosamente la puerta, dejando entrar la luz del sol en una estancia amueblada con una basta mesa de madera y unas sillas sencillas. Se diría que se trataba de una familia grande, Kevin tomó nota de que había nueve asientos. El comedor delimitaba con una cocina también amplia y en un armario acristalado se veía una vajilla con motivos azules.

—Muy bien, nos ponemos a cubierto y vamos avanzando despacio rumbo a las habitaciones anteriores —indicó McAllister—. Piense que tropezaremos con gente y que, si queremos aprovechar el factor sorpresa, debemos evitar que alguien grite.

Kevin reprimió la pregunta de cómo podía evitarse algo así. A fin de cuentas, no se trataría de hombres, sino de mujeres y seguramente también de niños.

Prepararon las armas cuando se deslizaron a través de la puerta que separaba el comedor de las

demás dependencias.

—¡No... no disparar! —Era una voz femenina ahogada, no enérgica como la de la joven de la ventana, sino atenazada por el miedo—. ¡Por favor, no disparar, **baas**!

Kevin examinó el pasillo oscuro que segundos antes le había parecido desierto... y casi estuvo a punto de disparar cuando distinguió el cañón de un rifle apuntándole. La joven estaba tan asustada que se había olvidado de bajar el arma. O simplemente la sostenía tal como le habían enseñado u ordenado que hiciera. No se trataba de una hija de bóers segura de sí misma, sino de una criatura aterrorizada, negra, con el cabello corto y crespo y unos enormes ojos redondos, casi muerta de miedo.

—No matar a Nandé.

Kevin bajó su fusil.

—Nadie va a hacerte nada —le susurró—. Pero tienes que bajar el arma. Así, ¿lo ves? —Le mostró cómo dirigía el cañón al suelo.

La joven dejó caer el arma. Una escopeta de caza, como comprobó Kevin.

—¿A quién se le ocurre? —dijo Kevin, con el susto todavía en el cuerpo—. Por todos los santos, muchacha, casi te pego un tiro, tú...

—Dinos ahora mismo quién más hay en la casa —intervino McAllister, agarrando con rudeza a la joven del brazo y arrastrándola al comedor para hacerla sentar en una silla—. ¿Quién te ha dicho que vigilaras la entrada trasera?

—Mejuffrouw Doortje, la **baas**... Pero yo...

—¿Es esa mujer que dispara por una ventana delantera? —insistió McAllister.

—¿Eh? —La joven parecía superada por las circunstancias.

—¿La mujer de delante con el fusil? —preguntó Kevin con más amabilidad.

Tal vez los bóers fuesen huesos duros de roer, pero tratar con rudeza a esa criatura asustada de apenas dieciocho años le parecía cruel.

—Ser tres mujer —respondió solícita Nandé—. **Baas** Doortje y Bentje y Johanna. Y pequeños **baas** Thies y Mees...

—¿Thies y Mees son niños? —intentó confirmar Kevin.

Nandé asintió.

—¿Cuántos fusiles? —preguntó McAllister, señalando el suyo—. ¿Cuántos como esto?

La muchacha levantó dos dedos.

—Y este —dijo, mostrando el arma que ella sostenía.

Kevin asintió. Encajaba con lo que habían observado en la parte delantera. Así pues, solo tendrían que reducir a dos mujeres armadas, o a una mujer y un niño. Una tarea por cierto desagradable.

—Escucha —le indicó a la chica negra, que seguía temblando—. No te haremos nada si mantienes la boca cerrada. Quédate aquí y no te muevas de este sitio.

—Como nos ataques por la espalda, ¡te arrepentirás! —la amenazó McAllister, colgándose al hombro el fusil de la muchacha—. Lo lamento, Drury —susurró cuando volvieron a internarse silenciosamente por el pasillo—. Sé que parece inofensiva. Pero ya he visto aquí cómo los niños se transforman en hienas. Y por un par de amenazas no se morirá. Si tenemos que tomar por asalto la casa o si se produce un tiroteo...

Por el momento todavía no podía hablarse de tiroteo. Barrister continuaba intentando discutir

razonablemente, interrumpido de vez en cuando por descargas que partían de la casa. Esto simplificaba el avance de Kevin y McAllister, bastaba con que siguieran las detonaciones para localizar a los tiradores. Finalmente se apoyaron en la pared de la puerta que daba al vestíbulo. Oían la voz de Barrister, aunque no distinguían las palabras, y la respuesta de Mejuffrouw Doortje: un disparo. No parecía que allí escasearan las municiones.

—¡Vamos! —susurró McAllister mientras todavía resonaban los disparos—. Usted se encarga de una y yo de la otra. ¡Y nada de amenazas! Las sorprendemos y desarmamos, puede que estén dispuestas a dejarse matar a tiros.

Kevin se asombró una vez más, pero se preparó para obedecer las indicaciones en cuanto McAllister abrió la puerta. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra. En el pasillo no había ventanas y las contraventanas estaban cerradas, salvo por una pequeña ranura a través de la cual pasaban los cañones. De un solo vistazo, Kevin abarcó a las personas que se hallaban allí. Junto a la ventana, la joven con el fusil: delgada, con un vestido de andar por casa oscuro y un delantal de puntillas claro, el cabello cubierto por una capota. Estaba concentrada en los hombres que había frente a la vivienda. La otra arma se hallaba en manos de un niño de unos diez años y que también apuntaba a los soldados. Detrás, en un rincón de la habitación, había una mujer más anciana que mantenía abrazados a tres niños más jóvenes.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó el escocés, pero su grito se vio apagado por las exclamaciones de los niños.

Los dos tiradores se dieron media vuelta, pero Kevin ya estaba junto a la mujer y con un culatazo de su fusil le arrancó el arma de las manos. McAllister obró del mismo modo con el muchacho, pero Kevin no tuvo tiempo ni de mirarlo. La muchacha no parecía dispuesta a rendirse. Sin dejarse impresionar por el arma que la apuntaba al pecho, empezó a golpear con los puños a Kevin, quien se desprendió de las armas y se defendió con las manos. Una niña de unos trece años intentó recoger el arma. Kevin lo evitó con rudeza de una patada. Empezaba a entender a McAllister. Pese a todo, consiguió retorcer el brazo de la mujer y ponérselo a la espalda, inmovilizándola. El jovencito a quien McAllister había arrebatado el fusil sollozaba de rabia. El escocés controlaba a los demás con su arma.

—¡Todo en orden, comandante Barrister! —gritó hacia el exterior—. Pueden entrar. Los tenemos bajo control.

Enseguida, la habitación se llenó de oficiales médicos y soldados ingleses. La joven que Kevin sujetaba empezó a soltar gritos de indignación e improperios y a darle patadas y morderlo.

—Buen trabajo, McAllister y... Drury, ¿no? Muy bien hecho. Pero tal vez alguien debería librarle de esa fierecilla...

Kevin sonrió. El contacto con la fierecilla que estrechaba entre sus brazos habría sido agradable si ella hubiese sido un poco más pacífica. No quería tocar a la mujer de forma indecente, pero para evitar que le hiciese daño tenía que estrecharla contra sí y, de improviso, sintió su espalda, los pechos grandes pero firmes, la cintura delgada y las bien formadas caderas. Un cuerpo muy femenino pero fuerte, seguramente acostumbrado al trabajo duro; una negrera no se habría presentado así ante Kevin. Estaba impaciente por ver su rostro, pero solo le veía la nuca. Bajo la capota de un blanco inmaculado y cuidadosamente planchada, asomaba brillante un cabello muy rubio. Además, la joven desprendía un aroma embriagador. No era perfume, como Juliet y las otras chicas de Dunedin, ni un olor natural y fresco como las jóvenes maoríes. Mejuffrouw Doortje olía a pan recién horneado,

dejando de lado el olor a sudor y pólvora.

—Tal vez ahora esté dispuesta a comportarse de forma algo más civilizada —dijo Kevin—. Entonces la soltaría. Venga, **Mejuffrouw Doortje**, sea lo que sea lo que esto quiera decir. Deme su palabra. No le vamos a hacer nada...

—¿Cómo sabe usted mi nombre?

La joven se zafó cuando él aflojó la presión y se dio media vuelta para mirarlo. Tenía un rostro ancho pero nada tosco, una nariz y una boca esculpidas con delicadeza, las mejillas sonrosadas de la rabia y el esfuerzo. Probablemente se ruborizaba con facilidad, era de tez muy clara. Sus ojos eran de un azul intenso, y Kevin pensó en la porcelana de Delf del comedor familiar.

Antes de que pudiese contestar, una silueta oscura entró cautelosamente por la puerta abierta.

—¿**Baas**...? —La muchacha negra.

—¡Nandé!

La mujer bóer a quien Kevin sujetaba gritó a la negra y dijo algo que sonó a un fuerte improperio. Nandé bajó avergonzada la cabeza y se mordió un carnoso labio color granate. Tenía la piel muy negra. Kevin pensó si se le notaría el rubor.

—¿Qué ha dicho? —preguntó después de que **Mejuffrouw Doortje** riñera a la negra.

—Algo así como «miserable traidora» —tradujo el australiano Tracy—. El resto se lo ahorro... la joven se expresa de una manera algo... procaz.

—¿Habla usted afrikáans? —preguntó asombrado Barrister.

Los refuerzos llegados de Australia y Nueva Zelanda no cesaban de sorprenderlo gratamente. Primero la arriesgada acción de Kevin con McAllister, y ahora el inesperado talento de ese joven médico de aspecto nada duro.

—Holandés, señor. Estudié dos semestres en Leiden.

**Mejuffrouw Doortje** le dirigió también a él un par de insultos.

Barrister suspiró.

—Conténgase, señorita, o no llegaremos a ninguna parte. Ya va siendo hora de que aclaremos la situación. ¿Es ella su madre?

Miró a la anciana que todavía mantenía abrazados a los niños; no estaba claro si para protegerlos o para evitar que atacaran como salvajes a los hombres. Al menos la pequeña tenía una mirada tan cargada de odio como su hermana mayor. La anciana, por el contrario, tenía la mirada perdida.

—Mi madre no habla inglés —respondió **Doortje**—. Y es ciega. Como le haga algo...

Pero Tracy ya estaba hablando con quien era el ama de casa en su propia lengua. Ella respondió de mala gana.

—Es **Mevrouw Bentje van Stout** —la presentó—. Con sus hijas **Dorothea** —señaló a la prisionera de Kevin— y **Johanna** —Tracy se inclinó caballerosamente delante de las jóvenes—, y sus hijos **Thies** y **Mees**. De su marido no dice nada, está en el **veld**. Además hay dos familias negras que pertenecen a la finca, pero salvo esta joven dama —Nandé se quedó de piedra cuando también se inclinó delante de ella—, el resto se escondió cuando el ejército pasó por aquí. A lo mejor regresa, quizá necesitemos refuerzos...

—¿Qué dice respecto al hospital de campaña? —preguntó Barrister.

La mujer soltó unas palabras llenas de odio.

Por el delgado rostro de Tracy corrió un ligero rubor.

—No sé si debo...

—¡Que revienten todos! —espetó la anciana.

Barrister se frotó la frente.

—Bien, la señora también habla algo de inglés. Da igual; trataremos con usted, señorita Dorothea...

—Doortje —corrigió malhumorada la joven—. Y no espere ninguna colaboración por mi parte. Ni mis hermanos ni yo les daremos facilidades, nosotros...

—Esto ya lo sabemos —observó Barrister—. Al respecto ya se ha manifestado muy claramente antes. ¿Me enseña ahora la granja? Tal como le he dicho, no tenemos intención de molestarla más de lo necesario. Nos interesan sus pajares, paja para catres para los pacientes... También alimentos frescos si pueden prescindir de algo. ¿Ahí detrás hay un horno? Huele a delicioso pan fresco...

—Lléveselo y a ver si se le atraganta —le soltó Doortje.

Barrister se tiró del lóbulo de la oreja, pero no perdió los modales.

—Doy por supuesto que ya no les queda ganado.

—¡Claro que no! Nuestra última vaca la requisó su llamado ejército de liberación... y también los ponis.

—Mentira —dijo McAllister a Kevin cuando siguieron a su disgustada guía para echar un vistazo a los edificios de la granja—. El ejército de liberación seguro que no ha requisado los ponis, la caballería tiene sus propios caballos y los carros de cocina y avituallamiento ya llevan tiempo enganchados. Los caballos de la granja se los ha debido de llevar Mijnheer van Stout. Todos los bóers saben montar. Ellos no tienen infantería. Bueno, ni siquiera ejército, si vamos a eso. Esos tipos se limitan a coger sus caballos y engrosar un destacamento. Escogen a un cabecilla y, ya está, a la guerra. No hay disciplina, todo el mundo entra y sale cuando le place. Pero son temerarios y nunca dejan de sorprenderte. Por eso también tuvieron sus triunfos al principio. Pero últimamente los estamos derrotando.

Kevin asintió, pero se preguntó cuánto tiempo habría de pasar hasta que se rindieran los últimos destacamentos. No parecía como si un país hubiese declarado la guerra a otro, sino más bien como si un gran ejército combatiera contra cientos de grupúsculos. ¿Y cómo iba a apañárselas Inglaterra con un país donde los niños ya se rebelaban de modo tan vehemente?

En los días siguientes algunos datos que Doortje van Stout les había facilitado se demostraron falsos. Por ejemplo, un par de enfermeros que no tenían tareas que realizar descubrieron a Nandé con un cubo de leche fría. Al parecer, los trabajadores negros de la familia no habían huido, ni mucho menos, sino que guardaban la vaca lechera en algún lugar del accidentado veld.

Kevin, a quien los hombres informaron de su descubrimiento, no traicionó a los bóers acudiendo a Barrister. Entendía que esa gente quisiese conservar sus propiedades y, a fin de cuentas, entre los ingleses nadie padecía hambre. En cuanto quedó claro que las mujeres Van Stout no estaban dispuestas a colaborar con los médicos, los militares pusieron a disposición del hospital un carro cocina como solución provisional. Barrister intentó una vez más lograr un armisticio. Invitó a la familia Van Stout a comer con sus oficiales. Sin embargo, Doortje se tomó a mal que el oficial médico le pidiese poder utilizar la cocina de los Van Stout.

—Deje que nuestro cocinero haga maravillas, ¡es capaz! —le dijo—. El general Buller lo tenía por uno de sus favoritos. Pero en un carro cocina así no puede hacer gala de todo su talento...

Doortje, Johanna y su madre no respondieron, recogieron con mala cara la ropa sucia y se marcharon al río para lavar. A los niños los atrajo más la cocina, olisquearon el aroma que desprendía el asado y seguramente se les hizo la boca agua. En la granja de los Van Stout nadie pasaba hambre, pero seguro que hacía mucho que no comían carne. Las mujeres habrían puesto cerdos y bueyes a buen resguardo, pero no se atreverían a realizar una matanza con el ejército inglés presente. Y por muy bien que Doortje disparase —Kevin estaba convencido de que la audaz bóer era capaz—, no se dejaría pillar con una escopeta de caza.

El aroma del asado de cordero era irresistible, pero, aun así, ninguno de los Van Stout apareció para el banquete.

—Ha sido un intento —suspiró Barrister al tiempo que descorchaba una botella de vino—. Podría habérmelo imaginado. Esa Dorothea es un hueso difícil de roer... y la madre y la hermana no lo son menos.

—La hermana es una víbora —observó Tracy, que de vez en cuando espiaba a los Van Stout—. Lo controla todo y cuando uno de los pequeños o un negro tiene un mínimo gesto de amabilidad hacia nosotros, se lo cuenta enseguida a Doortje. Esta lo regaña durante sus oraciones. La pequeña Nandé teme toparse con el ángel con la espada de fuego detrás de cada esquina.

—Sin embargo, es una chica muy amable —observó Kevin, que con frecuencia sentía pena por la joven negra.

En el ínterin, también el hermano de Nandé había vuelto a la granja y los dos trabajaban en los campos de cultivo de sol a sol. Doortje los presionaba sin piedad, pero tampoco hacía concesiones para consigo misma ni su familia. Johanna solía quedarse con su madre en la cocina para ayudar a la ciega, pero los niños pequeños tenían que colaborar en la cosecha. No obstante, rechazó indignada la ayuda que le ofrecieron dos enfermeros neozelandeses, sin nada que hacer por el momento, que procedían del campo y quisieron mostrarse galantes con las mujeres. Nandé seguro que lo habría aceptado. Se la veía extenuada cuando por las noches regresaba del campo, pero todavía se le exigía que sirviera la comida a la familia, fuera a buscar agua y realizara otras tareas domésticas. Antes de que ella misma pudiese ponerse a comer, ya era entrada la noche y probablemente tenía que preparar la cena por separado. Los Van Stout no compartían la comida con los trabajadores negros. No les



dejaban pasar hambre, pero les habría resultado inconcebible compartir con ellos la comida.

—¡Bueno, bueno! —sonrió McAllister, apuntando a Kevin con el índice—. ¿No estará enamorándose precisamente de alguien de pelo negro y crespo? Pero se lo advierto: dicen que las mujeres zulúes no son muy apasionadas...

A esas alturas, los médicos se habían enterado de que Nandé era una zulú de pura cepa. Su nombre tampoco era un arreglo de Nancy o Suzanne, como Kevin había supuesto al principio. De hecho, ella le había contado que le habían puesto el nombre de la madre del legendario rey Shaka Zulú.

Kevin arqueó una ceja.

—¿Yo? ¿Enamorado de Nandé? Por favor, esa negrita todavía es una niña...

El doctor Tracy, que nunca hacía comentarios picantes pero había demostrado ser un sagaz observador, sonrió.

—Por supuesto —señaló—. La actitud del doctor Drury está fuera de toda duda. —Tracy tomó un lento sorbo de su copa de vino antes de proseguir—. Pero sí le ha echado el ojo a la joven señorita Doortje.

A Kevin casi se le atragantó el cordero asado. Tosió y esperó que los demás atribuyeran a la tos el rubor que le tiñó las mejillas.

—¿Doortje? —preguntó incrédulo McAllister—. Es como imaginar una relación sentimental con una navaja de afeitar.

—¡Coronel! ¿Así habla usted de una señorita? —El comandante Barrister contuvo la risa, pero de todos modos regañó a su subordinado.

Kevin se alegró de no tener que replicar. Tampoco habría sido capaz de explicar la atracción que Doortje van Stout ejercía sobre él. Claro que habían tenido un obligado contacto físico y que el cuerpo de la joven le había gustado. También su cara y su cabello eran bonitos. Pero no podía ser solo eso lo que le atraía con una fuerza tan irresistible. Era más bien... ¿su incontenible energía? ¿Su pasión? Si un día llegaba a ser capaz de amar del mismo modo que ahora odiaba, Doortje van Stout sería un ciclón de sensualidad. O puede que se tratase de su terquedad, de sus profundas convicciones, que Kevin no compartía pero lo fascinaban. Él mismo se consideraba un hombre bastante superficial y sus anteriores relaciones... Juliet no era más que una mariposa que volaba de flor en flor. Pero Doortje... seguro que era constante, fiel, con los pies en el suelo...

Kevin se censuró. ¿Desde cuándo esto último había sido un atributo femenino que a él le sedujese? ¡El amor debía de haberlo cegado!

—La señorita es todo un desafío —observó Tracy.

Iba a añadir algo, pero entonces oyeron unos cascos. El jinete se detuvo delante de la casa, al parecer para intercambiar unas palabras con los Van Stout o algún soldado. Enseguida espoleó el caballo y lo detuvo delante del porche trasero, donde Barrister y sus oficiales estaban a la mesa.

El jinete, un joven australiano, comunicó un mensaje antes de haber desmontado:

—¡Comandante! Acaban de producirse las primeras escaramuzas con el enemigo en los alrededores de Wepener. Hay dos heridos. Envíe a sus hombres al hospital de campaña y acuda a la tienda de primeros auxilios. La batalla empezará mañana.

El comandante Barrister dio por concluida la comida y distribuyó las tareas entre sus médicos.

El mismo marcharía al frente a ocuparse de los primeros auxilios.

—El doctor Tracy me ayudará en el primer turno, luego nos relevarán el doctor McAllister y el doctor Drury. Quiero que cada uno de los nuevos médicos entre en servicio primero con un médico con experiencia en el frente. Después ya no importará cómo nos repartamos, tal vez nos baste con un médico *in situ* y que el resto trabaje aquí. Ya veremos cómo es de cruento el combate...

—¿Qué va a ser, un curso acelerado de cirugía? —preguntó Kevin a McAllister, mientras Barrister y Tracy partían a caballo. Ambos debían supervisar de nuevo los catres preparados y los quirófanos del hospital provisional. Al día siguiente no podrían dormir mucho—. Reconozco que no tengo ninguna experiencia, así que dudo que usted pueda ponerme al día en unas horas...

McAllister sonrió con amargura.

—Aquí aprenderá deprisa... A las malas, en especial para los afectados. Me temo que maté a los diez primeros pacientes a quienes tuve que amputar un miembro... Pero aquí no se trata de esto, más bien de... Doctor Drury, se va a habituar usted a ver sangre. Por cierto, ¿cuál es su nombre de pila? El mío es Angus, puedes llamarme Gus...

Kevin todavía estaba pensando en las extrañas palabras de Gus McAllister cuando oyó un tintineo y el sonido de madera al astillarse. Alarmado, se levantó de un brinco del jergón, parecía como si estuvieran saqueando la casa. ¿Acaso algún destacamento que merodeaba por allí estaba asaltando el hospital? Cogió el fusil.

Angus McAllister se cruzó con él cuando corría por el pajar. El escocés tenía un oído más fino y ya había salido en calzoncillos y camiseta. Sonreía de oreja a oreja.

—No es la guerra, Kevin, solo tu futura amada. La señorita Doortje destrozando la vajilla de la familia y las sillas del comedor, profanadas por dedos y traseros británicos. Es inconcebible que un Van Stout vuelva a comer en esos platos o a sentarse en esos asientos. —Rio—. Y encima, acaba de ver a un escocés en calzoncillos.

Kevin resopló. Pero al volver a la cama no pudo evitar dormirse con la imagen de Doortje en la mente. Un ángel vengador rubio llevado por la ira destrozando vajilla y muebles... y que después le besaba con la misma pasión...

Al día siguiente lo primero que oyeron fue el fragor del combate. En los últimos días habían resonado disparos, pero siempre esporádicos. Se diría más bien que eran ejercicios de tiro y no un fuego cruzado o una batalla. Sin embargo, ahora a los disparos seguían detonaciones de granadas, y si el ruido ya era fuerte en la granja de los Van Stout, en el frente el estrépito debía de ser infernal.

El primero en llegar al hospital de campaña fue el doctor Willcox, el suplente de Barrister, con dos heridos. Últimamente había permanecido en la tienda de primeros auxilios en el frente y tratado heridas leves o ampollas en los pies de los soldados. El día anterior, sin embargo, la situación se había agravado por primera vez. Los dos heridos habían superado la noche. Uno solo tenía heridas leves y Willcox había operado al otro, que ya estaba listo cuando Barrister y Tracy llegaron.

—El siguiente carro con heridos llegará probablemente en una hora como mucho —anunció Willcox—. La batalla se ha iniciado a la salida del sol. Así que prepárense.

Willcox estaba ceñudo, pero los dos pacientes estaban fuera de peligro. Ambos estaban bien cuidados y atendidos, y se hallaban cómodamente tendidos en un colchón de paja en uno de los tres carros cerrados para el transporte de heridos. Los enfermeros solo tuvieron que tenderlos en los sacos de paja.

Pero luego llegó el segundo carro y Kevin experimentó un anticipo de lo que le esperaba en el frente. Casi resultaba increíble que dos médicos y un par de enfermeros hubiesen podido prestar primeros auxilios a tantos heridos. Naturalmente, la calidad de las curas era precaria: las heridas solo estaban vendadas con rapidez y los miembros que iban a ser amputados solo se habían ligado. Los hombres yacían apretujados en un carro apenas acolchado, algunos chillaban y lloraban.

—¡Estos de aquí primero! —indicó el doctor Willcox, señalando a un hombre con un muñón en la pierna ensangrentado y a otro con el brazo desgarrado. El primero estaba inconsciente y el segundo gemía.

»¿Alguna vez ha amputado una pierna, Drury? No, ya veo que no. Pero ¿sabe utilizar una sierra? No se ponga verde ahora. Coja su instrumental quirúrgico y ayúdeme...

Kevin logró sobreponerse al pavor inicial. En su consulta había amputado una falange en una ocasión, y durante el período como asistente en el hospital de Dunedin había realizado unas pocas operaciones. A Kevin le gustaba el trato con las personas y había preferido la medicina general a la cirugía. Sin embargo, siempre había sido hábil en el quirófano y durante la carrera, también en Patología. Una vez que se hubo acostumbrado a manejarse con la sangre (no había asistentes que taponaran la sangre cuando el cirujano cortaba), trabajaba deprisa y con eficacia.

Willcox estaba satisfecho con él.

—No se deje impresionar por los gritos cuando nos quedemos sin opiatos —fue lo único que dijo—. Estamos bien abastecidos, pero con el ajetreo del combate no siempre se dosifica con exactitud y hay que intervenir rápido...

Todo ocurría a una velocidad increíble. Sobre la mesa de operaciones de los dos médicos, un paciente seguía a otro, los enfermeros los sustituían tan deprisa que no daban respiro a los cirujanos. En la segunda mesa McAllister trabajaba con un enfermero indio; ambos se encargaban de los casos más leves y realizaban una especie de criba. Kevin lo comprendió cuando con el décimo paciente se preguntó por qué conseguían, al menos en principio, salvarlos a todos.

—Los casos perdidos no nos llegan —respondió secamente Willcox, señalando a McAllister. Junto con sus propias tareas, determinaba también el orden de las operaciones. Y dejaba a un lado los casos más difíciles...

—Pero ¡eso es inhumano! —protestó Kevin—. En realidad son los primeros de quien...

Willcox meneó la cabeza.

—Joven, intentar salvar a aquel desdichado... —señaló a un herido con un disparo en el pulmón — nos llevará al menos dos horas y entretanto se nos habrán muerto otros tres hombres, con una posibilidad de un diez por ciento de que el primero sobreviva. Así no se trabaja en la guerra. También yo lo lamento...

El herido en el pulmón todavía era muy joven, posiblemente había falseado su edad al alistarse como voluntario y se había puesto más años. Willcox lo miró con tristeza.

—Deberían haberlo dejado morir en el campo. Pero a Barrister a veces se le ablanda el corazón.

Las diez primeras horas transcurrieron para Kevin en un abrir y cerrar de ojos y todavía seguía

operando cuando al anochecer llegó el último transporte de heridos. Lo acompañaba el doctor Tracy, quien insistió en ocupar el puesto de Kevin junto a la mesa de operaciones.

—Tiene que ir al frente, Drury. Barrister todavía está operando y puede necesitar ayuda. Haremos una especie de cambio provisional. McAllister le seguirá en un par de horas.

—Pero usted debe descansar —dijo Kevin, observando a su compañero.

El doctor Tracy conservaba el porte erguido de un **gentleman**, aunque su aspecto era lamentable. El uniforme, la noche anterior impoluto y con un planchado perfecto, estaba sucio y manchado de sangre. Tenía el rostro macilento y caído, los ojos hundidos en las cuencas y su mirada había cambiado. Se diría que el doctor Tracy había visitado el infierno.

—Eso lo deberíamos hacer todos —respondió Tracy, y Kevin se preguntó si su propia apariencia semejaría a la de su colega de trabajo. Sin embargo, se sentía en buenas condiciones, era probable que se percatara del cansancio cuando se relajase.

»Y ahora quiero salvar a alguien —prosiguió Tracy—. Si... si veo a más muertos todavía, entonces... —se irguió y tragó— entonces podría perder la compostura —concluyó.

Dicho esto, cogió el bisturí. Kevin lo dejó trabajar.

Camino del establo, Kevin supervisó de forma somera el estado de sus pacientes. Los enfermeros —los indios, así como los novatos neozelandeses— cumplían bien con su trabajo. Aunque dos de los nuevos habían tenido que superar las náuseas del principio, ya se habían sobrepuesto. Los heridos reposaban sobre sacos de paja limpios, los enfermeros iban de uno a otro, los reconfortaban y les daban agua y sopa. Uno de los nuevos auxiliares se sentó junto al moribundo herido en el pulmón, le estuvo hablando y rezó. Kevin lo elogió y se preguntó si no habría ningún sacerdote que se ocupara de estas cosas.

A otro enfermero le preguntó por los Van Stout. Tal vez todo el dolor que ese día habían visto allí había conmovido a la familia y su postura era un poco más amable con respecto a los médicos y enfermeros. Sin embargo, su interlocutor hizo un gesto de ignorancia. Los Van Stout no habían hecho acto de presencia en todo el día.

—Tampoco están trabajando en el campo —informó uno de los indios.

El cocinero, cuyos ayudantes llevaban una gran cazuela de cocido al pajar en ese momento, inspiró con fuerza.

—¡Están rezando! —respondió, al tiempo que llenaba un plato de sopa para Kevin. Hasta entonces el joven médico no se había percatado de lo hambriento que estaba—. Desde hace horas. Yo no entiendo esa jerga que hablan, pero si me pregunta, piden por la victoria de los bóers. ¿No se puede prohibir eso, doctor? A mí me pone de los nervios.

Kevin esbozó una sonrisa cansina entre dos rápidas cucharadas de sopa.

—Lo mejor es que no haga caso —dijo—. De todos modos, no podemos prohibirlo, tiene usted que contentarse con confiar en Dios. No presta oídos a todo el mundo... Por cierto, esta sopa es estupenda, ¿dónde me ha dicho que estaba el restaurante donde trabajaba antes? ¿En Melbourne?

Kevin siguió conversando con el cocinero mientras los enfermeros iban llegando uno tras otro para comer, todos tan hambrientos como él mismo.

Luego salió de mala gana del hospital y descubrió, para su sorpresa, a uno de los negros, el hermano de Nandé. El hombre se deslizaba al amparo de la oscuridad y miró alrededor antes de

colocar un cubo de agua delante de la puerta del pajar. Seguro que sus patronas no sabían que prestaba así su ayuda.

—Nos ha suministrado agua todo el día —señaló uno de los enfermeros neozelandeses—. Algo muy útil, pues todos teníamos mucho que hacer. Y la mujer zulú nos trajo antes medio cubo de leche. Creo que los negros están de nuestro lado. A ellos tampoco les gustan los bóers.

El joven médico pensó que tampoco tenían ninguna razón para que los ingleses les cayeran bien. Al fin y al cabo, no deberían haber reconocido la república de los bóers con sus retrógradas leyes. Al tomar el país tendrían que haber luchado a favor de los negros, en lugar de hacerlo ahora por el oro. Pero luego no pensó más que en Doortje. Cuando pasó a caballo por delante de la casa, oyó su sonora voz. Hablaba en su lengua, holandés o afrikáans, como lo llamaban, y parecía estar leyendo en voz alta la Biblia o un libro de oraciones. A la luz de las lámparas de aceite distinguió su silueta delgada, su pulcra capota sobre los cabellos tan rubios. No parecía que se la quitara nunca; tendría que preguntar a alguien si había motivos para ello. Kevin se imaginó cómo la desataba y el cabello caía en suaves ondas sobre la espalda de la muchacha. Como el oro, pero sin el brillo metálico que hacía tan especial el cabello de su sobrina Atamarie. El cabello de Doortje era dorado como las espigas de trigo...

Kevin pensó que valdría la pena luchar por ese oro.

En el campamento de los ingleses reinaba la calma cuando Kevin llegó muerto de cansancio. Sucedió exactamente lo que había imaginado: al relajarse surgió el cansancio. Delante de la tienda de primeros auxilios estaban sentados dos enfermeros fumando, junto a incontables bultos alargados envueltos en lona. Kevin imaginó qué eran: cadáveres.

—¿El doctor Barrister? —preguntó a los enfermeros.

Uno señaló hacia el interior.

—Todavía está operando. Un par de casos difíciles que han aguantado hasta ahora. Pase...

Barrister estaba tan sucio y manchado de sangre como Tracy; parecía agotado, pero no tan consumido como su colega más joven.

—Adelante, Drury, écheme una mano. Le han disparado en el vientre y no tiene grandes posibilidades de sobrevivir. Pero si hasta ahora no se ha muerto, vamos a intentarlo. ¿Han podido hacer algo por el chico herido en el pulmón?

Kevin negó con la cabeza.

—El doctor Willcox...

—Lo intentará hoy por la noche si el joven todavía vive. Pero deberíamos dormir un par de horas. Mañana esto seguirá igual que hoy. Los bóers de Wepener no piensan darse por vencidos, seguirán luchando hasta el último cartucho. Y su posición es excelente, todavía podemos tardar dos o tres días en recuperar la ciudad.

Kevin cogió un bisturí.

—Pero ¿ganaremos al final? —quiso confirmar.

Barrister asintió.

—No cabe duda. Los bóers ya podrían darse por vencidos. Pero no lo hacen. Y además también los tenemos por la espalda. La mayoría de los jóvenes que tenemos aquí... —abarcó con un gesto la tienda— no fueron heridos en la línea de fuego, sino por partidas de merodeadores que aparecen

como de la nada. Ahora se han distribuido patrullas de soldados para vigilar las colinas de los alrededores. Dicho sea de paso, muchos son compatriotas suyos. Se dice que montan a caballo de una forma tan delirante como los bóers. No sé si se trata de un elogio, pero ya ahora los llaman los Rough Riders. Y parece que salen airosos; todavía no me ha llegado ninguno a la mesa de operaciones.

Pese a los esfuerzos de Kevin y Barrister, esa noche perdieron tres de los casos difíciles que habían sido postergados, y Kevin empezó a comprender a Tracy. Si todo el día había sido así de frustrante... bien, ya vería a la mañana siguiente. Las diez horas de servicio de Kevin en primera línea empezarían a la salida del sol. Dos horas antes del amanecer el joven cayó exhausto en un jergón de paja junto a su último paciente.

Lizzie y Michael querían celebrar la boda de Patrick y Juliet en Elizabeth Station, y Patrick no se opondría a ello. Amaba la granja —algún día la heredaría, ya que Kevin no mostraba ningún interés por ella— y se sentía estrechamente unido a la tribu maorí que vivía al lado. Esa «familia» adicional también participaría en los festejos de Elizabeth Station y los parientes de Dunedin se alojarían en Lawrence.

Sin embargo, Juliet protestó con vehemencia contra una boda en «el fin del mundo», como llamaba a Lawrence. Ella deseaba una fiesta en el elegante hotel de Dunedin y a ser posible una ceremonia en la catedral de St. Paul. Esto último no lo consiguió, Patrick insistió en que el reverendo Burton se encargara de la boda. No obstante, Juliet recurrió a todas sus armas posibles, incluidas las lágrimas, porque se suponía que se avergonzaba delante del reverendo y su esposa. Al fin y al cabo, ambos la habían conocido como novia de Kevin y acabarían deduciendo el asunto del bebé. No obstante, Patrick se limitó a mover la cabeza negativamente.

—Querida, se enterarán de todos modos. Los Burton y los Drury son muy amigos. Sean es el hijo de Kathleen y mi hermanastro. Y tú tendrás la intención de adquirir el traje de novia en Lady's Goldmine, ¿me equivoco? ¿Vas a decir a Kathleen que solo te lo pruebas para llevárselo a tu hermana? No, cariño, contraeremos matrimonio en Caversham, y el reverendo nos casará. No hay peros que valgan.

En cuanto al tema del hotel se mostró más comprensivo y apoyó la opinión de Juliet incluso contra la de sus padres.

—Ella es la novia. Tiene derecho a celebrar una fiesta en Dunedin. Con todos sus amigos...

—Siempre oigo hablar de amigos varones —señaló Lizzie enfadada—. Hace un año, nadie aquí conocía a Juliet la Bree y no veo que ahora nadie haga cola para felicitar a los novios, ni para hacer de testigos ni de damas de honor.

Patrick hizo una mueca de disgusto.

—¡Venga, madre! Ella es la novia. Ese tiene que ser el día más feliz de su vida. ¡Se lo merece!

—¿Que se lo merece? —preguntó Lizzie, más enervada—. ¿Por qué? ¿Por permitir que la dejaran embarazada sin preguntar si el padre de la criatura la amaba de verdad? ¿Incluso es posible que para manipularlo a su antojo? Más bien merecería una tunda. ¡Debería sentirse agradecida de que le des un nombre a su hijo!

—Lo que pasa es que no te gusta... —dijo Patrick, apenado.

Lizzie suspiró.

—Habría deseado una esposa más agradable para ti, Patrick. Una... más cariñosa y sincera. Pero ya me las apañaré con ella. Y ella conmigo. Si el mundo debe creer que el hijo es tuyo, tendrá que pasar los próximos meses con nosotros en Tuapeka. Lo tiene claro, ¿no?

Patrick asintió.

—Y precisamente por eso... —empezó.

—Hasta que no venga el niño tendrá que tragarse todos los sinsabores que se encuentre por aquí —intervino Michael, echándole una mano—. De ahí que mejor le permitimos que se case en Dunedin. Venga, Lizzie, ánimo, ya lo celebraremos con los maoríes unos días después. Pero deja que la señorita La Bree sea una vez más la reina del baile, si...

Se detuvo echando una mirada furtiva a Patrick. Su hijo asentía con vehemencia y no se

percataba de que Michael no concluía la frase. Pero Lizzie entendió. Michael se había callado por consideración hacia Patrick. Para Juliet esa boda era una desilusión. No obtenía nada de lo que había querido. Solo a un marido a quien no amaba y un hijo al que nadie sabía si llegaría a amar.

Así pues, los Drury alquilaron una sala de fiestas del hotel Leviathan en Queens Gardens. Patrick contrató a músicos, respondiendo a los deseos de Juliet —«Tu madre seguramente escogería a un grupo de música de cámara y tu padre, a un violinista de un pub irlandés»—, y Kathleen diseñó el traje de novia blanco como la nieve, así como las prendas verde claro de las damas de honor, Roberta y Atamarie.

—Para los trajes de novia de esta temporada ya no precisaremos hacer más publicidad a partir de la boda —opinó Claire satisfecha tras ver a Juliet por vez primera con su vestido—. Cualquiera chica de Dunedin soñará con presentarse alguna vez en su vida así de hermosa ante el altar.

—Aunque sería deseable que estuvieran un poco más delgadas por la zona del vientre —observó con sequedad Kathleen—. Aunque nadie lo notará, se ciñe el corsé sin piedad... Es posible que el pobre bebé se ahogue.

—¿Bebé? —exclamó Claire como una inocente colegiala—. ¿Te refieres a que está embarazada?

Kathleen asintió.

—Estoy segura. Y no desde ayer. No me gusta cotillear, pero me pregunto si no tendrá esto algo que ver con el repentino deseo de Kevin de servir al Imperio.

Claire soltó una risita.

—No vas a cotillear, claro que no, Kate. Eso no es propio de la esposa de un reverendo... Venga, ¿a quién más vamos a contárselo?

Por supuesto, Kathleen y Claire no se lo contaron a nadie y, salvo la avezada modista, casi ninguno de los invitados a la ceremonia se percató de que Juliet estaba más llenita que antes. Su vestido lo disimulaba estupendamente. Era una creación exclusiva; tocado, falda y mangas evocaban la gracilidad de las flores del árbol rata, mientras que la parte superior era ceñida y resaltaba los pechos turgentes de Juliet. En los últimos años, Kathleen cada vez se inspiraba más en la rica flora de las islas Sur y Norte. El año anterior había causado furor su vestido de novia Camelia Blanca. La delicada forma de las flores favorecía la sensualidad de las novias, pero, por otra parte, las camelias blancas constituían el emblema de la lucha por el derecho al voto de la mujer.

—¡Yo querré uno de esos si un día me caso! —declaró Atamarie.

Lo que sí se oyó fueron exclamaciones de embeleso cuando Patrick condujo a Juliet, con su vestido de flores, por el pasillo central de la pequeña iglesia de Caversham. El reverendo lanzó una mirada de censura a los admiradores. Era consciente de que ese día la iglesia estaría llena a rebosar porque el mundo femenino de Dunedin quería ponerse al corriente de las creaciones de su esposa ya antes de los desfiles de otoño.

—¿No se desarrolla al principio el rata como un parásito? —susurró Lizzie a su marido.

También Michael tenía una expresión severa.



El rostro de Patrick, por el contrario, resplandecía. Llevaba un traje gris claro que le daba un aire imponente.

—Aunque no es tan apuesto como Kevin —murmuró Claire a su marido—. Quién sabe si la señorita Juliet no se sentirá defraudada por ello...

James Dunloe, al que todos llamaban Jimmy, casi habría sonreído, pero miró a su esposa con desaprobación.

Las damas de honor parecían complacidas y entusiasmadas por interpretar su papel. Las dos relucían de felicidad también por otras razones, si bien Atamarie se imaginaba por qué Roberta estaba tan contenta. Antes se había temido tener que acompañar a Kevin y Juliet al altar. El rumbo que habían tomado las cosas casi la consolaba, pese a su preocupación por la suerte de Kevin. Que se hubiese alistado la había afectado profundamente, por mucho que Atamarie la animase. «Mira —le había dicho—, así no verá a ninguna mujer durante meses. Y cuando regrese, te mirará con otros ojos.»

Aquella boda volvía a alimentar las esperanzas de Roberta.

Atamarie, en cambio, no había tenido tiempo de informar a su amiga de los acontecimientos más recientes de su vida. Acababa de regresar de Taranaki y se habían encontrado poco antes de la boda. Las chicas habían estado muy ocupadas con los vestidos y peinados, y habían dejado el intercambio de novedades para después.

Ahora escuchaban atentamente cómo Juliet y Patrick pronunciaban los votos matrimoniales. Él, conmovido pero con voz firme; ella, casi con indiferencia.

—¡Es asombroso que consiga emitir una palabra! —susurró Violet a su esposo—. Con lo ceñida que va... Pero, así y todo, ha engordado. Me pregunto si no...

Sean Coltrane sonrió.

—Visto de ese modo, Kevin conserva cierta tradición familiar —observó. También Michael había abandonado años atrás a Kathleen embarazada, aunque por razones muy diferentes—. Pero Patrick consigue lo que quiere. Ojalá eso lo haga feliz.

En cualquier caso, ese día Patrick era el hombre más feliz del mundo. Disfrutó de la fiesta en el Leviathan y evolucionó con Juliet por la pista al compás del vals y luego de música más moderna. La novia no tardó en sentirse mareada, lo que no era extraño. Juliet iba con el vestido tan ceñido que apenas pudo probar los exquisitos canapés.

—Tampoco ha bebido una gota de champán —susurró Chloé a Heather, su pareja—. Así que hoy no cantará.

—Pues qué pena —opinó Heather—. Lo hace muy bien. Si en el futuro solo se dedica a cantar nanas a sus hijos, derrochará todo su talento.

Chloé arqueó una ceja.

—¿Crees de verdad que tendrá hijos tan pronto? Bueno, desde mi punto de vista, sabe perfectamente cómo evitarlo. ¡A fin de cuentas eso estropea la figura!

Heather frunció el ceño y contempló a Juliet con la mirada penetrante de la pintora.

—Si no quiere tener hijos... ¿por qué abandona su talento y se casa con Patrick? Me confundo, ¿o es que ha engordado un poco?

Atamarie y Roberta ni se fijaron en los posibles problemas relacionados con la silueta de la novia. Habían aceptado un par de veces que las sacaran a bailar, pero se morían de ganas de hablar la una con la otra. Finalmente, Atamarie se agenció una botella de champán y las muchachas se retiraron al balcón de la sala de fiestas. Hacía algo de frío, pero nadie las molestaría. Solo la vigorosa música —la banda interpretaba ahora marchas de Sousa— llegaba hasta ellas desde el interior, poniendo un fondo sonoro a sus palabras.

—¿Y luego se marchó, así como si nada? —preguntó Roberta.

Atamarie acababa de contarle el salvamento de Rawiri y la maravillosa velada en que había estado paseando por la colina con Richard Pearse y le había contado que soñaba con volar.

—¡Piensa exactamente como yo! ¡Siente como yo! ¡Y luego me besó!

—Pero ¿se marchó al día siguiente? —insistió Roberta.

—Bueno, no directamente —matizó. Le habría gustado continuar con la historia de amor, pero lo cierto era que el día siguiente había sido decepcionante—. Fue más bien que el profesor Dobbins pensó que no acabaríamos. No íbamos tan deprisa como preveía, lo que tampoco era extraño con esos niños de mamá como Porter, que necesitaban crampones para escalar cada montaña. Y treinta y tres mil hectáreas de terreno montañoso... hay que darse prisa si se quiere acabar con la tarea en un par de semanas. Sea como fuere, dividió el grupo. Nosotros seguimos desde Parihaka, pero los estudiantes del tercer curso tenían que subir a la otra cara del Taranaki. Bajo la dirección de Richard. —Hizo una mueca de desagrado con la boca.

—¿Y tenía que ser Richard a la fuerza? —preguntó Roberta—. ¿No podía encargarse ningún otro? Me refiero a que... Richard ni siquiera es un auténtico estudiante, si he entendido bien. ¿No podría ser que ese profesor Dobbins quisiera manteneros separados?

Atamarie negó con la cabeza.

—Qué va, no creo. Al contrario, yo tenía la impresión de que encontraba tierna nuestra relación...

—¿Tierna? —preguntó rígida Roberta. No concebía que un profesor de universidad hubiese utilizado esa palabra.

Atamarie rio.

—Bueno, «tierna» no, pero tal vez... hummm... adecuada. En cualquier caso tuve la sensación de que nos miraba con benevolencia. Pero no parecía tan contento cuando Porter y los otros se metieron en el bosque con las chicas maoríes. Vio también que mi madre había visto...

—¿Tu madre lo encontró bien? —exclamó Roberta—. Que te marches al bosque con Richard...

—Yo no estuve retozando con Richard en el bosque —suspiró apenada Atamarie—. Solo paseamos por las colinas. Ya te lo he dicho. Por el tema de la corriente ascendente. Y el ángulo de inclinación. Yo pensaba que uno así podría ser adecuado para realizar pruebas de vuelo, pero Richard opinaba que allí no podía alcanzarse la velocidad necesaria para planear simplemente. Como mucho con un biplano. Lilienthal...

—¡Atamie! No tengo ganas de asistir a una clase técnica. Sigue hablándome de ese Richard. ¿Te cogió al menos de la mano?

Atamarie asintió.

—Sí. Y también me besó. En la boca. —Se calló los esfuerzos que tuvo que hacer para motivarlo—. Richard es un caballero.

—Que al día siguiente se contentó con marcharse —repitió Roberta—. ¿Y no podías ir con él a la otra cara de la montaña?

Atamarie negó con la cabeza.

—No, el profesor no lo hubiese permitido. Yo era la más joven del grupo y la única chica...

—Pero ¿lo preguntó? Me refiero a Richard...

—Bueno... —De hecho había sido Atamarie quien lo había preguntado. Y quien había recibido la previsible negativa. Richard Pearse no parecía ni siquiera haber pensado en ello. Estaba demasiado emocionado por el hecho de que lo hubiesen nombrado guía de la expedición. Por supuesto, también era un honor, a fin de cuentas, no había asistido a más cursos que Atamarie—. Pero él es un genio —dijo Atamarie cuando Roberta volvió al tema de si Richard no habría podido quedarse por ella, simplemente—. El profesor es consciente. ¡Le espera un gran futuro!

Roberta arrugó la frente. Ese día estaba cautivadora; se había sentido encantada cuando Kathleen la había ayudado a ponerse el vestido verde mate de dama de honor. Últimamente solía vestirse de forma muy sombría, lo sabía. Pero sin Atamarie, que siempre la animaba a atreverse con los colores, llevar más escote y seguir más la moda, se dejaba influir por el espíritu de la Escuela de Magisterio. Ahí las chicas llevaban ropa discreta, preparándose así para su futuro puesto. Ninguna de ellas pensaba en casarse en una fecha cercana, todavía era habitual que una profesora casada dejase de ejercer como tal. Y muchas estudiantes ya parecían solteras. Si bien participaban de las diversiones inocentes que reunían a los estudiantes, nunca coqueteaban con los pocos alumnos varones. Estos tampoco atraían demasiado a Roberta. De los tres que había en su curso, uno ya estaba casado, otro tenía un aire afeminado y el tercero era todo huesos y tan torpón como un adolescente. No valía la pena tomarse la molestia y arreglarse para ellos, y menos aún cuando toda la academia se te quedaba mirando. Roberta odiaba llamar la atención.

—¿Y cuándo lo has vuelto a ver? —reemprendió el interrogatorio—. Volvisteis juntos, ¿no? ¿Os veis todavía?

Atamarie trenzó un mechón de su cabello dorado.

—No directamente, bueno... sí, claro que volvimos juntos. Fue muy bonito también, estuvimos hablando todo el tiempo, en el trayecto en carro y en el tren.

—¿Hablando? ¿Nada más? ¿Después de haberos besado antes?

—Bueno, es que delante de los demás y del profesor... —Atamarie volvió la cara azorada.

Esto preocupó a Roberta. Sin embargo, podía entender el sentimiento, ella misma tampoco se habría atrevido a dirigir la palabra a un compañero en presencia de sus profesores. Pero Atamarie era distinta. Era ajena por completo a la timidez y en realidad siempre encontraba un modo de conseguir lo que quería. Era imposible que los obstáculos le hubiesen impedido estar unos momentos a solas con Richard Pearse.

—Pero me besó al despedirse —añadió con terquedad—. En Christchurch, antes de separarnos. Fue muy dulce, un poco tímido, pero muy... muy irresistible. Me dijo que había disfrutado mucho del tiempo que había pasado conmigo. Y que teníamos que volver a vernos...

De hecho, Richard Pearse había estado hablando sobre todo de la granja de Temuka, a la que debía regresar. Odiaba tener que hacerlo, y Atamarie le había consolado. «Puedo ir a visitarte alguna vez —había propuesto esperanzada—. Para... bueno, a lo mejor podríamos construir una cometa...»

Richard le había regalado su sonrisa dulce, tímida, en aquel momento casi angustiada. «¡Siempre serás bien recibida, Atamarie!», le había dicho. Y luego la había besado. Con mucha

ternura. En la mejilla.

Esa vez no había comido un **hangi** ni había bebido cerveza ni whisky. Atamarie simplemente había permanecido en pie con él delante de la universidad. Y ella no se había atrevido a repetir su avance. Se quedó desilusionada, los labios del chico ni siquiera habían rozado los suyos.

—Nos escribiremos —dijo ella resuelta.

Roberta contrajo los labios. No sabía mucho del amor, pero aquello no parecía una gran pasión.

Patrick y Juliet ocuparon la **suite** para la noche de bodas en el hotel Leviathan y como Juliet se había medio temido y medio esperado, Patrick fue muy atento. La joven criolla no tenía nada en contra de su nuevo esposo, al contrario, la devoción que por ella sentía Patrick la halagaba y su ingenua tolerancia casi le despertaba cierta ternura. No profesaba hacia él ninguna pasión ni amor hasta el momento, pero tenía esperanzas. ¡Ese hombre era el hermano de Kevin! Era imposible que no tuviera nada de su espíritu indómito y su fantasía. Juliet estaba dispuesta a dejarse sorprender. No obstante, encontró extraño que Patrick no la tocara antes de la noche de bodas, pero tal vez estuviera reservando toda su energía.

Luego todo ocurrió tal como ella había esperado. Patrick la cogió sonriente en sus fuertes brazos y entró con ella en la habitación. La depositó sobre la cama y hasta había pensado en que esparcieran unos pétalos de rosa en ella. Entonces empezó a besarla dulcemente y a manipular los botones de su vestido.

—¿No estarás demasiado cansada, cariño? —preguntó amablemente, cuando ella no hizo ningún gesto por ayudarlo.

—Qué va —murmuró Juliet—. Con tal de que me liberes de este corsé, casi no puedo moverme.

—¿Por qué te lo has ceñido tanto? —Patrick se peleaba con los botones forrados de seda del corpiño—. Ya sabes que también habría estado encantado de casarme contigo con un vestido reforma...

—¿Y por qué no con una tienda de circo? —replicó ella malhumorada, al tiempo que tiraba con brusquedad de un botón. ¿A qué venía tanto cuidado?, igualmente no iba a volver a ponerse ese traje. Kevin ya hacía tiempo que se lo habría arrancado sin tantos miramientos.

Patrick rio nervioso y se ocupó de soltar los lazos del corsé. Juliet suspiró aliviada cuando por fin lo consiguió. Relajada, se tendió desnuda mientras la visión lo dejaba a él sin aliento. Juliet casi se habría echado a reír de pensarlo. Había uno de ellos que seguía sin poder tomar aire.

—¡Eres tan hermosa! —murmuró Patrick devoto—. No sé, no sé...

Juliet suspiró. ¡No podía ser que ella se hubiese casado con un hombre que era virgen!

Pero entonces Patrick tomó la iniciativa. Empezó a besarle el cuerpo y acariciarla. Era sumamente agradable y Juliet se entregó a sus caricias... y a su propio cansancio después de un día tan agitado. Pero luego se sobresaltó. ¡No tenía que dormirse! Empezó pues a contestar las caricias, ganó intensidad, intentó mover a Patrick hacia besos más arrebatados y hacia una penetración más audaz y fuerte. Pero era inútil, Patrick era un amante lento y considerado. Una joven virgen e intimidada habría disfrutado de la noche de bodas, pero Juliet era una mujer con experiencia y mimada, le gustaba jugar, cambiar los papeles, quería reír, gritar y encabritarse. Las caricias de Patrick no la excitaban. Cuando llegó el momento, fingió el clímax. No era algo nuevo para ella, ya

lo había hecho con muchos hombres. ¡Pero ni en sus peores pesadillas habría creído que tendría que hacerlo con su marido!

—Ha sido muy bonito —susurró Patrick—. Me haces muy feliz, mi extraordinaria esposa. Nuestra vida será maravillosa.

Juliet no contestó; estaba descontenta con su destino y sus expectativas. Había buscado seguridad y precisamente a eso sonaban esas palabras. A seguridad, pero también a aburrimiento.

No a pasión.

Los primeros impactos de granada del día despertaron a Kevin. Mientras dormía las escasas horas de esa breve noche no había escuchado los tiroteos, habría negado que hubiera combates de no ser por los dos soldados escoceses que esperaban a que les vendara las rozaduras provocadas por las balas.

—No queríamos despertarle, doctor —dijo uno de ellos—. No nos estamos muriendo.

—¡A diferencia de los desgraciados que nos han atacado! —observó el otro con satisfacción—. Hemos tenido la suerte de que McDuff no se aguante la orina, de lo contrario habrían atacado por sorpresa a los centinelas. Pero él salió de la tienda por la parte posterior...

—Y llevaba el fusil. No es la primera vez que luchamos contra esos tipos. —El regimiento escocés parecía haber participado en la guerra desde su principio—. A uno le disparé cuando todavía no había desmontado y luego todos los nuestros se despertaron.

En efecto, a las tres de la madrugada dos destacamentos bóers habían atacado el campamento británico, pese a todas las guardias y patrullas. Los australianos los habían rechazado con el mismo éxito que los escoceses. En el lado británico no había que lamentar bajas, pero tres bóers habían muerto o quedado agonizantes. Kevin llegó cuando Willcox, que acababa de aparecer, regañaba a dos enfermeros. No habían despertado ni a Kevin ni a Barrister cuando el enemigo, gravemente herido, había llegado. Ahora estaba muerto —Kevin vio por vez primera a uno de los temidos bóers; no imponía demasiado— y no llevaba uniforme ni botas. En su lugar, una chaqueta de piel manchada de sangre, pantalones de pana y zapatos gruesos y blandos de piel. De cabello rubio, tenía un rostro ancho y un cuerpo recio y fuerte.

—De todos modos, no hubiésemos podido hacer mucho por él, pero las cosas no funcionan así —regañaba Willcox a los enfermeros—. También cuando el enemigo está herido nos ocupamos de él, es nuestra obligación humanitaria para con los prisioneros de guerra. Vamos, sacad el cadáver y mirad si lleva alguna documentación, tal vez averigüéis cómo se llamaba. Luego se seguirá el protocolo para informar a sus familiares después de la contienda. Luchamos encarnizadamente, chicos, pero ¡no somos animales! ¡Bastante malo es ya que los otros se salten todas las reglas!

Willcox saludó a Kevin y los médicos tuvieron tiempo para examinar a los pacientes operados la noche anterior antes de que llegasen nuevos heridos. Uno había muerto, pero Barrister y Kevin habían logrado salvar a dos. Willcox dispuso llevarlos enseguida al hospital de campaña de la granja Van Stout.

—El cochero debe ir despacio para no sacudirlos demasiado —indicó a los enfermeros.

El estruendo del combate procedente de Wepener no permitía presagiar nada bueno. Kevin y Willcox ya se hallaban junto a la mesa de operaciones antes de que la cocina les hiciera llegar un desayuno. El pan y el café los tomaron entre un paciente y otro, que iban sucediéndose más deprisa que en el hospital de la granja. Los médicos que actuaban en primera línea solo se encargaban de los primeros auxilios y de la macabra criba. Kevin se horrorizó cuando Willcox dio por perdidos los dos primeros casos y los dejó morir sobre un jergón de paja de la tienda.

—Pero podríamos intentarlo —dijo—. Es una rozadura en el pulmón a causa de la bala, si lo diagnostico correctamente, así que no es mortal de necesidad...

Willcox lo miró compasivo.

—Tendría una oportunidad si tuviésemos más tiempo y más médicos. Pero así les quita el sitio a

otros. Lo siento, Drury. Si aguanta hasta esta tarde, lo intentaré por la noche.

Kevin descubrió entonces dónde estaban los capellanes militares que había echado de menos en la granja. Eran necesarios ahí, consolaban a los heridos que enviaban a la granja y a los otros les propocionaban la eucaristía. El joven médico no tardó en preguntarse cómo podían oír sus propias palabras. El ruido en la tienda de primeros auxilios era infernal: los heridos gemían y gritaban; Kevin y Willcox no daban abasto administrando los opiatos. Además se añadía el fragor de la batalla, que no menguaba. Pasadas unas horas, Kevin ya estaba exhausto. Se le pegaba el uniforme al cuerpo, empapado de sudor y sangre.

—¿Vamos haciendo progresos? —preguntó a uno de los heridos leves a quien le estaba indicando el camino hacia el carro que lo llevaría al hospital.

El hombre se encogió de hombros.

—Creo que sí. Los obuses han surtido efecto y en el fuerte se les está acabando la munición. Se supone que tenemos bajo control los destacamentos externos, que ya están entendiendo que no pueden vencer a todo un ejército. Pero si me pregunta si llegaremos hoy mismo a la ciudad... —El hombre parecía muy contento de poder escapar del combate.

Kevin casi se sorprendió de que ese día también tocara a su fin. Al anoecer disminuían los disparos y habían llevado a menos heridos en las últimas horas. Willcox y él habían empezado a operar casos graves. El balance de muertos de Kevin no sería tan grande como el de Tracy el día anterior, pero aun así, ahora sabía muy bien lo que había experimentado su compañero. Había visto demasiada sangre durante esa jornada y no había logrado atender a muchos heridos.

Pronto apareció Tracy para relevarlo. También en el hospital de campaña reinaba más tranquilidad, había podido cambiarse y se le veía fresco como una rosa. Además se sentía más optimista. Le había sentado bien operar obteniendo buenos resultados.

—A lo mejor mañana ya habremos acabado —dijo Willcox, que había hablado con dos oficiales de rango superior—. La defensa todavía resiste, lucharán hasta la última bala, cuando no la última gota de sangre. Pero en el fondo están derrotados, a más tardar entraremos por la tarde en Wepener.

—Entonces, todo esto habrá sido para nada —observó abatido Tracy, pese a las buenas noticias. Kevin ensillaba en esos momentos el caballo para regresar a la granja. Tracy lo acompañó al exterior y encendió un cigarrillo—. Los bóers ocupaban esta localidad, luego nosotros, luego los bóers de nuevo, ahora nosotros otra vez. Por cada uno de estos cambios mueren cientos de personas. Y al final volveremos a dárselo a los bóers porque no podemos ocuparlo por toda la eternidad. Es una locura. Toda la guerra es una locura. —Daba caladas rápidas y profundas.

Kevin iba a preguntarle por qué se había alistado como voluntario si tenía esa opinión, cuando el sargento Willis lo llamó.

—¿Doctor? Me alegra que todavía esté aquí, no puedo encontrar a Willcox. Hay algo que debe usted ver... hemos atrapado unos cuantos prisioneros.

—¿Heridos? —preguntó Tracy.

Kevin se dispuso a atar su caballo.

—Sí... sí y no. Yo diría que es una especie de hospital de campaña bóer. Tres heridos y dos mujeres.

Willis condujo a los médicos a un carro entoldado, que en opinión de Kevin estaba vigilado con una severidad desproporcionada. Habían levantado la lona y tres soldados ingleses apuntaban con

sus fusiles a quienes se hallaban en el interior: dos mujeres de mediana edad con sus pulcros vestidos manchados de sangre, y un hombre con un brazo en cabestrillo que miraba con odio a su guardián. Para ser soldado, llevaba una ropa tan extraña como la del muerto que Kevin había visto por la mañana. Unos pantalones de pana otrora blancos combinados con un chaleco y una especie de chaqueta de frac, así como un sombrero de ala ancha y caída. El hombre tenía barba espesa y cabello castaño, y unos ojos claros que miraban iracundos a Kevin. Las mujeres se ocupaban de otros dos hombres que yacían sobre unos sacos de paja y mantas.

—Están gravemente heridos los dos —dijo Willis—. Las mujeres ya han asistido a uno de ellos, le han sacado unos perdigones del hombro o algo así. El otro sangra sin parar y no consiguen controlar la hemorragia. —Kevin hizo el gesto de subir al carro. De inmediato, el hombre que estaba levemente herido se interpuso en su camino y le increpó en afrikáans—. Llevaos a este hombre —ordenó Willis.

Dos centinelas no se lo hicieron repetir. Aun así, tuvieron que esforzarse para sacar del carro al hombre, que se debatió. Amenazarlo con las armas no servía de nada, parecía dispuesto a dejarse matar. También las mujeres protestaron cuando Kevin se acercó al herido, pero al menos no se pusieron violentas. No respondieron a Kevin cuando él se presentó amablemente como oficial médico.

—¿No comprenden el inglés? —preguntó a Willis.

Este resopló.

—Antes lo entendían perfectamente —observó.

Mientras tanto, Tracy se había acercado y traducía. Sin embargo, tampoco obtuvo respuesta por parte de las mujeres.

Kevin realizó un examen superficial de los heridos.

—Uno necesita sobre todo reposo —explicó—. La extracción de los perdigones debería haberse realizado de forma más profesional y la cataplasma que han aplicado las mujeres no merece mi confianza. Pero, en fin, también los remedios caseros son efectivos, las señoras tendrán su propia experiencia. El otro tiene afectada la arteria femoral. No está desgarrada, yo diría que podremos salvarlo, pero hay que operarlo lo antes posible. Antes habría que ligar mejor la pierna... —Aunque las mujeres lo habían intentado, seguía manando sangre de la herida—. Sugiero que lo hagamos ahora y luego llevemos a todos al hospital de campaña. Allí lo operaremos y después las mujeres podrán seguir atendiéndolos. —Kevin se volvió a una de ellas—. ¿Es pariente suyo? —Recordó lo que había contado el coronel Ribbons acerca de que las mujeres bóers solían acompañar a sus maridos al campo de batalla.

La mayor de las dos lo miró.

—¡Usted no tocar a mi hijo! —espetó en un inglés incorrecto—. Yo ocuparme de mi hijo.

Kevin se mordió el labio.

—Pero señora... *Mevrouw*, si no operamos a su hijo, morirá. Doctor Tracy, ¿puede traducir? Creo que no me entiende.

Tracy suspiró. Luego repitió en holandés las palabras de Kevin. La mujer no cambió de actitud.

—¡Las manos fuera de mi hijo! —gritó a los dos médicos en inglés y luego soltó una perorata en afrikáans.

Tracy alzó impotente las manos.

—Le entiende muy bien —señaló—. Pero no le interesa. No permitirá que un británico toque la



carne de su carne y sangre y de su sangre. Además, está convencida de que podrá salvar al joven con la ayuda de Dios...

—¿No le puede explicar que Dios nos ha enviado para ayudarla? —preguntó Kevin y se encogió cuando la mujer le soltó una retahíla de improperios.

Tracy se frotó la frente.

—Mejor que no traduzca.

Kevin negó con la cabeza.

—¿La podemos obligar? —preguntó a Willis.

Este asintió y se volvió hacia los guardianes.

—Soldados, mantengan alejadas a las mujeres mientras el médico trabaja. Iré a buscar refuerzos, no vaya a ser que les arranquen los ojos con las uñas.

En efecto, fueron necesarios dos soldados para separar a las dos mujeres de los lechos de los heridos. Luego, protestando y lamentándose, observaron cómo Kevin y Tracy colocaban un torniquete y un vendaje compresivo. El paciente todavía era muy joven, de unos veinte años. Kevin encontró simpático su rostro pálido, de cabello rubio claro y barba todavía escasa. Le recordó a Doortje.

—Esto aguantará hasta el hospital —dijo, volviéndose hacia los soldados cuando los vendajes estuvieron listos—. Dejen que esta gente llegue a la granja de los Van Stout, yo iré después. Esta noche hay que operarlo, si le mantenemos la pierna ligada demasiado tiempo, la perderá. Y tengan cuidado cuando suelten a las mujeres, no vaya a ser que intenten quitarle el vendaje.

Kevin podía equivocarse, pero casi creyó ver un brillo de alegría en los ojos de las mujeres cuando mencionó la granja Van Stout. Luego el carro entoldado se puso en marcha guiado por uno de los soldados ingleses. El otro vigilaba a las mujeres.

Tracy tendió un paquete de cigarrillos a Kevin y le dio fuego. Este se sorprendió dando una calada tan fuerte como Tracy anteriormente.

—¿Es usted capaz de entenderlo? —preguntó abatido—. La mujer prefiere que su hijo muera a que lo salve un inglés. Tal vez debería haberle dicho que soy neozelandés.

Tracy movió la cabeza negativamente.

—Con los australianos al menos no hacen ninguna diferencia —dijo.

Kevin se extrañó.

—Entonces, ¿le llegaron también ayer pacientes bóers? —preguntó.

Barrister y Tracy habrían actuado como él y enviado a los heridos al hospital. Tanto si querían como si no querían.

—No, pero yo... —Pareció dudar si dar o no una explicación detallada a su compañero, pero siguió hablando después de dar otra profunda calada—. Para mí, todo esto es un terreno bastante desconocido. Desde que terminé la carrera no he hecho ninguna operación de tórax ni amputaciones. Desde hace cinco años soy especialista en oftalmología. Y... bueno, como estuvimos tres días sin hacer nada en la granja, me ofrecí a operarle las cataratas a la señora Van Stout.

Kevin lo miró sin dar crédito.

—¿Y lo rechazó? —preguntó.

Tracy asintió.

—Tiene unas cataratas que se operan fácilmente y podría recuperar la vista —explicó—. Pero sí, ha rechazado mi ofrecimiento. Dios ha decidido que ella se quede ciega y no va a permitir que un sucio británico haga algo por cambiarlo.

Kevin se frotó la frente.

—Es... es incomprensible. ¿Qué dice al respecto la hija?

—¿La encantadora Mejuuffrouw Doortje? Citó un par de versículos que se ajustaban a la situación. Todos del Viejo Testamento. Al parecer consideran que fue una especie de fallo que Jesucristo no preguntara por la nacionalidad de los enfermos antes de hacer el milagro de curarlos. En cualquier caso, no se dio la posibilidad de hacer algo. ¡Y con esos también se lo pasará bien, Drury! —Señaló el carro entoldado que en ese momento salía del campamento—. Para ser sincero, casi me alegro de no tener que andar discutiendo con ellos.

Cuando Kevin llegó a la granja, el carro se hallaba ante la entrada principal, vacío y sin vigilancia. Supuso que estarían en los quirófanos improvisados y en las dependencias de los enfermos, pero allí solo encontró a los soldados discutiendo acaloradamente con Barrister y McAllister.

Kevin saludó al oficial médico en jefe y a su colega.

—Ya se lo habrán comunicado, ¿no? —dijo, mirando a los soldados—. Todavía tenemos que operar. Fisura de la arteria femoral. Si no nos damos prisa, el paciente se desangrará. ¿Dónde está? —Kevin buscó alrededor.

—No ha sido culpa nuestra —se justificó el soldado que había conducido el carro desde el campamento—. Pensaba... Las mujeres parecían saber lo que se hacían, y nadie iba a objetar que ellas mismas se encargaran de curarlo.

—¿Qué mujeres? —preguntó atónito Kevin.

—Las del carro y las Van Stout —puntualizó McAllister—. Si he entendido bien a estos hombres, nuestras anfitrionas se han hecho cargo del recién llegado. Lo acogieron muy cariñosamente, el soldado cree haber entendido que eran parientes. En cualquier caso, han mandado a los criados negros que los llevaran a la casa y ahora están en una de las habitaciones de los niños. Con el cuchillo entre los dientes y listos para lo que sea...

—¿Qué? —preguntó horrorizado Kevin—. ¿Y cómo se lo han permitido?

El soldado hizo un gesto de impotencia.

—Se trata de un error —admitió el de rango superior—. Pero, lo dicho, no sospechamos nada malo... Esas mujeres de la granja han permitido, de todos modos, que el hospital se estableciera aquí y...

—Está bien —suspiró Kevin—. ¿Y ahora cómo los volvemos a sacar?

McAllister se encogió de hombros.

—Imposible —respondió escueto—. Aunque no disponen de armas de fuego, tienen cuchillos de cocina. Y amenazan con quitarse la vida antes de permitir que un médico inglés se ocupe de sus hombres... Y estoy convencido de que lo harán. Enviar a hombres desarmados sería una negligencia. ¿Y armados? Tal como están las cosas, tendríamos que disparar a las mujeres si queremos ocuparnos de los heridos. ¿Vale la pena?

—¡Es una cuestión de principios! —exclamó Kevin—. ¡Somos el ejército británico, maldita sea! ¡No podemos dejar que un par de mujeres nos manipule! ¡No podemos reducirlas por sorpresa?

McAllister negó con la cabeza.

—No. Funcionó en una ocasión, pero no caerán una segunda vez en la trampa. También han sido hábiles al elegir la habitación. La única posibilidad de sacarlas de ahí sería por asalto. Y luego tendremos que explicar al Alto Mando por qué hemos matado a tres o cuatro mujeres.

Kevin puso cara de preocupación.

—Pero alguna posibilidad tiene que haber —dijo angustiado.

—Es una cuestión de principios, doctor Drury —intervino Barrister—, lo ha reconocido usted muy bien. —Sus largos dedos recorrieron nerviosos la breve perilla—. Aunque tal vez menos de principios militares. Somos médicos, Drury, los hombres acuden a nosotros cuando quieren curarse. Si no quieren curarse se mantienen alejados, o acuden a curanderos milagrosos y sanadores. En la vida civil no obligamos a nadie. ¿Ahora pretende arrastrar a los pacientes a la mesa de operaciones? Eso no puede ser, reconózcalo. Por mucha pena que me dé, el joven todavía no ha cumplido los veinte años. Está bajo la tutela de su madre y ella debe decidir. En un caso así, tenemos las manos atadas.

Kevin iba a replicar, pero comprendió que su superior y Angus tenían razón. No sería profesional poner en peligro la vida de soldados o enfermeros forzándoles a reducir a esas mujeres desquiciadas. Si al menos no hubiera visto el rostro de ese joven...

—Estaría de acuerdo, doctor Barrister, si la decisión fuera del paciente —dijo despacio—. Pero a ese hombre nadie le ha preguntado su opinión. ¿Quiere realmente morir?

Barrister hizo un gesto de impotencia.

—Pregúntele si puede, Drury. O hable usted con los Van Stout. Podemos operar en cualquier momento. No depende de nosotros.

—Y luego montaban el campamento. Ataban caballos y bueyes entre sí por las cabezas y alineaban los carros entoldados uno detrás del otro para cubrir a los hombres. Tenían que construir un círculo y todos, mujeres y niños, recogían leña y arbustos de espino para cerrar los intersticios. Los hombres fijaban los carros al suelo y preparaban los mosquetes. Las mujeres y los niños recargaban las armas cuando los hombres habían disparado... ¡Ah, sí, Thies, armas y munición, de eso sí tenían nuestros abuelos! Eran conscientes de que tendrían que luchar por su tierra, pero también sabían que Dios estaba de su lado. Así pues, leían otra vez la Biblia y rezaban una oración antes de que llegaran los cafres. Y mientras corrían hacia la barrera de carros, nuestros valientes antepasados invocaban a Dios, pero no por miedo, sino llenos de confianza, porque Él los había conducido hasta allí... No, Mees, los cafres no tenían armas, ¡Dios no lo habría permitido! Tenían solo cuchillos y lanzas. Pero ¡qué lanzas! Largas y afiladas como cuchillas de afeitar, y sus escudos eran enormes y revestidos de piel. ¡Y qué aspecto fiero tenían! Cientos y cientos de negros enormes, casi desnudos, cubiertos solo con taparrabos y plumas y con los cuerpos horriblemente pintados...

Doortje van Stout anudó las cintas bajo su impoluta capota. Si bien escuchaba a medias lo que estaba contando su madre, que estaba sentada con sus hijos pequeños en la sala de estar y describía el Gran Trek. Les hablaba de las barreras de carros y de las batallas, de los numerosos muertos y la victoria final. De la tierra que Dios había prometido y regalado a los bóers. Solo pagada con la sangre que entonces teñía de rojo ríos enteros.

También Doortje habría podido contar estas historias y lo haría algún día, cuando tuviese hijos propios. Es lo que exigía la tradición, mantener viva la memoria de cómo se habían apropiado de esas tierras. De forma tan viva como la describía Bentje van Stout. Sin embargo, la madre de Doortje no había formado parte del Trek, ni siquiera los padres de Bentje. Y sus abuelos todavía eran unos niños cuando los **voortrekker** abandonaron el Cabo para apropiarse de las tierras del interior. Expulsados por los ingleses, que habían conquistado Ciudad del Cabo y ahora querían despojar a los bóers de todo, de la lengua, las leyes, la iglesia... y, sobre todo, ¡de sus esclavos! Esa no era la voluntad de Dios. Por eso tuvieron que irse por las montañas, los enseres cargados en los carros de bueyes que conducían los esclavos con el ganado al lado, todo ello bajo la vigilancia de los jinetes que rodeaban el Trek. Por las noches se formaban barreras de carros para defenderse de animales salvajes. Y contra los negros, que no comprendían que Dios había enviado a los colonos. Dios los castigó cruelmente por ello: solo en la batalla junto al río Sangriento murieron tres mil guerreros zulúes. Mientras que el Señor protegía a los bóers. Ni uno solo de ellos murió y solo hubo tres heridos.

Doortje recordaba vagamente haber preguntado una vez por qué Dios no había abatido a los ingleses. O por qué había creado a los cafres zulúes pudiendo no haberlo hecho. A fin de cuentas, tampoco servían para nada, solo unos pocos estaban dotados para trabajar en las granjas, e incluso esos hacían tonterías. Todavía seguía insultando a Nandé por haberlos traicionado durante la defensa de la granja. Bentje había tenido respuesta para ello, incluso si Doortje no podía recordar las palabras con exactitud. Seguro que también había sido una pregunta absurda, sobre la que era mejor no pensar más. Tampoco sobre por qué los ingleses volvían a alzarse con la victoria. Pues es lo que estaban haciendo, lo habían dicho tía Jacoba y la prima Antina. Los ingleses habían aniquilado el destacamento al que pertenecían tío Jonas y el primo Cornelis, y ahora se desconocía el paradero del

marido de tía Jacoba, el de Antina, Willem, estaba gravemente herido y Cornelis agonizaba. Si es que se daba crédito al médico inglés. No obstante, tía Jacoba y la prima Antina decían que ya estaba mejor. Al menos había dejado de sangrar. Y enseguida se pondrían todos a rezar por él.

La muchacha palpó las puntillas alrededor de la capota para comprobar si tenía el cabello virtuosamente recogido. Quería presentar un aspecto aseado en la hora de la oración, tenía que hacerlo. Antes de que su madre perdiera la vista, había enviado a su hija a la habitación muchas veces porque la capota no estaba bien planchada o el delantal, manchado. A Doortje le había costado aprenderlo, trabajaba mucho y con mayor satisfacción en el campo que en casa, y si tenía que ser sincera, le encantaba sumirse en la lectura de los libros. Pero, claro, eso era pecado (aunque a veces resultaba útil). El padre de Doortje había insistido en que sus hijos aprendieran inglés, la lengua del rival. Sería más fácil derrotar a un enemigo si se lo conocía, sermoneaba, y a la muchacha le parecía evidente. De todos modos, no era fácil aprender a hablar y odiar al mismo tiempo una lengua. Ninguno de sus hermanos lo había conseguido de verdad, pero Doortje había sido durante mucho tiempo la única estudiante a quien Adrianus van Stout había dado clases, aunque sin gran entusiasmo, antes de la oración de la noche. Y ella se había esforzado por agradar a su padre, aunque cada vez que él la miraba se sintiese decepcionado.

Adrianus van Stout había deseado un hijo varón, pero Bentje solo había dado a luz una niña y no había vuelto a quedarse embarazada durante años. Doortje había tenido que oír cada día cómo sus padres rezaban para ser por fin bendecidos con otros hijos, a ser posible varones. Fue cuando Doortje cumplió los ocho años que Johanna llegó al mundo. Otra niña más. Por esa época, Adrianus ya casi había perdido la esperanza y concentrado la esmerada y rigurosamente puritana educación, que querría haber dado a sus hijos, en Doortje. Esta aprendió la historia de su país y quiénes eran sus enemigos y cómo combatirlos. Aprendió a comportarse como una guerrera bóer, aprendió a ser dura consigo misma y con los demás: nadie había visto llorar a Doortje van Stout desde que su hermana había nacido.

Pero entonces Dios tuvo compasión y concedió a su leal servidor Adrianus dos hijos. Mees y Thies ocuparon desde entonces el centro de la familia. La madre y las hermanas los protegían y el padre nunca se cansaba de instruirles como sus dignos herederos. Hasta un par de meses antes, cuando tuvo que marcharse al frente, había dado clases cada día a los niños, los dos ya sabían disparar y hablar algo de inglés.

Para entonces, Adrianus había dado por terminada la formación de Doortje. Esta sabía escribir, leer la Biblia y expresarse aceptablemente en inglés. Además, como era natural, también sabía disparar y administrar una casa. No se exigía más de una chica bóer, al contrario, casi era pecado preocuparse por ampliar su educación. Pero Doortje no se resignaba con eso. Una y otra vez, tras la oración de la tarde, iba a la librería donde, junto a la Biblia en holandés de la familia, también había un par de libros en inglés y se esforzaba por entender a la luz de una vela el extraño idioma de William Shakespeare. De ese modo fue ampliando su vocabulario. Pese a ello, Cornelis se rio la primera vez que la oyó hablar.

—Doortje, ¡los ingleses no hablan así! Esos libros se escribieron hace más de trescientos años. El lenguaje ha cambiado totalmente...

Luego le había prestado otros libros a escondidas. Libros modernos de Dickens y Kipling. La familia de Cornelis, los Pienaar, vivía en Transvaal y había participado en el Gran Trek. Otra rama de la familia, sin embargo, se había quedado en el Cabo, donde cultivaba viñedos. Un pecado mortal

a ojos de Adrianus van Stout.

—Dios les castigará un día por eso —repetía Doortje, un poco preocupada por las palabras de su padre, esperando que no le pasara nada a la familia de su primo Cornelis. Le gustaba su primo, incluso si a veces pensaba o incluso hacía cosas prohibidas.

—Bueno, de momento deja que las uvas crezcan en abundancia —contestaba Cornelis a sus reproches, también en esta ocasión sin el menor respeto—. ¡Los bóers del Cabo son más ricos que nosotros! —El joven lo sabía por propia experiencia, había visitado a su familia del Cabo en varias ocasiones.

Los padres del chico también consideraban importante que aprendiera inglés, pero su enfoque era más práctico. Cornelis no solo aprendía leyendo libros de texto polvorientos, sino que también debía de conocer ingleses y hablar con ellos. El joven hablaba ahora un inglés fluido y compartía sus conocimientos de buen grado con Doortje. Sin embargo, se había visto sometido a funestas influencias...

Doortje apartó esos pensamientos y se puso un delantal de un blanco impoluto, luego se volvió hacia la puerta. Bentje estaba explicando en ese momento a los niños cómo Andries Pretorius había perseguido a los guerreros zulúes en desbandada.

—Se llevó ciento cincuenta jinetes a lomos de ponis. Sí, ciento cincuenta contra miles y miles de cafres. Y así arrastró a esa gente al río. Y Dios dirigió las balas de sus fusiles, disparaban a esos infieles como si fuesen conejos y el río se tiñó de rojo con su sangre...

Doortje se preguntó si no habría sido simplemente la visión de los ponis lo que había asustado a los cafres. En uno de los libros de Cornelis el tema giraba en torno a los antiguos griegos, quienes no montaban a caballo, solo los enganchaban a los carros. Cuando vieron los primeros jinetes, creyeron que esas figuras de seres humanos y monturas eran dioses: centauros. Quizá los zulúes habían sido igual de supersticiosos. Pero, claro, lo tenían merecido si eran unos infieles...

La joven replicó con determinación al argumento de Cornelis acerca de que los zulúes tampoco habían oído hablar nunca de Dios padre y Dios hijo antes de que llegaran los blancos. Su madre lo veía como un indicio de su inferioridad. Dios no se había tomado la molestia de presentarse a ellos...

Y ahora había llegado realmente el momento de reunirse con su familia. Satisfecha de su aspecto, Doortje entró en la sala.

—¿Empezamos ahora la oración?

Bentje van Stout levantó la cabeza y Doortje miró sus ojos invidentes, como casi siempre asustada por su mirada vacía. Su madre había ido por el mundo con unos ojos brillantes y resplandecientes a los que no se les escapaba ninguna pequeñez. Pero Dios la había castigado con la ceguera, fueran cuales fuesen sus pecados. Doortje intentaba no pensar en el inglés que había dicho que podía curarla... Su madre, sin duda, tenía razón al someterse a la voluntad divina y rechazar el ofrecimiento del enemigo.

—Sí, sí, claro, hija —respondió Bentje—. Casi he terminado mi relato. Solo quería hablarles de la tierra que conquistaron nuestros antepasados... Johanna, tú ya conoces la historia. Avisa a la tía Jacoba y la prima Antina. A lo mejor una de ellas puede asistir a la oración...

Doortje cogió la Biblia de la familia.

—Después iré a la habitación de los enfermos y les leeré a Willem y Cornelis un par de versículos —anunció.

Al principio había pensado en leer toda la oración junto al lecho de los enfermos, pero la

habitación donde solían dormir sus hermanos Thies y Mees era demasiado pequeña y algo oscura. Pero se podía defender bien. No iba a cometer otro error como cuando luchaban para que no requisaran la granja. ¡Su padre se sentiría avergonzado de ella!

Bentje ponía punto final a la historia mientras Doortje buscaba fragmentos de la Biblia adecuados para la oración. Pero entonces levantó la mirada. Alguien llamaba a la puerta y luego dio golpecitos en la ventana. Enojada, reconoció el rostro anguloso del doctor inglés y sus rizos oscuros. No, no era inglés. ¿De dónde había dicho que era? ¿Australiano? Neozelandés, eso, se hallara donde se hallase ese país... En cualquier caso, insistía con premura. Empezó a gesticular cuando advirtió que Doortje había advertido su presencia.

—Señorita... esto... Mejuffrouw Doortje... —A la joven casi se le escapó la risa. El neozelandés pronunciaba de una manera muy divertida las palabras de su lengua—. ¡Por favor! ¿Puedo hablar un momento con usted?

Doortje se levantó de mala gana. De hecho, las mujeres se habían puesto de acuerdo en ignorar olímpicamente a los hombres; pero si no hacía algo el joven estropearía la oración Y Jacoba y Antina necesitaban consuelo urgente.

—¿Sí?

Doortje abrió la puerta y miró con frialdad al médico. Era la primera vez que de verdad lo miraba a la cara y se esforzó por no percibir lo apuesto que era, con sus rasgos nítidos, ojos azules brillantes y labios carnosos. Parecía agotado y tenía oscuras ojeras y pequeñas arrugas alrededor de la boca.

—Mejuffrouw Doortje, es usted una mujer inteligente —empezó Kevin con cierta ansiedad—. Sabe en qué estado se encuentra el joven soldado que hemos traído antes...

—Es mi primo Cornelis —puntualizó Doortje—. Su vida está en manos de Dios...

—¡Su primo! —exclamó casi aliviado Kevin—. Entonces... entonces tal vez sienta algo de cariño por él. Más allá del... patriotismo... Señorita Doortje, debería permitirnos operar a su primo. Si no lo hacemos morirá, se desangrará.

—Mi primo ya se está recuperando. Mi tía dice que en las últimas horas no ha derramado ni una gota de sangre.

Kevin suspiró.

—Claro que no, de lo contrario ya estaría muerto, señorita Doortje. El doctor Tracy y yo le hemos ligado la pierna. Por el momento no fluye sangre por la arteria abierta. Pero tampoco por las otras venas. Esto significa que el pie y la pierna se atrofiarán. Un par de horas más y lo único que podremos hacer será amputar.

—También podrá vivir con una pierna —respondió Doortje, aunque le resultaba difícil conservar la indiferencia.

Cornelis era más un ratón de biblioteca que un campesino. Sin embargo, tampoco había querido ser sacerdote, ni siquiera sacristán como Martinus. Le gustaba cabalgar, le agradaba ir por el veld y contemplar los animales, y en una ocasión le había confesado que le gustaría ser veterinario. Pero sus padres no le dejarían estudiar, claro. Pese a ello se ocupaba con cariño de los ponis, ayudaba cuando paría alguna vaca... y con una sola pierna eso sería complicado.

—Luego también morirá si no lo operamos, señorita Doortje —urgió Kevin—. La pierna no se limita a caerse, se va descomponiendo lentamente. No es algo que deba desear a su primo, es mucho peor morir así que desangrado. Ya debería estar padeciendo intensos dolores. ¿Está consciente?

Doortje se mordió el labio inferior. Había evitado acercarse a la cama de Cornelis, pues le resultaba muy triste verlo tan pálido y enfermo. Siempre había sido su amigo.

—No creo —dijo, por vez primera con un tono normal—. Creo que sigue inconsciente.

Kevin asintió.

—Es mejor para él. Pero esto cambiará, señorita Doortje. Al menos no creo probable que haya perdido tanta sangre como para quedarse adormilado. Despertará y se morirá de dolor. Deje que lo opere. ¡Doortje, por favor!

Ella estudió al joven médico con la mirada. Parecía hablar en serio. Pero ¿era creíble que un súbdito de la Corona inglesa se preocupase por un bóer? Más bien no. La muchacha volvió a ponerse su coraza, tal como había aprendido.

—Yo no decido por mi primo, doctor. Su madre está con él, hable usted con ella.

A Kevin le habría gustado zarandearla. Era tan guapa, tan inteligente... y estaba sentenciando a su primo por mera terquedad, por un patriotismo absurdo y amparándose en una religión arcaica...

Señaló la Biblia que ella tenía en la mano.

—¿La lee de vez en cuando? —preguntó—. Es decir, aparte de los fragmentos que tratan el «ojo por ojo, diente por diente». De vez en cuando también se habla de compasión. De amor al prójimo. De ayudar a los necesitados. ¿Cree de verdad que su primo quiere morir? Reflexione...

Kevin se dio la vuelta antes de que Doortje pudiese contestar. Pero en ese momento su madre la llamaba desde el interior. La joven obedeció a la llamada, aunque se sentía aturdida. La sala estaba iluminada por lámparas de aceite, pero Doortje tanteó la Biblia como si estuviese ciega. La abrió al azar. El Evangelio de Juan. «Así salvó el Señor a Israel aquel día...»

Parecía apropiado. Trataba de la guerra de los israelitas contra los filisteos, e Israel parecía en situación desventajosa. Exactamente como los bóers ahora mismo. Parecía encajar... Doortje empezó a leer.

—«Porque Saúl había conjurado al pueblo, diciendo: “Cualquiera que comiere pan hasta la tarde, hasta que haya tomado venganza de mis enemigos, sea maldito.” Y todo el pueblo no había gustado pan. Y todo el pueblo del país llegó a un bosque donde había miel en la superficie del campo. Entró pues el pueblo en el bosque, y he aquí que la miel corría; mas ninguno hubo que llevase la mano a su boca: porque el pueblo temía el juramento. Empero Jonathan no había oído cuando su padre conjuró al pueblo, y alargó la punta de una vara que traía en su mano, y mojola en un panal de miel, y llevó su mano a su boca; y sus ojos fueron aclarados.» —Doortje se detuvo desconcertada. ¿Sus ojos se aclararon de nuevo? ¿Dios curaba a un ciego cuando se rompía un voto?—. «Entonces habló uno del pueblo, diciendo: “Tu padre ha conjurado expresamente al pueblo, diciendo: ‘Maldito sea el hombre que comiere hoy manjar.’” Y el pueblo desfallecía. Y respondió Jonathan: “Mi padre ha turbado el país.”» —Doortje enmudeció. No podía ser, este fragmento... Bajó la Biblia, la volvió a levantar y abrir por otro pasaje—. «Fíate del Señor con todo tu corazón, y no estribes en tu prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus veredas. No seas sabio en tu opinión: teme al Señor, y apártate del mal; porque será medicina a tu ombligo, y tuétano a tus huesos. Honra al Señor. Amén.»

El versículo todavía no había concluido, pero Doortje pensó que era suficiente. Sus oyentes parecían contentos y consolados, pese a la extraña lectura anterior. El segundo fragmento había sido el correcto. Ella no debía pensar que era más inteligente que Dios, tenía que confiar en Él.

Doortje van Stout inspiró hondo.



—¿Rezamos un par de oraciones más? ¿Madre?

Bentje van Stout empezó a rezar una oración. Pero la interrumpió un grito en la habitación del enfermo. Antina, que se había quedado con Cornelis, llamaba a Jacoba.

—¡Tía Jacoba! ¡Tu hijo está despertando!

Jacoba se santiguó.

—¡Alabado sea el Señor! —musitó.

Bentje y los demás la corearon:

—¡Alabado sea el Señor!

Solo Doortje permaneció callada.

Doortje pasó casi toda la noche siguiente buscando desesperadamente la primera cita de la Biblia. Pero no la encontró por muchas páginas que pasara a la luz mortecina de la lámpara de gas. Era probable que se debiese también a que continuamente se desconcentrara. Oía todo el rato gemidos y de vez en cuando gritos en la habitación de los enfermos, o hablaba un poco con Jacoba o Antina cuando pasaban por la cocina para calentar el té o preparar una cataplasma.

—Esto atenúa el dolor —aseguró Jacoba, que a medida que avanzaba la noche parecía más afligida y angustiada.

Doortje pensó en lo que había dicho el médico de Nueva Zelanda. Habitualmente las hierbas calmarían el dolor, pero en ese caso, cuando la extremidad ya se estaba gangrenando... Intentaba no hacer caso de las demás mujeres, y cogió en brazos a su hermano más pequeño cuando apareció en la sala porque no conseguía conciliar el sueño.

—Cornelis se queja mucho... Le hace daño la pierna. ¿Dios no puede parar el dolor?

Doortje se mordió el labio. Y entonces, a medianoche, en algún momento no pudo más.

—Puedo cuidar un poco de él, tía Jacoba —se ofreció al entrar en la habitación del enfermo—. Deberías acostarte, estás agotada.

—Pero... pero no puedo abandonarlo.

Jacoba parecía a punto de desplomarse. El día había sido muy duro en el campo de batalla, había seguido al destacamento y había presenciado su derrota. Y también cómo moría su marido. Jonas Pienaar era el capitán de la tropa.

Doortje todavía recordaba cómo la había reunido. Su propio padre y su prometido ya estaban fuera. Habían partido a caballo de inmediato al declararse la guerra. Pero los Pienaar esperaron hasta que la situación se puso crítica para el país. Hasta que la suerte se puso del lado de los británicos. ¿La suerte o Dios? ¿O simplemente el hecho de que cien mil soldados de todas las partes del Imperio desembarcaran en la costa de Sudáfrica? Esto último era lo que había dicho Cornelis...

Doortje se acercó a su cama.

—No te importa que me quede un rato contigo, ¿verdad, Cornelis? Tu madre tiene que descansar...

El enfermo asintió. Doortje se quedó horrorizada al mirarlo, tenía una palidez mortal y el semblante demacrado, pero los ojos parecían echar llamas. Seguro que tenía fiebre.

—Vete, tía Jacoba —insistió Doortje a su tía—. ¡Acuéstate en mi habitación!

Antina ya había cedido al agotamiento. Yacía en un colchón al lado de su marido, que por suerte dormía tranquilo y roncaba levemente.

Doortje se sentó en la cama de Cornelis cuando Jacoba se marchó a regañadientes. El joven gimió. La muchacha buscó una silla alrededor, pero ya no cabía nada más en la habitación.

—¿Te duele mucho? —preguntó.

Cornelis volvió a asentir. Parecía no poder o querer hablar, tal vez temía empezar a gritar. Doortje fue a cogerle la mano y descubrió jirones de la sábana entre los dedos. La estaba desgarrando, desesperado de dolor.

—Me muero —dijo con voz fatigada—. Por nada.

Doortje le acarició el pelo húmedo de sudor. Recordaba lo mucho que Jonas Pienaar se había enfadado con su primogénito durante la partida del destacamento. Cornelis había sido el último en presentarse y había intentado que los hombres cambiasen de parecer.

—No podemos defender Wepener. Son demasiados, ya habéis visto cuántos soldados han traído. Nosotros...

—¡Podemos atacarles por la espalda! —respondió su padre—. Seremos como avispones y caeremos sobre ellos.

—Pero un par de picaduras no los ahuyentarán —replicó Cornelis.

Tenía el típico aspecto de un bóer con los pantalones de pana marrones, la chaqueta gruesa sobre el chaleco y el sombrero bóer en la cabeza, mientras su padre se había puesto una especie de uniforme de general. Doortje se preguntaba de dónde habría sacado la chaqueta... y el sombrero hongo que se había calado. Y no sabía si lo encontraba imponente o ridículo.

—Sí, podemos matar un puñado de británicos —farfulló Cornelis—. Pero ¿para qué?

—¿Para qué? —Jonas sacó su anticuado sable; pese a que utilizaría su fusil, parecía considerar indispensable esa arma para presentarse como oficial. En ese momento lo agitó ante el rostro de su hijo—. ¿Preguntas para qué tenemos que matar a esa ralea de serpientes? Muy sencillo: ¡para que no nos maten ellos! ¡Y para que así no críen ningún hijo que pueda matar a los nuestros! ¡Muerte al inglés! ¡Con la ayuda de Dios los borraremos de la faz de nuestra tierra prometida!

Los hombres del destacamento, que apenas llegaban a cien, vitorearon a su comandante. Habían elegido a Jonas Pienaar por mayoría aplastante y ahora se confirmaba que su elección era acertada.

—Entonces, ¿vas a ayudarnos en esta tarea, Cornelis Pienaar, o vas a quedarte en tu campo como un cobarde y un cafre, mientras nosotros liberamos a nuestro país? —preguntó Willem de Wees, el esposo de su prima Antina.

Doortje había mirado el rostro torturado de Cornelis y se había preguntado qué estaría pensando. Ella misma habría partido de inmediato con los hombres, ya cuando su padre se marchó había vuelto a lamentar que por ser una chica se le prohibiera participar en la batalla. Pero, por otra parte, nunca había considerado que Cornelis fuese un cobarde.

—¡Ya no tiene campo que cultivar porque ahora esconde la cabeza! —declaró Jonas Pienaar—. ¡Y ya no es mi hijo! ¿Jacoba?

Se volvió hacia su esposa, que tenía el carro preparado para seguir al destacamento.

Jacoba fulminó a su hijo con la mirada.

—¡No volverás a pisar nuestra tierra ni nuestra casa!

Cornelis había bajado la cabeza y llevado su poni con el resto del grupo. De ese modo había ido a la guerra. Y ahora yacía ahí.

Doortje tomó una difícil determinación.

—No vas a morir —dijo en voz baja—. Espera y no abras la boca. No despiertes a Antina. Y,

por el amor de Dios, tampoco a tu madre.

Kevin se sobresaltó cuando alguien lo sacudió. Pese a su preocupación por el bóer agonizante, dormía profundamente, agotado tras ese interminable día. En ese momento creyó ver un espejismo cuando distinguió el rostro de la joven inclinado sobre el suyo. No resuelto, distante, indignado o burlón como de costumbre, sino alarmado y temeroso, pálido y muy joven. El severo peinado bajo la capota se había deshecho y las trenzas antes recogidas en lo alto habían caído y los cabellos se estaban soltando. Estaría preciosa cuando los dejara jugar alrededor de su rostro.

—Doortje... —susurró Kevin—. Pe... perdón, Meju...

—No se preocupe ahora por hablar bien —repuso Doortje con frialdad—. Límitese a salvar a mi primo.

Mientras Kevin despertaba a los demás médicos, Doortje condujo a unos enfermeros fuertes a la casa. Quería sacar a Cornelis sin que nadie se diera cuenta, pero su prima Antina tenía oído de lince. Despertó y empezó a quejarse, lo que despertó a la madre de Cornelis, a Bentje y Johanna. Pero las adormecidas mujeres fueron fáciles de reducir. Dos enfermeros las sujetaron y los otros sacaron al herido. Kevin oyó los gritos de protesta y las maldiciones de las bóers y lo lamentó por Doortje, a quien iban dirigidas todas las imprecaciones. Kevin lamentó no haberla retenido en el pajar, así tal vez habrían creído que los ingleses también la habían pillado por sorpresa. Pero luego se olvidó de las mujeres y se entregó en cuerpo y alma a la tarea de salvar a su paciente. La operación la realizaron Barrister y McAllister, cirujanos experimentados, Kevin se encargó de la anestesia, pues era difícil dosificar el éter para evitar que ese hombre debilitado por la pérdida de sangre no muriese. Al final, el resultado parecía bueno, Barrister incluso le salvó la pierna.

—Al menos en principio —matizó el oficial médico en jefe—. Tenemos que ver cómo evoluciona. Con algo de mala suerte, mañana tendremos que volver a operar.

En la casa reinaba el silencio cuando Cornelis volvió vendado a su jergón. Despuntaba el alba y Kevin era consciente de que tenía que acostarse si quería descansar un poco antes de que comenzaran a llegar los primeros heridos. Pero entonces distinguió una vaga luz en la habitación que daba a la calle y se dirigió de nuevo a la casa. Doortje querría saber cómo había ido la operación.

Y así fue. Cuando Kevin miró a través de la ventana la vio sentada a la mesa. Leía la Biblia a la luz de las velas. Kevin abrió despacio y con sigilo la puerta, no quería asustarla pero tampoco, por el amor de Dios, despertar ninguna sospecha.

—Se estropeará la vista —susurró, señalando el libro—. Con una luz tan mala no debería usted leer.

Doortje no parecía sorprendida. Había estado pendiente de lo que pasaba fuera, a lo mejor lo estaba esperando.

—Si Dios quiere castigarme con la ceguera, entonces... —Se interrumpió—. ¿Cómo está Cornelis? —preguntó.

—Vive, y esperamos que conserve la pierna. Lo esperamos. Por favor, no nos lo reprochen si al final tenemos que amputársela. Si lo conseguimos, habrá sido una salvación de último minuto, ya hacía tiempo que la sangre no circulaba por el tejido. En cualquier caso, ahora sí tendría un motivo real para rezar.

A Kevin le habría gustado sentarse junto a la joven, pero temía su reacción, así que prefirió quedarse de pie. Doortje levantó la vista hacia él; estaba pálida y agotada, casi tan extenuada como su primo.

—Es lo que hago todo el rato —dijo—. Nosotros... nosotros no somos como ustedes... no consideramos a Dios el último remedio. Nosotros... nosotros... Él siempre nos acompaña.

Kevin se encogió de hombros.

—Hoy abandonará a su gente en Wepener —observó—. Aunque todavía luchan insensatamente, hoy todo habrá terminado. Luego volverá a tener su granja. Y esperemos que no piense mal de nosotros. Al menos pudimos salvar a su primo. Tal vez también nos haya enviado Dios...

El joven se mordió el labio. Pero la respuesta esperada no llegó. Doortje permaneció en silencio.

Por la mañana llegó un carro lleno de heridos, pero solo algunos casos muy graves. A los sitiados se les habían agotado las municiones y en esos momentos presentaban resistencia con sables, cuchillos y garrotes. Hacia el mediodía dejaron de llegar transportes del frente. Los últimos heridos leves que todavía se presentaban hablaban de una entrada triunfal en la ciudad.

—El panorama es desolador —contó un joven neozelandés—. La gente de la guarnición estaba medio muerta de hambre, habían medio derribado los molinos para reforzar las empalizadas, las casas están destruidas... Habrá que reconstruir toda la ciudad, ya lo harán los bóers después de la guerra.

—¿Se les devuelve la ciudad a los bóers? —preguntó asombrado Kevin. Ya quería habérselo preguntado el día antes a Tracy, pero se había olvidado—. Entonces, ¿para qué todo esto?

Barrister, que había escuchado la conversación, puso los ojos en blanco.

—¡Claro que la recuperan, Drury! ¿Qué iba a hacer el Imperio con este pueblucho fronterizo? Tampoco tenemos intención de desterrar a los bóers. Solo tienen que someterse a las leyes inglesas, reconocer a un gobernador y tal vez aprender el inglés, que se convertirá en lengua oficial. Hasta que lo asuman, es decir, hasta que capitulen, ocuparemos y conservaremos las fortificaciones como Wepener. Pero en cuanto se establezca la paz aquí, nos marchamos. No nos diga lo que piensa al respecto. Le podría contar muchas cosas. Siempre se trata de ocupar una posición. Hace un par de semanas nuestros hombres se desangraron, al igual que los bóers, por una colina. Una estúpida montañita que nadie necesita. Así es la guerra, Drury. Es una cuestión, como usted mismo observó ayer, de principios. Por cierto, puede ir a visitar a su paciente favorito, está despierto. Y a lo mejor anima también a su fusilera favorita a visitar a su primo. La señorita Doortje está paseándose por el pajar como un alma en pena...

Kevin no sabía de quién ocuparse primero. Su corazón le señalaba a Doortje, quien seguramente estaba atravesando momentos difíciles. Las mujeres de la casa solo sentían desdén hacia ella y con los ingleses tampoco quería hablar. La muchacha no había cambiado de bando. Sin duda estaba decidida a seguir odiando a los ingleses. Por otra parte, seguro que tampoco la beneficiaría que Kevin se reuniera con ella. Su familia la estaba vigilando y le reprocharían que conversara con el médico. Así que este prefirió acercarse a Cornelis. Esa mañana presentaba un aspecto más saludable y le reservaba una sorpresa cuando Kevin se presentó: sonrió amistosamente.

—Así que le debo la vida. A usted y a Doortje. Yo... llegué a pensar en serio que era el final... Gracias. Muchas gracias.

Kevin respondió sonriendo:

—La verdad es que esperaba que fuera usted a insultarme. A fin de cuentas, ignorábamos si estábamos actuando contra su voluntad...

Cornelis Pienaar lo miró a los ojos y Kevin distinguió en sus pupilas azules una profunda pena.

—Tengo diecinueve años —dijo el bóer—. A mí... me gustaría ir a la universidad. Me gustaría ser maestro o médico, sobre todo veterinario. Pero si tiene que ser, cultivaré la tierra de mi familia. En cuanto a morir... había planeado hacerlo dentro de sesenta años. Pero ya sé, soy un cobarde. Soy una vergüenza para mi pueblo. Así me juzgarán. Usted tiene libre decisión. Es así, ¿verdad? Todos los ingleses toman sus decisiones libremente...

Kevin se encogió de hombros.

—Sí, los neozelandeses y australianos toman sus decisiones libremente. Y si quiere saber mi opinión, todos huimos de algo. Podríamos discutir ahora sobre quién es aquí el cobarde. Su prima, en

cualquier caso, no lo es. Dele las gracias, y si eso consuela a su madre: las señoras han tenido a nuestros hombres bien intimidados. En toda la tropa inglesa no había nadie con el valor necesario para sacarlo a usted de esa casa contra la voluntad de las mujeres.

Cornelis asintió. La tristeza de sus ojos pareció aumentar.

—Lo entiendo —musitó—. Conozco a mi madre.

Ese día, Doortje no se atrevió a ir a ver a Cornelis ni habló con Kevin. Este pidió al final a Nandé que la informara de que su primo ya había superado lo peor. La muchacha negra le contó que, en cambio, el estado del otro bóer herido, **baas** Willem, se había agravado dramáticamente.

Kevin se dirigió de nuevo hacia la casa y trató de hablar con las mujeres. Johanna van Stout lo echó con maldiciones pronunciadas en un inglés deficiente.

—Ahí no hay nada que hacer —opinó Barrister—. Esta vez es la clara voluntad del afectado. Y su señorita Doortje no se atreverá a saltarse las reglas otra vez, porque ese hombre le importa menos que su primo. ¿Ha preguntado si son pareja?

A Kevin la observación le sentó como una patada en el estómago. Hasta entonces no había dedicado ni un segundo a pensar si Doortje van Stout ya estaba comprometida. Antes bien, cada día se enamoraba más de la esquiva bóer. Sin duda llegaría el momento de marcharse de ahí. Se desmontaría el hospital en cuanto pudiera transportarse a los convalecientes de gravedad. Willcox y Tracy ya estaban preparando habitaciones en Wepener para seguir tratando a los hombres.

No obstante, el empeoramiento de Willem de Wees provocó que las mujeres de la casa se ocuparan menos de Doortje. Por la tarde casi parecía que la acogían con benevolencia, al menos le dieron permiso para volver a leer la Biblia en voz alta.

Por su parte, Kevin habló con Cornelis, quien por la noche seguía consciente y conversaba complacido con el médico. Sacudió la cabeza sonriente cuando Kevin le preguntó con discreción acerca de sus vínculos con Doortje.

—Adrianus van Stout nunca me habría considerado un posible yerno —respondió, dando a Kevin una información más amplia de lo que esperaba—, incluso si Doortje y yo nos hubiésemos amado. Desde la infancia somos como hermanos y yo nunca me habría planteado otro tipo de relación. De lo contrario, habría corrido el riesgo de que me echaran de las tierras Van Stout. No, no, una muchacha Van Stout nunca se casaría con un cobarde y un ratón de biblioteca como yo. Tampoco tengo un cargo eclesiástico y nuestra granja no es especialmente grande. Martinus, por el contrario, ya es propietario y será convocado en el senado en cuanto haya fundado una familia. Tiene una granja vecina y...

—¿Martinus?

El paciente asintió e intentó encontrar una posición más cómoda. Kevin lo ayudó, agradecido de que el bóer no viera su rostro mientras seguía hablando.

—¿El prometido de Doortje? Es de la vieja nobleza **voortrekker**, su tatarabuelo hizo el Gran Trek con el de mi prima. De algún modo también tienen un parentesco lejano... en cualquier caso, siempre se dio por sentado que Doortje y Martinus se casarían. Estaba previsto para este año, pero Martinus y Adrianus fueron los primeros que partieron a la guerra. Doortje los habría acompañado de buen grado, como mi madre y la tía Antina. Pero no es propio de una chica tan joven viajar sola y

tía Bentje no pudo acompañarlos a causa de su ceguera. También en casa necesitaba ayuda. Así que se quedaron aquí y están esperando que regresen Adrianus y Martinus.

Kevin estaba abatido.

—Martinus debe de ser también un intrépido jinete y un magnífico tirador...

Cornelis rio.

—¿Se diría que está usted celoso, doctor!

Kevin no respondió, pero pensó que podía plantear la pregunta sin ambages. A fin de cuentas, ya se notaba cuáles eran sus sentimientos.

—Mijnheer Pienaar... Doortje... bueno... respecto a ese tal Martinus... ¿ella lo ama?

El hospital de campaña instalado en la granja permaneció en uso casi una semana más. Ese fue el tiempo que se tardó hasta que los últimos heridos de gravedad pudieron ser transportados o fallecieron; además, las unidades y los oficiales médicos estaban a la espera de nuevas órdenes.

Doortje eludía a Kevin, no se habían producido grandes cambios entre ella y los soldados de ocupación. Tampoco iba a visitar a Cornelis, igual que la madre del chico.

—¿Y qué hemos de hacer con usted cuando nos marchemos? —preguntaba Kevin, preocupado por su paciente bóer, con el que había establecido una relación casi de amistad.

Cornelis era abierto y contestaba a todos los interrogantes que Sudáfrica y sus habitantes planteaban a Kevin. Describía a los bóers desde otro punto de vista que Ribbons y los ingleses del Cabo. De ese modo también Kevin disfrutó de las amplias explicaciones de cómo los *voortrekker* se apropiaron de las tierras.

—Eran de una audacia inusitada, se fueron con sus carros de bueyes y sus enseres domésticos a lo desconocido, pues nadie había estado nunca en el otro lado de la montaña. La naturaleza era hostil. La montaña de la Mesa, el desierto... Primero tenían que pasar por todo eso. Y luego los indígenas.

—¿Que por razones incomprensibles no querían que les quitasen su tierra! —bromeó Kevin.

Cornelis hizo un gesto de impotencia.

—Así lo ve usted. Pero para esa gente... Los *voortrekker* se consideraban los sucesores de los israelitas, esperaban la tierra prometida de Dios. Se quedaron sorprendidos de que los zulúes los atacaran, incluso ofendidos. Y se sentían perseguidos por todas partes. En el Cabo los ingleses, en el interior los negros... Así que construían una barrera con los carros y lanzaban ataques sorpresa.

—Con mucho éxito, por lo que he oído decir —intervino Kevin—. Más de tres mil negros muertos en un solo día...

—Antes doscientos bóers habían caído en una emboscada. Ninguna de las dos partes tenía escrúpulos. Tampoco hay que imaginarse a los zulúes como un pueblecito de ingenuos con unas pocas aldeas diseminadas aquí y allá. Constituían un reino con un estado que funcionaba bien y un ejército con una soberbia capacidad de respuesta. Eran tan temerarios como los pioneros. Su desgracia fue que los bóers tuviesen armas de fuego y ellos no. En su país, Nueva Zelanda, debió de ocurrir lo mismo. También ustedes tienen negros, ¿no?

Kevin negó con la cabeza.

—Los maoríes son polinesios. Y, en general, pacíficos. No tenían nada contra los inmigrantes blancos. Al menos al principio. Los conflictos se produjeron después...

Cornelis sonrió con ironía.

—Bonita palabra...

—Auténtica —defendió Kevin su país—. Hubo tiroteos y muertos por ambos bandos, pero nunca en esta cantidad. Eran problemas regionales. Con los maoríes se han cometido injusticias con frecuencia, pero ahora se intenta enmendarlo todo judicialmente. No quiero decir que todo sea perfecto. Pero los maoríes tienen escaños en nuestro Parlamento, tienen derecho al voto, son propietarios de tierras... Los matrimonios entre maoríes y pakeha no son precisamente la regla, pero tampoco una gran excepción.

—¿Matrimonios? —preguntó Cornelis perplejo—. ¿Entre negros y blancos?

Kevin asintió.

—En primer lugar, nunca hubo esclavitud. Aquí, por el contrario, tal como tratan a los negros...

Cornelis arqueó las cejas.

—Puede que los maoríes sean civilizados. Los negros de aquí son como niños, ingenuos. Necesitan que los dirijan. Y nos son leales. Solo en nuestro destacamento llevamos a cuarenta cafres...

Kevin se frotó la frente.

—¿Como niños? —preguntó con prudencia—. Antes tenían un reino, un país, ciudades, un ejército... ¿Acaso un ser humano no se convierte en adulto mientras no posee un mosquete?

Era evidente que Cornelis Pienaar era más cultivado e instruido que los demás bóers que Kevin había conocido. Sin embargo, en cuanto al trato con los negros había tan poco que discutir con él como con Doortje y su familia. Pese a todas las contradicciones, estaba convencido de la inferioridad de la gente de color y recelaba de ellos. Kevin le señalaba que eso era una contradicción, ya que no se cansaba de subrayar la lealtad de los sirvientes negros. Tras un par de conversaciones con Pienaar, Kevin se convenció de que los bóers tenían miedo de los trabajadores de color.

—No los impulsa el valor, sino una especie de agresividad ante el miedo —explicó a su amigo Vincent.

El veterinario había aparecido el día de la capitulación de Wepener con tres caballos heridos y había pedido ayuda a Kevin.

—Tienen las balas alojadas en los músculos grandes, Kevin. Hay que cortarlos para extraerlas. Pero no puedo hacerlo yo solo, y ellos tampoco se quedarán quietos. Puedes... podrías intentarlo...

Al principio, Kevin iba a negarse, pero vio la expresión desconsolada del joven veterinario y cambió de opinión. Después de pasar tres días en el campo de batalla, Vincent había envejecido años. Su aspecto le recordó al del doctor Tracy después del primer día en la tienda de primeros auxilios. Algo en Vincent parecía haber muerto, su expresión cordial y confiada había dejado paso a una de desconcierto e incomprensión.

—Fue espantoso —contó Vincent cuando Kevin destapó una botella de whisky—. Ellos... hasta ahora siempre habían pensado que los hombres peleaban... en fin, contra los hombres. Claro que a veces se hiere a un caballo, pero se dispara al jinete... Mientras que esos bóers... y uno diría que les gustan los caballos. Todos montan, dominan a esos ponis fabulosamente. Pero a nuestros caballos



parecen tenerles auténtico odio. Les disparan, los apuñalan... Cinco de mis caballos han muerto, Kevin. —El médico supuso que se refería a los caballos del contingente neozelandés. La yegua de Vincent estaba atada a la valla y su aspecto era saludable—. Y lo mismo les ha sucedido a muchos otros. Es absurdo. Esa gente está... está...

Kevin renunció a hablarle de las también absurdas pérdidas en vidas humanas, pues Vincent habría objetado que los soldados, a fin de cuentas, luchaban por propia voluntad. Antes de enzarzarse en esa discusión, prefirió compartir con su amigo sus reflexiones sobre los bóers.

—Agreden por miedo. Como algunos perros.

Vincent sonrió levemente.

—Puede que sea así. Pero ¿de qué nos sirve a nosotros? No podemos matarlos a todos. Y dicho sinceramente, ahora no tengo ganas de tomar medidas «que creen la confianza».

Kevin sacudió la cabeza. Pensaba en Doortje, a quien prefería imaginarse como un animalillo amedrentado que mordía alrededor por desesperación, y no por codicia, maldad y agresividad. Pero no podía comentarle todo eso a su amigo.

—No nos sirve de nada —se limitó a responder—. Pero me da miedo. Para esa gente, la guerra nunca concluirá. Pero ven, vamos a operar a los caballos. Aunque ignoro qué opinará Barrister al respecto...

Dos de los tres caballos sobrevivieron a ese tratamiento poco convencional. Vincent parecía más contento cuando los visitó dos días más tarde e informó a Kevin sobre el futuro inmediato del contingente neozelandés.

—No estaremos juntos. Los neozelandeses se ponen a las órdenes del comandante Robin, al igual que una parte de los australianos. El nuevo regimiento tiene ahora nombre: Rough Riders. Los ingleses se han quedado impresionados con nuestra caballería.

Por supuesto, también podía calificarse de caballería a la heterogénea tropa de neozelandeses llegados a Sudáfrica con Kevin. Estaba formada en su mayor parte por jóvenes de las Llanuras que se habían criado montando a caballo y eran tiradores experimentados. Por el contrario, no les gustaba ir en fila y eran reacios a recibir órdenes. Había que reconocer que el mando británico enseguida se dio cuenta de ello y lo consideró una ventaja en lugar de un defecto. En el fondo, los indómitos **kiwis**, como se llamaba a los neozelandeses, no eran distintos de los bóers, les sería más fácil comprender la estrategia y la forma de pensar de los holandeses que a los militares británicos. De ahí que a los Rough Riders no se les asignara ningún distintivo de ejército de liberación o de ataque, sino que los destinaron a vigilar la línea ferroviaria de la provincia de Transvaal. Su misión consistía en luchar contra los destacamentos bóers que merodeaban por allí, controlar las granjas apartadas que a menudo servían de refugio a los bóers y ocuparse de pacificar el territorio en general.

«¡Cúbrannos las espaldas!», fue la orden del mariscal de campo lord Roberts, que había asumido junto con el general Kitchener el Alto Mando.

Vincent fue destinado a los Rough Riders como veterinario, Kevin Drury y Preston Tracy como médicos. Llevaron su hospital improvisado sobre dos caballos de carga. Los dos se separaron de mal grado de Barrister, Willcox y McAllister, que se marcharon con las tropas hacia Bloemfontein.

Barrister dejó constancia del magnífico trabajo de los hombres.

—Los dos han demostrado que pueden lidiar con la sangre. ¡Ahora saldrán solos adelante!

—Tal vez volvamos a vernos pronto —dijo McAllister—. La guerra debería acabar pronto, pero nunca se sabe. Y a lo mejor hasta se queda usted aquí, Kevin. Sería romántico que tras la victoria se reuniera de nuevo con su Doortje...

Kevin fingió reírse, pero de hecho le daban ganas de echarse a llorar cuando pensaba en Doortje. También en los últimos días ella lo había evitado y lentamente el joven había ido asumiendo que a ella no le importaba nada. No dejaba de recordar la respuesta de Cornelis cuando le había preguntado sobre los sentimientos de la muchacha hacia su prometido: «Eso no es importante, doctor. Doortje y Martinus son de una casta, de una sangre. No literalmente, claro, pero son iguales en cuanto a sus opiniones y creencias, sus deseos y sueños. Yo no lo llamaría “amor”, pero ni Doortje ni Martinus piensan en eso. Encajan muy bien el uno con el otro, tendrán unos hijos maravillosos...»

La mirada de Cornelis había adquirido un sesgo nostálgico. El chico casi le dio pena a Kevin. Cornelis era distinto y también fiel a sus convicciones. Pero era evidente que, pese a todo, lo que más deseaba era disfrutar de esa misma suerte.

Kevin fue a visitarlo una vez más antes de que los médicos partieran para reunirse en Wepener con sus tropas.

—¿Puedo dejarle aquí tal como está? —preguntó dubitativo—. Podríamos llevarlo con nosotros a Wepener, allí seguirán cuidando de usted.

Pero Cornelis negó con la cabeza.

—Es muy amable, pero no. En cuanto usted se haya ido, mi familia se ocupará de mí. Mi madre volverá a concederme sus favores. —Suspiró—. Afirmaré que usted me operó contra mi voluntad por mucho que yo lo niegue. Y Antina... tal vez se haya suavizado un poco desde que Willem murió.

La gangrena había acabado con el segundo herido tras una larga lucha contra la muerte. Sin embargo, Kevin no creía que su esposa hubiese cambiado de opinión. Antina de Wees había fulminado con sus improperios, junto a la tumba de su marido, a los ingleses y sus aliados.

—Entonces salude de nuevo a Doortje de mi parte —dijo Kevin abatido—. Pensaba que a lo mejor hablaríamos una vez más, pero ella...

—No puede —lo consoló Cornelis—. Las otras no se lo perdonarían. Pero estoy seguro de que ella... ella piensa con afecto en usted.

Kevin suspiró. No podía decirle a Cornelis que con eso no tenía suficiente.

Y entonces, cuando montó en su caballo, vio a Doortje con su hermana Johanna y Nandé junto al pozo. La muchacha negra sonrió al jinete, Johanna fingió no verlo y Doortje levantó la vista una vez tímidamente. El corazón de Kevin dio un brinco cuando no reconoció odio en sus ojos, sino pena.

—¡Hasta la vista, señorita Nandé! —saludó Kevin. Para las mujeres bóers sería una afrenta que él se dirigiese a la muchacha negra—. Y Johanna y Mejuffrouw Doortje. Espero no haberlas molestado mucho...

Parecía como si Doortje luchara consigo misma. Tragó saliva y en su rostro se formó una sonrisa.

—A ver si se le traba la lengua. Llámeme simplemente Doortje. Por lo demás... tenemos que aceptar lo que Dios nos da.

Kevin casi creyó reconocer un guiño en sus ojos. Contestó a la sonrisa de la muchacha.

—Todo ocurre según la voluntad divina —observó con voz de predicador—. Y espero que no se lo tome a mal si un día volvemos a vernos.

Dicho esto puso en movimiento su caballo, y cuando se volvió una vez, vio que Doortje lo

seguía con la mirada, aunque Johanna le hablaba enfadada, y algo en la mirada y la postura de ella le dio esperanzas. ¿Qué sabía Cornelis, qué sabía el tan perfecto Martinus de los deseos y sueños más secretos de Doortje van Stout?

Kevin se sorprendió silbando. Cuando hablaba de Dios, pocas veces tenía en mente al severo Yahvé del Antiguo Testamento. Pensaba más bien en el ultrajado Taranaki o en Rangi, la divinidad que todavía seguía llorando por Papa.

Lizzie Drury era en realidad una mujer tolerante e indulgente. Había aprendido muy pronto a sacar provecho de las adversidades de la vida. Pero esta no la había preparado para su nuera Juliet.

—¡Al menos podría hacer algo! —se quejaba Lizzie a Michael, pocas semanas después de que Juliet se hubiese instalado con ellos.

Era invierno y las ovejas estaban en casa. Había que cuidarlas y los Drury estaban muy ocupados en la tarea. Además se habían cubierto pronto muchas ovejas madre y los corderos estaban naciendo, lo que causaba todavía más alboroto. Lizzie solía llevar casi siempre consigo un cordero repudiado o rechazado hasta que tenía fuerza suficiente para seguirla a todos lados balando. Normalmente un corderito así arrancaba de toda mujer un embelesado: «¡Ay, qué mono!» Durante sus estancias en la granja, Matariki y Atamarie apenas habían conseguido separarse de ellos. También tras la amiga maorí de Lizzie, Haikina, avanzaban vacilantes dos o tres corderitos. Su tribu criaba ovejas con un éxito similar al de Michael. Solo Juliet parecía encontrar esos cachorros repugnantes, pero tampoco veía con buenos ojos a los perros de la granja, unos border collies bien educados y muy amistosos con las personas.

—¡Y nadie le está pidiendo que ayude a parir a una oveja! —exclamó indignada Lizzie cuando Michael le reprochó que también había gente a la que no le gustaba tener mascotas.

—No tiene ni que dar leche con un biberón a los corderos ni educar a los cachorros de perro, pero alguna vez podría preparar la cena, ya que nosotros estamos todo el día fuera. O limpiar la casa como mínimo. Yo me conformaría con que barriera... En lugar de eso se queda por ahí sin hacer nada y quejándose de que se aburre.

Juliet había aceptado de mala gana que su retoño solo podría pasar por hijo de Patrick si se retrasaba un poco la fecha de nacimiento. En caso de no ser así, la gente empezaría a cotillear y el niño, y eso era lo que Lizzie más temía, estaría expuesto a las críticas cuando fuese mayor. Como Patrick no podía suspender su trabajo y hacer con Juliet un viaje de luna de miel de varios meses, como pensaba la joven, solo cabía que la joven pasara los meses siguientes en Elizabeth Station. Y luego tres o cuatro más, había aconsejado Patrick con ligera pesadumbre. Un recién nacido debía presentar el aspecto de recién nacido. Al menos había de tener dos meses para que fuera más o menos creíble la falsa fecha de nacimiento.

Juliet le había preguntado con ironía cómo era que sabía tanto de recién nacidos, y la contestación, seria y tranquila, la remitió a la cría de ovejas. Patrick y su familia hablaban con tanta naturalidad de embarazos y partos que Juliet hasta se ruborizaba. La beldad de los estados sureños era cualquier cosa menos pudorosa, pero no le habían enseñado el proceso de dar a luz. Y después... después había niñas, por supuesto.

Ahora a Juliet los meses se le hacían largos, y aún más porque no tenía nada en común con la familia de su marido. Los Drury se interesaban poco por la música y el arte. Aun así, asistían a los **vernissages** de Heather y Chloé cuando se encontraban en Dunedin, y a Lizzie también le gustaba ir a algún concierto. Pese a ello, no tenía ni idea, y encontraba la música en general «bonita» fuera lo que fuese lo que se ofrecía en Dunedin. Tema de conversación, en el sentido de crítica musical, que tanto le gustaba practicar a Juliet, no había. Tampoco se podía hablar de moda. Si bien Lizzie era una clienta fiel de Lady's Goldmine, se interesaba sobre todo por qué corte escondía mejor los michelines. Lo que había estado de moda el año anterior en París y lo que fuera a causar furor en

Londres el año próximo le resultaba indiferente. Quedaba todavía la literatura, y Juliet había tenido un atisbo de esperanza al echar un primer vistazo a la librería de los Drury. Las estanterías estaban llenas a rebosar de libros. Michael leía de vez en cuando alguna obra sobre la crianza de ovejas y prefería los libros ilustrados. A Lizzie le gustaba leer, pero era lenta. Para leer una novela que Juliet acababa en una semana, ella necesitaba meses. Como consecuencia, su librería contaba con pocas obras de entretenimiento. Lizzie adquiriría sobre todo libros sobre viticultura.

—Me resulta preocupante que Juliet salga tan poco de casa —señaló Michael. No quería apoyar la perorata de Lizzie contra la joven, en el fondo no tenía nada contra su nuera. En su fuero interno, seguía encontrándola encantadora. Disfrutaba cuando de vez en cuando coqueteaba juguetona con él. Pero le preocupaba su indolencia—. No puede ser bueno para el niño que se quede aquí rumiando su infelicidad.

—¡Lo mismo digo yo! —exclamó Lizzie, aunque poco le importaba que Juliet fuese feliz o infeliz—. Tiene que salir, tiene que moverse. Hasta pensé en la uva que hay que cosechar. A lo mejor eso le gustaría, a fin de cuentas bien que disfruta con el vino. Pero no, al principio no quería ni echar un vistazo y luego, cuando salió, llevaba guantes, zapatitos de piel y una mantilla más adecuada para ir a la ópera que para salir al campo. Además había helado... Volví a enviarla dentro. De poco le servirá el aire fresco al niño si la madre coge una pulmonía.

Michael suspiró.

—Esto no es para ella. No conoce la vida en el campo, ella...

—Viene de una gran plantación en Luisiana —observó Lizzie cáustica—. Eso está situado en medio del campo y ella recuerda muy bien cuántas hectáreas abarca la propiedad. Todavía me acuerdo de que te quedaste bastante aturdido cuando te echó en cara que esto era una finca de nada en comparación con las tierras de su padre. Si ella nunca ha dado golpe, seguro que no será por falta de oportunidades. Pero esos sureños se limitan a que los negros trabajen para ellos y luego se lamentan de que haya esclavitud...

—A Lizzie no le gusta, eso es todo —se lamentó Michael. Los maoríes volvían a celebrar la fiesta de Matariki; los **manu aute** bailaban bajo las estrellas y Michael estaba sentado junto a su amigo maorí Tane en una gruesa estera delante de una tienda, observando el cielo. Con cada trago de whisky la luz de las estrellas se iba aclarando y ambos hombres se habían encargado de tener buenas provisiones. Michael y Tane se conocían desde hacía décadas. Primero habían estado juntos cazando ballenas, luego, en una granja de ovejas y después, Tane se había quedado con la destilería de whisky de Michael en Kaikoura. La tribu de Tane guardaba vínculos estrechos con los ngai tahu, que eran vecinos de Michael y Lizzie. Una vez al año, el iwi de Tane viajaba a Otago y los amigos celebraban el reencuentro con una juerga. En esa ocasión, los hombres de Tane habían llegado para la fiesta de año nuevo y los rituales de bienvenida se habían prolongado durante todo el día, pero ahora los dos amigos por fin encontraban la oportunidad de conversar. La hermosísima pero algo difícil nueva nuera de Michael despertó, claro está, especial interés en Tane—. Aunque uno piensa que algo deberán tener en común —prosiguió Michael. Con su amigo hablaba con toda franqueza, el fornido maorí conocía tanto el pasado de Michael como el de Lizzie—. Me refiero a que... no es que quiera decir nada en contra de Juliet, pero también ha trabajado unos cuantos años en un... hummm...

un ambiente que...

—¿Era prostituta? —preguntó Tane tranquilamente—. ¿Desde cuándo ya no llamas a las mujeres de vida alegre por su nombre?

Michael se volvió.

—Bueno, tal vez no la llamaría así. Más bien... hummm... diría que es una cortesana o algo parecido. Pero ha sido, creo, una... mujer mantenida por los hombres.

Tane asintió.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿No tenía una tribu como Lizzie? —Lizzie había sido una niña abandonada, pero había hecho amigos por todo el mundo—. ¿O se ha enamorado del hombre inadecuado? ¿Es que su padre... la miraba o tocaba como no debe hacerse a los niños?

Tane seguía abasteciendo de whisky a los burdeles de su región y era uno de esos hombres grandullones y afables. En los últimos años, algunas prostitutas le habían abierto el corazón y conocía las razones por las que una mujer se vendía.

Michael negó con un gesto.

—No que yo sepa. Procede de una familia rica. Algo así como... —Pensó en cómo describir una plantación de algodón americana a su amigo maorí—. Como una baronesa de la lana —se le ocurrió—. Una niña mimada. Pero quería ser cantante... Así que se marchó. Y se lo ha pasado bien...

Tane rio.

—¿Y te sorprendes de que a Lizzie no le guste? Michael, ¡Lizzie odiaba vender su cuerpo! La mayoría de las chicas lo odian. Pero esa Juliet lo hizo por propia voluntad, ha abandonado todo aquello que Lizzie y sus amigas de antes siempre habían deseado, un hogar, una familia, para cantar en bares e ir con hombres. Con lo que es probable que les birlara los clientes adinerados a las auténticas putas que trabajaban duramente. Y ahora atrapa a vuestro Patrick. No encajan. Si acaso, la habría visto más con Kevin...

Michael suspiró.

—¿En qué especialidad eres **tohunga**, amigo mío? ¿Clarividencia?

Tane sonrió burlón y descorchó otra botella.

—¿No dice Lizzie algo así como que en el whisky se encuentra la verdad?

—En el vino —lo corrigió Michael—. Pero tienes razón, puede que se encuentre en el vino, pero en el whisky sale a flote... Bien, te lo cuento. De todos modos, la tribu ya lo sabe. Pero no se lo digas a ningún **pakeha**...

Tane silbó entre dientes cuando Michael le hubo confiado que Juliet estaba esperando un hijo de Kevin.

—¿Y eso hace feliz a Patrick ahora? —preguntó sorprendido—. ¿Por dónde anda, dicho sea de paso? Por lo general suele venir a la fiesta. ¿Y dónde está la chica? Empiezo a sentir curiosidad...

Michael tomó un buen trago de la nueva botella. Entretanto, los maoríes habían empezado a cantar y en el cielo nocturno destacaba con claridad la constelación de Matariki. Hacía frío y no llovía, además había luna llena, un tiempo ideal para la celebración. Las dos tribus pasarían toda la noche tocando y bailando, y en el aire flotaba el aroma de la comida. Michael buscó a Lizzie con la mirada, pero seguramente estaría con las mujeres disfrutando de la fiesta. Hablaba bien el maorí y los **ngai tahu** la consideraban una mujer con mucho **mana**, por lo que gozaba de gran respeto entre las tribus. Michael se volvió hacia su amigo. No quería que Lizzie le oyera hablar mal de Juliet.

—Juliet no quiso acompañarnos —respondió—. Las tribus no le interesan... aunque es

comprensible, en su país...

—En América tenían de esclavos a negros y tuvo que estallar una guerra para que dejaran de azotar con látigos a esa pobre gente en los campos de cultivo. —Tane no era un hombre muy instruido, pero se movía lo suficiente como para saber mucho más sobre el mundo de lo que Michael le creía capaz—. Desde entonces ya han pasado más de treinta años, no hay disculpa que valga para tratar como basura a quienes tienen la piel de otro color...

—Ella no lo hace —dijo Michael afligido—. Es solo que para ella no es tan normal que celebremos juntos una fiesta y...

—¿Y dónde está Patrick? —interrumpió Tane su balbuceo.

—Se ha quedado con ella —admitió Michael—. Dice que en la granja también pueden verse las estrellas y las **manu aute**... Cuando el niño haya nacido, le construirá una.

Tane resopló.

—No creo. Encontrará razones para mantener alejado a su tesorito blanco de los niños de los ngai tahu. Otra vez, Michael, para que yo lo entienda: ¿Patrick ha venido especialmente a Dunedin a caballo para celebrar con nosotros la fiesta, pero ella le ha convencido de que no lo hiciera?

Michael asintió, pero se mostró más comprensivo con su hijo.

—Yo también tengo una mujer con mucho **mana**... —dijo, encogiéndose de hombros.

Al principio de convivir con Lizzie siempre había conflictos porque ella tendía a tomar decisiones que afectaban la vida en común.

Tane sonrió irónico.

—¿Tiene **mana** esa Juliet? ¿En qué tribu? ¿Entre la gente de Dunedin? Si tuviese **mana** no necesitaría esconder a su hijo y meterse en la cama de un hombre al que no quiere. Y si tuviese **mana**, Kevin no la habría dejado. ¡Ese sí necesita una mujer con **mana** como la tuya, amigo mío!

Dio un amistoso codazo a su viejo compañero. No se dieron cuenta de que la amiga de Lizzie, Haikina, se había acercado. Rio y se sentó en el suelo junto a los hombres.

—Vengo a deciros que deberíais ir a las hogueras. Hay comida. Pero primero bailas el **haka** con nosotros, Tane, tu madre ha dicho que no te demos de comer si antes no has bailado. ¡Te estás engordando! —Dio unos golpecitos a la prominente barriga de Tane.

—A propósito de las mujeres con **mana**... —gimió Tane.

Haikina rio burlona.

—Ya he oído que discutías... tomando como ejemplo a cierta Juliet, ¿no es así?

Haikina hablaba muy bien inglés. Después de haber asistido a una escuela de la misión se había hecho maestra.

—Tú tampoco la soportas —señaló Michael—. Como Lizzie...

Haikina rio.

—La mayoría de las mujeres no la soportan. Puede que tengamos **mana**, Michael, pero no lo utilizamos para ir manipulando a los hombres a nuestro antojo. Juliet es **tohunga** en eso... y vuestro Patrick baila como una **manu** en el aire al compás que ella le marca.

Hasta que el hijo de Juliet nació, los meses transcurrieron con dolorosa lentitud. Patrick se sentía desdichado porque solo veía a su joven esposa los fines de semana como mucho, y a veces no

lograba llegar hasta Lawrence. Asesoraba a los granjeros de nuevo y con frecuencia pasaba la semana en granjas situadas en regiones lejanas.

—También por esto es bueno que te quedes con mis padres —consoló a Juliet cuando esta se quejó una vez más de la soledad reinante en Elizabeth Station—. En nuestra casa sí estarías completamente sola, y cuando llegue el niño...

Faltaban dos semanas para el nacimiento y el cuerpo de Juliet estaba muy redondeado. Patrick había dejado de mantener relaciones sexuales, sin esperar a que ella misma lo impidiera. Desde entonces, Juliet estaba más insoportable. No disfrutaba haciendo el amor con Patrick tanto como con Kevin, y odiaba verse tan deforme y torpe como una ballena varada.

—Bueno, aquí la asistencia médica no es la mejor —señaló, retomando uno de sus temas favoritos, la cuestión de la asistencia al parto.

Tras interminables discusiones habían llegado a un acuerdo: Juliet no tendría una comadrona maorí, pero tampoco a un médico de la ciudad. En lugar de ello, acudiría una comadrona **pakeha** de Lawrence, siempre que no estuviera ocupada con otro alumbramiento. Juliet reprochaba a su marido y a sus suegros que una sola asistente al parto no podría hacer frente a una situación de emergencia.

A Patrick y Lizzie, por el contrario, les preocupaba más cómo falsear la fecha de nacimiento del vástago, pues también en Lawrence la gente era capaz de contar las semanas transcurridas desde la boda hasta el parto. Pese a todo, nadie sabía por allí que Juliet había estado primero con Kevin, por lo que los cotilleos no serían demasiado crueles. Sin embargo, Lizzie habría preferido a una mujer maorí. A ellas les daba igual quién fuera el padre de la criatura.

Al final todo salió muy bien, al menos a ojos de los Drury, que contemplaban los partos de un modo realista. Como la mayoría de las primerizas, Juliet pasó varias horas con dolores. La comadrona tuvo tiempo suficiente para llegar con antelación. Además, el niño había elegido un sábado para llegar al mundo. Patrick ya estaba camino de Lawrence cuando empezaron las contracciones. Llegó casi al mismo tiempo que la comadrona a Elizabeth Station, donde encontró a una serena Lizzie y una Juliet histérica. Llevaba horas sintiendo dolores y estaba convencida de que ese día iba a morir.

—Ya le he dicho tres veces que el parto en las hembras humanas se prolonga más tiempo que el de las ovejas o yeguas —explicó Lizzie a su hijo, que también parecía nervioso—. Pero no me cree, ¡no sé en qué mundo ha estado viviendo hasta ahora! Como sea, no hace falta que me reproches nada, he hecho lo que he podido. Tiene una habitación decente, una cama limpia, le he preparado infusiones e incluso he abierto una botella de vino por si eso la tranquilizaba. Y ahora también está Sharon aquí, así que se encuentra en las mejores manos.

De la habitación de Juliet salió en ese momento un grito. Patrick palideció.

—¿Puedo... puedo ir con ella?

Sharon Freezer, la comadrona, salió de la habitación y oyó la inquieta pregunta.

—Pues claro —respondió por Lizzie—. Entre, a lo mejor puede tranquilizar a su esposa. Todo avanza por el buen camino, el niño está en la posición correcta, el agujero uterino se está dilatando lentamente. Todavía puede tardar cinco, seis horas, una perspectiva que... hummm.. ha desconcertado a su esposa. Está un poco hipersensible. Pero tal vez mejore si la consuela un poco. ¿Puedo tomar un té mientras, Lizzie?



Lizzie y Sharon bebieron té mientras Patrick se ocupaba de su esposa con paciencia. Habló a Juliet de todos los partos que había presenciado, de ovejas madres a perras pastoras pasando por yeguas. Sin ahorrarse detalles. Al cabo de pocos minutos, Juliet estaba aburrida, luego asqueada y al final muerta de miedo. No obstante, ya no gritaba, sino que gemía cuando las contracciones fueron creciendo. Con la serenidad del ganadero nato, Patrick se percató de que los lapsos entre las contracciones eran cada vez más breves, y quizás él mismo habría sido capaz de traer el niño al mundo. No obstante, Juliet encontró su compañía durante el parto degradante. ¿Cómo iba a volver a seducir y engatusar a un hombre que la había visto tan deforme, sudada, gimiendo y gritando? Al final reclamó la presencia de la comadrona, y Sharon echó a Patrick cuando comprobó que la situación se estaba poniendo seria.

—¿Habéis pensado qué nombre le daréis? —preguntó Michael para distraer a su hijo.

Patrick se encogió de hombros.

—Cualquiera que no sea Kevin —sonrió irónico—. A mí me gusta Joseph, Joe suena bien. O Harold, Harry. Pero Juliet prefiere algo de su país, algo francés como Baptiste o Laurent...

—¿Cómo? —preguntó Lizzie, pero un grito penetrante desde la habitación la interrumpió.

Patrick quiso correr al dormitorio, pero Lizzie lo retuvo.

—Suena horrible, pero también hay algo de alivio —constató—. Ya verás, enseguida habrá acabado...

En efecto, el grito no volvió a repetirse. Y minutos después se abrió la puerta de la habitación y Sharon apareció radiante, sosteniendo en brazos un bebé bien arropado.

—¡Aquí tiene usted a su hija, señor Drury! ¿No es el bebé más bonito que ha visto en su vida?

Patrick la miró incrédulo, pero cogió feliz el hatillo. Sonrió al ver la diminuta carita.

—¿Una niña?

Sharon asintió.

—¡Y mire qué preciosa!

Lizzie tuvo que ponerse de puntillas para ver a su nieta, pero se quedó tan maravillada como la comadrona.

—¡Qué pelo más largo tiene! Y es un poco oscura de piel, ¿verdad? Ay, habría que ordenar que las razas se mezclaran, ¡no había visto una niña tan bonita desde que nació Matariki!

Michael miraba al bebé con cierto escepticismo. Siempre se había sentido orgulloso de sus hijos, pero nunca había podido entender cómo a primera vista podía uno deducir de esas criaturas rojas y encogidas, con la carita arrugada, rasgos familiares o que serían hermosos.

—¿Cómo va a llamarse? —preguntó.

En los días siguientes hubo auténticas batallas en torno al nombre de la pequeña. A Patrick parecía darle bastante igual, estaba embobado con la niña y apaciguado porque todo había salido bien. Por eso estaba también dispuesto a concederle cualquier capricho a Juliet, en especial cuando era tan fácil de satisfacer como la elección de un nombre. Lizzie, por el contrario, luchaba contra cualquier propuesta de su nuera.

—¡Céline, Laetitia, Monique! Solo de oírlo...

—Un poco exóticos, de acuerdo —decía Patrick—. Pero solo porque nunca los hemos escuchado...

—Habla en tu favor, hijo mío, que nunca los hayas escuchado —observó Michael, quien apoyaba la postura de Lizzie en ese asunto—. Pero no son tan raros, son...

—Tu padre quiere decir que al menos conoció a tres putas que utilizaban los «nombres artísticos» de Claudine, Michelle o Clarisse —puntualizó Lizzie—. Puede que en Nueva Orleans haya chicas normales que se llamen así. Pero aquí... ¿no puedes hacerle esto a tu hija!

Patrick puso expresión compungida. De hecho, él no conocía mujeres de vida alegre. En Dunedin, la Iglesia de Escocia se ocupaba de que la prostitución solo se practicara de forma clandestina.

—¿Y por qué no un buen nombre irlandés? —preguntó Michael—. ¿Por qué no, por ejemplo...?

—Cualquier cosa menos Kathleen —advirtió Lizzie, levantando en alto al bebé, que ya empezaba a lloriquear. Salvo por la ansiosa búsqueda del nombre de pila adecuado, Juliet no se ocupaba para nada de su hija y se negaba a darle de mamar—. No es que tenga mucho aspecto irlandés, pero por mí podéis llamarla Mary o Bridget. Lo principal es que sea un nombre que no la ponga en un apuro y que pueda pronunciarse sin que a nadie se le trabe la lengua.

El conflicto se solucionó cuando Juliet aceptó los nombres que Michael había elegido, pero insistió en que se escribieran en francés. El mismo oficial del registro civil de Dunedin, al que presentaron a la pequeña Marie Brigitte a la edad de tres meses, se equivocó dos veces al anotar el nombre.

El reverendo Burton consiguió inscribir el nombre en la Biblia familiar sin errores, pero lo hizo con el ceño fruncido.

—¿Cómo vais a llamarla? —preguntó a los padres, que habían acudido para anunciar que iban a bautizar a la niña.

—Marie —respondió Juliet.

—Bridey —contestó al mismo tiempo Patrick, y Juliet lo fulminó con la mirada.

Kathleen, que en esos momentos estaba inclinada sobre la niña, vio su carita oscura y redonda bajo el sol estival.

—Se llame como se llame, ¡es preciosa! —dijo—. En Irlanda se dice: «¡Bonita como un día de mayo!» ¡Ven, pequeña May! ¡Deja que te coja en brazos! Y para tener tres meses, es grande, Juliet...

El diminutivo de May o Mae iba a arraigar. A Patrick le gustaba y podía pronunciarse sin problemas. Juliet insistió con Marie, aunque no solía llamar al bebé por su nombre. Al principio, la pequeña May pasó de brazo en brazo por las embelesadas matronas de Dunedin. Todas, sin excepción, estuvieron encantadas con la niña y Juliet brilló ante la atención que le prodigaba la sociedad. El bautizo de May iba a celebrarse en Dunedin y Juliet se sentía como si, tras pasar un año en la cárcel, volviese por fin al mundo normal. Patrick y Juliet Drury presentaron orgullosos a la ciudad a la hija primogénita y nadie dudó, al menos en voz alta, de la fecha de nacimiento que habían dado. Juliet se mudó finalmente a la casa en las afueras de la ciudad, lo que hizo a Patrick inmensamente feliz. Lo único que turbó la alegría de Juliet fue la presencia de Lizzie. La suegra insistió en irse a vivir con ellos al menos hasta el bautizo.

—¡Primero tienes que acostumbrarte, Juliet! —justificó Lizzie su decisión—. Y tomar confianza con la pequeña. Hasta ahora nunca le has cambiado los pañales ni le has dado de comer. Comprendo que no le des de mamar, pero...

De hecho, Lizzie no lo comprendía, pero era cierto que Juliet enseguida se había quedado sin leche. La joven se había impuesto desde el parto una severa dieta de ayuno para recuperar su antigua silueta antes de mostrarse en la ciudad de Dunedin. Eso exigía ayuno, y las mujeres de la buena sociedad, Kathleen y Claire en primer lugar, la respetaban por ello.

—Pero no habría sido necesario mortificarse hasta ese punto —apuntó Claire cuando Juliet las visitó por vez primera en Lady's Goldmine. La joven madre buscaba un vestido adecuado para el bautizo—. Hoy en día se llevan vestidos reforma cuando ha pasado tan poco tiempo desde el parto. Tampoco es saludable ceñirse tanto el corsé.

Juliet contrajo los labios en una mueca de desprecio.

—No pienso ir por ahí como una vaca grasienta —respondió mirando de reojo a Lizzie, que por suerte no oyó el comentario.

Claire y Kathleen, las dos muy delgadas por naturaleza, solían llevar corsé; Lizzie, por el contrario, había arrojado la toalla. Prefería vestidos holgados que le sentaban muy bien. Era más bien de corta estatura y para su edad se la veía algo regordeta. Los vestidos amplios estilizaban su figura y eran cómodos. Lizzie se sentía bien llevándolos y lo transmitía. Además, los vestidos reforma de la colección de Kathleen eran prendas exquisitas. Con ellos, a Lizzie no se la veía ni gorda ni grasienta.

—Sea como fuere, ¡este le queda de maravilla! —elogió Claire el brillante vestido de seda azul que había escogido Juliet—. Por cierto, ¿tienen un vestidito de bautizo en su familia? En caso contrario, nuestra aprendiz podría cortar uno para su hija. Ha sobrado tela y la chica es creativa...

Juliet asintió ufana y resplandeció de orgullo cuando Marie Brigitte Drury fue la primera bebé de Dunedin que acudió a la pila bautismal con una prenda de Goldmine. Ofrecía un aspecto precioso, eso era indiscutible, y la joven modista cosechó elogios. Juliet estaba contentísima, hasta que Patrick, dos días después de la fiesta, recibió la factura.

—No lo entiendo, Juliet. ¿Todo este dinero por un vestido? ¡Con esta suma podría... podría haber comprado un caballo!

Lizzie, que ya iba a prepararse para la partida, apenada por separarse de su nieta, rio.

—¡Es que esos vestidos cuestan un dineral! —defendió a Juliet de forma puntual—. Lady's Goldmine es sumamente exclusiva. Pero no te preocupes, Patrick, esto no tiene por qué convertirse en costumbre. Un bautizo es una ocasión única. Los vestidos de Juliet y May corren, por supuesto, de mi cuenta. Te debo este regalo, ¿verdad, Juliet? Como pequeño desagravio por haberte fastidiado todo un año. —Y sonrió a su nuera, dispuesta a reconciliarse con ella.

Patrick sonrió y se tranquilizó.

—Es muy amable por tu parte, madre. Juliet seguro que lo acepta. Pero en el futuro tendremos que apretarnos el cinturón. En el ínterin ya he pagado la boda, pero ahora toca la fiesta del bautizo... No gano tanto, Juliet. No podemos permitirnos comprar en Lady's Goldmine.

Juliet se quedó mirando a su marido con expresión de desconcierto e incipiente enfado.

—Pero... ¿dónde si no voy a...?

Patrick rio.

—Cariño, en Dunedin hay media docena de tiendas. Y tendrás un aspecto encantador con los vestidos que venden allí.

—Pero yo... Kevin...

Lizzie casi se quedó sin habla. ¿Esa mujer se atrevía a mencionar a Kevin? Patrick también

pareció herido y sus ojos brillaban iracundos, pero bajó la vista.

—Kevin... —empezó él.

Lizzie lo cortó:

—A la larga Kevin tampoco se lo podría haber permitido. Y ahora no insistas más, Juliet. Ya has conseguido tu vestido nuevo, estás estupenda con él, y la ropa de Kathleen no pasa de moda, podrás llevarlo durante años. De hoy en adelante tampoco tendrás tiempo para ir luciendo esa prenda. Tienes una niña pequeña, Juliet, ya no podrás salir cuando te apetezca, sobre todo hasta tarde por la noche. Los próximos vernissages y conciertos se celebrarán sin ti, más vale que te hagas a la idea.

Y le entregó a May, a quien había estado meciendo. La niña se despertó y empezó a llorar disgustada.

—Claro que también podríamos vivir en la granja... —musitó Patrick—. Seguro que mi padre se alegraría si lo ayudase con las ovejas, podríamos crecer. La granja funciona bien...

En efecto, los Drury ganaban bastante con la cría de ovejas, pero una parte de su riqueza procedía del yacimiento de oro junto al río. Hacía tiempo que no lo explotaban porque tanto los Drury como los maoríes solo se servían de él en casos extremos. El último año, por acuerdo tácito, ninguno de ellos había lavado oro: el riesgo de que Juliet descubriese el metal les parecía demasiado grande tanto a Lizzie como a la tribu. Lizzie esperaba que su hijo también guardase el secreto. No quería ni pensar en que su nuera se enterase de ese asunto e hiciera correr el rumor. Podría provocar una nueva fiebre del oro que arruinaría los pastizales de Michael y el hogar de los ngai tahu.

Juliet sacudió la cabeza horrorizada, mientras Lizzie sonreía para sus adentros. Patrick era tan cándido que había hecho la propuesta en serio, pero por primera vez le paró los pies a Juliet. La joven aceptaría cualquier cosa con tal de no volver a vivir en el campo. En principio no quería ni pensar qué sucedería a la larga, pues al final Patrick sería el heredero de la granja.

Patrick se había imaginado la vida con Juliet como un paraíso. Había soñado noches enteras con verla cada tarde, hablar con ella y por la noche estrecharla entre sus brazos y hacerla feliz. También estaba contento con la niña, incluso habría estado dispuesto a colaborar en su cuidado. Le gustaba darle el biberón, contemplar su boquita roja chupando ansiosa la tetina y le hacía feliz verla sonreír. Sin embargo, las cosas no evolucionaban como él había deseado. Era evidente que Juliet ni quería ni era capaz de realizar las tareas domésticas. Cuando regresó a casa la primera tarde, le dieron la bienvenida un apetitoso olor a comida y una casa aseada, pero también la señora O'Grady, la madre de su mozo de cuadras Randy. La resoluta irlandesa sostenía en sus brazos a la feliz y satisfecha May y miraba a Patrick con una expresión entre la disculpa y el enojo.

—Lo siento, señor Patrick... Su madre ya me informó de que no tengo que venir más.

La señora O'Grady había limpiado la casa de Patrick hasta que Juliet se había mudado a vivir con él. De vez en cuando también le sorprendía con un cocido en el fogón cuando regresaba tarde (un gesto de buena relación vecinal). Ahora, que ya había una mujer en casa, Patrick quería, como es natural, ahorrar el dinero que pagaba a la señora O'Grady. Lizzie se lo había comunicado y las dos mujeres estaban de acuerdo al respecto. La señora O'Grady ya encontró raro que la suegra de Juliet hubiese pasado dos semanas con Patrick y Juliet. Ella misma no tenía la menor intención de inmiscuirse en la vida doméstica de la joven esposa.

—Pero Randy me dijo que el bebé no dejaba de llorar y he pasado por aquí a echar una mano...

Aprovechando la oportunidad, Juliet había vuelto a contratar a la mujer, encomendándole en esta ocasión más tareas. La señora O'Grady había cocinado, cambiado y dado de comer a la niña, limpiado la casa y puesto la mesa. Mientras, Juliet leía un volumen de partituras que había pedido y recibido ese día por correo.

Cuando Patrick entró en la sala de estar, ella le sonrió.

—¡Cariño, es indispensable que tengamos un piano! Sé leer partituras y quiero tocarlas. Por las noches podría interpretar música para ti... —Los ojos de Juliet resplandecían seductores.

La cólera de Patrick se desvaneció. No podía enfadarse con Juliet. Sin embargo, ella tenía que comprender...

Esa noche, el joven explicó a su esposa cuál era su situación económica, y también al día siguiente, cuando la señora O'Grady le abrió de nuevo la puerta con la niña en brazos. La resoluta mujer se mostró en esta ocasión menos amable y le dejó claro que con mucho gusto se encargaría del cuidado de su casa, pero siempre que le pagasen por ello. De nuevo había respondido al llanto incesante de May y había pasado por la vivienda. La niñita ya le había robado el corazón.

—¡Diga a su esposa que se ocupe de la niña! —exclamó impetuosa—. Si a usted le da igual que su casa se venga abajo, no es asunto mío. Pero yo no puedo oír a la niña llorar...

—Pero ¿los niños pequeños no lloran a veces? —preguntó Patrick abatido, y la señora O'Grady lo miró disgustada.

—A veces sí, pero no cinco horas seguidas. Y cuando la cogí, tenía el pañal empapado y estaba hambrienta...

—Al menos necesito una niñera —se quejó Juliet, cuando Patrick la confrontó con las acusaciones de la señora O'Grady—. Y un cochecito de bebé. Alguna vez tengo que salir de aquí. Me volveré loca si paso todo el tiempo sola.

Patrick volvió a explicarle lo que ganaba, pero al día siguiente le compró un cochecito. Esto al menos satisfaría a la señora O'Grady: May no se pasaría medio día llorando, sino que saldría a pasear con Juliet.

La joven paseaba por las calles de la ciudad y, a más tardar cuando May empezaba a llorar, iba a visitar a alguien. Al principio, eso funcionó estupendamente. A Kathleen y Claire, Heather y Chloé, Violet y Laura, la esposa del doctor Folks, les encantaba la niña. Se alegraban de que Juliet les dejase cambiarle el pañal y darle de comer, o pedían a sus sirvientes que se ocupasen de la pequeña.

—Nos hemos entretenido demasiado en la ciudad —se disculpaba Juliet cuando aparecía en la puerta con el bebé llorando.

Entonces se quedaba charlando hasta la hora de volver a casa. Naturalmente, entonces nadie había preparado la comida ni limpiado, pero ella estaba segura de que Patrick no se enfadaría. Al final consiguió que la señora O'Grady fuese a limpiar al menos dos veces a la semana.

Con este arreglo nadie quedó contento. Juliet se aburría cada día, a fin de cuentas ya había confirmado hacía tiempo que no tenía nada en común con las damas de la buena sociedad de Dunedin. A quien más le gustaba visitar era a Claire Dunloe, que tenía piano. Esta no se oponía a que Juliet lo tocara de vez en cuando, sabía hablar de música y de arte y disfrutaba haciéndolo. Claire era hija de un médico de Liverpool y había sido educada de acuerdo con su nivel social. De todos

modos, no tardó en comunicar diplomáticamente a Juliet que la distraía de su trabajo. Claire y Kathleen dirigían ambas Lady's Goldmine y Claire era la encargada de atender y asesorar a la clientela. Kathleen diseñaba la ropa y se ocupaba de las modistas que la cosían. La mayoría de las veces trabajaba con ellas en la trastienda. Cuando Claire recibía visita, Kathleen tenía que ocuparse de atender al público o tenía que dejar la tienda en manos de una empleada. Eso no constituía ningún problema si sucedía una o dos veces a la semana, pero ni Claire ni Kathleen eran partidarias de que ocurriese más a menudo.

—También tengo la impresión de que nos utiliza para que hagamos de niñeras —señaló Kathleen una tarde, cuando Juliet por fin se había ido—. Espera impaciente a que Paika le coja el bebé. —Paika era la sirvienta maorí de Claire y le encantaban los niños.

—No solo a vosotras —observó Heather, frente al espejo con un nuevo vestido amarillo canario—. Por nuestra casa pasa una vez a la semana. No nos molesta, la niña es un cielo y suele dormirse en cuanto alguien le ha cambiado el pañal. Pero dentro de un par de meses empezará a andar. Entonces os toqueteará los vestidos y me volcará los caballetes. Además de que a Rosie no le entusiasma tanto ocuparse de ella como a Paika. A Rosie le gustan los caballos, de los niños solo se ocupa cuando tiene que hacerlo. En fin, y no sé qué pensáis vosotras, pero nosotras tampoco consideramos a Juliet una compañía tan interesante como para abrir una guardería...

Juliet pronto experimentó que las damas de Dunedin se apartaban de su camino. De nuevo permanecía horas en casa y descargaba su mal humor en Patrick cuando este regresaba. Sin embargo, él se esforzaba de todo corazón por hacerla feliz. Uno de los pocos fines de semana que Juliet y Patrick pasaron en Lawrence, Michael sorprendió a su hijo lavando oro.

—No os importa, ¿verdad? —preguntó Patrick con una sonrisa forzada.

Michael suspiró.

—Sí, Patrick. Sí nos importa. Ya que lo preguntas, te contesto con franqueza. Eres infeliz y vives por encima de tus posibilidades. Y nos pones a todos en un apuro. ¿Dónde quieres vender ese oro, Patrick? ¿En el banco de Dunloe? ¿O a un comerciante de oro? Te hará preguntas. Yo suelo desprenderme de pequeñas cantidades en ciudades distintas, donde vendo o exhibo las ovejas. Funciona con un: «Buscamos un poco para pasar un rato y la semana pasada tuvimos una suerte increíble. ¿Dónde? Ah, por el lago no sé qué, ni me fijé.» Y los maoríes envían a distintos hombres, ningún comprador de oro recuerda a un maorí que canjea sumas pequeñas. Pero a ti te conocen los granjeros y los banqueros, asesoras acerca de préstamos. Si de repente apareces con oro un día y luego otro...

—Solo por esta vez, yo... Juliet quiere un piano.

Patrick dejó la sartén de lavar oro en el suelo y se sentó en la hierba junto al lago. Por unos instantes se tranquilizó contemplando la cascada sobre el fondo de la montaña cubierta de verdor, del bosque y los prados.

Michael se rascó la frente y se sentó junto a su hijo.

—Nosotros le regalaremos uno —dijo—. Podemos hacerlo, no pasa nada. Pero me temo que acto seguido querrá otra cosa. Tienes que ponerle límites, por mucho que la quieras.

Michael le cogió a su hijo la sartén y arrojó el contenido al agua. Al penetrar en el líquido, un brillo dorado surgió en la arena negra, hasta donde Patrick había lavado las piedras y la tierra del fondo del lago.

Patrick hizo un gesto abatido.

—Me da pena —contó—. No... no encuentra ningún amigo en Dunedin, está sola, todo eso le pesa...

Michael levantó las manos.

—Ella sabía dónde se metía cuando se casó contigo. Ahora tiene que apañárselas. Y si se aburre y no quiere hacer ninguna tarea doméstica, tendrá que ganar ella misma el dinero que necesita.

Patrick se puso en pie y miró a su padre indignado.

—Pero ella... ella no puede...

—Hasta ahora se ha abierto camino muy bien —señaló Michael sin compasión—. Es una joven cultivada, tiene modales... a lo mejor en algún hotel necesitan una recepcionista. También me la imagino como empleada de Lady's Goldmine. A lo mejor Kathleen y Claire necesitan a alguien. También podría dar clases de piano. No hagas como si sus cualidades se redujeran a una única, Patrick. Es como si la minusvalorases.

El joven se ruborizó.

—No preguntaré cómo defines esa «única» cualidad, padre —dijo fríamente, y se dio media vuelta.

Michael, que nunca había asistido a otras clases que las de la escuela dominical, no habría podido aclarar la palabra «definir». Sin embargo, el delirio amoroso de su hijo estaba empezando a preocuparlo.

—Me pregunto cómo terminará esto... —dijo afligido a Lizzie, Haikina y su marido Hemi, que habían bajado a comer.

Los dos maoríes eran buenos amigos de Patrick y habían ido a verlo. El joven no se había acercado al poblado maorí desde la boda. Se había alegrado mucho del reencuentro, pero Juliet no le había dejado tiempo para que hablase con sus amigos. Pese a que todos entendían el inglés y hacían esfuerzos para incluirla en la conversación, ella solo daba respuestas breves y ariscas. Envuelta en un chal, pese a que ese año el otoño era bastante cálido, había tomado sorbitos de vino y unos bocados de cortesía del cordero que Michael había asado en el porche delante de la granja. Finalmente se había retirado aduciendo que le dolía la cabeza. Patrick, preocupado, enseguida se había marchado tras ella.

—Ya se arreglará —lo consoló Haikina—. Está locamente enamorado, ya se sabe que las parejas jóvenes no aguantan ni un par de horas separados...

—¿Separados? —preguntó Hemi—. Ha dicho dolor de cabeza. ¿No es la palabra pakeha para «hoy no toca»?

Haikina y Michael rieron. Lizzie, por el contrario, se quedó con la mirada fija en el valle, la cascada y el lago, y con una expresión entre la rabia y la pena.

—Oh, pronto se acabará —apuntó—. Basta con mirarle la cara. Tiene esa mirada inquieta. Se acabará muy pronto. Y a Patrick le romperá el corazón.

Juliet se alegró de conseguir su piano, pero este no la retuvo mucho tiempo. No era una artista para quien trabajar en una composición o perfeccionar una interpretación pudieran ser un fin en sí mismos. Juliet vivía para su público, necesitaba un interlocutor a quien acariciar con su voz, emocionar y deslumbrar. Patrick no era suficiente para ella, él era un admirador incondicional. Tanto si May golpeaba alocadamente el teclado con sus dedos chillando de contento, como si Juliet interpretaba una elaborada pieza, a él le daba igual, las dos le entusiasmaban en igual medida. La señora O'Grady era una ignorante en materia de arte y el piano la ponía de los nervios. Solo a Randy le gustaba escuchar el instrumento y silbaba alegremente, aunque desafinando, mientras cepillaba los caballos.

Heather y Chloé acabaron compadeciéndose cuando Patrick les pidió tímidamente ayuda. Los volvieron a invitar a un **vernissage** y pidieron a Juliet que se ocupara del acompañamiento musical.

—Encaja —señaló Chloé a su madre Claire—. Con la exposición cruzamos las fronteras del Dunedin convencional. **Belleza y amor: la pintura del desnudo femenino**. Si además Juliet toca un poco el piano tampoco molestará. ¿Qué opinas? ¿Envío invitaciones al público normal o mejor convocamos a un círculo más reducido?

Naturalmente, la exposición causó furor. La mitad de Dunedin estaba fascinada, el resto en estado de **shock**, y el eco mediático fue impresionante. Periódicos de toda la Isla Sur, desde Christchurch hasta la costa Oeste, enviaron reporteros para que informaran sobre el evento. La mayoría de ellos eran autónomos que solían informar desde la región de Otago, pero un diario de Queenstown envió al director de su sección de cultura. Fue puro azar, pues el hombre se hallaba en Dunedin por razones familiares. Sin embargo, quedó prendado de la exposición y todavía más de Juliet, quien, claro está, no «aporreaba» el piano, sino que interpretaba unos inmejorables ragtimes de Nueva Orleans. Llevaba uno de sus viejos vestidos, para meterse en el cual había tenido que pasar hambre, pero su aspecto con esa prenda ceñida, de color rojo y con un refinado y generoso escote, era magnífico.

Pit Frazer, el periodista, la siguió como si fuera su sombra incluso después de la actuación, lo que no era difícil porque Juliet se mantenía alejada de Patrick. Rosie, a quien habían encargado que se ocupase de la niña, había capitulado ante el llanto incesante de May. La joven no tenía buena mano con los niños y, agradecida, le dio al padre el bebé, que se tranquilizó de inmediato cuando él lo cogió en brazos y se puso a pasear. No se dormía, sino que observaba con atención y los ojos bien abiertos a los invitados. Por lo visto le gustaba escuchar música y pasar de los brazos de un embelesado invitado a los de otro. En esos momentos jugueteaba con Roberta Fence.

Juliet lanzó de reojo una mirada evaluadora a la joven. Antes había estado enamorada de Kevin. ¿Acaso ahora se interesaba por Patrick? Pero no parecía haber ningún peligro: Roberta seguía vistiéndose como una solterona y en ese lugar no sabía hacia dónde mirar. Para Juliet, los desnudos no eran especialmente escandalosos, pero desde el punto de vista de la Escuela de Magisterio de Dunedin representaban Sodoma y Gomorra. El bebé constituía una bien acogida distracción en ese ambiente, y Roberta parecía encantada de tenerlo en brazos y balancearlo. Patrick la contemplaba condescendiente, pero también algo preocupado, no le gustaba desprenderse de May.

Juliet desvió la atención de los dos. No cabía duda de que aquel periodista de Queenstown tenía



más que ofrecerle. Se sintió florecer cuando él empezó a hablarle, con conocimientos en la materia, sobre la música de los estados sureños. En su opinión «esta parte del mundo» no había sabido llevar a término hasta el momento nada más que **Waltzing Mathilda**. Juliet y Pit arremetieron satisfechos contra la ignorancia en asuntos de arte de los neozelandeses y australianos, con lo que excluyeron toda la cultura maorí, sus instrumentos y su rico patrimonio musical.

—Los artistas auténticos apenas tienen oportunidades para actuar —se lamentó Juliet, mientras él posaba como por azar la mano sobre su brazo y luego deslizaba un dedo hasta el hombro de la mujer—. Algún **ensemble** en gira o similar, una o dos compañías de teatro que solo interpretan a los clásicos... y a los que esas raras agrupaciones cristianas aún miran con recelo. Para la Iglesia de Escocia uno ya está condenado por llevar un vestido rojo.

Pit rio.

—Una condena que yo compartiría de buen grado con usted —coqueteó.

Heather, que justamente pasaba junto a ellos, le lanzó una mirada incrédula.

—¿Le gustaría llevar un vestido rojo, señor Frazer? —preguntó mordaz—. Creo que tengo uno. Un vestido reforma bastante holgado. A lo mejor le cabe.

Juliet soltó una risita, pero Heather la miró inclemente.

—¿A lo mejor quieres cantar otra canción? —preguntó afablemente, pero con un matiz autoritario de fondo.

Heather se había percatado de que Frazer había puesto la mano sobre el hombro de Juliet y no quería escándalos en el **vernissage**.

—Pensaba más bien en el lugar de los condenados —respondió Frazer algo ruborizado—. Con usted también compartiría el infierno.

Juliet ronroneó como una gata.

—De todos modos, haría demasiado calor para... ir vestidos... —le cuchicheó, jugueteando con el tirante de su vestido sin mangas.

Pero luego se dedicó a tocar el piano, pues no tenía la menor intención de enemistarse con Heather.

Frazer la esperaba con una copa de champán cuando ella concluyó.

—Increíble. Su voz es cristalina y, sin embargo, enigmática... llena de promesas.

Su mirada de veneración hizo resplandecer a Juliet, pero ella apenas escuchaba sus elogios, hasta que hizo una observación.

—¡Tiene que actuar para un público mayor! No puede enterrarse viva en un suburbio de Dunedin. Escuche, hay un sitio muy interesante en Queenstown. El hotel de Daphne. En su origen era un **pub** un poco... bueno, muy desenfadado... Pero recientemente la propietaria puso un escenario y actúan cantantes y... hummm... también hay baile. El **pub** también funciona como restaurante y los caballeros acuden acompañados por sus damas.

—¿Es un club nocturno? —preguntó Juliet interesada.

Frazer meditó un instante. Luego asintió.

—Al menos está en camino de serlo. Queenstown se está civilizando, ¿sabe? Ya no viven allí solo buscadores de oro y aventureros, los criadores de ganado van ganando terreno. Ahora el oro se extrae de las minas, y quienes las gestionan ya no son pobres e ignorantes. Y se intenta hacer la ciudad atractiva para sus visitantes. Es fantástica, las montañas, los lagos...

Juliet no estaba interesada en montañas y lagos.

—¿Y el director de ese club contrata artistas?

Frazer se encogió de hombros.

—Claro que sí. Es una directora, Daphne O'Hara. Irlandesa, aunque no lo parece...

Juliet hizo un mohín. Ya estaba harta de irlandeses. Pero, aun así, sonaba prometedor.

—Tal vez deberíamos... vernos mañana y hablar... —Entrelazó como de paso los dedos con los del hombre, un gesto que solo advirtió Chloé Coltrane, que enseguida se dirigió hacia ella—. Creo que tengo que volver a cantar. Pero mañana... podríamos tomar un café. ¿Se aloja en el Leviathan?

Daphne O'Hara se mostró muy interesada en que actuara una artista procedente de Nueva Orleans. Pit Frazer ya había preparado el terreno telegrafiándole, así que sorprendió a Juliet con la buena noticia en cuanto esta llegó al hotel. Ese día no tenía que cargar con May, la señora O'Grady había ido a limpiar y a Juliet no le había costado encomendarle la tarea adicional de cuidar de la niña. La resoluta irlandesa todavía seguía embobada con la pequeña. Daría de comer a May, la mecería y luego la haría dormir con su espantosa y desafinada voz, ya que a la bebé no parecía importarle que cantara mal. Era evidente que la niña quería a la señora O'Grady. Solo lloraba cuando estaba bajo la custodia de Juliet o Rosie. Ni la una ni la otra le dispensaban la atención que requería.

—¡Es maravilloso! —gorjeó Juliet. Su mano acarició la de Frazer, cuando cogió el telegrama que yacía sobre la mesa—. Se diría que por una vez he tenido suerte.

Frazer sonrió y descorchó una botella de champán.

—Yo podría darle más satisfacciones...

Juliet llevaba un vestido discreto cuando, dos días después, visitó a Claire Dunloe. En la tienda no había mucho trabajo y Claire no encontró ninguna razón de peso para no invitar a su visita a tomar un té. Kathleen podría haberse reunido con ellas, pero alegó que tenía que hacer unos arreglos importantes. Juliet la aburría y tampoco a ella le había pasado por alto cómo flirteaba con el periodista de Queenstown. Kathleen sabía que era ridículo, pero incluso después de tantos años se sentía de algún modo vinculada a la familia de Michael. También había muchos aspectos comunes en sus historias. No se trataba solo de su viejo amor por Michael, sino también de la breve relación sentimental de Matariki con el hijo de Kathleen, Colin, de la que había nacido Atamarie. A Kathleen y Lizzie nunca las uniría una auténtica amistad, pero en lo concerniente a Juliet Drury la Bree, las dos mujeres compartían la misma opinión. También Kathleen había estado casada mucho tiempo atrás con un hombre al que no amaba solo por darle un nombre a su hijo. Entendía que eso fuera duro para Juliet, pero vivía bien con Patrick, ¡él la trataba como una reina! La propia Kathleen había tenido que cumplir sus obligaciones con un hombre que la explotaba y maltrataba. Consideraba a Juliet una desagradecida, así que prefería quedarse en la tienda antes que ir a charlar con la joven. Si había alguna novedad, ya se la contaría Claire después.

La sirvienta de Claire, Paika, enseguida se encargó de May y se marchó sonriente con la niña a

la cocina. Claire esperaba que le diera tiempo de preparar el té, pues, de otro modo, la visita se prolongaría durante horas. Sin embargo, y para su sorpresa, ese día Juliet parecía tener prisa. Respondía con brevedad a los temas de conversación que proponía Claire y se la veía inquieta. Cuando se sirvió el té, se bebió deprisa el contenido de la taza.

—Señora Dunloe, yo... esto... quería preguntarle si no podría dejar a mi hija un rato no breve en su casa —dijo, formulando por fin el deseo que la había llevado hasta allí—. Tengo que hacer un par de recados y... y su chica...

—Seguro que Paika se encargará de buen grado.

Claire respondió afablemente, pero estudió con la mirada a su interlocutora. Hasta ese día, Juliet nunca le había dejado a la niña. ¿Qué tipo de recados tendría que hacer para que su hija no pudiese acompañarla? Juliet seguía sin comprar en almacenes, solo lo hacía en tiendas exclusivas. Allí se ocupaban de las clientas y, si era preciso, también de sus hijos.

Además, llevaba ese vestido tan poco habitual en ella. Un elegante traje cerrado, ¿de viaje? La curiosidad de Claire se convirtió en recelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó como si tal cosa—. ¿Tiene que ir a la galería? ¿Otra actuación en un vernissage? Su interpretación nos encantó a todos, señorita Juliet. Una voz preciosa y un estilo melódico muy personal. Creo que Heather y Chloé también estuvieron muy contentas.

Claire distinguió un centelleo en los ojos de Juliet al pronunciar la palabra interpretación. ¿Halagada? ¿Culpabilizada?

—Me lo pasé muy bien —respondió Juliet comedida.

Ninguna respuesta a la pregunta. El recelo de Claire se convirtió en certeza.

—Señorita Juliet —dijo en voz baja—. Por favor, no le haga esto...

Juliet no pudo esconder su temor. Iba a levantarse, pero se lo pensó mejor. Claire había visto sus intenciones, y era demasiado tarde para encontrar a otra persona que se ocupara de May. El coche de caballos de Queenstown partiría en media hora. Juliet se mordió el labio. Nerviosa, se pasó la mano por el cabello, que llevaba recogido bajo un elegante sombrerito.

—No puedo sacrificar toda mi vida por la felicidad de Patrick —anunció teatralmente—. Lo siento, pero sería excesivo...

Claire la miró casi burlona. La esposa del banquero era una de las pocas mujeres que no se dejaban amedrentar por la belleza de Juliet y su porte seguro.

—¿Qué es su vida, señorita Juliet? —preguntó—. ¿Un nuevo teatro de variedades? ¿Otro hombre? —Se detuvo—. Pero eso no me importa, Juliet. Usted misma debería saberlo, no voy a convencerla de nada. Pero... pero Patrick...

—¿He de quedarme con él? ¿Estar cambiando los pañales de la niña los próximos dos años? ¿Quedarme embarazada de otro? —La voz de Juliet tenía una nota estridente—. ¿Solo para que el santo de Patrick obtenga aquello por lo que ha pagado? ¿Con una firma?

—Con un apellido —respondió Claire con calma—. Puede que usted no le dé ningún valor, pero a su hija le allanará el camino llamarse Drury y no La Bree. Y más aún cuando pretende abandonarla aquí. Pero todo esto no me interesa, Juliet. Haga lo que quiera. ¡Solo le pido que no destruya la vida de Patrick! Usted...

Juliet rio nerviosa y miró el reloj de pie que había en una esquina de la sala elegantemente amueblada.

—Por un poco de pena de amor no se morirá.

Claire suspiró.

—No me entiende. Las otras personas no significan nada para usted, ¿no es así? Y tampoco las reglas... Al parecer ignora que existen algunas... Pero ¡esto tiene que entenderlo! No se trata de que abandone a Patrick, Juliet. A ese respecto, ¡no podría sucederle nada mejor! Pero por el amor de Dios, no se vaya así. Hable con él, ¡pídale el divorcio!

Juliet frunció el ceño.

—¿Y eso qué cambia? —quiso saber.

Claire se frotó la frente y la rabia se apoderó de ella.

—Por lo que se ve, nada para usted —le echó en cara—. Dentro de un minuto se habrá convertido de nuevo en la preciosa e independiente Juliet la Bree. Allá donde vaya, nadie la conocerá, nadie sabrá nada de su matrimonio y su hija. Pero Patrick se quedará aquí. Todo el mundo sabe que usted existe...

Juliet se encogió de hombros.

—Los rumores se apagan, señora Dunloe. Claro que hablarán sobre él e incluso puede que también se burlen, pero en un año todo se habrá olvidado.

—Es probable que más bien lo compadezcan —respondió Claire—. Pero nunca se olvidará si no se queda usted aquí y concluye como Dios manda este asunto. ¡Por todos los cielos, Juliet, Patrick nunca más podrá volver a casarse! O sí, después de un proceso complicadísimo. Hágame caso, yo misma lo hice. Mi marido me abandonó de la noche a la mañana también. Se supone que se marchó a China. Poco antes vendió la casa sin advertírmelo. Eso fue peor que los rumores y las penas de amor. Pero lo peor fue que yo no era libre. No era ni una mujer casada ni una viuda, y en los círculos de mi actual marido un hombre y una mujer no pueden vivir juntos sin más. —La mirada inclemente de Claire se suavizó cuando la paseó por el salón elegante y confortable de la residencia de Jimmy Dunloe. Llevaba exactamente la vida que había deseado—. Al final conseguimos el divorcio, también gracias a los contactos de Jimmy, pero fue difícil. Y caro. Pusimos anuncios en todos los periódicos del país requiriendo a mi anterior marido. Nunca se comunicó con nosotros, al final se le dio por desaparecido. Y después el juez me declaró libre. Pero no se lo deseo a nadie, Juliet. Por favor, ponga sus cartas sobre la mesa, ¡devuélvale su nombre a Patrick! —La voz de Claire tenía un tono suplicante.

Juliet miró a la elegante señora, ya algo entrada en años, con una falda de lana de cachemira y una blusa blanca primorosamente planchada. La ropa de su propia tienda. Aburrida. Tan aburrida como sus ruegos.

—Mi coche sale en veinte minutos —dijo Juliet, intentando dar a sus palabras un toque al menos de pesar—. Ahora es demasiado tarde. Y Patrick... creo que eso solo le haría daño. Pero está bien que hayamos hablado, señora Dunloe. Lo tendré... en cuenta. En caso necesario escribiré...

Juliet se puso en pie y se despidió educadamente antes de marcharse. Pero se marchó.

Claire estaba demasiado indignada para volver de inmediato a la tienda. Diría una burrada y eso no era conveniente delante de los clientes. Así que tomó otro sorbo de té, fue a la cocina y le cogió la niña a Paika.

—De ti ya se ha olvidado —musitó—. Pero no te preocupes. Sin ella estarás mejor. —Besó a la niña en la mejilla y se volvió hacia la joven maorí—. Tengo que volver a marcharme, Paika. Por

favor, dile al señor Dunloe que iré primero a ver al reverendo y luego al señor Drury, tal vez se haga tarde...

EN EL NOMBRE DEL AMOR

*África*

*Transvaal, Karenstad*

*Nueva Zelanda*

*Dunedin, Christchurch, Temuka*

1901-1902

El cerco y la batalla decisiva de Wepener fue la única gran operación militar en la que participó Kevin Drury. Una vez que los Rough Riders neozelandeses hubieron dejado la granja Van Stout, su guerra adquirió el carácter de una excursión con acampadas a través del Transvaal, interrumpida por pequeñas escaramuzas aisladas con destacamentos bóers. Los jinetes solían desplazarse por el país a lo largo de la línea del ferrocarril, pues los bóers habían amenazado con atacarla. De hecho, al principio no pasó gran cosa. Mientras los bóers conservaban ciudades aisladas y sus dirigentes viajaban a distintas partes del país se habían cerrado algunas vías de avituallamiento y de escape. Además, el grueso del ejército británico avanzaba junto a los raíles. Por eso los Rough Riders patrullaban por el veld, y Kevin se sentía a veces más transportado a un mundo de ensueño que en un combate.

El paisaje en torno al pueblo de Waterval Boven era totalmente distinto al de Nueva Zelanda. Vincent disfrutaba observando elefantes y cebras, pero a Kevin no le entusiasmó demasiado descubrir un cocodrilo, en apariencia inofensivo, en la orilla de un río. Por suerte vio al reptil antes de que este lo sorprendiera. Y aunque el guía nativo, un negro llamado Mzuli, les aseguró que la carne de esa criatura era muy sabrosa, los soldados se negaron a cazarlo y prefirieron retirarse prudentemente. En general, los animales salvajes le parecían a Kevin más peligrosos que los bóers, y se planteaba la pregunta de si los Rough Riders eran en realidad cazadores o cazados. De hecho, pocas veces conseguían vislumbrar a un destacamento de bóers. Cuando los afrikáners se alojaban en alguna granja solitaria y eran lo bastante imprudentes para dejar a sus ponis en una dehesa a la vista, los neozelandeses apresaban a diez o quince enemigos, pero era más frecuente que fuesen los bóers quienes atacasen a los Rough Riders. Durante el primero de estos combates, la unidad de Kevin tuvo una baja, pero los neozelandeses quedaron avisados, y en adelante dormían un sueño ligero y montaban guardias.

También aprendieron muy pronto a orientarse en esa tierra extraña y a distinguir los sonidos de los animales salvajes del de los ponis bóers. Cuando un centinela daba la alarma, la defensa se organizaba con rapidez, pero por regla general el enemigo disparaba a ciegas. La noche en el veld era oscura como boca de lobo y facilitaba ocultarse entre los matorrales o detrás de árboles imponentes. Si en estas condiciones alguien resultaba herido en un tiroteo, era por azar. Por tanto, Kevin y Preston Tracy tenían poco trabajo, y Vincent, ninguno en absoluto. Los caballos no padecían con las cabalgadas, prolongadas pero tranquilas, por el veld inexplorado y la hierba alta y seca, que por la noche comían a sus anchas. Cuando los hombres pasaban junto a una granja, requisaban avena y aumentaban sus reservas de víveres, y siempre encontraban resistencia. Los lances con las beligerantes granjeras constituían los momentos más peligrosos de la misión.

Los médicos pasaban las largas y cálidas noches junto a las hogueras del campamento, contándose sus vidas y bebiendo whisky. La guerra debería haber terminado ya. Bloemfontein y Pretoria habían caído, el presidente bóer Ohm Krüger había huido a Europa. El 1 de septiembre, el Transvaal fue anexionado a la colonia británica de forma oficial, la reina Victoria prolongó la celebración de su sexagésimo tercer aniversario y armó caballero en Londres a lord Roberts, un comandante en jefe durante la guerra. Mientras, lord Kitchener tenía que organizar la retirada de las tropas británicas.

El regimiento de Kevin y Tracy acampaba a finales de la guerra en medio del veld, a dos días de distancia a caballo de Pretoria. Los médicos y el grupo de treinta hombres con quienes cabalgaban se enteraron un par de días después del cese oficial de las operaciones militares.

—¿Se ha restablecido la paz? —se sorprendió Kevin—. Entonces, ¿qué ocurrió ayer, Preston?

De hecho, cuando llegó la noticia de que la guerra había terminado, Kevin estaba cambiando el vendaje a un herido. El día anterior, un destacamento bóer había asaltado el campamento al anochecer y se había enzarzado con especial vehemencia. Los neozelandeses habían matado a dos hombres y apresado a cuatro heridos; ellos, a su vez, registraron tres heridos leves y uno de gravedad. Vincent asistió a un caballo con una rozadura de bala.

—Bueno, seguro que los bóers no se habían enterado del acuerdo de paz —respondió Preston—. Quizá deberíamos andar con cuidado hasta llegar a Pretoria. Los últimos destacamentos dispersos es posible que combatan todavía un par de semanas más.

Por la noche, los Rough Riders celebraron por fin la victoria. El whisky corrió a raudales y para la última ronda en el hospital improvisado, Kevin y Preston también cogieron una botella para los bóers heridos leves.

—¡Ha llegado la paz, chicos! —anunció Kevin, achispado y muy contento. El joven cabo que había sufrido heridas de gravedad y por cuya vida el día anterior todavía habían temido, se hallaba por fin fuera de peligro—. Volvemos a ser amigos... —Tendió la botella a los hombres. Estos lo miraron sin entender. Kevin suspiró—. ¡De ahora en adelante ya podéis empezar a aprender inglés en lugar de a disparar! —informó, complacido, e intentó comunicar la noticia por medio de gestos.

A continuación confió en el probado poder del whisky para unir a los pueblos y sirvió a cada uno una ración en su cazo. Sin embargo, retrocedió sobresaltado cuando el primer cautivo le arrojó el licor al rostro.

—¿Preston? —Kevin llamó a su compañero—. Necesitamos a un intérprete, los chicos parecen algo duros de mollera.

Preston, quien como un perfecto gentleman siempre se moderaba en disfrutar del whisky, se aproximó con prudencia y pudo esquivar la taza de latón que le lanzó otro prisionero al tiempo que espetaba imprecaciones al australiano.

Kevin miraba desconcertado.

—¿No entiende? —preguntó—. La guerra ha terminado.

—Para él no —tradujo Preston—. O al menos no para su pueblo. No se hace ilusiones, a fin de cuentas está prisionero.

—Pero ¡pronto recuperará la libertad! —Kevin seguía creyendo que los bóers tenían que compartir su entusiasmo—. ¡Venga, chicos, os mantendrán cautivos un par de semanas más, pero luego os dejarán volver a vuestras granjas! Allí no tendréis más que ser un poco amables con vuestros empleados y...

Los presos lanzaron al médico una retahíla de insultos.

Preston se lo llevó consigo.

—Venga, Kevin, es como hablar con una pared —señaló—. Y tirar el whisky, desde luego... Lo necesitaremos para nosotros mismos. Esos tipos sabían que la guerra ha terminado, y por eso nos atacaron con tanta furia. Pensaban que no íbamos a dispararles y que antes de que entendiésemos que no venían para celebrarlo, la mitad de nosotros ya habríamos muerto.

—¿Lo sabían...? —Kevin recuperó de golpe la sobriedad.



Preston asintió.

—En efecto. No lo esconden. No se ven ligados a ningún armisticio. Puede que Ohm Krüger haya arrojado la toalla, dicen, pero el que desde luego no lo ha hecho es el general De Wet. ¡Para los destacamentos bóers la guerra acaba de empezar! —Preston bebió un largo sorbo de la botella—. Deberíamos montar aquí una guardia —propuso a continuación—. Los prisioneros heridos ya están bien, no vaya a ser que preparen algo. Y mejor que informemos fuera. Hay que instalar puestos de guardia esta noche y las siguientes. En todo el camino hasta Pretoria. Estoy impaciente por saber cómo está allí la situación.

Los Rough Riders no emprenderían la marcha hacia la capital del Transvaal. En su lugar llegó a la mañana siguiente otra unidad de neozelandeses, veteranos que habían llegado a Sudáfrica con el primer envío de tropas. Un comandante llamado Colin Coltrane encabezaba el grupo de cuarenta hombres y los conducía con un orden tal que parecía un auténtico regimiento de caballería en lugar de un montón de jinetes uniformados.

—¡Y a partir de ahora también tomo aquí el mando! —declaró Coltrane al atónito capitán que hasta el momento dirigía la tropa en la que iban Kevin y los otros médicos—. ¿Se puede saber qué clase de unidad es esta? ¿Es usted el capitán? ¿Por qué ninguno de ustedes se pone firme?

El hombre, carpintero en las Fjordlands en la vida civil, enrojeció de inmediato. Había sido elegido por sus hombres como capitán y dirigía su unidad como un cuerpo expedicionario más que como un destacamento militar. Quien tenía algo que decir, lo hacía y nadie se molestaba por ello. Coltrane dejó claro a los hombres que a partir de ese momento las cosas funcionarían de otro modo.

—¡Esto es el ejército británico, hombre! Y de hoy en adelante así vamos a comportarnos. ¡No estamos yendo de pesca! Sigue usted sin cuadrarse, capitán, ¿es que nadie le ha enseñado cómo se hace?

El capitán Jones y sus hombres pasaron la siguiente media hora practicando posiciones y las horas siguientes realizando numerosos ejercicios a pie y a caballo.

—¿Qué clase de individuo es este? —preguntó Vincent consternado cuando por la noche se reunió con Kevin y Preston junto al fuego—. ¿Y qué hace aquí? Pensaba que la guerra había terminado. —El veterinario regresaba de hacer la última ronda por las dehesas de los caballos y le habían detenido en uno de los nuevos puestos de guardia, donde le habían preguntado de malas maneras su nombre y el grado. Además, le pidieron una contraseña que Vincent ignoraba—. Por Dios, si el segundo guardia no me hubiese conocido, es posible que me hubiesen disparado. Un chico muy joven que casi se mea en los pantalones, tanto miedo le tiene a su comandante.

Vincent buscó la botella de whisky, era evidente que necesitaba un refuerzo.

Kevin la sacó de un montón de leña.

—Aquí tienes, pero luego la escondes otra vez, a partir de ahora es posible que se racione el whisky.

Vincent lo miró incrédulo.

—La guerra no ha terminado, pero eso ya se veía venir después del último ataque —explicó Preston. Había tenido servicio de urgencia y había curado un par de ampollas que les habían salido a los Rough Riders practicando el paso de la oca. Naturalmente, estos no solo se habían explayado con sus quejas, sino que habían dejado caer algunos comentarios sobre su nuevo capitán—. De hecho

solo se han liberado las ciudades, pero los destacamentos bóers siguen luchando. En las últimas tres noches se han producido tres ataques en el trecho de la línea de ferrocarril entre Johannesburgo y Ciudad del Cabo. En cada caso hicieron saltar varios cientos de metros de raíles separados por espacios de ochenta kilómetros. Lord Kitchener está furioso. Está enviando refuerzos a todas las unidades y formando patrullas nuevas. De retirar las tropas no se habla más.

—¿Y por eso tenemos que hacer ahora prácticas y racionar el whisky? —preguntó Vincent enojado—. ¿A las órdenes de tipos como Coltrane?

Preston se encogió de hombros.

—Apuestan por la experiencia de los militares de profesión. Lo que ellos hagan depende de cada uno. Y nuestro Coltrane es neozelandés. Eso al menos dicen los **aussies**. Los kiwis afirman que es irlandés. Pero no cabe duda de que es un oficial inglés diplomado en la academia Sandhurst. Después su trayectoria dio un giro. Se supone que dejó el servicio y que ahora ha vuelto como voluntario.

—Por su aspecto se diría que ha combatido en varias guerras —señaló Vincent, mientras se servía un whisky.

En efecto, el rostro del comandante estaba surcado de cicatrices. Le faltaba algún diente, tenía la nariz y la mandíbula torcidas tras varias fracturas seguramente. Esto dificultaba calcular su edad, toda vez que los mechones blancos entre el cabello rubio apenas se veían. Era un cabello rubio con un brillo dorado casi metálico.

Kevin Drury se mordió el labio.

—A mí me parece que lo conozco. Y que esas heridas no son de guerra, más bien de peleas con jugadores y corredores de apuestas —explicó—. Tal vez me equivoque, Coltrane es un nombre corriente y entonces yo era bastante pequeño todavía. Pero el color del cabello es igual al del tipo que dejó embarazada a mi hermana y la abandonó cuando mis padres no querían entregarle una cantidad abusiva para la dote. Se casó entonces con una rica heredera a la que hizo desgraciada. Ella le financió un hipódromo para trotones o algo similar en las Fjordlands, que luego él arruinó. Hubo algo relacionado con apuestas amañadas... Pero antes asistió a una famosa academia militar. El diploma es auténtico.

Vincent y Tracy se quedaron atónitos.

—¡El mundo es un pañuelo! —observó este último.

Vincent y Kevin rieron.

—¡Nueva Zelanda es un pueblo! —le contó Vincent al australiano—. En cualquier caso, la Isla Sur. Pero ¿ahora qué hacemos? Una vez sabido todo esto, me refiero.

Tracy hizo un gesto de ignorancia.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer? Cazar dotes no es propio de un caballero, pero tampoco está prohibido. Y que amañase apuestas tampoco le importará al Alto Mando. No mientras sea un buen oficial. Observemos primero cómo se comporta. Y si no congeniamos con él, nos buscamos otro destacamento.

Hasta entonces los médicos habían podido decidir libremente en qué grupo de Rough Riders querían estar. El comandante Colin Coltrane también acabaría pronto con eso. Ya al día siguiente, inspeccionó la enfermería.

—¿Son ustedes los oficiales médicos? ¿No son miembros de ninguna unidad concreta? Entonces pertenecen a partir de ahora a este regimiento, lo haré oficial mientras permanezcamos cerca de

Pretoria. Recibiremos más refuerzos. Al parecer, los bóers amplían ahora sus destacamentos.

—¿Los amplían? —preguntó Tracy—. ¿Cómo? No tienen regulación para el llamamiento a filas y ahora que la guerra oficialmente ha terminado...

—Se están reuniendo varios grupúsculos —informó Coltrane—. Y gracias al acuerdo de paz, disponen ahora de contingentes libres, todas las tropas de ocupación de las ciudades que ahora están libres. En general no se les ha declarado prisioneros de guerra.

Por su tono, se deducía que lo consideraba un error. Por otra parte, en su rostro desfigurado era difícil vislumbrar cualquier emoción.

—Prepárense para trabajar. ¡Combatiremos contra esos tipos sin piedad!

Para los Rough Riders eso significaba hacer honor por primera vez a su nombre. Colin Coltrane acabó con las tranquilas cabalgadas de las patrullas que ignoraban si eran cazadores o cazados. Los cazadores tenían que ser, definitivamente, los neozelandeses, y para ello debían controlar un territorio más grande y moverse más deprisa. En las semanas siguientes los hombres pasaron de once a doce horas diarias a caballo. Ya no podían dedicarse a la caza que regularmente había enriquecido sus comidas. Coltrane también prohibió disparar los fusiles para no revelar la posición en que se encontraban. La alimentación, como consecuencia de ello, consistía en galleta marina y carne seca, que era ingerida a lomos del caballo. Tras un par de días, Vincent se quejó de que los animales perdían peso con ese tipo de vida.

—Aquí la hierba no es especialmente nutritiva —lo justificó—. Si los animales tienen que alimentarse de ella, necesitan comer durante más tiempo.

Coltrane puso un mohín, pero tomó nota de la advertencia del veterinario. Pese a ello, su estrategia fue distinta de la que Vincent había esperado.

—Solicito que se registren voluntarios para comandos especiales que se encargarán de requisar provisiones —ordenó durante el desfile previo a la cabalgada matinal. Los Rough Riders cabalgaban en filas de cuatro, seguidos por el carro cocina y los médicos con sus mulos—. Se alejarán de las líneas férreas y se dirigirán directamente a las granjas bóers. Allí requisarán avena para los caballos y pernoctarán si las granjas no están demasiado lejos. Eso dependerá también de las provisiones de heno. El sargento Beavers llevará el mando.

—¿Ese? —refunfuñó Vincent a sus amigos—. Es el chico que la primera noche casi me disparó porque no sabía la contraseña. Un tipo desagradable.

Kevin se encogió de hombros.

—En fin, no es imprescindible ser un tipo sensible para birlarle la avena a las mujeres bóers —señaló—. ¿No quiere acompañarlos, Preston? ¿Para traducir de vez en cuando?

Preston Tracy asintió, se dirigió a Coltrane y se registró para cumplir el servicio. El comandante lo estudió con la mirada. Luego asintió.

—Llevar a un médico siempre es bueno. En cuanto a lo de entenderse, confío en Beavers. Él dejará claro a las mujeres lo que queremos.

Así pues, el destacamento se separó de la unidad principal, que ese día consiguió hacerse con

un primer triunfo. Descubrieron a un bóer muy joven, seguramente un espía, que al poco tiempo los condujo al escondite de su destacamento.

Kevin, al que habían indicado que montara el hospital de campaña y esperase a los heridos cerca de la línea de ferrocarril, se asombró de ello.

—Suelen ser muy testarudos —comentó a Vincent. Coltrane tampoco había querido que el veterinario los acompañara durante el ataque, si bien este prefería mantenerse cerca de sus protegidos. Al fin y al cabo, un caballo herido no podía cargarse tan fácilmente sobre un carro tirado por mulos como un soldado herido—. ¿Y ahora Coltrane charla un rato con el tipo y este traiciona a sus compañeros?

Vincent adoptó un aire compungido.

—¿Has visto al joven cuando se han ido? No me he acercado demasiado a él, pero apenas se sostenía sobre el caballo. Sea como fuere, Coltrane no se ha conformado con decirle unas palabras amables.

El campamento de los bóers no estaba muy lejos, los médicos oían con claridad los sonidos del combate. Al parecer, Coltrane y los Rough Riders estaban batallando en serio contra el destacamento bóer. Poco después llegaron un par de heridos leves.

—A sus heridos los llevan a la granja —informó un cabo mayor con una rozadura de bala—. Los hemos pillado por sorpresa. Ese Coltrane es un cabrón, pero de estrategia sabe un montón. Ha planeado el ataque con acierto, a ninguno de nosotros nos habría pasado nada si el chico al que... bueno... al que convenció para que nos llevara al campamento, no se hubiese largado. En el último momento, antes de que llegáramos, espoleó al caballo y avanzó por el kral en que se habían atrincherado. Coltrane lo derribó del caballo con un disparo, pero ya nos habían descubierto.

Vincent lanzó a Kevin una significativa mirada. Lo derribó de un tiro... El espía no era más que un niño.

—¿Ha habido más... hummm... bajas? —preguntó Kevin.

El hombre asintió.

—¡Docenas! —contestó con orgullo—. El comandante cree que es mejor matar que apresar. ¿Adónde íbamos a ir con esa gente? En cualquier caso, ha sido una gran victoria.

—Y el comando especial también ha triunfado —explicó el otro hombre, al que Vincent le estaba vendando la mano—. Han desalojado una casa mediante humo y conseguido alojamiento para la noche. Es donde tienen que montar el hospital, doctor Drury. Su colega Tracy ya está allí.

Todos los hombres podían cabalgar todavía y contaban con los datos precisos sobre la situación de la granja. De todos modos, era difícil que pasara inadvertida, pues se habían quemado partes de las dependencias. Las llamas se habían apagado, pero de los escombros ascendía humo. La vivienda, como enseguida comprobó Kevin.

—Hubo que hacerlo así, las mujeres se habían atrincherado dentro.

Beavers presentaba el parte en ese momento a Coltrane. El comandante había llegado a la granja con su regimiento y cincuenta prisioneros pese a la masacre.

Kevin y Vincent no escucharon mucho más. Divisaron a Preston Tracy en la entrada del pajar y estaban ansiosos por conocer su versión. Ambos se estremecieron ante el aspecto que ofrecía el joven médico. El rostro de Preston estaba pálido y contraído de asco y horror. Ofrecía un aspecto mucho peor que después de la batalla de Wepener.

—¿Sabe tratar las quemaduras? —preguntó a Kevin sin más—. Nunca he curado a quemados... y

aquí hay dos niños.

Un cuadro horrible esperaba en el pajar a Kevin y Vincent. Sobre unos sacos de paja yacían dos niños. Uno lloraba de dolor y el otro estaba inconsciente. Una anciana, tal vez la abuela, lo mecía en brazos, era una niña. Kevin tampoco sabía demasiado de quemaduras, aunque algo más que el oftalmólogo. Enseguida vio que al menos la niña no podía salvarse, y Vincent lo corroboró. Sorprendentemente, era el veterinario quien tenía más experiencia con quemaduras. Tras un incendio en un establo de Blenheim había tratado a los animales.

—Espero que no recupere el conocimiento —susurró, mirando las horribles quemaduras de la pequeña—. ¿Tenemos morfina para el niño?

Kevin se apresuró a descargar los mulos y suministrar al niño una dosis de morfina. La anciana, cuyas manos y brazos también mostraban ampollas, rechazó cualquier ayuda. Se puso histérica cuando Vincent le quitó de los brazos a la criatura agonizante. Los médicos no pidieron a Tracy que les tradujera, era evidente que la mujer los culpaba de lo ocurrido.

—Por el amor de Dios, ¿qué ha ocurrido aquí? —preguntó Kevin.

Preston, Vincent y Kevin trabajaron durante unas horas asistiendo a los heridos en el combate. Los dos neozelandeses en estado grave sobrevivirían; resultaba extraño, pero no había bóers heridos. Tracy estaba callado como una tumba. Pareció palidecer todavía más cuando Kevin y Vincent trataron al niño quemado: no podían hacer mucho más que quitarle la piel chamuscada y ponerle vendajes limpios. La anciana seguía sin permitir que nadie se ocupase de ella, y la niña pequeña murió sin haber recuperado el conocimiento.

En esos momentos, el niño dormía bajo los efectos del opiáceo, la abuela estaba sentada junto a él y miraba al vacío. Los médicos se retiraron agotados y con una botella de whisky. Hasta el momento el racionamiento no les atañía. Preston Tracy tenía sus preferencias en relación a las marcas de whisky y la que tenía haría las delicias de los hombres. En lugar de servirse del suministro general, siempre contaban con botellas propias. En ese momento, Preston tomaba unos tragos largos; era evidente que buscaba el olvido en el alcohol.

—Ha sido espantoso —contó en voz baja—. Había tres mujeres de tres generaciones, y una era muy joven. Y tres niños, el mayor de ocho o nueve años... —El pequeño herido debía de tener cinco años, y la niña muerta era casi un bebé—. Por supuesto, las mujeres estaban armadas, al igual que el niño mayor. Cuando nos acercamos dispararon, como siempre. Pero esta vez habría dado igual ignorarlas, pues se habían atrincherado al fondo de la casa y nosotros solo queríamos avena. Podríamos haber ido el establo y llevarnos toda la que hubiera. Pero entonces prendieron fuego a la casa. A la mujer más joven la abatieron de un disparo. Los niños huyeron hacia el interior y las otras mujeres fueron tras ellos. Entonces salió el niño mayor con la ropa quemada... ¡y volvieron a disparar! El crío no habría muerto de las quemaduras, lo podéis comprobar, su cadáver está detrás del pajar. Pero ellos... ellos ¡dispararon al pecho de un niño de ocho años! Luego la casa se desmoronó y finalmente salió la anciana con los dos pequeños. Y yo escogí a dos o tres hombres sensatos que estaban tan horrorizados como yo y buscamos a los supervivientes. Sacamos a la niña pequeña... —Tracy temblaba.

—No habría tenido que hablar de los caballos... —murmuró Vincent.

Kevin volvió a llenar de whisky los vasos de sus colegas.

—Habrían encontrado otra razón —consoló al veterinario—. Ese Beavers es un cabrón. Y Coltrane también, lo conocía, sabía a las órdenes de quién ponía el destacamento. Pero esto tendrá

consecuencias. Lo comunicaremos...

—Eso —dijo Tracy, vaciando su vaso de un trago— no devolverá la vida a los niños.

El regimiento permaneció dos días en la granja incendiada, cuyo nombre nunca averiguaron. Luego transportaron al campamento a los prisioneros, así como a la anciana y el niño superviviente. Los dos se encontraban mal, la mujer tenía fiebre después de haberse negado a recibir asistencia y comida. Las heridas del niño parecían sanar, pero necesitaría mucho tiempo para estar completamente curado.

—Y mucha morfina —señaló Tracy, al tiempo que le daba una dosis más antes de que se lo llevaran—. ¿Habrà suficiente en el campamento?

Coltrane, que supervisaba el transporte de evacuación, lo miró con desdén.

—En los campamentos de prisioneros ingleses el suministro es modélico —declaró con arrogancia—. Es posible que estos rústicos nunca hayan estado tan bien alojados, por no hablar del cuidado y asistencia médica. Así que no se queje, oficial médico, al niño no le pasará nada.

Tracy no respondió. Y Kevin y Vincent se esforzaron por no pensar más en su pequeño paciente cuando la poderosa caballería de los Rough Riders partió.

Al principio no encontraron ningún cargo superior al que informar acerca de Beavers y Coltrane, pero eso pasó a segundo plano muy pronto porque las nuevas órdenes de Kitchener justificaron su posterior proceder. Si bien los británicos no se retiraban, sino que cada vez eran más los soldados que intervenían para patrullar a lo largo de las líneas férreas y ampliar el territorio limpio de destacamentos bóers, los ataques no acababan. La mayoría de las veces, las vías eran el objetivo de los grupos rebeldes, pero de vez en cuando también los depósitos de víveres o municiones británicos. Parecía como si por cada destacamento que se aniquilaba, se formasen nuevos o se separasen de otros. El daño causado era inmenso y las tropas del Imperio se veían impotentes. El país era demasiado grande para tenerlo bajo control.

—Y también es complejo —señaló Kevin cuando en el descenso acamparon en un valle cuya belleza y diversidad era cautivadora. Un lago azul yacía a la sombra de unas escarpadas formaciones pétreas, y unas pendientes boscosas protegían las tierras de cultivo que había en las riberas. La granja a la que pertenecía se elevaba en medio de altos árboles—. Aquí uno tiene la posibilidad de esconderse por todas partes. Si no se pillan *in fraganti* los destacamentos, nunca se da con ellos.

—Y tampoco se morirán de hambre. —Vincent lanzó una mirada de pura envidia a los campos que se extendían a sus pies. Los Rough Riders volvían a quedarse sin provisiones, llevaban días viviendo de raciones de emergencia—. Esos encuentran en cada granja acogida, pero nosotros no podemos inspeccionar todas las fincas pequeñas.

También lord Kitchener llegó a esta conclusión muy poco tiempo después y extrajo de ahí terribles consecuencias. Con la siguiente entrega de víveres, ansiosamente esperada, llegaron nuevas órdenes. De ahí en adelante quemarían y devastarían las granjas y campos bóers.

—¡Podrán luchar! —advirtió Kitchener—. Pero no tendrán nada que comer.

—¿Y de dónde sacaremos nuestro avituallamiento? —preguntó Kevin cuando vio la segunda granja del día en llamas. Antes habían capturado a las mujeres y los niños, que esperaban ser transportados a un campo de prisioneros—. Las provisiones para las tropas se requisaban en las granjas, ¿o me equivoco?

Tracy se encogió de hombros.

—No permiten que las tropas pasen hambre —señaló el médico—. Pero ¿qué ocurre en esos

campos de prisioneros? ¿Los ha contado alguna vez? Solo nosotros apresamos la semana pasada cincuenta mujeres y niños. Haciendo un cálculo aproximado de todas las unidades, se convierten en miles. Y aquí estamos quemando la cosecha que en realidad debería alimentarlos.

Kevin pensó con cierto pesar y mucha preocupación en la granja Van Stout. ¿Habrían destruido también el hogar de Doortje? ¿Qué habría ocurrido con su padre y su prometido? Por lo que Cornelis había contado de ellos, parecía improbable que los hombres hubiesen abandonado las armas.

Era algo que tampoco hacían los bóers en ese momento, la destrucción de las bases de su existencia parecía tan solo incrementar su rabia. En los contados casos en que el regimiento de Coltrane se topaba con un destacamento, los hombres luchaban espoleados por la desesperación. Tampoco solían hacer prisioneros en esas ocasiones, los bóers se defendían hasta morir.

A continuación, Kitchener adoptó más medidas que dejaron a la vista su desmoralización y casi costaron una fortuna al Imperio, como observó Kevin. A lo largo de la línea ferroviaria del Transvaal se construyeron bloques y cabañas de chapa ondulada en las que se instalaban siete soldados. Entre esas construcciones los británicos colocaron alambre de espino y tendieron barreras. Trampas en las que caerían los destacamentos bóers, cuya fuga se evitaría así.

Después de que el regimiento de Coltrane hubiese apresado al primer destacamento, Vincent estaba furioso. Sin tener la menor consideración, los bóers lanzaban a sus ponis hacia las vallas. La mayoría retrocedían asustados, pero algunos animales intentaban saltar. Si no lo conseguían, el veterinario tenía que coserles la herida o, muy a menudo, sacrificarlos.

—También conducen rebaños de bueyes contra las cercas —observó Tracy, que en algún sitio había encontrado un diario. Los hombres acampaban por el momento en Witbank, cerca de Pretoria, y, excepcionalmente, estaba garantizado que llegaría el refuerzo—. Los toros en estampida derriban la alambrada y el general De Wet y sus hombres pronto se habrán marchado de nuevo.

—Y a sus espaldas los animales la diñan en el veld —gruñó Vincent—. Sé que los bóers luchan con un tesón nunca visto, pero ¡no soporto a esa gente!

Los otros médicos rieron.

—Y yo no soporto a Coltrane —reconoció Tracy más tarde, cuando se hizo de noche. Llovía, algo extraño en Sudáfrica, y los médicos se habían instalado con su pequeña enfermería en una cabaña. Apenas había pacientes por el momento, solo los soldados estacionados en ese trecho de la línea de ferrocarril consultaban a los médicos sus pequeños achaques. La situación, no obstante, podía cambiar de repente. Algunos bloques estaban equipados con teléfonos y acababa de llegar la noticia de que Coltrane y sus hombres perseguían a un destacamento enemigo.

—Ese tipo es como un perro de presa, frío como el hielo y despiadado. Esas mujeres y esos niños de las granjas... Solo tenemos que castigar a las que tienen hombres en el frente y los apoyan de forma activa. Pero la última cuya casa quemó hasta derribarla era viuda. Y no era más que una cabaña. ¿Cómo va a reconstruirla? Eso solo alimenta el odio...

Kevin hizo un gesto de impotencia.

—Es la guerra, Preston —dijo cansado.

Tracy arqueó las cejas.

—¿Una guerra contra mujeres y niños? Además, nos estamos haciendo bastante impopulares para el resto del mundo. Los diarios internacionales informan con antipatía sobre nosotros y toman partido por los bóers.

Vincent levantó la mano.



—¡Callad! —dijo en voz baja—. Ahí fuera pasa algo.

Los caballos atados delante de la cabaña piafaban inquietos y Kevin reconoció el relincho de Silver.

—A los animales no les gusta este clima —indicó—. Cuando Silver regrese a Nueva Zelanda, tendrá que volver a acostumbrarse a nuestro llorón dios del cielo.

Y entonces se repitió el relincho. Tenía un tono de urgencia, pero también de añoranza y reclamo, lo que llamó la atención de Kevin. Silver era un castrado tardío, por lo que todavía se interesaba por las yeguas. Delante de la cabaña solo había una, Colleen, de Vincent, a la que Silver conocía desde hacía meses. Kevin se levantó alarmado. La llamada anhelante del animal indicaba solo una cosa: ¡olfateaba yeguas desconocidas! También Vincent había interpretado correctamente el relincho del animal. Cogió su fusil.

—¡Salgamos a echar un vistazo!

Kevin lo siguió, al igual que los tres soldados con quienes compartían alojamiento. En el exterior era noche cerrada y Kevin palpó en busca de la linterna. El soldado que estaba junto a él le dirigió un gesto negativo con la cabeza. ¡Mejor sin luz! Si fuera estaba pasando algo, no había que alertar al enemigo. Los soldados escudriñaron la noche, pero Kevin solo tenía que ver a Silver para saber dónde había que buscar. El caballo ponía ansioso las orejas en punta y miraba hacia el oeste. Kevin siguió su mirada. Las vías trazaban ahí una curva, no se alcanzaba a ver la siguiente cabaña. Pero si uno sabía hacia dónde mirar, reconocía en la oscuridad la silueta de un poni y oía un tintineo.

—¿Solo uno? —murmuró Vincent.

Un soldado se deslizó junto a los dos, protegidos por la cabaña.

—El primero corta el alambre —explicó el soldado, un cabo—. En el recodo. Cuando esté listo, vendrán los otros con la dinamita. —Avanzó cobijado por el edificio.

—¿No deberíamos apresarlo? —preguntó Vincent.

El cabo mayor negó con la cabeza.

—No. Nos pondremos al acecho hasta que todos hayan llegado. ¿Por qué atrapar a uno pudiendo atrapar a cinco o seis? O más. Seguro que es el destacamento que persigue el comandante Coltrane.

Kevin y Vincent intercambiaron breves miradas. Era conveniente apresar a esos hombres. Si caían en manos de los médicos y soldados de guardia, que en comparación eran tranquilos, en lugar de toparse con Coltrane y sus tiradores de precisión, podrían salvar sus vidas.

Atentos y con los fusiles preparados, los hombres contemplaron cómo el primer bóer luchaba con unas tenazas contra la alambrada de espino y luego hacía un gesto con la mano, tras el cual aparecieron otros. El cabo, entretanto, había informado en la cabaña y la guarnición de la casa siguiente, tras la curva de los raíles, estaba alerta. En cuanto los bóers empezaran a sabotear las vías, atacarían. Los fusiles estaban listos. Fueron ocho hombres los que se deslizaron por los agujeros de la valla y osaron introducirse en el peligroso terreno que había entre dos alambradas.

—Dos seguro que van con fusil, a esos tendríamos que eliminarlos —susurró el cabo mayor. Señaló las armas de los médicos—. ¿Sabéis manejarlas?

Kevin y Vincent asintieron.

—Bien. ¡Venid conmigo!

Los hombres se aproximaron sigilosamente, los bóers estaban tan concentrados en su sabotaje que no parecían darse cuenta de nada. Solo dos de ellos controlaban lo que sucedía alrededor.

—¡Soltad las armas! ¡Rendíos!

El propio Kevin casi se asustó cuando resonó el grito de un soldado de la cabaña vecina. Al mismo tiempo se encendieron las linternas que, si bien no iluminaron el trecho de los raíles directamente, deslumbraron a los tiradores bóers. Pese a ello, dispararon a los ingleses, quienes respondieron al fuego. Para ellos la visión era sin duda mejor, los bóers armados enseguida cayeron. El cabo que estaba junto a Kevin derribó a un saboteador. Otro intentó activar uno de los explosivos, pero desde la segunda cabaña de madera resplandeció un fogonazo y el hombre se desplomó sobre la dinamita. Tres iban a huir. Uno intentaba trepar por la alambrada de espinos al otro lado de los raíles, y los otros dos corrían junto a las vías. Los soldados les cortaron el paso disparando al suelo delante de ellos y enseguida los rodearon. No tenían ninguna posibilidad y se quedaron quietos a disgusto, dispuestos a rendirse. Solo uno, un joven torpe, tiró todo lo que llevaba en las manos y levantó los brazos: no pensaba sacrificarse por «la santa causa de los bóers».

Kevin se acercó y le iluminó el rostro con una linterna.

—¡Cornelis! —exclamó perplejo—. ¿Cornelis Pienaar?

—¡Doctor Drury! —Había un deje de alegría en la voz del muchacho.

El joven bóer dio dos pasos vacilantes hacia Kevin, quien se percató de que cojeaba. Y entonces se desató un infierno alrededor. Las balas zumbaban a través de la noche y su sonido se mezclaba con el ruido de los caballos al galope. Kevin tiró de Cornelis hacia el suelo y agachó la cabeza cuando un poni, llevado por el pánico, saltó por encima de los dos.

—¡Al centro! ¡Llévalos hacia el alambre!

Gritos en inglés. Kevin se atrevió a levantar la vista y distinguió más ponis que con sus jinetes tropezaban contra los raíles. Les seguían los caballos de los Rough Riders, quienes disparaban desde las sillas de montar. ¡Y no solo a los bóers que huían! Horrorizado, Kevin vio caer a los saboteadores que acababan de rendirse. Los soldados de las cabañas gritaban, temiendo que los confundiesen con bóers y también los abatiesen. Kevin permaneció tendido y obligó a Cornelis a imitarlo. Los gritos y los tiros se alejaban, pero el fragor del combate no se apagó. Kevin sabía lo que estaba sucediendo: a unos doscientos metros, detrás de la cabaña, había una trampa preparada y los bóers no tendrían escapatoria. Entonces debían escoger entre rendirse o pelear. Ese destacamento peleaba.

Cornelis también parecía saberlo. Gimió.

—¡Kevin! ¿Estás bien? —Kevin reconoció la voz de Vincent. No le había oído aproximarse a causa del estrépito, pero en ese momento el veterinario dirigía la linterna a su amigo, todavía tendido en el suelo—. ¿O te ha atropellado el caballo? Estabas justo en su camino...

Kevin se enderezó.

—No, el poni dio un salto limpio por encima de nosotros —respondió—. Los británicos deberían haberlo requisado, ese animal tiene potencial para las carreras de obstáculos. Como sea, pensé que era mejor mantenerme cuerpo a tierra. Y además... —Señaló a Cornelis, que se estaba irguiendo. Kevin le ayudó a levantarse.

Vincent se lo quedó mirando.

—¿No es el paciente de la granja Van Stout? —preguntó atónito. Kevin asintió—. ¿Qué hace usted aquí? —inquirió Vincent a Cornelis—. ¡La pierna no se le puede haber curado todavía!

El joven lo miró con una expresión entre obstinada y avergonzada.

—Soy un bóer —dijo—. Y un bóer se ríe de una cojera. Al menos no evita cabalgar cuando Dios y la patria le piden que coja las armas. —Y esbozó una sonrisa triste.

—Entonces, ¿este es el destacamento de Adrianus van Stout? —preguntó Kevin perplejo—. ¿Tan al norte de Wepener?

Cornelis negó con un gesto.

—Este era el destacamento de Martinus de Groot —dijo—. Adrianus van Stout cayó en combate hace dos meses. Martinus se hizo cargo del mando y me reclutó. Justo un mes después de que ustedes me recompusieran. —Se frotó el polvo de la cara.

El sonido del combate se iba acallando. O los bóers se habían rendido o, más probable, la brigada de Coltrane los había matado o hecho prisioneros. Seguramente los británicos estarían desarmándolos.

—Pero ¿no era usted un prisionero de guerra? —se sorprendió Vincent—. Vayamos a la cabaña para organizar la enfermería, Kevin. Seguro que muy pronto llegarán heridos; aunque otra vez solo ingleses...

Kevin apretó los labios. Vio cómo el cabo mayor que acababa de detener a los dinamiteros examinaba a los cautivos y luego a los caídos, en busca de indicios de que aún respirasen. Hizo un gesto negativo con la cabeza en dirección a Kevin. Era innecesario que el médico los reconociese.

—Mi madre y mi tía me sacaron a escondidas —respondió Cornelis—. Justo después de vuestra partida...

—¿Recién operado? —preguntó horrorizado Kevin—. ¿Con una sutura en la arteria que podría habersele abierto?

Cornelis hizo un gesto resignado y emitió una exclamación ronca, de sobrecogimiento. Se acercó dando traspies a uno de los caídos, el hombre que había intentado escapar por la alambrada. En vano, por supuesto, pero las heridas que se había hecho con el espino no lo habían matado. El hombre alto y rubio había muerto de un disparo en la espalda.

—Martinus... —susurró Cornelis.

Kevin se lo quedó mirando.

—Es... ¿Martinus? —musitó.

Cornelis asintió.

Kevin y Vincent le ayudaron a desprender el cuerpo del prometido de Doortje van Stout de la alambrada.

Un mes más tarde, Kevin Drury se encontraba ante el comandante Robin, a cuyas órdenes se hallaba todo el regimiento de Nueva Zelanda desde comienzos de la guerra. El comandante y dos asesores militares habían escuchado la queja que el joven les había presentado acerca de Colin Coltrane, y a continuación el comandante expresó su parecer.

—El comandante Coltrane no tiene conciencia de culpa —señaló sin dar demasiadas explicaciones—. Se acercaba a galope tendido, y además era de noche. Los jinetes no podían distinguir si los sabotadores que estaban junto a las vías ya se habían rendido o no.

—Tenían los brazos alzados... —observó Kevin.

—Si fue así, el comandante Coltrane y sus hombres no se percataron. El hombre al que dispararon por la espalda estaba intentando huir, ¿no es así? —Robin revolvía unos expedientes sobre la mesa.

Kevin suspiró.

—El hombre se había quedado enganchado a la alambrada. Todavía no habíamos conseguido liberarlo, pero no podía oponer resistencia y tampoco fugarse. Dispararle fue un acto gratuito. Igual que matar a tiros a veintitrés de los treinta jinetes fugitivos...

—Esos hombres disparaban a los Rough Riders —señaló uno de los asesores, un lugarteniente—. El comandante Coltrane no tuvo más remedio que contestar. Después de exigirles que se entregasen, entiendo yo...

—¿Y murieron todos? —preguntó Kevin—. ¿Ni un solo herido? Mi compañero y yo hemos inspeccionado los cadáveres. La mayoría de las balas mortales fueron disparadas desde corta distancia...

Robin levantó los brazos.

—Doctor Drury, ya lleva usted meses aquí, conoce a los bóers. Muchos de ellos luchan hasta la muerte, y algunos de nuestros soldados han pagado con su vida el simple hecho de inclinarse con la intención de ayudar a un herido. De ahí que cuando uno tiene cierta experiencia no baja el arma. Y también dispara. Desde bien cerca. Ahora bien, suponer que los soldados tiraban a matar...

—Cuando además usted no estuvo ahí —añadió el segundo lugarteniente.

Kevin se frotó la frente.

—Pero los demás abusos, los incendios...

—Todo en el marco de lo que ordena el Estado Mayor —respondió Robin—. Tal vez la estrategia de lord Kitchener no nos guste, y estoy seguro de que tampoco el comandante Coltrane es partidario de luchar contra mujeres y niños. Pero su comportamiento ha sido absolutamente correcto. Sus acusaciones son inconsistentes, doctor Drury, sea razonable.

Kevin tragó saliva y se puso firme.

—Muy bien, señor —dijo—. Por lo demás... sé que no es mi competencia y, si así debe ser, castígueme señor, pero mi conciencia no me permite seguir a las órdenes del comandante Coltrane.

—Coronel Coltrane —corrigió uno de los lugartenientes—. El comandante ha sido ascendido.

Kevin se frotó las sienes.

—Me niego a seguir sirviendo a Colin Coltrane —concluyó—. Trasládenme o encarcélenme, me da igual. Pero no voy a seguir formando parte de esto.

Los oficiales británicos inspiraron hondo, mientras el comandante Robin permanecía tranquilo.

Quizás el comportamiento de Kevin era insolente para el ejército británico, pero ya había visto a los kiwis violando las ordenanzas. Para él era una injusticia encarcelar por motivos de disciplina a esos rebeldes valientes y, precisamente en esa guerra de guerrillas, de un valor incalculable. Sonrió.

—Quiere el azar que yo mismo ya hubiera pensado con anterioridad en otro puesto para usted. —Miró a los asesores cuando uno de ellos fue a protestar. Un minuto antes, nadie había hablado de trasladar al oficial médico Drury, pero la improvisación ofrecía a Robin la posibilidad de satisfacer la demanda de Drury sin reforzar su reticencia. Si los británicos tan solo hubiesen sido algo más diplomáticos...—. Precisamente alguien como usted, que alimenta en cierta medida simpatías frente al enemigo...

Kevin se puso tenso.

—No deseo confraternizar con...

Robin, un hombre fuerte, con el cabello que empezaba a encanecer, movió la cabeza negativamente.

—Tampoco vamos a obligarle a ello. Al contrario, valoramos su desvelo, sobre todo por las mujeres y los niños bóers. Por eso me gustaría ofrecerle un lugar en el que podrá brindarles su ayuda. Oficial médico Drury, a partir de ahora se encargará usted de la dirección del campamento de refugiados de Transvaal.

—¿El campamento de refugiados? —Barrister rio sin alegría, ni siquiera de bromista. Tal vez lo más exacto fuese calificar su risa de resignada—. ¡Tendría que escuchar hablar acerca de esos sitios a Emily Hobhouse! Se refiere a ellos como a campos de concentración, cuando no de exterminio.

—He oído decir que esa señora exagera —objetó Kevin.

Había escuchado en el puesto de mando de Robin que su anterior superior dirigía un hospital militar en Pretoria y había salido en su busca. Barrister mostró su alegría al volver a verlo y enseguida lo invitó a comer en el casino de oficiales. Kevin disfrutó de una cena fantástica, aunque algo exótica, pues se sirvió filete de león.

—A mí, personalmente, me parece una dama muy sensata —contestó Barrister y bebió un trago de vino—. He hablado con ella y conozco a la familia. Y las cifras tampoco engañan: casi ochocientos muertos solo en el último mes. Las condiciones al parecer son nefastas. Y el término «campo de refugiados» tampoco es exacto, las mujeres no llegan ahí de forma voluntaria, antes al contrario, las llevan bajo vigilancia y en condiciones nada agradables. Debería llamarse «campo de desarraigados». Pero da igual cómo se denomine el campo, según la señorita Hobhouse reinan allí unas condiciones inhumanas. Lo cual es lógico: esos recintos se encuentran, por así decirlo, al final de la cadena de abastecimiento. En alimentación y medicinas, allí solo llega lo que las tropas, las oficinas militares, los hospitales y la población de las ciudades no necesitan. Y el abastecimiento es en general malo: nada se obtiene incendiando los campos de cereales de todo un país.

Kevin se mordió el labio.

—¿Se refiere entonces a que haría mejor rechazando el puesto?

Barrister lo negó con vehemencia.

—Entonces se arriesgaría a sufrir medidas disciplinarias —señaló—. Aunque los campamentos se encuentran hoy en día bajo una dirección civil, es decir, que en rigor usted no va allí como oficial

médico. De todos modos, tras el asunto con ese tal Coltrane, no logrará usted nada. Y en el fondo, Robin tiene razón: alguien ha de hacer ese trabajo. Así que mejor enviar a un individuo que todavía siente compasión, general o personal... ¿Sabe algo de nuestra belicosa Mejuffrouw Van Stout?

Kevin negó con la cabeza.

—No puedo decir que intercambiásemos direcciones —respondió con una sonrisa triste.

Barrister suspiró.

—Me temo que tampoco hubiese servido de nada, la señorita Doortje no tendría ya paradero. Usted mismo ha dicho que su padre y su prometido estaban en el destacamento...

—Murieron —puntualizó Kevin.

Barrister asintió.

—Sí. Pero eso no cambia el hecho de que la familia haya llamado la atención. Si ha sucedido lo que suele ser habitual, su granja ha sido quemada.

Kevin se inclinó hacia delante.

—¿Significa eso que Doortje está en un campamento?

Barrister hizo un gesto de ignorancia.

—Si entretanto no ha muerto... Ya la conoce, Drury, esa joven no se rinde tan fácilmente.

Kevin se enderezó.

—Entonces mi decisión ya está tomada. Asumo la dirección del campamento. Sí, ya sé que posiblemente Doortje esté en otro sitio. Pero si ha sobrevivido a la guerra, quiero poder mirarla a los ojos. ¡En mi campo de refugiados no morirá nadie!

—Por mí no hay problema en adjudicarle a ese hombre...

Lord Alfred Milner, el nuevo director civil del campo de concentración de Transvaal, cedió a la petición de Kevin de tener consigo a Cornelis Pienaar en su nuevo puesto de trabajo como traductor y mediador con los presos. Fue sumamente amable, ya que nadie parecía querer disputarle la dirección del campo. Milner daba la bienvenida complacido a cualquier voluntario calificado y Kevin incluso tuvo la posibilidad de elegir el lugar donde iba a prestar sus servicios. Faltaba un director en tres nuevas instalaciones.

—Resulta más barato que enviarlo a Santa Elena —prosiguió Milner. La mayoría de los prisioneros de guerra varones se deportaban a campos de refugiados fuera de África—. Pero ¿le hace realmente un favor de esta forma?

Kevin arqueó las cejas asombrado.

—Creo que sí, señor. El señor Pienaar y yo siempre nos hemos entendido bien, es una de las pocas personas razonables del bando bóer. Seguro que me acompaña de buen grado y su trabajo será beneficioso.

Milner se encogió de hombros. Había recibido a Kevin en su despacho de Pretoria, luminoso y amueblado con muebles macizos y caros, y le ofreció canapés y whisky en abundancia. Kevin observó todo ello con desagrado. Si los campamentos carecían tanto de suministros, uno no debería presumir de tanto lujo.

—No dudo que el joven sea servicial —observó el lord—. ¡Pero no se imagina usted el ambiente que reina en los campamentos! Esas mujeres bóers... sí, sí, según dicen los diarios, caen como moscas y están tan débiles que no consiguen ni tenerse en pie. Pero en realidad todavía tienen

energía suficiente para soltar veneno. Si pillan a un reportero siempre hacen declaraciones para animar a sus maridos a seguir luchando. Se defienden contra todos y contra todo: se niegan a recibir asistencia médica, escuelas para los niños... Y si algún bóer se sale un poco de lo establecido y hace alguna concesión a la dirección del campo, se convierte en blanco de un odio acérrimo. —Milner bebió un trago de whisky—. Hace un par de semanas queríamos alojar en Chrissiesmeer a unos pocos prisioneros de guerra. Sin embargo, nos resultó imposible. Las mujeres insultaban a los hombres llamándolos cobardes por haberse rendido en lugar de dejarse matar. Y no se hubiesen limitado solo a eso. Al final tuvimos que llevarnos a los hombres o los hubiesen matado. Reflexione sobre si de verdad quiere ofrecer un puesto a Mijnheer Pienaar.

Kevin suspiró.

—Es posible que Mijnheer Pienaar siempre acabe llamando la atención con su actitud liberal, incluso en un campamento masculino. Así que lo intentaré. Y tal vez sea de gran ayuda que esté con gente de su mismo lugar de procedencia. ¿Podría decirme adónde han enviado a los bóers de los alrededores de Wepener, y si el campamento está entre aquellos que me dan a elegir?

A Kevin los alrededores de Karenstad le recordaron más su hogar que la sabana y el bosque bajo que había recorrido con los Rough Riders. La población se hallaba en las estribaciones de la montaña, donde no hacía tanto calor como en las llanuras, y al joven médico el aire le pareció agradablemente fresco, magníficas las escarpadas montañas y estimulantes las exuberantes praderas. Seguro que en los arroyos había peces y Kevin y Vincent volvieron a sentirse de nuevo como si salieran de excursión para pescar cuando acamparon junto a uno de ellos.

El azar —y la decisión de Kevin de quedarse en el campamento vecino a Ventersburg— había vuelto a reunir a los dos amigos. Vincent, al igual que Kevin y Tracy, había declarado contra Coltrane y el comandante Robin los había trasladado a los dos de inmediato. Sugirió a Tracy que se marchase a Pretoria, a la clínica de Barrister, y Vincent acabó como veterinario en Karenstad. Así pues, los hombres cabalgaban juntos hacia Ventersburg, mientras Cornelis se desplazaba en un transporte de prisioneros.

—¡Es inconcebible que vaya a caballo con ustedes! —había declarado Milner cuando Kevin propuso llevarse a su futuro colaborador—. Las mujeres deducirían que está solo de su parte. Si llega en un transporte normal, tendrá al menos alguna posibilidad de salir airoso.

—Esto es muy bonito —señaló Kevin, cuando se acercaban a Karenstad, y miró apenado las ruinas de una granja. Seguramente había sido una construcción del mismo estilo que la cabaña de sus padres, pero ya no quedaba nada en pie. Como por doquier, en las repúblicas rebeldes bóers una gran parte de las granjas habían sido incendiadas, y los campos donde antes solía cultivarse el maíz estaban devastados—. Me gusta más que el veld...

Vincent rio.

—Lo que pasa es que supones que hay menos leones y rinocerontes —se burló su amigo—. Pero mira, aquí no faltan antílopes.

Un rebaño de esos animales se desplazaba en ese momento por una extensión herbosa que antes debía de haber sido un maizal. La naturaleza volvía a conquistar las superficies antaño labradas.

—Entonces me pregunto por qué no hay carne en los campos —gruñó Kevin—. Se podría venir

a cazar aquí.

Pero cuanto más se aproximaban los hombres a su destino, menos animales salvajes se veían. No era extraño, Karenstad estaba rodeada de líneas de ferrocarril protegidas con alambradas. Era eso lo que debía de asustar a los animales.

Y tampoco los hombres se sintieron nada estimulados al llegar a su nuevo lugar de trabajo. Karenstad no era más que un conjunto de barracas de chapa. La localidad había sido en su origen un nudo ferroviario y un campamento de mercancías militares. Durante la guerra, la población había crecido debido a los refugiados. En el entorno se había librado un combate encarnizado y la mayoría de las granjas no se habían demolido recientemente, sino al principio de las operaciones militares. Karenstad se llenaba pues de gente, lo que para los militares ingleses pronto fue una molestia: que cientos de bóers acampasen en las cercanías de un almacén de municiones inglés también les parecía peligroso. Por eso requisaron las casas del pueblo para tener donde almacenar el avituallamiento y en las afueras de Karenstad surgió un campo de concentración. Al principio se encerraba ahí a las familias locales, luego a deportados de otros lugares. La población era un hervidero de ingleses. Varias brigadas de caballería se hallaban estacionadas allí, y además llegaban unidades que se abastecían de paso a otras zonas del país. Como consecuencia de ello, tanto en el centro como alrededor de la ciudad y el campamento, el trajín era continuo y los soldados galopaban sin la menor consideración por el suelo sin pavimentar.

—¡Dios mío, cuánto polvo! —observó Vincent tosiendo. En efecto, el polvo flotaba como un velo de niebla por el pueblo—. ¡Fatal para los caballos!

Kevin entornó los ojos.

—Fatal también para las personas —añadió—. Y el campamento no está nada protegido del viento, la gente que se aloja ahí debe de estar a punto de ahogarse. Tengo que procurar que se imponga cabalgar al paso.

Vincent rio.

—¡Pues que tengas suerte! —dijo—. Estoy impaciente por ver si los Rough Riders y otros destacamentos de caballería permiten que les frenen solo porque levantan nubes de polvo. En especial cuando, sin duda, tienen menesteres más importantes en la guerra...

Kevin hizo una mueca de disgusto.

—¡Puedes apoyarme, seguro que eso también afecta a tus pacientes! ¿Qué te apuestas a que los alojamientos de los oficiales están más resguardados que los establos de los caballos?

El campo en sí se encontraba en un entorno más bonito, con las tiendas montadas a ambas orillas de un río. Lamentablemente, la corriente parecía desbordarse con frecuencia. Kevin, que llegaba de la orilla septentrional, se quedó horrorizado por el barro y el agua que la gente desviaba de forma provisional de las tiendas mediante zanjas improvisadas.

—¡Hay que instalar urgentemente en otro lugar el área septentrional del campo! —decidió categórico apenas hubo concluido el intercambio de saludos de rigor con el hasta entonces director del campo, un escocés con rango de lugarteniente.

El lugarteniente Lindsey residía en un edificio de piedra que también albergaba la administración. Los presos eran alojados por regla general en tiendas de campaña. Todo el campamento parecía instalado de forma provisional, pero el domicilio de Lindsey tenía un aspecto muy confortable. Estaba equipado con muebles robustos y adornados con tallas. Kevin recordó la granja Van Stout. Debería haber confiscado los muebles de las viviendas bóers.



—De acuerdo, ¡inténtelo usted mismo! —se burló Lindsey, al tiempo que colocaba una botella de whisky y dos vasos sobre la mesa—. Pero antes beba un trago, es aconsejable tomar siempre un vaso antes de salir ahí. Protege del contagio. Al menos eso dicen.

—¿Contagio de qué? —Kevin frunció el ceño.

Pero Lindsey se puso a hablar de sus planes de evacuación.

—Yo ya quería mover el campo la primera vez que el río se desbordó. Deberían haberlo visto, esa siempre ha sido zona pantanosa... pero la gente no quiere. Se aferran a su sitio, como si fuera la casa de sus padres. Y eso que solo hace un par de meses que viven ahí... Y no se desanime cuando vea el hospital. Sí, está medio vacío de pertrechos, aunque hay gente enferma. Si alguna vez se presenta alguien, son mujeres con sus hijos agonizando. Pero estos se encuentran en el último estadio y el doctor ya no puede hacer nada por salvarlos. Eso refuerza la tesis bóer de que nuestra medicina es obra del diablo.

—¿En el último estadio de qué? —preguntó Kevin.

Lindsey se encogió de hombros.

—¿De fiebre tifoidea? —aventuró.

Kevin se frotó la frente.

—Está bien —dijo—. En primer lugar echaré un vistazo al hospital y luego a las tiendas. ¿Cuántas tiene aquí? ¿Noventa? ¿Y cuántos presos?

Para sorpresa de Kevin, Lindsey volvió a encogerse de hombros.

—No lo sé —contestó—. El número cambia constantemente.

—¿No lleva ningún registro?

Lindsey puso los ojos en blanco.

—¿Con todo lo que tengo que hacer? Me ocupo de este campo, pero también del de los negros, kilómetro y medio río arriba. No tengo ningún ayudante y todo se concentra en mí. ¿Qué he de hacer si solo me envían una enfermera desde Pretoria y ella se pasa el día colgada de la botella de whisky? ¿Soy yo quien ha calculado las raciones? Siempre hay alguien que se queja de que la carne es mala, de que no hay verdura... ¿He de ponerme yo a plantar zanahorias?

Kevin miró al lugarteniente.

—¿Por qué no? —respondió—. Una ocupación sensata. ¿Se podría tal vez animar a las mujeres para que lo hicieran?

Lindsey se echó a reír.

—¡Por probar que no quede! Pero ahora, venga. Quiero marcharme hoy en el próximo tren a Bloemfontein. De vuelta a mi antiguo regimiento, a perseguir bóers. Daré gracias al cielo cuando vuelva estar a lomos de mi caballo. Él no se queja de las escasas raciones de avena.

El hospital era uno de los pocos edificios sólidos del campo, aunque construido también con láminas de chapa ondulada. En verano debía de hacer un calor insoportable, incluso en esa época las moscas revoloteaban alrededor de los pacientes. No era extraño, en las dos salas de pacientes el hedor era espantoso. A los enfermos de fiebre tifoidea se les brindaba un cuidado insuficiente. En algunos casos, los parientes acompañaban a los enfermos y también se encargaban de asearlos. Pero los pacientes más ancianos, muchos de ellos mujeres, yacían en medio de sus propios excrementos. Era evidente que eso le resultaba lamentable al propio médico, un tal doctor Greenway.

—Hago lo que puedo, Drury —se justificó—. Pero tengo veintisiete pacientes y ninguna enfermera. ¡Y no encuentro a ninguna madre que me ayude, aunque su hijo esté aquí ingresado! ¡Hasta tengo que cocinar yo!

—¿No se puede pedir a ninguna mujer que colabore? —se extrañó Kevin.

El doctor resopló, al igual que Lindsey.

—No hacen nada —refunfuñó el médico—. Ni lo más mínimo por ayudarnos, con lo cual ellas mismas se perjudican. Incluso han abierto una especie de hospital casero en una de sus tiendas. Atienden allí con viejos remedios caseros. Y se quejan si se lo impedimos. Ayer una mujer quería matarme porque no le podía conseguir ninguna cabra muerta. En serio, estaba convencida de que su hijo, enfermo de neumonía, solo se salvaría si lo cubría con la piel de una cabra recién sacrificada. Rechazó mis medicamentos, así como una cama en el hospital. El niño ha muerto hoy. Es una pena, doctor Drury, toda una tragedia.

—¿Solo cuenta con estas dos habitaciones? —preguntó Kevin.

Estaba acostumbrado a salas amplias, aunque le desagradaba ver morir seres humanos en esos alojamientos comunes. En los hospitales de Dunedin donde había realizado su período de interno, había al menos biombos para garantizar un mínimo de intimidad a los enfermos graves.

El doctor Greenway sacudió la cabeza.

—No, pero hay cuatro habitáculos pequeños. Si desea verlos...

Condujo a Kevin por una especie de pasillo y corrió a un lado una cortina que dejó a la vista una estancia improvisada con dos camas. Se veía que hacía mucho que nadie la limpiaba, pero Kevin reprimió la observación. No podía esperarse que el médico también agarrase el cubo y la bayeta y se pusiese a limpiar.

—¿Ninguna está ocupada? —preguntó.

Greenway se mordió el labio.

—No. La mujer que ocupaba una ha muerto. Y la otra... Otro drama como este y la actitud de la gente hacia nosotros se volverá casi comprensible. —El médico se frotó la frente.

—No comprendo —insistió Kevin.

—Intenta explicarle con tacto que nuestra propia gente es culpable del estado de las muchachas —observó el lugarteniente Lindsey—. ¡Una cochinado repugnante, este asunto debería ser investigado! Pero las mujeres no dicen nada y los tipos que hicieron el transporte no eran subordinados míos. ¡En tal caso estarían todos en la cárcel hasta que las mujeres declarasen, ya puede usted estar seguro!

El oficial se expresaba con rabia, lo que casi sorprendió a Kevin. Hasta ese momento no había mostrado ninguna simpatía especial por sus pacientes bóers.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Kevin—. Me gustaría ver a las mujeres, si me lo permite...

Greenway se encogió de hombros.

—Por mí que no quede, usted es médico. Pero las mujeres procuran que nadie se acerque a ellas. Una está trastornada, la otra araña y muerde cuando se la quiere reconocer. Y sería importante, todavía tiene hemorragias.

Kevin se lo quedó mirando.

—¿Significa que las mujeres fueron violadas? ¿Aquí? ¿En el campo?

Lindsey movió la cabeza.

—Durante el transporte. Aunque los hombres que las trajeron aquí sostuvieron que ellos no

habían sido. Se supone que fue un pelotón de caballería que las custodió. Es lo que suele hacerse cuando se sospecha que hay destacamentos bóers en un territorio a través del cual hay que transportar mujeres y niños. Entonces los destacamentos de transporte solicitan protección.

—¿Y así les dieron protección? —preguntó Kevin con amargura.

Lindsey hizo un gesto de impotencia.

—Solo puedo decirle que esto sucede raras veces. Al menos no nos enteramos. Uno no se percata fácilmente de que han violado a una mujer. Pero en este caso, también las golpearon. Es probable que se defendieran. Fuera como fuese tuvimos que instalarlas aquí, en el estado en que se encontraban no podíamos enviarlas a una tienda normal. Incluso si se hubiesen sentido más felices entre su gente.

Kevin se enderezó.

—Quiero verlas. Tal vez se las pueda convencer para que declaren. ¿Hablan inglés las mujeres? Si no es así, mañana dispondremos de un intérprete.

—No hablan nada —dijo Greenway, y condujo a su colega unos metros más allá, a otro habitáculo separado—. Una está catatónica. La otra ni siquiera lo mira a uno.

El médico corrió la cortina a un lado y dejó paso a Kevin.

—Señoras, lamento volver a molestarlas tan poco después de la visita... —Greenway intentaba ser cortés y prudente.

Cualquier reserva que hubiese podido alimentar Kevin contra él desapareció. No cabía duda de que hacía lo que podía para que las condiciones de ese hospital fueran humanas. Kevin echó un vistazo a las básicas camas de campaña sobre las que yacían las mujeres: sábanas arrugadas de un blanco grisáceo, almohadas apelmazadas. La muchacha de la primera cama yacía boca arriba. Sus ojos azul claro miraban el techo, uno de ellos casi cerrado a causa de la hinchazón. Pese al rostro deformado, a Kevin le resultó familiar.

—Tenemos un nuevo administrador del campamento —prosiguió Greenway—. En el futuro, el doctor Kevin Drury se ocupará conmigo de ustedes. Él...

Kevin deslizó la vista hacia la segunda cama. La mujer que la ocupaba tenía el rostro vuelto hacia la pared. Solo se apreciaba su figura menuda bajo la manta y una capota de la que asomaba un cabello rubio claro. ¿Fue por azar que se estremeció cuando oyó a Greenway pronunciar el nombre de Kevin?

El médico del campo se acercó a la primera cama y describió el cuadro de la enfermedad como durante una visita con estudiantes.

—Johanna van Stout, catorce años, contusiones múltiples y heridas causadas por los golpes...

Kevin se quedó petrificado. La mujer de la otra cama se volvió hacia él en ese momento. El joven médico distinguió unos ojos azul oscuro cargados de odio, un rostro hinchado, los labios rotos. Pero para él seguía siendo hermosa...

—¡Doortje! —exclamó atónito—. Señorita Me... Mejuffrouw Van Stout.

En la cara destrozada de Doortje se dibujó una sonrisa horrible. Apenas podía moverse, pero en sus ojos había una rabia encendida.

—No hace falta que se le trabe la lengua, oficial médico Drury —dijo sarcástica—. Lo de señorita ha pasado a la historia.

—¿Y qué intenciones tienes ahora? —preguntó Atamarie a su amiga Roberta.

Una pregunta retórica, porque Roberta haría aquello para lo que había estudiado. La joven maestra recién licenciada se buscaría un puesto y daría clases. Una vida predeterminada y bastante aburrida... Atamarie sorbió desolada su copa de champán. Pocas veces entraban en la casa de Violet Coltrane las bebidas alcohólicas, pero esa noche su marido Sean había impuesto su criterio. Había que celebrar que Roberta había concluido con éxito los dos años de carrera. Los Coltrane habían invitado a amigos y parientes, se había preparado todo un banquete, con champán y vinos de aperitivo. Era una velada bonita y Atamarie tenía vacaciones. Ni ella misma sabía por qué estaba tan malhumorada.

Roberta, que no solía beber alcohol, ya tenía las mejillas rojas y los ojos brillantes tras los primeros sorbos. Tenía un aspecto precioso con su vestido nuevo de seda azul noche y parecía feliz, aunque también ansiosa. Hacía tiempo que Atamarie no la veía tan animada y vivaz. Durante los dos años de estudio siempre se había mantenido lo más cerca posible de la imagen de una maestra de escuela elemental solterona.

—Bueno, yo creo que eso ya está concretado desde hace años —sonrió el reverendo Burton antes de que la joven pudiese contestar—. El puesto en nuestra escuela está reservado para ti, Roberta. Todos nos alegramos mucho de que vengas.

La muchacha todavía enrojeció más y en ese momento empezaron a sonar las alarmas en Atamarie. ¡Había algo más que alegría por haber aprobado un examen! Ese era el aspecto que siempre ofrecía su amiga poco antes de dar a conocer una novedad. Era evidente que tenía algo que comunicar a su familia, pero que se contenía. La curiosidad de Atamarie se despertó. Una cosa era que Roberta escondiera algo a sus padres, pero ¿desde cuándo su amiga tenía secretos para ella?

Kathleen Burton, una observadora aguda, arrojó una mirada de desaprobación a su marido.

—No la presiones, Peter —le advirtió—. Quién sabe, a lo mejor ya tiene otros planes. Es posible que quiera casarse.

Patrick Drury, quien esa noche acompañaba a Atamarie a la mesa, pareció estremecerse. El fracaso de su matrimonio le afectaba profundamente, y aún más porque Juliet todavía no había dado señales de vida. Sin embargo, nadie, exceptuándolo a él, se preocupaba por la soberbia cantante, aunque Patrick dejaba entrever de vez en cuando que pasaba horas cavilando sobre su desaparición e imaginándose lo que podría haberle pasado. Atamarie le sonrió animosa a él y a su hija. La pequeña May estaba sentada en el regazo de Patrick, miraba con atención las burbujas de la copa de champán de su padre y emitía alegres gorgoritos.

Atamarie reprimió la observación de que compartía las preferencias de su madre. Heather Coltrane, que estaba sentada frente a Atamarie, parecía compartir esa idea. Atamarie se percató del paso fugaz de una sonrisa en el rostro de la mujer, que a continuación susurró algo al oído de Chloé y ambas rieron.

Roberta sacudió la cabeza.

—No, claro que no. ¡Para eso no he estado estudiando! —Atamarie se preguntó impaciente qué era lo que escondía y por qué Roberta se ruborizaba tanto con cada palabra que pronunciaba—. Pero yo... bueno, he pensado... —Roberta tomó una profunda bocanada de aire—. Ayer firmé un contrato —informó—. Me voy a Sudáfrica. Por uno o dos años.

—¿A Sudáfrica? —Patrick Drury se quedó perplejo—. ¿A matar bóers?

Roberta rio nerviosa.

—No. Al contrario. ¿Habéis oído hablar de una tal Emily Hobhouse?

Violet, su madre, observó al grupo. Kathleen y el reverendo respondieron tranquilos a la mirada. Claro que habían oído hablar de las protestas de la señorita Hobhouse, que observaba la guerra con el mismo espíritu crítico de Sean y Violet. Tampoco a Heather y Chloé se les pasaba por alto cualquier asunto que tuviese que ver con los derechos de la mujer. Solo Patrick y Atamarie no tenían ni idea.

—La señorita Hobhouse trabaja para que cierren los campos de concentración en Sudáfrica —explicó Violet—. Campamentos en los que permiten que las mujeres y los niños de los combatientes bóers vivan apiñados para desmoralizar a los hombres y para que se rindan...

—Para lo que ya debería haber llegado el momento —observó Patrick—. Esa guerra de guerrillas...

—Esto es otra cuestión —lo interrumpió Sean—. Pero la señorita Hobhouse es justa al argumentar que no es digno del Imperio británico librar una guerra contra mujeres y niños.

—¿Tan grave es la situación en los campos?—preguntó Atamarie y bebió otro trago de champán. Lamentaba la decisión de Roberta. Ni por un segundo había creído que la hubiese tomado con fines altruistas. Al menos hasta el momento, Roberta nunca se había interesado por los campos de refugiados de Sudáfrica—. He oído decir que tienen que vivir en tiendas. Pero esto...

—No son unas vacaciones de acampada, Atamarie, incluso si el Alto Mando se empeña en mostrarlo así —observó con vehemencia el reverendo—. Esas mujeres y niños se mueren de hambre, fallecen a causa de enfermedades infecciosas... La señorita Hobhouse tiene razón, ¡los campamentos son una vergüenza para Inglaterra!

—Ahora esto tiene que cambiar —tomó la palabra Roberta con una determinación inusual en ella. En circunstancias normales no se habría atrevido a interrumpir al reverendo. Sin duda era para ella importante describir cuál sería su misión—. Emily Hobhouse ha reunido dinero. Y la Fund for South African Women and Children envía enfermeras y maestras a los campos. Además de comestibles, medicinas y esas cosas. Me voy la semana que viene, desde Dunedin, en el *Beauty of the Sea*.

—¿Es un transporte de tropas? —preguntó Heather, tomando un aperitivo que Violet había dejado sobre la mesa.

Heather estaba hambrienta y la confesión de Roberta la había impresionado vivamente. La artista misma había viajado a lugares lejanos durante su juventud.

Roberta negó con un gesto.

—No; es un barco de pasajeros normal. Tampoco somos muchos. Solo dos enfermeras y yo. Luego se sumarán unas pocas personas de la Isla Norte, pero la mayoría son de Inglaterra.

Violet asintió, a ojos vistas desgarrada entre el orgullo que sentía por su hija y la decepción de que no la hubiese puesto al corriente de sus planes hasta ese momento.

—¿Y por qué no se lo has contado a nadie? —preguntó severa—. Entiéndeme bien, no me opongo. Al contrario, pero nosotros...

—Habríamos podido recoger donativos —dijo el reverendo—. En metálico y en especies, la gente siempre es generosa cuando alguien se compromete personalmente en una acción.

Roberta se mordió el labio inferior.

—Es que... me he decidido bastante tarde.

Atamarie se percató de que mentía. Era probable que Roberta llevase semanas, cuando no meses, dando vueltas a la idea de ir de algún modo a Sudáfrica. La iniciativa de la señorita Hobhouse no era, en absoluto, el detonante de ese proyecto.

Atamarie se abalanzó sobre Roberta en cuanto acabaron los postres y los invitados se diseminaron con las tazas de café o los vasos de licor por la gran casa de Sean y Violet para fumar. Arrastró a su amiga a la habitación de esta, donde seguro que nadie las molestaría.

—¡Admite que es por Kevin Drury! —le soltó—. No lo has comentado antes por miedo a que te convenciera de que no lo hagas.

Roberta había vuelto a tranquilizarse e incluso había charlado con calma de su planeada misión en el Cabo, pero la sangre volvió a teñirle el rostro.

—¡No es cierto! —afirmó—. Es solo que... las condiciones son realmente horribles. Quiero ayudar... y ver algo de mundo. —Y bajó la mirada, en la que no resplandecía la más mínima chispa de ansias de aventura.

Atamarie puso los ojos en blanco.

—Sí, claro —se burló—. Los leones y rinocerontes te enloquecen. Y tu sueño siempre fue montar en elefante... ¡No te esfuerces, Robbie! Ni eres atrevida ni te atrae la naturaleza. Solo estás enamorada. Pero ¿cómo es posible que sigas enamorada de él?

Roberta la miró.

—¡Tú también sigues enamorada de Richard! —afirmó—. Pese a que no has vuelto a verlo en dos meses...

En efecto, la relación de Atamarie con Richard Pearse evolucionaba a duras penas, pero no era de eso de lo que esta quería hablar esa noche.

—¡Es muy distinto! —contestó a su amiga—. Richard es... bueno, es lento. Pero Kevin... ¡Caray, Robbie, nunca te ha hecho caso! Es posible que apenas se acuerde de ti. Además, ¡Sudáfrica es un país enorme! Trabajarás en uno de esos campos y Kevin es un oficial médico militar. ¿Cómo vas a encontrarlo?

Roberta volvió a morderse el labio. Estaba claro que ese era el punto flaco de su proyecto.

—No tengo que encontrarlo —respondió a media voz—. Solo... solo quiero estar cerca de él. Y quién sabe...

Atamarie se llevó las manos a la cabeza.

—Y ahora viene eso del don de los dioses —se burló.

Roberta se encogió de hombros.

—También tú te lo crees —señaló—. Así pues, por qué no echarles una manita a los dioses.

Roberta se marchó con un equipaje colosal después de una semana agotadora. El reverendo tuvo tiempo de movilizar a su congregación en una recogida de donativos y compró leche en polvo y medicamentos que llenaron una gran caja. Violet pronunció un fervoroso discurso ante el grupo local de la Women's Christian Temperance Union, que reunió después vestidos, pañales y juguetes para

los niños de los campos. Sean habló con sus clientes y Kathleen con los Dunloe, quienes conocían a todo el mundo habido y por haber en Dunedin y tenían unos contactos insuperables. De ellos llegaron sobre todo donaciones en metálico. Sin embargo, la postura de la mayor parte de los neozelandeses frente a la entrega de ayudas a los bóers era ambivalente. Nueva Zelanda seguía apoyando a Inglaterra fervorosamente en la lucha contra los bóers y todavía se escuchaban con recelo las voces críticas al respecto, aunque era fácil encontrar apoyo para las mujeres y los niños, sobre todo cuando una joven simpática de Dunedin tomaba personalmente partido por ello. Roberta tuvo pues que participar en actos de donantes y cenas de beneficencia. Estaba extenuada cuando Atamarie la acompañó al barco. El vapor *Beauty of the Sea*, de un blanco resplandeciente, estaba fondeado en las oscuras aguas del puerto natural de Dunedin. A Atamarie le hubiese encantado embarcar con ella.

—Pronunciar discursos y todo eso no es lo mío —declaró Roberta, refiriéndose al último acto social de la noche anterior. Heather y Chloé habían organizado una recepción en su galería y subastado dos cuadros para recoger fondos para las familias bóers—. Me cansa más que estar seis horas seguidas dando clase.

Atamarie suspiró y rio.

—Bueno, antes queríamos ser primeras ministras. En tal caso tendrías que haber hablado mucho más. La carrera de Magisterio nos ha vuelto demasiado modositas. Los asistentes parecían acudir a un funeral y seguro que para hablar primero había que levantar la mano. ¡Tienes que soltarte un poco! —Roberta se ruborizó. Para participar en los comités de beneficencia se había puesto el uniforme de maestra y, en efecto, no había pronunciado apenas palabra en el podio. Atamarie lanzó una mirada crítica al guardarropa de viaje—. Caramba, Kevin jamás te reconocerá con esa pinta —le reprochó, al tiempo que indicaba el muelle a tres mozos que cargaban con todas las cosas donadas. Los hombres miraron a la joven como si su imagen ya fuese propina suficiente. Atamarie había hablado sin timidez ante cientos de oyentes, pero el hombre al que amaba tampoco le hacía caso. Roberta se avergonzó porque este último pensamiento la consolaba—. Sea como fuere, ¡ahora te vas a África! —siguió Atamarie—. ¿Qué te apuestas a que los afrikáners son menos estrictos que la Iglesia de Escocia? Me imagino a los negros más como los maoríes. ¡Seguro que les gusta la ropa de colores y reír y bailar!

Atamarie dejó ondear al viento su cabello. Durante las vacaciones no veía la necesidad de recogerse en un severo moño. Con el vestido de verano de estampado rojo y verde parecía una flor.

Roberta sacudió la cabeza.

—Atamie, por lo que he oído decir de los bóers... comparada con ellos la Iglesia de Escocia es una sociedad carnavalesca. Y yo no me relacionaré con negros. La señorita Hobhouse solo habla de la situación de los blancos en los campos...

Las dos jóvenes habían llegado al barco y observaban cómo estibaban el equipaje. Roberta quería reunirse ahí con Sean y Violet, que estaban recogiendo otros donativos en la ciudad pero habían asegurado que llegarían puntuales para despedir a su hija.

Atamarie se asombró. No sabía mucho sobre la guerra bóer, nunca había tenido realmente en cuenta las observaciones críticas del reverendo y Violet, y en el College de Canterbury solo hablaban sobre el funcionamiento de las armas empleadas. Al oír la palabra África, Atamarie pensaba en animales salvajes y gente negra. ¡Y algunos debería de haber! Ella recordaba vagamente que de forma oficial la guerra se hacía para facilitarles una vida mejor.

—¿Y dónde están todos esos negros? —preguntó—. Los sirvientes y esclavos de los blancos. Ellos también vivían en las granjas, que ahora se han incendiado. Bueno, da igual, ya me escribirás. Pero ¡no escribas cartas insípidas! ¡Cuéntamelo todo! Y cruzo los dedos, por supuesto, para que encuentres a Kevin. Para que comprendas de una vez...

Roberta levantó la mano para interrumpir a su amiga.

—Vale más que te preocupes de una vez por tu gran amor —dijo con severidad—. Puede que haya cosas que ni tú misma sepas ver. Atamarie, es posible que Kevin no me quiera, pero tampoco puede... bueno, porque... está bastante lejos y ha pasado mucho tiempo, y Juliet... —Se atragantó. Atamarie se llevó una mano a la frente y emitió un suspiro teatral. Roberta tragó saliva y jugueteó con el caballito de tela que llevaba consigo desde que Kevin se lo había regalado en una tómbola—. Pero Richard —prosiguió en tono serio— vive a poco más de ciento cincuenta kilómetros de Christchurch. Y se supone que se ha fijado en ti. Se supone que has estado hablando horas con él y que le has dado la mano y lo has besado. Si no va a visitarte, es que...

Atamarie iba a contestar, pero en ese instante vieron llegar el vehículo de Violet y Sean y de inmediato pusieron punto final a su conversación. Los padres de Roberta, sin duda, habrían calificado de chiflada a su hija si hubiesen intuido algo respecto al asunto de Kevin...

Sean descargó otro arcón lleno de donativos en especies, y Roberta se despidió con lágrimas de su madre. Después abrazó a su padre adoptivo y por último a Atamarie.

—¡Seguro que te escribo, Atamie! ¡Cada día! —le aseguró—. Y no te enfades...

Atamarie rio y estrechó a su amiga.

—Cada día tal vez sea un poco agotador —repuso cariñosamente—. Basta con que sea cada semana. Y por supuesto que no estoy enfadada. Es tal como dices: en la relación con Richard, algo tiene que pasar...

Atamarie ya estaba planeando viajar a Timaru mientras contemplaba cómo se alejaba el barco y despedía a Roberta agitando la mano.

Su amiga tenía toda la razón: entre ella y Richard no había miles de millas náuticas. Y ella era tan valiente al menos como Roberta. Si esta seguía a Kevin hasta Sudáfrica, Atamarie también podía saltarse las convenciones y visitar a Richard. Echaría un vistazo a la granja del chico. Si estaba sola con él, seguro que podría confirmar si todavía la quería.



—Señorita Van Stout, Doortje, le aseguro una vez más que lamento mucho los actos de mis... ¡cielos, ni siquiera eran mis compatriotas! —Kevin adoptó una expresión angustiada. Llevaba días intentando ocuparse de Doortje van Stout pero ella se negaba incluso a mirarlo—. En cualquier caso, lamento profundamente lo que les han hecho a usted y a su hermana... —La reacción de Johanna van Stout a cualquier palabra que se dirigiese a ella todavía era más descorazonadora. La muchacha no parecía ni oír lo que el médico le decía—. De buen grado denunciaríamos lo que ha sucedido, pero entonces usted tendría que declarar. Describa a la gente, diga los nombres y los grados si es que pudieron percibir algo. ¡Por favor, hable con nosotros, señorita Van Stout!

Kevin tragó saliva.

—Doortje, ¡no se quede muda!

La muchacha no miró a Kevin. Empaquetó sus pocas pertenencias despacio, el doctor Greenway le había dado el alta y dejaban el hospital del campo. También Johanna podía marcharse, aunque se movía como una sonámbula.

—Creo que lo mejor es que las dos vuelvan con su familia en lugar de estar tan tristes aquí — opinó el médico—. A lo mejor puede concedérseles una tienda para ellas solas.

Esto último tenía un deje de renuncia. Greenway sabía tan bien como Kevin cuál era el estado del campo: Karenstad estaba abarrotado.

De hecho, Kevin necesitó también varias horas para averiguar dónde se alojaba la ciega *Mevrouw Van Stout* y sus hijos pequeños. Para su espanto, no existían planos de ubicación, nadie sabía exactamente cuántas familias y personas solas vivían en Karenstad y dónde se encontraba cada familia en particular. Solo se registraba el número de fallecidos, que eran una cantidad escandalosa. En general, todo lo vinculado a la muerte funcionaba óptimamente en ese campo. Había un enterrador, un carpintero que construía ataúdes sencillos y un fotógrafo que hacía retratos de los niños muertos. Los padres que luchaban podrían mirárselos cuando acabara la guerra, aunque algunas fotos ya podían haber llegado a los destacamentos bóers que todavía combatían... Lord Kitchener no debía de tener corazón o era simplemente tonto si suponía que eso iba a forzar a los hombres a capitular. Al contrario, las condiciones de los campos avivaba la rabia.

Ahora Kevin seguía a las dos silenciosas hermanas Van Stout por los senderos enfangados entre las largas hileras de tiendas antaño blancas. Cada una de ellas estaba concebida para acoger a quince personas, aunque se trataban de soldados que solo entraban ahí para dormir. Por la distribución del espacio no estaban pensadas para familias que cocinaban y tenían que permanecer allí durante el día. Esto no impedía que la organización del campo requiriese que las tiendas se ocupasen en su totalidad, lo que significaba que varias familias se alojaban juntas. Al menos dos, y con más frecuencia tres mujeres y sus hijos, o ancianas preocupadas por sus familiares se repartían una tienda, la mayoría con estoica indiferencia al principio. A medida que avanzaban los meses, sin embargo, casi siempre aparecían tensiones que de vez en cuando desembocaban en violentas peleas. Cuando el tiempo era más benigno, la gente salía. Incluso las cocinas provisionales se instalaban fuera de las tiendas.

—Queríamos distribuir comida para todos —dijo Kevin a Doortje—. Pero la gente no la acepta, alguien ha contado que los ingleses mezclan vidrio triturado en la papilla para matar a sus hijos.

Doortje le lanzó una mirada hastiada.

—¿Es eso también necesario? —preguntó con maldad, y señaló a una madre que se lamentaba mientras sacaban a su hijo muerto de una tienda plagada de moscas.

Eran las primeras palabras que Doortje pronunciaba desde que habían vuelto a verse en el hospital, pero Kevin no se alegró de ello. Aquel niño había muerto a causa de la fiebre tifoidea y la madre se había negado a que lo hospitalizaran. Y de este modo ocurría que había otra tienda en la que tal vez la enfermedad arraigaba o de la que salían las moscas para diseminarla. La plaga de insectos era otro problema que Kevin no conseguía controlar. Las moscas se sentían atraídas por cubiertos sin lavar y cuerpos sucios, lo que solo se podía evitar poniendo suficiente agua a disposición de las mujeres. Sin embargo, el agua potable escaseaba y aunque el agua para lavar podía ir a buscarse al río, las mujeres con frecuencia estaban demasiado débiles para recorrer ese trecho. No había jabón ni productos de limpieza, el propio Lindsey se había quejado repetidamente de ello, pero los puntos de suministro no respondían. La higiene en el campamento era proporcional a tales circunstancias, las mujeres no podían lavarse a sí mismas ni a sus hijos, ni su ropa. Estas últimas, cuando se utilizaban día y noche, no tardaban en desgastarse. Kevin había oído decir que en Karenstad nadie se cambiaba para dormir.

—La gente duerme en el suelo —explicó Cornelis, tan horrorizado como Kevin, una vez que le asignaron un alojamiento—. La mayoría ni siquiera tiene con qué taparse. Cuando se desnudan hace frío, sin contar con que les da vergüenza hacerlo delante de otras personas en la misma tienda...

Kevin asintió y pidió mantas y telas para dividir las tiendas y facilitar que las familias tuviesen un mínimo de intimidad. Vincent colaboró con unas cuantas mantas de caballo y aconsejó que no las lavasen antes de repartirlas.

—Se dice que a las pulgas les desagrada el sudor de caballo —afirmó—. Tal vez sea una pequeña ayuda para combatir esos bichos.

Kevin no lo creía. Había comprobado con horror que todos los recién llegados al campo tenían pulgas y piojos. Ignoraba si esos bichos se encontraban en las grietas de los carrmatos en que se transportaba a la gente o en las mantas raídas que les proporcionaban. Tal vez los bóers cogían también esos parásitos en el veld. En cualquier caso, ordenó que se limpiasen a fondo los carros, pero el daño venía de mucho tiempo atrás: Karenstad era un hervidero de insectos.

—Aunque tenemos polvos contra las pulgas —dijo Kevin a Cornelis—. En grandes cantidades, pero al parecer nadie sabe exactamente cómo emplearlo. El doctor Greenway lo tiene bajo llave desde que dos mujeres lo mezclaron con la comida de sus hijos... No entiendo a esta gente... viven en el mismo mundo que nosotros, saben leer y escribir, pero...

—Rechazan el mundo tal como es —respondió Cornelis. El joven estaba más impresionado por las espantosas condiciones del campo que el mismo Kevin y, por consiguiente, también más afectado. Hasta el momento, su postura patriótica se había mantenido en límites sensatos, pero también a él le iba invadiendo la rabia contra los británicos—. El bóer aprende a leer y escribir para leer la Biblia y cultiva la tierra como le enseñó a hacerlo su padre. La tierra le alimenta, sus mujeres mantienen la casa limpia y los hijos sanos con los remedios caseros que sus madres les legaron. Si aun así uno de ellos muere, es por voluntad divina. Pero esto...

Kevin lo interrumpió con un ademán.

—Esto, con toda certeza, no es voluntad divina, en esto estamos de acuerdo. Pero a lo mejor consigue que las mujeres aprendan a dosificar y aplicar los polvos contra las pulgas. Busque usted

algún versículo al respecto...

Cornelis sonrió irónico.

—«Y aquel día yo apartaré la tierra de Gosén, en la cual habita mi pueblo, para que ninguna clase de moscas haya en ella, a fin de que sepas que yo soy el Señor en medio de la tierra.» Libro de Moisés.

Kevin asintió.

—Estupendo, ya pensaba yo que se trataba de un invento divino. Está bien, vaya a buscar esa cosa y ponga manos a la obra.

Cornelis se marchó al hospital y el médico suspiró aliviado. Había sido una decisión inteligente contar con Cornelis Pienaar. El joven se adaptaba mejor de lo que Kevin había esperado. No necesitaba de grandes explicaciones acerca del peligro que le amenazaba en el campo, a fin de cuentas el chico conocía a sus compatriotas. De ahí que exagerase su cojera por propia iniciativa y que fingiera no poder casi utilizar el brazo derecho. Como consecuencia de ello, no lo podían enviar al frente y, puesto que había caído herido en manos de los británicos, como él precisaba, se le perdonaba también que hubiese sobrevivido al último combate. De hecho, incluso las mujeres lo protegían un poco, al menos hasta que Kevin encontró a Bentje van Stout. La madre de Doortje recelaba de que lo hubiesen vuelto a lesionar y sospechaba que Cornelis fraternizaba con el enemigo. Hasta la misma Doortje se negaba a ver a su primo. Kevin suponía que estaba avergonzada y su rencor hacia quien había ultrajado a Doortje y Johanna aumentaba.

—Llegaremos enseguida —anunció ahora a las mujeres—. Su madre está en una tienda junto al río, pero no hace falta que se instalen para quedarse largo tiempo, vamos a trasladar el campo. El Karenspruit se desborda cada vez que llueve fuerte y entonces...

—Nos instalaremos aquí hasta que nuestros hombres vengan a liberarnos —advirtió Doortje con calma. Parecía ir reponiéndose lentamente y la visión de las condiciones del campo iba despertando su espíritu combativo. Pero a Kevin el comentario le dolió en el alma. Era evidente que no sabía nada de la muerte de su padre ni de la de Martinus de Groot—. ¿Dónde está mi madre?

Kevin encontró a Bentje van Stout delante de su tienda, rodeada de niños.

—¡Y no os penséis que los niños se escondían y metían la cabeza debajo de las sábanas! No; se movían con audacia por el campamento y llevaban agua y comida a sus padres para que se pusiesen fuertes y volviesen a la guerra, y se ponían detrás de ellos y les recargaban las armas cuando los cafres atacaban...

Kevin se pasó la mano por la frente. Los ojos ciegos de Bentje van Stout miraban a la nada, pero parecían brillar de orgullo y fervor cuando contaba a su público infantil la historia del Gran Trek, que no hacía más que aumentar todavía más el odio. Los ojos de muchos niños refulgían, por el contrario, de fiebre. Tampoco el hijo más pequeño de Bentje, que se acurrucaba en los brazos de ella, parecía gozar de salud.

—¡Madre!

Kevin apartó la vista cuando Doortje y Johanna saludaron a su madre, pero no le pasó por alto que Johanna actuaba con Bentje van Stout igual que había hecho hasta el momento con los médicos. Se diría que algo en la joven se había roto. Kevin gimió.

—Doortje... —dijo con dulzura antes de despedirse. Casi no se había atrevido a hacerlo, la joven había mostrado una expresión demasiado enojada al ver el precario alojamiento en que estaban su madre y sus hermanos y en el que también iban a instalarse ella y su hermana. Kevin intentó dar

una explicación, pero ¿por dónde empezar? Sentía una profunda vergüenza, pero también un amor desesperado por la muchacha, que volvía a llevar la cabeza bien alta pese a todo lo ocurrido—. Doortje, si Johanna sigue igual... tiene que volver a llevarla al hospital. Hay algo que no va bien y tal vez necesite otra revisión... otros medicamentos.

Kevin ignoraba qué se podía recetar en tales casos, pero Johanna necesitaba al menos una vigilancia continua. No hacía nada por sí misma, los primeros días en el hospital incluso habían tenido que darle de comer. En el ínterin, ya tomaba sola la sopa si le daban en mano plato y cuchara. Si los dejaban sobre la mesa, ella no los tocaba.

—Tiene todo lo que necesita —contestó Doortje concisa—. ¿Acaso no lo dicen de este campamento? Estamos mejor que en nuestras granjas. El cuidado que se nos prodiga es excelente, nos sentimos estupendamente...

Kevin se dio media vuelta sin pronunciar palabra.

En los días siguientes, Kevin no oyó nada sobre la familia Van Stout y venció el impulso de ir a ver si Doortje estaba bien. Por otra parte, tenía bastante que hacer, pese a que su desesperación iba en aumento. Todo lo que intentaba para mejorar las condiciones del campo fracasaba o bien por la oficina de suministros o bien por las ordenanzas o por las prisioneras, nada dispuestas a cooperar en lo más mínimo. Kevin se quejaba de las raciones de comida, manifiestamente insuficientes. No se distribuía grasa y la carne estaba llena de nervios y huesos. Con ella se habría podido preparar un guisado, pero no había verduras, solo se distribuían escasas cantidades de arroz o patatas, a veces también harina para hacer pan ácimo. Para los niños no había leche, como mucho raciones de leche condensada que se diluía en agua cuando había suficiente agua potable. En este punto, Kevin consiguió una mejora, de nuevo con la ayuda del veterinario Vincent y algunos soldados de caballería. Por encima del campo había tanto manantiales como arroyos de aguas claras, por los que, a diferencia del agua del río, en general turbia, corría una buena agua potable. Se transportaba en carros cisterna tirados por caballos y Vincent conducía cada día un par al campo de las mujeres. Las familias tenían que ir a buscarla y eso no era posible si la madre estaba enferma en la tienda. Cornelis pasaba la mitad del día cargando cubos para las familias necesitadas, pero el campo incluía casi a mil quinientas personas. Querer abastecer a todo el mundo era utópico.

Otras iniciativas de Kevin fracasaron. Las mujeres hicieron oídos sordos a su tentativa de encontrar a voluntarias que le ayudasen en el hospital. Ya fuese resistencia, miedo al contagio o desconfianza hacia la medicina moderna, ninguna mujer se presentó; sin embargo, el número de enfermos aumentó. Cornelis convencía de vez en cuando a una mujer para que confiara en los cuidados de Greenway para sí misma o para sus hijos. Sin embargo, el doctor ya se veía superado encargándose de cuarenta pacientes. Al final, el médico de la guarnición del pueblo colaboró con un par de cuidadores: tres indios experimentados y voluntariosos se mudaron al campo. Aun así no podían hacer gran cosa. Muchas mujeres se ponían histéricas cuando los hombres —morenos además de piel— hacían ademán de tocarlas.

—¿Dónde se encuentran los negros? —preguntó Kevin una noche. Había pedido a Greenway que fuera a su casa después de las visitas. Los dos médicos, agotados y abatidos, estaban sentados en la antigua sala de estar de Lindsey, antaño una lujosa habitación. Kevin era incapaz de ponerse a limpiar después de todas sus tareas. Aun así, las reservas de whisky parecían casi inagotables y

Kevin ya daba un uso medicinal a ese licor. Se acordaba de lo que su madre contaba acerca de la travesía de Londres a Australia: el médico del barco había ordenado frotar a los pacientes febriles con ginebra—. Todo el personal de servicio de la gente que está aquí pertenecía a su casa. Por lo que sé, no tenían tribus a las que volver. Y también había mujeres...

Greenway tomó un buen trago.

—¿Nadie se lo ha contado? —preguntó—. Los negros tienen un campo propio, a apenas kilómetro y medio río arriba. Y también dependen de usted.

—¿Qué? —inquirió Kevin horrorizado—. ¿Y me lo dice usted ahora?

Greenway alzó las manos en gesto de disculpa.

—Pensaba que Lindsey se lo habría dicho.

—¿Y no se ha sorprendido usted que no me ocupara de ello? —Kevin vació el vaso de un trago y volvió a servirse.

Su colega se encogió de hombros.

—Tampoco Lindsey se ocupaba. Creo que estuvo solo una vez allí. Y yo... por Dios, ya sabe usted lo que tengo aquí...

Kevin asintió y se esforzó por mantener la calma.

—¿En qué condiciones están? —preguntó con voz ronca.

Greenway tragó saliva.

—En algunos aspectos están mejor que aquí y en otros peor... Es... distinto.

—¿Cómo de distinto?

—A los negros no se les proporcionan comestibles. Tienen que trabajar para obtenerlos, si pueden. Si la familia tiene un miembro que la sustenta, si las mujeres cultivan verdura, entonces son afortunados. También hay ahí más hombres, muchos llegados de forma voluntaria, no obligados como los bóers. En parte colaboran. Los destacamentos bóers no tienen posibilidades de salir adelante cerca de los negros, por eso se instalan junto a las líneas de ferrocarril. La situación es peor para las familias solo compuestas por mujeres y niños. En especial en los campamentos en los que se aloja gente procedente de distintas tribus. Es frecuente que se guarden rencor los unos a los otros y, además, nadie tiene nada que regalar. Así que las familias se mueren de hambre, los índices de mortalidad en los campos de los negros son superiores a los de los blancos.

—Lo que seguramente también se deba a la falta de asistencia médica —apuntó Kevin—. Mañana iré río arriba a echar un vistazo.

—Doctor Drury... —Kevin y Greenway se volvieron al oír la voz de Cornelis. Ya hacía tiempo que reinaba en el campamento el obligado silencio nocturno—. Disculpe mi intromisión, le he llamado pero no me ha oído.

Kevin asintió. Un golpe o una llamada a media voz junto a la puerta no se oía desde la sala de estar.

—¿Qué ocurre?

Cornelis bajó la cabeza.

—Quería pedirle que nos facilitara unas linternas. Tenemos que... registrar el campo. Ha desaparecido una chica.

Kevin se puso en pie de un brinco, pero Greenway solo se pasó la mano por la frente.

—Si está en el campo, joven, ya la encontraremos mañana. Sé que las mujeres no quieren admitirlo, pero entre estas mujeres tan cristianas hay algunas que... en fin... para conseguir comida o

jabón...

Cornelis endureció su mirada.

—¿Quiere decir que se prostituyen? —preguntó con acritud—. Es posible, señor. Pero no es este el caso. La chica es Johanna van Stout.

Kevin creyó sentir vértigo. Se había temido que algo así sucedería, maldita sea, ¡debería haberla dejado en el hospital!

Cogió la chaqueta.

—Le acompaño —dijo—. Dé la alarma a los vigilantes, doctor Greenway, y forme grupos de búsqueda. Yo llamaré a la ciudad, quizá pueda contactar con mi amigo. —La línea telefónica era una novedad que no servía de gran cosa a los internos del campo, pero que no costaba nada y facilitaba la comunicación de Kevin con las oficinas de servicios militares y almacenes de provisiones en el pueblo. A través de él casi siempre se ponía en contacto con Vincent, pues el veterinario estaba a disposición para casos de necesidad—. Seguro que el doctor Taylor puede organizar a más hombres. Pero creo que no servirá de mucho buscar en el campo. Vayamos... vayamos al río...

El cadáver de Johanna van Stout fue devuelto por el agua más abajo del campo y un centinela lo descubrió. El cuerpo no mostraba señales de violencia, lo que no impidió que Bentje van Stout culpara a los guardias del campo de ser sus asesinos.

—¡Uno de esos malditos *tommys* la ha empujado! ¡Seguro que uno la ha empujado! ¡Nosotros somos cristianos creyentes! Mi hija nunca...

Bentje gemía y gritaba, si bien parecía importarle menos la pérdida de su hija que la sospecha de que en realidad se hubiese quitado la vida.

—Eso es imposible, *Mevrouw Van Stout*. La orilla desciende por aquí con suavidad, no se puede empujar a nadie. —Kevin hablaba afligido a la mujer, quien, rodeada por sus vecinos, se abandonaba a su pena. Al final se volvió hacia Doortje—. Señorita Van Stout, ¿no se lo puede explicar a su madre? Es una tragedia, soy consciente, pero nadie ha matado a Johanna... No ha sido un asesinato, ella...

Doortje volvió hacia él su rostro níveo y sin una sola lágrima.

—Johanna era demasiado débil para vivir con esta deshonra —dijo con dureza—. Dios la perdone. Pero si perdona a quien la ha matado... no ayer por la noche, doctor Drury, sino aquella noche en el *veld*... Si lo perdona, entonces... —La joven apretó los puños.

Kevin se obligó a permanecer sereno, aunque se moría de ganas de estrechar a Doortje van Stout entre sus brazos.

—Ese no se enfrentará tan pronto al juicio divino —dijo con tanta aspereza como pudo—. A no ser que usted acepte declarar por fin contra él. Entonces morirá en la horca.

Doortje se mordió el labio. Y calló.

Atamarie estaba convencida de que Richard Pearse todavía la amaba, aunque tenía que admitir que las pruebas de ello dejaban que desear. Desde que Richard había abandonado la universidad, tras la excursión del otoño anterior, solo lo había visto una vez. El joven tenía algún asunto pendiente en Christchurch y, aprovechando la oportunidad, había visitado al profesor Dobbins y... ¡la oficina de patentes! Atamarie se había puesto loca de contento por él cuando el profesor, pidiéndole discreción, le había revelado que Richard por fin lo había conseguido. La patente que había solicitado se refería a una bicicleta, un modelo especialmente ligero de cuadro de bambú, cambio de velocidades y freno de contrapedal.

Dobbins contó a Atamarie que Richard había ido a verlo.

—¿No se lo ha contado por escrito? —preguntó sorprendido el profesor cuando ella mostró su entusiasmo—. Mantienen contacto epistolar, o... ¿o es que no he entendido bien?

Atamarie se apresuró a asegurar a Dobbins que Richard le escribía, aunque solo había vuelto a hacerlo en los últimos meses. Después de la excursión al monte Taranaki habían intercambiado únicamente un par de cartas, a partir de entonces las del chico habían sido breves y no decían gran cosa. Pero habían empezado las labores de la cosecha y tal vez por eso él no había tenido tiempo ni demasiado que contar. Sabía que ella no se interesaba por los trabajos de una granja, como tampoco él. En cualquier caso, Atamarie ya temía que él la hubiese olvidado. Hasta que le llegó una carta bastante eufórica en la que Richard hablaba con entusiasmo de su nuevo taller. Lo había instalado en un pajar y en esos momentos concentraba todos sus esfuerzos en explorar nuevas técnicas. Atamarie respondió amistosamente y, de ahí en adelante, ya no pudo volver a quejarse por falta de correo. Richard describía gráficamente sus planos de la bicicleta y le informaba con todo detalle sobre cada prueba, cada avance y cada retroceso. Atamarie comentaba profesionalmente el tema y aportaba sugerencias para mejorar. La bomba integrada de aire para los neumáticos de la bicicleta ligera tenía su origen en sus sugerencias.

—Supongo que quería sorprenderme —acabó diciendo.

Atamarie se dio media vuelta ante la mirada escudriñadora de Dobbins. El profesor se frotó la mejilla, un gesto que siempre hacía cuando se sentía inseguro. ¿Había algo de lo que quería hablar a la muchacha? ¿Desaprobaba la relación de Atamarie con Richard? ¡Pero el Canterbury College no era ninguna Escuela de Magisterio! Y, en el Taranaki, Dobbins parecía más bien aprobar su vínculo con Richard.

—¿Pasaré hoy... por aquí?

Atamarie era consciente de que cometía un error planteando esa pregunta, pero si Richard estaba en Christchurch ella quería verlo. Bastante feo era ya que no le hubiese informado.

Dobbins asintió.

—Seguro, señorita Turei —respondió, y de nuevo pareció algo incómodo—. Le he dicho... bueno... quiere... la recogerá después. Quiere celebrarlo un poco con usted.

Atamarie resplandeció, y, en efecto, Richard la esperó en la puerta de la universidad. Sin embargo, la saludó solo con un beso en la mejilla, pero probablemente era mejor que en público lo hiciera así. Y él se alegró por su interés, la invitó a comer y, después de beber dos botellas de vino, volvió a cogerla de la mano cuando la llevó a casa. La patente de la bicicleta ya le interesaba poco y, en cambio, pasó toda la velada hablando de su proyecto más ambicioso: un aeroplano.

—Y nada de planeadores, Atamarie, un avión de hélice. Tiene...

—¡Tiene que volar sin viento! —exclamó riendo la joven—. Siempre lo he dicho. ¿Monoplano o biplano?

Siguieron discutiendo sobre las ventajas y desventajas cuando pasearon junto al Avon hacia el domicilio de Atamarie. Esta se sentía dichosa, o casi. Otras parejas con las que se iban cruzando hacían algo más que darse las manos. Los hombres rodeaban con su brazo a las chicas y ellas se apretaban contra sus acompañantes. Atamarie se acercó algo más a Richard, quien enseguida entendió la insinuación. La atrajo hacia sí mientras peroraba sobre energías de propulsión y el tamaño de la hélice.

—Veinticinco caballos de vapor. Estoy pensando en veinticinco caballos de vapor. ¿Crees que será suficiente? ¿O es exagerado? No vaya a ser que se pierda el control de la máquina... —Algo indeciso, Richard se detuvo delante de la casa de la muchacha sin saber qué hacer.

Esta le rodeó el cuello con los brazos.

—Tampoco es tan malo perder un poco el control —dijo, mirándolo y entreabriendo los labios.

Richard dudó un instante, pero al final la besó. Y Atamarie subió bailando los escalones. ¡Él la amaba! Claro que la amaba. Y era muy considerado al no llevarla a su alojamiento. ¡Habría llamado la atención en la pequeña pensión familiar! Habría sido lamentable que la hubiesen pillado entrando.

Aunque... no, ¡mejor no pensar en eso! Atamarie controló su mente imaginativa. No advirtió que Richard tal vez había tenido razones para no pedirle que le dedicara esa noche.

Pero ahora, puesto que la universidad estaba cerrada, le bastaba. Atamarie estaba decidida a ir a ver a su amigo. De Christchurch a Timaru había línea de ferrocarril, y desde Timaru ya encontraría la forma de seguir el viaje. Hasta la granja de Richard en Temuka había, desde la estación de tren, unos veinte kilómetros. Seguro que encontraba la posibilidad de viajar con alguien. Claro que Richard también habría podido ir a recogerla. Pensó en enviarle una carta. Pero seguro que encontraba algún pretexto, como eso de la dama de compañía. Al parecer, Richard vivía solo en su granja. Atamarie se pondría en un compromiso si lo visitaba, sobre todo si pasaba allí la noche. A ella le daba igual. En relación a la sexualidad, se veía como una maorí, pero se atenía a las reglas morales de los **pakeha** para no causar ningún escándalo. Como consecuencia de ello, en Christchurch se habría reprimido en público, pero en una granja solitaria en el distrito campesino de Waitohi haría lo que le apeteciese. Atamarie se alegraba de ir a vivir en pareja y estaba convencida de que Richard lo vería igual una vez que hubiese superado sus inhibiciones. ¡Esta vez nadie impediría que por fin vivieran su amor!

Así pues, Atamarie subió en Christchurch al tren a Dunedin, Timaru estaba de camino, podría ir de ahí a casa de sus abuelos. Era un día inusualmente despejado y las cumbres nevadas de los Alpes Neozelandeses parecían tan próximas que daba la sensación de que estaban al alcance de la mano. No obstante, Atamarie no se hacía ilusiones. Entre la línea de ferrocarril y las montañas se extendían kilómetros de pastizales, la amplitud de las llanuras de Canterbury. Ahora, en verano, el tussok alcanzaba hasta la altura de las rodillas y se inclinaba a merced del viento como un mar marrón verdoso. La joven recordó su viaje en tren con Richard y los puentes de la Isla Norte. Los raíles del sur habían sido más fáciles de instalar, por eso la línea de ferrocarril también se contaba entre las



más antiguas de Nueva Zelanda.

Llegó a Timaru por la tarde. Estaba impaciente por conocer la ciudad, nunca había estado allí. Además, había oído que los alrededores eran montañosos, algo inusual en las Llanuras, por lo general sin accidentes. «Está construida sobre desechos volcánicos», había contado Richard acerca de su ciudad natal cuando realizaban las mediciones del Taranaki, la piedra de cuyo volcán difería de la de ahí. Cuando llovía su brillo era azulado, lo que confería a la ciudad un toque de irrealidad. Muchas casas estaban construidas con la azurita local. Ese día, sin embargo, el sol brillaba y la pequeña ciudad daba una impresión totalmente normal, familiar y hogareña, como muchas localidades de la Isla Sur. Atamarie paseó a lo largo del puerto y también por la ciudad. A continuación preguntó en una tienda si había alguna posibilidad de proseguir su viaje en dirección a Temuka, junto a la cual se encontraba la granja de Richard. La tendera, una mujer regordeta y cordial, miró extrañada la mochila de la joven, pero le sonrió.

—Vaya, ha tenido suerte. ¿Ve ahí fuera ese coche? Es el vecino de Pearse. Ese la puede llevar hasta allí. Se llama Toby Peterson, quédese aquí, le preguntaremos cuando venga a pagar.

Toby Peterson, un hombre alto y delgado, vestido con la típica ropa gastada de un granjero, estaba cargando sacos de forraje en su carro. Atamarie esperaba que la dejase ir en el pescante. Llevaba un bonito traje de viaje y no le habría gustado sentarse en esos polvorientos sacos. Pero antes tenía que dar conversación y responder a las preguntas de la curiosa mujer. Por supuesto que conocía a Pearse y estaba impaciente por saber algo de esa hermosa muchacha que iba a visitarlo sola y viajaba con un equipaje tan poco convencional.

—Pero usted no es de la familia, ¿no? —dijo jovialmente, disfrazando así el interrogatorio—. Los Pearse han tenido muchos hijos, pero ninguno con un pelo tan rubio como el suyo.

Atamarie sopesó presentarse como prima, pero ¿por qué hacerlo? También los primos y primas ponían en peligro su reputación si pasaban una noche a solas. Así que la joven negó con la cabeza y contó abierta y francamente de qué conocía a Richard.

—Estudio Ingeniería, ¿sabe? Como Richard.

Para sorpresa de Atamarie, no siguió ningún comentario acerca de esa carrera tan poco usual para una muchacha.

—Sí, sí, Dicky Pearse siempre ha tenido grandes proyectos... conocemos muy bien a los Pearse, Sarah Pearse trabajó aquí, ¿sabe? Y Digory tiene esa granja en Trewarlet, una propiedad grande sobre la planicie de Waitohi, muy fértil... Pues sí, vino a comprar aquí... —soltó una risita— y saltó la chispa y ahora tienen ¡nueve hijos! ¡Qué cosas tiene la vida!

Atamarie asintió, aunque tampoco le parecía tan extraño que un labrador y su futura mujer se hubieran conocido en una tienda. En la Isla Sur todavía había escasez de mujeres y más de veinte años atrás la situación debía de haber sido peor. La joven Sarah se habría decantado por un labrador que poseía más hectáreas o pastizales que otros. Por otra parte, la historia difería un poco de lo que Richard le había contado. Según la descripción del joven, ella se esperaba más bien una finca de tamaño mediano, desde luego ninguna gran hacienda. Eso no se correspondía con la situación económica que aparentaba la familia. Si era propietaria de la mitad de la planicie de Waitohi, podría financiar la carrera de Richard.

—¿Y Richard se encarga ahora de la granja? —preguntó Atamarie algo asombrada.

Hasta el momento no había entendido por qué el aventajado técnico tenía que ser granjero.

La vendedora rio.

—No, hijita, no, los Pearse tampoco son tan viejos. A Dicky le han comprado su propia granja, un poco más allá de Temuka. Han sido muy generosos, cuarenta hectáreas y con casa incluida. Ahora debería casarse con una mujer y vivir en la gracia de Dios.

La mujer midió a la joven con mirada escrutadora, como calculando si ella podría ocupar ese puesto. Atamarie le devolvió una mirada inocente.

—Pero yo creo que a Richard le habría gustado más ser ingeniero —observó—. Inventor...  
Más risas.

—No, si ya lo digo yo... Solo se le ocurren excentricidades, casi acaba con sus padres. En la escuela se quedaba ensimismado en las clases y construía pequeños aparatos que nadie entendía. Su hermano Tom sí es de otra madera. Es perseverante, listo, estudia Medicina en Christchurch, ¿sabe? ¡Un día será doctor! —Se la veía tan orgullosa del chico que se diría que el fabuloso Tom Pearse era hijo suyo.

Lentamente, Atamarie acabó comprendiendo una cosa: tal vez no fuera que los padres de Richard no quisieran ayudarle o no pudieran, sino que el problema residiese en la elección de la profesión. Cuarenta hectáreas de tierra... ¡vendiéndolas se podían pagar tres carreras en Christchurch! Se preguntó cómo era posible que a Richard no se le hubiese ocurrido esa idea.

Pero en ese momento, Toby Peterson entró en la tienda e interrumpió a la locuaz esposa del tendero. Atamarie le lanzó una mirada furtiva con el rabillo del ojo y le pareció que era de fiar. En eso la mujer tampoco parecía tener dudas.

—Esta señorita quiere ir a casa de Dicky, Tobbs. Es también inge... ingeniera. ¿La puedes llevar?

El hombre miró a Atamarie con una sonrisa franca.

—¡Si no se me escapa volando! —bromeó jovial—. ¡O me hace explotar el carro!... Ya tenemos experiencia con inventores, señorita. No vaya a ser que me asuste usted al perro.

Era un juguetón collie que enseguida se puso a brincar alrededor de Atamarie. Ella lo acarició y él se apretó contra ella.

—No es a prueba de balas —observó el señor Peterson.

Atamarie rio.

—Prometo no disparar ni hacer explotar nada —dijo, alzando la mano derecha—. Y tampoco puedo volar, o no necesitaría que alguien me llevase.

Peterson hizo una inclinación.

—Entonces súbase al pescante —indicó—. Voy a pagar y nos marchamos. Son unos sesenta y cinco kilómetros hasta la granja de Richard, llegaremos antes de que oscurezca.

La carretera a Temuka, polvorienta tras varios días sin gota de lluvia, estaba muy transitada y se avanzaba deprisa. El señor Peterson resultó un agradable compañero de viaje. Le contó a Atamarie todo acerca del distrito de Waitohi, en el que —de nuevo contrariamente a lo dicho por Richard— se criaba sobre todo ovejas.

—Aunque también se cultivan algunos campos, sobre todo los Pearse, que no se dedican tanto a las ovejas. Y eso que con toda esa tierra sería lo suyo. Se lo he dicho mil veces al Raro.

—¿El Raro? —preguntó Atamarie con el ceño fruncido.

Peterson se llevó la mano al ala del sombrero.

—Oh, perdón, no se enfade, pero así llamamos a Dick. Algunos lo llaman el LOCO Pearse, pero eso no me parece demasiado respetuoso. Algo sabe hacer. El año pasado se me rompió el arado y se le ocurrió una innovación estupenda, aunque duró dos semanas... Al final vendí unas ovejas y me compré otro nuevo. A Dick le di el viejo. Colecciona cosas. Intenta hacer con ellas algo grande, con motores y tal. Los caballos tampoco le van mucho. Ya verá, la granja está llena de chatarra... Pero por lo demás es un tipo simpático. ¿Qué intenciones lleva usted con él? ¿Algo serio?

A Atamarie se le escapó la risa. La espontaneidad del granjero era refrescante. Ella lo encontró más agradable que el cauteloso sondeo de la mujer del tendero.

—Todavía no lo sé —reconoció—. Todavía no hemos hablado al respecto.

Peterson se rio.

—Me lo creo. Ese nunca habla de algo normal. Cuando habla es solo de cacharros y máquinas. Tiene la cabeza en las nubes...

—Le gustaría construir una máquina voladora —defendió Atamarie a su amigo—. No es una mala aspiración.

Peterson movió la cabeza.

—Tampoco es algo con mucho futuro. Piense en lo que le he dicho, ese hombre se matará un día con sus inventos. Si Dios hubiese querido que el hombre volase, le habría dado alas.

Atamarie negó con la cabeza. Peterson la miró. Ignoraba que volar también formaba parte de los propios sueños de la joven.

—Los seres humanos volarán un día, señor Peterson —le dijo con fervor—. Ya lo hacen ahora, piense en los vuelos con planeadores de Lilienthal, en los globos cautivos, en las manu aute de los maoríes... Dice la leyenda que hace cientos de años ya volaban con ellas. Tan solo debemos averiguar cómo conseguirlo sin viento. Y en tal caso, la clave son los motores de combustión interna. Como en los automóviles...

Peterson la interrumpió con un gesto.

—Aquí también hay uno —refunfuñó. El año anterior había aparecido un coche en la Isla Sur, que había sido admirado como es debido—. ¿Llegarán a implantarse?

Atamarie sonrió.

—¡Apostaría a que sí! —contestó.

La joven se calló de golpe cuando vio avanzar colina abajo algo grande y voluminoso. Lo tiraban cuatro caballos que parecían muy asustados.

Peterson emitió una breve exclamación de sorpresa, luego gritó: «¡Agárrese!» Y, con la rapidez del rayo, apartó de la carretera su propio tiro. El carro dio unas sacudidas y el collie escondió la cabeza en el regazo de Atamarie. Ella misma se sujetó con fuerza al asiento, aunque miró fascinada el monstruo de tres ruedas cubierto de una lona que traqueteaba hacia ellos. En ese momento, los caballos del artefacto también quedaron libres, y Atamarie lo comprendió: gracias a un mecanismo los animales se desprendían del vehículo en cuanto el aparato había cobrado velocidad suficiente, porque aquello era una máquina voladora. Los animales escaparon confusos hacia el prado, mientras la máquina, parecida a una cometa, traqueteaba y daba una especie de salto. Luego, sin embargo, volcó hacia un lado y aterrizó estrepitosamente en un seto de retama.

Toby Peterson detuvo el carro.

—Ya digo yo que eso no tiene futuro —observó sin inmutarse, mientras Atamarie saltaba del pescante y corría hacia el aparato volador.

Una de las alas de vela de lona tensada se había roto, pero Atamarie comprobó que solo se sujetaba al tren de aterrizaje con alambre. La reparación sería sencilla. El aspecto de Richard la preocupó mucho más. El inventor estaba colgado boca abajo con el rostro ensangrentado.

—Richard... Richard, ¿me oyes? ¿Estás mal? ¡Señor Peterson! ¡Venga a ayudarnos!

Pero Richard ya estaba moviéndose. Era evidente que no estaba gravemente herido y que el problema consistía en salir de su penosa posición.

—Solo son arañazos —dijo quitándole importancia, cuando Peterson se acercó tranquilo.

—Calma, señorita, el seto ha amortiguado el golpe —indicó, mientras la nerviosa joven intentaba ayudar a salir de su asiento al piloto. Richard se irguió vacilante—. Tampoco es la primera vez —añadió Peterson.

—¿Qué? —preguntó Atamarie horrorizada, sosteniendo a su amigo—. ¿Ya has hecho esto otras veces? ¿Estás loco?

Richard se secó la sangre con la manga de su jersey. Su aspecto era alarmante, pero el único daño serio que había sufrido parecía localizarse en el pie, pues apenas podía caminar.

—Tengo que calcular mejor la velocidad ascensional y, sobre todo, controlar el motor —murmuró él—. Suena como un carraspeo...

Atamarie se llevó las manos a la frente, al igual que Peterson.

—Oye, Raro —dijo el granjero—. Esto ha estado muy mal. Así no se saluda a una dama. Lo correcto sería: «¡Señorita Turei, qué sorpresa! Disculpe mi poco apropiada indumentaria, pero me honra que haya venido hasta aquí.» Es así como se hace, Raro, cuando se recibe la visita de una dama.

Richard pareció percatarse en ese momento de la presencia de Atamarie.

—Atamie... tú... ay, no... no te había visto. Claro que me alegro de que... estés aquí... Es fantástico... tú...

Atamarie ya no lo escuchaba.

—¿Por qué carraspea? —preguntó mientras estudiaba el motor—. ¿Tal vez a causa del encendido?

Peterson puso los ojos en blanco.

—Ahora veo lo que les une —señaló—. Y los dejaría con este romántico coqueteo, pero me temo, Dick, que tu madre me matará si no me ocupo de ti. Es posible que te hayas fracturado el pie. Bien, ¿adónde quieres ir? ¿Al doctor o a casa de tu madre?

Richard no sabía qué opción era peor. Atamarie tampoco estaba entusiasmada ante la disyuntiva. No creía que el pie estuviese roto y habría curado ella misma a Richard con tal de pasar de una vez a la parte romántica del encuentro, si bien tampoco se habría opuesto a desarmar antes el motor. Era evidente que se trataba de una construcción única y estaba deseando analizar el problema.

—¿Puedes mover el pie? —preguntó.

Richard asintió y dio muestra de ello.

—Bien, ¡entonces a casa de tu madre! —decidió Peterson—. Suba, señorita, yo ayudaré a Dicky... Espere, primero tendremos que coger los caballos.

Atamarie colaboró apaciguando a los nerviosos caballos. La granja de Richard no estaba muy lejos, podían llevar a los animales al establo a pie y quitarles los arneses. Atamarie se asustó un poco cuando pudo echar un primer vistazo a la granja. No tenía nada que ver con las demás. Los pajares y establos se veían descuidados y necesitaban reparaciones. Unos cuantos cerdos y gallinas

andaban entre arados y rastrillos oxidados, piezas de bicicletas y extravagantes construcciones con lona y aluminio. Era evidente que un pajar había pasado a convertirse en un hangar, donde al parecer Richard construía su avión. En un rincón estaban pulcramente colocados cilindros y cigüeñales, además de viejas latas de cigarrillos y tubos de desagüe. Atamarie intentó comprender las piezas que Richard había montado.

Peterson y su perro condujeron los cerdos y pollos al pajar y dos cabras los siguieron balando.

—Es el único recinto que puede cerrarse —explicó el granjero—. Si hubiera algo de forraje para alimentarlos...

Una gallina se colocó directamente sobre los tubos. Atamarie dudaba de que Richard diese el visto bueno a que se alojasen allí.

—A mí me da igual —gruñó Peterson—. Pero a veces el ganado necesita caminar y a un kilómetro de distancia está mi casa y el huerto de mi esposa. Las cabras de Dicky ya lo han visitado dos veces, desde entonces está enfadada con él. Los animales prefieren la verdura a la hierba y saben exactamente dónde crece.

Atamarie suspiró. En la Isla Norte había pensado que Richard se organizaba bien, siempre había mantenido un orden minucioso en las mediciones. Pero, al parecer, en su casa todo se le iba de las manos. Pese a que eso tiraba todos sus planes por la borda, ahora estaba impaciente por conocer a su familia. ¿Serían también unos granjeros tan desastrosos?

Richard alegó que ya tenía bien el pie, pero Peterson no le hizo caso y durante el trayecto a la granja de la familia le estuvo haciendo reproches por cómo tenía a los animales.

—Nada que objetar de tus inventos, pero ¡así no se administra una granja! ¿Ya has contratado a los cosechadores? A estas alturas la mayoría de ellos ya están comprometidos, Dick. Y yo no puedo estar ayudándote toda la vida, tengo que recoger mi propia cosecha.

Richard no contestaba, solo mantenía una expresión abatida, aunque también podía deberse a que la casa de sus padres ya estaba a la vista. Nada espectacular, sino una granja de tamaño mediano, bien pintada y conservada. Al lado había un molino de viento, pajares y máquinas de segar y trillar preparadas para la cosecha. Al parecer, Digory Pearse era mejor granjero que su hijo. Parecía también vigilar el acceso a su propiedad. A diferencia de lo ocurrido en la granja de Richard, los perros ladraron y el granjero enseguida se asomó a la puerta. Era más alto y grueso que su hijo, con un rostro más duro y anguloso. Richard debía de haber heredado los rizos y los rasgos más suaves de su madre. Y tal vez también su naturaleza ensimismada y paciente. Digory daba la impresión de ser proclive a encolerizarse. Intercambió un par de palabras con Peterson y acto seguido explotó.

—¿Que has hecho qué? ¿Otra vez? ¡No lo entiendo, Dick, te gastas todo tu dinero en esta locura y últimamente hasta pretendes matarte con ella! La semana próxima hablaré con ese Cecil Woods, que no hace más que animarte a que sigas con este absurdo.

—¿Cecil Woods? —preguntó interesada Atamarie—. ¿No fue él quien construyó el primer motor de combustión interna en Nueva Zelanda?

Richard asintió y ya iba añadir algo, cuando el padre se percató de la joven.

—¿Y usted quién es? ¿No será esa maorí... bueno... esa chica... hummm... esa joven que le ha metido más tonterías en la cabeza? No parece usted una indígena, pero por los demás...

—Es Atamarie Parekura Turei —la presentó Richard—. Nos conocemos de la expedición al Taranaki.

—¡Y es la única muchacha a la que Richard ha puesto por las nubes! —exclamó una voz

amistosa en la que asomaba algo de curiosidad. Sarah Pearse salió de la casa detrás de su marido y contempló a todos los presentes con una sonrisa afable. En efecto, tenía los mismos rizos castaños y los ojos dulces de su hijo—. ¡Me alegro de conocerla! Digory, haz el favor de no asustar a la joven, más vale que la invites a entrar. Oh, Dios mío, Dicky, ¿qué ha ocurrido? —Peterson estaba ayudando a Richard a bajar del pescante y su madre advirtió su rostro contraído y su cojera—. ¡No habrás intentado salir volando otra vez con esa máquina infernal! Ven, Dicky, ahora mismo me lo miro, te vendaremos el pie y... espere, señor Peterson, tengo algo para Joan como pequeña disculpa por lo de las cabras. Hoy hemos preparado mermelada... Jenny, ve a buscar un tarro.

Esto último iba dirigido a una muchacha torpona de unos doce o trece años que había estado presenciando la escena desde la entrada de la casa. Del mismo modo que unos cinco niños. Atamarie les sonrió.

Sarah Pearse parecía una de esas mujeres extraordinariamente eficientes que podían hacerlo todo a la vez. Dirigió a Peterson con Richard hacia el interior de la casa y encontró para cada uno de los niños una tarea relacionada con la hospitalidad hacia los invitados. Enseguida había instalado a Peterson y su esposo en la terraza con un refresco de zarzamora hecho por ella misma y encontró también tiempo para ocuparse de Richard.

—¡Venga conmigo! —le pidió a Atamarie, mientras obligaba a su hijo a sentarse en una silla para examinarle las heridas de la cara—. Ahora limpiaremos esto, puede usted sostener la palangana con agua...

Atamarie lo hizo. Al parecer, la madre de Richard comprobaba si era aprensiva, pero a ese respecto no tenía nada que temer. Aunque Atamarie no se interesaba por la medicina, ver sangre no la afectaba. Tampoco la molestaba ver cómo el agua de la palangana se iba tiñendo de rojo mientras Sarah Pearse limpiaba los rasguños con un trozo de gasa. El joven se estremeció cuando le aplicó un ungüento. Atamarie contrajo el rostro: conocía aquel potingue, su abuelo solía curar caballos y ovejas con eso y escocía de lo lindo.

Acto seguido, la señora Pearse quitó a su hijo el zapato y el calcetín para vendarle el pie, que ya se había hinchado. Mientras tanto no dejaba de hablarle.

—Tienes que acabar con esta locura, Dicky, todo el vecindario habla de ti, y me da pena que te llamen el LOCO Dick. Mira, tienes esa granja tan bonita, podrías hacer algo de ella... Y qué chica tan guapa has conquistado. —La madre de Richard dirigió a Atamarie una cálida sonrisa—. Ya me contará más cosas de usted, Atamarie. Puedo llamarla así, ¿verdad? Me la había imaginado distinta, pensaba que era maorí. A mí ya me estaría bien si lo fuera, ¿sabe? Con tal de que Richard encuentre a una chica que... bueno, una mujer que lo bajara de las nubes, por decirlo así.

Richard lanzó a Atamarie una mirada desesperada, pero ella estaba asimilando feliz la noticia de que Richard había hablado elogiosamente de ella para preocuparse de que la señora Pearse ya la viera como el ama de casa en la desastrada granja de su hijo. Por otra parte, Atamarie no era alguien que fuera a bajar a nadie de las nubes.

—Ya está. Y ahora, naturalmente, se quedará usted a comer, Atamarie... No hay peros que valgan, quiero conocerla. También le encontraremos una cama, hoy mismo seguro que no puede volver a Timaru. Dicky, esta noche también te quedarás con nosotros. Si es necesario, Joe irá a tu granja para alimentar a los animales.

Atamarie tragó saliva. Por mucho que la mujer quisiera emparejarla, no sería al estilo pakeha. Si eso seguía así, no ocurriría nada otra vez, ni con el amor ni con el estudio de los motores de la

granja de Richard... Atamarie no estaba segura de cuál de las dos cosas la estimulaba más. Pero en ese instante, sonrió solícita a la señora Pearse, le dio las gracias por la invitación y la ayudó a poner la mesa y servir la comida. Como era de esperar, Sarah Pearse era una cocinera excelente que ponía sobre la mesa platos para alimentar a todo un regimiento y que no se inquietaba por la presencia de invitados sorpresa. Atamarie se percató de que estaba hambrienta. Complacida, la anfitriona contempló cómo llenaba su plato con puré de patata, judías y carne asada y lo dejaba limpio como una patena.

Richard, por el contrario, no se sirvió demasiado y durante toda la cena apenas pronunció palabra. El intento de vuelo frustrado lo había desalentado, o tal vez fuese también la animada conversación que al principio volvió a girar en torno a «los grandes proyectos» que él tenía en la cabeza y en torno a temas desagradables como la cosecha y la nueva siembra. El señor Pearse escrutaba con la mirada a su hijo del mismo modo que lo había hecho antes Peterson, pero no se dio por satisfecho cuando el joven respondió con el silencio a sus preguntas sobre braceros para cosechar y sobre el mantenimiento de las máquinas. Se explayó en comentarios sobre la negligencia de Richard, mientras su esposa intentaba sonsacar a Atamarie más información sobre su familia. Lo que escuchó pareció gustarle, si bien era evidente que la granja de su abuelo le interesaba más que el puesto de Matariki como directora de escuela y la posición de Kupe como diputado del Parlamento.

—¡Qué bonito que se haya criado prácticamente en una granja! —se alegró Sarah Pearse—. Pero no heredará la tierra, ¿verdad?

Atamarie tomó aire. Consideraba que la pregunta era bastante indiscreta para un primer encuentro. Casi se vio tentada de afirmar que habrían de vender la granja para financiar su carrera de Ingeniería, pero se mordió la lengua. De nada servía ser insolente, tenía interés en establecer una buena relación con los Pearse. Así que habló de buen grado sobre sus dos tíos.

—Mi tío Kevin no se interesa por las ovejas —exageró, mirando de reojo a Richard—. Pero Patrick ha estudiado Agricultura y en su día se encargará de la granja. Kevin es médico...

Con esta última observación de repente el tema de conversación giró hacia el fabuloso hermano Tom, del que tanto Sarah como Digory contaron maravillas. Richard se tomó un respiro y Digory dejó de reprocharle su negligencia. Atamarie no acababa de comprender cuál era en realidad el problema. Digory Pearse hablaba de braceros y del mantenimiento de la maquinaria, es decir, no de rendimiento personal. Ella misma se veía capaz de resolver todas esas tareas organizativas en las que, al parecer, Richard fracasaba. Pero a su amigo no parecía gustarle ni el trabajo en la granja ni el trato con sus vecinos. Atamarie dedujo de la conversación con el padre que Peterson era el que mejor actitud tenía hacia él. Los demás se quejaban del ruido que hacían sus máquinas, de la mala hierba que crecía en sus campos de cultivo, cuyas semillas arrastraba el viento a sus propios campos de labor, y de los animales que correteaban sueltos.

—Últimamente Fred Hansley me ha dicho que está harto —dijo Digory, enfadándose de nuevo. La conversación había pasado del fabuloso Tom al negligente Richard—. Y no va a volver a prestarte su revolvedor de heno. Resulta que las «mejoras» que introdujiste el año pasado...

—No quiso oír explicaciones —se defendió Richard abatido—. Era muy sencillo y mucho más efectivo, todo iba bien, solo había que...

—Ya verás tú mismo de dónde sacas otro revolvedor, al final tendrás que revolver tú mismo el heno con la mano —lo interrumpió su padre.

Richard paseaba su comida de un lado del plato al otro. Finalmente, todos respiraron aliviados

cuando Sarah Pearse recogió los platos. Ella al menos parecía satisfecha. Atamarie Turei era digna de ser tenida en cuenta como nuera. Seguro que cambiaría su caprichosa carrera por una bonita casa y un par de niños monos...

Atamarie, por su parte, se alegró de poder huir a una habitación de invitados pequeña pero aseada... seguramente, el antiguo cuarto del maravilloso Tom. En la pared colgaban distintas condecoraciones de exposiciones agrícolas; medallas y copas daban prueba de las victorias deportivas. Atamarie se preguntaba si habían permitido a Richard exhibir en su habitación sus pequeños inventos. Su amigo cada vez le daba más pena; por suerte para él, ella al menos había pasado el examen de su madre. Se felicitaba por su diplomacia: no había mencionado su propio sueño de volar.



A la mañana siguiente se sirvió un opíparo desayuno que fue sazonado con las mismas y deprimentes conversaciones de la noche anterior. Al final, el señor Pearse condujo a su hijo y Atamarie de vuelta a la granja de Richard, y empezó a soltar improperios cuando sus caballos se asustaron del aparato de vuelo, todavía colgado del seto. Y siguió del mismo talante cuando giró el carro hacia la granja.

—¡Esto parece un depósito de chatarra! ¡Tira de una vez todo esto! ¡Y procura organizar las labores de la cosecha!... ¿La acompaño ahora a la estación, señorita Turei?

Atamarie se sobresaltó. Hasta el momento, Digory Pearse no le había dirigido la palabra. Negó con un gesto decidido.

—No, muchas gracias, me quedaré un poco más aquí. Richard... bueno, todavía no hemos tenido tiempo de hablar, él... él aún no me ha enseñado en detalle el avión.

Digory resopló.

—Para mirárselo no necesitaría haber viajado hasta aquí desde Christchurch —opinó—. Pero está bien, usted sabrá. Dese prisa, el tren sale a las doce. Si además quiere sacar ese armatoste del seto, no llegará a tiempo. —Digory Pearse se quedó mirando a la joven con una expresión entre inquisitiva y condenatoria.

Atamarie se irguió y le sostuvo la mirada.

—Entonces viajaré mañana —dijo tranquilamente—. De todos modos, aquí hay cosas que hacer.

Sin esperar la contestación de Digory, cogió la mochila y se volvió hacia la casa. Richard la siguió con un suspiro aliviado. Cuando sacó la llave de debajo del felpudo lleno de porquería y le abrió la puerta a Atamarie, de pronto pareció volver a inquietarse.

—Mis padres pensarán...

Atamarie echó un vistazo a la casa, que presentaba el mismo aspecto caótico y sórdido que el patio. Pero luego solo tuvo ojos para Richard, que parecía tan amedrentado y abatido que hasta su vacilación la enterneció. Lo miró traviesa y le arrojó los brazos al cuello.

—¡Que piensen lo que quieran! —dijo tranquilamente.

Atamarie lo besó en la desastrada cocina y se alegró de que él le devolviera el beso. Luego ordenó los trastos, mientras Richard enganchaba dos caballos para sacar el avión caído del seto. No fue especialmente difícil, el aparato no pesaba mucho y lo más pesado era el motor.

—Tiene que ser más ligero —constató Atamarie, cuando los restos del artefacto volvieron al «hangar». Richard había echado fuera sin más a los animales—. O las alas más grandes. Pero lo de las ruedas es una buena idea. Por el contrario, que lo arrastren unos caballos...

—¡Ya se ha hecho con los planeadores! Hay que esperar hasta que el motor arranca.

—Pero el motor debería poner de inmediato el avión en marcha, como los automóviles —objetó la joven—. Y despegar entonces. También se debería poder controlar.

Ambos discutieron el problema ampliamente, hasta que la puerta se abrió y un señor Peterson iracundo metió dentro los cerdos y las cabras.

—¡Maldita sea, Dick, te lo he dicho cien veces! Encierra a los animales, estaban otra vez en mi huerto y Joan se pone como un basilisco. Esto no puede seguir así.

Richard le dio la razón y las gracias al vecino. Pero luego volvió al tema del encendido por magnetos para generar corriente suficiente.

—Con el empalme para el ruptor, tal como lo concibió Woods, todavía no estoy satisfecho. La construcción de la bujía...

Atamarie frunció el ceño.

—Richard. Creo que primero debemos concentrarnos en construir una pocilga para los cerdos.

La primera tarde en la granja, Atamarie y Richard construyeron unos cobertizos seguros para los animales. La joven unió a martillazos los boxes mientras Richard desarrollaba una revolucionaria técnica de cierre, basándose en el sistema de las llaves de tubo. Las cabras seguro que no los abrirían por sí mismas como hacían con los sencillos cerrojos habituales.

—Genial —observó Atamarie—. Mañana haz un par más y se los regalas a Peterson. A lo mejor así se tranquiliza. Así podrá cerrar la puerta de su huerto.

Mientras Richard daba de comer a los animales, buscó en el huerto plagado de malas hierbas algo comestible y al final encontró unas zanahorias y patatas, así como un montón de judías. Con ello preparó un potaje. No era especialmente sabroso, nada comparable con las sustanciosas comidas de la señora Pearse, pero Richard no parecía prestar atención a lo que comía. Solo dejó de hablar de las ventajas del sistema sencillo de lonetas frente al biplano, cuando Atamarie se puso en pie y con movimientos armoniosos se soltó el cabello e hizo ademán de desabrocharse la blusa.

Richard se la quedó mirando con los ojos de par en par.

—Atamarie... tú... yo... ¿Estás segura de que quieres?

La muchacha sonrió.

—¿A ti qué te parece?

Richard volvió el rostro.

—Atamarie, no me conoces —dijo a media voz.

Ella frunció el ceño.

—¡Te conozco bien! —afirmó—. Eres... ¡eres como yo!

Pearse negó con la cabeza.

—No lo soy, Atamie, hazme caso. Te... te decepcionaré.

Ella se estrechó contra su espalda.

—¿Como has decepcionado a todo el mundo? —preguntó con dulzura—. Yo no soy como tus padres. Yo no quiero una granja. Ni siquiera casarme. Solo a ti, Richard... Dick... ¡solo te quiero a ti!

Él se dio media vuelta.

—Ignoras en qué lío te estás metiendo —murmuró.

Atamarie sonrió.

—¿Te refieres al caos de aquí? Lo pondremos todo en orden en un periquete. Tú no has nacido para granjero, pero con un poco de ayuda...

—No te convengo, Atamarie. No convengo a nadie. —La voz de Richard tenía un deje ronco, resignado.

Ella sacudió la cabeza.

—¡Claro que me convienes! —susurró—. ¡Has sido elegido! Eres mi regalo de los dioses.

Richard también sonrió entonces, débilmente pero esperanzado.

—Si tú lo ves así —murmuró y la estrechó entre sus brazos.

Atamarie lo veía así y pensaba en la sabiduría que el dios Tawhaki había regalado a los seres humanos o en la belleza de la tierra que debía agradecerse al dios Tane. No pensó en la caja de Pandora.

Richard Pearse se reveló como un amante muy tierno, lento y respetuoso. Atamarie se había temido tener que volver a estimularlo en la cama y no saber qué hacer en un momento dado. Pero Richard satisfizo a la joven con la paciencia, el cuidado y la dulzura que ella había esperado de él. Atamarie se preguntó dónde habría aprendido. ¿En Christchurch durante sus breves estudios? Las campesinas de Waitohi seguro que no se iban a la cama con los hijos de sus vecinos, al menos no sin una promesa previa de matrimonio. Así pues, ¿por qué Richard, pese a contar con una granja grande, todavía no tenía esposa o al menos prometida? ¿Porque las chicas no querían casarse con él o porque él no se lo había pedido a ninguna? ¿No lo querían porque los demás hombres se burlaban de él, o las asustaba con su extraña forma de pensar? Al final, Atamarie decidió que él había estado esperando a un alma gemela y acababa de encontrarla. Esa noche durmió dichosa entre sus brazos y al día siguiente no se habría opuesto a hacer otra vez el amor. Pero Richard ya estaba antes del amanecer levantado y sediento de actividad.

—Tengo que echar otro vistazo al carburador —anunció precipitadamente—. Ese carraspeo puede deberse al ventilador, la mezcla de aire y carburante no es constante...

Atamarie frunció el ceño.

—¿Eso se te ha ocurrido mientras...?

Richard sonrió.

—¿Mientras hacíamos el amor? Claro que no, Atamie. Ha sido... bueno... después... yo, esto... no necesito dormir mucho. Pero ¿no estás de acuerdo? El hecho de que una mezcla grasa se...

Atamarie suspiró y salió de la cama. Encontraba muy emocionante el tema del carburador, pero tan pronto... y después de una noche así... Pero Richard ya no tenía ojos para ella. Cuando se hubo vestido fue a la cocina, donde él acababa de preparar café aunque no pensaba desayunar tranquilamente con ella. Se bebió a toda prisa una taza de la cargada infusión y se puso en marcha hacia el taller. Atamarie se estremeció con el primer sorbo. Era un café imbebible, y además necesitaba pan y mantequilla. En algún sitio tenía que haber harina, y las gallinas pondrían huevos...

Camino del establo constató que Richard se había olvidado de dar de comer a los animales. Atamarie movió la cabeza. Tendría que poner orden en aquel caos.

En los días siguientes, la muchacha organizó todas las tareas de la granja. Se cuidó del ganado, visitó a la vecina Joan Peterson, se disculpó por los animales sueltos y le compró verduras, mantequilla y miel.

—Pero a la larga usted misma tendrá que cultivar su propio huerto... bueno, si se queda —dijo la solícita granjera, y enseguida le ofreció semillas y plantones.

Atamarie no respondió a la curiosidad apenas disfrazada de la mujer sobre los planes de futuro de ella y Richard. Cogió las cosas dando las gracias, pero no se molestó en cultivar el huerto.

Richard no seguiría ocupándose de él y ella seguro que no se quedaría ahí. Por muy tierna que fuese la relación, antes de pensar en formar una familia, ella quería acabar sus estudios. Y luego no se iría a vivir a una granja. Pero eso ya se arreglaría después. Primero había que cosechar los campos de Richard y poner orden a su calamitosa propiedad.

Pidió información a Peterson acerca de peones para la cosecha, pero realmente ya no había. Richard había sido demasiado lento, los otros granjeros ya estaban segando el grano y se burlaban de que el Raro fuese tan dejado. Atamarie dio las gracias por la explicación y buscó otras vías. No tardó en encontrar una tribu maorí vecina e intentó convencer a los hombres de que trabajasen para Richard. Con las mujeres enseguida negoció, la ayudarían con los boniatos y otras verduras, que cambiarían por las semillas y los plántones de Joan Peterson. En cuanto a las labores de la granja era necesario consultar a los ancianos de la tribu y, para su sorpresa, los ngai tahu estaban asombrosamente bien informados sobre Richard Pearse, sus sueños y también sus problemas. Waimarama, una de las ancianas, lo llamaba **birdman**.

—Una vez estuvo aquí —contó—. Este año, después de Matariki. Había visto las cometas. Entonces llegó de la oscuridad profunda. Pero a través de la **manu** volvió a ver la luz. Busca el contacto con los dioses. Pero no sabe lo que hace.

Atamarie sonrió indulgente.

—Pero sí, **tupuna**, claro que sabe lo que hace. En cuanto a la técnica, es **tohunga**.

Waimarama asintió amable.

—Seguramente lo es, hija. Pero será Rangi quien determine a quién abre su corazón...

Atamarie rio.

—La divinidad del cielo tendría que alegrarse de que uno de sus hijos vaya a visitarla —observó—. Así no estaría llorando continuamente. —Mientras que el día anterior había hecho buen tiempo, ese día había tenido que cabalgar bajo una fina lluvia de verano—. Le llevaríamos a Rangi saludos de Papa.

Waimarama la miró con ceño, pero alzó la mano como para dar su bendición. Las palabras de Atamarie podrían haberse calificado de blasfemas, pero la anciana **tohunga** tenía mucha paciencia con los jóvenes respondones.

—A lo mejor Rangi también llora por tu amigo. Por la oscuridad que lo rodea —dijo con calma—. No la sientes, pero lo amenaza, por eso ansía la luz de Rangi...

Atamarie no entendió las explicaciones de la **tohunga**, pero respiró aliviada cuando el consejo de ancianos accedió a su petición. Al día siguiente, aparecieron en la granja de Richard tres fornidos jóvenes maoríes. Solo chapurreaban el inglés pero estaban dispuestos a ocuparse de la cosecha. Richard les dio la bienvenida y volvió al pajar, mientras Atamarie les explicaba el funcionamiento de las máquinas para la recolecta. Por fortuna, Hamene, Koraka y Kur conocían las máquinas segadoras y trilladoras. Ya habían trabajado en otras granjas y enseguida engancharon los caballos.

Naturalmente, los vecinos empezaron a cotillear sobre las nuevas relaciones que Richard había establecido con los maoríes. Estos trabajaban los campos de forma diferente a los **pakeha** y los otros granjeros se enfadaron por ello. A Richard le resbalaron sus críticas y no se inmiscuyó en lo que hacían los braceros. Aunque trabajaba con ellos y tan duramente como los demás granjeros, no

pensaba en el trigo ni en el maíz, sino en las bujías y el carburador del motor que estaba construyendo. Richard vivía para sus inventos, no se daba cuenta de que sus caballos dejaban líneas zigzagueantes en el campo de labor, mientras él tenía la nariz metida en una revista científica. Sus vecinos se reían de él y los maoríes oscilaban entre la indiferencia y casi la admiración.

—¡Dick tohunga construye máquinas! —dijo con gravedad uno de los ayudantes a un atónito Toby Peterson—. Debe de hablar con muchos espíritus...

A Atamarie le daba igual que Richard fuese incapaz de ser granjero, pero su forma de comportarse en general también le daba a veces problemas. Se amaban cada noche, a veces durante horas, Richard no parecía cansarse nunca de ella y Atamarie compartía su pasión. Bajo las caricias del joven, ella olvidaba su agotamiento. Tras hacer el amor se dormía entre sus brazos satisfecha y feliz como un niño, y habría seguido durmiendo profundamente si Richard no se pusiera a dar vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. El muchacho acababa levantándose casi siempre al amanecer, dejaba a Atamarie y se encerraba en el pajar para dedicarse a sus motores.

Las primeras noches esto la disgustó un poco. En primer lugar, no quería dormir sola y, en segundo lugar, le habría gustado participar en la evolución del motor. Pero entonces empezó a preocuparse. Richard parecía disponer de energías inagotables, ¡pero en algún momento tenía que dormir! Atamarie lo encontraba extraño y se consolaba pensando que tal vez echaba alguna cabezadita durante el día en el campo. Sin embargo, los peones maoríes no confirmaron esa suposición, aunque tampoco se pasaban todo el día mirando lo que hacía el joven patrón.

Así pues, Atamarie asumió de mal grado los deberes de una granjera y se calló. No era muy hábil en lo que se refería a las labores femeninas tradicionales, como lavar y cocinar; pero Richard tampoco era exigente a ese respecto. Aceptaba sin la menor crítica los intentos con frecuencia insuficientes de Atamarie por llevar el cuidado de la casa, aunque tampoco se mostraba entusiasmado cuando alguna vez le salía algo bien, como el pastel de pollo que preparó obligada por la necesidad, después de que él atropellase por distracción una gallina con una cosechadora. Richard comía sin disfrutar de la comida y luego volvía a su trabajo sin pronunciar palabra. Atamarie solo esperaba que la situación mejorase cuando hubiese concluido la cosecha y ambos se entregaran juntos a la construcción de la máquina voladora. También ella había elaborado muchas ideas acerca de las alas y, sobre todo, de las hélices. Hasta el momento suponían que había que colocarla en la parte posterior de la máquina, pero también era posible colocarla delante. Atamarie habría querido comentárselo a Richard, pero se temía que entonces se olvidara de todo y volviera a encerrarse en el pajar. A comienzos de la cosecha había actuado de este modo cuando Atamarie le planteó una pregunta sobre la mezcla de aire y carburante en el carburador que le despertó, en el sentido literal de la palabra, una idea explosiva... Poco después, el padre del joven había aparecido y se había puesto furibundo. Al parecer, Richard le había dado plantón a la hora de recoger heno aunque se anunciaba lluvia...

Atamarie quería evitar que eso se repitiera. Así que se consolaba con la idea de que la relación amorosa al menos no dejaba nada que desear. El ardor de Richard no disminuía, antes bien, la amaba con mayor pasión y arrebató. Cuando la besaba, le susurraba palabras tiernas y llegaban juntos al clímax, ella se sentía feliz y se convencía de que eso justificaba su vida con Richard.

Solo cuando tuvo tiempo una tarde para escribir una carta a Roberta y, tras expresar todo su entusiasmo por Richard, se dispuso a contarle también su día a día, se percató de lo sola que estaba. Precisamente ahora, durante la cosecha, los granjeros de la planicie de Waitohi tenían mucho

contacto entre sí, se ayudaban mutuamente con máquinas y echaban una mano a un vecino a la hora de segar el heno cuando las nubes anunciaban lluvia. Con Atamarie eran muy amables, pero no parecían considerarla alguien con quien pasar un rato agradable y comunicarse, sino solo una especie de ruedecilla del engranaje. Ni siquiera hablaban sobre su «amancebamiento» con Richard, aunque seguro que cotilleaban a sus espaldas. De vez en cuando escuchaba comentarios como «Pero a él sí que le conviene...», o «No está ni la mitad de chiflado que antes...» o «Y, además, una chica tan guapa...». Todos parecían aliviados de que finalmente Richard Pearse «funcionase». Las matronas del lugar, sobre todo, veían confirmada su opinión: solo una mujer había podido llevar al chico por el buen camino. Incluso si era una joven exótica que no se ajustaba a la imagen que se tenía en el entorno de una esposa como Dios manda.

Si realmente era Atamarie la que «funcionaba» mientras que Richard solo lo fingía, no interesaba a nadie. Aunque esto podía ser normal para una mujer **pakeha** del campo, a Atamarie la fastidiaba. Como mujer maorí esperaba que se reconociera su trabajo, ¡pero esa gente negaba su **mana**!

Una vez entendido esto, Atamarie contempló su entorno con creciente desconfianza, aunque no estaba enfadada. Con cada día de ajetreo que pasaba se acercaba más el final de la cosecha, y entonces volvería a estar con Richard en lugar de trabajar en paralelo. La entusiasmaba el proyecto del motor y la armazón del avión. Si se construían las alas móviles, todavía se podría dirigir mejor el aparato. En cuanto volara...

Y llegó por fin el día en que se cosecharon los últimos campos. Richard pagó a los peones maoríes e incluso su padre pronunció un par de frases elogiosas cuando inspeccionó los pajares llenos y los graneros.

—¡Y esta noche se celebrará una fiesta! —anunció complacido Warne, el hermano de Richard. Warne todavía iba a la escuela, pero había ayudado con diligencia durante la cosecha—. A partir de las siete en la cochera de Hansley. Y no os lo creeréis, pero ¡iré con Martha Klein!

Atamarie le guiñó el ojo. Le gustaba Warne, era una de las pocas personas de Temuka que la aceptaba sin reservas y con la que podía decir bobadas y reír. Warne era inteligente, como todos los hijos de los Pearse, y todavía muy joven para considerar inaceptable a Atamarie y su relación con Richard.

—¡Así que pronto sonarán las campanas de boda! —bromeó con el pequeño—. Siempre que no le des demasiados pisotones al bailar.

Warne rio y luego dijo con expresión seria que tenía que ir a recoger flores. A lo mejor pensaba confeccionar una corona que Martha luciría.

—Aunque no lo sé hacer muy bien —puntualizó el pequeño.

A Atamarie le gustó la idea de trenzarse flores en el cabello. Cogió un par de flores locales que crecían al borde del camino y esperó que se mantuviesen frescas hasta la noche. El color lila claro de los pétalos encajaba bien con el bonito vestido floreado de Lady's Goldmine que Atamarie había metido en la mochila para ocasiones especiales. Hasta ese día no se lo había puesto y esperaba despertar la admiración de Richard. Se había lavado el pelo, que llevaba suelto y no con trenzas o recogido como era habitual. Sus bucles de un rubio dorado le caían casi hasta la cintura y la corona de flores le daba el aspecto de un hada. Atamarie se sentía muy satisfecha de sí misma, pero su buena disposición cambió cuando vio entrar en la cocina a Richard con la ropa de trabajo.

—¿Hoy no hay nada para comer, Atamie? —preguntó; no se lo reprochaba, simplemente estaba

sorprendido. Atamarie siempre tenía algo preparado cuando él llegaba del campo, sin importar el tiempo que ella también hubiese estado trabajando—. Me puedo hacer algo yo mismo, pero... — Richard levantó la vista y se percató del vestido de fiesta—. ¿Por qué te has vestido así?

Atamarie se golpeó la frente con la mano.

—¡Eso mismo debería preguntarte yo! ¿Te has olvidado? Hoy es la fiesta de la cosecha. Salimos a celebrarla. Y tu hermano dijo que habría asado. Así que no tenemos que cocinar. Pero tienes que cambiarte de ropa. Y lavarte. ¡Venga, Richard! O no llegaremos.

Él frunció el ceño.

—¿Quieres ir? —preguntó de mala gana—. No se me había ocurrido...

—¿Que te interesaras por algo más que por motores y corrientes ascendentes? —replicó Atamarie, algo mosqueada. Al menos podría haberle dicho algo sobre su bonito vestido—. Pues sí, Richard, imagínatelo, me gusta ir a bailar. Me gusta vestirme bien y salir en compañía de mi marido, siempre que vaya aseado y vestido para la ocasión.

—Pues yo pensaba que nos meteríamos en el pajar para ocuparnos del motor —respondió decepcionado.

Ella se llevó las manos a la cabeza.

—¿Quieres estar apretando tornillos mientras todos celebran una fiesta? ¡Pues no te extrañes de que te llamen el Raro, Dick! Hombre, ¡el motor no se va a escapar! Y hoy es el único día que habrá música, que podemos comer bien, bailar y charlar un poco con los vecinos, aunque nosotros no tengamos mucho que decirnos. No ha de ser siempre tan complicado. Mientras vivas aquí tienes que fingir que perteneces al lugar. Y tampoco es tan horrible. Al contrario, nos lo pasaremos bien. Así que, anda, date prisa. Mientras, yo engancharé los caballos. Espero no mancharme...

En efecto, Atamarie consiguió enganchar los caballos sin oler acto seguido a establo. También Richard daba una buena impresión cuando salió de la casa lavado y con su único traje bueno, prenda que Atamarie ya conocía del Taranaki.

—¡En marcha! —sonrió la muchacha, apretándose contra él después de acomodarse en el pescante del carro. Richard no tenía un carruaje más elegante para las visitas o los domingos. Ese pequeño lujo no le parecía importante como para gastar dinero en él—. ¡Y ahora sonrío un poco! ¡Es una noche preciosa, Richard! Mira qué cielo cargado de estrellas... allí está Sirio. ¿Volaremos hasta ahí algún día, Richard? ¿Hasta las estrellas? —Apoyó la cabeza en su hombro.

—Yo ya me conformaría con llegar a la siguiente colina. ¿Dónde se celebra esa fiesta de la cosecha? No me he enterado de quién se encarga este año...

Los granjeros de Waitohi organizaban la fiesta por turnos, cada año un granjero ponía a disposición su pajar o la cochera para la celebración. En esa ocasión, la familia Hansley había sacado fuera el carro y las cosechadoras y las mujeres de la granja habían estado todo el día barriendo y adornando la cochera. A Atamarie le daba un poco de pena que no le hubiesen pedido que colaborase, pero Richard había sido uno de los últimos en acabar con la cosecha, y las mujeres debían de haber considerado que su trabajo en la granja era necesario. De ahí que Atamarie decidiera no dar demasiada importancia al asunto y enseguida se uniera a las mujeres para decirles lo bonita y acogedora que se veía la sala.

Al hacerlo se percató de que con su vestido y su peinado se salía de lo corriente. Las otras

granjeras, también la madre de Richard y sus hermanas, llevaban el vestido de salir, pero prendas oscuras y discretas, no un vestido de colores. Todavía no había por esa zona vestidos reforma, todas llevaban corsé y se recogían virtuosamente el cabello. Las mujeres mayores incluso lo escondían bajo unas capotas. Los adornos de flores solo decoraban las cabezas de las chicas jóvenes: la pequeña amiga de Warne, Martha, tendría doce o trece años.

La acogida de Atamarie en el grupo de mujeres fue más bien fría. Las matronas deslizaron una mirada de censura por el cabello suelto y el vestido holgado, las mujeres más jóvenes la contemplaban despreciativas y las chicas se quedaban boquiabiertas. Atamarie se comportó como si no se diera cuenta de nada. Habló con Joan Peterson y la madre de Richard, ambas amables pero parcas en palabras.

—Voy a buscar a Richard —se excusó Atamarie para alejarse, pero enseguida supo que había dado un paso en falso.

Hasta el comienzo oficial del baile los hombres solo se juntaban con los hombres y las mujeres con las mujeres. Richard hablaba con Peterson y Hansley, intentando entusiasmar a ambos con las novedades que había introducido en el revolvedor sin que nadie se lo hubiese pedido.

—De todos modos, a la larga en la agricultura cambiará todo —decía cuando Atamarie se acercó a ellos. Para las mujeres había solo ponche de té, pero los hombres bebían cerveza y, por lo visto, a Richard, con el estómago vacío, se le había subido a la cabeza. ¿O habían sido los sueños que Atamarie había expresado acerca de volar a las estrellas lo que le había infundido ánimos para disertar sobre ciertas ideas utópicas?—. Se trabajará mucho más con ayuda de las máquinas —prosiguió—. También el animal de tiro ha sobrevivido demasiado tiempo. En un par de décadas no habrá más caballos ni mulas en los campos, serán vehículos los que tiren del arado, o arados movidos por un motor y máquinas para segar y trillar.

Los ojos de Richard brillaban al pensar en ello. Los demás granjeros, por el contrario, se sonreían.

—¡Entonces no se asustarán de los aviones que despegan y aterrizan! —bromeó Peterson—. Es importante porque todos tendremos uno. ¡Tú sigue soñando, Dick el Raro!

—Pues yo encuentro que es perfectamente posible que en algún momento en toda casa haya un avión —intervino Atamarie para apoyar a su amigo especial—. Precisamente aquí, en granjas apartadas. En las ciudades se impondrá antes el automóvil.

Los hombres rieron.

—Y nuestras chicas volarán en ellos —se burló Hansley—. Ya veo a mi Laura despegando para ir volando a la tienda de comestibles.

—¡Como un colibrí! —añadió Peterson, golpeándose el muslo. También a él se le había subido la cerveza—. Usted ya lleva el vestido de colores, señorita Turei. Habrá que ver si a la larga, también para usted fluirán el néctar en la granja de los Pearse.

Atamarie no entendió qué encontraban tan divertido los hombres como para soltar sonoras carcajadas. Richard, a su vez, parecía molesto y afectado.

—No deberíamos haber venido. No formamos parte de esto —dijo cuando siguió a Atamarie al bufet.

En unas mesas largas se exhibían platos de ensalada y pasteles, y desde el exterior llegaba el aroma de la carne asada. Atamarie le llenó un plato. Richard tenía que comer algo antes de que desvelara otros sueños bajo los efectos del alcohol.



—Es gente de miras estrechas —comentó con resignación—. En Christchurch y Dunedin se discuten estos temas con más seriedad. A estas alturas ya se ve por ahí algún que otro automóvil, y a la larga cambiarán la imagen de la ciudad, cuando no de todo el mundo. Y luego vendrán los aviones tanto si los campesinos tontos lo entienden como si no.

Richard hizo un gesto de impotencia.

—Por desgracia los campesinos tontos son mis vecinos —señaló antes de devorar su enorme plato de comida. Después de trabajar duramente en la cosecha debía de estar muerto de hambre, aunque lo cierto era que también habría sido capaz de marcharse sin comer al pajar para ocuparse de su motor. Su hambre de conocimiento era mayor que la de nutrirse. A la indignación que a Atamarie le producía la estrechez de miras de los aldeanos se mezclaba también la compasión y el deseo de llevarse a Richard de ahí. Nunca podría ser feliz en Temuka.

No obstante, poco después comenzó el baile y la joven se olvidó de sus sombríos pensamientos así como de su cansancio tras el largo día. Richard no tenía muchas ganas de bailar, así que solo una vez la condujo reticente por la pista de baile al son de la música de una orquesta improvisada. Luego se reunió con su padre.

—Tengo que dejarme ver de vez en cuando. Si no, mi padre volverá a reprocharme que solo me junto con la gente insignificante —le dijo, disculpándose.

Digory Pearse estaba sentado con otros notables de la zona en torno a una mesa separada. Atamarie acababa de enterarse de que los Pearse no eran considerados allí unos granjeros como los demás. El concepto *gentleman farmer* se había mencionado varias veces durante la cosecha. Pearse podía permitirse mejores trabajadores y máquinas que los otros, y también el terreno de Richard era más grande que el de Hansley o Peterson. Sarah Pearse llevaba un vestido más bonito que las otras mujeres y las hermanas de Richard destacaban entre el grupo de muchachas, que llevaban los vestidos de sus hermanas mayores. Las niñas Pearse llevaban vestidos anticuados pero nuevos, de colores pastel. Todo eso reforzaba la opinión de Atamarie respecto a que esa familia podría haber pagado los estudios de Richard. Obligarlo a que trabajara en la granja no era más que una medida disciplinaria. En la familia no querían a un tipo raro que soñaba con aparatos voladores y arados sin caballos.

En ese momento Richard estaba sentado, con expresión desdichada, entre su padre y los amigos de este, bebiendo cerveza, en silencio al principio. Pero luego no pudo permanecer más tiempo callado. Atamarie observó preocupada cómo envolvía al cura y al maestro en una discusión. Parecía estar hablando con grandes aspavientos de sus visiones. Era probable que volviese a meter la pata de un momento a otro, pero ella decidió que las miserias de Richard no iban a aguarle la fiesta. Siguió con el pie el compás del baile y, cuando uno de los jóvenes la invitó a bailar, aceptó. El siguiente acudió de inmediato. La joven pasó toda la noche pasando de brazo en brazo.

—¡Nuestro colibrí! —oyó decir a Peterson cuando uno de los hijos del granjero la condujo por su lado.

Atamarie no pensó en si lo decía como alabanza o como crítica. Permitted que un joven le pasara un vaso de cerveza cuando las matronas del pueblo no lo veían y después disfrutó más. Lo único que la molestaba era que los chicos con quienes bailaba a veces la estrechaban demasiado. En los bailes de Dunedin no era costumbre que las manos de los bailarines le palparan ansiosas la espalda e incluso se desplazaran hasta su trasero. Mientras tanto, los hombres empezaban a jadear y musitarle piropos que rayaban en la obscenidad. Atamarie se preguntó si eso sería normal en el campo. Tal vez

las personas fueran aquí más groseras que los hijos de los notables de Dunedin o los jóvenes maoríes de Parihaka. Sin embargo, los hombres y las mujeres maoríes no bailaban juntos, como mucho un **haka**. Ni chicas ni chicos necesitaban el pretexto social del baile para tocarse, como parecía el caso de esos jóvenes pueblerinos. Y, con toda certeza, ningún maorí asediaría a una mujer si ella no lo aceptaba claramente.

Allí, sin embargo, sucedía de otro modo. Cuanto más avanzaba la velada más tenía que librarse Atamarie de sus parejas de baile. Le habría gustado marcharse ya a casa, pero Richard estaba hablando con dos granjeros más jóvenes y trazaba unos dibujos. Es decir, les describía un nuevo invento y Atamarie no quería molestarlo. Además estaba un poco enfadada con él. Había estado toda la tarde bailando delante de sus narices con sus amigos, riendo y también coqueteando un poco, pero Richard no mostraba ni una pizca de celos. Ni la seguía con una mirada malhumorada ni hacía ningún ademán de ocuparse otra vez de su novia. Era bonito que él confiara en ella, pero se preguntaba si eso era del todo normal. Le habría gustado observar algo más de interés por parte de él. En cualquier caso, salió sola al exterior escapando de su último admirador. Algo de aire le sentaría bien y de ese modo no llamaría la atención. Un par de chicas también acababan de salir. Atamarie se acercó a los caballos. Estaba familiarizada con los caballos de labor de Richard y había cogido unos mendrugos de pan para ellos. En esos momentos relinchaban en su dirección. Pero antes de que Atamarie llegara hasta ellos, alguien a sus espaldas la agarró del brazo y le dio media vuelta.

—Me alegra que quieras salir conmigo, bonita. Pero eso se habla antes. He tenido que buscarte...

Atónita, Atamarie miró el rostro de su última pareja de baile. Luego sacudió la cabeza e intentó soltarse.

—De «querer salir contigo» ni hablar —repuso con firmeza—. Estoy respirando un poco de aire fresco. Sola.

El joven rio.

—Venga, conejita, no irás a decirme que no estabas esperando a Jed Hansley. ¿O es a Jamie Frizzer?

Atamarie negó con la cabeza, todavía con la esperanza de aclarar el malentendido.

—Yo...

—¿A los dos? —preguntó sonriendo el joven. Estaba un poco bebido—. Ven, no tardarás mucho en darme una satisfacción. ¿Qué te apuestas que soy mejor que el Raro Dick?

El chico la atrajo e intentó besarla. Su aliento a cerveza se deslizó por el rostro de la muchacha. Atamarie sintió asco. Intentó liberar los brazos y separarlo, pero era imposible, como también morder sus labios húmedos y pegajosos. Pero la joven estaba lejos de dejarse intimidar. En lugar de ello, montó en cólera. Decidida, le dio un fuerte rodillazo en la entrepierna. El chico gritó y la soltó.

—¡Serás... guarra! ¡Puta maorí! Primero me calientas y luego... —gimió, doblado de dolor.

Atamarie sonrió y se dio la vuelta para alejarse. Primero triunfante e impassible, luego temblando al entrar de nuevo en la cochera y dirigirse a Richard.

No era que ese tipo medio borracho hubiese sido peligroso, pero estaba dolida y se sentía humillada. Además, se preguntó cómo hablarían los chicos del pueblo de ella. Tras la acometida de la última pareja de baile, percibió desde otro punto de vista los intentos de acercamiento de los anteriores. ¿Creían aquellos jóvenes que era una chica fácil? ¿Que le regalaba a todo el mundo lo que le daba a Richard? ¡Y luego esos insultos! Puta maorí... Se estremeció. Hacía tiempo que se había

percatado de que los granjeros de Temuka no querían relacionarse con sus vecinos maoríes. Nadie había invitado a la fiesta a ningún bracero de la cosecha, aunque varios granjeros habían contratado ngai tahu después de que estos demostraran su valía con Richard. Los vecinos de su novio cada vez le resultaban más antipáticos. ¡Estrechos de miras y racistas! ¡Richard tenía que liberarse de ese ambiente!

Atamarie lo tocó para que advirtiera su presencia.

—Me gustaría marcharme —dijo lacónica—. No tendríamos que haber venido.

Richard asintió sin prestar apenas atención. Las razones por las cuales Atamarie había cambiado de parecer por lo visto no le interesaban. Cuando llegaron a la granja, murmuró algo y se volvió hacia el pajar. Atamarie desenganchó los caballos y se fue a la cama. Richard vendría enseguida. Pero no fue así. El joven quería recuperar el tiempo perdido en la fiesta y trabajó en su motor el resto de la noche.

Roberta no había imaginado que iba a disfrutar tanto del viaje a Sudáfrica, pero en cuanto el vapor abandonó Dunedin desaparecieron su cansancio y sus preocupaciones. Durante la travesía a Australia compartió el camarote con dos enfermeras, dos amigas de Christchurch. La rubia y espigada Jennifer era la más discreta, una partidaria de Wilhelmina Sherriff Bain, quien siempre se había declarado contraria a la guerra. Ahora quería viajar a Transvaal por razones puramente altruistas, para emular a su ídolo y a Emily Hobhouse. Por el contrario, Daisy, una muchacha más bajita y regordeta, de cabello oscuro pero resplandecientes ojos azules, se había unido por el mero placer de la aventura. Por supuesto, también ella quería ayudar, pero también ver leones y rinocerontes, y, si era posible, acariciar un elefante.

—Mi mayor deseo era salir de Christchurch —contó con franqueza—. Y sin esta guerra nunca lo habría conseguido. Me ofrecí voluntaria en cuanto enviaron al primer contingente de soldados, aunque todavía estaba en la escuela de enfermería y mis padres no me lo habrían permitido. Pero ahora estoy lista, y tampoco se trata de la guerra sino de campos de refugiados. Mis padres no pudieron negarse. Además me acompaña Jenny... —Daisy parecía dispuesta a agradecerse eternamente a su amiga.

Ambas eran más jóvenes que Roberta, pero más abiertas que sus compañeras de Magisterio. A Roberta la sorprendió. Por lo que había oído, en las escuelas de Enfermería se vigilaba a las estudiantes como en un convento de monjas. Tras la estela, pues, de la severa tradición de Florence Nighthingale. Sin embargo, Daisy se echó a reír cuando lo mencionó.

—Todo harén tiene sus salidas secretas —observó con fingida contricción y arreglándose un velo imaginario—. Al igual que todo convento. —Juntó las manos y alzó la mirada al cielo como si estuviera rezando.

Roberta rio.

—En nuestro caso había un árbol delante de la ventana —intervino Jenny—. Una bonita haya del sur, con ramas dispuestas en forma de escalera. Los sábados por la tarde bajábamos trepando y nos íbamos a bailar.

—¿A bailar? —Roberta ni siquiera sabía dónde se organizaban bailes, pero Christchurch era mucho más abierta que Dunedin, una ciudad dominada por los religiosos escoceses—. Entonces... ¿habéis conocido a hombres?

Daisy soltó un chillido antes de echarse a reír.

—¡Pues claro! ¡La mitad de los pacientes son hombres!

—Pero no nos dejaban acercarnos a los jóvenes —siguió contando Jenny—. Lo que, por otra parte, fue mejor. Me refiero a que quién quiere salir a bailar con la chica que antes le ha... hummm... le ha...

—Limpiado el culo —completó la frase entre risas Daisy y se repanchingó en la litera—. ¡Dilo, no seas pacata! —Y se volvió hacia Roberta—. ¿No había hombres en Magisterio?

Roberta habló de los tres casos perdidos entre sus compañeros y tardó unos días en tener la confianza suficiente para hablar a sus nuevas amigas de su amor por Kevin Drury.

Esperaba la misma sorna que por parte de Atamarie y mientras lo contaba retorció nerviosa el caballito de trapo, pero Jenny y Daisy encontraron romántica su historia.

—Oh... se podría escribir un libro —suspiró la última—. Una chica que se va a la guerra para

recuperar a su gran amor perdido. Y entonces él está herido o algo así y solo tú puedes salvarlo, y entonces... Tenemos que enseñarte algo de primeros auxilios por si se da el caso.

Jenny resopló.

—No seas tarambana, Daisy. Es un oficial médico. Es él quien salva a la gente. Y si un día se disloca la mano al operar, estará rodeado de otros médicos y enfermeras... Pero, en serio, Robbie, ¿por qué crees que a lo mejor no encuentras a tu doctor Drury? Solo tienes que pedir información en el Alto Mando. Hay un tal comandante Robin que es el responsable de todos los neozelandeses. Le hemos estado enviando cartas de protesta, también ahora a causa de esos horribles campos. Me sé la dirección de memoria, está en Pretoria. Cuando te diga dónde está destinado el doctor Drury, puedes enviarle una carta.

Roberta se ruborizó.

—Ya hace tiempo que podría habérsela enviado. Es solo que... no sé si...

Daisy puso los ojos en blanco.

—¿Recorres medio mundo por él y luego no te atreves a encontrártelo?

Jenny se mostró más comprensiva.

—También puedes hacer como si fuera por casualidad. Has llegado al Cabo siguiendo la pista de la señorita Hobhouse y entonces te acordaste de golpe que él también... O no: ¿su madre te dijo que te pusieras en contacto con él! Las madres sirven para algo así. ¿Conoces a su madre?

También la organización de la señorita Hobhouse reunía primero a sus ayudantes en Australia, pero no en el puerto militar de Albany, sino en Sídney. Roberta pensó que tenía que unirse a las otras tres maestras, en conjunto seis seres igual de pálidos y repelentes que las compañeras de Dunedin. Pero Jenny y Daisy se la llevaron con ellas y así pudo ver el puerto natural y las antiguas cárceles del tiempo en que Australia era una colonia penitenciaria.

—Bahía de Botany, Tierra de Van Diemen... —enumeró Daisy con voz grave—. Chicas, esto antes bullía de jóvenes apuestos que habían robado una oveja o una gallina inglesa. Tendríamos que habernos hecho pasar por ladronas de joyas y...

—Escuchas demasiadas canciones populares irlandesas —señaló Jenny con una pesarosa caída de ojos—. Pero, Daisy, si lo que ansías son tipos con los que esquilar ovejas, ¿para qué quieres ir a Sudáfrica? Eres de Canterbury, las Llanuras están llenas de jóvenes que apestan a suarda.

En la travesía de Sídney a Durban, Roberta compartió camarote con las otras maestras y no se lo pasó ni la mitad de bien. Por otra parte, ninguna de las otras tampoco estaba interesada en forjar nuevas amistades, al fin y al cabo, en Sudáfrica estarían todas repartidas por distintos campamentos. Así pues, las jóvenes se limitaron a comportarse con cortesía distante. Además, la mitad pasó casi todo el tiempo mareada. Siempre que podía, Roberta subía a cubierta, donde se reunía con las enfermeras. En total había cincuenta a bordo, y nada tristonas. Las jóvenes coqueteaban con los tripulantes y rivalizaban por llamar la atención de los oficiales. Las más audaces huían, incluso al anochecer, de las pocas enfermeras mayores, que las miraban con envidia, y se iban a bailar con los miembros de la tripulación. Un marinero tocaba el acordeón, otro el violín, Daisy improvisaba con

un tambor. Roberta solo se atrevió a asomarse una vez y envidió lo bien que se lo pasaban las chicas ahí. Sin embargo, no osó unirse al grupo. Las otras enfermeras encubrían a sus compañeras, pero si las maestras hubiesen descubierto a alguna divirtiéndose de forma tan «desvergonzada», sin duda la habrían llamado al orden. Roberta no se hacía ilusiones: el comité de damas en torno a la señorita Hobhouse cuidaba tanto de la virtud y la moral como antaño las mujeres de la Women's Christian Temperance Union. Roberta y Atamarie todavía recordaban que sus madres tenían que beber champán a escondidas cuando trabajaban en Wellington. Matariki, sobre todo, había odiado esa situación.

—Sería una pena que ahora tuviésemos que separarnos —comentó Daisy la última noche del viaje. Las jóvenes habían salido a cubierta con el pretexto de ver las luces de Durban y disfrutar de la visión de su futuro lugar de trabajo—. ¿A quién pensáis que tenemos que convencer para que nos destinen al mismo campo? —Y al decirlo, tendió discretamente a Roberta una petaca.

Roberta tomó un trago y se puso a toser: whisky aguado.

—¡Es horrible! —dijo estremeciéndose—. Bueno, yo creo que nos distribuirán. Seguro que no nos dejan opinar.

—Pero, pase lo que pase, habla con ese comandante Robin —advirtió Jenny, cogiéndole la botella. Por lo visto el licor le gustaba—. Y puedes mencionarle nuestra situación...

Roberta notó que se ruborizaba. Se moriría de vergüenza si al final tenía la posibilidad de presentar al comandante su petición. Pero, por otro lado, si no lo hacía quedaría fatal con sus amigas. Tomó resuelta otro trago de whisky. Al fin y al cabo, se decía que infundía valor...

Resultó que la oportunidad surgió de un modo ridículamente sencillo. En efecto, la representante de un comité de beneficencia local fue a recibir a las jóvenes, pero no las distribuyó sino que les dio a elegir entre instalarse en la colonia de Orange o en el Transvaal, y Daisy empujó con determinación a Roberta al Transvaal.

—Es Pretoria y ahí está Robin. Jenny y yo también escogeremos el Transvaal, así no estarás sola.

A Jenny y Daisy les daba igual dónde trabajar, aunque la última hubiese escogido de todos modos el Transvaal porque estaba en el interior. Quería ver tanto de África como fuese posible y en ese momento miraba embelesada los diferentes colores de piel de la gente con que se cruzaba en Durban. Por desgracia, no se produjo ningún auténtico contacto con los zulúes, altos y de un negro intenso, que eran los que más la fascinaban.

—Qué raro, pensaba que estábamos peleando aquí para que tuviesen más derechos —observó—. Pero los ingleses los tratan mal. La chica de la señora Mason no se ha atrevido a hablar conmigo...

Jenny y Daisy se alojaban provisionalmente en casa de la señora Mason hasta su marcha a Pretoria. Roberta y sus compañeras se hospedaron en una escuela femenina con internado. Tampoco ahí vieron a ninguna persona negra, solo las que trabajaban en la cocina como auxiliares nativas.

—Pero hay muchos indios —observó Roberta tras haber paseado por la ciudad—. Los ingleses se entienden mejor con ellos.

—Ellos también hablan inglés —señaló la sagaz Jenny—. Y los negros, como mucho, ese... ¿cómo se llama? ¿Afrikáans? Deberíamos aprenderlo si vamos a ocuparnos de mujeres bóers.

Así que Roberta compró un diccionario inglés-holandés, pues el afrikáans no estaba reconocido como lenguaje autónomo. Pensaba leerlo en el viaje en tren a Pretoria, pero el paisaje que atravesaban la cautivó tanto como a Jenny y Daisy, que se mostraban fascinadas. El ferrocarril cruzaba el país y las compañeras de Roberta tenían algo de miedo porque siempre había destacamentos de bóers que tal vez quisieran sabotear los raíles.

—¡Pero no será a plena luz del día! —sonrió Daisy—. Además, habrían ahuyentado a los ñus. ¡Y a las cebras! ¡Mira, cebras! Parecen caballos a rayas o ponis, me las había imaginado más grandes. ¡Y allá una jirafa! ¡Una jirafa de verdad!

A la larga, el entusiasmo de Daisy era un poco agotador, ya habían visto veinte jirafas y ella todavía seguía gritando de emoción. Pero entonces surgió la llanura de las estribaciones de la Drakensberg. Siempre había algo nuevo que descubrir y el diccionario de Roberta permaneció cerrado. Al final anocheció y al día siguiente ya estaban en el Transvaal. El entorno ahí no les resultaba tan ajeno, pero las viajeras se quedaron horrorizadas ante lo que iban viendo. La línea férrea se hallaba flanqueada por granjas quemadas, avanzaba junto a campos devastados y estaba rodeada por doquier de alambre de espino; además, cada doscientos metros aproximadamente había una caseta con guardias.

Las jóvenes enmudecieron cuando uno de los campos de trabajo de los negros apareció a la vista: cabañas sencillas, algunas de chapa ondulada y otras como tiendas de campaña, edificios de servicios desconsoladores, niños apáticos delante de las chozas, y unas mujeres flacas y agotadas que se deslomaban trabajando en unos campos polvorientos bajo un sol abrasador. El campo estaba rodeado de alambradas y unos soldados ingleses con un aspecto tan desdichado como los internos vigilaban los accesos.

—Esto es horrible —dijo Daisy desencantada cuando hubieron dejado el campo a sus espaldas y recuperaron el habla lentamente—. Pero los campos de los blancos, adonde vamos, seguro que están mejor...

Jenny sacudió la cabeza.

—Según la señorita Hobhouse, no —dijo—. ¿No has leído el informe?

Roberta no conseguía sacarse a los niños negros de la cabeza. Por unos minutos se olvidó de Kevin Drury y el motivo por el cual había emprendido esa aventura. No estaba ahí para perseguir un sueño, ¡estaba para ofrecer su ayuda!

—Si en los campos de los blancos la situación es mejor —declaró—, ¡entonces tenemos que ir a los de los negros!

Pretoria, adonde llegó el tren ya entrada la mañana, era una ciudad llena de vida, lo que también se debía a que estuvieran estacionadas allí muchas unidades militares británicas. Los ingleses parecían decididos y optimistas, mientras que los habitantes autóctonos más bien tenían un aspecto aturdido y circulaban por su ciudad con la cabeza gacha.

—Seguro que todos esos son bóers —opinó Daisy y de nuevo fue incapaz de esconder su fascinación.

En esta ocasión les impresionaron los aseados vestidos y capotas de las mujeres bóers, que parecían de otro tiempo. Nadie, ni en Nueva Zelanda ni en Australia, se vestía todavía de ese modo. Apenas se veían hombres bóers, que estaban o en campos de presidiarios o luchando contra los

ocupantes. Entre los viandantes predominaban los uniformes ingleses. Roberta se estremeció cuando una de las bóers, que parecían tan formales, escupió a un lugarteniente inglés que pasaba por su lado.

—No nos quieren —comentó Jenny—. Pero ¿podemos reprochárselo?

Tampoco había negros por allí, en los casinos para oficiales servían **boys** indios.

Precisamente un joven indio les abrió la puerta de la oficina de lord Milner, de quien dependían los campos de concentración del Transvaal. El lord recibió a las aproximadamente treinta asistentes femeninas en una sala de reuniones.

—Nosotros y, por supuesto, nuestra muy... apreciada señorita Hobhouse les estamos enormemente agradecidos por el compromiso que han adquirido —anunció el lord, después de haber saludado cordialmente a las enfermeras y maestras. Era evidente que había vacilado al elegir el calificativo de la señorita Hobhouse; de hecho, no aguantaba a la abnegada luchadora por los derechos de las mujeres bóers—. Se las necesita en los campos de refugiados y los directores las esperan con ansia, tanto para el cuidado de los enfermos como para su escolarización. Comprobarán que muchas de esas mujeres carecen de los conocimientos básicos para administrar una casa de manera civilizada. —Roberta frunció el ceño: las mujeres de Pretoria no tenían aspecto de abandono—. Las mujeres bóers cooperan poco y no están dispuestas a aprender. Estimadas señoras, tienen ante ustedes una dura labor. Si hay algo que podamos hacer para aliviársela, diríjense con toda confianza a la dirección del campo... ¿Alguna pregunta?

Era evidente que lord Milner tenía la intención de poner punto final a la recepción lo más rápido posible. A Roberta se le cortó la respiración cuando Daisy levantó el brazo.

—Somos tres amigas y nos gustaría trabajar juntas en un campo, señor —dijo sin el menor reparo—. ¿Cree que sería factible?

Lord Milner sonrió amistosamente a la regordeta muchacha morena.

—Lamentablemente, no podemos enviar tres enfermeras a un campo. Son demasiado pocas, pero...

—Somos dos enfermeras y una maestra —lo interrumpió Daisy.

Milner se puso serio un momento, pero luego asintió complaciente.

—Bien, siendo así, no debería haber ningún problema. ¡Sargento Pinter! —Se volvió hacia un ayudante que estaba clasificando documentos detrás de él, y que al parecer se encargaba de la distribución de las recién llegadas—. Busque un lugar de trabajo adecuado para las señoritas. Y si tienen algún otro deseo especial referente a su misión... estaremos encantados de satisfacerlo siempre que esté en nuestra mano. Queremos que se sientan ustedes a gusto, tanto como nuestros... hummm... refugiados bóers. Si se cometen irregularidades en los campos, no son... hummm... en absoluto deliberadas y tampoco... en fin. Muchas gracias, señoras mías, por su entrega desinteresada. ¡Su turno, Pinter!

El lord dejó la sala y su asistente tomó la palabra.

—Si las señoras hacen el favor de acercarse... en fila, por favor.

Daisy se colocó con decisión la primera de la fila. Jenny y Roberta la siguieron un poco intimidadas.

—Bien, ustedes son la tríada, ¿verdad? Veamos... dos enfermeras y una maestra... Bien, pueden ir a Barberton, a Klerksdorp o Middelburg. Springfontein está muy bien ubicado... Por cierto, el doctor Drury también ha pedido dos enfermeras en Karenstad.

—¿El doctor Kevin Drury? —preguntó Roberta, palideciendo.



Daisy le sonrió.

—¿Qué era eso de un regalo de los dioses? —bromeó—. Muchas gracias, sargento Pinter.  
Escogemos Karenstad.

La muerte de Johanna van Stout provocó algunos problemas en el campo de Karenstad. El rumor de que la muchacha había sido asesinada por los centinelas, al que se unieron otras historias tenebrosas, se extendió como un reguero de pólvora. Bentje van Stout era una mujer respetada y el destacamento de su marido, muy conocido. Si en tales circunstancias acusaba a los centinelas, las otras mujeres la creerían.

—Cuando se entere de que su marido ha muerto, provocará un motín —se lamentó Kevin.

Acababa de hacer otra ronda por el campamento asegurando a las mujeres que nadie había sustituido la leche condensada por leche en polvo con vidrio machacado, y ya había explicado por enésima vez que el personal de guardia ni siquiera había entrado en el campo la noche que Johanna había muerto. Las mujeres no se lo creían. Greenway estaba en lo cierto, en el campo se practicaba la prostitución. Kevin apenas daba crédito, aunque no todas las mujeres bóers compartían las rígidas pautas morales de una Doortje van Stout. No le veían sentido a sacrificarse y que sus hijos se muriesen de hambre si había alternativas. Así pues, habían organizado una especie de burdel en el campo, despreciado por las otras mujeres pero protegido por los guardianes. Pocas veces se pagaban los servicios con dinero, los hombres solían compensar el servicio con pan o mermelada, carne en conserva o dulces. Los niños de las casquivanas no se morían de hambre, pero tenían que vérselas con la burla y el desprecio del entorno. Kevin no quería ni imaginar cómo evolucionaría todo eso cuando los campos se dismantelasen y ya nadie evitara cubrir de alquitrán y plumas a las putas de los **tommy**. Fuera como fuese, los centinelas no obedecían la orden que prohibía entrar en el campo durante la noche, aunque ahogar muchachas estaba lejos de sus intenciones. Eso, sin embargo, no había forma de hacérselo entender a Bentje y sus partidarias.

—La viudedad la convertirá en una heroína.

Cornelis, que había estado traduciendo para Kevin, asintió abatido.

—Debería comunicárselo. Y a Doortje, lo de Martinus. Pero si lo hago... se me echarán todas encima.

Hasta entonces, los dos hombres se aferraban a la versión de los acontecimientos que Cornelis había preparado. Según esta, los hombres Van Stout habían caído en una emboscada de los británicos. Dos hombres habían muerto, Cornelis había resultado levemente herido y lo habían apresado porque habían disparado a su poni. Se suponía que el resto del destacamento se había puesto a salvo, también Adrianus van Stout y Martinus de Groot.

—No me atrevo ni a pensar en cómo reaccionará Doortje —suspiró Kevin.

Cornelis lo miró con simpatía.

—Está usted enamorado, doctor —constató el joven bóer—. Pero no se haga ilusiones. Es... —Cornelis buscó las palabras.

—Es una bóer de pura cepa, pero también es mujer —lo ayudó Kevin—. Puede reír, amar y alegrarse, si tan solo se lo permitiera a sí misma.

Cornelis negó con la cabeza.

—Pero nunca lo hará. No se la puede forzar. Ella...

—¡Por Dios, yo no voy a forzarla! —protestó Kevin—. Solo quiero... solo quiero amarla, ser bueno con ella, cuidarla...

El bóer se encogió de hombros.

—Para eso tiene que romper primero su coraza. Deberían tambalearse su fe y su patriotismo. Y entonces... quién sabe lo que quedaría de ella, doctor Drury. Y si entonces usted todavía... —El joven hizo ademán de volver el rostro, pero Kevin buscó su mirada.

—La querré siempre, sean cuales sean las circunstancias —afirmó solemnemente—. Si es que me da una oportunidad. —Se frotó la frente cuando el bóer no respondió—. ¿Vamos mañana río arriba? —propuso antes de que se despidieran. Kevin tenía ganas de tomar un whisky con el doctor Greenway, Cornelis debía volver a la tienda que compartía con dos familias—. Quiero ver por fin el campamento de los negros.

Cornelis asintió.

—Como desee —dijo distante.

Kevin volvió a suspirar. Cornelis podía ser un bóer singular, pero respecto a los negros no tenía una postura distinta de la de su prima. También él consideraba que los nativos eran inferiores pero resistentes. Él también los habría abandonado a su suerte sin cuidarlos como Lindsey había hecho, y además se tomaba a mal que cooperasen con los británicos. Bien, él mismo también lo hacía, pero era para ayudar a sus compatriotas. Muchos negros, por el contrario, traicionaban a sus anteriores patrones blancos, y eso Cornelis no podía perdonárselo ni comprenderlo.

—Siempre fuimos buenos con ellos —aseguró Cornelis al día siguiente, mientras montaba a Colleen, la yegua negra de Vincent, al lado de Silver, el caballo de Kevin. El doctor habría podido pedir prestado para el bóer un caballo del regimiento, pero intentaba hacer lo menos público posible lo mucho que confiaba en su prisionero de guerra bóer—. Antes de que llegásemos aquí eran salvajes. No conocían la Biblia...

Kevin puso los ojos en blanco.

—He oído decir que los zulúes poseían un reino enorme y muy bien organizado, sobre todo en el ámbito militar. Tan primitivos no pueden haber sido. Y la Biblia... Cornelis, no quisiera ofenderle, pero cada país tiene sus propios dioses. No sé cómo se explica eso, no soy teólogo. De todos modos, eso no es razón para convertir a nadie en esclavo...

—¡Pero nosotros no hicimos tal cosa! —insistió el joven—. Llegaron voluntariamente, ahora incluso hay cafres en los destacamentos. Todos los rastreadores son cafres u hotentotes, aunque de estos no quedan muchos...

Kevin hizo una mueca significativa.

—Seguramente se habrán exterminado de forma voluntaria —ironizó—. ¿Y qué sucedió con los pioneros de los que su tía tanto habla? Esos que aniquilaron a tres mil zulúes en un día para después apropiarse de su tierra y dejarlos generosamente vivir en ella, si trabajaban para los blancos.

Kevin estaba indignado, pero pronto se quedó sin palabras. El estado del campo de los negros no presentaba ningún signo de que los ingleses trataran mejor a la población negra de Karenstad que a los bóers. Al contrario, los internos se alojaban en unas condiciones tan penosas que el campo de las mujeres casi era lujoso en comparación.

—Pero ¿qué ruinas son esas? —preguntó Kevin al guardián que estaba, más bien por mero formalismo, ante la puerta. Los negros no tenían prohibido abandonar el campo, muchos trabajaban fuera y quien tenía dinero podía ir a comprar en cualquier momento a la ciudad—. ¿Es que no se han

instalado tiendas aquí?

El hombre negó con la cabeza.

—No, señor. La gente tiene que construirse su choza ella misma. Algunos lo hacen, pero otros...

De hecho, en el campo se veía un par de chozas redondas, en el estilo tradicional de los **kral**, que tenían buen aspecto, pero al lado había alojamientos provisionales hechos con desechos. Muchas mujeres y niños se limitaban a dormir al aire libre sobre el suelo fangoso o habían construido diminutos alojamientos de cartones y paja.

—No hombre, no madera —dijo una de las internas en un afrikáans elemental para describir la situación en que se encontraba.

Kevin entendió.

—Esto significa que no se les entrega material de construcción —señaló, volviéndose con severidad hacia el guardián.

Este reaccionó con un gesto de impotencia.

—La gente puede trabajar. Basta con comprar los materiales para las chozas y luego construirlas.

—¿Y cómo cree usted que los hombres podrían trabajar fuera y al tiempo construirse aquí la choza? —replicó Kevin—. Aquí hay que hacer algunos cambios, ¡y sin demora! Cornelis, necesitamos un traductor. ¿Qué ha ocurrido con los sirvientes de los Van Stout? Nandé y su hermano hablaban bien el afrikáans y también un poco en inglés. ¿Hay manera de saber si están aquí?

No se hacía ilusiones, pues tampoco en el campo de los blancos se registraba a los internos. Ahí reinaba un caos todavía mayor. Kevin salió en su busca, seguido por un reticente Cornelis. El campo de los negros no cumplía las exigencias mínimas de higiene. No había ningún retrete; la invasión de insectos era insoportable; el hospital, ya de por sí precario, servía como alojamiento provisional de mujeres y niños sin familia. Estaba abarrotado, mucha gente estaba enferma y la mala nutrición provocaba letargo en las mujeres. Muchas ya no se ocupaban de sus bebés y Kevin descubrió varios cadáveres entre los vivos. Nadie los sacaba de allí, ni soñar con celebrar sus funerales. Cuando uno o varios miembros de la familia conseguían ponerse en pie, enterraban ellos mismos a los muertos; en caso contrario, los guardianes ayudaban alguna vez a tomar medidas contra el insoportable hedor.

Cuando Kevin casi estaba a punto de desistir, encontró a Nandé. La joven yacía apática en una mísera choza. Dos hombres jóvenes la vigilaban, pero dejaron entrar a los representantes de la dirección del campo. Miraron desconfiados cómo Kevin se acercaba a ella.

—Señorita Nandé. —Kevin se inclinó hacia ella, recordando lo mucho que ella se alegraba cuando él se dirigía amablemente a ella. Incluso en tales circunstancias una sonrisa casi pareció emerger en el rostro macilento de la muchacha.

—¡Mijnheer doctor! ¿Volver? ¿Dónde **baas** Bentje? ¿Y Doortje? ¿Y niños?

Kevin se entristeció. ¿Sabría Nandé lo que les había ocurrido a Doortje y Johanna? No lo creía posible, seguro que no habían transportado hasta allí a negros y blancos juntos.

—La señorita Johanna ha muerto —contestó con franqueza—, pero los demás están en el campamento de Karenstad. Señorita Nandé, yo...

Kevin empezó a hablar de sus ideas para mejorar las condiciones del lugar, pero Nandé lo interrumpió.

—Hermano también muerto —advirtió, mirando de reojo y atemorizada a los dos hombres en la entrada de la choza.

Uno de ellos hablaba en ese instante con un tercero que quería entrar. Cornelis parecía entender sus palabras. Su expresión era de repugnancia. Nandé bajó avergonzada la vista al suelo.

Kevin frunció el ceño.

—¿Tu hermano ha muerto? ¿De qué? ¿Estaba enfermo?

La tasa de mortalidad de mujeres y niños en ese campo era muy alta, pero el hermano de Nandé era un hombre joven y fuerte. Claro que también habría podido ser víctima de la fiebre tifoidea o la difteria...

Nandé sacudió la cabeza, mientras Cornelis sacaba sus conclusiones.

—Supongo que esos habrán contribuido, doctor —observó, mirando de soslayo a los dos hombres en la entrada—. Eche un vistazo a esto. Esto no es una cabaña donde vivir. Aquí es donde esos tipos venden a una joven como prostituta... y su hermano no quería vender a la pequeña.

La muchacha negra emitió un sonido ahogado. Kevin entendió a qué se refería Cornelis. No había cocina ni un lugar donde dormir, salvo el jergón de paja en que la chica yacía sobre una sábana sucia. Pese a que la cabaña era oscura y sofocante, apestaba a parafina y estaba llena de moscas. El aspecto de la joven era enfermizo, pero no tan débil como para no poder levantarse.

Kevin se puso en pie.

—Nandé, ahora mismo te llevamos al campo de los blancos —anunció con determinación—. Y a esos tipos que no les quiten ojo los centinelas: voy a intervenir. De todos modos, de hoy en adelante habrá que tener esto bajo control. Empezaremos con un censo de la población interna. Tenemos que averiguar cuántas personas viven aquí, sobre todo mujeres y niños. Además, ofrecemos trabajo no solo a los hombres, sino sobre todo a las mujeres. A fin de cuentas, a nosotros nos falta de todo, y puesto que las mujeres bóers se niegan a colaborar... Tú, Nandé, te ocuparás de mi casa. Y de inmediato buscaremos a diez mujeres que quieran ayudar al doctor Greenway en la limpieza del hospital. Y en lo que respecta a esos individuos... Nandé, ¿hay otras chicas en las mismas condiciones que tú?

Nandé bajó la vista. Estaba aterrada, pero cuando Kevin la había conocido en la granja Van Stout era una muchacha valiente y orgullosa. Cuando la ayudó a ponerse en pie, ella se agarró a él y le señaló el camino a dos cabañas como la suya. Una de las chicas que había allí tenía mucha fiebre. La otra, una beldad de unos diecisiete años, solo era capaz de ponerse en pie con mucho esfuerzo. Kevin envió al indignado Cornelis en busca de unos vigilantes para que llevaran a las mujeres a la puerta.

—Las llevaremos junto a las trabajadoras —informó a los displicentes hombres. Era evidente que les daba asco depositar a las chicas en las camillas. Al menos eso indicaba que no habían abusado de ellas. Los clientes habían sido más bien internos que se gastaban el dinero con que deberían haber alimentado a su familia en prostitutas y bebida. En la tercera cabaña hallaron botellas vacías de whisky—. Enviaré aquí a la policía militar a por esos dos tipos. Seguro que también ellos tendrán un par de preguntas que hacerles.

Los centinelas miraron con ceño al oficial médico.

—¿Cómo piensa plantear el asunto de las trabajadoras? —preguntó el centinela que había dejado entrar a Kevin y Cornelis. Siendo cabo mayor, ostentaba el rango más alto del lugar—. Las mujeres no pueden desplazarse cada día de un campamento a otro.

—¿Por qué no? —repuso Kevin—. Los hombres van hasta el pueblo. Pero tampoco tendrán que hacerlo. Las alojaremos a ellas y sus hijos en el campo de los blancos.

Los vigilantes y Cornelis se quedaron estupefactos.

—¡Imposible, doctor! —exclamó este—. No puede alojar a los cafres en el mismo lugar que a las familias blancas. No... no puede.

Kevin se encogió de hombros.

—Ni se imagina las cosas que puedo hacer —respondió sonriente a su ayudante—. Y más si no veo problema alguno. En las granjas también vivían negros y blancos puerta con puerta. Además, montaremos tiendas para las mujeres negras.

El joven médico sabía que iba a tener problemas, pero estaba dispuesto a encararlos. Los dos carros con adrales que prestó la caballería para recoger a las voluntarias, así como a algunas enfermas graves, llevaron a más de treinta mujeres y niños a Karenstad. El doctor Greenway, a quien Kevin había informado previamente, negó con la cabeza cuando Kevin le dijo que necesitaba requisar dos tiendas de los blancos para ellas.

—Drury, ¡eso provocaría una revuelta! Los bóers no lo permitirán. Tampoco encontrará respaldo en la administración militar. Hay razones por la que han separado los dos campos.

—Pero usted... no me dirá que se niega a asistir a esas mujeres. —Kevin miró incrédulo a su colega—. ¿Y no se alegra de contar con nuevo personal?

Greenway hizo un gesto de indiferencia.

—Yo no tengo ningún problema con eso —respondió—. Si usted insiste, llevamos primero a las enfermas al hospital, a las habitaciones pequeñas, por favor, aunque no haya espacio suficiente... ¡Pero ni se le ocurra dar alojamiento a mujeres negras, doctor Drury! ¡Si lo hace es posible que ocurra una desgracia!

Desanimado, Kevin ayudó a las mujeres a bajar del carro bajo la mirada hostil de las internas blancas del campo. A continuación, y hasta encontrar una solución, hizo esperar a Nandé y las otras en su propia casa y en los despachos. Las bóers miraban a las negras con tal animadversión que se diría que libraban una guerra personal contra ellas. Kevin desistió de la idea de que las mujeres bóers renunciaran a un poco de su espacio por el bien de sus antiguas sirvientas.

Así que llamó a Vincent, el veterinario, que estaba tratando en ese momento un caballo con un cólico.

—¿Que si tenemos carpas para establos? —repitió Vincent, sorprendido—. Tengo que averiguarlo, pero creo que sí. Las unidades de caballería mayores deberían disponer de algunas. ¿Tiene que ser ahora?

Kevin balbuceó.

—Vincent, tengo a treinta mujeres y niños aquí.

—A pesar de todo, tendrás que esperar —respondió el veterinario—. Y confiar en que todo se solucione. Y rezar también, llegado el caso. De todos modos, ahora debo salvar a este caballo. El propietario es el director del puesto de abastecimiento y es su favorito. Lo trajo de Escocia y además es un buen animal.

—Por favor, Vincent —suspiró Kevin.

—Me refiero a que me estaría muy agradecido si el caballo no muriese —explicó—. Estaría encantado de hacerme un favor. Y si dispone de una tienda, entonces...

Unas horas más tarde, el comandante McInnes, sumamente complacido, acompañaba en persona la entrega al campamento de una amplia tienda, además de un cargamento de comestibles.

—Estos son donativos —explicó—. De Durban, pero en realidad de Nueva Zelanda. Pronto

llegarán más, también vestidos y juguetes. ¡Y tres enfermeras!

—¿Tres enfermeras? —se sorprendió Kevin.

—Bueno, una es maestra —puntualizó McInnes—. Pero tal vez sirva de ayuda. —Por lo visto, consideraba superfluo que los niños bóers recibieran educación.

—¡En cualquier caso, se diría que vamos a mejorar! —se alegró Kevin.

Las mujeres bóers no protestaron cuando los soldados de caballería instalaron la tienda en un rincón del campo, aunque esta era más confortable que sus propios alojamientos. La ventilación estaba preparada para el sensible aparato respiratorio de los caballos y se estaba mucho mejor que en las tiendas para personas. Pero las bóers tampoco pensaban tanto, se daban por satisfechas con saber que las negras y sus hijos dormirían en un establo, es decir, que gozaban de menos privilegios que ellas. El reparto adicional de comestibles aplacó los ánimos todavía más, y, al día siguiente, a Kevin le esperaba un despacho ordenado y limpio. Nandé debía de haberse levantado temprano para barrer y prepararle el desayuno. Sin embargo, su aspecto era débil y febril.

—Nandé, ya habrá tiempo para trabajar —le dijo amablemente Kevin—. Antes tienes que recuperarte del todo. Será mejor que me acompañes al hospital para que te hagan una revisión a fondo. A lo mejor quieres visitar a la señorita Doortje y su familia...

La joven necesitaba nueva ropa blanca y de vestir. Y un baño. Nandé siempre había ido muy aseada en la granja Van Stout, pero ahora su ropa estaba apelmazada por la suciedad.

—Tener miedo del río —dijo avergonzada. Al parecer había sorprendido su mirada—. Mujeres blancas...

—También podéis bañaros en el río fuera del campo —indicó Kevin, consciente de que con ello podía originar conflictos—. No sois prisioneras, trabajáis para nosotros. Si quieres, ve ahora mismo.

La chica no se lo hizo repetir y lloró de alegría cuando Kevin le regaló un trozo de jabón. También en el campo de los blancos era ese un objeto escaso; por una ironía del destino, solo las putas tenían suficiente para lavarse regularmente. Kevin también había querido regalar un trozo a Doortje, pero la bóer rechazaba cualquier gentileza.

La negrita no se inhibía a ese respecto. Regresó pronto con la ropa empapada pero oliendo a lilas.

—¡Nandé ya mucho mejor! —anunció, pero Kevin insistió en llevársela al hospital.

Ahí la esperaba la próxima sorpresa, a primera vista una sumamente agradable. La entrada del hospital estaba barrida y las salas relucientes. Las mujeres y niños enfermos yacían en camas con sábanas limpias.

—¡Qué buen aspecto tiene esto! —elogió Kevin al doctor Greenway, quien estaba en su despacho clasificando historiales de enfermos—. ¡Como un auténtico hospital!

El médico gimió.

—Pero sin pacientes —señaló—. Eche un vistazo alrededor...

Atónito, Kevin comprobó que Greenway tenía razón. Salvo por las mujeres y los niños negros que precisaban asistencia médica, el hospital estaba vacío. Las mujeres bóers debían de haberse llevado a sus parientes a las tiendas, en gran parte niños y mujeres con enfermedades contagiosas.

—Pero... pero qué... —Kevin no entendía.

—Ya se lo he dicho —le recordó Greenway—. Los bóers no se juntan con la gente de color. Tampoco les gusta que los cuiden, y aún menos cuando consideran a las mujeres negras unas

traidoras. Necesitaríamos un hospital para blancos y otro para negros. No uno para los dos.

Kevin se sintió decepcionado, y lo invadió la rabia. En ese hospital había sitio hasta para cincuenta pacientes. Y ahora, además, contaba con cuidadoras voluntarias. Cómo podía ser que las mujeres bóers prefiriesen dejar morir a sus hijos...

—No cederemos —decidió—. Este hospital está abierto para todo el mundo. Si las mujeres no quieren venir, no puedo evitarlo. Pero inspeccionaremos el campamento, Greenway. Y forzaremos las hospitalizaciones en caso de peligro de contagio.

El día transcurrió de manera bastante insatisfactoria para Kevin y Greenway, así como para los vigilantes, que tenían que imponer las medidas de hospitalización forzada, y para Cornelis, que tenía que explicarles la situación a las mujeres. Todos fueron hostigados, insultados y escupidos. Al final, hubo treinta niños en el hospital, todos llorosos porque el ingreso obligado les daba miedo y sus madres no podían estar con ellos.

—A la larga esto no funcionará —advirtió Greenway, cansado, una vez que hubo realizado la última visita.

Las mujeres negras se habían comportado de forma modélica, todo estaba limpio y a los ingresados les esperaba un sabroso potaje. Los niños, sin embargo, se negaban a comer aunque estuviesen hambrientos. Los mayores cuchicheaban que en la sopa había vidrio machacado y los críos estaban asustados.

—No puede obligar a la gente. Lo mejor sería que los negros volvieran a su sitio y montarles su propio hospital...

—¿Y qué médicos los atenderían? —replicó Kevin—. Greenway, esas mujeres limpian y cocinan, pero no pueden hacer más por los enfermos. Aunque a partir de ahora fuésemos allí cada día, pues disponemos de más tiempo ya que las mujeres zulúes nos apoyan, no sería suficiente.

—Solo sé que no se puede atar a la gente a la cama y meterle la comida a la fuerza en la boca —replicó Greenway—. Nadie acudirá aquí por voluntad propia.



Las mujeres bóers eran tozudas, pero esta vez Kevin recurrió a su terquedad irlandesa. Mantuvo el hospital abierto, prosiguió con los ingresos forzados y consiguió, al menos, un pequeño triunfo: que los niños enfermos comieran. Fue pura casualidad que una de las ayudantes negras formara parte de los «cafres» de la familia del pequeño Matthes Pretorius y que hubiese trabajado en su casa. El niño la saludó contento, tenía confianza en ella y comió su puré con ganas cuando ella se lo sirvió. Dado que no murió después y que, para alivio de los médicos, también se recuperó de su pulmonía, los demás niños lo imitaron.

Sin embargo, para los médicos el trabajo seguía siendo pesado y desagradable. A Kevin le preocupaba no tener tiempo para atender el campo de los negros. Hasta que pocos días después lo despertó el sonido de unos pies descalzos avanzando por el pasillo delante de su dormitorio. Kevin había cabalgado tiempo suficiente con los Rough Riders para alarmarse de inmediato. De forma instintiva buscó el fusil, que ya no se encontraba junto a su cama como en los meses pasados en el veld... Soltó una maldición y se preparó para defenderse con los puños. Pero entonces oyó la vocecita tímida de una mujer.

—Mijnheer doctor, ¿señor?

—¿Nandé?

Kevin buscó a tientas las cerillas y encendió la lámpara de gas que había junto a su cama. La joven zulú de cabello crespo se introdujo en su habitación. Él sonrió cuando vio que llevaba un virtuoso camisón de cuello cerrado y adornado con puntillas. Era nuevo, al menos para ella, de hecho procedía de las donaciones de ropa que se habían repartido. El día anterior habían llegado tres cajas llenas, y las mujeres negras habían clasificado la ropa. Nandé apenas había podido contener su entusiasmo ante esas puntillas de ensueño. Por primera vez desde que Kevin la había liberado de su inmunda cabaña había vuelto a reír. El joven médico no había podido resistirse a su alegría infantil y le adjudicó el camisón. Nandé no estaba menos necesitada que las mujeres bóers. A Kevin el entusiasmo de la muchacha le alegró el día. Pero ahora se sintió inquieto. ¿Venía la joven para agradecerle el regalo de una forma especial?

—No... no habrás venido solo para enseñarme el camisón, ¿verdad? —preguntó prudentemente—. ¿De dónde vienes?

La muchacha debería estar durmiendo en la tienda del establo como las demás mujeres negras, y Kevin no concebía que se hubiese escapado de allí a hurtadillas para reunirse con él.

Nandé movió la cabeza.

—No, **baas** doctor, señor. Solo porque he oído... algo... —La joven imitó un gemido para aclarar al médico lo que había oído—. Delante de la puerta, doctor. Yo mirar y...

—Pero ¿dónde estabas, Nandé? —Todo aquello sonaba muy extraño. La tienda del establo no tenía puertas, solo una especie de cortina.

Ella puso cara de culpabilidad y se mordió el labio antes de seguir hablando.

—Aquí, en la cocina.

—¿Has dormido en mi cocina?

Nandé asintió.

—No enfadarse, no castigar, señor. Pero un vestido tan bonito, como **baas** blanca. Y la cocina,

habitación Nandé. Como **baas** blanca... —Por el rostro compungido de la muchacha cruzó un resplandor.

Kevin suspiró. No podía ser que Nandé durmiese en su casa, no quería ni imaginar la de rumores que eso desataría. Pero, por otra parte, la cocina era una construcción abierta, no más que un asador. En realidad, nadie podría creer que él tuviera relaciones íntimas con su criada negra allí. Claro que tenía un acceso a la casa, Nandé acababa de utilizarlo. Kevin decidió prohibirle que pernoctara en la cocina, pero no iba a regañarla en ese momento.

—De eso ya hablaremos más tarde —le dijo—. Sigue. Has oído que alguien gemía delante de mi puerta. ¿Y ya se ha ido?

Ella negó con la cabeza.

—No, no irse. Quería irse al verme, pero... El niño demasiado pesado. Ahora delante del hospital.

—¿Una mujer con un niño? —Kevin salió de la cama, envolviéndose en una sábana de hilo—. Sal, Nandé, tengo que vestirme. Luego voy. Puedes decirle a la mujer...

Se interrumpió. Posiblemente la paciente ya estaba imaginándose cosas sobre él y Nandé. Si ahora enviaba a la chica con un recado...

—No hablar con Nandé, **baas** Doortje.

La abatida observación de Nandé sobrecogió a Kevin. ¿Doortje era la paciente? Tenía que estar muy enferma para acudir a él en plena noche sin que la vieran. O tal vez le traía un niño enfermo.

Kevin se puso aprisa los pantalones de montar y las botas y salió presuroso, con la camisa en la mano. Nandé, que había esperado delante de la habitación, lo siguió con curiosidad.

—¡Ve a dormir, Nandé! —le señaló cuando pasaban delante de la tienda del establo—. Con las otras. Ya sé dónde está el hospital.

—¿Yo no ayudar? —preguntó la joven.

Kevin dudó un instante, quizá necesitaría realmente ayuda y quedarse a solas con Doortje podía ser tan comprometedor como hacerlo con Nandé. Como fuera, la muchacha **bóer** no llevaría solo un camisón, sino que iría totalmente vestida.

—Ve a llamar a las dos mujeres que ayudan al doctor Greenway —ordenó. El médico recurría cada día a dos de las mujeres más hábiles para que le asistiesen en el cuidado de los enfermos. Esperaba poder enviarlas pronto como «enfermeras» al campo de los negros—. ¡Pero que se vistan correctamente!

Tal vez era una indicación innecesaria: salvo Nandé, ninguna de las mujeres negras y muy pocas blancas disponían de camiones. La mayoría dormía vestida con las prendas de diario sobre el suelo desnudo de las tiendas. También Doortje llevaba el viejo vestido de andar por casa que Kevin todavía recordaba de Wepener. Pero ya no se veía limpio y combinado con un bonito delantal de un blanco impoluto, sino raído, sucio y sudado. La capota descansaba torcida y sin almidonar sobre el cabello rubio, las cintas con las que se ataba colgaban sueltas. El rostro de la joven no se veía. Lo apretaba contra los rizos húmedos de sudor de su hermano más pequeño. Con el niño en brazos estaba acucillada a la entrada de la tienda del hospital.

—¡Doortje! ¡Señorita Van Stout! Por el amor de Dios, ¿ha traído usted al niño hasta aquí? —Kevin se acercó y le cogió al adormecido Mees. Estaba caliente, ardía de fiebre. Doortje se lo había llevado antes de que muriese. En ese momento le dirigía una mirada fría entre la esperanza y el desdén—. ¿Y por qué no ha llamado a la puerta si quería verme?

Mientras hablaba, Kevin llevó a Mees a la tienda, hasta el área de tratamientos. Doortje observó cómo encendía a toda prisa las lámparas.

—No quería molestar —respondió ella altiva—. Sobre todo no estando usted a solas... —espetó con sarcasmo.

El joven vio todos sus temores confirmados. Y no solo respecto al asunto de Nandé, sino también a los males del niño en la camilla. El torso de Mees presentaba la erupción rojiza característica. Era fiebre tifoidea.

—¡Claro que estaba solo, qué tonterías son esas! —replicó Kevin.

Buscó un estetoscopio. Debía intentar algo, aunque en ese estadio de la enfermedad había escasas probabilidades de salvación.

Doortje resopló desdeñosa.

—¿Puede hacer algo? —preguntó, acariciando el cabello húmedo de sudor de Mees—. Lleva dos semanas enfermo.

—Ya lo veo —dijo él con severidad—. Tendría que haberlo traído antes.

Doortje lo miró y por primera vez su expresión era dulce y desamparada.

—Mi madre... doctor Drury. Ya sabe cómo es. Ha rezado y lo ha lavado en el río para bajarle la fiebre...

—La fiebre tifoidea viene producida por bacterias, que es posible que naden precisamente en el agua en que lo han bañado. Y seguro que antes la ha bebido... —Kevin se dispuso a tomarle la temperatura al niño. Ya sabía que sería muy alta.

Doortje asintió.

—La leche en polvo —dijo—. En algún sitio había que disolverla. Y el río está muy cerca. El agua es agua, y mi madre también la filtró...

Kevin gimió.

—Cornelis habría estado encantado de llevarles agua cada día si no lo hubiesen tratado como a un cobarde traidor. Pero ya no se atreve ni a acercarse a ustedes.

—Su lugar está en el veld, ¡con su destacamento! —se empecinó Doortje—. ¡No debería estar aquí!

Entretanto, Kevin había desvestido al niño y lo estaba lavando. El agua fría con vinagre aliviaba un poco, y también podía vendarle las pantorrillas. Lo que más necesitaba era líquido, la diarrea deshidratava el cuerpo.

—Cornelis Pienaar no está aquí voluntariamente. Fue hecho prisionero —empezó a contar, consultando el termómetro. Marcaba por encima de los cuarenta grados...

Doortje echó la cabeza atrás. La dulzura había desaparecido de su rostro, y volvía a ser una bóer beligerante.

—¡Y con ello nos ha defraudado! A mi padre no lo apresaron. A Martinus de Groot tampoco...

—¡Claro que no! —la interrumpió Kevin. Amaba a Doortje, pero su fanatismo le crispaba los nervios y en ese momento perdió el control—. Su padre y su prometido, Doortje, fueron abatidos. Siento comunicárselo así, aquí y ahora, pero es la verdad. Cuando Martinus murió yo estaba allí. De su padre solo sé que está muerto, respecto a las circunstancias en que se produjo la muerte debería preguntar a Cornelis. Pero Martinus de Groot no murió luchando. Ya se había rendido, pero un comandante con exceso de celo le disparó. El doctor Taylor, el doctor Tracy y yo nos quejamos de ello, pero no conseguimos que se castigara al culpable. Por eso estoy aquí, he dejado el servicio en

señal de protesta. Pero seguro que usted no me creará. Todavía me odiará más a mí y a los británicos, y yo hasta la entiendo. Pero a su primo no tiene que odiarlo, fue por pura casualidad que saliera de ahí con vida. Y ahora, ayúdeme y sosténgame la lámpara. Tengo que poner a su hermano en una cama e introducirle líquido, es probable que ya ni tenga ganas de beber.

—Desde hace dos días —reconoció Doortje en un susurro. Su voz era ronca y su rostro había palidecido—. Así que mi padre ha muerto... y Martinus...

—Lo atraparon cuando intentaba volar un tramo de línea férrea y le dispararon —repitió Kevin. Empezaba a sentirse culpable. ¡No debería haberle dado la noticia de ese modo!—. Lo siento, Doortje. Pero debe comprender que seguir luchando no tiene ningún sentido. Y, por favor, no se oponga a que asistamos a su hermano en este hospital. Puede que al lado haya un niño negro en una cama, pero no se preocupe, no destiñe. La fiebre tifoidea, en cambio, es contagiosa. También pueden enfermar su otro hermano y su madre, si es que ya no lo están.

El silencio de Doortje lo dijo todo. Por lo visto, ella era la única de la familia que todavía estaba sana.

Kevin suspiró y cogió al pequeño.

—Me lo llevo a una habitación para enfermos. Al menos Mees estará atendido. Puede quedarse con él, ponerle compresas frías y lavarlo si vuelve a tener diarrea. Pero también puede dejar que Sophia se encargue de hacerlo. —Señaló a una auxiliar negra que acababa de entrar, correctamente vestida, con un delantal de enfermera limpio y el cabello recogido—. Es mejor que vuelva a la tienda y traiga a su otro hermano y, si es posible, también a su madre. Quizá... quizá todavía estemos a tiempo de salvarlos a ellos. —Kevin se mordió el labio. También eso había sido un error, no tendría que haber aludido a lo mal que estaba Mees. Pero, por otro lado, ya no quería seguir mintiendo. La miró a los ojos—. Haré todo lo humanamente posible para mantener a Mees con vida, pero no puedo prometer nada. Rece por él.

—¿De repente? —preguntó Doortje con voz ahogada—. ¿Y qué ocurre con los milagros de la medicina moderna?

Kevin suspiró.

—La experiencia muestra que la oración y la medicina moderna se complementan muy bien —observó—. Ayúdate a ti mismo y entonces te ayudará Dios, ¿recuerda? Eso también debería encajar con la filosofía de los *voortrekker*... En fin, ¿se marcha? ¿Desconfía de Sophia y de mí?

Doortje tragó saliva. Acto seguido, salió en silencio.

Kevin rezó esa noche tan fervientemente como nunca antes, pero no sirvió de nada, el pequeño Mees agonizaba a ojos vistas. Sophia puso todo su empeño en cuidarlo y por la mañana también apareció Nandé para ayudar en las curas.

—A mí me conoce. ¡Connigo tranquilo! —afirmó, y Kevin accedió, aunque el pequeño ya estaba demasiado enfermo para reconocer a nadie.

Para su horror, Thies, el otro hermano de Doortje, no estaba mejor. La joven lo llevó al hospital con ayuda de otras dos mujeres bóers. Greenway, que tenía más experiencia que Kevin con casos de fiebre tifoidea, sacudió la cabeza al ver al niño.

—Solo un milagro lo salvará —dijo—. Es una lástima: por fin acude una mujer para que la ayudemos, pero demasiado tarde.

Kevin se negaba a creerlo. Luchaba desesperadamente por la vida del pequeño Van Stout mientras Greenway se ocupaba de una niña que una de las otras mujeres había llevado. Fue el único rayo de luz del día: la pequeña Wilhelmina estaba desnutrida y tosía, pero todavía no tenía neumonía y se curaría. Greenway se instaló junto con su madre en uno de los pequeños habitáculos para enfermos, separado de los negros.

—Un día de estos llegarán esas enfermeras blancas, ¿no? —preguntó a Kevin hacia el mediodía—. ¿Sabe cuándo?

Kevin estaba renovando las bolsas de infusión de la cama de Mees mientras Doortje preparaba un vendaje de vinagre siguiendo sus indicaciones. Desde la mañana había dejado de hablar con él. En su rostro no había expresión ninguna y estaba pálida. A Kevin lo llenaba de admiración. Su obstinación le enloquecía, pero la dignidad con que sobrellevaba su destino era impresionante.

En ese momento, se sobresaltó.

—¡Cielos, las enfermeras! Llegan hoy a Karenstad, alguien tiene que ir a recogerlas a la estación. A mí me resulta imposible moverme de aquí. ¿No podría usted...?

Greenway se miró la ropa escéptico. Llevaba la bata sucia y estaba sudando de trabajar en esa tienda mal aireada.

—Primero tendría que adecentarme —observó—. Además, Sophia acaba de informarme que tenemos tres nuevos pacientes. Las mujeres bóers han cedido y están trayendo por fin a sus hijos.

—No cedemos, doctor —terció Doortje con acritud—. Nos doblegamos a la fuerza. Solo en nuestra hilera de tiendas han muerto doce personas los últimos días. Ya no lo soportamos. Espero que se alegre de haber quebrantado nuestro orgullo.

Kevin estuvo a punto de replicar, pero cambió de opinión. Le sabía mal repetirse. Y ahora tenía otro problema entre manos.

—Voy a llamar a Vincent —anunció y se levantó suspirando—. Aunque últimamente se queja de que siempre lo importunamos y no puede concluir su trabajo. Pero puede que le guste ir a recoger a unas chicas en lugar de caballos.

Kevin siguió esforzándose dos horas más por mantener a Mees van Stout con vida. Intentó bajarle la fiebre y le administró cardioestimulantes y remedios para la diarrea. Greenway movía la cabeza ante tal derroche. El hospital del campo siempre andaba corto de medicamentos y era habitual no malgastarlos en enfermos que agonizaban. Cuando llegaba alguien en el último estadio de la fiebre tifoidea, lo mantenían caliente y limpio, pero limitaban el tratamiento a administrarle líquido. Consideraba absurda la lucha de Kevin y tenía razón, claro está. Mees murió por la tarde en brazos de Nandé. Doortje se ocupaba de Thies, que a veces la reconocía. De todos modos, su enfermedad evolucionaba de forma muy rápida y Greenway creía que ese mismo día seguiría los pasos de su hermano.

—¿Alguien ha visto a la madre? —preguntó el médico cuando acompañaba a un Kevin agotado del lecho de muerte de Mees a la cama de Thies—. Una de las vecinas ha dicho que ella también está enferma. Y está maldiciendo a su hija porque no está a su lado.

Doortje escuchó esas últimas palabras, acarició una vez más el cabello de su hermano y se levantó.

—Voy corriendo a verla. Pero fue su decisión, yo... ¿Cómo... cómo está Mees? —No se

desmoronó cuando Kevin le notificó la tercera muerte del día, tampoco lloró. Solo el temblor de sus manos, que soltaron torpemente las cintas del delantal que le había prestado el hospital e intentaron enderezar su capota, desvelaban su dolor—. Entonces me voy —musitó.

Kevin volvió a luchar contra el deseo de abrazarla.

—Doortje, he hecho cuanto he podido. Yo... yo también he rezado.

Creyó ver un atisbo de calidez en sus ojos.

—Lo sé —dijo ella a media voz—. Muchas... muchas gracias.

A Roberta se le hizo largo el viaje en tren hasta Karenstad, aunque el paisaje que contemplaba por la ventanilla era impresionante y Daisy y Jenny charlaban complacidas entre sí. Pero Roberta apenas lograba creerse que el viaje llegaba a su fin y que solo la separaba de Kevin Drury un breve lapso de tiempo. Todo se le antojaba como un milagro, hasta entonces todo había sido demasiado sencillo. Y ahora trabajaría con él, como única neozelandesa del campamento, además de Jenny y Daisy, naturalmente. Aunque a diferencia de Juliet la Bree, ninguna de las dos le haría la competencia. Kevin se fijaría solo en Roberta, hablaría con ella, la conocería... y a lo mejor llegaba a enamorarse.

El corazón de Roberta latía con fuerza solo de pensarlo. Pero tampoco las tenía todas consigo. Hacía tanto que no veía a Kevin que a lo mejor sus sentimientos hacia él habían cambiado. Tal vez ya no notaría ese fuego en el pecho cuando lo viera, quizá ya no se le pondría la piel de gallina al oír su voz ni notaría una descarga eléctrica cuando rozara por equivocación la mano del joven. Una y otra vez palpaba el caballito de trapo que llevaba en el bolsillo y lo apretó con fuerza cuando el tren entró en Karenstad. Un pueblecito feo, pero ya se lo había dicho el asistente de lord Milner. De hecho, había desaconsejado ese campo a las muchachas, había otros más bonitos y en los que reinaba menos el caos. El comité de damas que se había constituido tras las protestas elevadas por Emily Hobhouse había obrado cierto efecto ahí, especialmente en los campos más grandes y menos lejanos. Pero el destino de Roberta era Karenstad, y Daisy y Jenny la acompañaban encantadas. Daisy esperaba una historia de amor y Jenny nunca había tenido la intención de ir a lo fácil. Se había alegrado al saber que había un campo de negros en Karenstad.

—¡Una de nosotras trabajará con los blancos y la otra con los negros! —anunció—. ¿Y tú, Roberta? ¿Abrirás una escuela común para los dos?

Roberta no respondió, todavía no había reflexionado acerca de ello. La verdad, solo pensaba en Kevin Drury. Y ahora había llegado a su destino. El tren se detuvo y Roberta esperó, esperanzada en que él hubiese ido a recogerlas. Como director del campo, era su responsable, tal vez quisiera darles él mismo la bienvenida y agradecerles los donativos. Ya habían enviado las cajas, que deberían haber llegado al campo de mujeres. Pero ahora, en el último momento, el miedo se apoderó de ella. ¿Y si no se alegraba de verla allí? ¿Y si consideraba que ella era un engorro? Se entretuvo con el equipaje, mientras Daisy y Jenny ya se apresuraban a bajar. Las chicas miraban fuera curiosas.

—Eh, ¿es ese Kevin? —preguntó Daisy, señalando el andén—. ¡Tiene buen aspecto! Elegante con el uniforme. Aunque... ahora los campos están dirigidos por civiles.

Daisy cogió sus maletas. Y, de repente, también Roberta tuvo prisa por bajar del tren. No, no quería hablar antes con Daisy y Jenny. No tenía que ser tímida, ella...

Se alisó un poco su elegante traje de viaje azul oscuro y pisó decidida la plataforma. Kevin Drury, sin embargo, no la estaba esperando. En lugar de su rostro de aventurero de rasgos angulosos, se encontró un semblante sonriente y de ojos grises y amables. El rostro fino del hombre del andén estaba rodeado por un cabello rubio y ondulado y las cejas espesas y las pestañas largas le daban un aire bonachón. Simpático y varonil con el uniforme caqui que cubría un cuerpo delgado y nervudo. Pero no era Kevin.

Roberta se esforzó por no decepcionarse. Era normal que Kevin hubiese enviado a un camarada. La insignia de la solapa del hombre indicaba que era un oficial médico. Aunque al lado brillaba una

uve...

El hombre se dirigió hacia ellas y ayudó galantemente a Jenny a bajar los peldaños del vagón.

—Señoras, soy el doctor Vincent Taylor y les doy una calurosa bienvenida en nombre de la dirección del campo de Karenstad. —Hablaban formalmente, pero su cordial voz de tenor no dejaba duda de que lo decía de verdad—. Las esperan con impaciencia, hay mucho que hacer allí. A eso se debe que ningún médico del campo haya podido venir a recibirlas. El doctor Drury, el director del campo, les pide que lo disculpen, pero está cuidando de dos niños enfermos de muerte.

—¿Y usted estaba disponible? —Daisy se puso enseguida a coquetear.

El médico sonrió.

—Mis pacientes son más fáciles de contentar —explicó—. Y su estado general es mejor que el de las mujeres y los niños del campo, y en caso de enfermedad dispongo de suficientes auxiliares.

—¿Entonces trabaja aquí en el pueblo? —preguntó Jenny—. ¿Trata a soldados británicos?

Entretanto, Roberta se había puesto a sacar con esfuerzo del tren sus baúles. Uno de ellos todavía contenía donativos de Nueva Zelanda y la compañía de transportes lo había olvidado. En ese momento, el doctor Taylor se apresuró a ayudarla. Pareció olvidarse de la pregunta de Jenny en cuanto miró el rostro de Roberta. Esta se asustó de su expresión. ¿Sorpresa? ¿Admiración? ¿Alegría? Entornó los ojos asustada. ¿Se lo había quedado mirando ella a él? ¿O él a ella?

—Pe... perdón... —susurró el veterinario—. Usted es...

Roberta se ruborizó, pero intentó parecer segura de sí misma.

—Soy Roberta Fence —dijo con voz firme—. La maestra.

—Yo, Vincent Taylor —repitió el joven. Y pareció volver a la realidad—. Disculpe. —Se volvió hacia Jenny—. ¿Qué... qué me preguntaba usted? Ah, sí, los soldados británicos... —sonrió—. Yo no los llamaría así. Pero pertenecen al ejército. Soy el veterinario, señorita...

—Harris —se presentó Jenny, complacida—. ¿Así que trata usted a gatos y perros?

—Caballos —respondió Vincent sonriendo—. El departamento de perros y gatos del ejército británico es más bien pequeño. Pero acompañenme, he alquilado un vehículo más o menos cómodo. Y dos de mis pacientes curados... —Señaló un carro con adrales al que estaban enganchados dos caballos bayos—. Si se contentan con esto...

Roberta iba a subir el baúl, pero Vincent se lo cogió. Al hacerlo, sus dedos se rozaron. Ambos retiraron al momento las manos. Ella sonrió con timidez y la mirada de él la desconcertó de nuevo. La miraba como... ¡como Kevin había mirado a Juliet! ¡Pero no podía ser!

—Perdón —dijo él de nuevo.

Roberta le dejó el baúl. A continuación se sentó junto a Jenny en la segunda fila de asientos. Daisy subió con toda naturalidad al pescante y se situó junto a Vincent.

—¡Aquí veré más! —anunció satisfecha—. ¡Este país me tiene fascinada! ¿Está muy lejos el campo? ¿Iremos a través de la selva?

El carro traqueteó primero por las pistas batidas que se extendían entre la estación y el pueblo, y salvo por edificios militares y tiendas desordenadas y levantadas a toda prisa, no había mucho que ver. De todos modos, Daisy no precisó de más de dos minutos para enredar al joven veterinario en una animada conversación sobre la flora y la fauna del Transvaal. Roberta sintió admiración y casi envidia. Ella sería incapaz de hablar con tanto desparpajo con un desconocido.

—¿Y a usted, señorita Fence?

Roberta se sobresaltó al oír su nombre. Estaba inmersa en sus pensamientos, y hacía días que



era indiferente a las exclamaciones de Daisy respecto al paisaje africano.

—¿Qué? —preguntó.

—¿A usted también le gusta? —repitió Vincent—. ¿Le gusta Sudáfrica?

Roberta se estremeció. Ni se lo había planteado. La tomaría por una tonta y a lo mejor se lo comentaría a Kevin.

—Yo... bueno. Sí, es muy bonita —murmuró—. Pero también difícil... muy difícil. Bueno, dicen que las personas son difíciles y la guerra...

Vincent Taylor asintió con gravedad.

—Sí. La diferencia es a veces espantosa. La belleza por todas partes y la... bueno... la poca amplitud de miras de los seres humanos. Uno pensaría que este vasto país, esta naturaleza maravillosa... que esto le infundiría a uno un poco de humildad.

Roberta hizo un gesto de impotencia. Se había criado como hija adoptiva de un abogado que se ocupaba de los asuntos territoriales maoríes. Sean Coltrane ya hacía mucho tiempo que había abandonado la idea de que la belleza de un paisaje tuviera que infundir humildad a los seres humanos.

—Algunas personas ven naturaleza, otros, riquezas del subsuelo —observó—. O tierra de cultivo. Siempre es así. Uno ve un kauri y piensa en la historia de Tane Mahuta, pero otro piensa en talarlo y ganar dinero vendiendo leña.

Vincent se volvió hacia Roberta fascinado.

—Es cierto, señorita Fence. Lo ha expresado usted maravillosamente.

—Algunos ven seres humanos —añadió Jenny—, otros, solo mano de obra.

En ese momento pasaban junto a un depósito de abastecimiento, delante del cual unos trabajadores negros y harapientos cargaban sacos en un carro. Parecían desnutridos y desanimados.

—Y eso que en realidad es su tierra —apuntó Roberta, abismada en sus pensamientos. Se preguntaba cómo habrían vivido allí los negros antes de la llegada de los bóers.

—Lo de los negros aquí es un problema grande —dijo Vincent, y atrajo la atención de las tres mujeres cuando explicó las dificultades de Kevin en el campo.

Reaccionó con alegría cuando Jenny se ofreció para trabajar en el campo de los negros también, pero no de forma tan eufórica como lo había hecho ante el comentario de Roberta. Esto no le pasó desapercibido a Daisy.

—Has hecho una conquista —susurró a Roberta cuando Vincent intercambiaba unas palabras con unos jinetes que se cruzaron—. El veterinario come de tu mano, ahora solo tienes que dejar a Kevin impresionado. ¿Te has quedado con la frase de los árboles?

Roberta se ruborizó. Encontraba a Taylor simpático, pero ni de lejos obraba en ella el mismo efecto que Kevin. Vincent dirigía ahora el carro por caminos sin batir y Jenny se quejó de las nubes de polvo.

—En el campamento todavía es peor —apuntó el joven—. En el fondo es inadmisibile. Pero a este respecto... allí no hay nada digno de seres humanos.

—¡Ahora hemos llegado nosotras! —anunció Daisy con seguridad, como si ella sola fuese capaz de cambiar la política británica de los campos—. Nos pondremos manos a la obra.

Apenas media hora más tarde, cruzaban la puerta del campo, rodeado de alambradas. Los

vigilantes parecían aburridos, se diría que no había intentos de fuga. Lanzaron a las recién llegadas unas miradas ávidas, pero se abstuvieron de piropos. Y entonces, Roberta y las enfermeras descubrieron a las primeras mujeres y niños bóers, figuras enflaquecidas vestidas con harapos. La mayoría iban descalzas o llevaban zapatos raídos, pero casi todas llevaban capota, por muy sucia que estuviera.

—Los niños no juegan —observó Roberta mientras avanzaban entre las hileras de tiendas teñidas de rojo por el polvo continuo, abiertas casi todas y plagadas de moscas, delante de las cuales se cocinaba—. Y las mujeres... ¿es que no tenían antes casas normales?

Vincent asintió.

—Las tenían, y eran limpias y ordenadas. Nuestro Alto Mando suele calificar a los bóers de primitivos, y realmente no brillan por su educación ni por una pulida forma de expresarse, pero eso tampoco lo hace ni la población campesina inglesa ni la neozelandesa, y es con ellas que hay que compararlos. En cualquier caso, esto no refleja su esencia, y es una insolencia sostener que aquí va mejor que en sus propias granjas. En cualquier caso, eso atañería a la asistencia médica si no hubiese epidemias. Pero nuestros médicos se encuentran impotentes frente al cólera y la fiebre tifoidea, tisis y la gangrena pulmonar. Antes no morían tantos niños de eso... Miren ahí, estamos llegando a los edificios de servicios. Ahí está el hospital... un edificio muy básico, lo sé, pero cumple con su objetivo. Los médicos y vigilantes duermen en esas pocas casas, el edificio sobrio de ahí delante es la administración y, al mismo tiempo, la casa del doctor Drury. Vamos a ver si lo encontramos en el despacho.

Las mujeres siguieron al veterinario algo vacilantes por la plaza polvorienta entre las chozas y el hospital. Todo ahí producía una sensación de desconuelo, hasta los edificios sin adornos; la gran tienda ante la que unas pocas mujeres negras lavaban ropa; el hospital, al lado del cual dos mujeres blancas esperaban con sus abatidos hijos y miraban con desagrado a las negras, que se veían tan delgadas y harapientas como ellas, aunque no tan desdichadas.

El veterinario abrió la puerta de la casa de Kevin sin llamar. Daba a un vestíbulo y de ahí directo al despacho. Todas las habitaciones estaban vacías.

—¿Aquí no se cierra? —preguntó asombrada Daisy.

Vincent se encogió de hombros.

—Parece que no —respondió—. Posiblemente no haya nada que robar. Y las mujeres tampoco son ladronas. Son personas honradas, aunque su cultura y tradiciones sean distintas de las nuestras. —Vincent llamó a la puerta de la vivienda de Kevin, pero tampoco ahí había nadie.

»Estará en el hospital. Esperemos que no haya muerto el niño, Kevin se ha esforzado mucho. —Hablaban como para sí mismo mientras volvía a conducir a las mujeres al exterior y cerraba la puerta de la casa tras de sí—. No hay que dejar nunca las puertas abiertas, para que no entren el polvo y las moscas —aconsejó—. Aunque a veces uno duda. Si las puertas están cerradas no corre el aire. Especialmente en las tiendas de campaña el calor se vuelve insoportable cuando no se ventila.

Vincent puso rumbo al hospital y Roberta volvió a sentir los latidos de su corazón. Enseguida vería a Kevin.

El veterinario las llevó hasta la puerta del hospital, pero dejó pasar a una joven bóer que avanzaba hacia el edificio a buen paso. Mantenía la cabeza gacha, pero Vincent pareció reconocerla.

—Buenos días, señorita Van Stout —la saludó cordialmente—. Me han llegado noticias sobre su hermano. Fue... fue inteligente por su parte traerlo aquí.

La mujer levantó los ojos y Roberta vio un semblante pálido y demacrado, si bien de una belleza fría. Los ojos de la joven eran de un azul fascinante, como la porcelana noble. Y por delgada y abatida que estuviese en ese momento, sus rasgos eran armoniosos.

—Ha muerto hace un rato —informó con voz ronca—. Y mi madre... —Se interrumpió.

Vincent le sostuvo la puerta abierta.

—Lo siento, señorita Van Stout —dijo con dulzura—. Pero estoy seguro de que el doctor Drury ha hecho cuanto estaba en su mano.

La mujer no respondió y se dirigió a la zona posterior del hospital, mientras Vincent mostraba a Roberta y las enfermeras las salas más grandes y las áreas de tratamientos. Tampoco ahí estaba Kevin, pero recibieron una primera impresión de la situación. Las mujeres bóers habían cesado su oposición contra el tratamiento de pacientes negros en ese hospital, pero habían trazado una nítida frontera: en una parte de la sala había mujeres y niños blancos, y en la otra, negros, sobre todo niños. Las camas de los blancos estaban provistas de sábanas y almohadas, las de los niños negros tenían almohadas hechas con harapos. Las sábanas de estos ofrecían un aspecto más andrajoso que las de los blancos. Las cuidadoras negras parecían seguir la corriente. El rostro de Jenny, cuando se percató del estado de las cosas, lo decía todo.

Roberta no tenía tiempo para indignarse. Buscaba a Kevin con la mirada, pero tampoco lo vio allí.

—Para los enfermos graves hay habitáculos más pequeños —explicó Vincent, guiando a las mujeres a través de las salas hacia la parte trasera—. Ahí estarán Drury y Greenway. —Retiró a un lado la cortina de uno de los cuatro habitáculos.

Roberta nunca olvidaría esa imagen. Kevin Drury había adelgazado un poco, pero seguía siendo apuesto y elegante con su cabello negro algo enmarañado y demasiado largo y sus rasgos angulosos. En ese momento se estaba incorporando de la cama de un niño. Al menos se intuía el cuerpo de un niño bajo la sábana con que Kevin había cubierto el rostro del, por lo visto, fallecido. El médico se volvió hacia la joven a la que antes Vincent había llamado señorita Van Stout. En su rostro había una expresión de desamparo, desesperación y... amor.

—Doortje... Doortje, yo... su... Thies...

Fue incapaz de pronunciar las palabras, pero, naturalmente, la mujer vio que el niño había muerto. Se tambaleó. Y entonces Kevin la cogió entre sus brazos y la estrechó...

Roberta sintió que algo en ella se desgarraba. Había recorrido medio mundo para volver a ver a Kevin Drury. Pero él estaba como durante su último encuentro en Dunedin: junto a otra mujer hermosa...

Sin embargo, Doortje van Stout no se dejaba abrazar como antaño lo hiciera Juliet la Bree. De hecho, la bóer solo se entregó al abrazo unos pocos segundos, suficientes para que una buena observadora como Roberta reconociera que cedía. Luego se separó de golpe de Kevin, lanzó una mirada de odio a la cama y a otra mujer joven que Roberta distinguió en ese momento. Una chica bonita, todavía muy joven, de piel muy negra y cabello crespo. Había estado sentada a la sombra sosteniendo la mano del niño.

—¡Cómo se atreve! Cómo se atreve... después de... —Doortje se interrumpió. Había alzado la mano como para golpear a Kevin, pero la dejó caer sin fuerzas.

—Doortje, no pretendía intimar con usted. Solo quería... lo siento mucho.

Roberta percibió la desesperación de Kevin, aunque no sabía nada de la historia previa de la

joven. Y sintió piedad por la bóer que había perdido a un miembro de su familia. Pero, sobre todo, sintió amargura y tristeza por un sueño que se había roto.

—¡Pero él a ella no le importa! —exclamó convencida Daisy.

Las tres jóvenes habían ocupado juntas una tienda que habían montado expresamente. Enseguida se habían percatado con cierto sentimiento de culpabilidad de que las mujeres bóers se repartían entre quince un alojamiento similar. Y, por supuesto, Daisy enseguida tocó el tema de Kevin, quien había producido una impresión excelente en ambas enfermeras. Había necesitado algo de tiempo para reponerse del incidente con Doortje. Vincent, un observador tan penetrante como Roberta y con toda certeza al corriente de la relación, las había sacado a las tres del habitáculo justo después de la escena entre Kevin y la joven bóer.

—Creo que el doctor Drury todavía está ocupado —comentó con serenidad—. Les presentaré primero al doctor Greenway.

Greenway saludó cordialmente a las nuevas auxiliares y juntos realizaron un recorrido más extenso por el hospital, que resultó muy interesante para Daisy y Jenny. Roberta, por el contrario, no apartó la vista de la parte trasera de la gran tienda. Le habría gustado reunirse con Vincent Taylor, quien se había despedido de prisa y con discreción, y desaparecido en el habitáculo donde el niño había muerto para aplacar a Kevin y Doortje. De ahí salían voces airadas, pero Roberta no entendía de qué hablaban. Al final, la joven negra salió a toda prisa y luego Vincent acompañó a la bóer fuera de la habitación. Kevin se reunió algo más tarde con su colega de trabajo y sus nuevas auxiliares, ahora sobrepuesto y con una bata limpia.

—Debo disculparme por mi falta de atención. Naturalmente, tendría que haberlas recibido y mostrado las instalaciones yo mismo. —Kevin sonrió a las jóvenes a su manera habitual y encantadora y pareció alegrarse de verdad de ver a Roberta. La luz que asomó en sus ojos la habría hecho feliz si antes no hubiese presenciado la escena que había convertido en humo todas sus ilusiones—. ¡Roberta, qué grata sorpresa! ¿O debo decir «señorita Fence»? Ya eres una auténtica maestra, aunque quizá demasiado guapa. ¿Cómo te las arreglarás para que los niños te tengan miedo? —Le dirigió una mirada traviesa—. Ahora en serio, Roberta, tenemos que sentarnos lo antes posible y planear tu actividad aquí. Puede que algunos piensen que los niños necesitan primero comer mejor y luego clases de lectura y escritura. Pero no hay que menospreciar el «alimento espiritual». Los niños tienen que aprender inglés.

Kevin pidió a las mujeres que lo acompañasen al despacho, que era confortable, y la chica negra sirvió té y café. Parecía llorosa y amedrentada, aunque Kevin la trataba con amabilidad. El joven médico les agradeció todos los donativos de Nueva Zelanda, habló con ellas sobre la distribución y al final les enseñó la tienda en la que se alojarían.

—Mañana se presentarán en el hospital, enfermeras Towls y Harris, y hablaremos sobre la escuela, Roberta. Si tengo tiempo, también les enseñaré el campo de los negros.

—En cualquier caso, tienes lo que querías —observó Daisy en la tienda, analizando la conversación con Kevin en relación con las posibilidades de Roberta para cumplir su sueño—. Ha sido amable contigo, se ha fijado en ti, incluso ha dicho que te encuentra bonita. ¿Qué más quieres? Y mañana te reúnes con él. A solas. Entonces podrás seguir impresionándole.

—Pero con esa chica bóer pasa algo —apuntó Jenny, también ella se había dado cuenta—. Me parece que él está enamorado de ella, en eso Roberta no se equivoca.

Después de la cordial conversación con Kevin, Roberta estaba bastante desanimada. Habría preferido esconder la cabeza bajo la almohada y ponerse a llorar, en lugar de discutir con sus amigas acerca de esa cuestión.

—¡Pero él a ella no le interesa! —insistió Daisy—. Claro que la ha abrazado, pero ella estaba a punto de darle un bofetón. Yo más bien me preocuparía de esa Nandé. Es monísima... bueno, para ser negra. Y trabaja para él.

—Él no la mira igual —objetó Jenny—. No, no, la rival es la bóer. ¡Y tú puedes con ella, Robbie! A lo mejor a él le da pena y, sí, es muy guapa. Pero a la larga... Mañana sé amable, sonrío un poco y, sobre todo, ¡no te rindas!

Roberta asintió porque sabía que las otras esperaban eso de ella. Pero en el fondo hacía tiempo que había claudicado. Si no enterraba ahora sus esperanzas, nunca más olvidaría esa mirada que Kevin Drury había dirigido a muchas mujeres, menos a Roberta Fence.

Al día siguiente, la primera vivencia de las tres jóvenes fue asistir a un entierro. Kevin no lo había mencionado el día anterior, puede que ni siquiera hubiese pensado en ello, pero, tal como explicó el doctor Greenway, cada tres días celebraban un funeral.

—Salvo que no haya muerto nadie —matizó el médico lo obvio—. Pero eso pasa rara vez. Y en esta ocasión tenemos incluso más decesos por culpa de ese funesto boicot al hospital de las mujeres bóers. Ya han conocido a Doortje van Stout, es una de las que ha sobrevivido, como ya saben...

—¿Es esa señorita alguien especial en realidad? —preguntó Daisy de modo indiscreto—. Me refiero a que el doctor Drury... —Se ruborizó y Roberta se quedó desconcertada ante su descaro.

Greenway hizo un gesto de rechazo.

—El doctor Drury conoce a la familia, su casa se requisó en una ocasión para instalar un hospital —informó sereno—. Y aquí, en el campo, la familia tiene influencia porque Adrianus van Stout es un famoso y temido comandante... mejor dicho, lo era, pues ha muerto. La esposa dirigía aquí una especie de escuela. —Roberta prestó atención. ¿Doortje también era maestra?—. Lo que no veíamos con buenos ojos, pues alimentaba en los niños la animadversión contra los ingleses. Pero, en fin, ahora también ella ha muerto, esta noche...

—¿Doortje van Stout ha muerto? —preguntó Jenny.

El médico negó con la cabeza.

—Su madre. Una tragedia para la joven, ayer dos hermanos y anoche la madre; también la enterrarán a ella. La señorita Doortje es quien normalmente lee la Biblia en voz alta durante los sepelios. También dirige unas oraciones, lo que hace amablemente, limitándose al tema de la religión. Al menos cuando estamos presentes. En caso contrario, esa gente suele mezclar religión y política. Según la opinión de los bóers, la Biblia es una especie de folleto de instrucciones para someter Sudáfrica. Se ven como el pueblo elegido de Dios y no pierden ocasión de señalarlo. Pero hoy la señorita Van Stout no podrá dirigir el servicio. Así que tendremos que encargarnos nosotros, probablemente el doctor Drury. Estos asuntos le corresponden a la dirección del campo.

Kevin Drury tampoco rehusó sus obligaciones. Se excusó ante Roberta y Jenny por posponer tanto la conversación sobre la escuela como la visita al campo de los negros, y se presentó sereno y

preparado ante las mujeres que esperaban en el cementerio, situado detrás del hospital. La congregación superaba con creces la pequeña plaza, parecía como si todo el mundo capaz de salir de su tienda hubiese asistido al entierro de Bentje van Stout. Doortje estaba tranquila y con el rostro petrificado delante de los dos pequeños ataúdes y el féretro basto y hecho aprisa de su madre. El carpintero siempre ponía más cuidado en los ataúdes infantiles. No daba abasto, pero intentaba con todo su corazón proporcionar un entierro digno a los pequeños. El hombre, un cabo segundo, había renunciado a su servicio y se había quedado voluntariamente para ayudar en el campo, estaba a un lado del grupo y tenía lágrimas en los ojos. Era una persona buena y no merecía el desprecio con que lo trataban las internas.

Doortje había renunciado a los servicios del fotógrafo. En su familia ya no quedaba casi nadie a quien ella pudiese enseñar el retrato de los difuntos. Aun así, permitió que su primo Cornelis se pusiera a su lado. Él era, por lo visto, el último pariente vivo con quien tenía, o había tenido, una relación más o menos cercana. En ese momento, él se separó de Doortje y se acercó a Kevin antes de que este tomase la palabra.

—Doctor Drury, sería mejor que yo me encargara —dijo con gravedad—. Mi tía Bentje... Solo de pensar que un neozelandés hable en su entierro podría provocar un levantamiento.

Kevin se encogió de hombros.

—Bueno, con usted tampoco es que se llevara demasiado bien —observó.

Cornelis frunció el ceño.

—Al final, incluso llamó a Doortje traidora por llevar a los niños al hospital. Y porque creía... —Se frotó las sienes—. No... no es este el sitio adecuado. Pero Doortje está al límite de sus fuerzas. No protestará si dirijo yo el funeral.

Mientras todavía estaban hablando, se elevó un coro de voces infantiles. Cantaban una canción que a Kevin le resultó vagamente conocida, es probable que también la hubiese en inglés. ¿Quién había organizado un coro tan deprisa? Perplejo, descubrió entre los niños a la joven maestra Roberta Fence. Y una de las enfermeras entregaba flores a los niños.

—¡Y ahora a rezar! —pidió la otra enfermera al público en un holandés espantoso.

—Padre nuestro... —empezó Roberta.

También en la lengua extranjera. Se diría que las mujeres se habían aprendido las palabras de memoria, pero las bóers se sumaron y una de ellas pronto tomó la dirección. A continuación, Roberta abrió la Biblia holandesa y empezó a leer un texto.

—Yo soy la resurrección y la vida...

Pronunciaba las palabras con suma dificultad, pero al poco tiempo, pasó la Biblia a una muchacha, que, turbada también leyó un par de frases y volvió a hacer circular el libro.

Kevin no estaba seguro de si los bóers habrían elegido un texto del Nuevo Testamento; en general preferían el Antiguo. Sin embargo, aquellas honras fúnebres improvisadas de forma tan inocente como afectuosa cautivaron a las mujeres. Nadie protestó cuando al final también Cornelis pronunció unas palabras y describió a su tía como una mujer severa pero cariñosa, esposa dócil y madre sacrificada. Cuando los ataúdes fueron depositados en las tumbas, la gente lloró, los niños siguieron obedientes a Roberta y, a ojos vistas de buen grado, arrojaron las flores en el interior, como la maestra y las dos enfermeras les mostraron.

Doortje permitió que Cornelis le echara un brazo al hombro. Recibió el pésame de Kevin sin decir nada y por su rostro no resbaló ninguna lágrima.

—¡Lo ha hecho maravillosamente! —exclamó Vincent cuando tras el entierro se dispersaron los asistentes y se acercó a Roberta, las enfermeras y los médicos—. De verdad, señorita Fence, sumamente conmovedor...

—¡Y sobre todo ha evitado un levantamiento! —intervino Kevin, guardando aliviado la Biblia—. Muy bien, señoras, ya veo que enriquecen ustedes nuestro trabajo aquí. Las mujeres ya las consideran dignas de confianza. ¡Lo han improvisado excelentemente! Pero ¿qué haces de nuevo aquí, Vincent? ¿No hay ningún caballo enfermo?

Vincent se sonrojó.

—Esto... pues... ha llegado otra entrega con donaciones a nombre de la señorita Fence y pensé que... —sonrió a Roberta con timidez— pensé que usted aprobaría que nosotros...

Daisy dio un empujón a Roberta. Si no hubiesen acabado de celebrar un entierro, se le habría escapado la risa. También Kevin parecía reconocer la expresión de los ojos de su amigo.

—Pues... sí —titubeó—. Entonces... esto... ayúdala a desempaquetarlo. Si no tienes otra cosa que hacer.

Kevin entró en el hospital para retomar sus tareas mientras Vincent ayudaba, en efecto, a abrir con una palanca las cajas y clasificar la ropa y los juguetes. También había ahí una pizarra, lo que recordó a Roberta su auténtica misión en ese lugar.

—¿Dónde instalo la escuela? —preguntó algo desorientada—. No hay ningún edificio, y...

—Hágalo al aire libre, simplemente —le indicó Vincent—. Si me permite una sugerencia, pídale al carpintero que construya unos bancos. Lo hará de buen grado, será un descanso bien recibido de los eternos ataúdes. Cuelgue la pizarra de un árbol y espere a que lleguen los niños. Al principio tal vez no sea fácil. Las madres son desconfiadas y no querrán que sus hijos aprendan inglés. Pero a la larga... aquí nadie tiene nada que hacer.

—Ya me los ganaré —sonrió Roberta—. Están hambrientos y disponemos de comestibles donados. Serán suficientes para una comida en la escuela durante un par de semanas.

Daisy organizaba en el hospital algo muy similar.

—Si no consigue auxiliares voluntarias, tiene que echar un cebo a las mujeres —explicó al sorprendido doctor Greenway—. Raciones especiales para quien ayude a cocinar, limpiar y cuidar de los enfermos. Esto resolverá el problema de las auxiliares negras. Jenny y yo hemos pensado enviar a las mujeres de vuelta a su propio campo, para que organicen el hospital con ayuda de Jenny. Yo enseñaré a las blancas aquí. Esto aliviará el trabajo de los médicos y podrán visitar cada día a los negros. ¿Qué le parece mi sugerencia? Por cierto, ¿cuándo nos enseñarán el campo? Jenny está impaciente.

Al día siguiente, sin más demora, Roberta y Jenny acompañaron a Kevin al campo de los negros y se quedaron tan horrorizadas de sus condiciones como el médico pocos días antes. Jenny se habría quedado ahí de inmediato. De hecho, al día siguiente se mudó, junto con las auxiliares de enfermería negras y su tienda, que, para espanto de las mujeres bóers, pensaba compartir con Sophia y las otras asistentes. Para mayor escándalo de las bóers, con Roberta y Daisy también se mudó Nandé.



—Yo no abandonar baas, doctor Drury —declaró la jovencita negra con toda seriedad—. ¡Alguien tiene que limpiar!

El inglés de Nandé mejoraba, la joven era inteligente y tenía ganas de aprender, pero temía volver al campamento de los negros. Kevin lo comprendía y se sintió aliviado cuando Daisy y Roberta no se opusieron a compartir su alojamiento con Nandé.

—En caso contrario, me habría encontrado con un problema —admitió Kevin a Roberta. Los dos iban casi cada día al campo de los negros, él para visitar a los pacientes y ella para dar clases. Mientras las bóers solo aceptaban vacilantes su oferta de impartir clases, los niños negros estaban entusiasmados con la idea de aprender a hablar, leer y escribir en inglés. Y aún más cuando eso iba unido a un pan con mermelada o alguna golosina al mediodía—. Las mujeres del campo ya cotillean sobre mí y Nandé, menuda tontería.

—¿Sí? —Roberta se contuvo un segundo. Quería saberlo, no quería ser toda su vida una pusilánime—. Me refiero a que la señorita... hummm... La Bree... también era de tez oscura.

Kevin se sonrojó. Ya había oído que Patrick se había casado con Juliet, pero acababa de enterarse por Roberta de la evolución que había seguido la pareja. El tema le resultaba extremadamente incómodo. De todos modos, no se sentía culpable de nada respecto a Nandé.

—¡Por favor, Roberta! Esa chica tiene dieciocho años como mucho. Es una adolescente y sin ninguna educación.

El corazón de Roberta se aceleró. Si Kevin daba valor a la educación, la relación entre él y la tal Doortje no llegaría muy lejos. Aunque ella sí sabía leer y escribir, y seguramente se sabía de memoria la mitad de la Biblia.

—Pero es muy bonita —observó.

Kevin hizo un gesto de indiferencia.

—Por eso mismo les gusta atribuirme historias que no son ciertas. Sea como fuere, estoy contento de que se aloje con vosotras, en caso contrario se habría instalado de nuevo en mi cocina. Ya lo hizo una vez y desde entonces Doortje cree... —Se mordió el labio y cambió de tema—: ¿Qué ocurre ahora con tus clases de equitación, Roberta? Tener que ir cada día con este carro de un campamento a otro nos demora mucho.

A Roberta le tocó el turno de ruborizarse. Vincent Taylor se ofrecía desde hacía días a darle unas enseñanzas básicas de equitación con un caballo dócil, tal vez con un poni bóer. A Roberta no le apetecía, pensar en caballos todavía le recordaba su infancia junto al hipódromo, a su padre violento, el temor de su madre de que su marido perdiera dinero en las apuestas y las agrias peleas entre Chloé y Colin Coltrane. Además, todavía no sabía si estar con Vincent Taylor la tranquilizaba o la complacía. El joven veterinario era amable y no cabía duda de que buscaba su compañía. Pero Roberta seguía sintiéndose atraída por Kevin, incluso si su sentido común le advertía de que ese amor no tenía futuro. Una certeza con la que solo podría vivir cuando hubiese acallado todos los sentimientos que albergaba. No quería alimentar las esperanzas del doctor Taylor y con ello dificultar el camino que la llevara hasta el corazón de Kevin...

Roberta sabía que esas reflexiones eran contradictorias, se sentía tonta y deshonesto. Y todavía le dolía más el que Kevin no dejara de animarla para que aceptara las clases de equitación de Vincent. Ya podía repetirse cada día que él no pensaba en emparejarlos, que solo le interesaba no tener que enganchar el carro todos los días para ir de un campo a otro. El camino a Karenstad II, como siguiendo la sugerencia de Jenny llamaban últimamente al campo de los negros, era casi

impracticable, siempre se corría el riesgo de que se rompiera un eje y se avanzaba muy despacio. Un jinete, por el contrario, podía trotar y galopar y plantarse allí en menos de media hora.

—Bueno, de todos modos hoy habríamos necesitado el carro —respondió Roberta con una evasiva, al tiempo que señalaba la plataforma de carga.

Estaba llena de cajas repletas de donativos: ropa y comestibles; últimamente llegaban cada vez más. Después de que un Comité de Damas formado por iniciativa de Emily Hobhouse inspeccionase los campos de concentración, todo el mundo tenía claro que se necesitaba introducir mejoras. Si bien las señoras eran prudentes a la hora de criticar, las noticias sobre las condiciones de los campos llegaban a Inglaterra y las colonias, y los informes de las enfermeras y maestras que la organización de la señorita Hobhouse había enviado hacían el resto.

—¿Habéis repartido bien la mercancía? —preguntó Kevin, sonriendo complacido.

El reparto de las donaciones era un tema recurrente. Mientras que las enfermeras y Roberta querían repartirlo todo en partes iguales, las mujeres bóers no veían con buenos ojos que los niños negros recibieran juguetes y material escolar. Por los escasos medicamentos había disputas en toda regla desde que algunas internas blancas aprendieran las bases de la asistencia a los enfermos. La propuesta de Daisy de pagarles con raciones adicionales por sus servicios en el hospital tuvo un éxito sorprendente. Para alimentar a sus hijos, las mujeres superaron sus prejuicios y enseguida demostraron su competencia y capacidad de comprensión. Las mujeres bóers no eran nada tontas, solo escandalosamente incultas. Sabían cumplir con las labores de un ama de casa, pero fallaban en la lectura y escritura. Los niños de las granjas alejadas no iban a la escuela y era el padre quien debía darles clases. Algunos se tomaban esta tarea en serio, como el padre de Doortje y, sobre todo, la familia de Cornelis, pero no consideraban importante la enseñanza. Además, cualquier material de lectura que no fuese la Biblia se consideraba pecaminoso. La Iglesia de los **voortrekker** prefería que sus miembros fuesen simples y estuviesen rendidos a la voluntad divina. Las mentes despiertas y críticas como Cornelis quedaban marginadas.

Roberta se encogió de hombros.

—La comida se ha repartido correctamente y los donativos en especies... nuestras señoras blancas no se han rasgado las vestiduras por ellos, pues consistían mayormente en libros. Ya veremos si siguen ayudándome en la escuela. Aquí nadie lee, salvo Doortje van Stout. Y al parecer no quiere que nadie la vea leyendo, recientemente la he visto haciéndolo junto al río, a escondidas.

Para sorpresa general, Doortje había sido una de las primeras mujeres que se habían registrado para ayudar en el hospital. Al principio, Roberta había creído que buscaba la proximidad con Kevin, pero, de hecho, la bóer más bien intentaba no cruzarse en el camino del médico. Jenny consideraba que simplemente quería ocupar su tiempo, pues la pérdida de toda su familia tenía que resultarle muy dolorosa. Era probable que algo así solo pudiese superarse con la entrega a una actividad que desviara los pensamientos a otros asuntos.

Daisy, por el contrario, hizo una observación que se prestaba a sacar otras conclusiones.

—Lo único que quiere es la ración adicional —opinó—. Estos últimos mediodías la he observado y come como una famélica. Las demás siempre ceden una parte a la familia, la mayoría solo a sus hijos. Pero la señorita Van Stout no tiene a nadie.

—También ha engordado un poco —constató Jenny. La enfermera había pasado mucho tiempo con sus aprendizas negras, así que el cambio le resultaba patente—. Tiene un aspecto sorprendentemente bueno pese a las circunstancias.

En efecto, Doortje parecía recuperarse de sus penas. Kevin apenas conseguía apartar la vista cuando ella andaba por el hospital, ahora de nuevo con ropa aseada y la capota almidonada. La lavandería del hospital estaba bien abastecida de jabón y almidón, también ahí se apreciaban las mejoras introducidas gracias al Comité de Damas.

Kevin no comentaba lo que las enfermeras decían sobre la joven bóer. Nunca hablaba con ellas de Doortje van Stout, aunque Daisy siempre intentaba sonsacarle información sobre la temporada que había pasado en Wepener. Con Cornelis tuvo algo más de éxito. En muy poco tiempo había conquistado al chico, aunque Roberta consideraba que el cultivado y tranquilo Cornelis encajaba mejor con Jenny. Sin embargo, este contemplaba con malos ojos la actividad de la joven en el campo de los negros y nunca habría buscado su proximidad.

A Kevin se le ocurrió una idea.

—A lo mejor la señorita Van Stout podría colaborar más con la escuela —propuso a Roberta—. Seguro que sabrá mejor que nosotros cómo dirigirse a mujeres y niños bóers.

Roberta siguió su consejo a regañadientes. No quería tener demasiada relación con Doortje, y no solo por celos. La seguridad de la bóer, su aparente falta de sentimientos y terquedad la asustaban. Podía entender muy bien que Nandé la temiera y que se le dirigiese todavía respetuosamente con el apelativo de *baas*. Doortje también trataba con sequedad a Daisy y Roberta y de vez en cuando era descortés. Desde luego, Roberta encontraba más simpática a la negra Nandé que a la beldad bóer.

Pero respecto a la escuela, Doortje aceptó prestarle su ayuda.

—Enseñe a las niñas algo útil si quiere que las madres las envíen —dijo. Hasta el momento apenas asistían niños bóers a las clases al aire libre de Roberta. Y cuando asistían, eran sobre todo niños pequeños que de vez en cuando se mostraban rebeldes.

—¿Qué puede ser más útil que leer y escribir? —repuso Roberta perpleja.

Doortje sonrió burlona.

—Coser, hilar y tejer —dijo—. Siempre que haya algo que coser, hilar y tejer...

Roberta contuvo una réplica cortante y se limitó a seguir el consejo. Ella misma no sabía hilar, y el carpintero habría tenido que hacer unos bastidores. Pero sí dominaba el arte de coser, ya que su madre había trabajado por un breve período en Lady's Goldmine y había aprendido algo. Siempre había confeccionado ella misma los vestidos de niña de Roberta y animado a su hija a arreglar o modificar sus prendas en caso necesario. Así pues, la joven maestra llevó a la escuela un par de muñecas encontradas entre los donativos y descosió un viejo vestido. Con ese material, las niñas tenían que cortar vestiditos para las muñecas, lo cual realizaban de buen grado. La comida escolar hizo el resto y al final las palabras «coser», «muñeca» y «vestido» aparecieron escritas en inglés en la pizarra y los niños aprendieron a pronunciarlas.

En adelante, Roberta se ganó rápidamente el corazón de sus jóvenes alumnas. Los chicos se mantuvieron algo más distantes, pero también ellos fueron prendándose lentamente de la maestra. El comportamiento cordial de la joven y su talento para enseñar a los niños jugando difería totalmente de la rígida educación a que estaban habituados los pequeños. Roberta les contaba historias divertidas o románticas protagonizadas por princesas o aventureros, nada de guerreros zulúes degollados ni de ríos teñidos con la sangre de los vencidos. Desde que daba clases a los niños de

vez en cuando se oía en el campo alguna risa. Incluso descendió el índice de mortalidad, algo de lo que no solo era responsable una mejor alimentación gracias a las comidas escolares. Roberta enseguida se daba cuenta de cuándo uno de sus alumnos enfermaba y lo llevaba al hospital. No todas las madres lo veían con buenos ojos, razón por la que perdió un alumno, pero al menos el niño no perdió la vida.

El ambiente se relajó en las semanas siguientes, tanto en el campo de los blancos como en el de los negros. Jenny se reveló como un ángel justiciero para los negros. Dirigía el hospital, llevaba la escuela cuando Roberta no podía trasladarse y, gracias a ella, se impidió que criminales y proxenetas siguieran actuando. Eso ponía en peligro su vida. Después de que la amenazaran varias veces, tuvo que abandonar la idea de vivir en Karenstad II y cada tarde dos soldados la acompañaban de vuelta al campo de los blancos. Por las mañanas regresaba con Roberta a lomos de los ponis que los británicos habían requisado a los bóers. Cuando Jenny pidió expresamente a Vincent que le diera clases de equitación, Roberta no pudo seguir resistiéndose.

—¡Es imposible que no le guste ningún caballo, señorita Fence! —señaló Vincent—. ¿Acaso no lleva siempre consigo uno de trapo?

El veterinario se sorprendió cuando al instante Roberta se ruborizó.

—Bueno... hummm... es un amuleto... —dijo—. Un... un regalo.

Vincent se preguntó por qué le resultaba tan embarazoso, pero no insistió y prefirió presentarle una pequeña y dulce yegua blanca.

El destacamento bóer al que pertenecía el poni había sido abatido unos días antes. La estrategia de los británicos iba dando lentamente buenos resultados. Por muy obstinados que fuesen los bóers, estar siempre huyendo los desanimaba tanto como saber que sus mujeres y niños vivían en cautiverio. De vez en cuando también escaseaban las armas y municiones. Los británicos habían enviado tropas que ahora batían el veld en patrullas y muchas vías de abastecimiento habían quedado neutralizadas. Nueva Zelanda también había mandado más contingentes y los Rough Riders daban prueba de su resistencia y valor. Cada vez se sometían más destacamentos bóers o estos se rendían. El Alto Mando habló de disolver pronto los campos de concentración. Los hombres volverían a sus granjas y tendrían que empezar a cultivar, a fin de cuentas no dejarían solas a sus mujeres con los niños en unos terrenos quemados y devastados.

Roberta se alegró de cambiar de tema y acarició vacilante al caballito. Sonrió cuando este, también titubeante, frotó sus blandos ollares contra la mano.

—En realidad no debería temer a los caballos, incluso llevo el nombre de uno —contó, y luego habló a Vincent y Jenny de la maravillosa yegua Lucille, que le había proporcionado a su padre una elevada suma en las apuestas y deparado a su madre una mudanza de la costa Oeste a Woolston y un parto durante el viaje: Lucille era el segundo nombre propio de Roberta.

—Vaya, entonces ponle a esta blanquita el nombre de Lucie —sugirió Jenny.

Esta dejó sin temor alguno que le mostraran cómo ensillar su caballo castrado y lo bautizó George, por un tío suyo al que, por lo visto, se le parecía.

Vincent inició a Roberta en el manejo de la silla y los arreos y recibió contento cada una de las sonrisas que ella le dirigió. Y también Roberta se permitió por fin disfrutar de la compañía de Vincent y del paseo a caballo. Lucie tenía un aire amable y no era nada asustadiza. Cuando regresaron del primer paseo por el veld, durante el cual habían visto cebras y ñus, Roberta resplandecía. Y se diría que Vincent era el hombre más dichoso del mundo cuando ella le dio las

gracias.

Pero también Kevin progresó en sus intentos de aproximación a Doortje van Stout. El comentario de Roberta acerca de que se interesaba por los libros le había hecho reflexionar. Claro, también Cornelis le había contado que antes leía a escondidas. Así pues, Kevin dejaba siempre algún libro por el hospital, observaba luego a Doortje y la veía hojeándolo con curiosidad. El médico le prestaba los libros e intentaba comentarlos luego con ella. Y cuando empezó la estación de las lluvias y a ella le resultó imposible retirarse a leer junto al río, él le cedió su despacho.

—Solo está Nandé, señorita Doortje. Y ella no la molestará ni se lo contará a nadie.

Doortje se negó al principio, pero luego la propuesta de escapar del barro y el calor húmedo del campo aunque fuese por un rato le resultó demasiado seductora. En el ínterin se habían instalado nuevas familias en la tienda de Doortje, y a ella le dolía ver a extraños tendidos en los mismos jergones sobre los que antes habían dormido sus hermanos y muerto su madre. La joven bóer también encontraba insoportable el jaleo que había en la tienda, las dos recién llegadas tenían voces fuertes y agudas y constantemente daban órdenes a sus hijos. Se reprendió a sí misma por su susceptibilidad, pero últimamente cualquier nimiedad la exasperaba.

La muchacha bóer ansiaba tranquilidad y sufría continuamente de un hambre voraz a pesar de que se comía las raciones de sobra en lugar de compartirlas con los niños de la tienda, como sin duda habría hecho su madre. Tampoco cumplía siempre con sus obligaciones, se sentía demasiado cansada para cantar y rezar con sus compañeras de infortunio. Por suerte, desde que el índice de mortalidad había descendido en el campo se celebraban pocos sepelios. La amabilidad de Kevin, sus intentos de aproximación, a veces la sacaban de quicio, para al día siguiente conmoverla de una forma extraña. Doortje estaba segura de que algo en ella no iba bien. A lo mejor volvía a enmendarse si se libraba por un par de horas de la vida en el campo. Las novelas de Kevin la trasladaban además a un mundo distinto. Devoró *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen, y *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë, pero más tarde se reprendió por haber disfrutado con esas historias de amor tan superficiales y, encima, después de la muerte de su familia. ¿Qué eran las penas de amor de una institutriz inglesa frente a los sufrimientos de los *voortrekker*? A continuación se dedicó a los libros de divulgación. Kevin sonrió cuando una tarde la encontró en su despacho con la cabeza rubia inclinada sobre un volumen ilustrado acerca de Nueva Zelanda.

—¿Le gusta mi país, señorita Doortje? —preguntó con dulzura—. La fauna no es tan variada como aquí, sobre todo no tan impactante, pero a cambio los animales son más pacíficos.

Kevin colocó una butaca frente a la chimenea vacía y junto al sillón favorito de Doortje, al tiempo que se preguntaba para qué se necesitaba una chimenea en ese clima. La joven bóer se volvió hacia él. Le costaba odiarlo, pero encontrar atractivo a un médico inglés o neozelandés era todavía peor que deleitarse con estúpidas novelas inglesas.

—¿Es por eso que buscan la guerra en nuestro país? —preguntó con malicia—. ¿Porque el suyo es demasiado amable y pacífico?

Kevin tomó asiento.

—No exactamente, pero yo hui —respondió—. De una mujer, para ser más precisos, antes de que usted crea que fue por un crimen... Y en lo que toca a la guerra, soy médico. Vine aquí para

ayudar. Por el momento no he matado a nadie, y así debe ser en el futuro.

Doortje arqueó las cejas.

—¿Y a mis hermanos y mi madre? ¿A todos los muertos de aquí? ¡Da igual lo que usted diga, de todos ellos es responsable!

Kevin se encogió de hombros.

—De ellos es responsable el Alto Mando del ejército británico —la corrigió—. Y la obcecación de sus destacamentos, que prolongan una guerra ya perdida. A pesar de todo, no se les debería haber internado ni quemado sus granjas, en eso comparto su opinión. Pero yo solo no puedo cambiarlo. Igual que los bóers sensatos como Cornelis no pueden hacer entrar en razón a esos destacamentos. ¿No podríamos al menos usted y yo hacer las paces, Doortje? Le consta que yo no le deseo ningún mal.

Y le tendió la mano. Doortje no la estrechó, pero se ruborizó. ¿Era ese un signo de su agitación interior?

—¡No puedo olvidarlo todo! —respondió con dureza—. Ni perdonar. Es nuestra tierra, usted no debería estar aquí, no...

Kevin se frotó la frente.

—Por favor, Doortje, no repitamos esta desagradable discusión acerca de quién debe o no debe estar en qué lugar. Hablemos simplemente de nosotros... ¡También usted debe percibirlo! Yo no soy su enemigo.

Doortje resopló.

—¿Está usted pensando en seducir ahora a la segunda de nuestra casa? ¿Ya no le basta con Nandé? Pero, claro, la piel blanca es más atractiva, ¿no es así, doctor?

Kevin movió la cabeza, cada vez más enojado. Ya le había aclarado el asunto con Nandé muchas veces.

—Doortje, no quiero seducir a nadie —contestó—. No lo necesito, ¡no tengo que forzar ni convencer a una mujer para que se vaya a la cama conmigo! ¡Encuentro voluntarias suficientes! —Se mordió el labio cuando Doortje se lo quedó mirando horrorizada. En su entorno no se hablaba tan abiertamente sobre las relaciones físicas. A eso se añadía la espantosa experiencia que ella había vivido—. Disculpe —dijo a media voz—. No quería... no quería hablar groseramente. Pero usted... ¡usted no debería hacerme enfadar así! Me duele que no me crea. Me hace daño que usted...

—¿Que no me muestre encantada con sus amoríos con mi criada? ¿Que me duela que un hombre blanco fornicque con una cafre?

Kevin suspiró. Pero ya no dejaría que ella le provocase. Y menos aún cuando no creía que expresara su horror hacia las relaciones sexuales con sirvientas, sino que en realidad tenía celos. Doortje no era tonta, tenía que dar por buenas sus explicaciones sobre la presencia de Nandé aquella noche.

Al médico se le ocurrió hacerla enfadar un poco.

—Con su permiso, Doortje, le he explicado en diversas ocasiones lo que había entre Nandé y yo, o, mejor dicho, lo que no había —dijo relajado—. Me tomo esta molestia porque deseo que sepa y crea la verdad. Por el contrario, si yo amara a Nandé, no necesitaría aclarar nada. No sería un asunto de su incumbencia. —Tomó nota satisfecho de que ella lo miraba desconcertada—. Soy una persona independiente y Nandé también, si quisiéramos casarnos no necesitaríamos mantenerlo en secreto.

—¿Casarse? —La voz de Doortje adquirió un tono estridente.

Kevin asintió.

—¿Por qué no? Si realmente amara a Nandé, le propondría casarse conmigo.

—¡Pero si es negra! —objetó Doortje.

El doctor rio.

—¿Y qué? A mí me daría igual que mi esposa fuera negra o blanca. Lo principal es que sea inteligente y elocuente, apasionada y un poco arisca. —Se acercó al borde de la butaca, aproximándose así a la bóer—. Nandé es una criatura afectuosa, Doortje. Y también ha sufrido, hágame caso, a ella no le ha ido mejor que a usted. También han abusado de ella, también su familia ha muerto. Si un camisón de puntillas la consuela y si la hace feliz dormir en mi cocina e imaginarse que ella misma fuese la **baas**... ¿qué hay de malo en ello? Yo, en cualquier caso, lo ignoraba. Se lo digo por última vez, y puede usted creerme o no creerme. Pero ya que hablamos de cómo desearía que fuese mi esposa: me gustaría que confiara en mí.

Kevin la miró a los ojos y contempló fascinado todo lo que reflejaba su rostro, oscilando entre el enfado y el deseo de exteriorizar sus sentimientos. Al final él creyó ver que se ablandaba. ¿Osaría besarla? ¿O al menos acariciar su mano?

—¿Kevin?

Sonaron unos golpecitos en la puerta de entrada y Kevin y Doortje oyeron la voz alterada de Vincent Taylor. Doortje se estremeció como si la hubiesen atrapado haciendo algo prohibido. ¿O solo se asustó al oír una voz de hombre en la oscuridad?

—Tranquila, Doortje, es solo el doctor Taylor. —Los dedos de Kevin recorrieron apaciguadores la mano de ella, que se había contraído alrededor de los brazos del sillón—. Escuche, Nandé está abriendo.

Vincent no esperó a que Nandé lo acompañara al interior, sino que se desprendió rápidamente del abrigo encerado que le protegía de la lluvia tropical.

—¡Kevin, buenas noticias! ¡Oh, señorita Doortje! Buenas noches. Me alegra encontrarla aquí, así podrá enterarse usted también. ¡Kitchener ha ordenado desmantelar los campos! ¡Y esta vez también Karenstad! El área que rodea Wepener está liberada, los hombres vuelven a sus granjas y las mujeres y niños van a ser repatriados. Pretoria envía una unidad de caballería para organizar su regreso y acompañarlos.

Doortje, que al principio había sonreído, se puso rígida.

—¿Como cuando nos acompañaron aquí? —preguntó hostil.

Kevin movió la cabeza.

—Claro que no, Doortje, no permitiré que se realicen más abusos. Presentaré una solicitud para acompañarla. No va a marcharse de un día para otro. Y si no me autorizan, la acompañaré igualmente.

Le sonrió animoso. Una sonrisa que se desvaneció al pensar adónde iba a acompañarla. La granja de Wepener ya no existía. La familia Van Stout tampoco. ¿Qué harían Doortje y Nandé solas en unas pocas hectáreas de terreno quemado?

—Ya... ya hablaremos de ello —dijo abatido.

Doortje, a quien le habían pasado los mismos pensamientos por la mente, calló.

—Me voy ahora —anunció después de que Vincent les comunicara un par de particularidades más sobre el nuevo rumbo que estaban tomando las cosas—. Le doy las gracias, doctor Taylor.

Doctor Drury... ha sido muy amable por su parte.

Kevin se levantó y cubrió a la joven con el abrigo de Vincent antes de que esta saliera a la lluvia.

—Si no acabará empapada antes de llegar a su tienda, Doortje...

La joven no dijo nada, pero aceptó el abrigo. Kevin se volvió hacia Vincent disculpándose cuando ella se hubo ido.

—Te presto otro para la vuelta. ¿De acuerdo?

Vincent sonrió irónico y se dirigió al armario de pared en que Kevin guardaba el whisky.

—No corre prisa, para cuando me vaya seguro que habrá dejado de llover. ¿Doortje? ¿Nada de «señorita Doortje» o «señorita Van Stout»? ¿Se me ha pasado algo?

Kevin se encogió de hombros y cogió complacido un vaso de whisky.

—Digamos que estoy progresando —respondió—. O progresaba. Porque ahora... ahora todo será distinto.

Vincent bebió un trago y se puso igual de sombrío.

—Ya —dijo—. Dentro de poco volveremos a casa. Y las enfermeras...

Kevin le guiñó un ojo.

—Te refieres a la maestra —lo corrigió.

Vincent suspiró.

—Sí, me temo que se me nota. En cualquier caso, no creo que la señorita Fence regrese en un transporte militar. Y menos aún cuando seguirán necesitándose maestros. Los niños tienen que aprender inglés. La señorita Fence puede ir a parar a cualquier lugar y en cuanto deje de verme me olvidará.

Kevin vació su vaso de un trago.

—Doortje no me olvidará, pero volverá a odiarme. A saber qué es peor.



Atamarie no le contó a Richard el percance del baile e intentó no tomarse a mal que la hubiese dejado sola la noche después de la fiesta. Pero ahora estaba decidida a disuadirlo de la absurda idea de administrar una granja al tiempo que trabajaba en sus inventos. ¡Y ella no lo apoyaría más en ese extravío desempeñando la función de ama de casa!

Ya al día siguiente dejó la cocina tal como estaba y siguió a Richard al pajar. Por fortuna apareció Hamene, uno de los maoríes, para ayudarles y se encargó de dar de comer a los animales.

—¿Qué sucede con los campos, Atamarie? —preguntó el joven—. Hay que trabajarlos. La siembra nueva...

Ella se encogió de hombros.

—Eso tienes que discutirlo con Richard —respondió—. Pero creo que se pondrá contento si le liberas de esa tarea.

En efecto, Richard ya se afanaba con ímpetu en desmontar, probablemente por enésima vez, las piezas del motor y no mostró el menor interés en sembrar sus campos. Cuando Hamene le preguntó, reaccionó absorto e impaciente.

—Tú ponte a la labor —indicó Atamarie al voluntarioso ayudante que, tras la respuesta de Richard, casi estaba dolido. Ella tenía que contrarrestar esa reacción, no quería ni pensar en lo que sucedería si el maorí no regresaba y todo volvía a depender de Richard—. Ya sabes cuáles son nuestros campos. Los labras y siembras cualquier cosa.

La verdad, Atamarie tenía tan poco interés como Richard. Al año siguiente, cuando los cereales o lo que fuese que Hamene plantara estuviesen maduros, ella esperaba llevar mucho tiempo viviendo con Richard en Christchurch.

Y por fin todos sus esfuerzos se vieron recompensados. Richard le dio la bienvenida en su pajar de inventor y empezó a hablarle animadamente, y no se cansó de mostrárselo todo y de discutir con ella los resultados que había alcanzado. El joven no se opuso a que ella desarmase el motor dos veces más y le ayudase a construir el aparato volador. Atamarie perfeccionó el riostramiento de la lona de las alas, mientras Richard intentaba introducir otras mejoras en el motor. Discutieron animadamente sobre la velocidad de despegue y la fuerza de resistencia, pero Richard anteponía las experiencias prácticas a las teorías y prefería probar a ponerse a hacer largos cálculos. En general no se estaba quieto. A veces Atamarie se ponía nerviosa de verlo ir agitadamente de un lado a otro del taller y llevando un objeto de aquí para allá que acababa de traer de allá para aquí. A veces tenía la sensación de que todo iba demasiado deprisa, de que algunas decisiones se tomaban prematuramente y no podían enmendarse después porque ya se había pedido el material. La joven también opinaba que muchas de las construcciones baratas que Richard había pensado como solución a los problemas conllevaban cierto riesgo y eran hasta peligrosas de verdad. Durante la excursión al Taranaki había considerado que Richard era un hombre sensato y reflexivo, pero ahora le parecía más bien un obsesivo.

—De este modo nunca llegaremos a nada, Richard —se atrevió a sincerarse después de unos días—. Si realmente quieres que el aparato vuele, tienes que invertir algo de dinero. Necesitas un

motor de verdad, no esta cosa hecha con piezas remendadas y demasiado pesada. Deberías comprar un motor de automóvil. Y una lona de mejor calidad... Ahora tienes el dinero de la cosecha.

Él resopló y ella se mordió el labio. Su argumento no había sido acertado; por experiencia sabía que, si bien Richard siempre escuchaba sus propuestas, no encajaba bien las críticas directas a sus experimentos.

—¡De dinero de la cosecha, nada! —protestó irritado—. Si es que tengo que comprar un revolvedor de heno, ya has oído a mi padre. Y una parte de las otras máquinas todavía está sin pagar. Mis padres me han regalado la granja, pero no todos estos cacharros. Me dieron un adelanto. Necesito el dinero que gano para estas cosas.

Parecía encolerizado y volvió ponerse en pie para pasearse inquieto por el recinto. Atamarie reflexionó. La granja proporcionaba dinero suficiente para las compras necesarias, bastaría para mantener a una familia. Si alguien realmente quería trabajar de granjero, sería feliz con ella. Pero ¿daría para financiar también la producción de artefactos voladores? Había oído decir que otros investigadores americanos recibían mucho dinero para eso. Los apoyaban la industria y el Estado, o procedían de familias ricas y podían permitirse pasatiempos caros. Richard, por el contrario, solo podía renunciar o jugárselo todo a una carta. Lo que él necesitaba era algo más que dinero. Por muy genial que fuese, necesitaba una dirección, al menos un intercambio de ideas con personas versadas en el tema. No solo con principiantes como Atamarie, sino a ser posible con autoridades en el terreno técnico, como el profesor Dobbins.

Atamarie hizo acopio de fuerzas.

—¡Vende la granja! —declaró con resolución—. Coge el dinero y construye un aparato volador que... ¡que vuele de verdad! Construye una pista de despegue decente. No puede ser que aterrices siempre en el seto, además es peligroso. Lo mejor es que nos vayamos a Christchurch y busques un terreno adecuado, algo apartado de la ciudad. Podrás seguir estudiando y trabajando al mismo tiempo en tus aparatos.

Richard rio y jugueteó con el revoltijo de materiales y piezas del motor improvisado.

—¿Y de qué viviré? —preguntó.

Atamarie levantó las manos implorante.

—Bueno, al principio tendrías el dinero de la granja —contestó—. Y luego... Richard, si eres el primero que haces volar un avión propulsado por un motor, entonces... ¡entonces habrás triunfado! Se te abrirán todas las puertas, te apoyarán todos.

El chico la miró como si no estuviera bien de la cabeza.

—¡Mi padre me mataría! —dijo.

La joven se frotó la frente.

—Tu padre lo desaprobaría —señaló—. Tal como, pase lo que pase, desaprueba todo lo que haces. Así podrás darle motivos sólidos para que se enfade. Pero esto de ahora no es ni carne ni pescado. No eres ni un buen granjero ni puedes ser un buen constructor de aviones, simplemente porque te faltan los medios. ¡Decídetes, Richard! ¡Haz lo que de verdad quieres hacer!

Él movió la cabeza y por fin, al menos por un breve momento, pareció tranquilizarse.

—No puedo —reconoció con tristeza—. No es solo mi padre, son también mi madre y mis hermanos... Si me separase de todos ellos, entonces... entonces estaría completamente solo.

Esas palabras se clavaron como un puñal en el corazón de Atamarie. ¿Tenía miedo de estar solo? ¿Y ella, qué? ¿Acaso ella no le había dejado claro que estaba a su lado, que quería estar a su

lado?

Atamarie quiso chillar, reprocharle que no la amaba. Pero la expresión desesperada del joven la detuvo. A lo mejor no era eso. A lo mejor él creía que ella no lo amaba... o solo cuando «funcionaba», como por lo visto ocurría con su familia. ¿Cómo podía creer que no era nada para ella? Emocionada, dejó caer el trapo con el que acababa de limpiar una bujía. Richard quería intentar a la mañana siguiente encender el motor de nuevo. Pero ahora...

Atamarie sintió de repente la necesidad de estar sola. Puso la mano en el hombro de Richard antes de salir.

—No estarías solo —dijo con dulzura—. Pero aunque tuvieras que estarlo... ¿no valdría la pena? Richard, si no dejas de vacilar, nunca llegarás a volar.

La muchacha abandonó el pajar y se dirigió a la llanura. Sin rumbo al principio, al final guio sus pasos hacia el poblado maorí. Prefería estar ahí con sus amigos antes que visitar a Joan Peterson o encontrarse con el padre de Richard. Aunque la cosecha había terminado, los granjeros volvían a cultivar sus tierras y Digory Pearse estaría en sus campos, contiguos a los de Richard. En cambio, el camino que la llevaba hacia los maoríes solo atravesaba pastizales naturales, las colinas que rodeaban Temuka se convertían ahí en la típica planicie de las Llanuras. Atamarie encontró tranquilizadora la vista de la vasta extensión verde tras la cual se alzaban los Alpes meridionales que parecían al alcance de la mano. Al mismo tiempo, se preguntó por vez primera si ella quería vivir en ese entorno, pues era obvio que así acabaría si deseaba permanecer junto a Richard.

Hasta entonces había supuesto que la vida como granjero del joven inventor tan solo era una etapa. A fin de cuentas era un ingeniero con talento, su lugar estaba en una ciudad, en una universidad. Y con Atamarie sucedía otro tanto. Viviendo en una granja le ocurría lo mismo que viviendo en Parihaka: disfrutaba por una temporada corta, pero ella no quería envejecer entre gallineros y habitaciones infantiles, ni entre telares y **haka**. Ella quería construir máquinas, edificar casas o medir terrenos. Quería un taller e intercambiar ideas con sus similares, terminar la carrera y participar en todas las emocionantes novedades que el siglo XX tenía que ofrecerle, desde el automóvil hasta el avión. No solo quería estar con Richard, ¡quería volar con él!

Cuando llegó por fin al **marae** de la tribu local de los ngai tahu, ya se había serenado un poco. Bromeó con los ancianos que vigilaban a los niños mientras sus hijos e hijas labraban los campos y luego tropezó con un par de muchachas de su edad que estaban desenterrando **kumara** de un huerto. Atamarie las ayudó de buen grado a recoger los sabrosos boniatos y las tres conversaron amigablemente. Las chicas querían saberlo todo sobre el **pakeha** con quien vivía Atamarie. Y como siempre sucedía en las tribus, se hablaba con franqueza, nadie se andaba con rodeos.

—¿No hay que casarse con un **pakeha** cuando se duerme con él? —preguntó una de ellas, después de que se hubiesen burlado de Atamarie porque su hombre era guapo, con sus suaves rizos y labios carnosos, pero seguro que demasiado torpe para blandir una lanza o bailar un **haka**—. Tiene el cuerpo de un guerrero, pero su espíritu baila como una **manu aute** con las canciones de los dioses...

Atamarie se encogió de hombros.

—Todavía no quiero casarme —dijo—. Y Richard tampoco. Pero a mí... a mí me gustaría

marcharme con él de aquí.

Las chicas asintieron.

—Los hombre dicen que es **tohunga** —indicó la mayor con expresión de saber de qué hablaba—. Tiene que emigrar para aprender. Pero no sé si lo hará. Aquí los **pakeha** no emigran.

Atamarie suspiró. No se podría haber expresado mejor. Richard tenía que irse. En Temuka se cultivaba la tierra, no se conquistaba el cielo.

De regreso a la granja empezó a urdir un plan. El primer encendido del motor estaba previsto para la mañana siguiente. Atamarie había insistido en probarlo primero en el taller y montarlo luego en el avión. Pero si todo salía bien, nada evitaría realizar una prueba de vuelo. A lo mejor lo conseguían en sus vacaciones, incluso si tenía que abandonar sus planes de ir a ver a sus abuelos en Lawrence. Si los resultados eran buenos, aunque fueran pequeños, si se pudieran enseñar a Dobbins los planos para un avión ya terminado, entonces el profesor también apostaría por Richard. Seguro que había un puesto en la universidad, quizás una beca de investigación.

Y se abandonó a unos sueños en los que en Christchurch apoyaban a Richard y ambos se despedían definitivamente de la granja... Hasta que el silencio del campo que la rodeaba se vio interrumpido por un estrépito. A este siguió ruido de cascos de caballos y Atamarie apenas tuvo tiempo de arrojararse a un lado cuando un carro arrastrado por mulos pasó por su lado. Los animales tiraban de un arado del que se agarraba un Digory Pearse soltando improperios e intentando detener a sus animales desbocados. Pero ¿qué era lo que había enloquecido así a los mulos, por lo general tan tranquilos?

Atamarie se temió lo peor. Echó a correr y descubrió lo que había desatado el pánico en los animales al llegar a la siguiente curva del camino. Sobre una ligera elevación, por encima de la granja de Richard, roncaba el motor, y para sorpresa de la muchacha, Richard ya lo había instalado en el avión. Sin embargo, las alas todavía no estaban reparadas del todo ni se habían introducido las novedades que Atamarie había esperado. Pero claro, Richard no había tenido tiempo de hacerlo después de decidir irreflexivamente realizar una nueva prueba de vuelo. Debía de haber hecho un colosal esfuerzo para colocar el motor y arrastrar el avión colina arriba en tan pocas horas.

Atamarie se preguntó para qué hacía todo eso. ¿Quería demostrarle alguna cosa a ella? ¿O a sí mismo o a sus padres? En cualquier caso, estaba loco si quería despegar una vez más con el mismo artefacto con el que había fracasado un par de semanas antes. ¡Y, naturalmente, había vuelto a enganchar los caballos! Atamarie gritó y gesticuló para impedir que arrancara, pero los caballos, a quienes el aparato ya había inquietado cuando habían tirado de él colina arriba, se asustaron cuando el motor se puso a gemir. Piafaban en lugar de estarse quietos mientras Richard subía a su aparato y, de nuevo, presas del miedo, se precipitaron pendiente abajo cuando Richard aflojó las riendas. Tras ellos traqueteaba el aparato sobre la accidentada pista, lo que, una vez más, influía en la mezcla de aire y carburante, tal como Atamarie ya sabía a esas alturas. No era algo beneficioso para la potencia del motor. Las pruebas de vuelo con máquinas de ese tipo debían realizarse en pistas regulares, al menos mientras la técnica del carburador no estuviese perfeccionada.

El ensayo de Richard no podía salir bien, pero, aun así, Atamarie observó expectante cómo el artefacto aceleraba. En ese momento dio una especie de brinco, pero ella lo achacó más a una

ondulación del terreno que al despeque. Los caballos, de todos modos, hicieron el resto: echaron a correr tan desorientados como la vez anterior y volvieron a arrastrar el aparato hacia el seto antes de que se soltaran y pudiesen escapar. El voluminoso seto detuvo bruscamente en esta ocasión el veloz avance del aparato de tres ruedas, de modo que Richard colisionó con mayor fuerza. El ruido del motor cesó cuando el artefacto se detuvo. A Atamarie, el silencio repentino casi le pareció irreal.

Esperaba que algo se moviera bajo las alas, pero no sucedió nada. Presa del miedo, corrió hacia el lugar del accidente y sus temores se confirmaron: Richard estaba inmóvil en su asiento. En la frente tenía una herida sangrante.

—Richard...

El corazón de Atamarie se desbocó. Su intención había sido reprimirlo, pero ahora temía por su vida. A toda prisa, desabrochó los cinturones que lo mantenían en su asiento, pero seguía sin moverse. Tiró de él con cuidado para sacarlo, pero no pudo evitar que se le resbalara al suelo.

—¡No te mueras, Richard! ¡Por favor, no te mueras!

Atamarie lloraba, cuando desesperada y sin saber qué hacer le desabrochó la camisa. El corazón parecía latir, pero necesitaba un médico, tenía que llevarlo al hospital...

—¿Qué tiene? ¿Es grave? —Atamarie se estremeció de alivio al oír a su espalda la voz de Peterson—. Dios mío, muchacha, ¿está muerto? —Preocupado, el granjero se inclinó sobre su vecino; parecía tener más experiencia que la joven en reconocer heridas—. Bueno, no por el momento. Tiene una cabeza muy dura... ¡Vamos, despierta, Dick!

Zarandéó al herido, lo que sobresaltó de nuevo a la muchacha. Creía que no había que mover a quien ha sufrido un golpe en la cabeza. Pero Richard seguía sin reaccionar. Atamarie lo sostuvo e insistió en tenderlo sobre el suelo.

—Necesita que lo vea un médico. ¿Hay algún hospital por aquí?

Miró esperanzada alrededor, como si supusiese que había un hospital en el pajar más cercano. Sin embargo, ya llevaba tiempo suficiente viviendo allí como para saber que el médico más próximo se hallaba a kilómetros de distancia.

—En Temuka —respondió Peterson—. Espere, voy a intentar acercar el carro, si es que los caballos se atreven. Supongo que ya se van acostumbrando a los aparatos voladores del Raro. Tres intentos más y reaccionarán la mar de tranquilos...

Atamarie sostuvo a Richard entre los brazos mientras Peterson iba a buscar el vehículo. Era el carro con adrales en que la había traído cuando ella llegó a Temuka. El granjero depositó al herido sobre un par de sacos viejos que había en la plataforma. La chica intentó acomodar sobre ellos el cuerpo del joven, pero Peterson no lo consideró necesario. Al final se quedó con Richard, sujetándolo mientras el carro traqueteaba por el terreno abrupto antes de llegar a un camino algo regular y luego a la carretera. Esto también le ahorró a Atamarie responder a los comentarios de Peterson acerca del nuevo intento de vuelo de Richard.

—No lo puede dejar, ya me temía yo que algo así iba a pasar cuando oí el motor. Nada de probar primero al ralenti. No, ahí donde está el Raro, ahí se vuela en el acto. ¡Y los caballos corriendo como llevados por el diablo monte abajo, madre mía! He venido enseguida. Dick ha tenido suerte de que me encontrara a tres campos de aquí... Pero también su padre tenía que andar por aquí cerca.

Atamarie podría haberlo confirmado, pero no la preocupaba Digory y su arado con los caballos desbocados, sino solo Richard, quien, por el momento, seguía sin dar señales de vida. La distancia

hasta Temuka parecía infinita, y más aún porque Peterson no iba demasiado deprisa. No parecía muy intranquilo por Richard y rio cuando Atamarie le suplicó que fuera más rápido.

—Que se nos rompa un eje no nos llevará más deprisa a la ciudad —respondió con calma—. Dick ya se despertará. Los locos tienen suerte, muchacha, es probable que nos sobreviva a todos.

Atamarie dio gracias a los dioses cuando por fin llegaron al pequeño hospital y dos enfermeros salieron en busca de Richard con una camilla. El médico arqueó las cejas cuando le contó jadeante lo sucedido.

—¿Volar? ¿Quiere decir que se ha despeñado?

Atamarie negó con un gesto.

—No, no directamente. Pero ¡haga algo, es posible que se haya fracturado el cráneo!

Acto seguido, el médico se llevó a Richard a una habitación para examinarlo y Atamarie tuvo que esperar.

—¿Es usted su esposa? —inquirió el médico cuando salió, viendo la angustia de Atamarie—. ¿O su hermana o algún familiar?

Peterson, quien probablemente había esperado con ella para luego chafardear, sacudió la cabeza.

—Qué va, es solo la chica maorí que vive con él en la granja.

Atamarie se lo quedó mirando atónita. Que ella era ¿qué? Sonaba como si fuera una chica fácil con la que Richard se divertía antes de empezar una relación seria.

—¿Una empleada? —preguntó el médico.

Peterson negó con la cabeza y sonrió irónico.

—Qué va —repitió, haciendo un ademán tan claramente obsceno que a Atamarie se le agolpó la sangre en el rostro.

—Soy... —empezó.

En ese momento se abrió la puerta y entró agitada la madre de Richard seguida de su marido, que parecía haberse lesionado. También su loca carrera con el arado había terminado en un seto o en otro obstáculo.

—¿Cómo está? ¿Cómo está Dick? Él... ¿no estará...?

Sarah Pearse estaba pálida y deshecha, mientras que Digory parecía más bien indignado, convencido de que toda familia tiene que cargar con su oveja negra.

—Solo puedo dar información a los miembros de la familia —señaló el médico, pero no le molestó que Atamarie se quedase ahí mientras informaba del estado de Richard a sus padres—. Ha sufrido una conmoción cerebral. Y tiene un brazo fracturado. Pero volverá en sí, no se preocupen. Y ahora, por favor, ¿pueden explicarme qué ha ocurrido? Esta joven se muestra algo confusa... ¿O es que no sabe el idioma? ¿Es maorí? No lo aparenta...

Deslizó la mirada por Atamarie, estudiándola casi con lascivia. La muchacha sintió que montaba en cólera. Otra vez la trataban como si no estuviera ahí presente, no mejor que a un mueble. Miró al médico.

—Soy una compañera del señor Pearce —aclaró—. Estudiante de Ingeniería en el Canterbury College de Christchurch. El accidente ocurrió al intentar despegar una máquina voladora, que es más pesada que el aire. Nosotros...

—No le haga caso, la chica está tan chiflada como mi hijo —la interrumpió Digory Pearse, y se volvió hacia su esposa—. Te lo dije, ¡no deberíamos haber permitido que se amancebaran! Pero no,

tú te emperraste en que era mejor que la gente dijera que era un putero antes que un loco. Y ahora... ¡lo uno y lo otro! Pronto no podremos ni dejarnos ver por aquí... ¡Pero ahora las cosas van a cambiar! En primer lugar, usted se largará, joven, de poco nos ha servido.

—¿Perdón? —repuso Atamarie, demasiado sorprendida para ofenderse.

Sarah Pearse volvió su rostro pálido y afligido. Su expresión no era de odio como la de su marido, sino de resignación.

—Pensé que usted lo evitaría —susurró a Atamarie—. Pensé... ¡Cielos, no me hubiese opuesto a que se casara con usted! Tanto si es usted maorí como si no, de todos modos no tiene el aspecto. Con que... solo con que se comportase como una persona normal. Pero mi marido tiene razón. Usted únicamente lo ha empeorado todo. Váyase, señorita Turei. ¡Y no vuelva!

Atamarie permitió que la echaran del hospital sin resistirse. Sabía que habría tenido que defenderse, pero le faltaban fuerzas y, de algún modo, también voluntad. Habría podido asumir que la gente de ese lugar la rechazara si no hubiese sido tan artera... Recordó su fingida cordialidad, y la sensación que había tenido desde el principio: solo la habían aceptado porque creían poder sacar partido de ella. Y los padres de Richard nunca podrían aceptar a su hijo como era. Pero esta certeza, que antes solo le había provocado piedad, ahora la enfurecía. También Richard la había decepcionado. Su absurdo intento de vuelo, destinado al fracaso, tenía como único objetivo mostrarle que las cosas también funcionaban sin ella. Que él no la necesitaba, que le impresionaba tan poco lo que ella opinase sobre su vida como sus sugerencias para mejorar el avión. Él no la amaba, era evidente que no la amaba...

Con los ojos anegados en lágrimas, Atamarie caminó por las calles. Le habría gustado subirse al primer tren, pero tenía que volver a la granja de Richard, pues todas sus cosas y su dinero estaban allí. Claro que habría podido pagar un suplemento por el billete después, pero no quería llegar a Dunedin con el traje de montar con que se había cuidado de los animales esa mañana, luego ayudado a Richard en el taller y después recogido boniatos con los maoríes. Así que puso rumbo a Temuka y se escondió en el linde del camino cuando pasó un carro. ¡No quería volver a encontrarse con Peterson! Todavía enrojecía al pensar en el gesto obsceno de aquel hombre.

Anocheció antes de llegar a la granja, donde primero encerró los caballos. Los animales se habían tranquilizado, habían vuelto y esperaban delante de la puerta del establo a su amo. No parecían muy hambrientos. Con ganas de vengarse, deseó que se hubiesen cebado comiendo en el huerto de Joan Peterson. Ella misma comenzaba a sentir hambre, y estaba cansada por la distancia que había recorrido a pie.

Echó un vistazo al artefacto volador que colgaba del seto como un pájaro desdichado. ¿Y si cogiera los planos que ella misma había dibujado? Pero luego se arrepintió. Richard tenía que resolver sus propios problemas, ella no iría a Dobbins para allanarle el camino. Con pesar, cuando ya hubo empaquetado sus cosas recorrió el taller con la mirada y se puso en camino con algo de pan y queso para el viaje de regreso a Timaru. Había sido muy feliz allí.

# LA BENDICIÓN DE LOS ESPÍRITUS

*África*  
*Karenstad*

*Nueva Zelanda*  
*Dunedin, Parihaka*  
*Christchurch, Temuka*

1902-1903



—De acuerdo, pero al menos no es un cazador de dotes.

La observación de Heather Coltrane sorprendió a Atamarie. Puesto que Roberta estaba en Sudáfrica, había pasado largo tiempo cavilando a quién confiarle su historia con Richard. ¡O hablaba con alguien o reventaba! Al final se había decidido por su tía Heather y la amiga de esta, Chloé. Seguro que ellas no eran unas ñoñas y al menos Heather había viajado a lugares lejanos. Seguro que no la criticaban y hasta puede que tuvieran una explicación de por qué Richard se comportaba de esa forma. Pero había contado con todas las reacciones posibles, salvo con que Heather juzgara al joven con indulgencia.

—Pero ¿por qué iba a serlo? Yo... —Atamarie iba a decir que con ella nadie iba a recibir una fortuna, pero entonces se interrumpió. Su tía tenía razón: desde el punto de vista económico, Richard no podría haber hecho nada mejor que pedir la mano de Atamarie. Ella nunca se había preocupado por el dinero, pero pertenecía a una familia acomodada. Y no solo por sus abuelos y su secreto manantial de oro en el arroyo que pasaba por Elizabeth Station, además de Lady's Goldmine. De hecho, también Kupe y Matariki eran ricos. Kupe se ganaba bien la vida como abogado y parlamentario, y a Matariki le pagaban por dirigir la escuela de Parihaka. No gastaban apenas, así que debían de tener unos suculentos ahorros. Atamarie podía esperar una buena dote y, en el futuro, ayudas para sus investigaciones. Kupe y Matariki llevaban una vida muy arraigada en las tradiciones de su pueblo, pero no eran de mente estrecha como los Pearse—. ¡Maldita sea, es cierto, yo podría haberle ayudado!

Enfadada consigo misma, Atamarie se hizo una trenza con su rubia melena. Llevaba el cabello suelto, que le caía sobre el vestido reforma, y si era sincera, disfrutaba de no llamar la atención solo por ir vestida a la moda. Ese día, Heather lucía una falda pantalón verde y una chaqueta corta de conjunto, y Chloé, un vestido imperio más convencional pero de colores y de un corte refinado. Esta última puso los ojos en blanco ante la reacción de Atamarie.

—¡Por suerte no se te ha ocurrido! —dijo secamente—. ¡No quiero ni pensar en lo que habría sucedido si además le hubieses financiado! Al menos ahora sabes qué lugar ocupas. Richard no está interesado en ti. Así que olvídale y búscate otro. O construye tú sola un avión si es que sabes. ¡Para eso no necesitas a ningún hombre!

Chloé echó decidida la cabeza atrás. Tenía experiencia con cazadores de dotes. Colin Coltrane, el hermano de Heather y padre de Atamarie, se había separado años atrás de Matariki para casarse con Chloé por su dinero. Ella le había financiado un criadero de caballos en Fjordlands. Algo que él ni siquiera le había agradecido.

—Pero yo... lo necesito. Sin él no lo conseguiría nunca. —Atamarie gimió.

Heather, por el contrario, se rio.

—Lo mismo pensé yo en cierta ocasión, Atamarie —intervino—. Mi Richard se llamaba Svetlana. Y en cierto sentido ejerció una buena influencia sobre mí. Me ayudó a descubrir quién soy y de qué soy capaz. Pero ese tipo de personas... Míralos, simplemente, como si fuesen motores, Atamie. Nos ayudan a arrancar, pero si les hacemos mucho caso, nos arrollan. Richard, además, me resulta raro: un hombre que nunca duerme y al que todos toman por loco, que durante meses no se mueve y luego no se contiene de pasión... Chloé tiene razón, Atamie, olvídale. ¿No tenías previsto ir a Parihaka? No te quedan muchos días de vacaciones, ¿verdad?

Atamarie asintió ausente. Richard no se le iba de la cabeza. Estaba convencida de que su relación se habría desarrollado de otra manera y que todavía podía evolucionar si él se marchaba de Temuka. Tal vez ella tendría que haber insistido más. Tal vez él tenía que perder de vista la granja para darse cuenta de que sin su familia no únicamente no se sentiría solo, sino incluso feliz.

—Tres semanas no es mucho, seguro, sobre todo cuando se ocupa ya una en el viaje de ida y vuelta —contestó al final—. Pero iré de todos modos. Necesito un poco del «espíritu de Parihaka» después de ese tufo de ciudad provinciana.

Chloé rio.

—También podría decirse que tus espíritus han asustado a la ciudad provinciana. ¡Tan solo con ese amancebamiento! Al menos podrías haber alquilado una habitación de hotel para guardar las formas. O montar una tienda o vivir con los maoríes, no sé, algo.

Heather se encogió de hombros.

—Bah, esos pueblerinos lo habrían averiguado de todos modos. ¡Deja de darle vueltas, Atamarie! Vete a Parihaka. Y no solo por los espíritus. El pueblo está lleno de apuestos maoríes. ¡Alguno de ellos conseguirá que te olvides de Richard, seguro!

Atamarie se puso pues en camino al día siguiente y cogió el tren sin haber visitado a más miembros de su familia. Habría sido más bien deprimente. Su tío Patrick lloraba todo el día la pérdida de su Juliet, aunque era un padre maravilloso para la pequeña May. Sean y Violet Coltrane casi nunca tenían tiempo; militaban contra la cada vez más terrible guerra bóer. Ambos pronunciaban encendidas conferencias, si bien Sean se concentraba en el colonialismo británico que no retrocedía ante nada con tal de consolidar su poder sobre las minas de oro, mientras Violet se refería al desamparo de las mujeres en los campos de concentración. Las organizaciones femeninas nacionales no la miraban con buenos ojos, y un año antes el Nacional Council of Women ya se había distanciado de la predecesora de Violet, Wilhelmina Sherriff Bain. De todos modos, llevaban el tiempo suficiente en política para no dejarse intimidar. Violet se hallaba en esos momentos en Christchurch, y Sean, en Wellington. El reverendo Burton y Kathleen apoyaban sus iniciativas pacifistas y reunían dinero para la fundación de Emily Hobhouse a fin de aliviar las necesidades más urgentes de los campos. Atamarie se habría entretenido aún más si se hubiese detenido en Otago, con Lizzie y Michael. Así pues, no informó a sus abuelos de su llegada, sino que se marchó enseguida.

El corazón de la muchacha latía con fuerza cuando el tren paró en la estación de Timaru. Le habría gustado saber cómo se encontraba Richard, pero apearse e ir al hospital a preguntar por él era impensable. Además, sus heridas no habían sido graves. Él mismo podía llamar si quería mantener el contacto con Atamarie. Si no era así... La joven estuvo a punto de echarse a llorar, pero se dominó. El paso siguiente —si es que había de haberlo— tenía que darlo Richard.

—¡Habrà un día en que simplemente nos trasladaremos volando! —dijo Atamarie a un compañero de viaje, que la miró sin comprender, cuando al día siguiente el oleaje agitaba el transbordador que unía la Isla Norte con la Sur—. ¡Serà más rápido y sencillo! Seguro que no se necesitarán más de tres o cuatro horas y nadie se mareará. —La joven reflexionó un momento—. No,

ahí arriba también se marearía uno —rectificó, y se dio media vuelta para marcharse—. Y podría caerse... mientras que todavía no he oído que alguien se haya ahogado en el estrecho de Cook.

—¡La gente solo se burla de eso! —señaló enfadada Atamarie, cuando le contó ese episodio a su madre. Contemplaban juntas las cometas de colores que planeaban sobre Parihaka. Al verlas, Atamarie había vuelto a pensar en volar—. ¡Pero estas son unas **manu** fabulosas! ¿Son imaginaciones mías o es que aguantan mejor en el aire que las de antes? ¿Y no se suele remontar las cometas en la ceremonia de año nuevo? Pensaba que si no se hacía así era **tapu**.

Matariki rio. No cabía en sí de alegría de volver a ver a su hija, si bien no percibía en ella el talante alegre de las vacaciones. La visita de Atamarie a Richard Pearse había concluido de forma abrupta. Matariki esperaba que su hija le contase sobre ese asunto.

—Qué va —respondió—. Las **manu** se pueden remontar en cualquier momento si se canta la **karakia** adecuada. Y aparte de la comunicación con los dioses, antes también se utilizaban periódicamente para enviarse mensajes entre las tribus. Se dice que tras la muerte del fundador de los **ngati porou** la gente de Whangara soltó una **manu** en el cielo que se veía desde la Isla Sur. El hermano de Porourangis, Tahu, el patriarca de los **ngai tahu**, pudo entonces llorar su pérdida.

Atamarie la miró algo escéptica, pero no comentó nada sobre la leyenda. También ella había oído hablar de la **manu** para cuyo manejo eran necesarios treinta hombres. Pero ¿se correspondería eso con la realidad? Al menos se podría haber remontado con ella el vuelo sin esfuerzo.

—Hoy celebramos la fiesta de las cometas simplemente porque Rawiri está aquí —dijo Matariki—. Ha vuelto de su migración al norte, donde estuvo estudiando con casi todos los **tohunga** famosos en el arte de confeccionar cometas. A estas alturas él mismo está considerado un **tohunga** en esa especialidad y durante la semana dará clases a los niños del poblado. También a los adultos, claro, si les apetece. Seguro que puedes participar.

Atamarie asintió interesada. Así que Rawiri seguía trabajando el tema de los vuelos y se lo tomaba en serio. ¿O se interesaba más por enviar mensajes a los dioses? Atamarie no recordaba con exactitud lo que le había contado por aquel entonces, después de que Richard y ella lo hubieran sacado del agua, pero para ella algo de lo hablado le había sonado a superstición. Como fuera, también Rawiri había intentado volar. Seguro que resultaba interesante enterarse de lo que había aprendido sobre las formas y los atributos del vuelo de las cometas. Atamarie no había quedado del todo satisfecha con la forma del artefacto de Richard.

Los ojos de Rawiri resplandecieron cuando la joven fue a saludarlo por la noche para apuntarse como alumna. Ella no se dio cuenta, interesada en la forma de las cometas que ahora los niños remontaban hacia las estrellas para enviar mensajes a los dioses. Atamarie hizo un mohín cuando el joven **tohunga** le habló con toda seriedad sobre la melodía de la **karakia** adecuada.

—¡Como si con ello pudiesen alterarse las leyes de la naturaleza! —le comentó a su madre—. Si el objeto tiene la forma aerodinámica correcta, vuela. Si no la tiene, no vuela. Así de simple es.

Matariki rio.

—Estoy convencida de que Rawiri es tan consciente de ello como tú. Pero míralo de otro modo: las **karakia** sirven para recordarnos las leyes de la naturaleza, para dar las gracias a la naturaleza, que nos brinda apoyo pero también pone límites.

—Estos son justamente los que queremos superar —refunfuñó Atamarie.

Su madre sacudió la cabeza en signo de reproche.

—¡Acabas de decir que no se puede! Y es cierto: no se puede vencer a la naturaleza. Pero, por supuesto, puedes entenderla mejor y obtener beneficio de sus leyes. Para ello sirve hablar con los dioses, da igual que remontemos una **manu** o que recemos al recoger plantas medicinales. Es correcto, Atamarie, Rawiri sabe lo que hace. ¡Confía en él!

Rawiri no estaba tan seguro de sí mismo, al menos esa noche no pidió la bendición de los dioses para sus cometas, sino para que intercedieran entre Atamarie y él. No sabía con exactitud si debía interpretar como una coincidencia o un regalo de los dioses el hecho de que ella hubiese vuelto para aprender el arte de confeccionar **manu**, pero sabía que la amaba. Bastó con ver su cabello brillante y su rostro hermoso e inteligente para sentir de nuevo aquella sensación cálida y dichosa que había experimentado en el pasado, cuando su desafortunado vuelo. Desde entonces llevaba la imagen de la joven en el corazón, y en su propio sueño de volar anidaba también la idea de hacerla feliz. Todo lo que Rawiri había hecho desde ese día tenía esos motivos. Había comprendido que no bastaba con ir experimentando con las cometas que él mismo hacía. Tenía que aprender con los mejores artífices de cometas, tenía que convertirse en **tohunga**, al igual que Atamarie. Pues en eso iba a convertirse ella, si había entendido bien a la madre de la joven y a los hombres que habían estado entonces en Parihaka. Atamarie aprendía la sabiduría de los **pakeha**, y Rawiri le regalaría ahora la sabiduría de los maoríes. A esas alturas ya hacía tiempo que sabía cómo construir **manu** y dirigirlas con dos y cuatro cuerdas. Y conocía la gran tradición de su pueblo de remontar cometas enormes. Según los datos de su maestro, tiempo atrás había habido **manu** gigantescas en las que subían los hombres y danzaban llevados por los vientos...

Rawiri apenas podía esperar a que Atamarie acudiera a su taller. Ya antes de que amaneciera había preparado corteza de aute y hojas de raupo, así como madera de manuka y kareao para el armazón. Pero al principio solo aparecieron un par de niños para montar sus propias **manu**. Rawiri se inclinó sobre sus trabajos. Se irguió de repente cuando oyó la voz de la joven.

—El azor, las alas y la canoa —señaló Atamarie las formas de las cometas—. ¿Cuál vuela mejor? —Levantó una **manu pakau** y la observó con mirada crítica—. La superficie de la vela en las cometas planas es totalmente distinta a...

—El viento presta a la **manu** su fuerza —explicó Rawiri con dulzura. Sin embargo, no tenía ojos para las cometas con forma de alas de pájaro, sino solo para Atamarie, que esa mañana se le antojaba especialmente hermosa. Llevaba el cabello suelto y le caía sobre un corpiño tradicional con los colores de Parihaka que combinaba con una amplia falda verde—. A todas las cometas. Pero la **manu** no roba su fuerza al viento, él solo la lleva sobre sus alas. La **manu** baila sobre el viento o el viento la eleva.

—Reposa sobre la corriente de aire o aprovecha el vacío sobre la superficie de vela —tradujo Atamarie en lenguaje científico—. Quiero saber más sobre esto último, lo necesitamos también para

el desarrollo de los aviones. Y esta forma de construir la estructura es interesante, las cometas se componen de distintos cuadrados, o al menos eso creo, ¿es así? Eso les da estabilidad. —Rawiri parecía desconcertado y la joven sonrió disculpándose—. En fin, da igual cómo se exprese —añadió—. ¡Muéstrame simplemente cómo funciona!

Escuchó con atención las explicaciones de Rawiri, si bien no eran nada nuevo. En el fondo ella misma habría podido copiarlas si le hubiesen facilitado un prototipo. Pero le gustaba escuchar la voz de Rawiri, era melódica y suave, y le recordaba un poco a la de Richard. Sin embargo, este se habría expresado más deprisa y con frases breves al trabajar, a la manera de un *staccato*, mientras que las explicaciones de Rawiri sonaban como una melodía armoniosa. Atamarie se dejó arrullar y casi se sintió como en el taller de la granja de Richard.

La cometa de Atamarie ya estaba lista por la tarde, lo que se habría ganado los elogios de Richard o del profesor Dobbins, pero que pareció decepcionar a Rawiri. A fin de cuentas, ella había seguido sus indicaciones técnicas pero había ignorado la parte espiritual de la confección. El joven *tohunga* enseñaba también los cantos, invocaciones o meditaciones tradicionales que iban unidas a cada paso del trabajo. Los espíritus de los vientos y las nubes querían que se les conjurase, y de vez en cuando debía invocarse la fuerza del dios pájaro y se imploraba su bendición.

—Eso solo sirve para llenar el tiempo mientras se seca la cola —refunfuñó Atamarie—. Y las hojas de raupo vuelven a crecer tanto si busco la clemencia de los espíritus de la planta como si no.

—Pero es cuestión de principios —respondió Matariki, que canturreaba a media voz las palabras del *туру manu* mientras Atamarie preparaba su cometa para el vuelo—: «Vuela lejos de mí, pájaro, danza sin cesar en las alturas, lánzate en picado como el azor sobre su presa...» ¡Es bonito, Atamie!

—Es una cuestión del flujo del aire contra la vela —observó la joven—. Y no debería bailar en absoluto, o entrará en barrena enseguida. Ayúdame, Rawiri..., ¿qué opinas, no habría tenido que hacer las alas más anchas? ¿Para que tuviese más estabilidad?

Atamarie se había decidido por la forma del *birdman*, por sentimentalismo, porque era el nombre que los maoríes daban a Richard, pero también porque era la más parecida a las de los planeadores *pakeha* y, por tanto, también al futuro avión autopulsado de Richard.

Matariki puso los ojos en blanco, pero luego confirmó complacida que Rawiri no se dejaba desanimar por la falta de espiritualidad de Atamarie. Él seguía rezando sus oraciones, pero escuchaba interesado las observaciones científicas de la muchacha.

—Ahí lo tienes —dijo Rawiri cuando los dos dejaron las cometas expuestas para comprobar el lugar de la brida sobre el que antes habían hablado—. Endereza la *manu* con orgullo y habla con los seres humanos, así se necesita más fuerza para sostenerla sin que se eleve. Como un hombre que alardea de su *mana*, pero no posee la bendición de los dioses. Si la *manu* se rinde al viento y se inclina ante los espíritus, entonces remonta al instante.

Atamarie se llevó las manos a la cabeza.

—Es lo que yo digo: cuanto más inclinada esté la brida respecto a la cometa, más fuerte será la fuerza de tracción. Si se coloca plana, aumenta la fuerza de sustentación.

Matariki, que estaba sentada con su amiga Omaka, rio.

—Cada uno reza sus oraciones en su idioma —observó.

Omaka asintió.

—Pero esos dos —dijo, señalando a Rawiri y Atamarie— se dirigen sin duda al mismo dios.

Atamarie había disfrutado del día con Rawiri y no se retiró cuando luego él empezó a cortejarla junto al fuego. Charlaba con ella, le iba a buscar comida y bebida, y con cada sorbito de whisky las poéticas lisonjas del joven iban calando más profundamente en el corazón de la muchacha. El joven **tohunga** no solo era hábil con las cometas y en alabar a los dioses con palabras hermosas, sino que sabía también expresar su fascinación por el cabello de oro de Atamarie; sus ojos, que comparaba con el ámbar oscuro; y sus manos, de dedos largos y hábiles.

—Tienes que hacer volar mi cometa dirigible. Tus dedos hablarán con ella, la guiarán y la elevarán al mundo de los dioses. Y les comunicará mi deseo de que un día tú me toques también y me guíes y me eleves a las cumbres del amor...

En otras circunstancias, Atamarie tal vez se hubiese dejado ablandar, se habría recostado en su admirador, lo habría acompañado a dar un paseo por los alrededores y permitido que la besara. Incluso habría hecho el amor con él, a fin de cuentas ya no era virgen. No había nada que conservar para más tarde y las caricias de Richard le habían despertado el deseo de recibir más. Sin embargo, tras su experiencia en Temuka se había vuelto desconfiada. Su entendimiento le decía, claro está, que Rawiri no la tacharía de promiscua si le ofrecía su cuerpo unas noches. Las mujeres maoríes no esperaban hasta la noche de bodas para experimentar el amor, y nadie exigía la monogamia. Pero el comportamiento de los aldeanos de la planicie de Waitohi había humillado y ofendido a Atamarie. No, nadie tenía que creer que se entregaba a cualquiera a quien no amara de verdad. Y su relación con Rawiri estaba lejos de ser amorosa.

Así pues, por mucho que Rawiri se esforzó en los días siguientes para ganarse los favores de Atamarie, todo se mantuvo igual. Sin embargo, ambos se aproximaron en cierto modo —desarrollaron juntos nuevas cometas dirigibles e investigaron el comportamiento de las distintas formas de **manu** al planear—, pero cuando Rawiri iba a tocar a Atamarie, ella se apartaba.

—Lo siento —dijo la última noche de su estancia en Parihaka. Los días pasados con el maorí la habían relajado y se atrevió a hablar de su cortejo—. Pero estuve con un hombre **pakeha** y no puedo olvidarlo tan fácilmente. Él... yo... teníamos muchas cosas en común, queríamos... Es que no puedo empezar ahora una historia nueva.

Rawiri asintió.

—Queríais volar —dijo el joven, comprensivo—. Tú querías volar con él, conquistar el cielo. Y yo ni siquiera hablo tu lenguaje. Pero lo aprenderé, Atamarie. —Le enseñó el ejemplar de **Scientific American Magazine** que Atamarie le había prestado y que desde entonces estudiaba a fondo—. Aprenderé a construir **manu** a tu manera y pediré a los dioses que me inviten a compartir el cielo con ellos. —Sonrió travieso—. Competiré con tu **pakeha**, Atamarie. Y ya veremos de quién serán las construcciones... aeronáuticas —pronunció despacio y con claridad la palabra, que había tomado de la revista— que se ganen el favor de los espíritus.

Atamarie no comprendió del todo a qué se refería Rawiri, pero cuando un día después subió al tren, todavía veía su rostro sonriente y enmarcado por un cabello largo y negro.

La noticia del desmantelamiento del campo de concentración se extendió con la rapidez del rayo por Karenstad. Provocó alegría, pero también un nuevo temor ante el futuro. A muchas mujeres les ocurría lo mismo que a Doortje: no iban a encontrar ni casa, ni marido ni padre cuando regresaran a sus tierras. Cornelis también temía el desdén de sus vecinos, sospechaba que no habían quedado muchos hombres de su destacamento con vida y, sin duda, le reprocharían que él hubiese salido bien librado de la guerra. En el ínterin apenas cojeaba, tenía la pierna plenamente recuperada. Pero Cornelis tampoco tenía ningún motivo imperioso por el que regresar a su pueblo. Si bien heredaba la granja y la tierra de su padre, no se sentía llamado a ser granjero; sin embargo, todavía oscilaba entre la vocación y el deber: su madre había sobrevivido y daba por seguro que él volvería a reconstruir la granja, se buscaría una esposa y se la presentaría a ella, y posiblemente a otros parientes ancianos, en su casa.

Esta idea era una pesadilla para Cornelis, prefería buscarse un trabajo, quizá como intérprete, ganar un poco de dinero y obtener un diploma universitario. Quizás entonces podría plantearse hacer algo con la tan ansiada carrera de veterinario. Daisy apoyaba ese propósito, aunque hubiese preferido verlo trabajando de médico que de veterinario. Para sorpresa de todo el mundo, no se opuso a las inclinaciones del bóer, en el fondo nadie habría creído capaz a la joven y vivaz muchacha de enamorarse de ese joven silencioso y dado a la cavilación y la duda. Pero, por lo visto, a Daisy le gustaba tener las riendas en sus manos y guiar dulcemente, pero con determinación, a Cornelis.

—Hasta podría plantearme quedarme aquí —le dijo un día—. Es un país bonito. No me gustaría vivir en medio del veld, pienso más bien en alguna ciudad. Puedes elegir, Cornelis: conmigo a Ciudad del Cabo, Johannesburgo o Pretoria, o con tu madre a una granja del veld.

Daisy se apartó seductora un mechón del cabello negro que se había escapado de la severa cofia de enfermera. Nadie dudaba de lo que Cornelis iba a elegir, nadie salvo Doortje van Stout.

Doortje contemplaba con recelo cómo Cornelis cortejaba a la joven enfermera, pero le resultaba inconcebible que se tratara de algo serio. En lugar de ello urdía en silencio sus propios proyectos de boda. Pese a todos los vacilantes sentimientos que albergaba hacia Kevin Drury, cuando consideraba de forma realista sus perspectivas de futuro solo se planteaba en serio un casamiento con Cornelis. Para la joven bóer, y con toda certeza también para su familia y su iglesia, eso solo tendría ventajas para ella y para él. Ella estaría atendida y él podría decidir si reconstruía su granja o la de ella. La granja Van Stout estaba más solitaria y cerca de Wepener, que sin duda volvería a convertirse en un centro agrario cuando los ingleses se marchasen. Allí nadie tenía vínculos estrechos con Cornelis, así que tampoco le reprocharían que hubiese sido un cobarde. Podría vivir respetado en la comunidad e incluso ocupar un cargo religioso.

Doortje se olvidaría en un abrir y cerrar de ojos de Kevin Drury y sería una buena esposa para su primo. Podría vivir con su tía Jacoba como suegra, también Martinus había tenido una madre muy autoritaria y Doortje había estado preparada para instalarse en casa de ella una vez casada. Para las chicas bóers esto se daba por supuesto, en casi todas las granjas convivían varias generaciones sin



protestar. En la sociedad sudafricana no había mujeres que viviesen solas. En ese contexto Cornelis también tenía deberes para con su prima. Si él y su familia no se encargaban de ella, Doortje se enfrentaría a la nada.

Pero entonces se enteró de que Cornelis de nuevo iba a desertar. Doortje estaba en el hospital lavando jeringas cuando Daisy comunicó complacida que se había prometido. La joven no se percató del silencio de la auxiliar bóer, solo se alegró de los afectuosos deseos de felicidad del doctor Greenway.

—Y ya le quitaré yo de la cabeza eso de ser veterinario —añadió una Daisy radiante—. Puede convertirse en médico de verdad y así abriríamos una consulta o trabajaríamos juntos en un hospital.

La chica no se planteaba dejar su profesión. Al contrario, si Cornelis empezaba a estudiar Medicina de inmediato, ella se encargaría de ganar el dinero los primeros años.

Un arreglo de esa índole era impensable entre las mujeres bóers. Y a Doortje la cabeza le daba vueltas al pensar en las alegres palabras de Daisy. Blanca como la nieve, dejó caer la bandeja con las jeringas, atrayendo con ello la atención de Greenway y las enfermeras. Todos la miraron cuando el vidrio estalló en el suelo.

—Pero eso no puede ser —titubeó Doortje—. Él sabe que yo... Es un...

Doortje iba a hablar de las responsabilidades de su único pariente, cuando la oscuridad la envolvió. Dio un traspié y se desplomó, contenta del piadoso olvido que le regalaba estar inconsciente.

Sin embargo, el despertar todavía fue más horroroso.

—Señorita Daisy, si interpreto correctamente lo que la señorita Van Stout quería decir... Bien, por mucho que lo lamente, ¿es su prometido el padre del hijo que ella espera?

Doortje oyó la voz de Greenway lejana mientras volvía lentamente en sí. ¿Un hijo? ¿Esa inglesa ya estaba embarazada? Doortje se sorprendió. Si Daisy estaba embarazada, ya no habría marcha atrás y Cornelis se marcharía con ella. Y entonces...

Pero Daisy protestó indignada.

—¡Ni hablar, doctor Greenway! Segurísimo que no. Si hubiese habido algo entre ella y Cornelis yo lo habría visto. Y ella todavía está enfadada con él.

Doortje se sorprendió. ¿De quién estaban hablando esos dos?

—Tal vez a causa de una relación... hummm... ¿fracasada? —tanteó el doctor.

—¡Qué va!

Doortje sintió que Daisy preparaba algo junto a su cama. ¿Le estaba dando una inyección? ¿Estaba enferma? En cualquier caso, se había desmayado. Pero tenía que... si no se sintiese tan débil...

—Y usted decía que debía de estar por el quinto mes. ¿Tanto tiempo lleva Cornelis aquí? Pero ¿cómo no nos dimos cuenta? ¿Y por qué lo ha mantenido en secreto?

Doortje hizo acopio de fuerzas y abrió los ojos. Intentó enderezarse, pero Greenway la empujó con suavidad para que se quedase en la cama.

—Permanezca acostada, señorita Van Stout. Tranquílcese, tiene que pensar en el niño.

Doortje se estremeció.

—¿En qué?

—No puedo creer que no nos hayamos dado cuenta. —Kevin se paseaba intranquilo por la habitación. Greenway acababa de anunciarle que Doortje estaba embarazada—. Y en el quinto mes...

Greenway abrió una botella de whisky.

—Tranquilícese, Drury, ella tampoco lo sabía. Creo que tenemos que darle crédito, yo mismo presencié cómo reaccionó, su sorpresa era auténtica. Y no es extraño que suceda. Las mujeres apenas si se desnudan en la estrechez de las tiendas. Además, no es extraño que los vientres se hinchen por falta de nutrición, tampoco nosotros nos habríamos percatado. Por la misma razón es posible tener faltas en la menstruación, usted lo sabe. No tenemos nada que reprocharnos. Al menos, si ninguno de nosotros es el padre.

Kevin gimió.

—Esta vez no —respondió, y bebió un buen trago de whisky—. Está claro a quién le corresponde la paternidad, Greenway... Si lo recuerda, cuando las mujeres llegaron, Doortje y Johanna... Sé que rechazaron la revisión ginecológica, pero no había duda de que fueron violadas.

Greenway se llevó las manos a la cabeza.

—Pues claro... Y yo, idiota de mí, sospeché del prometido de Daisy. —Se sirvió más whisky—. Eso todavía lo empeora todo más. Si fuera... hummm... un hijo del amor, la vida de la señorita Van Stout se complicaría mucho, pero siendo un fruto de la agresión...

Kevin se frotó la frente.

—¿Hay alguien con ella ahora mismo? —preguntó—. No vaya a ser que intente alguna tontería...

Greenway asintió.

—La señorita Fence —respondió—. Pedimos que la fueran a buscar. Si bien la señorita Daisy estaba disponible, era posible que tuviese un... hummm... comportamiento algo alterado. Al parecer quería casarse con Cornelis.

—¡Que quería qué! —Kevin se detuvo de repente—. ¿Que Doortje van Stout quería casarse con Cornelis Pienaar? ¿Quién le ha contado esto?

Greenway se encogió de hombros.

—La señora Vooren, la enfermera auxiliar. Ya sabe, esa bóer bajita que todavía no ha cumplido veinte años y ya tiene tres hijos. Una joven despierta y no tan terca como las otras. La señorita Van Stout sufrió un colapso cuando la señorita Daisy hablaba de su compromiso matrimonial y me preguntaba si habría una relación. La señora Vooren me lo confirmó. Por eso supuse... Pero por razones de manutención, no de amor.

Kevin depositó su vaso sobre la mesa.

—Voy a verla —anunció con determinación—. Debe de estar muy desmoralizada. Tal vez... tal vez yo pueda ayudarla.

Fingió no percatarse de la mirada evaluadora de Greenway cuando se dirigió a la puerta, pero en el último momento se volvió y cogió el libro de Nueva Zelanda que Doortje había estado leyendo.

—Para que se distraiga un poco...

Greenway sonrió.

—¡Que tenga suerte, Drury!

Ya estaba oscuro cuando Kevin llegó al hospital, aunque unas lámparas de petróleo iluminaban las salas principales. También ardía una en la habitación separada en que yacía Doortje. Roberta

estaba sentada al lado de la cama y leía un libro.

—No te estropees la vista con esta luz mortecina, Roberta —señaló Kevin cordialmente.

Roberta levantó la mirada cuando lo oyó, y él pensó fugazmente en lo hermosa que era esa joven tan seria. Pero cuando miró el semblante fino de Doortje enmarcado por su abundante cabello suelto sobre la almohada, se olvidó de todo. Era la primera vez que la veía sin capota y se quedó fascinado por la dulzura y juventud que los mechones rubios conferían a sus rasgos. Doortje tenía los ojos cerrados, pero su actitud era tensa.

—¿Duerme? —preguntó dudoso Kevin.

Roberta negó con la cabeza.

—No. No quiere hablar. Tampoco quiere asumirlo. Pero... ¿puede alguien rehusar un embarazo? Kevin creyó percibir una leve contracción en el rostro de Doortje. Hizo un esfuerzo.

—Sí, Roberta, puede pasar. En tales circunstancias. Y yo... bueno, ahora me quedo con ella. Ya puedes dejarnos solos...

Roberta volvió a sentir el antiguo dolor. Cuando le habían contado que Doortje estaba embarazada casi había experimentado una sensación de triunfo, aunque se avergonzaba de ello. Alguien había preñado a la bóer. Volvería a rechazar a Kevin. Él la olvidaría o buscaría consuelo. Roberta se sentía culpable respecto a Vincent, pues desde hacía tiempo le estaba dando esperanzas, pero si Kevin salía al encuentro de ella porque Doortje era inalcanzable... Roberta no quería volver a soñar, había estado decidida a desechar sus sentimientos por Kevin.

Se levantó.

—Claro —dijo tirante—. Puedo volver después.

Roberta abandonó la habitación, pero se quedó delante de la puerta. El corazón le palpitaba y se avergonzaba de estar escuchando. Pero tenía que saber qué lugar ocupaba ella.

Doortje abrió los ojos cuando se quedó a solas con Kevin.

—Usted... ¿me cree? —preguntó débilmente.

Kevin asintió.

—Ya le he dicho que puede usted confiar en mí y que yo quiero confiar en usted. Es decir, creo que no sabía nada de su embarazo. Pero ¿qué tonterías son esas de Cornelis Pienaar?

Kevin acercó la silla a la cama. Tuvo que contenerse para no apartarle el cabello del rostro. Le habría gustado acariciarla, consolarla... pero no podía arriesgarse a un nuevo rechazo.

—Cornelis no es el padre —dijo cortante Doortje—. Dígaselo a la señorita Daisy, no hay razón para que ella dude de él.

Kevin movió la cabeza.

—Claro que no. Doortje, usted y yo sabemos cómo fue engendrado ese niño. Y yo lo lamento mucho, mucho. Pero ahora tiene que tomar una decisión. ¿Qué quiere hacer? ¿Cómo se le presenta el futuro con ese niño?

—¡No quiero al niño! —Doortje se enfureció—. No quiero tenerlo. —Se mordió los labios y apretó los puños. Cualquiera otra mujer en su situación se habría echado a llorar, pero Doortje se veía indómita—. No lo traeré al mundo, yo... —Se interrumpió.

Kevin puso una mano sobre la de ella, muy prudentemente, solo para evitar que golpease al niño que llevaba en su seno.

—No preguntaré si quiere usted traerlo al mundo —indicó suavemente—. Está ahí, no puede cambiar las cosas. Si nos hubiésemos dado cuenta antes, entonces... entonces podríamos haber provocado un... aborto. Pero ahora... Lleva casi seis meses en su vientre, Doortje. Ya tiene manos, pies, ojos y boca. Y ya debería estar moviéndose. ¿No lo siente, Doortje? —Ella asintió a pesar suyo. Hasta entonces había pensado que esos extraños movimientos eran retortijones—. Ahí lo tiene. En tres o cuatro meses nacerá. Y será tan bonito como usted, Doortje...

—¡Su padre es un monstruo! —exclamó la joven.

—Pero su madre es bella como un ángel. Eso lo compensa. Lo amaré, Doortje.

—¡Lo odiaré! ¡Lo llevaré al veld y se lo dejaré a los buitres!

Kevin sacudió la cabeza.

—Se lo prohíbe su Dios —le recordó—. Piense en la Biblia: No matarás.

Doortje soltó una risa maliciosa.

—¿Y usted se atreve a echármelo en cara? ¿En este campo? ¿En esta guerra?

Él se encogió de hombros.

—El niño no es culpable de la guerra. Y nosotros... ¿no nos habíamos puesto de acuerdo en no ser enemigos?

—De todos modos, se moriría de hambre —comentó Doortje con indiferencia—. Ninguna familia lo acogerá, ni a mí. Puedo intentar vender la granja o lo que quede de ella. Con el dinero puedo ir a la ciudad, pero no durará eternamente...

—¿Su comunidad no la ayudará? —Kevin lo preguntó pese a conocer la respuesta. Ninguna comunidad puritana apoyaría a una joven caída, tanto si era culpable de su desgracia como si no.

Doortje sacudió la cabeza.

—No se moleste, doctor Drury —dijo con dureza—. Para mí solo hay dos posibilidades. Puedo irme al río como Johanna o puedo seguir viviendo como la puta en que me han convertido los británicos. Hay... hay sitios especiales en Pretoria... —Su tez pálida enrojeció.

Kevin no pudo aguantar más.

—También podría marcharse conmigo a Nueva Zelanda —propuso con voz ronca—. Como... como mi esposa. Yo la amo, Dorothea, Doortje, señorita Van Stout. —Sonrió, tal vez para darse ánimos—. Hace tiempo que debería usted saberlo. En cualquier caso, no hay nada en este mundo que me gustaría más que casarme con usted.

Doortje lo miró sin entender.

—¿Con... con ese niño? —preguntó con voz ahogada.

Kevin asintió.

—Claro. Crecería como hijo nuestro. —Pensó vagamente en Juliet y se sintió culpable respecto a Patrick—. Si nos casamos aquí, nadie sabrá nada. Yo reconocería al niño y lo querría.

—¿Lo querría? —espetó Doortje—. ¿A este... engendro del mal?

Kevin tomó la mano de la joven y la apretó. Su tacto era frío y suave pese a los callos causados por trabajar años en la granja, en el establo y la cocina. Nada en común con las bonitas manos de Juliet, de dedos largos y cuidados.

—Ya te lo dije una vez, Doortje. El amor no tiene nada que ver con la apariencia. Para mí ese niño será precioso porque sonreirá como tú cuando lo tengas en brazos.

—¡No tendrá nada en común conmigo! —replicó la bóer obstinada—. Será un inglés. Crecerá como un inglés, como su maldito padre. —De nuevo sus ojos llamearon de odio.

Kevin suspiró.

—Como neozelandés —la corrigió—. Y por mí... —iría contra sí mismo al hacer la siguiente propuesta, pero quería a Doortje, por ella lo haría todo— por mí, hasta podemos vivir en una granja. Mis padres tienen una granja en Otago, cerca de Lawrence. Es un lugar muy bonito. Aunque yo no soy labrador, podría abrir una consulta en la ciudad. Así el niño crecería en el campo como tú.

Doortje sacudió la cabeza con vehemencia.

—¡Nunca será un bóer! —objetó enfadada—. ¡No podrá serlo!

Kevin tuvo que esforzarse para no perder la paciencia.

—Es cierto, no podrá —contestó. A ella no podía pasarle por alto que él no lamentaba ese hecho. Kevin se había enamorado de Doortje, pero no sentía ninguna simpatía por su pueblo. La joven calló, también porfiada. Hizo un gesto de apartar la mano de las del médico. Kevin se la llevó a los labios antes de soltarla—. Piénsatelo, Doortje —pidió a media voz, al tiempo que dejaba el libro sobre Nueva Zelanda a su lado, sobre la sábana—. Yo no soy un bóer y nuestro hijo tampoco lo será. Su país no será África y nadie dirá que ha sido un elegido o lo que sea que contéis a vuestros hijos. Pero también Nueva Zelanda es un país hermoso y su futura abuela conoce muchas historias sobre él. Le hablará de Papa y Rangí y de su gran amor, de Maui, que pescó un pez gigante y luego quería engañar a la muerte. Y cuando aparezcan las Pléyades remontaremos cometas. Será bonito, Doortje. Piénsatelo.

Ella no respondió, pero tampoco volvió el rostro. Lentamente apoyó la mano sobre el libro.

Fuera, delante de la puerta, Roberta se enjugaba las lágrimas. Daba igual que Doortje aceptara o no. Kevin nunca sería suyo.

En los meses siguientes, Atamarie recordaba vivamente el rostro cordial de Rawiri cuando estaba al borde de la desesperación a causa del persistente silencio de Richard. Durante semanas no llegó ninguna carta de Temuka y en ocasiones casi no logró resistirse a escribir ella misma una. El recuerdo de Richard y sus sueños no querían diluirse. Atamarie no lograba asimilar que la relación había terminado. Al fin y al cabo, había sido una relación muy especial, habían compartido muchas cosas... No concebía que Richard lo tirase todo por la borda.

Y, entonces, cuando ya casi había transcurrido medio año desde su partida de la granja de Richard, una carta la esperaba en casa a su regreso de la universidad. Atamarie abrió el sobre con manos temblorosas y el corazón se le aceleró cuando vio la caligrafía vertical y las letras grandes, audazmente redondeadas. Richard llenaba toda una línea con pocas palabras y también en esta ocasión necesitó varias para disculparse compungido por su comportamiento en Temuka.

«Ignoro qué me ocurrió, pero no quería apartarte. Solo pretendía una vez más que el avión despegase. Quería darte una sorpresa, Atamarie, y salir a tu encuentro volando. Pero solo conseguí decepcionarte. Comprendo que no quieras saber nada más de mí, pero quizá podríamos reanudar nuestro intercambio epistolar, ya que al menos para mí siempre ha sido muy importante.»

La muchachase extrañó de que Richard no mencionara a su familia, pero supuso que no le habrían contado nada de lo ocurrido tras el accidente. Era probable que él pensase que ella se había marchado enfadada al enterarse de la tontería que él había hecho. La molestó un poco que él la creyese capaz de comportarse de forma tan infantil y, claro, también la ofendió ese largo silencio al que él no dedicaba ni una palabra. Pero por otra parte se alegraba de que él reanudara el contacto con ella, aunque la decepcionó que la carta no contuviera ninguna promesa de amor. Les contó a Heather y Chloé que había recibido una carta y se llevó una desilusión cuando las dos le aconsejaron que la tirara a la papelera.

—Atamie, no te dice que signifiqués mucho para él, sino solo que le gusta leer tus cartas — señaló Heather—. A saber qué le dices. Es posible que cites en especial al profesor Dobbins. Es con él con quien debería cartearse Richard, sería mejor para todos.

—Pero si aun así le escribes, cuéntale al menos todo lo que ocurrió —añadió Chloé—. Cómo te trató su familia y cómo se comportaron contigo los vecinos. A lo mejor eso le hace reflexionar un poco. ¡Y no transijas! Si te quiere, que venga a Christchurch o a otra ciudad grande.

Atamarie asintió.

—También si quiere volar —dijo cansada.

Había estado discutiendo de todo ello con las mujeres, así como con su madre y sus amigas maoríes de Parihaka. Todo el mundo lo comprendía, Richard Pearse era el único que se ponía terco.

En los meses siguientes, el tema de los vuelos se convirtió en tabú entre Atamarie y Richard. En un principio, el joven había abandonado su sueño. En su último intento de despegue, el aparato había salido muy malparado y Richard se había desanimado. Tal vez los reproches de su familia habían prendido por fin. Además, Richard había resultado herido de gravedad por primera vez. Fuera como fuese, en los últimos meses no parecía obsesionado con sus artefactos voladores, sino haber

concentrado su ambición y dotes de inventor en la maquinaria agrícola. Lleno de orgullo hablaba a Atamarie de sus nuevas patentes y de que ahora el mismo Peterson utilizaba su revolvedor de heno mejorado, mientras él se estaba ocupando de un nuevo tipo de abonadora.

Atamarie le contaba sobre sus estudios en el Canterbury College. En el programa del curso se incluía ese año la construcción de máquinas, lo que le interesaba bastante más que la agrimensura. Dobbins y los otros profesores iniciaban a los estudiantes en los secretos de las máquinas de vapor. Y, entonces, un día, hacia finales de 1902, Dobbins entró en el aula con una sorpresa.

—He aquí —informó orgulloso—, caballeros y la siempre única dama, un motor Otto, o lo que es lo mismo, un motor a pistón. En el futuro nos ocuparemos de él, de cómo funciona, de qué posibles aplicaciones tienen estos motores en los automóviles y...

Atamarie contempló fascinada el motor compacto y proporcionalmente pequeño, y levantó la mano.

Dobbins asintió.

—Es un motor de dos tiempos, ¿verdad, señor? ¿Con... veinte caballos de vapor?

El profesor sonrió.

—De veinticuatro, señorita Turei. Por lo visto, ha estado usted estudiando este tipo de motores. ¿Desea ilustrarnos al respecto?

Atamarie negó con la cabeza, aunque quería decir que sí.

—Sí... no... más tarde... Solo quería hacer una pregunta.

—Pregunte, pues —la animó Dobbins.

Atamarie se levantó para ver mejor el motor. Si era tal como ella pensaba...

—¿Cuánto pesa? —preguntó, conteniendo la respiración.

—¿Qué es lo que quiere saber?

Un par de días después del comienzo de las vacaciones de verano, Heather y Chloé visitaron a Atamarie en Chirstchurch acompañadas por Rosie. Las dos amigas y la joven que desde hacía años trabajaba a su servicio iban camino del hipódromo de Addington. La pequeña yegua **Trotting Diamond** iba a debutar allí en la carrera de trotones. Rosie apenas podía contener su emoción. Heather y Chloé querían invitar a Atamarie para que fuera con ellas a Addington, pues solía pasárselo muy bien en las carreras de fin de semana, pero Atamarie ya estaba con las maletas hechas y, en medio de su habitación, para espanto de sus caseras, ¡había un motor Otto!

Agitadísimas, las dos mujeres enseguida se lo contaron inquietas a Heather y Chloé cuando llamaron a la puerta para recoger a Atamarie.

—Nunca hemos dicho nada de las manchas de aceite en los vestidos de Atamarie y también en nuestros muebles, es una carrera algo particular. Pero esa máquina diabólica... Casi nos desmayamos cuando la puso en marcha. «Solo para probarla una vez», nos dijo. Heather, Chloé, tenéis que hablar con ella. ¡Tiene que sacar esa cosa de aquí!

Heather y Chloé se quedaron pasmadas cuando la joven les soltó como saludo lo que pensaba hacer con el motor.

—¡Solo pesa cincuenta y siete kilos! —informó con orgullo—. Y funciona perfectamente. ¡Aguanta cualquier cosa! Es ideal para...

—Basta, Atamie, nada de detalles técnicos. —Heather se sentó alarmada sobre la cama de Atamarie—. ¿Pretendes regalar este motor a Richard Pearse por Navidad?

Atamarie asintió resplandeciente.

—¡Sí! ¡Y es baratísimo! Bueno, claro que tuve que pedirle dinero a mamá, pero también habría podido... —Se mordió el labio. La mina de oro de Elizabeth Station era un secreto de la familia Drury, ni siquiera Heather podía enterarse de eso—. En fin, podría haberlo ganado trabajando en las vacaciones —improvisó—. Dobbins dice que el año que viene el instituto recibirá otro nuevo, va muy deprisa, siempre se inventa algo más novedoso. Pero hasta el momento a nadie se le ha ocurrido montar algo así en un avión. Salvo a Richard. Antes no podía permitírselo. Pero ahora... ¡ahora tenemos un motor! Y ligerísimo. No es nada comparado con el viejo. Heather, Chloé, ¿no lo entendéis? ¡Vamos a volar!

Chloé sacudió la cabeza.

—Solo entiendo que te propones volver a ese pueblucho donde todos te odian —observó—. Para reunirse con un hombre al que no has visto casi en un año, aunque solo os separan unas horas en tren. Ya te lo dijimos, Atamie: si tan convencida estás de que puedes volar con esa máquina infernal, ¡constrúyela tú misma! Pero no con Richard...

—¡Richard es un genio! —insistió Atamarie—. Nunca lo conseguiría sin él. Pero con él... Chloé, Heather, ¡podríamos ser los primeros! Los primeros en hacer despegar un avión de motor. Podríamos...

—¿Y entonces te amaré? —Chloé se quedó mirando a Atamarie, muy seria.

La muchacha bajó la cabeza.

—No es una obligación —respondió obstinada—. No lo hago porque...

Heather suspiró.

—Bien, entonces, ¡muchoa suerte! —murmuró.

Heather ayudó a su sobrina a organizar el transporte del motor hasta Timaru. No fue fácil, a fin de cuentas no podía simplemente subir con él en un compartimento del tren.

—¡Y además me voy contigo! —exclamó Heather—. Quiero conocer a ese hombre. Chloé puede ir a Addington con Rosie antes de que reviente de emoción. De todos modos, yo no tengo ni idea de carreras de trotones, como máximo podría apoyar a Trotting Diamond apostando por ella.

Chloé rio.

—Y de esa forma poner en peligro tu alma inmortal, como Violet sospecharía. En Waitohi seguro que corres menos riesgos.

Heather arqueó las cejas.

—¿Estás segura de que el demonio no reside precisamente en esas regiones rurales? —preguntó—. Bueno, por lo que dice Atamarie, allí hay más espíritus malignos que pubs en Addington.

Chloé soltó unas risitas.

—Pues ya puedes abastecerte de incienso —bromeó con su amiga—. Y quizá tendrías que preguntar también a tu sobrina si le parece bien que la acompañes. Es posible que quiera estar a solas con su chico.

Atamarie se mordió el labio. A veces casi creía que Chloé podía leerle el pensamiento. ¿Tendría algo que ver con el hecho de que hubiese estado dos veces casada antes de juntarse con Heather? Atamarie presentía que su relación con Richard no le recordaba a Chloé su primer matrimonio feliz.



—Claro que me parece bien —dijo con entusiasmo forzado. Por una parte, seguro que era mejor tener apoyo cuando regresara a Temuka. Pero, por la otra, sí, quería estar sola con Richard. ¡Pero no podía admitirlo de ninguna manera!—. Mientras no sepas distinguir un motor de dos tiempos de otro de cuatro, Richard no se enamorará espontáneamente de ti —bromeó con su tía.

Heather puso los ojos en blanco.

—De todos modos no sería correspondido —respondió seca—. Pero deberías tener cuidado con este monstruo —advirtió, señalando el motor—. Si le guiña el ojo a Richard, seguro que se va a la cama con él.

Atamarie y Heather llegaron en tren a Timaru, una empresa de transportes entregaría el motor. La joven había enviado un telegrama a Richard y esperaba que fuera a recogerlas, pero Heather prefirió reservar una habitación en el hotel.

—Y en el futuro, cuando vayas a ver a Richard, haces lo mismo —aconsejó—. Claro que todo el mundo sabrá que pasas la noche con él. ¡Pero las apariencias importan!

Atamarie iba a replicar, pero en ese momento el carro de Richard entraba por la calle Mayor de Timaru. Heather agarró a su sobrina por la falda para impedir que corriese hacia él.

—¡Quieta! —le ordenó—. Deja que dé él el primer paso.

Así pues, la joven permaneció obediente junto a su tía y esperó hasta que Richard bajó del pescante y la saludó. Se comportó como si ella hubiese estado fuera un fin de semana y la besó como a una amiga, en la mejilla.

—¿Dónde está? —preguntó ansioso, antes de que Atamarie le hubiese presentado a Heather—. ¿Y de verdad solo pesa cincuenta y siete kilos? ¿Funciona? No puedo creerlo, Atamie, por aquí todavía no he visto ni un solo automóvil.

—Esa maravilla todavía no ha llegado —observó Heather—. Podría usted tomarse una taza de café con nosotras mientras espera. Por cierto, mi nombre es Heather Coltrane y soy la tía de Atamarie.

A juzgar por la expresión de perplejidad de Richard, o bien Atamarie nunca había mencionado a su familia o bien él no había escuchado cuando se hablaba de algo que no fuese técnico. Pero se recuperó, se disculpó y las condujo al café más cercano, donde entablaron una afable conversación. Heather intentaba sonsacarle, pero sus respuestas siempre eran vagas. Pues así era, había heredado, por decirlo de alguna manera, una granja que ahora administraba. Por supuesto habría preferido ser ingeniero, pero la situación ya no podía cambiarse y consideraba sus inventos una especie de pasatiempo.

Heather lanzaba de vez en cuando miradas de preocupación a Atamarie. ¿No se daba cuenta su sobrina de lo poco que encajaba lo que contaba Richard con sus propios planes de futuro? El joven no parecía dispuesto a separarse nunca de su tierra. Pero Atamarie permanecía sentada a su lado con ojos centelleantes y no cabía en sí de contento, porque le daba la mano por debajo de la mesa. Heather había visto que fue ella quien buscó la mano de él, no él la de su sobrina. Tampoco se distinguían mayores signos de enamoramiento del joven hacia Atamarie, su entusiasmo se debía al asunto del motor. El chico apenas si conseguía esperar a recoger esa maravilla, que ya habría llegado a la tienda principal.

En efecto, el tendero estaba descargándolo con cuidado en ese momento. El motor llegaba de

Christchurch junto con una remesa de tornillos, clavos y otros artículos de ferretería que herreros y mecánicos esperaban ansiosos. Atamarie reconoció a Cecil Woods, el amigo de Richard, y poco después los tres estaban inmersos en una animada discusión sobre el motor, que los otros hombres apenas entendían y Heather no podía seguir. Esta se volvió hacia el cochero, un hombre alto y corpulento que le resultaba vagamente conocido.

—¿Debo pagarle a usted o es mejor que lo arregle en Christchurch con su patrón?

El hombre esbozó una sonrisa en su semblante redondo.

—Yo mismo soy mi patrón —repuso con orgullo—. Es que me ha fallado un cochero, señora, así que me he subido al pescante. Si me firma estos documentos...

—Señorita —corrigió Heather, al tiempo que seguía cavilando.

¿De dónde conocía ella a ese hombre? Por lo que recordaba, nunca había tenido tratos con la agencia de transportes. Claro que a veces le entregaban cuadros para la galería, pero normalmente era Chloé la que se encargaba de eso. Curiosamente, al hombre parecía sucederle lo mismo con Heather. En cualquier caso, observó con atención la firma.

—Heather Coltrane —se presentó ella algo insegura.

A lo mejor a él le aclaraba las cosas oír su nombre. Pero al ver el rótulo del carro del hombre lo comprendió: «Transportes Bulldog – ¡Entregas seguras y rápidas!» Heather sonrió.

—¿Bulldog? —preguntó—. ¿Es posible que mi padre adoptivo le pusiera ese apodo cuando viajamos juntos de Londres a Dunedin?

El hombre resplandeció.

—Exacto, ¡usted es la señorita Heather! ¡La hija del reverendo Burton! Dormí en su iglesia.

Heather sonrió.

—Bueno, no en la mía. Pero al menos ya sé de qué lo conozco. Pero ¿no se proponía buscar oro?

Más de veinte años atrás, el reverendo y Kathleen habían viajado a Inglaterra por motivo de una herencia y Heather los había acompañado. En el viaje de vuelta, también iban Violet y su familia en el barco de Nueva Zelanda, naturalmente en la entrecubierta, mientras los Burton viajaban en primera clase. Heather se había preocupado por Violet y su hermanita Rosie, hasta que un adolescente de unos quince años había empezado a cuidarse de ellas. El reverendo Burton le llamaba Bulldog a causa de su complexión fuerte. Heather nunca había sabido su auténtico nombre. En ese momento, el transportista en que se había convertido el emigrante se encogió de hombros.

—De ahí no salía nada —respondió—. Además, el reverendo me lo había advertido, y yo no lo olvidé. Los demás continuaron, pero yo compré un mulo. Y con él me fui donde estaban los *diggers* que no cavaban en los yacimientos más importantes, sino en la selva. Entonces les vendía sobre todo whisky. El negocio iba bien. —Heather asintió; se lo podía imaginar vivamente—. Pero no soy buen comerciante, prefiero viajar por el país. Ahora tengo cinco carros y veinte caballos... ¡Y el negocio sigue yendo bien!

Heather sonrió.

—Me alegro de que lo haya conseguido. Pero ¿cuál es su nombre verdadero?

El hombre sonrió.

—Tom Tibbs. —Se llevó la mano a la gorra al presentarse—. ¿Podría preguntarle...?

—¿Heather? —Atamarie dio unos toquitos en el hombro de su tía—. Nos vamos. ¿Vienes con nosotros a la granja?

Heather frunció el ceño.

—Con gusto, pero no con Richard —respondió—. Alquilaremos un coche de punto y al menos aparentaremos que aquí todo es decente. Por Dios, hija, estoy convencida de que la gente ya está chismorreando. —Y sacó su portamonedas—. Disculpe, señor Tibbs, me ha encantado volver a verle. Pero ahora tengo que ocuparme de mi sobrina o seremos víctimas de los cotilleos. —Puso los ojos en blanco—. Está enamorada, ya sabe. —Heather sonrió mientras contaba el dinero para Bulldog—. También usted lo estaba entonces de Violet, ¿no es así? Le va muy bien... Disculpe, ahora tengo que marcharme.

Heather lo saludó cordialmente y se dirigió a la tienda para preguntar a la dependienta por el establo de alquiler. Bulldog se quedó con su pregunta en la boca. En efecto, quería saber más sobre cómo le iba a Violet, aunque no había estado enamorado de ella. Cuando pensaba en las chicas que había protegido en el pasado, no veía a la pequeña beldad de cabello caoba y fascinantes ojos azules, sino que sentía una manita temerosa en la suya. Rosie solo se la había cogido una vez, cuando una tormenta zarandeó el barco y un par de insolentes iban detrás de las niñas. Pero todavía recordaba lo dulce que había sido, tan amedrentada y tierna. Una pequeña joya a quien él quería proteger. Con Rosie lo consiguió, al menos en el barco. A su propia hermana Molly no había podido ayudarla.

Bulldog se rascó la frente. No quería pensar más en Molly y mejor tampoco en Rosie. Pero le habría gustado saber cómo le iba.

Atamarie se subió obediente al carruaje alquilado de Heather, mientras Richard transportaba el motor a la granja. Sin embargo, la noticia del regreso de Atamarie corrió como la pólvora por Timaru y, claro, también la novedad de que el Raro Dick amenazaba con perder de nuevo el arraigo al suelo.

Pese a todo, a Atamarie la esperaba una sorpresa cuando llegaron a la granja de Richard. Estaba preocupada por la mala impresión que el estado de la granja produciría en Heather, cuando a ella, en su primera visita, tanto la había horrorizado. Sin embargo, algo había cambiado ahí desde la última cosecha. Por supuesto, por todas partes había máquinas agrícolas averiadas y motores desmontados, pero los animales ya no corrían por ahí en libertad y todo se veía más ordenado. También los campos, a los que les faltaba poco para ser cosechados, parecían cuidados. Atamarie se preguntó si Richard le habría cogido gusto a las labores de la granja, pero el enigma quedó aclarado cuando apareció el joven Hamene. Atamarie lo saludó con alegría.

—¿Sigues trabajando aquí? —preguntó a su anterior ayudante—. ¡Richard tuvo una buena idea al contratarte!

Hamene, un hombre joven y fuerte que se había integrado en la vida de la planicie de Waitohi —hasta llevaba la ropa de granjero de los pakeha y se había cortado el pelo largo y las trenzas del guerrero—, le sonrió.

—No fue idea de Richard, sino de Shirley —le contó—. Y nuestros ancianos no se opusieron a que yo ayudara. El pakeha no sabe nada de esto, pero es tohunga.

La posición de un tohunga era muy respetada en las tribus. Por supuesto, no se esperaba que geniales artífices de cometas, talladores de jade o madera, sacerdotes o comadronas, trabajasen

además en los campos de cultivo, cazando o en el cuidado de los animales útiles. Para Hamene era natural aliviar de tales trabajos a Richard. Pero ¿quién era Shirley? Tras un momento, Atamarie recordó a la joven, y la imagen de aquella muchacha rubia y silenciosa apareció ante ella, una de las hijas de la familia Hansley. Atamarie la había visto un par de veces, pero solo había intercambiado unas pocas palabras con Richard, y ninguna con Atamarie. Por lo demás, no recordaba que Shirley hubiese bailado con algún joven en la fiesta de la cosecha. Era una muchacha muy seria, que prefería quedarse sentada con su madre y las matronas del pueblo en lugar de dejarse llevar por la música como Atamarie. Y, en ese momento, con toda naturalidad, abrió la puerta de la granja a las visitas.

Shirley llevaba un anticuado vestido azul con un delantal blanco encima. Sonrió a las recién llegadas, aunque algo forzadamente.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Atamarie. Era descortés, lo sabía, pero había vivido tanto tiempo en la granja que casi se sentía como la dueña de casa.

Shirley le sostuvo la mirada. Durante unos segundos observó a Atamarie con el mismo desdén con que esta la observaba a ella. Luego sonrió y levantó las manos en un gesto de disculpa. Era bajita y regordeta, con una cara redonda y casi un poco infantil. Frente a la figura esbelta de Atamarie y su vestido de colores no había duda de que salía perdiendo.

—Oh, estoy echando una mano —respondió vagamente—. El señor Pearse y mis padres... bueno, pensaban que a lo mejor Richard necesitaba un poco de ayuda en la casa. Y así es... —Soltó una risita de complicidad. Era probable que hubiese encontrado la casa tan desastrada como Atamarie un año antes—. Pero entren, por favor —Shirley sostuvo la puerta abierta para las visitas. Heather dirigió una mirada interrogativa a su sobrina. ¿Una ama de llaves tan joven en la casa de un soltero? En Dunedin habría sido imposible—. He preparado algo de comida y si lo desean también pueden dormir aquí...

Sonó como si Shirley encontrase algo extraña tal pretensión por parte de sus visitantes. De nuevo lanzó a Atamarie una mirada de soslayo poco cordial. Ella la contestó serena, nunca había guardado en secreto el hecho de que había pernoctado allí durante semanas.

Heather avanzó con todo su aplomo, mientras Atamarie vacilaba respecto a si debía seguir a Richard y Hamene, que llevaban en ese momento el motor al pajar, o a las mujeres para averiguar algo más acerca del puesto que ocupaba Shirley en la granja. En sus cartas, Richard no la había mencionado... pero la chica tampoco parecía tener nada que ocultar. Y estaba claro que se encontraba ahí con el consentimiento de los Pearse y los Hansley. Atamarie presintió un arreglo matrimonial, no del todo al estilo **pakeha**, pero sí a la medida de Richard. Atamarie creía que los padres de este eran capaces de amoldar sus principios morales para ponerlos al servicio de sus objetivos.

Al final, Atamarie se decidió por el motor, que Richard estaba colocando sobre una sábana en el centro del pajar y que al parecer iba a desmontar de inmediato. Pero entonces Shirley anunció que la comida estaba lista, para lo que acudió en persona al pajar.

—Por todos los santos, Richard, no irás a ponerte a jugar con esa cosa ahora, ¿verdad? —preguntó con tono de desaprobación—. ¡Tienes visita, Richard! He estado cocinando. Come ahora con tus invitadas y mañana ya te ocuparás de esas máquinas infernales.

Para sorpresa de Atamarie, Richard no rechistó y siguió a la joven a la cocina.

Atamarie caminó malhumorada junto a él.

—¿Qué es? ¿Tu niñera? —refunfuñó.

Richard la miró como disculpándose.

—Yo... bueno, necesito a alguien que me recuerde a veces los buenos modales —sonrió con expresión tan traviesa que ella se sosegó. En cualquier caso, no parecía que durmiese con Shirley. Tampoco las miradas que, ahora que el motor estaba fuera de su vista, intercambiaba con Atamarie expresaban que hubiese para él otra mujer.

Y por el estómago no iba a colarse el amor, pensó Atamarie cuando, en compañía de una conversación sosa, comió unos platos sosos. Puré de patatas con chuletas, un plato preparado apenas sin sal. Shirley podía ser una buena ama de casa, pero seguro que no era una buena cocinera.

—Bien, ya me marchó. ¿Quieres venir o te quedas? —preguntó Heather a su sobrina cuando hubo acabado de comer.

La joven vaciló. Paseó la mirada alternativamente de Richard a Shirley.

—¿Vas a marcharte? —Richard parecía sorprendido y decepcionado.

A Atamarie le costó no ruborizarse ante la mirada de soslayo de Shirley, pero luego prevaleció su alegría por el hecho de que, por lo visto, Richard la hubiese añorado.

—¡No! —respondió—. Me quedo, claro. Nosotros...

Shirley entornó los ojos, pero se rehízo y sonrió.

—Bueno, está todo preparado —dijo, al tiempo que señalaba el dormitorio en la parte posterior de la casa—. El que quiera puede quedarse. Pero yo me voy ahora.

Shirley se quitó el delantal con gesto rápido. Se dominaba con una serenidad absoluta, pero Heather, buena observadora, percibió una cólera encendida tras la fingida indiferencia.

En efecto, en el dormitorio de Richard, Atamarie encontró una cama recién hecha y la noche con su amado no dejó nada que desear. El joven la amó lenta y tiernamente, por fin le susurró palabras de amor, la besó y acarició y la hizo volar de la única forma posible sin avión. Y, como antes, por la mañana pareció olvidarlo todo en cuanto vio el motor.

Por fortuna, Hamene ya estaba ahí para dar de comer a los animales. No vio nada extraño en que Richard, tras un breve saludo, se encerrase en el pajar.

—¡Habla con los espíritus! —explicó el corpulento maorí a Atamarie con un profundo respeto—. Y no como nuestros **tohunga**, que invocan a los dioses y escuchan su respuesta en su propia mente. ¡Al señor Richard le responden en voz bien alta! ¡Es cierto, de verdad, yo mismo los he escuchado!

Atamarie sonrió. Sabía que Richard llevaba un tiempo experimentando con un fonógrafo, a través del cual las voces y la música podían registrarse en un disco de cera. La técnica no era nueva, pero esperaba dar una alegría a su madre mejorándola para que la música de la orquesta de la familia pasara a la posteridad. Hamene debía de haber sido testigo de algunas de esas pruebas y seguro que no había oído hablar acerca del gramófono. Atamarie se puso a explicarle su funcionamiento.

—A Richard también le gustaría registrar alguna vez un **haka** o una oración durante el **powhiri** —afirmó, quitando importancia a la tarea de Richard.

Hamene movió la cabeza.

—¿Para qué? —preguntó—. ¿Para encolerizar a los dioses? A ellos no les gustará que no

seamos nosotros mismos quienes cantemos y bailemos, sino que se construyan máquinas para hacerlo. El señor Richard es **tohunga**, él sabrá para qué sirve. Y Waimarama dice que necesitaba la bendición de los dioses para vencer la oscuridad. Pero si quieres saber mi opinión, nada de lo que hace es demasiado útil. Quizá yo simplemente no lo entienda...

Atamarie se sorprendió.

—Pero ¿entonces por qué le ayudas? Pensaba que...

Hamene hizo un gesto de indiferencia.

—Shirley dice que lo haga —respondió.

Atamarie, que lo estaba mirando con atención, vio el brillo que asomó a sus ojos. Hamene estaba enamorado de Shirley Hansley. Pero ¿tendría alguna posibilidad? ¿O no era tal vez por Richard por lo que Shirley estaba ahí? ¿Estaba buscando ella un motivo para estar más cerca del maorí?

Heather se rio cuando su sobrina le contó por la tarde que tal vez había un romance entre Hamene y Shirley Hansley. Antes había estado hablando sin parar y encantada del día pasado en el pajar de Richard; al parecer, el motor era justo aquello que le faltaba para innovar el campo de la aviación. De lo feliz que él la había hecho durante la noche, no necesitaba explicar nada a su tía. Heather ya lo veía en sus ojos radiantes. En cuanto a Shirley, no estaba de acuerdo con su sobrina.

—¿Esa chica y un maorí, Atamarie? ¡No te lo crees ni tú! Esa muchacha es la personificación de la vida campestre, una especie de santa, al menos así debe de verse ella. ¡Se está sacrificando por tu Richard solo para que después vuelva con las banderas desplegadas a ti! Eso requiere mucha capacidad de sufrimiento. Ya tiene la bendición de los padres de él, así como de los suyos, el único que por lo visto no colabora es Richard. ¿Es especial, Atamarie? Hazme caso, he vivido mucho y he conocido a gente muy excéntrica. Él... al principio pensé que era un hombre frígido, pero luego... Parece literalmente poseído por el motor.

La joven rio.

—¡Frígido seguro que no! —declaró con conocimiento de causa.

Heather se encogió de hombros.

—Pero tampoco es un gran amante en sentido romántico, ¿no? Es peculiar, Atamarie, ¡ten cuidado! Incluso si ahora el peligro más inminente reside en que santa Shirley te clave un puñal por la espalda...

Atamarie no se tomó en serio la opinión de su tía, pero aun así regresó con ella a Christchurch al día siguiente.

En el hotel White Hart encontraron a Chloé, que lo primero que hizo fue hablarles de Rosie. Había dejado a su yegua bajo la custodia de lord Barrington en Addington. Barrington era un rentista y barón de la lana británico que había dejado casi totalmente en manos de un hábil administrador su granja de las Llanuras, mientras él se entregaba en cuerpo y alma a la implantación de las competiciones hípicas en Nueva Zelanda. Había ofrecido a la joven un puesto como cuidadora de caballos en su cuadra de carreras, sobre todo para hacerle un favor a Chloé. Rosie habría preferido que la contratasen en un establo de trotones e instalar también ahí a *Rose's Trotting Diamond*, pero Barrington rechazó la idea.

—Son... discúlpeme, señorita Chloé, sé que su... hummm... marido también formaba parte de ese nuevo... hummm... movimiento. Y seguro que hay cuadras serias. Pero los entrenadores que tenemos aquí... El viejo Brown aún funciona, sus actividades todavía tienen cierto valor como entretenimiento...

John Brown, el propietario de un establo de alquiler, había organizado las primeras carreras en Woolston, junto a Canterbury, después de que ese deporte hubiese arraigado en Europa. Las carreras de trotones se consideraban en Inglaterra una especie de competición para el hombre de la calle. La gente modesta apostaba antes por los trotones que por los caballos de carreras, y en los primeros años eran los cuadrúpedos de los repartidores de leche y de los pastores de ganado los que participaban en las competiciones de trotones. En el Brown's Paddock salían a correr todo tipo de

monturas, las reglas eran poco claras y de vez en cuando se producían peleas entre los jinetes, los espectadores y los árbitros. A gente como lord Barrington las carreras de trotones le resultaban repugnantes. Muy a su pesar, el club de hípica había abierto las puertas de su hipódromo a los trotones. Pero el movimiento era imparable y desde que en las carreras ya no se competía a lomos de los caballos sino con **sulkys**, las competiciones parecían más serias y ordenadas. Unos años antes se había construido el nuevo hipódromo en Addington, donde las carreras de trotones constituían el plato fuerte, y desde que los dos clubs hípicos se habían fusionado se planeaba celebrar actividades más grandes y mejor remuneradas. Sin embargo, seguían encontrándose figuras turbias entre los propietarios de caballos y los entrenadores. Según la opinión de lord Barrington, Addington estaba repleto de ellas.

—Poco después tuvimos un encuentro muy desagradable —observó Chloé—. ¿Te acuerdas de Joseph Fence, Heather, el hijo de Violet?

Heather negó con un gesto, pero Atamarie asintió. Su amiga Roberta le había hablado de su hermano. Violet lo había dejado como aprendiz de un entrenador de caballos de carreras cuando se marchó de Invercargill con Roberta.

—Ya entonces era un niño desagradable —prosiguió Chloé—, idéntico al padre, incluso por su aspecto. Pensé que me daba un soponcio cuando lo vi en Addington, en el hipódromo. Y Rosie se puso blanca como el papel, la pobre. Pero se rehízo enseguida. Creo que se ha repuesto de ese desafortunado asunto con Eric Fence.

Atamarie escuchaba impasible tal reflexión, mientras Heather levantaba la vista al cielo. Rosie siempre había odiado y temido al primer marido de Violet. Ni Heather ni Chloé querían ahondar en el tema, pero algo había de cierto en lo que afirmaba Joseph sobre que la chica había desempeñado un papel decisivo en el accidente de Eric en la pista de carreras.

—Sea como fuere, Joe Fence tiene un establo de carreras en Addington. Lord Barrington lo considera una guarida de ladrones. Naturalmente no entraba en consideración que Rosie trabajase allí. Hice un par de aclaraciones sobre los antecedentes del caso y, bien, ahora **Rose's Trotting Diamond** está entre los purasangres de Barrington y nuestra Rosie vive en las dependencias del servicio del lord. Los Barrington tienen una residencia en la ciudad.

—¡Lo sé! —Heather rio. Había contribuido a su decoración con óleos de los nobles caballos de carreras.

—¿Y luego vuestras dos rositas, **ROSE** y Rosie, vivirán atemorizadas por el hermano de Roberta en el hipódromo? —preguntó Atamarie con cierta preocupación—. En fin, por lo que Roberta ha contado de él y ahora también lord Barrington... ¿No habría razones para preocuparse?

Chloé se encogió de hombros.

—Confío en el lord, él cuidará de las dos. La mitad del hipódromo es propiedad de Barrington, por no hablar de la mitad de Addington. Nadie se permitirá cometer ningún abuso. Y ya ha llegado el momento de que Rosie crezca. Pero ahora te toca a ti, Atamie. ¿Qué tal ha ido por Temuka?

Heather dejó que su sobrina hablara y Atamarie describió ilusionada su viaje. La joven habló de lo contento que había estado Richard de volver a verla y de lo mucho que le había entusiasmado el motor. Chloé escuchaba en silencio, pero de vez en cuando lanzaba una mirada interrogativa a su amiga. Parecía tener claro que la versión que hubiese contado Heather habría sido un poco distinta.

—¿Quieres volver durante estas vacaciones? —preguntó Chloé.

Atamarie jugueteó con un mechón.



—Por supuesto —respondió—. Fue bonito. Y el motor...

—¡Nada de cháchara técnica, por favor! —la interrumpió Chloé—. Los automóviles son bonitos (he viajado en uno, Heather, a lord Barrington no solo le gustan los caballos), pero me da igual cómo funcionan. Me interesa más cómo «funcionas» tú. Para ser franca, con lo loca que estás por ese chico, contaba con que te quedases ahí. ¿Fue por la muchacha? ¿Por esa «ama de llaves»?

Atamarie se puso nerviosa. Había apartado de su cabeza a Shirley. Y de hecho la joven no había vuelto a aparecer mientras ella estaba en la granja.

—No sé si tiene algo con Shirley —respondió—. Pero si lo tiene, no es nada serio. Yo... —habló deprisa, antes de que Chloé o Heather pudiesen protestar—, quiero saber qué sucede con el motor. Con el avión. Quiero que Richard haga su sueño realidad. Entonces también me...

—¿Entonces también te amará? —Fue Heather quien planteó la pregunta crucial.

Atamarie se mordió el labio.

—Entonces todo cambiará —afirmó.

Tras la breve visita a Richard, Atamarie pasó el primer mes de vacaciones en Parihaka. Ignoraba si deseaba o temía volver a ver a Rawiri. Pero para su sorpresa, el joven *tohunga* ya no estaba allí.

—¿Visita otra vez a los artífices de cometas y se sienta a sus pies para aprender más *karakia*? —preguntó Atamarie con ironía a Pania, la madre de Rawiri—. La técnica ya la conoce de sobra, nadie es capaz de confeccionar mejores cometas que Rawiri. Y nadie sabe remontarlas y dirigir las mejor que él. A no ser que quiera prescindir de las bridas para guiarlas cantando.

Pania rio. Era médica en el hospital de Parihaka y, como a Atamarie, la excesiva espiritualidad de su hijo le resultaba difícil.

—No más *tohunga*, Atamarie, cosa que agradezco por mucho que ame Parihaka y sea sensible a su espíritu. En el fondo siempre me había imaginado a Rawiri más en una universidad que cantando oraciones y haciendo cometas. Sí, ya sé, es un gran arte de nuestro pueblo, Matariki, pero ¿a plena dedicación? En cualquier caso, Atamarie, te agradezco el estímulo que le has dado para que emprendiera otra dirección. Desde que nos visitaste la última vez, Rawiri se suscribió a *Scientific American Magazine*, hizo dos cursos en la escuela de Ingeniería de Wellington y ahora se encuentra en Estados Unidos.

—¿Dónde?! —De la sorpresa, Atamarie dejó caer la nasa que estaba reparando para ir a pescar por la tarde—. ¿En América?

Pania asintió.

—En una ciudad que se llama Dayton, a saber dónde queda. Allí hay una fábrica de bicicletas, la Wright Cycle Company. Y él trabaja allí.

Atamarie frunció el ceño y recogió el trabajo.

—¿Tenía que irse a América para construir bicicletas? ¿No era suficiente con ir a Auckland? Me refiero a que... para ir a América hay que cruzar medio mundo, primero pasar por China o algo así y...

—Pasó tres meses viajando —confirmó Pania—. Y no me preguntes qué es exactamente lo que hace allí, las cartas tardan el mismo tiempo. En cualquier caso, esto es todo lo que sé.

Atamarie se encogió de hombros.

—Siempre fue extraño —observó, preguntándose si eran así todos los hombres que a ella le parecían atractivos.

La estancia de Atamarie en Parihaka transcurrió con normalidad, aunque de vez en cuando había otros jóvenes que la cortejaban. La muchacha los rechazó, no quería meterse en más líos. Después de tres semanas pescando y tejiendo, bailando y tallando jade, se hartó del espíritu de Parihaka y decidió visitar a sus parientes de Dunedin antes de empezar el curso... con lo que se permitió, naturalmente, hacer una parada en Timaru.

No le gustaba reconocerlo, pero las reflexiones de Heather y Chloé habían hecho mella en ella. Hizo caso del consejo de las dos mujeres y no apareció sin previo aviso en Temuka. Reservó una habitación en la pensión de Timaru y luego viajó, un poco triste por el gasto adicional y descontenta con el lento caballo de alquiler, hacia Temuka, donde se quedó pasmada por el cambio que Richard había experimentado. El joven la saludó lleno de energía y encantado, y no parecía decidirse por dónde llevar antes a su amiga y amante, si al pajar para enseñarle el motor o mejor al dormitorio. Mientras Atamarie había estado en Parihaka, él se había familiarizado en profundidad con el motor y ahora tenía nuevos planes para la construcción de su aparato volador. Volvía a mostrarse infatigable, era como si apenas necesitara dormir, aunque en conjunto se le veía más relajado. Atamarie no cabía en sí de contento cuando le consultó para la construcción del avión. Richard por fin había desechado la idea de un biplano y sus dibujos casi semejaban las cometas de Rawiri. Ella consideró que los de este último eran más elegantes. Cogió un lápiz y modificó ligeramente el diseño de la construcción.

—Yo añadiría más barras transversales y las colocaría en ángulo —observó—. Es bambú, Dick, el que aumente un poco más el peso no importa. Pero a cambio el avión ganará en estabilidad.

Observó satisfecha que él aceptaba la sugerencia de mejorar las barras transversales. Sin embargo, las alas permanecían estáticas, aunque el joven le explicó eufórico que la estabilidad del aparato era ahora mejor que en los modelos anteriores. Lo había probado de esta forma: aguantando el avión por solo un ala y empujándolo, y se lo enseñó a Atamarie. Una vez más, ella se quedó admirada de la enorme energía del joven. Movía el aparato casi como si no pesara nada.

—No se desvía aunque lo acelere montaña abajo. Esta vez funcionará, Atamarie, esta vez no acabará en un seto.

La muchacha así lo esperaba, aunque se rio para sus adentros al imaginar el espectáculo que Richard volvía a ofrecer a sus vecinos. A fin de cuentas, no era precisamente habitual en Temuka sacar a pasear un avión como si fuese un perro.

—Lo llaman la Bestia —contó Richard riéndose, cuando Atamarie le hizo un comentario al respecto—. Y no queda otro remedio que volar, o me convertiré en el hazmerreír de todos.

Atamarie se alegró de que el joven consiguiera reírse de sí mismo. Richard parecía satisfecho y seguro de sí mismo y se desenvolvía mejor en la vida cotidiana, incluso sin Shirley. Desde la nueva visita de Atamarie, la otra muchacha se mantenía alejada, pero la casa no estaba ni la mitad de desastrada que antes. Por supuesto, la cocina y la habitación mostraban las huellas de una administración masculina —Atamarie tuvo que fregar y cambiar las sábanas antes de sentirse más o menos cómoda—, pero ese era el aspecto que ofrecía la casa de cualquier soltero.

Hamene seguía encargándose del trabajo en la granja. El joven maorí hizo un gesto de pesar

cuando Atamarie le preguntó por Shirley.

—Richard la despidió —respondió—. O ella misma se fue, no lo sé bien. El señor Pearse está enfadado por eso y su esposa...

Atamarie prestó atención. Por lo visto, Hamene había presenciado una pelea familiar.

—¿Sí? —preguntó interesada—. ¿Qué dice?

El maorí levantó las manos resignado.

—No entiendo bien el inglés —admitió—. Solo comprendo la mitad. Pero decían que Richard era un desagradecido. Y que Shirley estaba ahí cuando él la necesitaba, pero que tú...

—¡Ya, ya, a mí me habían desterrado! —señaló Atamarie sarcástica—. ¡Pero me habría gustado quedarme con él!

Hamene lo miró con seriedad.

—A ti no te habría gustado —dijo.

Atamarie frunció el ceño.

—¿Qué? —preguntó.

Hamene se pellizcó el labio inferior.

—Sucedió... bueno, viendo cómo estaba Richard después de salir del hospital... estaba como... como muerto... No hacía nada. Nada en la granja, nada en el pajar. Tampoco hablaba con los dioses. Solo se quedaba ahí sentado. Waimarama decía que la oscuridad lo había envuelto. Rezó por él.

—¿No hacía nada de nada? —se sorprendió Atamarie.

Apenas podía creérselo. No por el exceso de celo y la falta de sueño de Richard, por la enorme energía que ponía en sus planes, por la abundancia de ideas que siempre había tenido. Pero, por otra parte... en seis meses no había escrito ni una sola vez a Atamarie.

—Fuera como fuese, entonces llegó Shirley —siguió contando Hamene—. Y lentamente fue mejorando. ¡Pero ahora ella se ha ido!

—Pero ahora Richard me tiene a mí. ¡Ya no la necesita!

Hamene la miró escéptico, pero calló.

En adelante, Atamarie fue con más frecuencia a Temuka, incluso después de las vacaciones de la universidad. Observaba contenta cómo avanzaban los trabajos en el avión. Richard ya no se mostraba tan irreflexivo como un año antes, sino que sometía el aparato a exámenes interminables antes de hacer una nueva prueba. Peterson puso los ojos en blanco cuando observó al Raro, como le seguía llamando, en la dehesa de los caballos. Dejó que el aparato descendiera por una colina, corrió detrás y maniobró la palanca de control con las riendas que había atado.

—¡A lo mejor esa cosa tira al menos del arado algún día! —se burló cuando Richard lo saludó jadeante. Luego vio a Atamarie—. Ah, la señorita Turei ha vuelto. —La joven seguía desde la colina el ensayo de Richard—. Parece darle alas a la imaginación, ¿no?

Atamarie no respondió, seguía castigando a Peterson con el desprecio y le disgustó que la hubiese visto. En sus últimas visitas no se había tropezado con ningún miembro de la familia de Richard ni con sus vecinos, pero ahora empezaría los cotilleos. No había nada que hacer, y Atamarie tampoco quería esconderse. Sugirió que el primer intento de vuelo se realizara con público en la calle Mayor del pueblo.

—Al menos es bastante regular —señaló, y propuso empezar delante de la escuela, que estaba

en medio del pueblo, y que todos lo presenciasen.

Richard tenía miedo del público.

—No quiero que se rían si vuelvo a fracasar —explicó—. Lo mejor es que lo hagamos en secreto.

En esos momentos, poco antes del gran acontecimiento, volvía a dudar de sí mismo. También, seguramente, porque su padre había vuelto a reprimirlo. A Digory Pearse no le habían pasado inadvertidos las carreras de resistencia y los intentos de su hijo de pilotar la Bestia.

Atamarie puso los ojos en blanco, mientras recogía la mesa. Había preparado la comida para Richard y comido con él, contenta de que el joven volviera a dedicar tiempo a ello. En las últimas semanas se había preocupado de verlo tan entusiasmado con su trabajo que ni comía ni dormía lo suficiente.

—¿En secreto, Richard? ¿El primer vuelo en un avión con motor? Richard, ¡ese día estarás haciendo historia! Tu nombre saldrá en todos los periódicos y en el futuro probablemente en los libros de texto y enciclopedias. Pero para eso necesitas testigos. Incluso es aconsejable que te busques a un fotógrafo e invites a los periodistas. ¡Esto hay que documentarlo! ¡Incluso deberíamos poner un nombre al avión!

Richard resopló.

—¿Un nombre? Deja de decir tonterías. Es una máquina. ¡No un perro o un caballo!

—Pero a los barcos también se les bautiza —protestó Atamarie—. Y a los zepelines. La gente tendrá que acordarse de tu avión, sería bonito que apareciera un nombre en el periódico.

Se mordió el labio y sofocó ese sueño que apareció en su mente de que Richard tal vez llamase al avión «Atamarie» o al menos «Salida de Sol». Pero el joven negó con la cabeza.

—¡Pamplinas! —exclamó—. Y, además, lo primero es lograr que despegue, antes de que se publique algo en el diario. Primero déjame conseguirlo, y luego, por mí, ¡puedes contárselo al mundo entero!

Richard se empeñó en ello, pero consintió en realizar el experimento en una vía pública, aunque no justo en medio del pueblo, sino a las afueras, por encima de su granja. Dejaría que el avión descendiera pendiente abajo después de haber encendido el motor y luego despegaría si tomaba suficiente impulso. Atamarie pensaba que funcionaría, aunque ella habría cambiado algunas menudencias en la construcción con las que él no estuvo de acuerdo. Últimamente, Richard volvía a estar susceptible ante las críticas, y Atamarie nunca sabía cómo abordarlo. Pero ahora por fin celebraría su triunfo y era presa de la euforia. Aunque Atamarie estaba más bien distraída, la noche antes del nuevo intento de vuelo, Richard la llevó de un clímax a otro: una vez más parecía ser otro que el hombre indeciso y malhumorado de los últimos días.

Y por fin llegó la gran fecha. Ambos aprovecharon la mañana para hacer las últimas pruebas. Hacia el mediodía, Richard arrastró el avión hasta lo alto del cruce anterior a la escuela, el lugar que había propuesto Atamarie. La clase acababa de terminar y los dos tenían un público agradecido. Y pronto se unieron nuevos espectadores cuando Richard hizo los primeros intentos de arrancar el motor. Atamarie se quedó horrorizada cuando no funcionó a la primera. En la última prueba todo había ido bien, pero ahora la máquina rugió un par de veces de mala gana para volver a apagarse.

La joven gimió.

—¿Qué combustible le has puesto, Dick? ¿Una mezcla nueva? ¡Oh, no, por favor, habíamos quedado en que no harías más experimentos! ¡Ahora hay que limpiar las bujías! ¿Lo hago?

Se miró apenada de arriba abajo. Para ese día memorable se había puesto un vestido sencillo y limpio, color verde claro. Un vestido reforma, una de las creaciones de Kathleen que resaltaba su silueta. Con sus ojos y su cabello rubio le quedaba precioso, y además llevaba un sombrerito a juego. No se vería demasiado exótica si alguien hacía una foto y esperaba mantener a raya los rumores de sus vecinos. Ese día tenían que concentrarse en la prueba de vuelo de Richard y no en la mujer que estaba a su lado, pero seguro que, pese a todo, hablarían de ella si presenciaba el triunfo de Richard con un vestido manchado de aceite y arrugado.

—¡Ya me encargo yo! —aseguró el joven.

Casi parecía irritado, como si el ofrecimiento de Atamarie le hubiese dolido. Sin embargo, no era la primera vez que ella limpiaba las bujías y se ocupaba de cambiar el aceite. Sabía hacerlo tan bien como él, pero por lo visto no quería que lo supieran sus vecinos, que seguían acercándose al lugar del acontecimiento; las primeras bromas no se hicieron esperar. No era de extrañar, pues Richard hacía arreglos en el motor delante de todos mientras Atamarie intentaba dar conversación. Era penoso estar hablando con Peterson y Hansley sobre el tiempo, mientras Richard se iba poniendo más nervioso. Por añadidura, Atamarie empezó a preocuparse del viento que empezaba a soplar. Influiría en el comportamiento del avión, ¿qué era este si no una cometa dirigible respaldada por un motor?

Atamarie pensó que sería mejor no arrancar en dirección de la granja de los Pearse, sino en la dirección contraria, pero no quería sugerírselo a Richard, bastante nervioso estaba ya. Y, entonces, cuando ya nadie lo esperaba y la multitud de espectadores empezaba a dispersarse, el motor arrancó de repente.

Richard saltó al asiento del piloto —también ahí había introducido mejoras: una mayor movilidad del asiento evitaría heridas si se producía una caída— y la máquina se puso en marcha. Los espectadores corrieron detrás del aparato y vieron emocionados cómo se levantaba por los aires. Atamarie no pudo contenerse. Perdiendo los modales propios de una señorita, gritó de entusiasmo cuando el avión, ligero como un pájaro, se elevó unos cuatro metros del suelo. Entonces, de pronto, cabeceó bruscamente. Richard manejaba el timón de profundidad, intentando elevarse más.

—¡Espacio, Dick! —gritó Atamarie, aunque sabía que él no podía oírla—. No cojas un ángulo tan inclinado o perderá estabilidad y...

Sucedió mientras ella todavía gritaba: el morro de la máquina se levantó y el aparato se desequilibró, aún más por cuanto el viento lo golpeaba lateralmente. El avión entró en barrena, cayó y aterrizó... en un seto de retama. Los espectadores, enmudecidos de asombro, prorrumpieron en una sonora carcajada.

—¡Ese seto tiene una fuerza de atracción irresistible! —Rio Peterson—. ¡Venga, vamos a sacarlo de ahí!

Los granjeros emprendieron tranquilamente el descenso rumbo a la granja.

—¡Pero esta vez ha volado! —exclamó Atamarie—. Lo han visto todos, ¿o no? ¡Esta vez ha volado!

Hansley se echó a reír.

—Sí, esta vez ha volado. Pero, no se lo tome a mal, señorita, si todos los pájaros aterrizasen de esa manera, ya se habría extinguido la especie. —Los otros rieron con él.

—Nuestro Dicky tiene más de kiwi que de golondrina —renegó otro vecino. El kiwi era un ave corredora y ciega.

Atamarie se temía lo peor. Incluso después del exitoso despegue, Richard no lo tendría fácil en ese entorno. Y encima parecía haberse hecho daño. Se sujetó el hombro cuando Peterson y Hansley lo sacaron del avión. Este apenas se había dañado, como comprobó a primera vista Atamarie. Decidió no tener en cuenta a los burlones espectadores y cogió del brazo a su amigo.

—¡Lo has conseguido! —dijo, intentando manifestar su alegría, pese a que la postura encorvada del joven y su mirada vacía no presagiaban nada bueno—. ¡Has volado, Richard! ¡Eres el primero que lo ha conseguido! El avión ha despegado. Con la potencia del motor...

—No he volado —objetó él.

Casi parecía indiferente. Y tampoco reaccionaba al contacto de Atamarie. Con la mirada ausente dejó que Peterson lo arrastrase hasta su carro.

—Mejor te llevamos al hospital, creo que te has roto algo.

Atamarie lo intentó una vez más.

—¡Pero si todos lo han visto, Richard! Todos pueden dar testimonio de ello. Has...

—No he volado —murmuró el joven.

Atamarie se quedó mirando desconsolada cómo los hombres se lo llevaban.

—Repítalo, señorita Turei. Y ahora despacio, desde el principio y con todo detalle. ¿Richard Pearse ha montado nuestro viejo motor Otto en un avión y este ha despegado?

El profesor Dobbins condujo a Atamarie a su despacho. En ese momento iba a dar una clase, pero los estudiantes tendrían que esperar.

Atamarie lo siguió, aliviada y contenta por su interés. Desde el ensayo de vuelo del martes anterior, empezaba a dudar de su razón o, cuando menos, de su percepción de la realidad. Un hombre había hecho historia, pero a los testigos no se les ocurría otra cosa que partirse de risa porque había aterrizado en un seto. Los padres de Richard lo martirizaban con sus reproches después de que hubiese ido a parar de nuevo al hospital, esta vez con la clavícula rota. Y el propio pionero del vuelo afirmaba que no había volado.

La familia de Richard había ignorado a Atamarie en el vestíbulo del hospital, donde esperaba noticias de su amigo. El médico le comunicó de forma sucinta que el señor Pearse no deseaba recibir visitas, pero dejó entrar a Shirley, que llegó con sus padres, aparentemente tan irritada como los Pearse.

Atamarie no había sabido nada más y se había marchado a su pensión de Timaru. Al día siguiente decidió volver a Christchurch y contarle a Dobbins su aventura. El profesor no mencionó su ausencia durante las clases, al contrario, estaba fascinado por el éxito de Richard.

—¡Es increíble! —exclamó emocionado Dobbins—. ¡Y seguro que usted también tomó parte en ello, señorita Turei, no lo niegue! Pero ¿cómo es que me entero ahora, si sucedió el martes pasado? ¿Tendría que haber salido ya en los diarios! Con imágenes, a ser posible. ¿Hizo alguien fotografías? Estas cosas hay que acreditarlas, señorita Turei, bien que lo sabe usted.

Ella asintió y decidió confiarse a su profesor. Le contó las preocupaciones de Richard antes de la prueba, su incapacidad para paladear su triunfo y, sorprendiéndose a sí misma, los cambios de humor y los problemas familiares de su amigo.

Dobbins solo se encogió de hombros. Era un docente, no un padre espiritual. Sin embargo, era consciente de los problemas de Richard.

—Pearse siempre fue... bueno, tendía a la melancolía —comentó para sorpresa de Atamarie, cuando volvió a mencionar la extraña reacción del joven tras su intento de vuelo—. Suele pasarles a los genios, una baja autoestima y, luego, la consecución de grandes logros. Y, sin duda, él es un genio. Quizás habría que explicárselo a la familia. No quiero ser indiscreto, pero son ustedes pareja, ¿verdad? Tendrá que luchar para que tenga los pies sobre la tierra, señorita Turei, y nunca mejor dicho en este caso, para que pueda intentarlo de nuevo, esta vez con pleno éxito. ¿Me ha dicho que el avión tampoco resultó muy dañado? Y si lo está, tiene que repararlo y hacer un nuevo intento delante del mundo, no solo delante de un puñado de trogloditas de Waitohi. Avise a la prensa, pero en ningún caso al *Timaru Times* o como se llame ese periodicucho, sino a *The Press* de Christchurch, al *Otago Daily Times* y a los periódicos de Wellington y Auckland. Ahora ya sabe que el aparato despega, o sea que no se corre ningún riesgo avisando a los periodistas. Convierta la prueba en todo un acontecimiento, Atamarie, antes de que alguien se adelante a Richard. El vuelo motorizado está... —Dobbins sonrió, pero prosiguió enfático— en el sentido estricto de la palabra, en el aire. Hay otros que trabajan también en ello. Así que retrate a su novio y documente que él fue el primero.

Atamarie suspiró. Miró la expresión radiante del profesor y recordó los ojos vacíos de Richard.

«No he volado...»

¿Cómo iba a presentarlo así ante la prensa mundial?

Dejó pasar otro fin de semana antes de volver a Timaru. No sabía cuánto tiempo tardaba en curarse la fractura de una clavícula, pero no era una herida grave. Richard seguramente estaría de nuevo en su granja, a no ser que sus padres se lo hubiesen llevado a la suya para que se restableciera. Sin duda, su madre habría querido ocuparse de él. Atamarie se resignó a sufrir una nueva decepción, pues no quería pelearse con la familia de Richard. En caso de duda, se limitaría a dar media vuelta y coger el tren nocturno. Para estar más segura, iba a volver a coger una habitación en Timaru, pero se sorprendió cuando eso no le resultó tan fácil.

—Solo puedo ofrecerle un aposento muy incómodo, señorita Turei —le dijo la patrona de la pensión donde solía hospedarse. Era cordial y discreta, y nunca había hecho el menor comentario respecto a que la joven no pasara la mayoría de las noches en la habitación que pagaba—. Y se lo digo porque se ha convertido usted en una clienta fiel y no quiero echarla. Pero tendría que haber hecho una reserva para este fin de semana. Es el mercado anual con la feria agrícola, ya sabe, lo premian todo, desde el mejor toro de cría hasta la calabaza más grande. Todos los campesinos de la región están aquí y el que vive lejos se permite, por una vez, una habitación.

Timaru era el centro de un distrito rural que alcanzaba hasta el pueblo de Waimate, casi a sesenta kilómetros de distancia. No valía la pena recorrer de vuelta un camino tan largo, sobre todo si además había que llevar toros de cría y calabazas.

Atamarie dio las gracias tanto a la patrona de la pensión como a la fecha. Richard no iría a Timaru para exhibir un producto agrícola. En cambio, Joan Peterson, al menos, seguro que se moriría de ganas de ver la exposición de calabazas. Asimismo, los Hansley, Shirley y su madre tendrían alguna verdura gigante que exponer y, con suerte, los padres de Richard y sus hermanos también. Atamarie tendría a su amigo para ella sola. Complacida, emprendió el camino a lomos de un caballo alquilado, contenta de volver a la casa de Richard, pero también lamentando la oportunidad perdida: el mercado anual de Timaru habría sido el acontecimiento ideal para mostrar el avión de Richard a una multitud. Había colinas suficientes alrededor de la población. En fin, Atamarie entendía que tenía que volver a estimular a Richard antes de que ambos intentaran volar una segunda vez. Decidió dar gracias por las cosas sencillas y suspiró aliviada cuando no encontró ni el carro de Peterson ni el de Digory Pearse en la granja. Richard todavía no había guardado el avión. La Bestia aún colgaba del seto de retama.

Ya a primera vista la granja ofrecía un aspecto abandonado, pero Atamarie descubrió a Hamene trasteando en un cobertizo. Estaba arreglando un arado, lo que alarmó a la joven: ¿desde cuándo Richard dejaba en manos del joven maorí el cuidado de sus utensilios? Por lo general no se ocupaba de la granja, pero sus máquinas siempre se habían encontrado en buen estado.

Atamarie ya iba a dirigirse hacia el muchacho, cuando vio a Waimarama. La anciana maorí salía en ese momento de la casa.

—La he llamado yo —dijo Hamene, dirigiendo a Atamarie una mirada que pedía comprensión—. Pensé que ella podría ayudar. Porque Richard otra vez... bueno, no hace nada, ¿comprendes?

Atamarie también comprendió que Hamene había aprovechado la ausencia de la familia de Richard para actuar por su propia cuenta. Pero ¿para qué necesitaría Richard a una sanadora maorí?



En ese instante, se inclinó respetuosamente ante la anciana. Waimarama la examinó con la mirada.

—Has vuelto —dijo—. ¿Piensas quedarte?

Atamarie hizo un gesto de ignorancia.

—Me temo que no me lo van a pedir. Pero quiero... Waimarama, da igual lo que él diga ahora y cómo le vaya. Lo que importa es que voló. Sí, solo unos trescientos metros, pero...

—Él ansiaba la luz, pero su camino le lleva a la oscuridad —sentenció Waimarama—. Quizá los dioses no quieran compartir el cielo con él...

Atamarie tragó saliva. Rawiri se había expresado de igual modo. Pero, naturalmente, era absurdo.

—A lo mejor los espíritus tienen con ese seto una relación enfermiza —contestó burlona—. Deberíamos conjurarlos para que no lo atraigan siempre con su magia. Richard voló, Waimarama, no cabe la menor duda. Y debería estar orgulloso de ello en vez de estar triste. Está triste, ¿no? ¿O he entendido mal a Hamene?

Waimarama alzó las manos en un gesto de impotencia.

—Ahora mismo está demasiado débil para vencer la oscuridad.

Atamarie suspiró.

—Debería hacer un esfuerzo —observó—. ¿Está en casa? Voy a tratar de animarlo.

Avanzó hacia la casa con toda la confianza en sí misma de que era capaz. Sin embargo, no estaba segura de salir airosa. Y el aspecto de Richard no presagiaba nada bueno. El joven se hallaba sentado a la mesa de la cocina, leyendo un número de *Scientific American*, pero no parecía enterarse de lo que ponía. Más bien miraba las líneas como dos semanas atrás había mirado el avión y el rostro emocionado de Atamarie.

—¡Atamarie! —Richard levantó la vista cuando ella entró, pero no hizo ademán ni de levantarse ni de ir a abrazarla y besarla—. ¿Vienes a ayudarnos otra vez en la cosecha? Pero la cosecha ya ha terminado. Ahora tenemos que labrar y pagar el arrendamiento... y la siembra...

La joven se dirigió resuelta hacia él y lo besó, aunque solo en las mejillas... Richard olía mal, como si no se hubiese lavado en dos semanas. Y vestía una ropa arrugada y sucia. Eran nuevos indicios de abandono. La limpieza de la casa y la granja se debía a Hamene y tal vez a Shirley.

—¡La cosecha ya había pasado antes de que volases! —recordó Atamarie con energía—. Y por el otro tema, ya no tienes que preocuparte. Dobbins dice que cuando se empieza a correr la voz del avión motorizado te harás famoso.

Richard esbozó una leve sonrisa.

—Pero no volé. Solo di un par de brincos. Es lo que dice Peterson, Atamie. Un par de brincos. Como las otras veces. Yo...

La paciencia no era una de las virtudes de Atamarie, que sintió encenderse la rabia en su interior.

—¡Richard, lo que diga Peterson es irrelevante! Tienes que repetir la prueba de vuelo. Tienes que mostrarlo de otro modo. Lo mejor es delante de la prensa. Pero si tú no te atreves... ¡invita a Dobbins! —Acababa de ocurrírsele la idea y se felicitó por ello. ¿Cómo no lo había pensado antes? Podría haberse traído al profesor en ese mismo viaje—. Y a sus estudiantes también. ¡Si la mitad de la Universidad de Christchurch te ve volar, nadie podrá negarlo!

«Ni siquiera tú», pensó. Pero Richard se limitó a sonreír levemente.

—No volé —repitió.

Waimarama entró antes de que Atamarie replicara.

—No es importante para él —apuntó a media voz—. Ahora no es importante. Tiene que encontrar el camino para salir de la oscuridad, Atamarie. Quieres hacerlo famoso, lo entiendo, no soy tonta... —Waimarama señaló la revista que descansaba sobre la mesa—. No sé mucho inglés y apenas puedo leer. Pero sé de qué se trata, y lo importante que es para los pakeha que un avión se levante en el aire. Y que nadie lo haya hecho antes...

Atamarie asintió complacida.

—Pero entonces también entiendes que ahora tiene que reaccionar. Tiene que enseñar al mundo que...

—Tiene que encontrar el camino de salida de la oscuridad —repitió Waimarama. —La anciana sacó unas hierbas, por lo visto pensaba liberar a Richard con un encantamiento.

Atamarie se rindió. Si seguía discutiendo se volvería loca. Conocía a los maoríes: Waimarama repetiría una y otra vez su diagnóstico, exactamente como Richard insistía en no haber volado. Atamarie necesitaba un poco de aire fresco.

—Voy a echar un vistazo al avión —anunció a Richard.

Esperaba que él reaccionase de algún modo, pero el joven volvió a bajar la cabeza sobre la revista. Atamarie salió antes de que él llegara a negar la existencia de ningún avión.

Salió a un día claro de principios de otoño. Brillaba el sol pero el día era fresco, el cielo estaba azul salvo por un par de nubes algodonosas y, sorprendentemente, no soplaba nada de viento. Por la mente de Atamarie pasó el fugaz pensamiento de que era un día ideal para intentar volar. Con un día así, Richard no habría perdido el control de la máquina. Inmersa en sus reflexiones, dio una vuelta alrededor del tristemente célebre seto de retama y contempló el avión desde el otro lado. De hecho no había nada roto. Las flexibles varas de bambú habían amortiguado el aterrizaje en el seto, solo el revestimiento de lona sujeto mediante alambre a las barras y al bastidor se había soltado en un sitio. Atamarie lo reparó en unos minutos. Luego tiró del avión para sacarlo del seto. Era ligero, ella podía moverlo sin esfuerzo.

Fascinada, volvió a maravillarse ante esa construcción y se quedó embelesada sobre todo con el motor y la hélice de ocho palas. Atamarie se sentó en el asiento y observó esa pequeña maravilla. Había ayudado a Richard a construirla. Y había sido idea de ella colocar delante el motor. Comprobó el alerón y el timón de profundidad. Sabía cómo manejar los dos, había visto los planos. En realidad, no se diferenciaban tanto de las cometas de Rawiri.

«Me gustaría que remontaras mi manu. Tus manos acariciarían los cordeles, ella obedecería tus gestos más ligeros y llevaría tu mensaje a los dioses...»

Las dulces palabras de Rawiri acudieron a su mente. Y su conmovedor voto de confianza cuando realmente puso en sus manos los aho tukutuku, los cordeles primorosamente confeccionados con lino con que se dirigían las enormes cometas. La manu se había elevado como un pájaro, se sostenía vertical en el aire, y Atamarie había realizado maniobras rapidísimas con ella. El avión de Richard, por el contrario, se mantenía mejor en posición horizontal.

—Te llamaré Tawhaki —dijo al aparato, mientras tiraba de él cuesta arriba para bordear el seto y llevarlo al pajar—. Como el dios que transfirió el conocimiento a los seres humanos.

El avión se desplazaba ligero a su lado. No eran necesarios caballos para tirar de él cuesta arriba... Atamarie se mordió el labio cuando se le ocurrió una idea osada. Nadie la vería si tiraba del avión hasta el cruce que había delante de la iglesia... La escuela estaba cerrada y los vecinos habían

acudido al mercado anual. Incluso si alguien lo presenciaba... desde lejos tomarían su traje de montar azul por el suéter azul de Richard... Además, la gorra de Richard estaba en el avión: ocultaría su cabello debajo.

Atamarie tembló de emoción, y en realidad no había nada que se opusiera a que volviese a probar ese día el avión. Podía repetir el vuelo de Richard, confirmarle que no había fracasado. Pero tampoco iba a apropiarse de su fama, nadie la reconocería.

Arrastró con determinación el aparato hasta lo alto de la colina. Esperaba que el motor arrancase... Habría sido mejor comprobarlo en el taller otra vez, pero corrió el riesgo. Si no funcionaba, mala suerte.

De hecho, el motor rugió sin vacilar cuando la joven lo arrancó. Enseguida se puso en marcha. Richard debía de haber estado nervioso cuando lo arrancó aquel día, probablemente había cometido algún error. Atamarie se agarró fuerte al asiento y se dio impulso con el pie en el suelo para poner el artefacto en movimiento. Se desplazó despacio y tuvo tiempo de sentarse y controlar el avance. Atamarie contuvo la respiración cuando la máquina aceleró más y más, y luego aprovechó de forma instintiva el momento oportuno. Tiró del timón de profundidad y despegó. Tawhaki se elevó despacio por el aire, alcanzó una altura de unos cinco metros y se mantuvo allí sin dificultad. Atamarie intentó conservarlo en equilibrio, pero consideró que era demasiado peligroso volar por la carretera. Si alguien le venía de frente o no conseguía aterrizar y chocaba contra la granja de Peterson... Se puso a reír nerviosamente cuando pensó en las calabazas de Joan.

Pero entonces apareció ante sus ojos el seto de retama y Atamarie decidió romper el encantamiento de aquellas matas. Accionó el alerón y se quedó atónita cuando la máquina obedeció, ascendiendo un poco más... Levantó a Tawhaki un metro más y gritó de júbilo cuando la máquina pasó por encima del seto. Esa vez fueron las cabras y caballos del propio Richard los que huyeron asustados hacia el establo cuando el avión llegó al patio vallado. Atamarie lo hizo descender despacio y lo depositó en el paddock en que Richard había practicado su pilotaje. Ahí el suelo era regular y ascendía ligeramente. Tawhaki se deslizó con suavidad hasta pararse. Atamarie resplandecía de alegría cuando se bajó.

Hamene y Waimarama la miraban boquiabiertos.

—¿Qué estáis mirando? ¡Ya os he dicho que iba a guardar el avión! —les gritó Atamarie.

Hamene rio.

—¿Has llevado un mensaje a los dioses? —preguntó. Era una broma, naturalmente, para hablar con los dioses habría tenido que subir más.

Atamarie señaló el seto.

—¡Les he sacado la lengua a un par de espíritus insolentes! —contestó.

Waimarama no sonreía. Miró con seriedad la cara triunfal de la joven.

—No se lo digas —le pidió—. No le ayudaría. Eso lo arrastraría a una oscuridad todavía más profunda.

Atamarie no le contó a nadie que había volado, aunque se moría de ganas de hacerlo. Pero no podía presumir de ello ante Dobbins, y su propia familia seguramente la habría tomado por loca. Al día siguiente, cuando partió hacia Christchurch, se le ocurrió una persona que tendría interés por la

noticia pero que no la delataría.

«Sé —escribió al **tohunga** maorí Rawiri— que no tendría que haberlo hecho, pero fue fácil y todo me resultó casi natural.» Atamarie creía oír la voz amable y oscura del joven diciéndole: «Claro que fue fácil, tu espíritu entonó la canción oportuna. Los dioses te han dado la bienvenida, Atamarie Parekura Turei. Eres una elegida.»

Al principio, Doortje van Stout no tomó ninguna decisión. Ya el día después de su desvanecimiento se levantó y volvió a colaborar en el hospital. El doctor Greenway le encargó unas tareas ligeras y, al estar encinta, le dieron raciones más abundantes de comida. Doortje aceptó en silencio un trato especial. Ahora, pasado algún tiempo, se le aclararon algunas cosas. Esa hambre voraz de la que se había avergonzado, el cansancio constante y la irritabilidad. Todos eran signos de un embarazo. Si hubiese caído en la cuenta antes... De todos modos, Cornelis no se habría casado con ella. En cuanto se hubo proclamado de forma oficial el desmantelamiento del campo y la liberación de los prisioneros de guerra, se había marchado con su Daisy, pletórico de alegría, rumbo a Pretoria. Entretanto, también los últimos destacamentos bóers se habían retirado y en mayo se firmarían los tratados definitivos de paz. Doortje se habría quedado sola tanto con niño como sin él.

Pese a todo, no concebía tener que marcharse de su país para seguir a Kevin a un mundo desconocido. Y desde luego no estaba dispuesta a hacerlo de buen grado. Habría sido impensable, una traición a su pueblo y a su familia, a todos los valores que le habían inculcado, a su Iglesia, que la expulsaría cuando su vientre aún se redondeara más. Las mujeres del campo ya empezaban a evitarla. Las mujeres honradas hablaban a sus espaldas, las putas se le reían en la cara. Doortje era consciente de que Kevin esperaba su respuesta y que debía decidirse. Y los soldados habían empezado a desmantelar el campo. Cada día se esperaba la llegada del nuevo comandante.

Apareció un fin de semana en que Roberta y Vincent Taylor se habían ido de safari por el veld. También los acompañaban Jenny y varios oficiales ingleses, contentos de poder contemplar por fin en paz la naturaleza de esa tierra fascinante. Kevin y los otros Rough Riders habían visto más que suficiente mientras patrullaban con sus caballos, pero muchos hombres habían pasado casi toda la guerra en Karenstad y no querían regresar a sus hogares sin haber estado al menos una vez frente a un león. Para evitar que la exaltación de esos curiosos provocase una reacción violenta en los animales, Vincent había contratado a varios zulúes de Karenstad II como guías. Los **boys** no solo se manejaban como rastreadores, sino que hicieron más agradable el safari a los participantes montándoles las tiendas y cocinando para ellos.

Ese día, en el hospital cocinaban las auxiliares de enfermeras. Doortje estaba sentada delante de la casa pelando patatas. El aire caliente y sofocante del hospital cada vez la molestaba más y prefería evitar a las demás mujeres. De todos modos, Antje Vooren todavía hablaba con ella, mientras las demás cotilleaban sobre la supuesta puta de los **tommy**. Sin embargo, todavía debía de haber mujeres en el campo que se acordaran de Johanna y de lo que les había ocurrido a ella y Doortje en el carro que las transportaba a Karenstad. Probablemente fuesen pocas, muchas no habían sobrevivido a los seis meses de encierro, y las otras habían visto tanta pena, enfermedad y muerte que ni pensaban en el martirio que habían sufrido las dos jóvenes. Al menos no contaban los meses, y el vientre de Doortje apenas estaba abultado. La mayoría de las mujeres partía de la suposición de que el niño había sido engendrado durante la estancia en el campo, posiblemente mientras la madre y los hermanos estaban muriéndose. Recientemente ocurría incluso que las mujeres escupían delante de Doortje cuando se cruzaba con ellas. La joven no soportaría mucho tiempo más una situación así.

Empezó a trocear las verduras para el potaje y se esforzó por espantar las impertinentes moscas que volaban a su alrededor. Doortje se quedó helada cuando con el rabillo del ojo vio que un gran

caballo negro se detenía delante de la casa del director del campo. Un hombre rubio desmontó. Inseguida reconoció la silueta, incluso sin alcanzar a ver su rostro. Los movimientos precisos del coronel se le habían quedado grabados, sus gestos seguros, su andar veloz y militar. La manera de detenerse firme... un soldado de caballería, un oficial... pero nada que ver con un caballero.

Doortje dejó caer las patatas que iba a cortar y se puso en pie.

Kevin estaba ocupado archivando documentos. No era su intención dejar el campo en un estado tan caótico como lo había heredado de su antecesor, incluso si el director provisional, como era de esperar, solo sería responsable de su desmantelamiento. Pero quien quisiera conocer la historia de Karenstad, encontraría sus apuntes. Completos y sin embellecimientos. Un día, de eso estaba seguro, el arresto de las mujeres y niños en esa guerra sería calificado de crimen.

El médico apenas levantó la vista cuando llamaron a la puerta. Ya abriría Nandé. Suspiró al pensar en la chica negra. También habría que encontrar una solución para ella. Kevin esperaba que los zulúes no echaran a los miembros de la tribu que no tuvieran familia; pero, por otro lado... ¿quedaban todavía tribus que vivieran según las tradiciones ancestrales? ¿Y se adaptaría Nandé después de haber vivido siempre en una granja de blancos? En ese momento oyó su nítida y amable voz.

—¡Bienvenido, **baas** coronel! Nosotros esperarle. Yo le anuncio al doctor, ¿sí?

Una risa grosera se oyó por respuesta.

—Vaya, hombre, esta sí que es una amable bienvenida. No contaba yo con que el viejo Drury me recibiera así. Y qué bomboncito más simpático... ¡negro y dulce! Ya veo cómo el doctor se ha endulzado aquí la vida. ¿Te quedarás conmigo cuando lo releve?

Kevin sintió un escalofrío en la espalda. Dejó a un lado la pluma y se levantó. La voz de Nandé tenía ahora un deje de temor.

—Yo... yo no entiendo, **baas** coronel... yo anunciar...

Kevin abrió la puerta del despacho e intentó tranquilizar a la joven con una sonrisa.

—Está bien, Nandé, ya puedes marcharte. Ya no te necesitamos.

Entonces miró la cara destrozada y los hermosos ojos castaño verdosos de Colin Coltrane.

—¿Usted? —preguntó.

Colin rio.

—Pues sí, volvemos a vernos, doctor Drury. Pero no se preocupe, no estoy enfadado con usted, los pequeños trastornos a causa de esos granujas muertos son cosa del pasado. Aniquilamos los dos destacamentos siguientes y los peces gordos de Pretoria inseguida volvieron a tomarme cariño. En general, ha sido una guerra bonita. Nada de empalizadas, nada de cañonazos zumbando en los oídos de uno... solo campesinos tontos que se cazan como conejos. Y un país simpático... Me quedaré por aquí. A fin de cuentas, serán necesarios unos años de presencia militar hasta que estos tipos por fin se hayan amansado. —Rio irónico—. A lo mejor hasta me instalo aquí. Les vendo a los bóers un par de caballos decentes y me busco una chica bonita. Aquí hay bastantes.

Kevin lo miró con odio.

—¿Es usted quien va a encargarse de la dirección del campo y de repatriar a las familias? ¿A quién se le ha ocurrido? Protestaré por ello, Coltrane. Aquí están las esposas y los hijos de los

hombres que usted ha matado.

Coltrane se encogió de hombros.

—Así se hace en la guerra. No encontrará ningún regimiento de caballería que no haya disparado contra ningún bóer.

—Destruyó las granjas de esa gente quemándolas. ¡Le reconocerán!

Kevin se sentía desamparado. Coltrane tenía razón, no había ninguna razón sólida para retirarle esa misión a él y su destacamento de Rough Riders. Sin embargo, todo él se oponía a abandonar a las personas que habían estado a su cargo a los caprichos de Colin Coltrane.

—Entonces ya saben lo que les espera si cometen tonterías —respondió tranquilamente Colin—. No obstante, soy un caballero, doctor Drury. Sé cómo tratar a las mujeres. Pregunte si no a su hermana, a la fascinante Matariki.

Kevin tuvo que dominarse para no atizarle un puñetazo en la cara. Probablemente habría salido perdiendo: Coltrane era, sin duda, un matón experimentado.

Coltrane fingió no darse cuenta de la rabia impotente de su interlocutor.

—Bien, enséñeme el lugar —pidió con calma—. Podemos empezar con su hospital, será lo primero que desmantele.

Kevin lo siguió como anonadado. Tenía que ocurrírsele algo. Acompañaría a la caravana... pero no podría estar en todos los sitios. E ignoraba de qué tenía que proteger a las mujeres y niños en realidad. Coltrane era oficial, licenciado por Sandhurst. Debía de saber controlar a sus soldados, si es que quería...

Salieron al sol abrasador de África. Kevin pestañeó deslumbrado y observó la imagen pacífica que se le ofrecía. Delante de la tienda de las auxiliares negras, donde Greenway había alojado a las ayudantes blancas y sus familiares, jugaban unos niños. Kevin reconoció a dos de los hijos de Antje Vooren y a dos chicas mayores; la mujer estaba dentro protegiéndose del calor del mediodía. En el sitio donde se ataban los caballos, entre la casa y el hospital, se encontraba el caballo negro de Colin y, justo en ese momento, Vincent Taylor ayudaba a Roberta a descender de su poni blanco. Los dos iban deprisa y estaban muy serios, sobre todo Vincent. Kevin ya se lo imaginaba. Los integrantes del safari debían de haberse enterado de la llegada de los Rough Riders. Seguramente, Vincent había vuelto presuroso para avisar a Kevin. Demasiado tarde, por desgracia. Tampoco habría servido de mucho que se lo hubiese comunicado antes, si bien los médicos habrían podido discutir sobre qué hacer contra el nombramiento de Coltrane.

Desde el hospital se acercaba Doortje. En circunstancias normales, Kevin se habría alegrado de verla. El que todavía no hubiese contestado a su petición de matrimonio le mortificaba, pero su corazón siempre palpitaba al verla. Ese día, sin embargo, algo había cambiado. La muchacha se movía con torpeza, tenía el rostro blanco e inexpresivo como un cadáver. Se diría que tenía el cuerpo contraído y traía algo en el puño cerrado. Pero Kevin no podía preocuparse por eso ahora. Colin Coltrane se volvió con una mueca hacia Vincent, quien instintivamente se colocó protector delante de Roberta.

—¡Vaya, otro viejo conocido! ¡Quién lo hubiese dicho, nuestro veterinario! Nuestros hombres sensibles todos juntos. Solo falta aquel bóer... ¿cómo se llamaba?

Kevin vio que Doortje se quedaba mirando a Coltrane. Se estremeció al oír su voz y de pronto apretó el paso.

Roberta, que vio a Doortje de reojo, gritó asustada cuando vio el cuchillo en la mano de la

joven bóer. Coltrane no entendía nada. En ese momento, Kevin se percató de las intenciones de Doortje y corrió, pero llegó tarde. La joven bóer descargó con todas sus fuerzas el cuchillo en la espalda de Colin Coltrane. La punta resbaló contra el omóplato, pero Doortje siguió empuñando el cuchillo. Coltrane se dio media vuelta, desenfundando el revólver que llevaba en el cinturón.

Doortje volvió a levantar el cuchillo ensangrentado y Kevin reaccionó por instinto. Podía detener a Coltrane o a Doortje. Pero si la sujetaba a ella, el comandante le dispararía. Kevin no podía correr ese riesgo. Se abalanzó contra Coltrane, le cogió por la espalda y tiró de él hacia atrás, sin percatarse que de ese modo ofrecía a la joven bóer el pecho al descubierto de Coltrane.

Doortje le clavó el cuchillo sin vacilar.

—¡Esto por Johanna, cerdo! —gritó, sacando el cuchillo de la herida. Coltrane jadeó. Doortje volvió a clavarle la hoja entre las costillas—. ¡Y esto es por mí! ¡Y por mi hijo! ¡Y por...!

Vincent y Roberta se habían quedado como petrificados, solo cuando Doortje iba a clavar por cuarta vez el cuchillo el veterinario corrió y la detuvo.

—¡Doortje! ¡Detente, Doortje!

La muchacha dejó caer el cuchillo cuando vio que Colin Coltrane colgaba desmadejado de los brazos de Kevin. Este la miraba atónito.

—Él... fue él... —susurró Doortje—. Él y sus hombres. Tenían a Johanna y la... Y él... a mí...

Rompió en sollozos y se apretó el vientre con las manos ensangrentadas. Kevin dejó caer a Coltrane en el suelo, se acercó a Doortje y la tomó entre sus brazos.

Vincent se arrodilló junto al cuerpo del oficial y le tomó el pulso.

—Muerto —anunció.

Roberta miró alrededor. No había nadie.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

Vincent la miró sin comprender.

—No hay nada más que hacer —respondió.

Doortje y Kevin estaban inmóviles. Ninguno de los dos parecía dispuesto a reaccionar.

Roberta sintió un asomo de su antiguo dolor cuando vio a Kevin con la otra mujer. Por un instante la asaltó un mal pensamiento: si ahora todo transcurría como debía, Kevin no volvería a ver nunca más a Doortje van Stout. O como mucho en un juicio por asesinato. Luego la colgarían... y ella de nuevo tendría el camino libre.

Pero se corrigió. No podía sacrificar a Doortje por una relación sin esperanzas. Y Kevin... también él estaba amenazado. Roberta Fence recordó el amor que siempre había sentido por Kevin. Decidió salvar al hombre que nunca le había prestado atención. Decidida, tiró de Vincent.

—Vincent, lo ha matado. Si se averigua, la sentenciarán a muerte. Y Kevin... por todos los cielos, ¡lo tenía sujeto mientras ella lo acuchillaba! Esto es... complicidad, o como quiera que se llame. Espero que nadie haya visto nada.

—Nosotros lo hemos visto —murmuró Vincent—. Pero ya has oído. Coltrane la ha... fue él quien la violó. E incitó a sus hombres para que violaran a la hermana...

Roberta pareció escandalizarse.

—Entonces tendría que haberlo denunciado, pero no matarlo a cuchillazos como... como a un cerdo. Si no hacemos algo, la colgarán.

—Aquí, coger manta... —La voz vacilante de Nandé interrumpió el intento de Roberta por sacar a Vincent de su estupor—. Meter hombre en manta. ¿Casa? —La muchacha negra señaló el edificio



administrativo.

Roberta asintió aliviada. Al parecer, Nandé también había visto el crimen, pero se mostraba pragmática. Ella los podría ayudar. Y seguro que era digna de confianza.

—¡Venga, Vincent! Deprisa, antes de que llegue alguien —azuzó al veterinario, que seguía mirando al muerto bajo los efectos del shock—. Envuélvelo en la manta. Y tú ayúdale, Nandé. Llévalo a...

—Al establo —sugirió Nandé.

En la cuadra, en la que ella se habría acomodado tan bien, no había nada más que herramientas y trastos, nadie encontraría por azar el cadáver allí.

—¡Y tú, Kevin, lleva a Doortje a casa!

Roberta era la única que tenía presencia de ánimo. La ayuda de Nandé le dio fuerzas. Todo tenía que hacerse deprisa. Ahora, en el momento más caluroso del día, nadie se detenía en la plaza entre los edificios de servicios. Las mujeres permanecían a la sombra de sus tiendas y en el hospital estarían ocupados con la comida del mediodía. Pero pronto se acabaría la calma. Greenway se había marchado por la mañana al campo de los negros para hacer las visitas y regresaría de un momento a otro. Y por la tarde la gente acudiría para la consulta.

Vincent se puso manos a la obra. Envolvió el cadáver con la manta y se lo echó al hombro. El joven veterinario era más fuerte de lo que Roberta había creído, no necesitaba la ayuda de Nandé. Pero la muchacha negra vio otra oportunidad para ser útil.

—Yo limpiar esto... —Señaló las manchas de sangre del suelo.

A Roberta le zumbaba la cabeza. ¿Cómo quitar la sangre de un sitio arenoso? Hizo un gesto afirmativo a Nandé.

—Muy bien, Nandé. Mira a ver qué puedes hacer. Y yo voy al hospital a comprobar si ha habido más testigos, aunque no lo creo; las mujeres habrían salido, pero nunca se sabe. Con estas bóers precisamente. En caso necesario tendremos que explicarles lo que hizo Coltrane. Entonces callarían.

—¿Callarían? —preguntó Kevin con estupor.

Roberta gimió.

—Kevin, sobreponete de una vez. Solo tenemos dos opciones: o todos callamos lo que ha sucedido o tú y tu amada iréis a la cárcel. Así que tú eliges. ¡Y ahora llévatela a casa!

La inspección de Roberta en el hospital resultó satisfactoria. Nadie se encontraba en la parte delantera y la primera sala de enfermos también estaba desocupada en ese momento. Antje Vooren, que estaba repartiendo comida en la segunda sala, preguntó por Doortje.

—Estaba un poco rara. Entró corriendo y trajo las patatas para el guisado, pero todavía no estaban todas peladas. Dijo «no puedo» y salió otra vez corriendo. ¿Se encuentra mal?

Roberta iba a decir que no, pero se lo pensó mejor.

—Sí, ha vomitado y se siente muy débil. El doctor Drury se ocupa ahora de ella...

Antje Vooren sonrió comprensiva, aunque no muy amistosa. No había pasado por alto lo mucho que Kevin cuidaba de Doortje. A esas alturas, las mujeres sospechaban que él era el padre de su hijo.

—Yo solo quería preguntar si... si puedo ayudar. —Roberta esperaba que le dijera que no y suspiró aliviada cuando *Mevrouw* Vooren negó con la cabeza.

—No se preocupe, ya nos las apañamos. —Junto con Antje Vooren había dos auxiliares bóers

que también asistían a las pocas pacientes del hospital, y tampoco ellas parecían haberse enterado de nada. Estaban situadas en salas separadas—. El doctor Greenway todavía no ha llegado y más tarde volverá la señorita Jenny.

Roberta se sobresaltó al pensar en su amiga. Claro, Jenny se había marchado con el safari y pronto volvería, pero ella tampoco desvelaría nada.

—Entonces me voy —comunicó a la bóer— y me ocupo de la señorita Van Stout.

Oyó unas risitas y comentarios en afrikáans a sus espaldas. Al parecer, las mujeres eran de la opinión de que Doortje se encontraba con Kevin en las mejores manos posibles.

Roberta se percató aliviada de que la mancha de sangre en el suelo de la plaza ya no se veía. Nandé estaba esparciendo arena sobre la superficie en ese momento.

—Nadie verá, **baas**... señorita... —La joven acababa de recordar que ni las enfermeras ni la joven maestra querían que se dirigiera a ellas con el servil **baas**—. Yo hacer muchas veces en la granja, cuando matan cerdo...

Roberta le hizo un gesto de aprobación. Después fue a la casa. Su mano se cerró alrededor del caballito de trapo que siempre llevaba en el bolsillo de la falda.

En el despacho, Vincent hablaba con vehemencia a Kevin. Doortje estaba acurrucada en un sillón delante de la chimenea, el médico estaba de rodillas delante de ella y le acariciaba sus temblorosas manos, manchadas de sangre. «Tienen que lavarse —pensó Roberta— y cambiarse de ropa.» La camisa del médico estaba tan manchada como el delantal de la bóer.

—¡Pues claro que no ha sido en defensa propia, Kevin, razona de una vez! —Vincent fue al armario en que se guardaba el whisky. Seguramente esperaba reanimar a Kevin—. Lo ha matado a sangre fría, no saldrá de esta inmune. Ni tú tampoco, si contamos lo que ha sucedido. Así que se nos tiene que ocurrir algo. Una pelea o similar. ¡Piensa, Kevin! ¿Cómo podría haber sucedido?

Sacó la botella y llenó los vasos. Para él, para Kevin y para las mujeres. Kevin intentó darle un sorbo a Doortje.

Roberta cogió su vaso mientras se esforzaba por reflexionar. Que todos pensaran una explicación mejor a la muerte de Coltrane era una buena idea. Pero ¿una pelea? ¿Quién se había peleado? Y eso no explicaría las heridas en la espalda del comandante.

—¿Y si... —susurró— y si ese tipo nunca hubiese llegado aquí?

Vincent sacó del campamento el carro con adrales a plena luz del día. Como era de esperar, la puerta no estaba vigilada. Desde que las mujeres eran oficialmente libres, las polvorientas garitas de la entrada estaban vacías. El veterinario había enganchado a **Lucie**, el caballo de Roberta, al carro y la joven iba al lado a lomos del brioso caballo de Coltrane. Tenía un miedo de muerte, y de cerca nadie se creería que ese fogoso castrado fuera **Colleen**, la dócil yegua de Vincent. Pero ninguno de los dos pensaba acercarse demasiado a nadie. Y si alguien los veía desde lejos, un caballo negro no era más que un caballo negro. Nadie sospecharía. El cadáver yacía bajo varios sacos, envuelto en la manta para no dejar rastros de sangre.

—¿Por qué no lo enterramos simplemente en nuestro cementerio? —había preguntado Kevin

después de que Roberta les explicara su complicado plan—. Será más peligroso que los dos tengáis que recorrer kilómetros con él.

Después del segundo whisky, Kevin había recuperado la capacidad de razonar. El shock se atenúa y él iba tomando conciencia de las consecuencias de lo ocurrido. Si el cadáver de Coltrane se encontraba en el campo y se iniciaba una investigación, alguien acabaría ante una corte marcial. Kevin pensó en asumir él mismo la culpa, pero si tenía que ir a la cárcel, Doortje volvería a estar indefensa, y con un niño. No, la única solución consistía en hacer desaparecer el cadáver de Coltrane y su caballo y negar que había estado en el campamento.

Si bien no sería nada fácil.

—Desde hace una semana no hemos tenido más fallecimientos —les recordó Roberta—. Si ahora cavamos una tumba, ¿qué le contarás a Greenway? Y en caso de que Coltrane le haya comunicado a alguien que iba a venir, lo buscarán aquí. Y con un poco de mala suerte habrá alguien que sepa que no erais íntimos amigos e investigue. No, no, tiene que desaparecer bien lejos de aquí.

Kevin dio otro sorbo a su whisky.

—Pero ¿adónde vais a llevarlo? ¿A algún pueblucho cerca de Karenstad? ¿Como si hubiera sido una pelea de taberna?

Roberta apretó los labios.

—Tampoco es mala idea —dijo—. Pero arriesgada. Si alguien nos ve... No, no, yo pensaba en...

Vincent la cortó:

—En el veld. Debemos llevarlo a...

—Los leones —añadió Roberta, dirigiendo una mirada cómplice a Vincent.

Era la primera vez que compartía una idea con él.

Al final Lucie salió del campamento trotando tranquila delante del carro, seguida de Roberta en el caballo de Coltrane. Kevin y Greenway atendían a los enfermos en el hospital, y Nandé se ocupaba en casa de Doortje, que todavía estaba como paralizada. El camino por el que por la mañana el guía negro había llevado de vuelta al campamento a Roberta y Vincent fue fácil de encontrar, pero el carro avanzaba despacio y cuando llegaron al sitio en que habían pasado la noche anterior ya era entrada la tarde. Los boys negros ya habían desmontado las tiendas y habían seguido al grupo del safari. Solo las huellas de la hoguera del campamento y la hierba de la sabana pisoteada daban muestra de la presencia de seres humanos.

Roberta tembló cuando ayudó a Vincent a bajar el cadáver del carro. El veterinario había encendido antes un fuego en ese mismo lugar y había improvisado unas antorchas para iluminar el carro en el camino de regreso. Eso mantendría alejadas a las fieras: temían a los hombres y aún más al fuego.

—¿Crees que vendrán? —preguntó temerosa Roberta. Vincent había dejado el cadáver bajo un árbol y quemaba en ese momento la manta ensangrentada—. ¿Los leones comen... carroña?

Vincent se encogió de hombros.

—Si no son los leones, serán las hienas o los buitres. Y vendrán en cuanto se apague la hoguera. A más tardar, pasado mañana no quedará nada, salvo un par de huesos pelados. Si alguien los

encuentra, mejor. Lo principal es que no haya ningún cadáver acuchillado por la espalda. Y ahora ven. ¿O prefieres rezar?

Roberta negó con la cabeza. Solo quería irse y descansar la cabeza en el hombro de Vincent. Todavía ignoraba si lo amaba, pero a esas alturas ya lo conocía mejor de lo que jamás había conocido a Kevin. Tal vez no fuera tan seductoramente arrojado como Kevin ni tan apuesto, pero era... considerado. Temblorosa, vio cómo desprendía al caballo negro de Coltrane de los arreos y los colgaba en un arbusto, como si él mismo se los hubiese quitado.

—Sería mejor dejárselos puestos, pero entonces es posible que se quede enganchado en algún sitio. ¡Que te vaya bien, amigo! —Vincent palmeó el cuello del caballo, y luego levantó los brazos y lo ahuyentó. El caballo negro salió al galope y corrió por el veld como alma que lleva el diablo—. También él tiene miedo —dijo Vincent con un suspiro al tiempo que se dirigía al carro. Las antorchas ya estaban encendidas mientras que en la hoguera solo quedaban brasas—. Venga, señorita... ¡Ven, Roberta! —La joven subió al pescante. No se quejó cuando Vincent la rodeó con un brazo—. ¿Dónde has dejado tu amuleto de la suerte? —preguntó para romper el tenso silencio que reinaba entre ellos durante el regreso a través de la oscuridad—. El caballito de trapo. ¡Hoy lo habríamos necesitado!

Roberta sacudió la cabeza.

—No... no lo habríamos necesitado. No me trae tanta suerte, ¿sabes? En cualquier caso, no me ha traído lo que... lo que yo tanto deseaba.

Vincent se inclinó hacia ella y tuvo que contenerse para no besarle el cabello.

—No todos los deseos satisfechos nos hacen felices —repuso—. ¿Te... te lo regaló un hombre? ¿Te habías... te habías prometido con él? ¿Es por eso que te resulta tan difícil aceptar algo nuevo?... ¿Es por eso que no me quieres? —Las últimas palabras casi se le escaparon contra su voluntad.

Roberta movió la cabeza.

—Él nunca me prometió nada —respondió en voz baja—. Era una especie de... sueño.

Vincent la atrajo hacia sí.

—Entonces podrías tirarlo —sugirió, refiriéndose al caballito.

Roberta asintió.

—Podría —susurró.

Antes de llegar a Karenstad permitió que Vincent la besara.

Pero no tiró el caballito de trapo.

El caballo de Coltrane llegó por la noche al cuartel de Karenstad. Algunos lo habían visto cabalgando fuera de la ciudad, pues su rostro lleno de cicatrices no pasaba desapercibido. Pero luego se le perdía el rastro. Los interrogatorios en los campos de prisioneros no obtuvieron resultado, ni las patrullas que buscaban destacamentos dispersos de bóers. Al final, se dio por desaparecido al coronel Colin Coltrane. Puesto que no había comunicado ninguna dirección en su país, no se informó a nadie en Nueva Zelanda.

Kevin Drury y Dorothea van Stout contrajeron matrimonio en una iglesia de Pretoria un día

después del acuerdo de paz oficial. Doortje había deseado una boda según el rito de la Iglesia holandesa, pero la ceremonia la decepcionó. El sacerdote celebró el servicio con brevedad y de forma impersonal, y los feligreses abandonaron la iglesia cuando se descubrió la nacionalidad del novio. Así pues, solo presenciaron el casamiento Vincent y Roberta, el doctor Greenway, Jenny, Daisy y Cornelis, además de los oficiales médicos, el doctor Barrister y el doctor Preston Tracy.

—¡Vaya, quién me hubiera dicho a mí que yo vería esto! —exclamó sonriente Barrister—. Ya lo decía usted, Tracy, que esa dama tan fría tenía debilidad por Drury y de que él la tenía por ella, hasta yo me daba cuenta. Pero que haya acabado en algo así... —Señaló con una sonrisa complaciente el vientre abultado de Doortje.

—En Dunedin habría sido más bonito —observó Kevin con pesar, cuando condujo a su esposa a la habitación del hotel. La joven estaba pálida y con aspecto de cansada. Había sido fácil escapar pronto de los pocos invitados a la ceremonia—. Pero podemos recuperar la fiesta...

—¿Quién dice que tenga que ser bonito? —preguntó Doortje apretando los dientes—. Y... ¿qué quieres que haga ahora?

Kevin suspiró. Había vivido como un *intermezzo* la suavidad de Doortje tras la muerte de Coltrane. Al día siguiente le había dado por fin el sí, aunque volvía a guardar las distancias y solo hablaba con él lo imprescindible. Había permitido que se desarrollase la ceremonia del casamiento con una actitud tolerante y había insistido en llevar un vestido negro. La capota blanca, así como el cuello y los puños de encaje, le quitaban algo de severidad, pero no daba en absoluto la imagen de una novia feliz.

—No tienes que hacer nada —respondió Kevin con voz cansina—. Solo dormir. El día ha sido duro. Mañana nos vamos a Durban y dentro de dos días zarpará nuestro barco.

En los días siguientes, todos iban a marcharse. Vincent Taylor volvería a Nueva Zelanda en el transporte de tropas. Permanecería en contacto con Roberta y se alegró mucho cuando ella le permitió darle un beso de despedida. Daisy y Cornelis partían hacia Durban, donde Daisy se sentía más libre que en Pretoria. Greenway y Jenny acompañaron a las internas de Karenstad a la zona de Wepener.

Kevin, que ya había abandonado el servicio, había reservado un pasaje privado para él y Doortje a Australia y otro después para Dunedin. Roberta se había unido a ellos. La fundación Emily Hobhouse le rescindió amablemente el contrato y compartía de buen grado un camarote con Nandé. Doortje había pedido a Kevin que se la llevaran con ellos.

—Pertenece a la familia —declaró inflexible—. En cierto modo, me siento responsable de ella.

Kevin lo tomó por una señal de que su forma de pensar en negro o blanco empezaba a desmoronarse lentamente. Sin embargo, Roberta percibió su despecho cuando Nandé, vacilante, subió a bordo detrás de ellos, mientras un miembro de la tripulación le llevaba el escaso equipaje al igual que a los pasajeros blancos.

—Si fuera por Doortje, alojarían a Nandé en la bodega —le susurró Roberta a Daisy, que la acompañó al barco—. Y la compañía naviera tampoco está entusiasmada con su pasajera negra, aunque es un barco australiano y todos se ufanan de mentalidad abierta. Ya me han sugerido que la deje en el camarote a la hora de las comidas, para no herir la sensibilidad de los pasajeros blancos. ¡Como si fuese un mueble! Por mi parte, podemos comer en el camarote, pero no vamos a pasar todo

el viaje encerradas. Aprovecharé el tiempo para darle clases a Nandé, Cuando llegemos a casa sabrá leer y escribir, y hablará mejor el inglés que los afrikáners.

Esto último no era complicado. A los bóers les bastaba con que sus sirvientes aprendiesen un afrikáans elemental.

—¡Lo conseguirás!

Daisy sonrió y presenció cómo la joven hablaba enérgicamente con un camarero. Roberta Fence no dejaba a sus espaldas ningún amor perdido. Y había perdido su timidez.

—Venderé tus tierras —comunicó Cornelis a Doortje durante la despedida. También él había acompañado a los Drury al barco—. Luego te enviaré el dinero.

Ella lo miró con frialdad.

—No te molestes —replicó—. Ya has vendido a tu país. —Su mirada de desprecio se posó en Daisy—. ¿No se dice así en inglés? ¿Traicionado y vendido?

Cornelis estrechó la mano de Kevin, pero se apartó cuando él intentó darle un abrazo amistoso.

—Mucha suerte —le deseó, mirando de reojo a Doortje, que contemplaba estoica Drakensberg—. La necesitarás.

Atamarie tal vez se habría dado por vencida respecto a Richard Pearse y su avión. Había sido demasiado decepcionante ver al joven horas y horas sentado, escuchar su voz inexpresiva diciendo trivialidades y sin despertarle ella el menor interés como mujer ni como amiga. Sin embargo, el profesor Dobbins la animó a seguir ejerciendo su influencia sobre el muchacho.

—No piense solo en él, señorita Turei, sino también en usted, ¡en nuestro país! Por todas partes se está investigando el tema, pero ha sido precisamente un neozelandés quien lo ha conseguido. Usted misma ha participado en ello y, de ese modo, también el pueblo maorí. Usted...

—Los maoríes consideran el vuelo a motor una nimiedad —respondió Atamarie descontenta. Acababa de recibir correo de Pania. La madre de Rawiri le daba las gracias por su carta y prometía enviársela a Rawiri, al tiempo que le hacía saber la dirección del joven. La carta tardaría meses en llegar a su destino—. Solo les interesa hablar con los dioses a través de las cometas, por lo que no tienen que esforzarse personalmente.

Dobbins rio.

—Ay, no me lo creo, piense en la historia con el Pa Maungaraki y el hombre que volaba con la cometa y abría la puerta al conquistador.

Atamarie frunció el ceño.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó.

El profesor sonrió.

—Gracias a un joven maorí que ha pedido una plaza para estudiar aquí. Lo habríamos admitido, pero luego se enteró de que había un puesto con los hermanos Wright y pensó que con ellos alcanzaría más pronto su objetivo.

Atamarie prestó atención. ¿Se trataba de Rawiri?

—¿Qué hermanos? —inquirió.

Era la primera vez que oía hablar de Wilbur y Orville Wright.

Fuera como fuese, se dejó convencer y regresó de nuevo a Temuka, para comprobar que el avión había desaparecido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó inquieta a Shirley.

Esta vez, la joven no la recibió con una sonrisa, pero tampoco se atrevió a echarla de la granja. Y aún menos por cuanto Richard volvía a conseguir salir al patio y parecía menos dejado y más comunicativo que en la anterior visita. Atamarie lo saludó sin demasiado aspaviento. Shirley pareció percatarse de ello con satisfacción.

—Oh, Dick se encuentra mejor —informó brevemente a Atamarie, suponiendo que la joven preguntaba por su amigo—. Su padre le ha hecho entrar en vereda y desde que esa máquina infernal ya no está...

Atamarie la miró horrorizada.

—¿El señor Pearse se ha deshecho del avión? ¿Lo ha destruido? ¡Oh, Shirley! ¡Richard! ¡Dime que no es verdad!

Shirley puso una mueca y Richard no reaccionó. Atamarie miró a Hamene. Este al menos sí le

diría la verdad.

—¡Hamene! —suplicó al maorí—. ¿Dónde está el avión?

Cuando el joven sonrió fue como si a ella le quitaran un peso de encima.

—El pájaro... —Hamene utilizó la palabra **aute**, una de las que se empleaba a veces para referirse a las cometas— está con nosotros en el **marae**. Me lo llevé después de que el señor Peterson mirase con avidez el motor y el padre de Richard pensara en cuánto dinero le darían por esa cosa. Entonces pensé que era mejor ponerlo a salvo. El pájaro es... algo santo. Voló y... en fin, algún mensaje debe de haber dado a los dioses.

Hamene hizo un guiño de complicidad a Atamarie, que lo habría abrazado de alegría.

Entretanto, Shirley se había repuesto.

—Preguntas por el avión —apuntó finalmente—. Richard no te importa.

Atamarie la fulminó con la mirada.

—Ya veo que Richard vive y está bien de salud —respondió. El joven seguía retocando sus máquinas agrícolas y no tenía ojos ni para las mujeres ni para Hamene—. Pero me temía que alguien hubiese destruido su sueño. Shirley, ¿ese avión es importante para él! Volar siempre fue su sueño. Habla de ello desde que lo conozco. ¿Y pretendes que lo abandone de golpe? ¿Solo porque ha vuelto a aterrizar en ese maldito seto?

Shirley irguió orgullosa la cabeza.

—¡A los seres humanos no se les concedió el don de volar! —sentenció—. Richard tiene que entenderlo. Tal vez Dios haya puesto ese seto en su camino.

Atamarie se llevó la mano a la frente.

—¡Los seres humanos volarán, Shirley! Ya lo verás. Y si Dios ha puesto ese matorral en el camino de Richard es solo para que vuele por encima de él, no para que se esconda detrás. —Se volvió hacia el muchacho—. Quien se acurruca detrás de un seto, Richard, no debe sorprenderse de que esté oscuro.

Y dicho esto, subió al caballo alquilado y se marchó hacia el poblado maorí.

Poco después, los dedos de Atamarie se deslizaban suavemente por las alas del avión. Hamene lo había colocado en una colina, por encima del **marae**, en posición de salida. Atamarie pensó que era una feliz coincidencia. Al igual que el hecho de que precisamente ese día se hubiese recogido el cabello en un moño, de modo que podía cubrirlo perfectamente con la gorra de Richard. Y ahí estaba lo suficientemente alejada de las granjas **pakeha**, nadie oiría el rugido del motor...

Comprobó si todavía tenía combustible. Acto seguido, puso el motor en marcha, se deslizó cuesta abajo y... ¡despegó!

Naturalmente, en los meses siguientes no pasó desapercibido a los aldeanos de la planicie de Waitohi que el **Raro Dick** —o al menos alguien con quien lo confundían— volvía a volar. Atamarie tuvo suerte de que nunca se lo contaran a Richard. Tal vez Peterson y los otros se avergonzaban un poco de su malicia tras el último intento de vuelo. A nadie le había pasado inadvertido cuánto se había ensimismado Pearse después y, por supuesto, se rumoreaba acerca de si en esta ocasión ya se



había vuelto definitivamente loco. Sin embargo, parecía estar de nuevo más o menos recuperado. Al menos hacía el trabajo en la granja y aparecía de vez en cuando en eventos sociales, la mayoría de las ocasiones en compañía de la encantadora Shirley Hansley. Nadie se sorprendió demasiado cuando recuperó su singular pasatiempo: su familia y sus vecinos ya estaban acostumbrados. Dick Pearse siempre oscilaba entre la euforia, el retiro total y una normalidad casi aburrida, lo que muchos atribuían a que su padre le había hecho sentar la cabeza de nuevo. Sin embargo, eso no duraba eternamente, por lo que los aldeanos no se asombraban de que Richard Pearse volviese a estar en las nubes. La única diferencia con los anteriores intentos consistía en que el avión no había vuelto a caer sobre los arbustos de retama. Ahora debía de despeñarse en otro sitio; seguro que el hombre pájaro, como la gente lo llamaba irónicamente, enervaba más a los maoríes que a sus vecinos blancos. Aun así, iban constatando que la máquina volaba de verdad. Trayectos largos: un granjero atónito habló de casi dos kilómetros. Por otra parte, la Bestia podía conducirse: tres braceros contaron que la máquina se había desviado cuando el piloto los había visto.

—Ahora no quiere llamar la atención —observó Peterson con gesto de impotencia—. Una actitud propia del Raro: si algo le funciona, lo guarda en secreto.

Respecto a una prueba de vuelo con público, Atamarie seguía intentando convencer a Richard. No admitía que era un pretexto para ir a Temuka y volar. Además, disfrutaba de ciertos logros. El estado de Richard cambiaba de forma paulatina, se abría, parecía casi como si despertara de una especie de letargo. Si bien todavía negaba su logro, volvía a hablar con Atamarie y se interesaba por su carrera y por lo que le contaba de Christchurch. Atamarie se presentaba ese invierno a los primeros exámenes y estaba a punto de terminar la carrera en un tiempo récord. Si todo transcurría sin problemas, se licenciaría antes de Navidad.

Y, entonces, poco antes de los exámenes, cuando Atamarie había reservado habitación para toda una semana, Richard volvió a acostarse con ella. Incluso fue él quien dio el primer paso y se empeñó en cortejarla. Atamarie se alegró y disfrutó de la noche de amor.

Sin embargo, en los últimos meses el atractivo físico que Richard ejercía sobre ella no era ya tan fuerte. Él volvía a florecer, pero Atamarie estaba llegando despacio a la conclusión de que ese hombre le resultaba difícil y que él no respondía a su amor en la medida que ella esperaba. A la larga, tendría que poner punto final a la relación, pero antes todavía quería darle a Richard un regalo.

Shirley había desaparecido de nuevo al ver que Richard volvía a dedicarse a Atamarie, y él parecía encontrarse más o menos bien. Atamarie no vio ninguna razón para ocultarle sus vuelos, aunque le diera algo de reparo. A lo mejor se ponía furioso y la echaba de una vez por todas. ¡Pero a lo mejor era ella quien por fin lo llevaba por el buen camino! Cuando él viera que no podía salir nada mal, a lo mejor se mostraba dispuesto a presentar al mundo su descubrimiento. Atamarie también lo consideró una especie de última oportunidad para su amor. Si después del vuelo triunfal, quería quedarse en Temuka a pesar de todo y compartir la fama con Shirley Hansley, ella ya no podría seguir ayudándolo.

La mañana después de haber pasado la noche juntos, Atamarie lo llevó al poblado maorí.

—¡Tengo que enseñarte algo, Richard! Sin falta, aunque luego te enfades conmigo. Pero tienes que verlo, tienes que creerlo y tienes que...

—¿No será otra vez esa máquina? —refunfuñó él.

La joven no respondió. Se limitó a llevarlo con determinación, pasando junto al marae y colina arriba, donde solía dejar a Tawhaki. En el último aterrizaje había colocado el avión en lo alto y

orientado hacia la pendiente para que estuviese en la posición de salida correcta llegado el momento.

—¡Ven, he hecho unos pequeños cambios! —Atamarie lo arrastró con energía hacia el aparato volador. De hecho había arqueado un poco las alas, todo lo que permitía la estructura de bambú. Además había desplazado hacia delante un par de elementos de la dirección para que no se vieran afectados por los torbellinos de aire de la parte posterior de las alas—. Solo son nimiedades —afirmó. ¡No debía permitir que Richard pensara que ella lo superaba!

Él observó con desconfianza las mejoras, cuyos efectos eran importantes. Atamarie había comprobado encantada que el avión se sostenía en el aire mucho mejor y que también se lo podía dirigir con más precisión. Pero, cielos, en absoluto era su intención menospreciar lo que había hecho él ensalzando sus propios progresos. Era el avión de Richard.

El joven no comentó los cambios. Se diría que se había cerrado una puerta en su interior al ver el avión.

—No logré volar —volvió a su empecinamiento.

Atamarie hizo acopio de paciencia y cogió la gorra del avión.

—¡Pero yo sí! —dijo resuelta—. ¡Mira!

Con un gesto rutinario arrancó el motor, se subió ágilmente al asiento y se deslizó montaña abajo antes de que Richard pudiese abrir la boca. El aparato se elevó con toda naturalidad y Atamarie lo niveló sin esfuerzo a unos cinco metros por encima del suelo. No trazó curvas en el aire, ese día no hacía viento y seguro que habría podido, pero no quería presumir delante de Richard. Así pues, mantuvo el avión horizontal y avanzó más de setecientos metros en línea recta. Luego volvió y aterrizó suavemente, dejando que el aparato se parase solo.

Richard se acercó corriendo.

—¿Y bien? —preguntó ella, conteniendo su entusiasmo—. Ya lo ves, la máquina vuela. Y también lo hizo el día que tú la pilotaste. Solo tuviste mala suerte con el viento. Entonces... ¿enseñarás ahora a todo el mundo la maravilla que has inventado?

Richard se quedó mirando a la joven, pero luego exclamó:

—¡Vuela! ¡Sí, vuela! —Cogió a Atamarie entre sus brazos y bailó con ella alrededor del avión—. ¡Teníamos razón! ¡El primer vuelo motorizado, Atamarie! Yo... tú...

—Bueno... la verdad es que ya lo he hecho muchas veces —confesó Atamarie—. Pero da igual. ¿Invitamos a los periodistas? ¿Y al profesor Dobbins? ¿Se lo enseñarás por fin al mundo?

Richard asintió y esa noche hizo de Atamarie la mujer más feliz. ¿Y ese día ella había pensado separarse de él? La joven se reprendió a sí misma... y por vez primera Richard habló de boda.

—Sin ti no habría sido posible. Eres mi alma gemela, mi complemento perfecto. Quiero estar contigo. ¡Para siempre!

Atamarie se estrechó dichosa entre los brazos de Richard. Al menos por ese día, había liberado de toda oscuridad la vida del joven. Y si todos sus sueños de volar, de fama y recursos para sus inventos se hacían realidad, ya no volvería a sentirse abatido.

—¿Tú qué crees, cuándo lo enseñamos? —preguntó al día siguiente, después de despertar juntos y hacer el amor una vez más—. ¿Cuál sería una buena fecha para el primer vuelo motorizado de la historia?

Richard rio y se repanchingó.

—No sé, ¡dímelo tú! Tal vez una fecha que se pueda recordar fácilmente. ¿El primero de enero? Atamarie frunció el ceño.

—Pero todavía faltan muchas semanas, Richard. Sería mejor hacerlo ya...

Richard movió la cabeza.

—Bueno... es que necesito un poco más de tiempo. ¿Qué tal el veinte de diciembre? ¿O Navidad?

Atamarie reflexionó ansiosa.

—El veinte todavía estaré en Christchurch —dijo—. Ya sabes, los exámenes. —El 17 y el 19 de diciembre, tenía exámenes finales—. O bien esta semana o en Navidad. ¡Hagámoslo ya, Richard, por favor! ¡Antes de que tenga que regresar a la ciudad!

Él la atrajo hacia sí.

—¿Cómo es que no puedes esperar, Atamie? Las cosas no se hacen al tuntún. Piensa en la gente que quieres invitar... nadie vendrá tan deprisa desde Auckland. Pero en Navidades sí... Y yo podré practicar un poco con la máquina hasta que todo esté bien comprobado.

Atamarie suspiró. Él seguía vacilando. Pero, por otra parte, era verdad que debía volver a familiarizarse con la máquina. No iba a volar solo unos metros, sino a realizar un despegue, un vuelo y un aterrizaje limpios. Ella misma podría haberlo hecho al día siguiente mismo... Se enfadó un poco por verse obligada a ser una segundona... Pero ¡cómo podía ser tan egoísta! Era el proyecto de Richard. Tenía que disponer del tiempo que necesitara.

Pasaron unos días más de ensueño en Temuka, pese a que no pudieron realizar los intentos de vuelo que habían planificado: un día después de la exhibición de Atamarie, el cielo se ensombreció y no cesó de llover. Atamarie sugirió que volaran de todos modos, pero Richard no quiso.

—Prefiero no correr ningún riesgo —decidió—. No quiero ni imaginarme volver a hacer un mal aterrizaje y que la estructura se rompa. No; esperaremos hasta que escampe.

—Pero entonces es probable que yo haya vuelto a Christchurch —objetó Atamarie.

Él hizo un gesto de rechazo.

—¿Y qué? —preguntó—. ¿Crees que no lo conseguiré sin ti? Atamie, cariño, soy yo el que ha construido este avión.

«Y yo he logrado hacerlo volar», pensó Atamarie, pero calló. A fin de cuentas, ella había descubierto sola cómo manejar el avión. Y ahora Richard mostraría la misma destreza. A lo mejor prefería familiarizarse con la Bestia él solo. De ahí que rechazara volar incluso en un día nublado pero sin lluvia.

—No, no, lo mismo se pone a llover cuando esté en el aire. Tendríamos que llevar el avión al pajar, ¿no crees?

Atamarie frunció el ceño.

—¿Por qué? Ya está bien donde está. La colina es ideal para que se deslice cuesta abajo, mucho mejor que esta carretera. Y... —Se mordió la lengua para no mencionar el arbusto de retama.

—¡Pero la situación del pajar es mucho más accesible! —la contradijo Richard—. No vas a hacer desfilar a toda la prensa por delante del marae. A los maoríes tampoco les gustaría.

Atamarie pensó que eso a los maoríes les daría igual. Pero luego se avino. Por la tarde, antes de su partida hacia Christchurch, el avión volvía a estar en el pajar, y Richard estudiaba los cambios que Atamarie había introducido.

—No sé, yo habría preferido colocar cerca del centro de gravedad los elementos de dirección —señaló el joven, y prestó atención a Atamarie cuando ella le contó por qué había cambiado de sitio el regulador. Esperaba que él no fuera a volver a cambiarlo antes de realizar su vuelo triunfal, aunque ella no podía prohibírselo. En realidad, nada debería salir mal. Ya en marzo, Richard había logrado volar unos cientos de metros en línea recta, luego tendría tiempo para convencerlo.

En su última noche, antes de que Atamarie partiera hacia Christchurch, Richard consiguió que ella se olvidara de todas las cuestiones técnicas y desacuerdos entre ambos. La amó hasta el amanecer con renovadas energías. Atamarie no podía imaginarse un amante más atento. Intentaba no pensar en que había estado igual de eufórico antes de su último intento de vuelo. Pero no, esto no podía ser una mala señal, esta vez todo saldría bien.

El 17 de diciembre de 1903 aprobó el examen con matrícula de honor y dos días después volvió a la universidad muy tranquila. Los dos compañeros que la seguían en el turno aprovechaban los últimos minutos para repasar, pero ella miraba soñadora por la ventana. Faltaba poco para que sorprendiese al profesor Dobbins con su invitación y al día siguiente viajaría a Temuka. Y luego solo habría que esperar cinco días hasta unas Navidades que cambiarían su mundo.

—¿Señorita Turei? ¿Atamarie?

La muchacha levantó la mirada cuando el profesor la llamó. Alguna vez la había llamado por su nombre de pila, cuando hablaban de Richard y sus inventos, en conversaciones de contenido casi privado. En público, Dobbins nunca se hubiese dirigido así a un estudiante. A los alumnos varones los llamaba por el apellido a secas, pero en el caso de Atamarie siempre colocaba un cortés «señorita» delante.

—Atamarie, ¿ya se ha enterado? —El profesor salía del aula con un periódico en la mano, el *New Zealand Herald*—. ¿Lo sabe ya Pearse?

—¿El qué?

Atamarie consultó el reloj de pared que había al final del pasillo. Faltaba un cuarto de hora para su segundo examen.

Dobbins la miró escrutador.

—Entonces es que no —constató cuando vio su rostro sorprendido—. Pase, Atamarie. Mírese esto...

El profesor le acercó una silla a la mesita preparada para realizar los exámenes y abrió el periódico delante de ella.

**Kitt Hawk, Carolina del Norte, EE.UU.**

DOS HERMANOS HACEN HISTORIA

¡El 17 de diciembre, Orville y Wilbur Wright  
han realizado el primer vuelo a motor de la historia!

Los hermanos, ya conocidos como geniales constructores de bicicletas y hombres de negocio —convirtieron en pocos años su taller de la Wright Cycle Company en una gran

empresa—, hicieron volar su Flyer I varias veces en una pista especial instalada en el desierto de Carolina del Norte, y, si bien Orville Wright fue el primer hombre en pilotarlo, su hermano Wilbur lo superó en cuanto a la distancia del vuelo. En 59 segundos recorrió 260 metros...

Atamarie dejó caer el periódico.

—¡Pero esto no es nada! —dijo—. Richard consiguió, la primera vez, volar doscientos metros.

Y yo... —Se mordió el labio.

Dobbins la miró con simpatía.

—Ahora nadie le creerá —dijo—. Maldita sea, ha estado muy cerca. Y tuvo muchos meses para hacerlo público... Lo siento mucho, Atamarie. Sé el empeño que ha puesto usted en esto. Y él...

La muchacha se levantó y se guardó el periódico en el bolsillo, ya lo seguiría leyendo más tarde. Pero ahora...

—Debo irme. He de reunirme con él. Lo siento, profesor Dobbins, no... no puedo hacer el examen. Tengo que ir a la granja de Richard. Si se entera por otra persona...

Dobbins meneó la cabeza.

—Ya debe de saberlo. Sale en todos los periódicos de hoy...

Atamarie se frotó la frente.

—Pero los diarios no llegan tan deprisa a Temuka. No conoce aquello, profesor. Es... es el fin del mundo. —Miró el reloj de pie del aula. En ese momento tendría que haber empezado el examen.

»Si me doy prisa cogeré el tren. Lo siento de verdad, yo...

Dobbins hizo un gesto tranquilizador.

—No se preocupe. Váyase, fijaremos otra fecha en el año nuevo. Y por favor, dígame a Richard lo mucho que lo siento, de verdad. Yo he creído en él, siempre.

Atamarie asintió y reunió sus cosas.

—Deséeme suerte, profesor —dijo a media voz.

Atamarie ni siquiera se tomó tiempo para cambiarse de ropa, sino que corrió directamente hacia la estación. Parecía muy seria con su falda negra, la blusa blanca y una elegante chaqueta negra, el atuendo con que iba a rendir el examen. Llevaba el cabello recogido bajo un sombrerito negro y coquetón. Era una vestimenta demasiado formal para ir al campo, pero durante el viaje, cuando reflexionó lo que en secreto llamaba «control de daños», la ropa ya no le pareció tan inadecuada. Al fin y al cabo, alguien tenía que atender a la prensa, aunque solo fuera el periodicucho de Timaru. Richard tenía que presentarse a sí mismo y su avión lo más deprisa posible ante el público. De acuerdo, ya no sería el primero en conseguir un vuelo a motor, al menos eso sería difícil de probar con solo unos aldeanos como testigos. Pero sí podrían superar el récord de los hermanos Wright. A fin de cuentas, qué eran unos cientos de metros en línea recta comparados con los casi dos kilómetros que había recorrido la máquina de Richard.

Y si Richard mostraba un poco de generosidad y dejaba que ella volase, entonces hasta podría trazar una elegante curva sobre su granja y dejar que la Bestia aterrizara con elegancia delante de los periodistas. ¡La idea no era nada mala! Las mejillas le ardían al pensar que pronto podría aparecer en los periódicos. Si ganaba reputación como primera mujer piloto... ¡Demonios, era más guapa que los hermanos Wright! ¡Nadie hablaría de Wilbur y Orville si prácticamente al mismo tiempo una mujer ascendía por los aires! Casi se le escapó la risa. Sí, ¡podría suceder así! Por supuesto, mencionaría el nombre de Richard en cada entrevista que le hicieran, compartiría la fama con él. ¡Con tal de que él lo aceptase! ¡Ojalá nadie le hubiera contado lo de los Wright y no se hubiese desanimado! Atamarie habría espoleado el tren como si fuese un caballo, el tiempo pasaba con una lentitud angustiosa. Y además no podía montar a caballo con esa falda estrecha, así que tendría que alquilar un coche de punto, lo que aún lo haría todo más lento.

Así pues, ya caía el atardecer cuando emprendió el camino de Timaru a la granja. Aliviada, arreó al caballo y entró en el patio a trote. Ni rastro de Richard, pero sí vio a Hamene, quien no estaba realizando ninguna labor de la granja, sino sentado en el patio con la mirada perdida hacia Temuka.

—¡Atamarie! —El joven maorí se volvió hacia la muchacha en cuanto oyó el coche de punto. Su rostro tenso se relajó de inmediato—. Atamarie, los espíritus te han enviado. Algo le pasa a Richard. Su hermano ha pasado antes y le ha traído esos papeles que los **pakeha** llaman diario. Richard lo leyó y se quedó atónito, destrozado... La señorita Shirley dijo que había llorado...

—¿Shirley? —La frustración de Atamarie se convirtió en rabia—. ¿Qué está haciendo aquí?

Quizás el hermano de Richard la había llevado para consolarlo, por decirlo de alguna manera, después de que la familia Pearse no tuviese nada mejor que hacer que restregar a Richard su fracaso por las narices. A Atamarie se le encendió la sangre.

—Da igual —murmuró—. Ya nos ocuparemos luego de ese asunto. Ahora lo primero... ¿Dónde está Richard, Hamene? ¿Cómo se encuentra ahora? ¿Qué... qué está haciendo?

Atamarie temió volver a encontrar a su amigo en la cocina, con la mirada perdida, esta vez sobre un diario con la noticia de la hazaña de los hermanos Wright.

Hamene señaló abatido en dirección a Temuka.

—Ha cogido el pájaro —contestó—. Quise ayudarlo pero él mismo lo sacó del pajar, estaba como ido, creo que algo en su interior se ha roto. Y luego subió a la colina. Lo seguía con la mirada

cuando llegaste.

Atamarie volvió a montar en el coche y cogió las riendas.

—¡Voy a buscarlo, Hamene! ¡Oh, Dios, espero que no haga ningún disparate!

Sabía que era inútil preguntar al joven maorí cuánto tiempo hacía que Richard se había marchado. Hamene no sabía leer la hora en el reloj y solo perdería minutos preciosos intentando entender sus perífrasis. Más le valía ponerse en marcha, por lo que enfiló al trote el camino. Delante del arbusto de retama estaba Shirley, que miraba en la misma dirección que Hamene. Atamarie no le hizo caso. Tenía que detener a Richard, no era bueno que intentara volar estando tan alterado.

Tras avanzar un poco más, reconoció que había llegado demasiado tarde. Oyó el motor del avión y acto seguido vio la máquina volando por encima de la carretera. Richard la mantenía recta y a escasa altura, después de haber ascendido despacio. El corazón de Atamarie se serenó un poco. Lo hacía bien y a todas luces con prudencia. Entonces no estaba desanimado, sino que posiblemente había tenido la misma idea que ella: quería probar por última vez el avión antes de llamar a la prensa.

Pero entonces el aparato se desvió del trazado de la carretera. En lugar de pasar por delante de la granja, giró hacia esta, perdió altura y...

—¡Oh, no!

Atamarie gritó, pero Richard no la oyó. Pero eso no parecía un accidente. La máquina no barrenó ni se precipitó. El joven la dirigió hacia el arbusto de retama. El ala izquierda se rompió con el choque.

Al principio, Atamarie estaba ocupada en dominar su caballo, que se había asustado ante aquel pájaro gigante. Pero se tranquilizó cuando el avión desapareció en el arbusto. Atamarie dejó el coche junto al camino. Mala suerte si el caballo se iba. Ahora tenía que... ¿Qué tenía que hacer en realidad? Atamarie tenía sentimientos contradictorios, de decepción por la noticia y de triunfo cuando vio volar a Richard. Cuando lo vio inmóvil bajo el avión, en apariencia ileso, pero sin intención de bajar, experimentó rabia, una rabia enorme, y tuvo que contenerse para no correr hacia él, arrancarlo del asiento y zarandearlo.

—¿Y bien? ¿Ya te sientes mejor? —le espetó—. ¡Has destrozado el avión! ¡Antes de hacer un vuelo de exhibición tendrás que repararlo y eso llevará tiempo! Y los tontos de tus vecinos volverán a reírse, que te llamen **el Raro Dick** no te da buena fama, Richard.

Él la miró y ella sintió que el corazón se le enfriaba definitivamente.

—No he conseguido volar —dijo.

Atamarie ya no sintió más pena, y el amor que había vuelto a encenderse en ella se apagó frente a la mirada vacía del joven. Lo único que sentía era rabia y ansia de herir.

—No —dijo enfadada—. No has conseguido volar. No tienes el valor para volar, Dick Pearse. Te quedas en tu arbusto de retama y te escondes ahí como un pájaro ciego sin plumas. ¡Nunca conquistarás el cielo, Richard! Al menos, no hasta que arranques o quemes ese matorral. Serás...

—He fracasado...

—¡So imbécil! —Atamarie buscó otros improperios que lanzarle.

—Déjalo... —Shirley apareció detrás del avión caído—. Déjalo en paz...

Eso aguijoneó todavía más a Atamarie. Sin hacer caso de Shirley, siguió atacando a Richard.

—¡Te he amado, pedazo de cobarde! ¡Te he apoyado, te he regalado el motor! Pero tú... tú nunca das nada a cambio. Siempre has cogido y cogido y cogido, maldito cabrón...

—¿Querías que te pagaran por tu amor? —preguntó sarcástica Shirley.

Atamarie la miró enfurecida.

—¡No! ¡Solo que lo respetaran! Ojalá no hubiera hecho caso a Waimarama. ¡Yo habría podido volar sola, delante de todo el mundo!

Shirley rio.

—Por fin admites lo que querías, Atamarie —señaló—. Querías volar, ser la primera en hacerlo. Richard te daba igual.

Atamarie echó la cabeza atrás.

—¡Eso no es verdad! ¡Él quería volar! Y yo... bueno, yo también quería, pero también que me amase...

—Tú solo lo amabas cuando él estaba bien. Cuando le iba mal lo dejabas. ¡Solo pensabas en ti misma!

Atamarie miró a Richard, que no parecía interesado en la discusión. Seguía mirando al vacío con indiferencia.

—He fracasado —repitió.

Atamarie puso los ojos en blanco.

—Pues entonces quedaos los dos aquí y enterraos en esta granja —espetó a Shirley—. Te deseo mucha fuerza. Porque una cosa es segura: él no la tiene.

Y dicho esto, se marchó con la cabeza bien alta. Por suerte, el coche seguía allí. Atamarie subió y lanzó una última y triste mirada al avión de Richard.

—Adios, Tawhaki —susurró—. No ha sido culpa tuya...



EL MAGO DE OZ

*Isla Sur*  
*Dunedin, Lawrence*  
*Christchurch*

1903-1904

—Así pues, ¿cómo te lo planteas? —preguntó Michael Drury. Había llegado a la ciudad para asistir a una subasta de ganado y se había reunido con Kevin en un pub—. En lo que se refiere a tu hermano. Siempre se había dado por hecho que él heredaría Elizabeth Station. A ti nunca te gustó. Pero ahora cambias de opinión de repente porque tu mujer bóer necesita vivir en el campo. ¿Vas a hacerte granjero? —Michael bebió un buen trago de cerveza.

Kevin movió la cabeza con un suspiro. Bastante difícil le había resultado tomar la decisión de marcharse a Lawrence con Doortje para que, encima, sus padres le pusieran pegas. De todos modos, era una suerte poder hablar a solas con su padre. Lizzie se habría expresado de forma más drástica.

—Claro que no, padre, soy y seguiré siendo médico, ejerceré en Lawrence. Y de ninguna manera voy a pelearme con Patrick por la herencia. Esto será solo por... bueno... por un par de años, hasta que Doortje se haya acostumbrado a vivir aquí. Además, Patrick no vive en Elizabeth Station..

—Ha dejado su puesto en el Ministerio de Agricultura —reveló Michael, y pidió luego un licor de malta—. No puede seguir en Dunedin con May, está creciendo, no puede dejarla cada vez con una niñera diferente. Continuará trabajando como asesor hasta el esquila, pero luego se vendrá con nosotros a Elizabeth Station. Él podrá ocuparse de las ovejas, Lizzie de la niña y yo me dedicaré al cultivo de la vid. —Sonrió—. Es posible que consigamos un vino bebible y nos hagamos ricos.

Kevin hizo una mueca. Lo de cultivar vino en Elizabeth Station no sería del agrado de Doortje, pues su Iglesia rechazaba el consumo de alcohol. Pero aunque se enfurruñara por eso, su estancia en la granja de sus padres difícilmente sería más desastrosa que la vida en común que llevaban en Dunedin.

Mientras Michael opinaba acerca de las posibilidades de que la joven llegara a acostumbrarse a Nueva Zelanda, Kevin repasó los últimos meses desde su llegada en septiembre de 1902.

El viaje había transcurrido sin nada digno de mención, salvo el hecho de que unos pocos viajeros se habían quejado de la presencia de Nandé en la cubierta superior. Sin embargo, no se había producido ningún conflicto cuando estaba con Doortje, para quien se sobreentendía que la negra cumplía las tareas de una sirvienta. Pero la obstinada Roberta Fence —tan peleona y defensora de las ideas de igualdad como su madre y Matariki— se había empeñado en pasear con la negra por la cubierta, en charlar y reír con ella. El propio Kevin no lo encontraba inapropiado, pero ¿podría haber tenido un poco más de tacto! En cualquier caso, las provocaciones de Roberta enrarecieron la relación ya de por sí tensa entre Doortje y Kevin.

El comportamiento de Doortje estaba volviendo loco al joven médico. Tenía que dormir junto a ella (el camarote de lujo que había reservado tenía una cama doble), pero Doortje no hacía el menor gesto de corresponder a sus continuos requerimientos, aunque no dejaba la menor duda de su voluntad de ser una «esposa sumisa». Si él la hubiese poseído, ella se habría quedado quieta, y a veces a Kevin le resultaba condenadamente difícil controlarse. Entretanto, el embarazo ya estaba muy avanzado, lo que facilitaba renunciar a las relaciones sexuales. Y justo después de la llegada a Dunedin, Doortje había dado a luz, triste y avergonzada porque había sido el anterior socio de Kevin, el doctor Folks, y no una comadrona, quien la había asistido en el parto. Kevin le habría concedido de buen grado el deseo de que fuera una mujer quien la atendiera, pero las contracciones empezaron ya el segundo día en Dunedin, antes de tiempo, probablemente a causa de los nervios pasados en la travesía por el mar de Tasmania, donde hubo temporal. Kevin casi habría tenido que asistir él mismo

a su esposa, lo que seguramente a ella todavía le habría incomodado más. Pero, por fortuna, el doctor Folks estaba disponible. Tras un par de horas atroces, durante las cuales Doortje ni gritó ni derramó una sola lágrima, el médico puso en brazos de la joven a su hijo.

—Se parece a usted —dijo amablemente—. Mire qué pelo rubio tan bonito tiene. ¿Cómo se llamará?

A Kevin le resultó embarazoso el hecho de que ni él ni Doortje hubiesen pensado qué nombre dar al niño. Sugirió que le pusiera Adrian, por el padre de Doortje, pero ella lo rechazó con tal vehemencia que Christian Folks se quedó sorprendido. Kevin salvó la situación con Abraham, el primer y único nombre del Antiguo Testamento que le vino a la cabeza. Podrían llamarlo Abe. Doortje no se opuso. Dio de mamar al bebé como era su obligación, aunque lo sostenía como si fuera un muñeco y no le dedicaba ni una sonrisa. A continuación, lo atendió de forma modélica, o al menos supervisaba de forma ejemplar cómo lo atendía Nandé. Por el momento, Kevin todavía no había averiguado si Doortje quería a su hijo.

Para el joven médico, el regreso a Dunedin se perfilaba sin complicaciones. Podían instalarse de inmediato en la casa y el doctor Folks estaba encantado de acoger en la consulta a su antiguo socio.

—Aquí hay trabajo suficiente para dos —le dijo complacido. Era evidente que estimaba la compañía de Kevin—. Cuando te fuiste solo dejaron de acudir las damas con sus irrelevantes malestares. Ahora... sin duda pronto volverás a atraer su presencia.

Las invitaciones no tardaron en lloverle al joven médico. La buena sociedad de Dunedin ardía en deseos de enterarse de sus experiencias en la guerra y, sobre todo, de conocer a su joven esposa. Pero ahí empezaron los problemas. La aparición de Doortje por las calles de Dunedin provocó un pequeño escándalo. Kevin se quedó horrorizado cuando la vio llegar después de realizar sus primeras compras en la ciudad. Laura Folks, la esposa de Christian, que la había acompañado amablemente, parecía apurada.

—Le propuse ir a comprar ropa con ella, pero se negó —explicó disculpándose, al tiempo que miraba atónita a Doortje, que con su aseado vestido azul, el delantal blanco y la capota almidonada parecía llegar de otro mundo. Se había comprado esa indumentaria en Pretoria y Kevin no se había opuesto. En el barco no había bóers del Transvaal, pero sí bóers del Cabo que utilizaban esa clase de indumentaria. Además, se trataba de un vestido premamá y Kevin había supuesto que su esposa se iría aprovisionando poco a poco de ropa nueva en Dunedin. Sin embargo, todo había ocurrido más rápido de lo planeado, Doortje se había estrechado el vestido a toda prisa y salía con él a la calle. Lo combinaba con una capa negra, que suavizaba la peculiar impresión que producía, pero su presencia era imposible de pasar por alto porque Nandé la seguía con la misma indumentaria y el pequeño Abe en brazos. En su caso, la vestimenta habría pasado inadvertida como uniforme de sirvienta, pero el negro intenso de su piel atraía todas las miradas sobre ambas mujeres. Para Laura Folks, que iba vestida a la moda, era un bochorno ir en compañía de ellas.

Kevin comprendió que algo había que hacer.

—Doortje, no puedes andar por aquí vestida así —le dijo categóricamente—. En Dunedin no se llevan los delantales y las capotas a no ser que trabajes como doncella. Una mujer casada de la buena sociedad lleva sombrero y un vestido o un traje como... bueno, como la señora Folks. — Señaló el vestido de Laura, de un discreto color azul oscuro.

Doortje miró indignada la cola de la falda, el complicado borde de botones de la larga chaqueta

y, sobre todo, el talle ceñido por el corsé.

—Así no se puede trabajar —repuso—. Y... y el sombrero...

Laura llevaba una elegante creación con velo de gasa sobre el rostro y un corte tipo turbante.

—Es que no tienes que trabajar —le recordó Kevin—. Solo tienes que ponerte guapa. Así que, por favor, Doortje...

—La vanidad es un pecado —sentenció la bóer—. Mi vestido todavía está muy bien y no hay razón para cambiarlo.

Laura la miraba estupefacta.

—¿Solo... solo tiene uno, querida? —preguntó sin dar crédito.

Kevin suspiró. Esas dos mujeres pertenecían a dos mundos y querer intervenir era una batalla perdida. Sin embargo, Laura seguro que habría sabido mostrar a Doortje dónde vestirse correctamente y a la moda por un precio razonable. Pero, tal como estaban las cosas, no le quedaba otro remedio que conducir a Doortje a la única tienda de ropa femenina de la ciudad donde encontraría, con algo de suerte, asesoría espiritual: Lady's Goldmine.

—Doortje, esta tarde iremos de visita —anunció, concluyendo la estéril conversación—. A casa de los Burton, unos viejos amigos de mi familia. Kathleen Burton tiene una tienda de moda... de ropa para mujeres. Y su marido es reverendo.

Kathleen Burton era, además, la madre de Colin Coltrane, pero hacía años que eso no se mencionaba en Dunedin. Así que Kevin se sentía bastante seguro cuando llevó a su mujer y su exótica comitiva a la parroquia de Caversham. Kathleen, que recibió cariñosamente a Doortje, lanzó un vistazo al rostro del pequeño Abe y palideció. Se recuperó deprisa y frunció el ceño.

—Kevin, no puede ser que se parezca tanto a Colin... Dios mío, de bebé era idéntico...

El médico se sobresaltó y buscó con la mirada a Doortje, pero esta hablaba en ese momento con el reverendo. Era sumamente crítica con los religiosos anglicanos, pero Peter Burton, con su actitud amable y complaciente, consiguió involucrarla en una charla ligera.

—Lamentablemente, es posible que así sea —susurró Kevin a Kathleen—. Pero, por todos los santos, que no nos oiga Doortje. Volveré mañana y hablaremos al respecto.

Conforme a las instrucciones, Kathleen no volvió a mencionar el tema, pero estaba tensa y de vez en cuando examinaba con la mirada a la joven bóer, que se mantenía a su vez inasequible. El reverendo, que había conocido a Colin a los diez años, no notó nada, solo intentaba sacar a Doortje de su reserva. Conocía el Antiguo Testamento tan bien como el Nuevo y enumeró varias pruebas de que Dios no había condenado la música ni comer y beber bien. Esto también podía aplicarse a la vestimenta, sostuvo, y al final Doortje consintió en que Kathleen la proveyera de un vestuario actual.

Kevin no quería ni pensar en su cuenta bancaria. Al final la modesta Doortje le costaría tan cara como la mundana Juliet. Ese pensamiento le recordó a su hermano, aunque relegó el tema para más tarde. Patrick se encontraba camino de las granjas de ovejas de Otago y Kevin todavía no había conocido a su hija May.

Al día siguiente fue a ver a Kathleen y Claire en Lady's Goldmine y les explicó lo ocurrido con

Colin Coltrane, naturalmente de manera muy suavizada. Kathleen se escandalizó al escuchar la noticia de la violación, pero reaccionó con serenidad cuando se enteró de que se daba a su hijo por desaparecido. Colin tampoco había dado señales de vida durante años y, a fin de cuentas, tampoco era seguro que estuviese muerto. Sus razones tendría para perderse entre la multitud.

—Por supuesto, lo lamento mucho por la joven —dijo Kathleen—. Me avergüenzo de mi hijo. Y siento una alta estima por ti, que quieres educar a su hijo como si fuera tuyo. No obstante, no te será fácil. Bien, ante la sociedad todo se puede camuflar. Yo no rejuveneceré y en un par de años ya nadie se dará cuenta de que el pequeño se parece a mí y a mi hijo. Pero ¿quieres dejar a tu esposa en la ignorancia? ¿Cómo le explicarás que el niño se parezca a Atamarie? Ella también es hija de Colin. ¿Y que Colin se apellidara como Heather y Chloé? ¿Vas a engañarla?

Kevin se encogió de hombros.

—Ahora Atamarie está lejos —murmuró—. Sigue estudiando en Christchurch, ¿no?

Kathleen puso los ojos en blanco.

—Viene con frecuencia de visita y para cuando el niño sea mayor y se aprecie el parecido, ya habrá terminado la carrera. ¿Y entonces? Deberías decirle... contárselo todo a Doortje. Al fin y al cabo, estar relacionada con Colin no es un crimen, incluso puede cambiar impresiones con Matariki y Chloé. Colin las maltrató a todas. Y si me odia porque soy su madre, no puedo hacer nada por cambiarlo.

Kevin puso una expresión compungida. Kathleen tenía razón, si el asunto referido a Colin hubiese sido el único problema que tenía con Doortje, podría haberse resuelto. Pero había muchas más cosas que no iban bien y lo último que quería era inquietar todavía más a la joven. Transcurridos meses después del parto, su esposa seguía encerrada en sí misma, respondía con monosílabos y rechazaba cualquier contacto físico. Kevin entendía que tras dar a luz necesitaba descanso y que su joven relación precisaba de tranquilidad para desarrollarse, pero al menos un beso de vez en cuando... un roce tierno, una caricia... Kevin ansiaba una señal de unos sentimientos que en África Doortje había alimentado por él. Él no se había inventado el nacimiento de ese amor, el modo en que ella se había estrechado contra él tras la muerte de Coltrane, cuando por una vez se liberó de la tensión...

Pero nada de aquello quedaba en la actualidad. Doortje solo parecía nerviosa y rígida en el nuevo mundo adonde él la había llevado y en el que todo iba en contra de lo que ella había aprendido y conocido hasta entonces. Nandé parecía adaptarse mejor, ya charlaba complacida con otras sirvientas y criados. Kevin temía el día en que ella se enterase de que toda esa gente recibía un salario. Otro gasto más.

—Pensaré al respecto, Kathleen —respondió cortésmente—. Pero, por favor, no diga nada de momento. ¡No debe odiarla antes de que usted le enseñe cómo debe vestirse en Dunedin!

Kathleen y Claire proporcionaron a Doortje unos vestidos imperio sencillos y de la temporada anterior, lo que rebajó la factura. Los vestidos anchos y que se llevaban sin corsé ya habían pasado de moda. La silueta de la mujer moderna se caracterizaba por lo curvilíneo. El vientre y la cintura iban muy ceñidos, lo que realzaba el pecho, la falda tenía un corte de campana y terminaba en una cola. Todo ello era incomodísimo y dificultaría innecesariamente la entrada de Doortje en la vida urbana. En los holgados vestidos imperio, que en la temporada anterior también se inspiraban en

Oriente, Doortje Drury estaba fantástica. Kathleen y Claire le aconsejaron también un nuevo peinado —no podía ser que se hiciera trenzas y las recogiera alrededor de la cabeza— y eligieron tres sombreros para ella. Doortje tuvo sentimientos encontrados al mirarse en el espejo. Tenía que reconocer que era una mujer bonita, pero ya no tenía nada que ver con las mujeres bóers de su país.

Kathleen sospechaba que surgirían más problemas con su introducción en la sociedad de Dunedin. Esto se confirmó cuando, después de la compra, Chloé ofreció un té a la joven. Doortje Drury no tenía ni idea de cómo aguantar con un gesto afectado la taza de té entre el pulgar y el índice, de mordisquear discretamente un pastelito de té y de mantener una conversación ligera. No obstante, todo eso podía aprenderse, incluso Kathleen había tenido que esforzarse para conseguirlo. Pero ella se había adaptado lentamente a la vida en la buena sociedad, y Claire, con su estilo, la había ayudado. Por añadidura, el Dunedin de su juventud no tenía mucho en común con la actual ciudad moderna y agitada. Doortje no habría llamado la atención entre los fundadores puritanos de la ciudad. La Iglesia de Escocia tenía mucho en común con la Iglesia holandesa. Pero ahora la joven se veía lanzada a una vida para la que no estaba preparada, y carecía del entusiasmo que le hubiese facilitado la adaptación. Como consecuencia de ello, Doortje se ponía en ridículo en los banquetes, pues se equivocaba con los cubiertos que debía emplear. En una recepción ofrecida por los Dunloe provocó una sensación entre el escándalo y la comicidad cuando rechazó el champán y en su lugar pidió leche.

—Como el tío Krüger a la mesa del emperador alemán —sonrió jocosamente Sean Coltrane.

No lo dijo con malicia, pero su comentario pasó de boca en boca y los invitados acabaron viendo no a la hermosa esposa del doctor Drury, algo exótica pero de una belleza extraordinaria, sino a la bóer que posiblemente fuese su enemiga.

Doortje abandonó horrorizada y sonrojada una exposición en la galería de Heather y Chloé que mostraba desnudos. Y en otra ocasión se puso a hablar en medio de un concierto porque se aburría y no sabía que esa música era distinta de la que se tocaba de fondo durante una recepción. Al final, Kevin no se atrevía a llevarla a ninguna parte y ella disimulaba con grosería la vergüenza por su falta de formación. Rechazaba todas las ofertas culturales aduciendo que eran inglesas, prefería su indumentaria bóer y hablaba en holandés con Abe. Los libros ingleses que habrían podido ayudarla a adaptarse ya ni los tocaba. Kevin se preguntaba dónde estaba la muchacha que antes había disfrutado leyendo a Shakespeare en inglés. Doortje estaba todo el tiempo enfadada y obcecada.

Unos pocos meses después de estos acontecimientos, Kevin ya no sabía qué hacer. Tendría que cumplir la promesa que le había hecho en África: vivir en una granja, como ella estaba acostumbrada.

Por desgracia, Michael y Lizzie no se mostraron nada entusiasmados con alojarlos. Y el tema con Patrick parecía ser más complicado de lo que Kevin había pensado.

—Doortje necesita más tiempo para adaptarse —le contó a su padre—. Todo esto la supera. Por Dios, ¿es que precisamente tú no puedes entenderlo? Siempre te estás quejando de lo rígido que es todo aquí y de lo mucho que odias tener que escoger los cubiertos para comer.

Era verdad. Al igual que Kathleen, Michael procedía de un entorno pobre, se había ganado la vida en Nueva Zelanda como cazador de ballenas, destilador de whisky y buscador de oro, hasta que, gracias al oro de los maoríes, había podido financiarse la granja de ovejas. Aún hoy, cuando se

reunía con los notables de Dunedin todavía se sentía incómodo.

El padre de Kevin asintió.

—Precisamente por eso —observó, y tomó un gran trago de cerveza—. Yo nunca me he acostumbrado. ¿Qué es lo que te hace suponer que ella sí lo hará?

Con brío y galope regular, la yegua *Rose's Trotting Diamond* llegó al hipódromo de Addington, cerca de Christchurch. Luego Rosie Paisley subió al *sulky*, llevó las riendas con mano ligera y se sintió tan feliz como siempre que guiaba un trotón a la pista de carreras. Durante todos esos años en que había trabajado para Chloé y Heather había añorado esa sensación, y por mucho que quisiese a Chloé, su salvadora y su ídolo de la infancia, el trabajo de sirvienta no podía compararse con la maravillosa sensación de volar sobre una pista de carreras. A Rosie también le gustaba su nuevo trabajo como cuidadora de caballos de carreras en el establo de lord Barrington. Por las mañanas, cuando entraba en la cuadra y los animales relinchaban pidiéndole la comida, el corazón le daba un brinco. Amaba a cada uno de los ejemplares que le habían encomendado.

Ese día, sin embargo, se había tomado la tarde libre y se sentía orgullosa de haberse atrevido a dirigirse al caballerizo para pedirle un par de horas. Siendo una niña, Rosie había permanecido muchos años callada, después de haber presenciado escenas terribles entre su hermana Violet y su primer marido Eric Fence, y todavía hoy prefería hablar con los caballos que dirigir la palabra a los humanos. Además, el caballerizo de lord Barrington era muy severo. Pese a ello, había aceptado condescendiente la petición de Rosie. A fin de cuentas, en los últimos meses nunca había pedido nada. Nunca había faltado al trabajo ni había llegado nunca tarde. Rosie sabía que era persona de confianza, pero al ser la única chica del establo también tenía que trabajar más para ganarse el reconocimiento.

Por suerte, no le resultaba difícil. Rosie también podía realizar trabajos duros en las cuadras, era una mujer fuerte, no tan grácil como su hermana Violet y su sobrina Roberta. Por otra parte, tampoco era tan hermosa. Con su cabello rubio oscuro, el rostro en forma de corazón y unos grandes ojos azul claro era, en el mejor de los casos, mona. No solía atraer a los hombres. A Rosie ya le iba bien. Había presenciado el horrible matrimonio de Violet desde el principio hasta el final. Lo último que echaba de menos en su vida era a un hombre.

Rosie alzó la vista hacia el gran reloj que había sobre el marcador. Todavía le quedaba algo de tiempo, pero aún tenía que llevar a *Diamond* al establo e ir al tren a recoger a su sobrina Roberta. ¿O debería volver a enganchar a *Diamond* y sorprender a Robbie con un carruaje tirado por un brioso caballo de carreras? Le habría gustado hacerlo, pero a Roberta no. Robbie siempre había tenido miedo de los caballos. Y eso que los animales nunca le habían hecho nada. Eric Fence había sido peligroso, y también Colin Coltrane, por supuesto. Pero no los caballos, los caballos eran buenos.

Rosie dejó que *Diamond* acelerase el paso en el lado largo de la pista. El fin de semana correría su primera carrera y apenas si podía contener su impaciencia. Lástima que hasta el momento no había podido comparar en directo su caballo con los otros trotones. Y era también algo arriesgado que *Diamond* se estrenara en una competición sin haberse entrenado antes junto a otros caballos tirando de un *sulky*. Evitó a los entrenadores de los establos de trotones. Tanto al viejo Brown, que le daba miedo por sus maneras aparatosas, como también a Joe Fence, su sobrino. La visión de Joe casi le produjo pánico. Se semejaba de tal modo a su padre que Rosie creyó que Eric Fence había resucitado. De todos modos, era el mejor corredor. Joe nunca cometería un descuido como el de su padre entonces.



Rosie respiró hondo y chasqueó con la lengua a **Diamond**. No se sentía culpable del accidente mortal de Eric Fence. De acuerdo, en aquella ocasión él le había ordenado que enganchara el caballo y Rosie no lo había hecho correctamente. Pero un buen corredor controla antes de la salida la colocación del vehículo y el caballo, como un buen jinete controla la cincha. Eric Fence había renunciado, todavía estaba medio borracho de la noche anterior. Así que había sido solo culpa suya.

Sin embargo, Rosie seguía temiendo encontrarse cara a cara con su sobrino Joe. Entonces no se había dado cuenta, pero Joe había presenciado lo que ella había hecho y después la había acusado de asesinato. Por supuesto, nadie le había creído. Pero cuando miraba a Rosie, ella todavía distinguía un odio antiguo en sus ojos acuosos.

¿Otra vuelta más? Tenía que ir pensando en desenganchar el caballo, pero justo en ese momento Joe Fence conducía un **sulky** tirado por un semental negro en dirección a la pista. Un pelirrojo alto y fuerte seguía al achaparrado entrenador. Rosie no lo había visto nunca, y solo pudo lanzarle una mirada fugaz, pues **Diamond** había pasado raudo por su lado. Rosie esperaba que volvieran a marcharse. O que al menos Joe permaneciese en la pista hasta que ella hubiese acabado la vuelta. Antes de que él acabase de darla, ella sacaría a **Diamond** de la pista. La yegua no se asustaba en las calles y Rosie podía conducirla al establo de Barrington.

Sus deseos, sin embargo, no se cumplieron. Cuando puso a **Diamond** al paso y lo detuvo frente a la salida cerrada con una barrera, seguía hablando con el pelirrojo. Solo de oír su voz, un escalofrío le recorrió la espalda. Otro eco de la voz de su padre y la cadencia de Colin Coltrane.

—¡Pues claro que ganará, señor Tibbs! —aseguraba al hombre—. Tiene que hacerlo si ha de hacer propaganda de su empresa de transportes, ¿no? —Una risa tintineante—. Es una excelente idea, siempre se lo digo a la gente. Un caballero participa en las carreras de caballos y si además, como es su caso, sirven para el negocio...

Rosie se estremeció cuando sujetó el tirante al bocado. Las correas auxiliares tenían que asegurar que el caballo no pasara del trote, pero también lo incomodaban, y Rosie defendía la misma opinión que Chloé: un buen trotón no debería necesitar ninguna correa auxiliar y un buen entrenador no tenía que adoptar medidas que causaran dolor o miedo al caballo.

El señor Tibbs, a ojos vistas un interesado en comprar el semental, no pareció darse cuenta de lo que Joe estaba haciendo. Acababa de descubrir a Rosie y corrió a abrirle la barrera.

—Espera, chico, no hace falta que bajas...

Rio cuando ella se sacó la gorra para darle las gracias y dejó al descubierto su media melena.

—Vaya por Dios, si eres... si es usted... Discúlpeme, señorita. —Se sacó la gorra de visera, galante como un caballero sacándose el sombrero de copa.

En el rostro de Rosie apareció una tímida sonrisa. Pero antes de que pudiese poner en movimiento a **Diamond**, Fence se acercó a ella.

—Vaya, mira por dónde, la pequeña Rosie... ¿ya estás lista? Y yo que pensaba enseñar a mi cliente cómo su futuro caballo adelantaba a tu poni. —Puso una mueca irónica.

El corazón de Rosie latía con fuerza, pero no contestó a la provocación. **Rose's Trotting Diamond** no era muy alta, pero eso era propio de muchos trotones y no tenía que ver con la velocidad que alcanzaban en la pista de carreras. Joe solo quería ofenderla. Y en el rostro del extraño, un rostro redondo de labios gruesos y cejas anchas, que recordaba lejanamente al de un bulldog, apareció una extraña expresión. ¿Atención? ¿Interés? En cualquier caso, el hombre no

parecía albergar maldad o codiciar el éxito, al contrario, su aspecto era cordial.

—¿Nos haría usted el honor, milady? —preguntó a Rosie con una ligera inclinación—. El señor Fence quiere venderme un caballo y estaría bien poderlo comparar con otro. Me refiero a que... a lo mejor los trotones están en general bien adiestrados, pero sé por mis ejemplares de tiro y por los cob que cuando tienen vía libre van la mar de tranquilos, pero en cuanto aparece otro caballo...

—Eso... eso también pasa con los trotones —confirmó Rosie con voz ahogada.

Aunque con ninguno de los de Joe Fence. Este se las sabía todas, a los caballos no les toleraba ninguna tontería.

Tibbs sonrió.

—Entonces somos de la misma opinión, señorita... ¿Rosie? —Su voz se volvió más dulce—. Vaya, mi nombre preferido. ¿Me ayuda a probar mi caballo?

Rosie se puso roja como la grana cuando colocó a **Diamond** en la posición de salida. Joe Fence se había subido al **sulky** tirado por el semental negro e hizo una mueca burlona.

—Le haré una demostración, señor Tibbs —dijo—. Pero todavía tengo que calentar a **Spirit's Dream**. ¿Te importa, Rosie?

Ella no consiguió articular ninguna respuesta. En realidad sí que le importaba porque llegaría demasiado tarde a la estación. Pero, por otra parte, Roberta seguro que no se lo tomaba a mal. Era probable que lo primero que quisiera hacer no fuera ir a ver a Rosie, sino al nuevo veterinario. El doctor Taylor había contado que había conocido a Roberta en Sudáfrica. Y al hacerlo sus ojos habían resplandecido todavía más que al atender a **Diamond**, a la que quería especialmente. Pero en realidad, a Taylor le gustaban todos los caballos. Razón por la cual a Rosie le gustaba el doctor Taylor. El anterior veterinario del hipódromo era muy gritón y ella le había tenido miedo. Pero el doctor Taylor era joven y amable y amaba a los caballos. Y a Roberta, hasta Rosie se dio cuenta enseguida. Seguro que él estaría contento si le dejaba a su sobrina para él solo un rato.

Pero ¿y si Roberta no estaba conforme? Rosie oyó la voz de la conciencia. ¿Qué sucedía si Roberta tenía miedo de Vincent Taylor? Rosie siempre consideraba probable que las mujeres tuviesen miedo de los hombres, y, en tal caso, de buen grado ella ayudaría a Roberta. Dando vueltas a tales cavilaciones, casi no oyó que el señor Tibbs le dirigía la palabra. Observaba al semental que en ese momento recorría la pista a trote de trabajo.

—Un hermoso caballo, se mueve bien. Cabe preguntarse, claro, si es rápido. ¿Lo conoce usted?

Rosie se estremeció.

—¿Qué? —preguntó desconcertada—. ¿A quién? Ah, vale, al semental...

Se ruborizó de nuevo. Naturalmente, el hombre daba por supuesto que ella conocía a la mayoría de los trotones de ese hipódromo. En Invercargill los habría conocido a todos. Pero por ahí solo pasaba alguna vez para ver los ejercicios de entrenamiento. A fin de cuentas, trabajaba en el establo de lord Barrington y los caballos de galope se entrenaban a primeras horas de la mañana. Después, mientras los trotones estaban en la pista, Rosie tenía que lavar, secar y dar de comer a los caballos de competición.

El señor Tibbs esperaba. Rosie se rehízo. Estaba pensando en **Spirit's Dream**...

—Yo... no, no... conozco a ese caballo, pero creo, creo que conocía a su padre... ¿Es de... **Spirit**? ¿Un purasangre negro, alto, que antes corría en carreras a galope?

Tibbs sacó un papel del bolsillo y lo leyó lentamente.

—¡En efecto, señorita Rosie! —resplandecía—. ¡Es usted una auténtica conocedora de

caballos! ¿Y qué piensa usted del semental? Con toda sinceridad. O usted... ¿trabaja usted para el señor Fence o algo similar?

Rosie negó con la cabeza.

—¡No! No, nunca... nunca... —Solo de pensar en tal cosa, había perdido el color del rostro—. Yo...

Tibbs estaba radiante. Rosie pensó en los retratos de los perros pastores que Heather había pintado al principio, antes de conseguir reputación como artista seria. En ellos, algunos collies «se reían», con los bellos levantados y unos ojos amistosos y cariñosos. Justo así era como sonreía Tibbs. Rosie se percató desconcertada de que en compañía de ese hombre se sentía a gusto.

—Entonces puede hablar con toda sinceridad —la animó.

Rosie se mordisqueó el labio superior, un gesto que le daba un aire infantil. En la cara de Tibbs volvió a aparecer esa extraña mueca de interrogación.

—Spirit era bueno —dijo Rosie—. Era su abuelo... —Señaló a *Rose's Trotting Diamond*.

Tibbs sonrió de nuevo de oreja a oreja.

—¡Vaya! ¡Una reagrupación familiar! Respecto a esto se me ocurre... —Pareció vacilar.

Pero en ese momento volvía a acercarse *Spirit's Dream*.

—Yo le sacaré el *overcheck* —musitó Rosie antes de que Fence se reuniera con ellos—. La... la correa auxiliar...

Tibbs asintió serio.

—Sé lo que es. Ya le había hablado a Fence al respecto. Pero eso hará más lento al caballo.

Rosie negó con la cabeza.

—No... no necesariamente. No si está bien entrenado. Es que... le hace daño —dijo en voz baja y se sintió como una tonta.

A la mayoría les daba igual si hacían daño a un caballo siempre que tuviera buen aspecto o ganara carreras. Las correas auxiliares no solo se empleaban en las carreras de trotones, sino también en los carruajes de lujo de la gente rica.

Tibbs sonrió.

—Naturalmente, no queremos que eso suceda —dijo, complaciente—. Y, además, estaría interesado en comprobar si el semental sigue trotando cuando una bonita yegua como la suya lo adelanta. Entonces, le quito ahora el *overcheck* y usted corre una buena carrera, ¿de acuerdo?

El hombre entró en la pista relajadamente e indicó a Fence que se detuviese. Tras una breve discusión, Tibbs soltó la correa de cuero que pasaba por encima de la crin y la frente del caballo hasta los aros del bocado y que obligaba así al animal a llevar la cabeza en alto de forma poco natural. Rosie miraba con incrédula admiración. ¿Cómo lo había hecho? Simplemente dando una orden a Fence, rebatiendo sus argumentos... El señor Tibbs debía de ser un hombre con mucha influencia. Y, en cierta forma, le recordaba a alguien. Pero ahora debía situar de una vez a *Diamond* en la línea de salida.

Joe Fence había dejado de sonreír con ironía. Estaba manifiestamente disgustado y a Rosie volvía a atemorizarla su expresión. Debía de pensar que era ella quien había inducido al cliente a quitar la correa auxiliar. Sin embargo, Tibbs ya se había extrañado antes de que el caballo la llevara.

Joe cogió las riendas cortas cuando los caballos salieron a trote ligero de la línea de salida. Rosie continuó sujetando las riendas con mano ligera. *Diamond* siguió relajada, aunque *Spirit's*

Dream corría junto a ella. Rosie la mantuvo en esa posición cuando Joe aceleró. Pero miró hacia el semental negro. **Spirit's Dream** era rápido y mantenía el trote, no necesitaba ninguna correa auxiliar si se le entrenaba correctamente. Pero estaba nervioso y quería adelantar a **Diamond**. Fence parecía vacilar acerca de si aflojar ya las riendas, a fin de cuentas ni siquiera habían corrido un tercio de la vuelta. Gracias a Rosie le resultó más fácil tomar una decisión: ella mantuvo la velocidad de **Diamond** mientras el semental la adelantaba. Joe sonrió triunfal cuando pasó a la yegua.

Rosie puso los ojos en blanco. **Diamond** sostuvo sin esfuerzo el ritmo de **Spirit's Dream**, aunque la carrera era realmente rápida. Tiraba un poco para avanzar, pero Rosie la tranquilizaba. De nada servía agotar las fuerzas antes de la recta final. Cuando acabaron de recorrer el lado más corto y la meta quedó a la vista. Rosie exclamó:

—¡Ahora!

Chasqueó la lengua y soltó rienda. Hasta ella misma se asombró de lo deprisa que arrancó la yegua. **Diamond** avanzó volando, se puso sin esfuerzo junto a **Spirit's Dream** y alcanzó una velocidad vertiginosa cuando él aceleró. Los caballos iban a la par: el corazón de Rosie brincaba de alegría y hasta lanzó una mirada animada a Joe Fence. Este ni se dio cuenta. Con el rostro contraído, luchaba con su semental, que no quería que la yegua alazana lo adelantase. Pero era evidente que el trote limitaba a **Spirit's Dream**. **Diamond** finalmente lo adelantó. Cada vez corría más deprisa. Rosie podría haberse puesto a gritar de contento. Nunca antes había conducido un caballo tan rápido, **Diamond** superaba todas sus expectativas.

A su lado, Fence capituló ante la fuerza del semental negro. **Spirit's Dream** le arrancó las riendas de la mano, se puso al galope y adelantó, triunfal, a **Diamond**, que dócilmente siguió trotando. Una sonrisa sumamente dulce se dibujó en el rostro de Rosie. Ya no tenía que preocuparse. **Diamond** no se dejaba confundir por caballos más rápidos. Joe Fence la miró encolerizado cuando pasó por su lado.

—Rápido sí que lo es —observó Tibbs con expresión indulgente cuando Fence se detuvo delante de él—. Pero todavía tiene que trabajar.

—Ya le he advertido que necesita el **overcheck**...

Joe Fence empezó a recitar una retahíla de argumentos, pero Rosie no le escuchaba. Para su sorpresa, descubrió que el doctor Taylor y su sobrina Roberta bajaban de una de las tribunas.

—¡Rosie, ha sido fabuloso! —Roberta sonreía resplandeciente y abrazó a su tía cuando esta bajó del **sulky**—. Vincent ha ido a recogerme y hemos pensado que te encontraríamos aquí. Y qué sorpresa, ¡justo nos deleitan con una carrera!

El tono de Roberta era cordial, aunque también tenía un matiz de preocupación. Como su madre, aborrecía las carreras de caballos. Pero la elegante **Diamond** tirando del ligero **sulky** y Rosie, por lo general tan tímida, guiándola de forma tan majestuosa por la pista, la habían impresionado de verdad.

Vincent Taylor estaba exultante.

—¡Rosie, es increíble! ¡Nunca había visto correr un caballo con tanta soltura! Y, además, ese semental es rapidísimo. El último día de las carreras ganó, ¿no es cierto, señor Fence? —El veterinario se volvió hacia Joe, que por fin veía una tabla de salvación.

—Ya lo ve, señor Tibbs. Si me permite presentarle al veterinario del hipódromo, alguien que sabe de verdad... Deje que el caballo corra con el **overcheck**.

Joe habló con vehemencia a su cliente, quien solo tenía ojos para Rosie... y Roberta.

—No puede ser —dijo con imparcialidad, pero a ojos vistas conmovido, a la chica con el traje de viaje sencillo pero elegante—. Es imposible que usted sea Violet Paisley, pero se parecen como dos gotas de agua...

Roberta rio.

—Soy Roberta Fence, la hija de Violet. —Le tendió la mano a Tibbs—. ¿De dónde conoce usted a mi madre? ¿Y a Rosie?

—Me llamo Tom Tibbs —se presentó él, al tiempo que volvía a levantarse galantemente la gorra—. Si su madre ha hablado alguna vez de mí, en el barco me llamaban Bulldog.

Roberta nunca había visto sonreír a Rosie de forma tan dulce y franca como a ese desconocido.

—Usted nos cuidaba —recordó a media voz—. Todavía recuerdo cómo usted... le pidió a mi padre que fregara el camarote.

Bulldog soltó una risotada.

—Bueno, «pedido» no es la palabra correcta. Pero al final quedó limpio, en efecto... No puedo creer que te... disculpe, señorita Rosie... pero es increíble que haya vuelto a encontrarla. Nunca la he olvidado, ¿sabe?

Rosie volvió a sonreír.

—Y yo a usted tampoco —confesó.

Joe, que se sentía al margen, intervino.

—Esta sí es una auténtica reagrupación familiar —bromeó—. Hola, hermanita. ¿A qué debo el honor de tu visita? No soléis preocuparos por mí.

—¿Joe! —Roberta miró a su hermano y palideció. No había visto a Joe desde su infancia y se quedó pasmada ante el parecido que presentaba con su padre—. No sabía que estuvieras aquí.

Era cierto. Rosie no era muy aficionada a escribir cartas, y aún menos cuando alguien estaba tan lejos como Roberta en la distante África. Y si bien Chloé había comunicado a Violet el paradero de su hijo, esta no había tenido oportunidad de contárselo a Roberta. Tras la vuelta de esta tenían temas de conversación más emocionantes y Roberta tampoco había tenido tiempo para asistir a **vernissages** y cenas. Primero estuvo ayudando en la escuela de Caversham, pero todavía no había aceptado ningún puesto fijo. Roberta seguía estando insegura respecto a su relación con Vincent Taylor y sobre sus planes. Si respondía al amor de Vincent, él pediría su mano, de eso estaba segura. Pero entonces no podría seguir trabajando como maestra. Había estado viajando de un sitio a otro, pero ese fin de semana en Addington tenía que tomar una decisión. Y no tenía ningún compromiso, oficialmente no estaba visitando a Vincent, sino a su tía Rosie. Si todo iba bien, podía imaginarse ocupando primero un puesto en Christchurch. Así podría conocer mejor y con calma a Vincent. En lo referente al matrimonio, Roberta había sufrido la misma experiencia que Rosie: también ella recordaba bien la desastrosa relación de Violet con su padre. Pese a ello, no retrocedía asustada como su tía ante los hombres, pero habría preferido unirse con alguien al que conociera desde la infancia. Con Kevin se habría sentido más segura. Vincent tenía que pasar primero una prueba.

En ese momento él sonreía sin entender mientras miraba a uno y otro.

—¿Lo dice en serio, Joe? ¿Roberta es su hermana? Le aseguro que no sabía que usted estaba aquí, Joseph, pues de lo contrario me lo habría dicho. Pero Roberta ha estado mucho tiempo en Sudáfrica. ¡Deben de tener muchas cosas que contarse!

Era evidente que a los hermanos no les importaba nada de la existencia del otro, pero al menos

Vincent consiguió rebajar la tensión.

—¿Y usted llegó de Inglaterra con la madre de Roberta y Rosie, señor...?

—Tom Tibbs —repitió Bulldog—. Sigo sin podérmelo creer.

—También deben ustedes de tener mucho que contarse... —supuso Vincent, si bien esta vez recibió una respuesta más alegre. Bulldog asintió con entusiasmo y Rosie se ruborizó un poco.

—¿Vamos a tomar una taza de café, pues? —Vincent miró al grupo animoso.

—No puedo —gruñó Joe—. Tengo que llevarme al caballo. Bien, señor Tibbs, ¿se lo queda?

—Yo debo llevar a **Diamond** a casa —respondió Rosie también vacilante.

Bulldog esbozó su sonrisa de collie, enseñando un poco los dientes. Roberta comprendió por qué le habían puesto ese apodo, recordaba a un perro de lucha cordial pero con el que había que tener cuidado.

—Respecto al semental, depende —contestó—. Primero del precio... creo que debemos hablar un poco más acerca de que el caballo no mantiene el trote, como usted sostiene, señor Fence. Y luego del entrenamiento...

—El caballo puede quedarse en mi cuadra —señaló solícito Fence—. Yo le aconsejaría que dejara que unos entrenadores lo preparen para las carreras. Si bien puedo decirle que aquí en Addington conozco los mejores...

Bulldog arrugó la frente, haciendo honor a su apodo.

—¿Que siga entrenando con usted? ¿Para que también en la siguiente carrera dependa de un trozo de cuero que **Spirit's Dream** se deje ganar por un poni? —Miró a Rosie—. No, señor Fence, que yo compre o no a **Spirit's Dream** dependerá de su futura entrenadora. ¿Aceptaría usted adiestrar a mi caballo, señorita Rosie Paisley?

Rosie se ruborizó de emoción y felicidad.

—Sí... no... Antes debo preguntarle a lord Barrington si... Si el lord me lo permite, entonces sí acepto.

Lord Barrington seguro que no pondría objeciones, y en caso necesario se lo preguntaría a Chloé. Pero Rosie estaba tan emocionada que casi sería capaz de dirigirle la palabra al propietario del hipódromo.

Bulldog sonrió campechano.

—Estupendo. Con el lord hablaré yo, lo conozco. Tengo una compañía de transportes y siempre que los Barrington reciben muebles y artículos de Inglaterra yo se los traigo aquí o los llevo a las Llanuras. Espere un momento hasta que alcance un acuerdo con el señor Fence. Luego llevaremos los caballos juntos a casa.

Vincent Taylor apenas lograba contener su alegría, por fin tenía a Roberta para sí solo, si bien la repentina aparición de tantos miembros de su familia le hacía temer que ella no pudiera dedicarle mucho tiempo. Y luego estaba lo del caballito de trapo. Lo había visto en su bolso de mano cuando la ayudó a bajar del tren, así que seguía llevándolo consigo a todas partes: un claro indicio de que no había olvidado al hombre con que lo relacionaba. Vincent había vuelto a experimentar la sensación de tener que luchar contra un fantasma.

Era evidente que Rosie y Bulldog habían abandonado el hipódromo contentos, algo que no se podía decir de Joe Fence. Tom Tibbs le había pagado un buen precio por el semental, pero la idea de que Rosie fuera a hacerle la competencia como entrenadora no era de su agrado. Roberta se quedó mirando a su hermano con preocupación. Se había despedido de ella con pocas palabras y cara de rabia. Conocía esa cara de su padre —y no le gustaría estar en la piel de aquel con quien él fuera a descargar su rabia, esperaba que al menos no fuese una mujer.

Pero daba igual, estaba ahí para hablar con Vincent.

—¿Qué hacemos ahora? —le dijo—. ¿Me enseñas Addington?

Vincent ya se había preguntado qué hacer en Addington con la chica con quien uno quiere casarse. Sin embargo, no era fácil de responder. Salvo el hipódromo, los alrededores tenían poco interés. Había un par de empresas industriales cuyos trabajadores vivían ahí, y las residencias de algunos ricos aficionados a las carreras. No era demasiado estimulante. No obstante, tal como era su deber, Vincent condujo a su amiga a través de las hileras de casitas de colores de los obreros y a continuación al campo. Allí el paseo tendría un toque romántico. Vincent hablaba de su trabajo. Consideraba que era una suerte haber encontrado un puesto en el hipódromo, le gustaba poder ocuparse exclusivamente de caballos. Sin embargo, rechazaba los métodos y manejos de algunos de los entrenadores y se sintió gratamente sorprendido de que Roberta coincidiese con él. Por primera vez salía un poco de su reserva y contaba con detalle algo de su familia y su infancia.

—Durante un tiempo vivimos aquí al lado, entonces el centro de las carreras todavía era Woolston —explicó—. Y mi madre contaba que el fin de semana solía ir con nosotros, a pie, para escuchar los discursos de las sufragistas. Allí conoció a Kate Sheppard. —Roberta sonrió—. Y volvió a encontrarse con Sean Coltrane.

—¿El abogado y anterior diputado parlamentario? —preguntó Vincent. Sean era muy conocido en la Isla Sur—. Es tu padre adoptivo, ¿verdad? ¿Es realmente el hermano de ese horrible Colin Coltrane? No acabo de entender bien las relaciones de parentesco que os unen.

Roberta rio.

—Medio hermano —contestó—. Y también medio hermano de Kevin Drury. Con Colin comparte la madre, con Kevin, el padre. Pero Colin y Sean nunca crecieron juntos. Cuando Kathleen abandonó a su marido, Colin se quedó con su padre. Debía de ser igual de... bueno... igual de desequilibrado.

Vincent sonrió y la rodeó con un brazo, con mucha cautela para no asustarla.

—Roberta, cuando estés segura de que me amas... ¿dirás que alguien es un cabrón cuando pienses que es un cabrón? —bromeó—. Está muy bien expresarse con mesura, pero a veces en los diccionarios enciclopédicos... cómo decirlo... no se encuentran las palabras adecuadas. —Roberta le había contado que su madre había adquirido prácticamente toda su formación leyendo una

enciclopedia en varios volúmenes que le habían regalado siendo una niña.

La muchacha se encogió de hombros.

—Ya estoy acostumbrada a ser escrupulosa con las palabras —se lamentó—. La señorita Byerly, mi superiora en la escuela de Caversham, siempre me reñía por mi forma de expresarme. Y las historias que cuento a los niños... África no ha ido muy bien para mi... mi carrera.

Vincent la estrechó más contra él.

—Tal vez tendrías que pensar en otro tipo de carrera —comentó—. Como esposa de veterinario incluso podrías maldecir. Los domingos no, claro... —Sonrió.

—¡Me tomas el pelo!

—¡No; te llevo a la perdición! —aclaró Vincent—. Hoy mismo te llevo por la noche a un pub. No te asustes. No a uno de esos cuchitriles que hay alrededor del hipódromo, sino a un establecimiento distinguido. Lord Barrington se deja caer por ahí cuando está en la ciudad, igual que todos los notables del lugar. Así pues, nada turbio. Y hoy por la noche se celebra un concierto. Irán otras damas, así que no te inquietes. Y a la señorita Byerly no tenemos por qué decírselo. ¿Qué dices?

Roberta apenas se lo pensó. Por el momento se sentía bien, era bonito pasear abrazada por Vincent junto a la orilla de un río bordeado por juncos y prados. Tras la naturaleza espectacular pero algo amenazante de África, el paisaje que rodeaba Christchurch obraba un efecto tranquilizador. Debía de guardar parecido con Inglaterra. Y el pub... Roberta confiaba en que Vincent nunca la llevaría a un local de mala reputación. Sería una tontería quedarse en la pensión sola o con Rosie, leyendo un libro o escuchando hablar a su tía sin cesar de caballos, en lugar de ir al concierto.

—¿Canto o música instrumental? —preguntó animada.

Vincent sonrió.

—Actuará una cantante —respondió.

Ya hacía tiempo que Juliet Drury la Bree estaba harta de Nueva Zelanda. Se había reprochado cientos de veces haberse unido a aquella gira por ultramar y haber abandonado la compañía. Nueva Zelanda era demasiado pequeña y provinciana para su arte, no había escenarios en los que ella pudiese presentarse de forma adecuada, no había público lo suficientemente mundano para saber apreciar las refinadas canciones y arreglos de piano.

El establecimiento en Queenstown que Pit Frazer le había recomendado tan fervientemente apenas era algo mejor que un burdel. Claro que se llamaba hotel, que había un escenario y que la madama intentaba elevar el nivel. Pero el hotel de Daphne no podía compararse, ni de lejos, con los clubs nocturnos donde Juliet había actuado en Nueva Orleans. A eso se añadió el que Juliet y Daphne O'Hara no tardaron nada en chocar. A Juliet no le gustaba que le dictaran ni el programa ni el trato que tenía que tener con sus clientes, y Daphne no acababa de entenderlo. Ya la segunda vez que Juliet fue a la barra con uno de los notables de la pequeña ciudad y se dejó invitar a un champán, la madama, de cara felina, pelirroja y decidida, llamó a un aparte a la cantante.

—Vamos a dejarlo claro, tesoro. Tú aquí no trabajas por cuenta propia. Mis chicas reciben un trato decente, pero el cincuenta por ciento de los ingresos me lo entregan a mí, y eso también vale para ti si te lo montas aquí. ¿Entendido?



—¿Si me lo monto? —Juliet fingió indignación—. No entiendo a qué se refiere. Pero ahora que hablamos de decencia, a ver si consigue un champán decente. ¡No hay quien beba esta aguachirle!

Daphne levantó los ojos al techo.

—Sabes exactamente a qué me refiero. Aunque te lo montes a un nivel más sofisticado que mis chicas, al final es lo mismo. ¿O vas a contarme que te lo haces con el calvorota por amor? —Señaló al hombre que esperaba pacientemente en la barra—. ¿Y por ese de la semana pasada también estabas entusiasmada? ¿Igual que por el escritorzuelo que te trajo? No, guapa, no te molestes. O te contienen o me das mi parte. Por eso trabajas en una habitación limpia y sin piojos, cada día con sábanas limpias... y ahora no pongas cara de inocencia. Tú ya sabes de qué va esto, te lo veo en la cara.

Al día siguiente, Juliet se largó. El calvorota había aportado el dinero necesario, una generosidad por su parte. Era una insolencia llamarlo cliente. Juliet más bien habría utilizado la palabra espónsor. Con el dinero de su «espónsor» se marchó a la costa Oeste. Era una región floreciente, había hoteles muy elegantes en las afueras de las ciudades, aunque la mayoría todavía estaba en construcción.

Lamentablemente, sus administradores se mostraban sumamente mojigatos. Pretendían diferenciarse de los pubs de los mineros que había en el centro de la ciudad. A Juliet la echaron en dos ocasiones porque tenía intención de terminar la velada con caballeros en su habitación, aunque, eso sí, eran muy distinguidos. El asunto se resolvió con discreción y no hubo discusiones a grito pelado como con Daphne. Pero no podía contar con contratos más largos, y el dinero de los espónsores alcanzaba para una vida más o menos refinada, pero nunca para un pasaje en barco a América o, cuando menos, a Europa.

Y ahora ese pueblucho llamado Addington, cerca de Christchurch, después de que no le hubieran ofrecido ningún contrato en la ciudad misma. Ahí vivían hombres ricos, aunque más interesados en los caballos que en esponsorizar a hermosas jóvenes. El local en que iba a cantar tampoco se ajustaba a sus gustos. El Addington Swan era un establecimiento que se podía describir como victoriano. El jazz de Nueva Orleans se daba de bofetadas con ese local.

Juliet se sentó grácilmente al piano y miró al público antes de iniciar la primera canción. No era complicado, pues la sala estaba totalmente iluminada. ¡Algo absurdo para su música! ¿Cómo crear allí un ambiente? Los espectadores, por añadidura, parecían de lo más tosco. Demasiado arreglados para ir a un club, pero poco refinados. Por todos los santos, comparado con Addington, ¡Dunedin era París!

Pero, ojo, la joven de la última fila tal vez fuese una excepción. El vestido era sencillo pero resaltaba estupendamente su silueta. Y eso que era uno de esos vestidos reforma que, por fortuna, ya estaban pasados de moda. A fin de cuentas, la mayoría de las mujeres parecían sacos de patatas así vestidas. La joven, de cabello castaño y largo, recogido en una especie de trenza griega, recordaba a una diosa clásica. Ese tipo de vestido reforma solo podía ser obra de una costurera: Kathleen Burton, de Lady's Goldmine.

Juliet la miró con más detenimiento mientras entonaba una canción de nostalgia y amor. La diosa de la última fila comentaba agitada algo con su acompañante, un joven delgado cuya expresión amistosa prometía, para Juliet, aburrimiento. Pero la chica... Juliet la había visto antes, estaba segura...

Su voz evocaba y fascinaba mientras ella recordaba a sus conocidos de Dunedin... Sí, era la

pequeña admiradora de Kevin. La chica tímida a la que él había hecho feliz con un estúpido caballito de trapo. Vaya, parecía haberse convertido en una mujer atractiva. Se preguntó si sería mejor evitarla después de su actuación o saludarla.

Más tarde, la pregunta perdió importancia. Cuando Juliet, tras haber concluido y después del aplauso más bien escaso que el público le dedicó, bajó del escenario, la joven se acercó con su acompañante.

—¡Señorita Juliet! Ha sido precioso. Pero no sabía que usted... Patrick no me dijo nada de que estuviera usted cantando aquí, cerca de Christchurch. ¿Regresa usted a Dunedin después? May está estupenda.

Juliet forzó una sonrisa.

—Usted es... hummm... la joven sobrina de Kevin, ¿no es así?

Roberta meneó la cabeza.

—No exactamente. Soy Roberta Fence, la amiga de Atamarie. Atamarie es la sobrina de Kevin y, claro, también de Patrick. —En su voz se traslució cierto reproche.

Juliet se molestó. Claro, había sido un paso en falso olvidarse de Patrick.

—Sí, sí, claro. Discúlpeme. Es que cuando estaba en Dunedin... tenía muchos asuntos que resolver.

Esbozó una sonrisa de disculpa, miró al acompañante de Roberta y su sonrisa adoptó un aire seductor. Era el método más seguro de poner punto final a la conversación con otra mujer.

Roberta no reaccionó y el joven no hizo caso de Juliet. Al parecer, adoraba solo a Roberta. Y ella... en fin, o bien el joven no le interesaba mucho o confiaba ciegamente en él.

—Puede restablecer los vínculos con nosotros cuando regrese a Dunedin —observó melosa Roberta.

Juliet tomó nota de que la joven había superado hacía tiempo su timidez.

—Ah, sí, Dunedin... —suspiró teatralmente—. Todavía no sé si pasaré por ahí. Ya sabe, las obligaciones... —Con un gesto seductor se apartó una mecha del rostro y volvió a mirar a Vincent.

Entonces, Roberta también lo miró.

—Todavía no os he presentado —dijo luego ceremoniosa—. El doctor Vincent Taylor, el veterinario del hipódromo. Vincent y yo estuvimos juntos en...

—Sudáfrica —concluyó Vincent, inclinándose.

Juliet prestó atención.

—Entonces conocerá a Kevin Drury, ¿no? —se le escapó—. ¿Cómo... cómo está?

Vincent asintió.

—Claro, Kevin y yo estuvimos juntos en el mismo regimiento. Y la señorita Fence colaboró como maestra en los campos de prisioneros bóers. Desde luego realizó un trabajo espléndido, si se me permite decirlo. —Resplandecía.

—A Kevin le va bien —terció Roberta—. Igual que a Patrick y May. Kevin está...

—Puede verlo usted misma cuando regrese a Dunedin —intervino Vincent—. Me ha dicho Roberta que está usted casada con Patrick Drury, ¿no es así?

Juliet asintió. O sea, que Kevin Drury había vuelto. Por supuesto, esa guerra enloquecida en ultramar había terminado. Juliet reflexionó.

—Me... me pensaré lo de volver a Dunedin —respondió.

Roberta sonrió sardónica, para sorpresa de Vincent. Nunca la había visto con esa expresión.

—Seguro que Patrick se alegrará mucho. —Roberta miraba radiante a su antigua rival—. Y Kevin seguro que se muere de ganas de presentarle a su esposa. Es una bóer, ¿sabe?, toda una beldad. Y ambos tienen un hijito precioso...

Lizzie puso el pañal al pequeño Abe y echó un vistazo a May, que jugaba con uno de los collies en el suelo de la cocina. El perro era bonachón, pero la niña ya tenía dos años y si lo golpeaba con sus puñitos el animal podía protestar. La mayoría de las veces, May controlaba bien sus movimientos. Era bonita para su edad y Lizzie no se cansaba de admirar su exótica belleza. El hijo de Kevin y Doortje tenía un rostro delicado y sus primeros ricitos eran dorados. De vez en cuando, Lizzie creía ver algún reflejo metálico como en el cabello de Atamarie, algo que la sorprendía, pues siempre había pensado que ese color de cabello solo era propio de la familia de Kathleen.

Lizzie le puso el pantalón y la camisa a Abe y acarició los rizos oscuros de May, luego pensó por enésima vez en qué nietos más preciosos le habían sido concedidos. No habría cabido en sí de gozo si las madres de los niños hubieran sabido adaptarse un poco mejor a las circunstancias. Lizzie seguía pensando con horror en Juliet; según su opinión, su huida era lo mejor que le podía haber sucedido a Patrick, aunque todavía se sintiese desdichado con su vida. Patrick Drury había dejado de ser él mismo desde que Juliet lo había abandonado. Pese a ello, cuidaba de forma modélica de su «hija», que en realidad era su sobrina, pero seguía decepcionado y deprimido. Sin embargo, debería haber sabido que Juliet no lo amaba. Lizzie incluso dudaba de que hubiese sentido un afecto auténtico hacia Kevin.

Lizzie empezaba a preocuparse por su hijo pequeño. Patrick siempre había estado a la sombra de Kevin. Este, que se parecía a su padre, era la personalidad más brillante de los dos, ni siquiera ella podía resistirse a su primogénito cuando él llegaba al galope hasta la puerta, con la mirada brillante y el cabello rizado y negro ondeando, y detenía en el último momento su caballo blanco. Se acordaba entonces de Michael, de lo orgulloso que estaba de su primer caballo cuando alcanzó por fin un discreto bienestar, pero también de su tendencia a lo superficial y a la inconstancia. Patrick, por el contrario, se asemejaba más a Lizzie. Su aspecto era modesto, pero era constante, cordial y digno de confianza. Por desgracia, carecía de la coraza que Lizzie había desarrollado en su juventud en Londres y en el destierro en Tasmania. Juliet le había partido el corazón con demasiada facilidad. A Lizzie solo le cabía esperar que en algún momento lo superase.

Y ahora Kevin con esa Doortje... una chica a la que él realmente parecía amar. Con toda la obstinación que Lizzie tan bien conocía de Michael. Habían tenido que pasar muchos años para que el marido de Lizzie se percatara de la inutilidad de seguir suspirando por Kathleen, su amor de juventud... Al menos Kevin había conseguido llevar al altar a Doortje. ¿Era la pareja realmente feliz? Tal como se comportaban el uno con el otro, Lizzie se preguntaba cómo era posible que hubiese salido de ahí un hijo. Pero tal vez no fueran más que prejuicios suyos. La joven pareja llevaba unos días viviendo en Elizabeth Station, pero Lizzie no conseguía mostrarse cariñosa con su nueva nuera. Sin embargo, Doortje era lo contrario de Juliet. Se interesaba por todo lo que sucedía en la granja y no tenía nada de perezosa, solo su cuidado de Abe dejaba a veces algo que desear, según Lizzie. Doortje creía que formaba parte de la educación dejar llorar al niño antes de darle de mamar, aunque estuviera a su lado y disponible. A Lizzie se le rompía el corazón, pero Doortje le decía que el niño tenía que acostumbrarse a las privaciones.

—¡Pero no precisamente en los primeros seis meses! —objetaba Lizzie.

Sin embargo, era imposible convencer a Doortje. Asimismo, solía tener una idea inamovible de muchas cosas que los demás no entendían y de las que no podían disuadirla. Y nunca se abandonaba.

En toda su agitada existencia, Lizzie nunca había conocido a una mujer que tuviese tal dominio de sí misma, aunque era evidente que siempre estaba tensa. En algún momento el volcán estallaría y Lizzie se esperaba lo peor.

—¿Puedo ayudar en algo?

Una voz amistosa con un acento extraño interrumpió sus cavilaciones. Una vez más, Nandé había conseguido introducirse en la casa sin hacer ningún ruido. La muchacha negra siempre iba descalza y se movía con la elasticidad de un gato.

Lizzie le sonrió. De todas las mujeres que se habían alojado en su casa, Nandé era, de largo, la más simpática. Era servicial y le gustaba aprender, su inglés no dejaba de mejorar, y siempre era sensata y parecía satisfecha. Con los ojos redondos y bien abiertos miraba el nuevo mundo, que en realidad debía de resultarle mucho más extraño que a su ama. Ama... Lizzie se estremeció solo de pensar en esta palabra, pero se negaba a recibir el tratamiento de **baas** que Nandé utilizaba para dirigirse a Doortje. Al principio había pensado en **base**, la palabra alemana para «prima», que conocía de su breve estancia como doncella en una granja alemana cerca de Blenheim. Esto se habría ajustado a lo que Kevin había contado acerca de que habían tenido que traer a Nandé como si fuese casi un miembro de la familia.

Pero Lizzie ya no pensaba en eso, sobre todo después del feo incidente con Haikina y Hemi, que acudieron de visita justo después de la llegada de Doortje. Michael estaba con las ovejas, Lizzie, en el viñedo y Kevin, en su nueva consulta. Los maoríes solo habían encontrado a Doortje y Nandé en el jardín. Llevaban regalos de la tribu para la joven, intentaron establecer una conversación y oyeron que Nandé llamaba **baas** a Doortje. Sin sospechar nada malo, adoptaron el tratamiento y Doortje no los corrigió. Al contrario, cuando Haikina pasó por allí un par de días después para colaborar en la vendimia insistió en el apelativo de respeto. Lizzie le pidió explicaciones y se quedó horrorizada ante la respuesta de la muchacha: «Vuestros cafres no os pueden llamar simplemente por el nombre de pila.»

Y una vez más, Doortje no alteró ni una pizca su forma de pensar cuando Lizzie le contó la relación entre los Drury y la tribu maorí... naturalmente sin mencionar el oro. Pese a ello, Kevin pensaba que se podía poner a Doortje al corriente de todo sin recelos, aunque los bóers defendían respecto a la extracción del oro una postura similar a la de la Iglesia de Escocia, que censuraba el «enriquecimiento sin ningún trabajo previo». No obstante, Lizzie y Michael insistieron en guardarse el secreto para sí, y Haikina y Hemi estuvieron de acuerdo.

—Aprenderá —decía Haikina para consolar a Kevin—. Tráela a alguna de las fiestas del poblado. A lo mejor también le sirve leer los periódicos, o algún que otro libro sobre las mujeres que lucharon por el derecho de voto o sobre el Parlamento maorí...

Unos días más tarde, Lizzie le dijo:

—Haikina quiere prestarte un par de libros.

La joven bóer había contemplado la biblioteca doméstica con el mismo desaliento que Juliet antes. Pero no era que le aburriesen los libros de Lizzie sobre viticultura, sino que los encontraba indecentes, al igual que las revistas femeninas que Lizzie recibía de vez en cuando y que Juliet había devorado.

—¿La negra sabe leer? —preguntó Doortje horrorizada—. ¡Eso va contra la voluntad divina!

Lizzie comprendió entonces por qué Nandé escondía de la vista de Doortje su pequeño tesoro de libros infantiles que ella todavía conservaba de Kevin y Patrick.

—Haikina es profesora. ¡Y enseñó a leer a tu marido y sus hermanos! —respondió indignada a su nuera—. Y ya que la escuela de Lawrence está lejos, también enseñará a Abe. A no ser que tú misma quieras hacerlo. Pero seguro que no aprenderá en holandés o afrikáans y solo la antigua Biblia. ¡Ya me encargaré yo de evitarlo!

Doortje se la quedó mirando llena de rabia, pero no replicó. Todavía faltaba mucho para que Abe fuese a la escuela.

Lizzie suspiró. La idea de tener que enfrentarse durante años a esa nuera la ponía enferma.

—Puedes salir un rato con May —le indicó a Nandé—, antes de que se ponga a llover. Si quieres, llévate también a Abe. ¿Ya habéis terminado en el huerto? ¿Dónde se ha metido Doortje?

—Intenta ordeñar ovejas —respondió Nandé—. Yo no ayudar. El **baas** dice que mejor no ayudar si tengo miedo. ¿Es verdad? —Nandé la miró con expresión de culpabilidad.

Lizzie suspiró. No tenía nada en contra de que Doortje probase a hacer quesos. Su nuera tenía en eso mucha experiencia y a Lizzie le gustaba el queso de oveja. Lamentablemente las laureadas abastecedoras de lana de Michael se oponían a ello. Sin duda, las ovejas y cabras de Sudáfrica estaban acostumbradas desde pequeñas a que las ordeñasen, mientras que las de Michael no iban a quedarse quietas para Doortje. Solían vivir en libertad en el rebaño, pasaban el verano con sus corderos en las montañas y solo conocían a los humanos cuando las esquilaban y cuando estos las ayudaban en el parto. En general no eran experiencias agradables y los animales intentaban evitar el contacto. Cuando se intentaba atarlas y ordeñarlas, no dejaban de moverse. Ya en el primer intento, Nandé se había ganado unos buenos moratones y ahora tenía miedo. Michael, que no era partidario de esa iniciativa que solo le complicaba las tareas de la granja, le permitió de buen grado que no participase. Doortje, por el contrario, no renunció. Cada día se peleaba con tres ovejas madre obstinadas, y no admitió llegar a ningún arreglo.

—Cada año tenemos corderos huérfanos, Doortje. Podemos domesticar dos o tres hembras y acostumbrarlas a que las ordeñen —sugirió Michael—. Así, en dos años tendrás ovejas madre que no se apartarán de tu lado y el queso también será más sabroso...

Pero Doortje insistía en preparar el queso. Parecía disfrutar de la lucha diaria con los animales. A ese respecto, Lizzie movía resignada la cabeza.

—Solo tienes que hacer una cosa, Nandé —respondió con amabilidad—. Dejar de llamar **baas** a Michael. No es ni tu amo ni tu tío. Llámalo Michael, o, como mucho, señor Michael. Pero no quiero oír aquí esa «jerga de esclavos». Lo que me lleva a pensar en un salario adecuado para ti. No puede ser que trabajes gratis para nosotros.

Nandé la miró perpleja.

—Pero ¿para qué yo dinero?

Lizzie le habría dado un par de sugerencias acerca de lo que hacer con el dinero. Pero en ese momento, el batir de unos cascos y el ruido de unas ruedas interrumpió su conversación. Lizzie miró por la ventana y reconoció con una mezcla de alegría y angustia la yegua **Lady** tirando del carro de Patrick. ¡Qué bien que Patrick hubiese vuelto! Pero, por otra parte, se produciría el reencuentro de los hermanos, una confrontación que ella temía desde hacía meses. Era evidente que en Dunedin, Patrick había evitado a su hermano. Kevin lo consideraba una casualidad, pero Lizzie no lo veía del todo así. Patrick no había pasado seis meses viajando y tampoco Kevin había estado tan ocupado como para no haberse reunido. Pero entre los hermanos se hallaba Juliet Drury la Bree y muy pronto, posiblemente, también Doortje, que adoptaba el papel de campesina. A Patrick tal vez no le gustase

ver a Kevin y a su esposa en su granja. Elizabeth Station era su herencia, Kevin había tenido a cambio la larga carrera de Medicina y la consulta en Dunedin. Lizzie y Michael estaban dispuestos de buen grado a pagarle otra en Lawrence, pero la granja era de Patrick. Lizzie solo esperaba que su hijo menor no se tomase como una ofensa el hecho de que Kevin se hubiese mudado a Otago.

Pero Patrick no parecía abatido. Al contrario, su rostro resplandecía y agitó la mano hacia la ventana de la cocina. Lizzie cogió a May en brazos para salir a su encuentro, y el perro ya lo saludaba con ladridos antes de que llegara a la puerta. Patrick se introdujo en el interior, dio una breve caricia al collie en la cabeza cuando el animal brincó hacia él, y abrazó a Lizzie y May a un mismo tiempo. Lizzie se alegró del efusivo saludo, pero también se asombró. Hacía mucho tiempo que no veía a Patrick tan eufórico.

En ese momento vio a Nandé y al pequeño Abe y se quedó mirando a la chica negra, tan sorprendido como maravillado.

—¿Quién es? —preguntó—. Bueno, no importa. Madre, May, cariño mío. ¡No os imagináis a quién traigo conmigo!

May emitió un sonido cordial como respuesta, pero en Lizzie nació un mal presagio que de inmediato se confirmó.

—Patrick, por mucho que sea sorpresa, no voy a quedarme en el carro. ¡Está lloviendo!

Lizzie oyó una voz sonora y grave: a la puerta estaba Juliet. Lizzie la miró sin dar crédito. Nandé, por el contrario, estaba manifiestamente interesada. Y para la hermosa criolla era la primera persona de color que conocía en Nueva Zelanda.

Juliet rio.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, Lizzie? —Con fingida despreocupación, se dirigió a su suegra y la saludó con un beso en la mejilla—. Patrick pensaba que te quedarías de una pieza, pero... bueno, seguro que ya contabas con que algún día volvería.

Lizzie carraspeó.

—No —reconoció—. Para ser franca, no contaba con ello.

Podría haber añadido algo más, pero Juliet había descubierto a Nandé y la miraba con insolencia. Luego rio.

—¡Cielos, no me lo puedo creer! ¡Una negra! Y he de admitir que de las guapas. Pero él siempre ha tenido buen gusto. Deja que te vea, pequeña. ¿Eres la esposa de Kevin?

Nandé bajó la vista avergonzada, lo que Patrick atribuyó al grosero comentario de Juliet.

—Perdone... —Se volvió afligido para disculparse ante Nandé—. Mi esposa es... algo impulsiva. Pero yo también... disculpe, me la había imaginado distinta...

Lizzie recuperó el dominio.

—Nandé, estos son Patrick Drury, mi hijo pequeño, y su esposa Juliet. Juliet, Patrick, esta es Nandé, la... doncella de Doortje.

Buscó la palabra más positiva posible para describir a una sirvienta. Eso pareció avergonzar todavía más a Nandé. Juliet hizo una mueca. Así que la esposa de Kevin tenía servicio. ¡Una doncella!

Miró a la niña rubia que Nandé llevaba en brazos.

La muchacha africana se acercó a Patrick.

—Este es Abraham —presentó al niño con su dulce voz—. Su... sobrino, ¿es así?

Patrick le sonrió.

—Correcto. ¿Está aprendiendo inglés, señorita Nandé?

Nandé asintió.

Juliet constató que el niño era blanco puro. Y en ese momento, otra mujer entró en la cocina. Doortje Drury iba con la típica ropa de trabajo bóer, un vestido azul, delantal y capota. Por la mañana estaba recién lavada, pero las prendas no habían salido intactas de la brega con las ovejas madre. Se veían arrugadas y sucias, quizá Doortje se había caído mientras ordeñaba. Por añadidura, había llegado corriendo bajo la lluvia desde el establo. No obstante, los ojos de Doortje resplandecían triunfales e incluso Lizzie tuvo que admitir que se veía extraordinariamente bonita, en contraste con la oscura y enigmática Juliet.

—¡He logrado ordeñarlas! —anunció Doortje, levantando un cubo.

Lizzie sonrió.

—¿Puedo hacer las presentaciones? Dorothea Drury, Patrick y Juliet Drury. Doortje, son mi hijo menor y su esposa.

Las nueras de Lizzie se quedaron mirándose estupefactas. Juliet observó el delantal manchado de excrementos y Doortje miraba sus rasgos negroides.

Patrick quitó un poco de tensión tendiendo la mano a su cuñada.

—Me alegro de conocerte —dijo—. A vosotros... a ti y al pequeño Abe. —Cogió al pequeño de los brazos de Nandé y lo acunó—. El parecido con la familia es manifiesto —observó Patrick sin malicia—. Es igual que Atamarie, ¿verdad?



Lord Barrington dio muestras de generosidad permitiendo a Rosie Paisley que instalara el semental negro de Bulldog en su establo de carreras y trabajase en sus instalaciones. Además, le consiguió una licencia de entrenadora, lo que no era nada fácil. Respecto a que en las competiciones participara una mujer, la Sociedad Hípica podía hacer la vista gorda cuando el tema se trataba con discreción, pero ¿una mujer de entrenadora?

El lord no cejó. Acompañó a Rosie al Canterbury Diamond Club y apoyó su solicitud de licencia.

—Ross Paisley —presentó a Rosie, que volvía a esconder su cabello rubio y corto bajo una gorra de visera y sus formas femeninas bajo una camisa recta. Llevaba además pantalones de peto—. Con mucho talento, un auténtico hallazgo para el club.

El secretario del club levantó la vista de su trabajo.

—¿Cuál es el nombre exacto? —preguntó—. Necesito el nombre completo para los papeles. Ross es una forma abreviada, ¿no?

El lord se inclinó junto a él.

—Claro —le susurró como si estuviese contándole un secreto bien guardado—. Pero ¿desea usted tener entre sus documentos de trabajo el nombre de Rosamond Paisley?

El secretario tragó saliva.

—¿Rosamond? —se estremeció.

Rosie enrojeció. En realidad se llamaba Rosalind, pero aparecer como un chico con ese nombre le parecía demasiado desvergonzado.

El secretario apenas pudo aguantarse la risa.

—Vaya, habría que castigar a algunos padres... Aunque algo de femenino sí que tiene este joven...

Rosie se mordió el labio, pero el hombre ya sostenía la pluma. Pocos minutos después, Rosie tenía una licencia de entrenador con el nombre de Ross Paisley. El lord pagó una suma que ella le iría devolviendo poco a poco, y ya podía poner manos a la obra. El lord también la ayudó en la redacción del contrato de instrucción de *Spirit's Dream*.

Joe Fence y los otros dos entrenadores de trotones establecidos en Addington protestaron contra la licencia de Ross Paisley. A fin de cuentas, todos en el hipódromo conocían el género de Rosie. Sin embargo, el club hípico se mantuvo en sus trece. Lord Barrington era un hombre influyente en Addington y el agente de transportes Tom Tibbs quería convertirse en una futura eminencia entre los propietarios de caballos. Disponía de dinero y entendía del tema. Así pues, ningún directivo del hipódromo pediría al nuevo entrenador, bajo la protección de tales personajes, que se bajara los pantalones en público. Y aún menos por cuanto los caballos entrenados por Paisley obtenían excelentes resultados.

No obstante, Vincent Taylor no estaba tan entusiasmado cuando Rosie Paisley le llevó por tercera vez en dos semanas a su yegua *Diamond*.

—Rosie, ¡no tiene nada! —declaró tras inspeccionarla a fondo—. El lunes no tenía nada y hoy

tampoco. Solo está algo excitada, tiene el pulso más alto de lo que debería. Pero...

—Ha temblado —insistió Rosie—. Y suda distinto de lo normal. Hay algo que no va bien, doctor Taylor. Lo noto.

Vincent se encogió de hombros.

—En cualquier caso no puedo diagnosticar nada. Y corre como siempre, ¿no?

Rosie asintió.

—¡Se ha clasificado para la Auckland Trotting Cup! —respondió con orgullo—. Todavía no sé cómo llevarla hasta allí. La Isla Norte está muy lejos...

—Fence también envía ahí caballos —señaló Vincent—. Pero no querrá llevarla con ellos.

¿Qué dice el señor Tibbs?

Un resplandor cruzó el rostro de Rosie.

—¡Oh, el señor Tibbs está muy contento! El semental se porta bien, ya sabe, fue segundo en la última carrera. Pero para participar en Auckland... a lo mejor el año que viene.

—No estaba pensando en cuándo se entrenaría el caballo del señor Tibbs, sino más bien en un espónsor para su yegua, Rosie —indicó Vincent—. A él no le falta dinero.

A primera vista la compañía de transportes de Bulldog parecía pequeña, y el propio Tom se encargaba a veces de los trayectos. Sin embargo, las apariencias engañaban, pues la empresa se había extendido por toda la Isla Sur. Tibbs poseía sucursales en Blenheim, Queenstown y en la costa Oeste. Ya estaba pensando en dotarla con vehículos a motor y en comprar acciones del ferrocarril.

Rosie se cubrió de un tenue rubor.

—Oh, no, no quiero —murmuró—. ¡Ya me paga muy bien por Spirit's Dream!

Vincent puso los ojos en blanco.

—Le paga los honorarios habituales de un entrenador —objetó—. Ni más ni menos. Y a cambio realiza usted un trabajo excelente. ¡No tiene que avergonzarse de ello, Rosie!

—¡Pero es que lo hago de buen grado! ¡Por... hummm... el señor Tibbs!

Vincent le dirigió una sonrisa de complicidad.

—¿Ha pensado alguna vez si al señor Tibbs no le gustaría también hacer algo por usted?

El brillo en los ojos de la entrenadora y de Tibbs era inequívoco cuando uno los veía a solas, pero la relación no parecía avanzar del todo bien. Tampoco le iba mucho mejor a Vincent con Roberta. Suspiró y dio unos golpecitos de despedida al suave cuello canela de **Rose's Trotting Diamond**. Aunque al principio la cosa parecía prometer, desde el encuentro con aquella cantante de tres al cuarto Roberta había vuelto a ensimismarse. Para Vincent era un enigma, aún más cuando esa noche las mujeres se habían lanzado un par de indirectas. De algún modo, debía de tratarse de Kevin. Y por lo que Roberta contaba en su última carta, la tal Juliet había vuelto a Dunedin o a Otago. Se habían producido algunos rifirrafes entre Kevin y su hermano. Esto último lo sabía directamente a través de su amigo, Kevin había acompañado a su padre a un encuentro en la Asociación de Ganaderos en Christchurch y se habían visto. Kevin se había acercado a Addington. No parecía muy ansioso por participar en las conferencias y discusiones de los barones de la lana.

—Se trata más bien del trabajo de tu hermano, ¿no? —preguntó Vincent cuando tomaban el primer whisky—. ¿No dijiste una vez que a tu padre no le gustaba demasiado asistir a estos actos?

Kevin hizo un gesto de impotencia.

—Ahora Patrick no se mueve del lado de Juliet. Y ha insistido en que se mude con él a Otago, a la granja de mis padres. Así estarían juntos y podrían estrechar su relación. No habría distracciones

como en Dunedin.

A grandes trazos le describió el matrimonio de Patrick hasta el momento. El veterinario escuchó con atención. Hizo una mueca cuando sacó conclusiones.

—Pero esa Juliet no es la chica que provocó que te alistaras, ¿verdad?

Kevin se vio sorprendido en flagrante.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó sin negarlo.

—La reacción de Roberta al verla me hizo sospechar algo. Normalmente es muy amable, pero ante la tal Juliet reaccionó como si le produjera alergia. ¿Y ahora viviréis todos juntos en esa granja? ¿Tú con Doortje y Patrick con Juliet? ¡Qué situación tan complicada!

Kevin sacudió la cabeza.

—No, ni lo pienses. Juliet y Doortje se repelen mutuamente. Aunque no entiendo qué tiene Juliet contra mi mujer...

Vincent bebía y casi se le atragantó el whisky al escapársele la risa.

—¿Quieres que te dé un par de pistas? —bromeó.

Kevin lo miró con ceño.

—No te burles —dijo con tono melodramático—. Lo que Doortje tiene contra Juliet está claro. Le molesta el color de su piel. Juliet es criolla, ya la has visto. Una extraña beldad, ¿no?

Vincent se encogió de hombros.

—La belleza física no lo es todo —observó—. Al lado de Roberta, sale perdiendo. Tiene algo... atormentado, si quieres saber mi opinión. No es mujer para estarse quieta en un lugar. Pero a ti te gustan estos casos problemáticos...

—Fue imposible sentar a Doortje a la misma mesa que Juliet —suspiró Kevin—. Es que Juliet tampoco se ha comportado como una dama, que digamos. Describió a Doortje sin clemencia alguna como una ruda campesina, y esta no supo replicarle con acierto. Cómo no, se maravilla de que una «mujer de color» se exprese con frases enteras.

Vincent movió la cabeza.

—Doortje tiene que cambiar, Kevin. Sigue siendo tan... tan...

Kevin apretó los labios.

—Seguimos sin comportarnos como un matrimonio, Vincent —reveló a su amigo—. Ella se deja sumisamente y yo debo confesar que... en las últimas semanas la he poseído dos veces. En realidad no quería, pero soy un hombre. Ella no pone ninguna objeción, pero se queda ahí... tiesa como un palo, sin participar... Esto no funciona, Vincent. Nada funciona. Ahora vivimos en la antigua cabaña de madera.

—¿Dónde cae eso? —preguntó Vincent. Hasta el momento solo se había mencionado Dunedin y Elizabeth Station.

—Es la cabaña de los buscadores de oro que Michael construyó para Lizzie mucho antes de que tuvieran la granja. Es sólida, aunque también vieja. Queda cerca de Lawrence, lo que para mí es una ventaja. Mis padres nos la han ofrecido después de que Patrick... bueno, mi hermano fue muy claro. De hecho no quiere que ni yo ni Doortje nos acerquemos a su Juliet...

Vincent sonrió.

—Yo sentiría en cierto modo lo mismo —bromeó.

—Me alegro de que te divierta esta situación —respondió abatido Kevin—. En cualquier caso, Doortje se mostró entusiasmada, habló de tener una granja propia, lo que de nuevo enfadó a Patrick.

La cabaña está en el terreno de Elizabeth Station.. Pero aun así no puso objeciones a que nos instalásemos ahí. Y Doortje finge estar muy satisfecha. Tiene un par de ovejas, una vaca, cultiva un huerto... bueno, vigila a Nandé para que se ocupe del huerto. La pobre trabaja como una mula, pero para Doortje el reparto de tareas está claro: los trabajos pesados para los cafres, los exquisitos para los **baas**. Ella misma hace pan, queso... Sería muy bonito si... bueno, si fuéramos una pareja de enamorados. ¿Entiendes?

Vincent asintió.

—Claro.

Podía ser romántico vivir en una cabaña con tu amada. Por un segundo se perdió en sus propios pensamientos, fundar un hogar con Roberta lejos, en el campo, pero luego se regañó por infantil. Roberta era una mujer de ciudad, era posible que hasta Addington le resultara demasiado provinciano... ¿Sería por eso que estaba más fría con él? Pero no, no lo creía. El que Roberta se hubiese replegado en sí misma tenía que ver con Juliet. Y, por mucho que le costara admitirlo, con Kevin.

—Pero así... En soledad, ¡se le debe de caer la casa encima! —se lamentó Kevin—. A mí me sucede igual cuando regreso de la consulta. Doortje sirve la comida en la mesa, yo intento entablar una conversación, ella me cuenta un poco lo que ha hecho ese día, pero eso es todo. No tenemos nada interesante que decirnos.

—¿Y Nandé? —preguntó Vincent.

—Duerme en el cobertizo. Lo que a mí tampoco me gusta. ¡Doortje la trata como si fuese un perro! Pero, por el amor de Dios, no puedo compartir también la cabaña con Nandé... Es todo muy complicado. Me gustaría volver a Dunedin.

Kevin pidió otro whisky. Parecía decidido a emborracharse. Vincent también pidió otra cerveza.

—Tendrías que volver a mudarte, simplemente —le aconsejó, aunque con cierta sensación desagradable. Si su intuición no le engañaba y su amigo era el misterioso hombre en la vida de Roberta, no tenía ningún interés en que estuviese cerca de ella. Sin embargo, tampoco podía quedarse mirando cómo su amigo se destrozaba—. Sin tener en consideración los gustos de Doortje. «Adonde tú vayas, iré yo», reza el Antiguo Testamento, y ella tendrá que someterse a tus deseos. Tampoco le haces ningún favor permitiéndole construir en Otago una pequeña África. Y eso que no hablamos del niño, ¡no puedes permitir que se críe con la Biblia holandesa y las antiguas leyendas de los **voortrekker**! Llévate a Doortje a Dunedin y oblígala a adaptarse. Lo conseguirá, es inteligente y apuesto... apuesto a que Roberta la ayudaría. —Tragó saliva—. Y ahora que hablamos de Roberta Fence —prosiguió en tono fingidamente ligero (de hecho no le salía la pregunta, pero no había más remedio, tenía que saberlo)—, ¿te... te has sentido alguna vez atraído por ella?

Kevin levantó la mirada, perdido en sus pensamientos, había estado mirando el vaso de cerveza y el de whisky.

—¿Robbie? ¿Tu Roberta? Qué quieres decir... ¿por ella? Venga, no me digas que todavía está enamorada de mí. Lo estaba cuando era niña, pero ahora... Ya ha crecido, pensaba que iba a prometerse contigo.

—Entonces, ¿no la encuentras... atractiva? —preguntó Vincent con gravedad.

Kevin rio.

—No, Vincent, de verdad que no. Es guapa, claro. Pero para mí es... Mi sobrina y Roberta han

crecido juntas. Dios mío, ¡hace unos años le regalé un caballito de trapo! Roberta Fence es para mí como la hermana de Atamarie. Y como tal me gusta. Pero nada más.

Vincent Taylor encontró cierto alivio. Daba igual lo que Roberta todavía sintiese por él. Para su amigo no representaba ninguna tentación. El veterinario solo tendría que competir con un par de sueños y un caballito de trapo... Algo difícil, pero nada comparado con rivalizar con un apuesto hombre de carne y hueso.

Esos días, el orden bóer de Doortje en su personal y pequeña África se estaba desmoronando independientemente de lo que Kevin y Vincent pensasen. Sin embargo, lo único que Patrick Drury deseaba era mejorar las relaciones con su nueva cuñada cuando, durante la salida a caballo para inspeccionar los pastos de las ovejas, pasó por la vieja cabaña de los buscadores de oro. Naturalmente, no le había pasado inadvertido que Doortje y Juliet no se aguantaban, si bien ya presentía por qué Juliet rechazaba a la bóer. A la inversa, no comprendía la antipatía de su cuñada. Patrick no sabía nada de Sudáfrica, el racismo le era ajeno. De ahí que no entendiera por qué Doortje trasladaba a su persona la aversión evidente que sentía hacia Juliet. De acuerdo, esas dos mujeres no se gustaban, pero parecía como si Doortje se tomase personalmente mal el matrimonio de Patrick con Juliet. El joven ya había pensado en hablar con Kevin al respecto. Lamentaba estar enfadado con su hermano y quería, por una parte, congraciarse con él; pero, por otra, poner la mayor distancia posible entre Kevin y Juliet... Todo eso era complicado y la actitud negativa de Doortje no facilitaba las cosas, así que Patrick se propuso ponerle remedio. Si de vez en cuando se tomaba un café con su cuñada —sin que Juliet lanzara comentarios ofensivos—, seguro que conseguiría ganarse su afecto.

Ese resplandeciente día de primavera detuvo su caballo delante de la cabaña, lo ató y llamó a la puerta. Nadie abrió, por lo que Patrick decidió rodear la casa. Su madre había dicho que Doortje cultivaba un huerto y también las ovejas debían de estar instaladas en algún sitio. Seguro que con ese buen tiempo su cuñada prefería trabajar fuera que quedarse en casa.

En efecto, oyó cantar cuando divisó el huerto y el establo. Una voz femenina entonaba una melodía desconocida en una lengua incomprensible. Y entonces vio a Nandé.

La muchacha negra llevaba un vestido de verano muy ligero, apenas una tira de tela colorida con la que se envolvía diestramente el delgado cuerpo, lo justo para cubrir el pecho, la cintura y los muslos. La pieza le llegaba hasta la rodilla. Pese a esa liviana indumentaria, Nandé sudaba, lo que no era extraño. Iba clavando una y otra vez la pala en el suelo para hacer un bancal. Además, hacía un par de días que no llovía y el suelo estaba duro.

—¡Señorita Nandé! —Patrick llamó a la muchacha para advertirle de su presencia. Ella no lo había visto y él no quería asustarla—. Señorita Nandé, ¿qué está haciendo usted ahí? ¡Es demasiado duro para usted!

Ella se volvió. Cuando vio a Patrick, un rayo iluminó su rostro fino y aristocrático.

—¡Baas Patrick! —exclamó alegre—. Buenos días. —Hizo una reverencia y soltó una risita. Este tipo de saludo le seguía resultando ajeno, pero se lo había visto hacer a las sirvientas de Dunedin y estaba orgullosa de haberlo adoptado.

Patrick sonrió.

—Buenos días para usted también, señorita Nandé —la saludó, inclinándose también formalmente. La chica negra volvió a reír.

—¡Siempre divertido, **baas** Patrick! Siempre trata a Nandé como a dama blanca y elegante.

—Bueno, yo no veo diferencias entre las damas blancas y negras —respondió Patrick—. Pero en realidad quería ver a la señorita Doortje. ¿No está aquí?

Nandé negó con la cabeza y volvió a coger la pala.

—Está arriba con **baas**... hummm... con señorita Lizzie, para llevar queso fresco.

Patrick asintió. Pese a todas las divergencias de opiniones, Lizzie y Doortje intercambiaban productos del campo. Al principio, la primera se había sorprendido, era del parecer de que Doortje se sentiría feliz de marcharse de una vez. Pero en cuanto a este tema, las mujeres de la república bóer parecían comportarse igual que las mujeres de los granjeros a quienes Patrick asesoraba en asuntos de ganadería. Con el vecino se compartían las cosas, tanto si gustaba como si no, y si además era de la familia, se minimizaban los conflictos. Patrick se preguntaba por qué Doortje no actuaba igual con Juliet.

En ese momento le cogió a Nandé la pala de la mano.

—Deje que lo haga yo mientras espero a la señorita Doortje. De todos modos, no se quedará mucho rato ahí arriba. Y para usted este trabajo es demasiado pesado.

Nandé se negó rotundamente.

—¡Qué va, **baas**... hummm... señor Patrick! —Lo miraba esperando aprobación, aunque Patrick no había censurado el tratamiento anterior. En realidad, no tenía ni idea de lo que significaba—. Yo... nosotros... siempre hacemos. Es nuestro trabajo en granja.

—Quiénes son nosotros —preguntó amablemente Patrick—. Vaya, ese hombrecito no es que aporte demasiado por el momento. —Señaló sonriente a Abe, a quien acababa de descubrir. El niño dormía tranquilamente en un cesto a la sombra de un arbusto rata. Junto a él había un libro abierto, *Alicia en el país de las maravillas*, de Lewis Carroll—. ¿O es que le lee en voz alta mientras usted está cavando? —preguntó, guiñando un ojo.

Nandé volvió a reír.

—¡No, todavía no leer! —respondió muy seria—. Todavía es bebé, señor Patrick. Nosotros es padre y madre y hermano y Nandé. Nosotros siempre trabajado en los campos de **baas** Van Stout.

Al pensar en su familia, el rostro de la muchacha se entristeció. Patrick lo notó y no preguntó por el destino de sus parientes.

—Por lo que dice, al menos había dos hombres, señorita Nandé. Aquí, por el contrario... —Paseó la vista por tres bancales plantados—. ¿Lo ha hecho usted sola?

Nandé asintió.

—El señor Kevin dice que ayuda cuando hay tiempo. Cuando tiene tiempo. —Se corrigió y pareció orgullosa cuando Patrick aprobó con la cabeza—. Pero tiene mucho trabajo en hospital. Médico es trabajo duro. ¡Pero bueno! Bueno porque ayuda a la gente. —Cogió al bebé, que se empezaba a mover en la cesta.

—Pero usted también necesita ayuda —señaló Patrick. Y echó un vistazo al libro que Nandé, algo nerviosa, escondía en la cesta de Abe—. Ese libro había sido mío antes...

El semblante de Nandé se ensombreció. Patrick tomó nota de ese peculiar modo de ruborizarse. La encontraba encantadora, nunca había conocido a una chica con un rostro tan expresivo y franco. En ese momento, Nandé sacó de nuevo el libro de debajo de la manta.

—Oh, disculpe. Yo no sabía. Devuelvo, claro. ¡Por favor, perdone!

Patrick lo rechazó con un gesto.

—No tiene que disculparse. Seguro que se lo ha dado mi madre, ¿verdad? Y ahora yo se lo regalo.

Nandé resplandeció.

—¿De verdad, señor Patrick? ¿Un libro para mí? Entonces ya tengo tres, dos de señorita Roberta y este ahora. Este más bonito. Los otros de niños pobres y tristes. El pobre Oliver y el pobre David. ¡Pero aquí hay animales divertidos! ¡Los conejos hablan! Y niñas.

Patrick rio.

—Kevin siempre se burlaba de mí porque decía que leía libros de niñas. Y he de admitirlo: este libro era antes de Matariki, mi hermanastra. Estos libros pasan de unas manos a otras, señorita Nandé. Un día se lo podrá regalar a mi hija, dentro de diez años... Entonces es posible que ya lea a Bulwer-Lytton.

Nandé lo miró sin comprender del todo, pero sonrió.

—¡La pequeña May muy dulce! —dijo—. Pero ahora me da la pala. Tengo que seguir o **baas** Doortje se enfada. Y tengo que cortar hierba, dar de comer a ovejas y ordeñar vaca antes de que ella vuelva.

Patrick había dejado de cavar mientras hablaba del libro. En ese momento, sin embargo, hundió la pala de nuevo con todas sus fuerzas en la tierra.

—¿Qué es lo que le paga mi hermano por esto? —preguntó. Parecía como si esa joven negra tuviese miedo de Doortje. La prisa con que cavaba, el intento de esconder el libro—. Hace usted de niñera, cava, se ocupa del ganado... Está usted reemplazando a todo un personal, ¿se da cuenta?

Nandé se encogió de hombros.

—Yo no recibir dinero —contestó—. Nosotros no pedir dinero a **baas**. Es... desfachatez... —Le costó pronunciar esa palabra difícil—. No como Dios ordena —añadió—. **Baas** da trabajo y comida, el cafre trabaja. Eso ordena Dios. —Nandé repetía sin emoción. No parecía ir al fondo del asunto.

Patrick volvió a bajar la pala.

—¿Trabaja usted aquí sin cobrar, Nandé? —preguntó escandalizado y olvidándose del tratamiento de señorita—. ¿Porque Dios ordena que los blancos vigilen y los negros trabajen? ¿A cambio de comida y alojamiento? Vaya, me gustaría saber qué piensa la señorita Morison de la Unión de Costureras. Seguro que le tiraba a Doortje de las orejas. Y a Kevin también. ¿Cómo puede...?

—El señor Kevin dice quiere dar algo. Lo llama dinero de bolsillo. ¿El dinero de bolsillo quizás sí es orden de Dios? —Nandé parecía dudar.

Patrick puso los ojos en blanco.

—Nandé, Dios no tiene nada que ver con la estructura salarial de este país. De eso se ocupan los sindicatos. Aquí, en cualquier caso, hay leyes que prohíben la esclavitud. No tiene que estar cavando sin cobrar para la señorita Doortje.

Nandé se encogió de hombros. Volvía a no entender. Pero una idea germinó en la mente de Patrick.

—Escuche, si le pagaran por su trabajo. ¿Cuánto pediría?

Nandé se mordió el labio. Tenía unos labios carnosos y muy bien perfilados, como si una fina y oscura línea los silueteara. Patrick se preguntó por qué la gente decía que los labios de los negros eran demasiado abultados. Él los encontraba sensuales.

—A lo mejor... hummm... ¿una libra? —preguntó.

Probablemente la moneda de su nuevo país le resultaba indescifrable.

Patrick asintió. Se sentía algo culpable a causa de sus intenciones, pero a Juliet la haría feliz y mejoraría la situación de Nandé.

—Mire, mi esposa hace tiempo que desea tener una doncella...

—¿Don...? —Nandé no conocía la palabra.

—Una doncella es una chica joven que ayuda a una dama a vestirse y peinarse —explicó—. Mantiene su ropa en orden, bueno, en nuestro caso también se añadirían a veces las tareas de una niñera. Pero no es un trabajo duro.

Nandé asintió tranquila.

—Sí, lo sé. En el barco me llamaban así. La doncella de **baas** Doortje.

—Bien. ¿No tendría ganas de convertirse en la doncella de la señorita Juliet? Solo la gente rica puede permitirse tener doncellas y yo no soy rico, pero podré con una libra a la semana al principio, y luego quizá dos.

—¿A la semana? —preguntó atónita Nandé—. ¡Entonces pronto soy rica!

Patrick rio.

—¡Si ahorra mucho! —bromeó—. Entonces, ¿puedo contratarla?

En la cara de Nandé pugnaron la codicia y la conciencia del deber. Había encontrado interesante a la señorita Juliet... una **baas** de color era impensable en Sudáfrica. Pero a lo mejor era más indulgente que una **baas** blanca. Y vivía en la casa de la señorita Lizzie. Sería un sueño volver allí. La señorita Lizzie era muy amable, y en Elizabeth Station Nandé no había tenido que dormir en el cobertizo, sino en una habitación propia de verdad con una cama y sábanas limpias. Como una dama blanca. Además...

—Pero yo no puedo, señor Patrick. Yo soy de **baas** Doortje, nuestra familia trabaja para su familia. Siempre. Así lo ordena Dios. Y el señor Kevin también ha pagado barco. Me lo tengo que trabajar, dice **baas** Doortje.

Patrick se indignó. ¡Ya podía hablarse en la joven familia Drury sobre las injusticias que se cometían contra los negros! Kevin sabía que era injusto con Nandé, así que no protestaría. Y respecto a lo que Doortje dijera sobre ese asunto, a él le daba igual.

—Atienda, Nandé, ahora me la llevo conmigo. No, no tiene que dejar solo al niño, también nos lo llevamos, mi madre se alegrará de volver a ver al pequeño. Kevin y Doortje pueden pasar a recogerlo después y yo les explicaré por qué usted trabaja ahora para Juliet y para mí. No tiene que justificarse. Este es un país libre, Nandé. Puede usted ir adonde quiera y trabajar donde quiera. Y no se preocupe por el pasaje de barco. Ya hace tiempo que lo ha pagado. Así que, decídase: esclava de la señorita Doortje o doncella y niñera en mi casa?

Nandé tomó una profunda bocanada de aire y miró a Patrick resplandeciente.

—Me gusta trabajar para señor Patrick. Y señorita Juliet muy guapa y May muy dulce.

Patrick sonrió.

—¡Ahora no empiece a llamar de usted a mi hija! Bastante mimada está. Y ahora vamos a ver si mi caballo puede con los dos. —Arrojó una mirada a las piernas desnudas de Nandé y sintió una agitación que no debía permitirse en relación con la doncella de su esposa—. Mejor no, no sería decente —se corrigió—. Usted monta, señorita Nandé, y yo llevo el caballo. Ande, no hay peros que valgan. Algo de movimiento me sentará bien. Y también a mi hermano. Que se ocupe él de cavar su



huerto.

Kevin hizo una corta visita a la consulta de Lawrence antes de volver a la cabaña. Nadie lo estaba esperando, así que nadie le había echado en falta mientras había pasado el día en Christchurch. Los aldeanos no necesitaban demasiada atención médica, aunque Kevin la había sobrevalorado mucho cuando se había ofrecido al viejo doctor Winter para encargarse de su consulta. Lawrence era una comunidad muy pequeña y casi todos sus miembros, antiguos buscadores de oro, no iban con sus achaques al médico. Sus esposas acudían a la comadrona con sus problemas y también había una sanadora maorí en las proximidades. Y seguro que nadie se inventaba enfermedades como hacía gran parte de la clientela femenina de la consulta de Kevin en Dunedin. No, Kevin no dejaba a nadie en la estacada si regresaba a la ciudad... Entró en la habitación donde realizaba las revisiones. En algún sitio habría una botella de whisky. Kevin se avergonzaba de beber a escondidas, pero Doortje no permitía alcohol en su casa; otro asunto del que tenían que hablar. Vincent tenía razón: transigía demasiado con ella. La amaba demasiado.

—Pensé que vendrías. —Una voz oscura y sensual.

Kevin casi soltó la cerilla con que iba a encender la lámpara de gas. En Lawrence todavía no había corriente eléctrica.

—¡Juliet!

La mujer sonrió y agitó la botella de whisky.

—Yo hubiese preferido champán, pero no es lo suficientemente fuerte como para olvidar bebiendo a tu pequeña bóer. ¿Lo haces aquí, Kevin? No necesitas beber para encontrarla más atractiva. Ella ya es hermosa. Pero fría, ¿verdad, Kevin? Fría como un... ¿Hace frío en ese país tan raro de donde procede?

Kevin negó con la cabeza. Juliet se sentó en la butaca del médico, ambos separados por el voluminoso escritorio en que el joven solía repasar los historiales médicos. Kevin habría podido sentarse en la silla que ofrecía a sus pacientes, pero permaneció de pie indeciso.

—No hay nada frío en su país, Juliet —respondió—. Hace calor y casi nunca llueve...

Ella rio.

—Un país donde los dioses no tienen lágrimas —observó—. ¿Es un país feliz?

Kevin hizo un gesto de negación.

—No, no es un país feliz. Pero ¿qué haces aquí? No deberías estar aquí, la gente pensará...

—Nadie me ha visto llegar —replicó Juliet—. Y si alguien me ve cuando me marche... pues bien, Kevin. Soy tu cuñada. ¿Ya lo has olvidado?

Se levantó y se apoyó provocativa delante del escritorio. Así estaba más cerca de él. Sería fácil abrazarla...

—Precisamente —señaló Kevin con la voz ronca—. Precisamente por eso no deberíamos intimar demasiado. Patrick ya ha hecho suficiente por mí... por nosotros. No podemos...

—No hagas como si solo Patrick quisiera hacernos un favor —murmuró—. Si te tranquiliza... ya le he recompensado más que de sobra. Todo por un apellido para una cría.

—La niña es muy guapa. —Kevin intentaba desviar la conversación hacia un terreno inofensivo, pero no había salida. Juliet ya había conseguido dominarlo. Demonios, no era fácil resistirse a ese hermoso cuerpo enfundado en un vestido granate, sumamente ajustado, a la sonrisa seductora de sus labios húmedos y a unos ojos en los que ardía el deseo. No era fácil sobre todo después de llevar

semanas viendo un vestido de andar por casa de cuello cerrado, severas capotas y delantales almidonados. El cuerpo de Doortje era más bonito que el de Juliet, Kevin deseaba más a su esposa de lo que Juliet podía excitarlo. Pero ¿de qué servía todo eso cuando sus encantos permanecían ocultos en un camisón informe y su cabello dorado, escondido bajo una capota? Ahora, los rizos negros y espesos de Juliet caían sobre su espalda, y sus manos delgadas y finas, acostumbradas a deslizarse por las teclas del piano, toqueteaban su pluma y la deslizaban por encima de su escote, como si escribiera un poema de amor. Kevin pensó en las manos callosas de Doortje, en los quesos que elaboraba, en el pan que amasaba. Intentó imaginar su olor, fresco y cálido como el pan recién hecho... pero el denso perfume de Juliet se impuso. Las imágenes de Doortje palidecieron en la mente de Kevin, al menos por esa noche. Mañana ya recordaría por qué se había enamorado de Doortje van Stout. Pero ahora Kevin luchaba con su deseo—. Es mi hermano, Juliet —dijo atormentado—. No podemos engañar a Patrick...

Ella hizo un gesto de rechazo.

—No se enterará. Y lo indemnizaré, no tengas miedo. —Sonrió sardónica cuando descubrió en los ojos de Kevin unos celos incipientes. No tardaría en hacerle olvidar a su bóer. Y a su hermano... Tal vez Kevin y Patrick se odiaran en un futuro cercano, pero a ella le resultaba indiferente—. Es que de vez en cuando... —musitó provocativa— necesito a un hombre de verdad. Ya me entiendes, ¿verdad, Kevin? Ya conoces a Patrick. Es... —rio— demasiado bueno. Y tú también necesitas alguna vez a una mujer de verdad. ¿O acaso es demasiado buena la fría beldad del país cálido? ¿Te besa como yo, Kevin? —Sus labios se apretaron contra los de él—. ¿Te ama así?

Juliet se recostó sobre el escritorio y rodeó con sus piernas las caderas de Kevin, que se rindió. Estrechó a Juliet entre sus brazos.

Doortje estaba fuera de sí cuando Kevin llegó a casa.

—¡Nandé se ha marchado! —le soltó en lugar de saludarlo—. ¡Mírate esto!

Doortje le tendió el papel que había encontrado en la mesa de la cabaña. Patrick explicaba en pocas palabras el estado de las cosas.

Kevin se encogió de hombros.

—En esto no puedo hacer nada —dijo con parquedad. No iba a pelearse con Patrick. No después de lo que acababa de ocurrir en la consulta. Kevin ya se avergonzaba de ello. También frente a Doortje. Le habría gustado hacer algo para reparar su engaño. Sin embargo, en lugar de ello, seguiría destruyendo su mundo—. Nandé no nos pertenece, Doortje. Si prefiere trabajar para Patrick no es asunto nuestro. Ya te dije que había que pagarle un sueldo. Tienes que acostumbrarte, Doortje. Este es un país libre.

—¡Pero es una desagradecida! —exclamó ella iracunda—. Su familia ha vivido en nuestras tierras durante generaciones. Les hemos dado de comer, los hemos cuidado cuando estaban enfermos...

Kevin suspiró.

—Antes de que vosotros llegarais esa era su tierra, Doortje. Y seguro que no habían pasado hambre. Y sus curanderos seguro que no eran peores que los remedios caseros y supersticiones que he visto entre los bóers. No puedes hablar de una estupenda asistencia médica. Olvídate, Doortje. Ya no estás en el Transvaal. Y tampoco necesitas a Nandé. A fin de cuentas, no usas corsé y tú misma sabes recogerte el pelo, no precisas de una doncella. Claro que ahora tendrás que ocuparte tú misma de Abe. Pero podemos contratar a una sirvienta que te quite algo de trabajo.

—¡Una sirvienta! —Doortje frunció el ceño—. ¿De qué estás hablando? ¿Dónde vas a encontrar por aquí una sirvienta blanca? ¿Y qué va a pasar con el huerto y el ganado y...?

—Volvemos a Dunedin. Podremos llevarnos a una chica maorí —le anunció él con calma, aunque tenía el corazón en un puño. Odiaba darle esa noticia, pero Vincent tenía razón. Ahí ella no aprendería jamás a adaptarse. Y si eso no salía bien... Kevin era consciente de que corría el peligro de volver a caer en las redes de Juliet. Otra razón más para volver a Dunedin—. Pero no nos llevaremos el ganado. Lo siento, Doortje. Esto no es Sudáfrica, y ya no eres ni una *baas* ni una campesina. Eres la esposa del médico de Dunedin, el doctor Kevin Drury. Y como tal vas a tener que comportarte a partir de ahora.

—Pero tú... tú prometiste... —Doortje lo miró atónita—. Queríamos vivir en una granja.

—No puedo cumplir esa promesa. Y tampoco te había prometido una granja en el *veld* con una aldea de negros al lado y la oración de la tarde en holandés. En todo caso, una granja en Nueva Zelanda, pero no te ha gustado Elizabeth Station. Deseo de verdad que seas feliz, Doortje. Piensa en lo que prometiste: allá donde tú vayas, también iré yo. Y tú... tú me quieres aunque sea un poco. En África me quisiste un poco...

El rostro de la joven iba de la desesperación al odio. Si realmente había amado y deseado a Kevin, llevaba profundamente escondidos en ella tales sentimientos.

—Yo... yo nunca lo quise —dijo en voz baja—. Lo que pasó contigo. Simplemente pasó. Pero no es del agrado de Dios. Incluso... incluso si antes parecía sencillo. Porque dar un nombre al niño perdonaba todo lo demás. Pero el niño está de todos modos condenado. Y yo también.

—No puedes encerrar aquí a tu esposa. —Michael Drury se vio obligado a hacer valer su autoridad frente a su hijo Patrick. Ya hacía tiempo que su primera simpatía por Juliet se había evaporado y a esas alturas compartía la opinión de Lizzie de que su nuera era enervante. Pero en cierto modo también entendía a la muchacha. Esa mujer no encajaba en aquel lugar, debía de sentirse terriblemente desgraciada en Elizabeth Station. Con toda certeza no iba a aguantar los siguientes treinta años, fuera lo que fuese que Patrick quisiese—. Si tanto la aprietas, volverá a marcharse de tu lado. —Lo intentó con el único argumento con el que podía esperar salir un poco airoso.

—¡Al menos aquí nadie la seducirá! —contestó Patrick obstinado—. La otra vez, tampoco se marchó por propia decisión. Solo que ese periodistilla, ese...

Michael puso los ojos en blanco.

—Ese hombre nunca se la llevó a la fuerza a la grupa de su caballo y a galope tendido —le recordó—. Juliet empaquetó sus cosas, dejó a la niña con Claire y se subió voluntariamente al coche de punto.

—¡Pero él le había prometido un contrato! —repitió Patrick la explicación que le había dado Juliet—. ¡Uno al que a ella le resultaba imposible renunciar!

Su padre se encogió de hombros.

—La próxima vez se buscará ella sola un trabajo. Patrick, no aguanta aquí. Y nosotros tampoco. Y no vengas ahora con lo del piano. Aquí no vamos a colocar ningún piano, la casa no tiene sitio para eso.

—¡Ni sin piano tiene sitio para mamá y Juliet! —observó con amargura Patrick.

Poco antes se había producido un desencuentro entre suegra y nuera, como consecuencia del cual la primera había desaparecido en el viñedo y la segunda, en la habitación conyugal. Habría preferido tener una propia, pero Patrick había insistido en que durmieran juntos.

Michael hizo un gesto de impotencia.

—No puedo negarlo, Patrick. Tu madre y Juliet no se entienden, y soy capaz de comprender hasta cierto punto las razones de Lizzie. A la larga se nos tendrá que ocurrir alguna idea, tal vez la cabaña de los buscadores de oro pueda rehabilitarse y convertirse en una casa más grande. Pero en primer lugar tienes que ofrecer un cambio a Juliet. Aquí se volverá loca, y tu madre también. Vete con ella a Dunedin, al menos un par de días. Ve a un par de veladas, de conciertos... ¡Hazla feliz, Patrick! ¡Intenta hacerla un poco feliz!

De la esposa de un bóer se esperaba sumisión, una feliz sumisión. Al menos eso era lo que Doortje conocía de su madre y su abuela. Una esposa bóer seguía a su marido de buen grado por las montañas hasta el desierto e incluso en una guerra. Aprendía a cargar fusiles y disparar. Si no le quedaba otro remedio, vadeaba entre la sangre. Estaba dispuesta a matar y dejarse matar por lo que a su marido le interesaba y permanecía a sus espaldas, inquebrantable, contra enemigos externos. Y en caso de duda, también contra el resto de su familia y contra sus hijos. Dorothea van Stout había interiorizado todo ello desde el primer momento de su vida y hacía cuanto estaba en su mano por cumplir con su obligación en su nuevo hogar, pero en circunstancias totalmente distintas. Sin volver a quejarse más, dejó la cabaña de Otago, el ganado y el huerto recién cultivado. Kevin volvió a llevarla a la vivienda encima de la consulta, aunque se mostró dispuesto a buscar con el tiempo un domicilio algo más campestre.

—A lo mejor en Caversham —reflexionó—. Allí hay casitas de campo muy bonitas, con jardín. Y Kathleen y el reverendo viven ahí, te caen bien. Podrías realizar alguna tarea en la iglesia, asistiendo a los niños y los pobres...

Doortje se lo quedó mirando atónita. El cuidado de los necesitados era algo ajeno a la sociedad de la que ella provenía. Las familias eran grandes y se mantenían unidas, los extraños casi nunca llegaban a los pueblos ni a las granjas y, por lo demás, la Iglesia holandesa compartía la misma opinión que la de Escocia: quien sufría penurias era porque se lo merecía, en general, y además el destino de cada persona estaba preestablecido. Quién estaba condenado y quién salvado ya se había fijado en el primer aliento de vida. Por supuesto, los acontecimientos de los últimos años habían hecho dudar a Doortje de los fundamentos de esta creencia, pero no tanto como para colaborar en un comedor para anglicanos menesterosos.

Primero, Doortje tenía que encontrar su lugar en Dunedin, esta vez no con desgana, sino obedeciendo a la firme orden de su esposo de adaptarse. Así pues, la joven desterró su querido traje bóer y se puso los vestidos reforma que Kevin le había comprado durante su primera época en Dunedin. Entretanto se habían pasado de moda totalmente, volvía a llevarse el corsé y la ropa cómoda no había logrado imponerse. Kevin no cayó en la cuenta y tampoco lo mencionó nadie. A fin de cuentas, Doortje tenía un aspecto formidable con esos vestidos anchos y la buena sociedad de Dunedin se disputaba la decorativa pareja del médico. Kevin decidió aceptar todas las invitaciones para introducirse de nuevo en la ciudad. Así que Doortje intentaba mantener en los **vernissages** charlas de circunstancia e ingeniosas, se desenvolvía en comidas de varios platos y estaba tan ocupada en imitar a Kevin y Roberta la forma correcta de utilizar los cubiertos que a veces no se daba cuenta de los intentos que hacía su compañero de mesa para entablar conversación con ella.

Roberta seguía prestándole una valiosa ayuda. A la joven maestra le gustaba estar con ella y Kevin, y su actitud cordial casi le hacía olvidar el recuerdo de su inadecuada fraternidad con Nandé durante la travesía en barco. Roberta también fue quien la introdujo en los secretos de los pasos de baile, de modo que Doortje consiguió superar su primer baile sin cometer errores graves. La joven bóer asistía a conciertos y aceptaba las invitaciones de otras damas de la buena sociedad para tomar el té. Sin embargo, si disfrutaba de algo (la exposición de retratos de mujeres la había impresionado profundamente y casi había gozado del contacto de la mano de Kevin en su cadera y de sus movimientos rítmicos al bailar el vals), no lo admitía ante sí misma. Su sonrisa siempre era forzada y, aunque nadie lo notaba, esto a Kevin le desgarraba el corazón.

Patrick Drury fue a la ciudad con su esposa tal como le había aconsejado su padre. Para mantener entretenida a Juliet, asistió a funciones de teatro y **vernissages**, y la pareja acabó recibiendo invitaciones de la buena sociedad de Dunedin. Naturalmente, era previsible que Patrick y Juliet coincidieran en algún momento con Kevin y Doortje. Al final ocurrió en una velada en casa de los Dunloe. Doortje, que entró en el salón del brazo de Kevin exhibiendo su sonrisa forzada, sintió de repente que él se tensaba. Siguió la mirada de su marido y se quedó aterrada por razones bien distintas a las de Kevin.

—¿La dejan entrar aquí? —preguntó incrédula a su esposo—. ¡Pero si es de color!

—Es la esposa de mi hermano —respondió Kevin. Había palidecido y vio que Doortje se había

dado cuenta—. ¡Y ahora hazme el favor de ignorar el color de su piel! Juliet es criolla, pero, si he entendido bien, la granja de su padre en Nueva Orleans es más o menos el doble de grande que todo el Transvaal. No tienes que convertirte en amiga suya, Doortje, pero, por favor, sé amable.

La muchacha bóer se habría esforzado por ser una esposa obediente, pero Juliet no se lo puso fácil. A Doortje no le habían enseñado a comportarse en sociedad, pero reconocía una mirada burlona cuando se la dirigían y distinguió el brillo de los ojos de Juliet al mirar a su marido. Patrick siguió incómodo a su esposa cuando esta se dirigió hacia Kevin y Doortje. Probablemente, habría preferido mantenerse distante. Un cobarde... a Doortje le recordaba a Cornelis.

—¿Qué estupendo volver a verte, Kevin... y... Dorothy, ¿no es así? Como la niña de Kansas a la que un ciclón se la lleva de su país... ¿Cómo se siente uno siendo un ciclón, Kevin Drury? —Juliet sonrió.

¿Una sonrisa cómplice? ¿Seductora? En cualquier caso, Doortje se sintió como una tonta. No entendía a qué se refería.

—Doortje —dijo con voz apagada—. O Dorothea si no puede pronunciarlo.

Juliet soltó una risa gutural.

—Ah, creo que lo conseguiré... Pero debería darle vueltas al nombre de Dorothy. Es bonito. Y lleva también esos vestiditos cortos tan anchos... —contempló el vestido reforma de Doortje.

El vestido granate de Juliet llegaba hasta el suelo. Se había ceñido bien el corsé, lo que todavía realzaba más su espléndida silueta. Kevin se percató de que era el mismo con el que lo había seducido en Lawrence. Se esforzó por no ruborizarse.

Patrick dio un paso al frente.

—Juliet, ¿qué maneras son esas? Así apabullas a tu cuñada. Disculpe, Doortje, está usted encantadora con ese vestido.

Juliet asintió y en su hermoso rostro apareció una mueca. La bóer se fijó en que iba maquillada.

—Sí, perdón. Me vuelvo insufrible cuando estoy con la garganta seca... ¿Nos traes unas copas de champán, Kevin? ¿O sigue usted bebiendo leche, Doortje? —Pronunció perfectamente el nombre de la bóer.

Ella se mordió el labio. Todavía no había probado el alcohol. Pero en ese momento no iba a ponerse en evidencia.

—Beberé... sí, beberé encantada una copa.

Cuando Kevin regresó con el champán, Doortje miró compungida el líquido burbujeante en la flauta de cristal. Dio un sorbo con prudencia y se quedó agradablemente sorprendida. Siempre había imaginado que el alcohol le quemaría la lengua, pero esa bebida solo producía un suave picor y tenía un sabor algo ácido, un poco como el zumo de grosella aclarado con agua. A lo mejor no se incluía entre las bebidas pecaminosas y embriagantes sobre las cuales les había advertido el pastor. Vacío la copa tan deprisa como Juliet.

Entretanto, Kevin y Patrick intentaban mantener una conversación cordial.

—¿Vas a volver a trabajar para el Ministerio de Agricultura? —preguntó Kevin—. Lo digo porque... ahora que has regresado...

Su hermano sacudió la cabeza.

—No, no, me quedaré en Otago. Estaremos por aquí unos días para... bueno... a la larga, si estás en la granja todo el tiempo, se te cae la casa encima. —Sonrió casi como disculpándose. Nadie habría esperado una respuesta de ese tipo de él. Patrick Drury amaba Elizabeth Station—. Y cómo va

la consulta. ¿No tienes ningún problema con la gente? Ya sabes, primero Sudáfrica y luego de vuelta, Otago y de vuelta.

Kevin hizo un gesto de negación.

—Christian es flexible. Y yo también tengo más o menos mis propios pacientes. —Sonrió nervioso—. Las familias jóvenes acuden más a Christian y a mí me consultan las histéricas. Él no lo dice así, pero lo piensa. Y no puede negarse que estas últimas son las que pagan mejor. Así que más ingresos, incluso para él.

—¿Señor Patrick? —Nandé se acercó tímidamente, con la pequeña May en brazos. Era evidente que le resultaba incómodo ver a su nuevo patrón hablando con Kevin, pero intervino con valentía—. Señor Patrick. Usted decir yo llamar... —Patrick frunció el ceño. Nandé esbozó una sonrisa de disculpa—. Me dijo usted que lo llamase si May llorar —se corrigió—. Y acaba de hacerlo. Así que...

—Bien hecho —la elogió Patrick, cogiéndole la niña de los brazos.

Pero May parecía haber vuelto a tranquilizarse y sonreía juguetona a quienes la rodeaban. Le encantaba estar con gente.

—Ba... señor... doctor Kevin...

Nandé hizo una educada reverencia ante su anterior patrón. Este buscó con la mirada a Doortje, pero se había marchado con Juliet. Vaya, nunca se habría esperado que su esposa se perdería entre los asistentes precisamente con su menospreciada cuñada. Pero daba igual, lo principal era que conociera a otra gente sin él. Kevin sonrió a la muchacha negra.

—Tienes buen aspecto, Nandé —dijo, y contempló con expresión complacida el aseado uniforme de criada con la cofia y el delantal. Era casi el mismo traje que llevaba Doortje en la granja. A Nandé debía de resultarle extraño—. ¡Y has mejorado tu inglés!

Nandé volvió a bajar la vista al suelo.

—Se... se lo agradezco, señor Kevin. ¿No enfadado? Quiero decir... ¿no está usted enfadado conmigo?

Kevin movió la cabeza y dio gracias al cielo de que Doortje estuviera ocupada.

—¿Porque has conseguido un empleo mejor? Lo hemos sentido, sobre todo la señorita Doortje, pero eres libre de elegir. ¿Estás bien con la señorita Juliet?

Nandé asintió con vehemencia.

—¡Estoy muy bien con señor Patrick! —admitió—. Y con la pequeña señorita May... y con señorita Juliet.

Aludió en último término a esta última porque de hecho Juliet era la gota de amargura en su felicidad recién estrenada. La criada negra estaba acostumbrada a que la riñesen y la trataran mal, pero en la familia Van Stout nadie había sido caprichoso. Nandé siempre había sabido lo que le esperaba, mientras que el humor de Juliet Drury cambiaba de un momento a otro. Unas veces era generosa y le regalaba vestidos y sombreros usados, y otras veces la reprendía por el más mínimo error. Eso desconcertaba a la sirvienta africana tanto como el otoño de su nuevo hogar. Nunca sabía cómo vestir a la niña para dar un paseo. A veces, tras haber caído una lluvia torrencial, salía enseguida el sol, y viceversa.

—¡No «señorita May», Nandé! —la amonestaba Patrick. Bromeaba con May, pero Kevin se dio cuenta de que también estaba pendiente de Nandé y que la miraba con cariño—. No le metas fantasías en la cabeza. Bastante malo es ya que Juliet engalane a la niña como si fuese una princesa.



En efecto, May llevaba un vestidito de encaje, aunque a esa hora debería estar durmiendo. Nandé también se había desvestido y acostado en la habitación que les habían asignado a ella y a la pequeña, pero había vuelto a vestirse para salir en busca de Patrick. Eso explicaba también que la pequeña estuviera tan sonriente, hacía ruiditos de contento en los brazos de su padre y observaba a toda esa gente desconocida que le hacía carantoñas y no dejaba de repetir lo guapa y buena que era.

Por vez primera, Kevin miró con detenimiento a la niña. No cabía duda de que existían semejanzas familiares. May era igual que Juliet, pero también se parecía a él y Michael. Menos a Patrick y Lizzie. Decidió alejarse antes de que otras personas se percataran de ello. De todos modos, Patrick estaba ahora ocupado con May y Nandé. Jugeteaba con la niña en los brazos mientras conversaba con la niñera. Juliet había desaparecido con Doortje. Kevin se disculpó con el pretexto de que iba a buscar a su esposa.

Pero antes de encontrarla, se topó con el reverendo.

Peter Burton deambulaba algo aburrido. Solía acudir a actos como ese por Kathleen, él prefería juntarse con unos pocos amigos de verdad antes que mantener conversaciones vanas. Le interesaban tan poco los conciertos que servían como motivo de invitación, como a Michael, el padre de Kevin. En ese momento sonrió al joven, que se detuvo junto a él.

—¿Me podría dedicar unos minutos, reverendo? —preguntó cortésmente Kevin. Ya hacía tiempo que había planeado hablar con Peter Burton—. Aunque quizá sería mejor que me acercase a la iglesia para conversar con usted...

Burton hizo un gesto de rechazo.

—Sea lo que sea lo que te preocupe, se habla mejor con un vaso de whisky en la mano que a la luz de las velas. Con lo que no quiero decir que mi iglesia se haya quedado anticuada, desde hace algún tiempo ya tenemos luz eléctrica.

Kevin rio.

—Pero supongo que no una barra donde se sirva whisky —bromeó—. Espere, voy a buscar un par de vasos y luego nos vamos...

—La terraza es un buen sitio —observó Burton—. Ya que no llueve... —Sonrió—. Quizá debería pensarme realizar al aire libre las reuniones de la congregación. Así la gente se vería obligada a ser más concisa.

Kevin regresó con dos vasos de whisky y antes de entrar en materia ambos tomaron un par de tragos. Contemplaron el jardín silencioso y oscuro, que ofrecía un contraste sosegante frente a la casa intensamente iluminada y rebosante de ajetreo. Kevin distinguió a Doortje en un grupo de mujeres y se tranquilizó.

—Entonces, ¿qué sucede, Kevin? —preguntó el reverendo—. ¿Problemas familiares? ¿Con tu hermano? Deben de haberse producido tensiones.

El doctor se encogió de hombros.

—Solo malentendidos. No se trata de eso. Quería preguntarle... ¿qué sabe usted del calvinismo?

El reverendo sonrió.

—¿Un seminario de teología en lugar de música de cámara? Me sorprendes. Pero en fin, todo se remonta a un suizo, Johannes Calvino. Vivió en el siglo dieciséis y desarrolló una teología propia. Una muy peculiar, si quieres saber mi opinión... Pero tuvo mucho éxito. Los presbiterianos se remiten a su doctrina, la Iglesia de Escocia y, por supuesto, también la Iglesia holandesa de la que era seguidora, o todavía lo es, tu esposa... Me alegraría mucho poder saludaros algún día en una de mis

misas. La base la forman los llamados cuatro soli, la sola scriptura, que solo reconoce la Biblia como fundamento de la fe cristiana y que...

—No le pedía una explicación tan compleja —lo interrumpió Kevin—. Lo que me preocupa es la perdición y la resurrección, y los elegidos. Son términos que últimamente escucho con frecuencia.

El reverendo sonrió.

—La sola gratia. Enseña que el ser humano solo puede ser salvado por la gracia de Dios y no, como aprendemos nosotros, a través de las obras buenas y malas que realice en vida y del perdón y la penitencia. Calvino consideraba que los seres humanos se dividen desde el comienzo de los tiempos entre elegidos y condenados. Mucho antes de que uno nazca ya está determinado a qué grupo pertenece y no hay más que hacer. Unos se salvan y a otros los espera el fuego eterno.

—¡Qué locura! —exclamó Kevin—. ¿Para qué va a comportarse uno bien y no cometer pecados si, de todos modos, da igual?

El reverendo arqueó las cejas.

—Vaya, vaya, Kevin, espero que los diez mandamientos tengan algún valor para ti y que no te atengas a ellos solo por miedo al infierno.

Kevin rio.

—Pero si uno puede comportarse como quiere...

—Suele tener la vida en general más fácil —admitió el reverendo, vaciando su vaso—. Por cierto, has acertado trayendo la botella de whisky, aunque confirme que no formamos parte de los elegidos. Pero volviendo a la conducta de los calvinistas: observan una rígida disciplina y la comunidad puede castigarlos si se pasan de la raya. Además, desde su punto de vista, una vida ascética y temerosa de Dios da prueba de formar parte de los elegidos. Es una especie de conclusión al revés: damos por sentado que seremos salvados si pecamos lo menos posible. Los calvinistas creen que en el hecho de pecar lo menos posible ya se manifiesta la elección.

—¿El resultado no es el mismo? —A Kevin empezaba a dolerle la cabeza.

—Bueno, hay un par de diferencias. Por ejemplo, el modo de proceder de los elegidos con los no elegidos. Se observa ahí cierta... hummm... arrogancia.

Kevin parpadeó.

—Deje que adivine: zulúes, maoríes, mestizos, indios... en principio no forman parte de los elegidos.

—Exacto. El bienestar económico es también testimonio de que se es un elegido, así que la asistencia a los pobres se reduce al mínimo. No cabe ni mencionar a los esclavos, a quienes los calvinistas, cristianos como nosotros, explotan en sus plantaciones. Si se vende bien la caña de azúcar, es gracias a la voluntad divina. —Sonrió—. Lo siento, Kevin, ya notas que no son de mi agrado. Aunque la mayoría de ellos son seguramente gente honrada y buena, que no hacen mal a nadie salvo a sí mismos. En los casos extremos, esa gente renuncia a darse hasta el más pequeño lujo, distracción y alegría en la vida. Debe de ser triste tener que considerar la felicidad y la satisfacción únicamente como muestras de arrogancia.

Kevin reflexionó y volvió a llenarse el vaso.

—Y cuando uno de ellos... bueno, si siempre ha pensado que era un elegido y sería salvado, pero un día le sucede algo que le hace pensar que... que está condenado...

Burton suspiró.

—No lo sé exactamente, Kevin. Lo que acabo de exponer lo he aprendido a través de los libros,

pero no conozco a nadie que pertenezca a esas comunidades religiosas. Al menos a ningún ortodoxo. Seguro que entre nosotros hay algunos que dicen de boquilla ser adeptos a la Iglesia de Escocia pero beben champán y le encargan ropa a Kathleen. Yo diría que en el caso que has mencionado, él o ella tiene un problema grave. Para alguien así el mundo se ha desmoronado. Kevin, ¿se trata de tu mujer? ¿De Doortje? —Burton estudió con la mirada a su interlocutor.

Kevin depositó su vaso sobre la mesa de la terraza.

—He... he de volver a entrar, reverendo. Le agradezco sus explicaciones. Ahora tengo algunas cosas más claras.

El reverendo asintió.

—Necesitarás mucha paciencia, Kevin. Y tu Doortje, una nueva fe. Pero si uno piensa que esa gente ha atravesado océanos, recorrido montañas y librado batallas por su religión...

—Eran grupos que se daban mutuamente fuerza —advirtió Kevin—. Y, por supuesto, todos eran elegidos... Pero Doortje... —su tono se suavizó—, Doortje está completamente sola.

Doortje Drury se lo estaba pasando en grande. Ya se había bebido la segunda copa de champán y luego se había atrevido a alejarse de su insufrible cuñada negroide y reunirse con otra gente. Sean Coltrane y su esposa Violet, por ejemplo, eran estupendos pese a su horrible apellido; pero, en inglés, Coltrane era tan frecuente como Hövel en holandés. Violet tampoco llevaba corsé, así que eso no sería tan espantoso como aseguraba Juliet. Y Sean, del que todos decían que era tan inteligente, podía explicarle qué era eso de «Dorothy». Doortje necesitó algo de tiempo para aclararle lo que quería saber exactamente, pero luego resultó que no era tan complicado.

—Dorothy y su perro **Toto** son los personajes de un libro infantil estadounidense —dijo Sean sonriendo—, el maravilloso **Mago de Oz**. Es bastante nuevo, pero a Roberta la tiene fascinada. Seguro que tiene un ejemplar, pídaselo. Sea como fuere, Dorothy vive en Kansas, que está en el centro de Estados Unidos. Sin embargo, un ciclón se la lleva a un país fabuloso en el que reinan cuatro brujas y un mago. Allí vive distintas aventuras, con un león que no tiene valor, un espantapájaros descerebrado y un hombre de hojalata sin corazón.

Doortje soltó una risita, se le había subido el champán a la cabeza, pero no lo encontraba desagradable. Al contrario, pocas veces se había sentido tan ligera y relajada.

—¿Un león cobarde?

Sean asintió.

—Sí, pero a medida que la historia avanza se descubre que el león puede ser increíblemente valiente cuando ve a sus amigos amenazados, al igual que el hombre de hojalata es capaz de sentir piedad y el espantapájaros, de ser sagaz. Lo único que pasa es que creen que están condenados.

Doortje palideció.

Violet la miró con preocupación.

—¿Se encuentra mal, Doortje? Todo esto debe de ser bastante cansado para usted. Tanta gente, hablar una lengua extranjera y encima esas bromas con malicia. La señorita Juliet no debería burlarse de usted, aunque el hecho de que la compare con la Dorothy del **Mago de Oz** no es ofensivo. Es una muchacha maravillosa.

Sean asintió.

—Espere, voy a buscarle una copa de champán, seguro que la reanima. Y a ti también, Violet, no veo por aquí a ninguna severa representante del movimiento de abstinencia de bebidas alcohólicas. Puedes excederte por esta vez. —Guiñó el ojo a las dos mujeres y se dirigió hacia el bar.

—Abs... ¿qué? —preguntó Doortje.

Nunca había hecho tantas preguntas como esa noche y tampoco charlado con tanta libertad. En cualquier caso, no desde que su mundo del Transvaal se había venido abajo. Naturalmente, en los encuentros para rezar y hacer labores juntas, las demás bóers de la comunidad nunca hablaban de libros infantiles ni de vestidos... y tampoco cotilleaban ni bromeaban de forma tan relajada. A lo sumo, las mujeres contaban algún chisme sobre quién se había prometido a quién.

—Abstinencia —completó diligente Violet, y le hizo un resumen del movimiento feminista en Nueva Zelanda, que había comenzado cuando las madres de familia se habían rebelado contra el abuso del alcohol que hacían sus maridos y había terminado con la lucha por el derecho al voto.

»Y el mundo no se derrumbó por ello —observó satisfecha al final—. Ya verá, algún día tendremos a una mujer desempeñando el cargo de primera ministra.

—Ya, cuando en Sudáfrica haya un presidente negro —se burló de ella Jimmy Dunloe, que se aproximaba con Sean y dos copas de champán—. ¡No dé discursos; vale más que beba, señorita Violet!

Tendió las copas a las perplejas mujeres. Luego se despidió con un guiño para marcharse al bar.

—Nuestro anfitrión ha insistido en traer él mismo las copas —observó Sean—. Lo siento, Violet, no era esta la intención. Yo, desde luego, estaría conforme con tener a una mujer de primera ministra y a un negro de gobernador en Ciudad del Cabo. Pero hay mucha gente que todavía es incapaz de pensar así, es...

Doortje frunció el ceño. Con cada copa que bebía, el champán sabía mejor pero le resultaba más difícil pensar.

—¿Un cafre de gobernador? —preguntó atónita—. Pero... pero si no razonan.

Violet iba a lanzar un discurso reivindicativo, pero Sean sonrió.

—Eso mismo pensaban del espantapájaros en el país de Oz —contestó amablemente—. Pero al final el mago lo nombra su sucesor. Léale a su hijo ese libro cuando sea mayor, Doortje. ¡Es muy edificante!

Doortje se hallaba con Heather y Chloé Coltrane cuando Kevin la descubrió entre la multitud... y estaba riéndose. Kevin no dio crédito. ¿Había oído alguna vez a su esposa reírse abiertamente? En ese momento disfrutaba de una anécdota que Heather estaba contando sobre que en Ámsterdam había interpretado erróneamente unas palabras. Cuando Kevin se acercó a las mujeres, el rostro de Doortje no se endureció, como solía ocurrir últimamente, sino que le sonrió.

—La señorita Heather estuvo en Holanda, ¡imagínate! —informó a su marido—. En... en Ámster... dam.

Heather sonrió indulgente.

—Creo que deberías ir pensando en marcharte a casa con tu encantadora mujercita —susurró a Kevin—. Está bastante achispada. Pero también está cautivadora, nunca hubiese pensado que era tan divertida.

—¡Porque ahí puede conocer a gente como Mijnheer Rembrandt! —siguió Doortje elogiando el viaje de Heather—. Que es un pintor, como la señorita Heather. La señorita Heather quiere pintarme un día. ¿Crees... crees que está permitido?

Kevin sonrió y la cogió del brazo.

—Es una idea estupenda y claro que no está prohibido —contestó, guiñando el ojo—. Pero Mijnheer Rembrandt murió hace siglos. Era un gran artista y muy aplicado. Pintó muchos cuadros. A lo mejor puedes ir de visita a casa de la señorita Heather, seguro que tiene copias de sus cuadros.

Chloé asintió.

—Ella misma copió los cuadros de Rembrandt —explicó con seriedad—. Pero si los ve entenderá por qué no los tenemos colgados. Durante su viaje por Europa, Heather no logró imbuirse demasiado del arte de Rembrandt... —Heather fingió que iba a lanzarle la copa a su amiga y Chloé

soltó una risita—. Claro que ahora lo supera con creces. —Le tendió la mano a Doortje—. Ha sido muy agradable conocerla un poco más a fondo, señora Drury.

Heather y Chloé se despidieron amistosamente, pero lanzando unas expresivas miradas a Kevin y Doortje. Que esta última estuviera piripi tenía su gracia, pero si se quedaba más rato en la fiesta podía llegar a ser lamentable.

Kevin ofreció galantemente el brazo a su esposa.

—¿Puedo acompañarte a casa, Doortje, cariño? —preguntó animado por el buen humor de su mujer—. Ya sabes que mañana me levanto temprano.

—¡Pero yo no! —objetó Doortje casi con un tono triunfal—. Puedo quedarme durmiendo. Pero... claro, eso es pecado... —Se tambaleó un poco, pero se sentía tan ligera como nunca en su vida—. Lo siento por Mijnheer Rembrandt, por la señorita Heather... si era amigo de ella...

Algo vacilante, se dirigió cogida del brazo de Kevin hacia la salida. En el camino se cruzaron con Juliet y Patrick. Nandé ya no estaba con ellos, se había llevado a la cama a May.

—Vaya, Kevin, ¿ya os marcháis? —preguntó Juliet con una sonrisa arrogante—. Antes tenías más aguante... —Miró a Doortje y se dio cuenta del estado en que se encontraba—. ¿Le ha gustado el champán, Dorothy? Pero se lo advierto: cuando vuelva del país de las maravillas le dolerá la cabeza. —Juliet posó en Kevin su mirada, que se volvió burlona y... seductora. Se acercó a él—. Un país de las maravillas efímero para ti, Kevin —le susurró al oído—. Ten cuidado, se te dormirá antes de que entres en acción.

Doortje se la quedó mirando con el ceño fruncido. No podía haber escuchado lo que decía, pero no estaba ciega.

—Yo no estoy en un país de las maravillas —afirmó con su voz clara de niña, pero bien comprensible—. Aquí no hay leones... ni espantapájaros. ¡Solo... una cafre sin corazón!

Kevin decidió dar un paseo con su esposa por la ciudad. Podría haber cogido un coche de punto, pero la casa de los Dunloe no estaba tan lejos de su consulta y de su vivienda en Lower Stuart Street, y seguro que el aire fresco le sentaba bien a Doortje. También la llovizna que había empezado a caer.

—¡En este país siempre está lloviendo! —se quejó Doortje. Kevin se lo pensó un poco, pero luego le contó la historia de Papa y Rangí. Doortje lo escuchó con suma atención. Normalmente hacía oídos sordos cuando se trataba de las leyendas maoríes—. En el Transvaal no. Ahí no se llora tan rápido.

Kevin sonrió.

—Pero mira, Doortje, si los dioses no lloran, la tierra se seca. Hazme caso, de vez en cuando algunos sentimientos pueden mostrarse con toda tranquilidad.

Habían llegado a la consulta y él la condujo a la entrada y la abrazó. Doortje estaba a punto de volver en sí cuando él la estrechó, pero entonces prefirió quedarse tras el mullido cojín de nubes que el champán había levantado ante su espíritu crítico y sus sentimientos de culpabilidad. Era bonito que la besaran. Recordó vagamente los besos de Martinus. Ella se los había devuelto. Y Martinus la había censurado por ser tan impetuosa. Pero Kevin no parecía tener nada en contra. Le devolvió el beso con audacia y le gustó que Kevin se alegrara de ello. No opuso ninguna resistencia a que él la cogiera en brazos y la llevara escaleras arriba hacia su vivienda.

—Pero Abe... —objetó en un último brote de vacilación cuando él recorrió el pasillo de puntillas.

Kevin no se había olvidado del niño.

—Ya hace rato que duerme —susurró, y para demostrarlo abrió con sigilo la habitación del pequeño.

Abe no estaba en la cuna. En la mecedora que había al lado dormía la maorí Paika, la sirvienta de Claire a la que tanto le gustaban los niños y que por poco dinero vigilaba a Abe cuando sus padres salían. El pequeño dormía entre sus brazos, acurrucado entre sus pechos y con el cuerpo extendido sobre el vientre de la mujer.

—No debería...

Doortje tenía prohibido severamente a Paika que durmiera al niño meciéndolo entre sus brazos. Abe tenía que aprender desde el principio a dormirse solo. Pero Kevin cerró la puerta tan deprisa y silenciosamente como la había abierto.

—Déjalos tranquilos —la apaciguó—. Esta noche olvidémonos de todo... de la educación, los dioses, Inglaterra y Sudáfrica. Esta noche estamos tú y yo solos...

Doortje no protestó cuando él le desabrochó el vestido y empezó a cubrir de besos su escote. Cuando él la penetró, pensó fugazmente en estar condenada. Pero tampoco se estaba tan mal en el infierno...

Al día siguiente, sin embargo, Doortje casi pasó por un infierno. Se despertó con el dolor de cabeza más espantoso que jamás había tenido y cuando Kevin la obligó a tomar un té no pudo evitar vomitar.

—Estoy enferma —susurró desorientada—. Me duele todo. ¿Qué me pasa?

—Son los efectos de demasiado champán —sonrió Kevin—. No tengas miedo, enseguida estarás mejor. Mañana a más tardar estarás totalmente recuperada.

—¿Quieres decir que... que me emborraché? —preguntó Doortje horrorizada. Recordaba que había sido desvergonzada y casi había confraternizado con los ingleses. Se había reído con ellos... se había reído con Heather de una historia con la que esa mujer se burlaba de Holanda. Pero por otra parte...

—Estabas un poco achispada, Doortje. Lo único que ocurre es que no estás acostumbrada a beber alcohol. Nada grave, cariño. Al contrario. Estabas... estabas cautivadora... —Se tendió en la cama junto a ella e intentó besarla. Doortje reaccionó rechazándolo.

—No... no debes si estoy enferma —advirtió con rigidez.

Kevin suspiró. Ya tendría que haber contado con que no sería tan fácil.

—Pero si no estás enferma, solo tienes resaca —repitió—. Claro que no voy a obligarte. He pensado solo que anoche... te gustó.

Ella lo miró indignada.

—¡A mí no me gustó nada! —mintió—. Es que... caí en la tentación. ¿Es posible que me haya hechizado? Me refiero a la cafre, a esa Juliet. Es ella la que me dio champán, ella...

Kevin rio de manera forzada. No quería hablar de Juliet, cada vez que la mencionaban delante de él creía que Doortje reconocía algo en su rostro o en sus ojos que delataba su infidelidad.

—Como mucho, las dos primeras copas —la corrigió—. Y seguro que no le puso ningún veneno. No, Doortje, no te negaré que Juliet tiene algo de bruja, pero no puedes culparla de que tú estuvieras piripi.

—Te miraba... —señaló Doortje pensativa.

Kevin asintió incómodo.

—Sí, lo hizo, la gente se mira cuando conversa. Olvídate ahora de Juliet; aunque a la larga tendrás que disculparte con ella, por supuesto. Lo que le dijiste al final... bueno, seguro que en Dunedin ya le han dicho que no tiene corazón, pero llamarla cafre es imperdonable. Y ahora voy a buscarte unos polvos en la consulta para aliviarte el dolor de cabeza. Puedes dormir un poco más...

—¿En pleno día? Eso es... —Doortje se levantó precipitadamente y se llevó de inmediato las manos a las sienes.

—Estás enferma, acabas de decirlo. —Kevin sonrió irónico—. Así que quédate acostada. Me llevo a Abe a la consulta. No, no tengas miedo, no le contagiarán ninguna enfermedad. Esta mañana solo tengo histéricas, como suele llamarlas Christian. Su presencia puede que tenga efectos terapéuticos. Todas mis pacientes lo encontrarán monísimo...

Doortje se tendió e intentó pensar, pese a los latidos que le martillaban el cráneo. ¡Pues claro que Juliet tenía la culpa de su borrachera y de las complicaciones resultantes! La había provocado y se había obstinado en que su comportamiento era incorrecto. Para Juliet, ella era un blanco al que disparar, tenía algo en su contra. Y miraba a Kevin de una manera con la que ninguna mujer decente



se permitiría mirar al hermano de su esposo; en rigor, ¡ninguna mujer decente podía mirar de ese modo ni siquiera a su propio marido! Al menos, no en público. Pensó en la Jezabel de la Biblia, en la esposa de Putifar y en lo que Salomón había advertido a sus hijos: los labios de la mujer extraña destilan miel y su lengua es más suave que el aceite, pero después es amarga como el ajeno, aguda como espada de dos filos...

¡Eso precisamente era Juliet, una trampa untada con miel! Y Kevin iba camino de caer en ella. Doortje tomó una decisión. Ignoraba cómo se las apañaría, pero toda esposa tenía la obligación de impedir que su marido diera un paso en falso.

Después del mediodía, cuando su jaqueca por fin se había aplacado y solo se le rebelaba el estómago, Doortje se puso en camino hacia Lady's Goldmine.

—Lo siento pero Kate se ha ido a casa. —La bonita y elegante Claire Dunloe, ante la cual Doortje todavía se sentía intimidada, movió apenada la cabeza cuando la joven bóer le preguntó por la señorita Kathleen—. El grupo de mujeres del reverendo está seleccionando ropa usada para el bazar del sábado próximo y quería que Kathleen clasificara las prendas que les han donado. Y que les aconseje cómo remendarlas o plancharlas en caso de duda. Y eso que todas son madres de familia hechas y derechas, que saben exactamente cómo arreglar un vestido y planchar una blusa. Pero si Kate colabora con ellas, su trabajo se revaloriza. Así que el reverendo le ha suplicado que hoy se pasara por allí. ¿No puedo ayudarla yo?

Doortje negó con la cabeza. No, no quería contarle sus cuitas a Claire Dunloe, le resultaba demasiado lamentable. Pero, por otra parte, tampoco quería esperar al día siguiente.

—Podría... bueno, ¿cree usted que la señorita Kathleen encontraría demasiado inapropiado que fuera a verla a su casa? —Doortje se frotó las sienes, que volvían a dolerle un poco.

Claire sonrió.

—Qué va, señora Drury. Ya le he dicho que allí está el grupo de mujeres. Se alegrarán de verla, de todos modos ya corre el rumor de que no asiste a la misa. Por el momento todavía creen que es usted católica, pero hay gente que también se imagina que se acerca más a la Iglesia escocesa. Si no se deja ver pronto, supondrán que es usted adepta a alguna creencia zulú.

Claire bromeaba con despreocupación, nunca en su vida había oído mencionar la Iglesia holandesa ni sus contenidos religiosos, y el conflicto entre bóers e ingleses le interesaba, como mucho, en relación a los diamantes.

Doortje se puso como un tomate, pero optó por no enfadarse. Estaba aprendiendo a reconocer por el sonido de la voz si alguien bromeaba o no, otra cosa que le resultaba desconocida. La ironía, los juegos de palabras y las indirectas eran ajenos a la sociedad bóer, donde no se andaban con rodeos y llamaban a las cosas por su nombre.

—Entonces me voy —dijo, y Claire la despidió alegremente.

Sí, era cierto, no había querido herir a Doortje. Esta suspiró cuando volvió a empujar por la calle el voluminoso vehículo que allí llamaban cochecito del niño. Tampoco se conocía algo así en África. Allí se llevaba a los niños en un cesto o en un trozo de tela como las negras.

Pero ese día se alegraba de no tener que arrastrar a Abe. Hasta entonces, solo había estado una vez en Caversham, pero creía recordar el camino, aunque no cuánto se tardaba en llegar. Kevin había enganchado a Silver delante del carruaje y los tres kilómetros habían pasado volando. En esta

ocasión, sin embargo, el trayecto se le hizo pesado, el delicado calzado que sustituía los recios zapatos de cuero que llevaba en el Transvaal no estaba hecho para recorrer kilómetros. Por fortuna, Abe dormía tranquilamente en su cochecito y el aire fresco liberó a Doortje del último malestar que le quedaba. Ya estaba recuperada cuando golpeó con la aldaba la puerta de la casa de campo del reverendo. Nadie acudió a abrir. Dudando sobre si volver a marcharse, se dirigió a la puerta del jardín y reconoció a Violet Coltrane, la esposa de Sean, que se acercaba con una gran bolsa.

—¡Señorita Doortje, qué amable! ¿Se reúne a veces con el grupo de mujeres? ¡Seguro que sabe coser! —Violet se detuvo cuando Doortje no respondió—. O no... Usted no es... ¡Qué tonta soy, discúlpeme! Probablemente solo viene a ver a Kathleen. Pero ella ahora no está libre, se encuentra con las demás mujeres en la sala de la comunidad. Venga, la llevo hasta allí aunque usted no sea anglicana. A lo mejor tiene ganas de colaborar con nosotras. Ayudar a los pobres siempre es bueno, ¡y todos somos cristianos! —Violet siguió parloteando amistosa y despreocupadamente mientras rodeaban la casa para llegar a la iglesia. La sala de la comunidad, una habitación no demasiado grande, en la que Peter dirigía los grupos de lectura de la Biblia y daba clases los domingos, se encontraba junto a la iglesia—. He seleccionado un par de prendas muy bonitas —explicó Violet, y señaló la bolsa—. Con esto se da a la gente una gran alegría... ¡Dios, qué contenta me puse el día que Heather me regaló un vestido suyo! Pero usted también debe de haberlo experimentado, ¿no estuvo en uno de esos horribles campos de Sudáfrica? Un crimen que se han permitido cometer allí los británicos...

Doortje escuchaba atónita. Nunca habría imaginado que la rica esposa de un abogado como Violet Coltrane necesitara que le regalasen ropa, ¡y que además lo admitiese! En su país se habrían avergonzado, incluso en los campos, de aceptar donativos. Y, además, criticaba con toda desfachatez la política británica y simpatizaba con los bóers. Doortje hubiese querido tener más tiempo para ahondar en ello, pero ahora Violet abría la puerta de la sala de la comunidad, donde una quincena de mujeres, sonrientes y parloteando, clasificaban la ropa que había extendida sobre grandes mesas. Kathleen y el reverendo estaban en medio del grupo. Violet ayudó a Doortje a introducir el cochecito.

—Hasta podríamos hacer un pase de moda en Lady's Goldmine —propuso una mujer joven, mostrando un vestido que todavía se encontraba en muy buen estado—. ¡Sería divertido! Señora Burton, ¿es cierto que este año una negra desfilará con sus vestidos?

Doortje se quedó azorada mientras Kathleen, con una sonrisa, contestaba:

—Se lo hemos pedido a la señorita Nandé, la sirvienta de los Drury. Pero se muestra remilgada. Aunque es tan bonita... Y casi no necesita corsé para mostrar lo esbelta que es. Todas tendríamos que poner algo de empeño en cuidar la línea, señoras. Tal vez deberíamos dejar de ofrecer pasteles en el bazar...

Doortje no podía creer que esas mujeres encontrasen bonita a Nandé... Y que le «pedían» hacer un trabajo antes de encargárselo. Kathleen acababa de verla y le dispensó una calurosa bienvenida.

—¡Otra mujer a quien nuestros vestidos le sientan de maravilla! —exclamó sonriendo—. Pase, Doortje, ayúdenos a clasificar estas prendas. ¡Ay, si se ha traído al pequeño Abe!

Kathleen miró con ojos centelleantes al niño, que acababa de despertarse.

—¿Puedo cogerlo?

Doortje asintió vacilante. Estaba acostumbrada a que todas las mujeres encontrasen mono a Abe, pero Kathleen parecía fascinada por el niño. Y también a Abe parecía gustarle ella. Empezó a

emitir gorgoritos mientras Kathleen lo mecía.

—¡Le queda bien el niño! —dijo riendo una de las mujeres—. ¿Sabe qué? ¡Es igualito a usted!

Doortje se percató de que Kathleen se sobresaltaba. Casi se le cayó el niño.

—Qué va, claro que no, cómo... cómo iba... —Volvió a depositar precipitadamente a Abe en el cochecito—. Bien... ¿qué quiere hacer, Doortje? ¿Prefiere planchar o remendar? —Señaló dos largas mesas en torno a las cuales se atareaban varias mujeres—. ¡Violet, tú tienes que coser! La señora Coltrane lo hace casi tan bien como yo, señoras, trabajó en nuestra tienda cuando era una niña. Ya puedes poner manos a la obra, Violet, todas hemos visto que has llegado tarde. Y no nos vengas con que tenías que presentar no sé qué solicitud para la Unión de Costureras. Coge aguja e hilo y siéntete como en tu casa.

Las otras mujeres rieron, pero a Violet no pareció sentarle mal que se divirtiesen a su costa. Se rio con las demás, cogió un vestidito de niña y se puso a trabajar. Inmediatamente después, Doortje se encontraba sentada a su lado, arreglando una blusa. El trabajo le resultaba sencillo, ¡por fin algo que sabía hacer tan bien como las mujeres de Dunedin! Estas enseguida la hicieron partícipe de sus conversaciones acerca de sus hijos y nietos y de su experiencia personal con las donaciones de ropa usada. Muchas habían llegado con sus maridos a Nueva Zelanda durante la fiebre del oro y se habían visto beneficiadas por los comedores para pobres del reverendo. El país de donde Doortje procedía no parecía interesarles lo más mínimo, ahí ella era una inmigrante como todas las demás.

Solo una mujer mencionó como de paso que también en el país de Doortje había oro.

—Mi Herbert lo dijo entonces, cuando lo descubrieron. Dios mío, si hubiese sido veinte años más joven, seguro que no habría podido retenerlo...

Las mujeres se echaron a reír y empezaron a contar anécdotas de sus propios maridos.

—¿También en su país hubo tanto jaleo como aquí? —le preguntó una residente en Dunedin hacía tiempo establecida allí—. ¡Nos despertamos una mañana y toda la montaña estaba blanca de tiendas de campaña! La mitad de Inglaterra e Irlanda había venido con la esperanza de hacer fortuna en un periquete.

Doortje levantó la mirada de la labor.

—Mi gente no trabaja en las minas —dijo con severidad—. Hacerse rico sin trabajar es para nosotros una inmoralidad.

Se sintió herida cuando las mujeres volvieron a reír.

—Querida, ¡seguro que nunca ha estado en un yacimiento de oro! —objetó la esposa de un obseso buscador de oro llamado Herbert—. Hágame caso, ¡no hay riqueza sin trabajo! ¡Santo Dios, lo que hemos trabajado nosotros! De la mañana a la noche, como animales. Y a veces ni siquiera teníamos suficiente para cenar. Claro que hubo algunos con suerte. Pero a esos el oro solía escapárseles entre los dedos. No, no, querida, prefiero mil veces la carpintería que tenemos ahora. —Dirigió a Peter Burton una mirada de veneración—. Él le buscó trabajo a mi Herbert cuando regresamos de Lawrence, cuando todavía se llamaba Tuapeka. Y luego mi marido se hizo cargo del negocio. Como se dice: quien tiene oficio, tiene beneficio.

Dos horas más tarde, cuando las mujeres se separaron, a Doortje le zumbaba la cabeza. Habían seleccionado y arreglado una buena cantidad de ropa para el bazar y un par de muchachas jóvenes vestían encantadas los maniqués y colgaban en las perchas que Kathleen había llevado de Lady's Goldmine las prendas más bonitas.

—¡Creo que compraré uno! —dijo la joven que también había tenido la idea de hacer el desfile

de modas—. Un modelo de Kathleen Burton, de otro modo una no puede permitírselo.

Kathleen sonrió.

—Todo irá a la caja del comedor para pobres, Mary. Así que ¡ánimo!

—¿Vende los vestidos? —preguntó vacilante Doortje cuando al final fue con Kathleen y el reverendo a la casa de estos.

Kathleen la había invitado con toda naturalidad, pues intuía que tenía algo que contarle y que no solo había ido para ayudarla.

El reverendo asintió.

—Sí. La mayoría a precios muy bajos. Los vestiditos para niños solo valen unos céntimos, es más bien un precio simbólico. Ahora bien, la gente se siente mejor cuando paga por la ropa. A nadie le gusta que le den limosnas. Y afortunadamente siempre hay piezas de las colecciones de mi esposa por las que se pagan buenas sumas. De manera que las mujeres realmente necesitadas se encuentran en el mismo grupo que las pertenecientes a nuestra congregación y que quieren permitirse un pequeño lujo por un precio módico. De esa manera nadie se siente mortificado. Además, Kathleen y Claire están ahí para aconsejar a las mujeres en su elección, también a las pobres. No se imagina lo felices que se sienten cuando las propietarias de Lady's Goldmine les ajustan un vestido con alfileres.

Doortje fue incapaz de hacer ningún comentario. Todas esas reflexiones le resultaban tan ajenas que a veces hasta pensaba que el reverendo y los demás hablaban en otro idioma. En su país, nadie se habría preocupado de cómo se sentía la persona que recibía una limosna.

—¿Qué la trae por aquí, Doortje? —preguntó Kathleen mientras preparaba el té—. No habrá venido solo a coser un poco en compañía, supongo.

La joven dio unos rodeos antes de ir al grano, pero una vez en materia lo soltó todo.

—Esa cafre echa a mi esposo unas miradas impúdicas —contó—. Y a mí... a mí me trata como a una niña tonta, como si yo no supiese nada de nada. Y lo peor es... es que tiene razón. Para ella todo esto es un juego, sabe cómo funciona todo. Pero eso no debería ser así. No es... no es grato a Dios.

El reverendo meneó la cabeza sonriente.

—Doortje, puede hacer responsable a Dios de algunas cosas, pero no de no haber asistido a clases de urbanidad. Que es lo que le falta a Juliet. Tiene usted razón, esa señorita atenta contra el décimo mandamiento. Se refiere a que no se debe desear las cosas ni la mujer del prójimo.

Doortje levantó la vista estupefacta.

—¿Se permite el adulterio entre los británicos?

—No solo entre los británicos, Doortje —rio Burton—, así está también escrito en vuestra Biblia, estoy seguro. Pero hay que interpretarlo de otro modo. En los tiempos de Moisés era impensable que una mujer diera muestras de desear al marido de otra. Las mujeres estaban muy limitadas, no tenían ningún derecho.

Entretanto, Kathleen se había acercado al armario de pared y había sacado dos libros. Uno era la Biblia, donde enseguida encontró la cita que buscaba:

—«No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo o su esclava, su buey o su burro o cosa alguna que le pertenezca» —leyó en voz alta—. Los hombres son «alguna cosa», Doortje. Una interpretación muy interesante en cierta forma. Deberías dar un sermón acerca de esto un día, Peter. —Le guiñó el ojo a su marido, que la amenazó con el dedo.

—También han codiciado a mi esclava —dijo Doortje, abatida—. Incluso se la han quedado.

Kathleen se llevó las manos a la cabeza.

—La esclavitud ya está abolida, Doortje, tiene que acostumbrarse a ello. Pero volvamos al tema que nos ocupa. La señorita Juliet siempre está lanzando miradas impúdicas a los hombres, no solo al suyo; pero, dejando esto al margen, ha disfrutado de una excelente educación. Lo que tiene sus repercusiones, independientemente del color de la piel o el carácter. Si no quiere desmerecer frente a ella, tiene usted que solventar sus carencias, Doortje. Pero tengo una buena noticia: no es tan difícil. ¡Mire!

Tendió a la joven el segundo libro que había extraído del armario, un voluminoso ejemplar: **Cómo comportarse en sociedad**. Doortje hojeó maravillada el libro, bastante manoseado.

—¿Está todo aquí? —preguntó sorprendida—. ¿Cómo ha de comportarse una en una comida y en un baile y en... sitios así?

Kathleen asintió.

—Es muy útil —matizó—. Cuando aprenda todo esto dejará de llamar la atención entre la buena sociedad de Dunedin. Tampoco se puede decir que esta sea tan distinguida. La mayoría de las personas acomodadas son más o menos nuevos ricos. Puede que este manual no fuera suficiente para una presentación en la corte inglesa, pero usted lo compensará con su encanto personal. —Sonrió a Doortje con picardía.

—Tendría que evitar palabras como cafre o esclava —añadió el reverendo con sequedad—. No es digno de una dama. Ah, sí, y además tiene que abonarse al menos a una de esas revistas de moda de París o Londres, o mejor a cinco. En ellas aprenderá frases como: «Esta falda recta le queda estupendamente, querida, pero ¿no sería preferible una acampanada para esta estación del año?» — El religioso la pronunció con voz meliflua.

Kathleen rio y Doortje sonrió.

—¿Es... es una pulla? —preguntó con cautela.

El reverendo asintió.

—Está usted aprendiendo, Doortje. Tal vez no sea bueno para su alma inmortal, pero para el bienestar general, las pequeñas bromas son saludables.

Esa noche, cuando Kevin hubo atendido a su última paciente, Juliet Drury la Bree aguardaba en la sala de espera.

—¿Qué haces aquí? —preguntó molesto. Quería cerrar y reunirse con Doortje, si es que había regresado.

Juliet hizo un mohín.

—¿Qué pasa? —preguntó con su voz suave como la seda—. No soy más que una paciente. No irás a negarme asistencia.

—No tienes aspecto de enferma —opinó Kevin.

Ella sonrió.

—A diferencia de tu pequeña bóer, ¿no? Ayer se puso hasta la coronilla de champán. ¿Al menos se mostró más cariñosa, Kevin? ¿O siguió igual de cardo pese al alcohol? Me llamó cafre... He de admitir que cuando abre la boca tiene una lengua afilada, tu Dorothy.

—Se llama Doortje —corrigió el doctor, comedido—. Y simplemente no está acostumbrada al champán. Ahora que recuerdo, hubo noches en que tú también te pasaste con la bebida. Así que vayamos al grano. ¿Qué te sucede?

Sostuvo la puerta abierta para Juliet. Fuera lo que fuese lo que quisiera, mejor hablarlo en el consultorio. Las voces en la sala de espera no quedaban aisladas del pasillo.

Juliet se quitó la chaqueta ligera y se abrió sin preámbulos el vestido y el corpiño.

—Tal vez... deberías palparme el pecho —sugirió—. Lo noto tirante. ¿Estaré embarazada? Y el corazón... últimamente se me acelera...

El vestido dejaba ver una botonadura exquisitamente elegida para momentos como ese. Mientras el desesperado Kevin intentaba concentrarse en el estetoscopio y la zona del corazón, ella siguió desabotonándose y se soltó el corsé.

—En realidad solo se me acelera cuando te veo... —musitó.

El doctor levantó el estetoscopio.

—No veo que haya nada digno de preocupación —dictaminó tenso—. Y en cuanto a un posible embarazo... ¿cuándo tuviste la última menstruación?

La bella mujer se desperezó sobre la camilla.

—Hace una semana, Kevin. Así que no hay peligro. Incluso si no tienes a mano alguno de estos granujillas... —Sacó como de la nada un preservativo.

Él puso los ojos en blanco, pero tampoco podía negar que el cuerpo de Juliet lo excitaba.

—Todavía no se puede determinar un embarazo en este estadio —le informó—. Así que...

—Kevin... —Dejó al descubierto sus pechos y se humedeció los labios—. Está bien, a lo mejor ahora no encuentras nada... pero escúchame, estoy triste, me consumo por ti. Y encima tengo que ver cómo llevas a todas partes a una tontaina que, además, no parece demasiado feliz. ¿Qué sucede con esa bóer? ¿Por qué te has casado con ella?

—Quizá por la misma razón por la que mi hermano se casó contigo. La quiero. Y él te quiere a ti. Si él no te hace feliz, lo siento. Pero yo...

—¡Tú me dejaste en la estacada! Con tu hijo en el vientre. ¿Qué otra cosa podía hacer, Kevin Drury? ¿Esperarte? En menudo lío me hubiese metido... —Por su rostro pasó una sonrisa sardónica—. Y también tu pequeña Doortje, claro. ¿Qué habría dicho si aquí te hubiese estado esperando una

hijita? ¿Y una novia abandonada?

—Tú nunca fuiste mi novia, Juliet.

Ella dejó caer su vestido a un lado de la camilla y se desprendió del ligero.

—Podría serlo, Kevin... Ven, amor mío, todo eso puede arreglarse. Y ni siquiera tendrás que hacerlo tú. Yo le explicaré a tu pequeña bóer lo de May y Patrick...

Kevin se esforzó por no mirar aquel cuerpo turgente. Nunca había podido resistirse cuando ella liberaba del corsé sus formas naturales.

—A lo mejor no se sorprendería tanto como crees —repuso él lacónico.

Juliet alzó las cejas.

—¿Ah, sí? ¿Acaso me aguardan nuevas revelaciones? ¿Tal vez no es tan remilgada? Pensándolo bien, el pequeño Abe no se parece mucho a ti...

Kevin se esforzó por disimular su espanto.

—Abraham se parece a Doortje —aclaró rígido.

Juliet se encogió de hombros.

—¿Realmente queremos pensar en eso ahora? —susurró—. De acuerdo, May se te parece. —  
Abrió despacio las piernas.

Kevin se convenció de que hacía caso a Juliet para que ella callara. Pero cuando la tocó, supo que estaba perdido. Ella empezó a jugar con él sobre la camilla, y en algún momento ambos acabaron de nuevo sobre la alfombra debajo del escritorio. Sonriente, la joven lo ató con una venda y encontró el coñac que él guardaba para cuando un paciente amenazaba con desmayarse y derramó unas gotas sobre el pectoral y el vientre de él, para lamerlas después.

—Podemos jugar a la enfermera y el enfermo —dijo en voz baja—. Yo seré Florence Nightingale... ¿Tenemos una cofia por aquí?... Nandé ha contado que todas las mujeres debían llevar una a la mesa de los Van Stout. Si alguna no llevaba, el padre les colocaba un pañuelo sobre la cabeza. ¿Tengo que ponerme un pañuelo en la cabeza, Kevin?

Se soltó el cabello y acarició a Kevin con los mechones y, al final, él cedió y jugó al médico y la enferma. Escuchó los latidos del corazón de ella mientras la penetraba, y afirmó que iba a comprobar sus reflejos cuando la excitó tanto que ella adelantó la pelvis bajo su peso.

—No deberíamos hacer esto —dijo cuando, agotados, yacían uno al lado del otro—. Esto le partiría el corazón a Patrick...

Juliet rio.

—Bah. Eres médico, Kevin. ¿Has visto alguna vez un corazón partido? ¡Y qué si sucede! Tú y yo estamos hechos el uno para el otro. ¡Nunca me lo había pasado tan bien con nadie! Y tú tampoco, ¿no? Así que... ¿no se podría decir que esto es... voluntad divina?

Kevin se enderezó.

—Más bien maldición —respondió con amargura—. Lo siento, Juliet, esto no volverá a suceder... no podemos...

Ella esbozó una sonrisa triunfal.

—No te preocupes. Mañana no, y pasado mañana tampoco. Es probable que volvamos a Dunedin dentro de dos semanas, Kevin. Pero entonces... Ya verás, te esperaré en algún lugar...

Al volver a casa, Doortje creyó distinguir una silueta conocida en el fondo de un coche de punto

que partía. Pero lo atribuyó a su mente sobreexcitada tras esa jornada agotadora, sobre todo, tras la noche anterior. Esperaba que Kevin no se le acercase esa noche, pese a que los recuerdos de la anterior... Se avergonzaba solo de pensar en ello, pero había disfrutado de las delicias del infierno.

Fuera como fuese, tenía algo que contarle. Kevin seguro que se alegraría cuando se enterase de que había visitado a Kathleen. Solo esperaba que no se enfadara por los dos vestidos nuevos y el corsé que había adquirido para terminar el día. Kathleen la había llevado a la ciudad en su carruaje, negándose a que Doortje recorriese todo el camino a pie, y, aprovechando la oportunidad, la había acompañado a una tienda de lencería y a Lady's Goldmine.

—Esta temporada, por desgracia, la que quiera presumir tendrá que sufrir —le explicó—. Lamento que el vestido reforma no se haya impuesto, pero si insiste en ir a la contra de la moda imperante con vestidos anticuados, la señorita Juliet seguirá metiéndose con usted. Con este vestido, por el contrario... —Kathleen y Claire admiraban a la joven bóer, que se había probado un vestido de satén brillante de color azul oscuro con botonadura y aplicaciones de un tono aguamarina—. Pero con esta prenda atraerá usted todas las miradas...

Esa noche, sin embargo, la mirada de Kevin era, en el mejor de los casos, inquieta. No comentó gran cosa acerca de las compras de su esposa, lo que de nuevo provocó en ella sentimientos de culpa. La factura era realmente exorbitante. Durante la cena, él se sirvió con prudencia y después volvió a la consulta.

—Todavía tengo que hacer un par de cosas, Doortje, no te enfades.

La bóer se quedó desconcertada. Con lo atento que había estado por la mañana... y eso que a ella le habría gustado hablar un rato con él. Quizá sobre Violet y las mujeres de la congregación. Pero Kevin había cambiado de repente... Doortje se metió en la cama con el libro de urbanidad. En los días siguientes lo estudiaría con su acostumbrada seriedad. ¡Juliet Drury la Bree no volvería a burlarse de ella!

El próximo encuentro de Doortje con Juliet fue todo un éxito. Kathleen y Claire no se habían equivocado al vaticinar la impresión que causaría el vestido de la joven. Dos semanas más tarde, Patrick y Juliet regresaron a Dunedin para pasar el fin de semana y, en la cena del sábado en casa de Heather y Chloé, Doortje sobresalió por encima de las demás, incluso de Roberta Fence. Y eso que la joven maestra era la sorpresa de la noche. Tras el largo período de los vestidos reforma, volvía a llevar el corsé y su aspecto con un vestido color chocolate y bordados crema era realmente arrebatador. Kevin le hizo unos cumplidos, lo que al principio pareció alegrarla. Pero luego, cuando vio a Doortje con su vestido nuevo, perdió aplomo. La bóer estaba tan hermosa y los ojos de Kevin resplandecían tanto al mirarla... Roberta tuvo que admitir una vez más que no tenía la menor posibilidad de éxito en la conquista de su antiguo amor. Y aún menos desde que Doortje se estaba integrando.

Roberta había alimentado sus últimas esperanzas con la expectativa de que la bóer no se adaptase a Nueva Zelanda y que luchara tanto contra su nuevo país que, al final, el amor de Kevin se apagara y él se separase de ella. Pero no parecía ser así. Roberta suspiró, pero estaba decidida a no culpar a Doortje. Así que fue especialmente amable al charlar con ella, le preguntó por su vida en Elizabeth Station y en Dunedin y se sorprendió un poco al ver el brillo malévolamente que asomó en sus ojos al mencionar a Juliet.



—Ahora Patrick vive con su esposa en la granja, no había sitio para nosotros —contó apesadumbrada—. Intentamos instalarnos en la vieja cabaña de los buscadores de oro, pero Kevin quería volver a Dunedin.

Roberta tomó nota de que eso no era del agrado de Doortje y atribuyó su rechazo de Juliet a ese destierro. Pero entonces Patrick y Juliet entraron en la sala... y Roberta, con años de experiencia en la observación de los mínimos cambios de humor de Kevin, se alarmó al instante.

En efecto, él se puso tenso cuando Juliet apareció con su traje de noche granate del brazo de Patrick, aunque de hecho parecía más bien estar remolcando a su marido. Al verla, en los ojos de Doortje apareció un poco de miedo, pero también rabia y espíritu combativo, mientras que Kevin... Roberta no podía explicar su expresión. Tampoco él parecía encantado con la presencia de Juliet, pero en sus ojos había una luz que solo se mostraba cuando emprendía alguna temeraria aventura. Tal vez su mirada reflejaba también deseo, pero en eso no estaba solo. La mirada de la mayoría de los hombres de la sala se volvía lasciva al ver las caderas oscilantes de Juliet, su ancha sonrisa y sus pechos, resaltados por un amplio escote. Era evidente que el vestido no era de Lady's Goldmine. Los diseños de Kathleen, si bien subrayaban la belleza femenina, no eran provocadores.

—¡No te la comas con los ojos! —Chloé Coltrane se burló de su pareja, que también se había excedido en sus miradas—. Ya basta con que todos los hombres se postren a sus pies.

Heather soltó una risita.

—Conozco a las de su clase, cariño, y desde luego despiertan el apetito de los hombres y de algunas como nosotras. Además, que tengas algún pensamiento impúdico en el fondo me tranquiliza. Siempre he temido que volvieras a abandonarme por un hombre.

A diferencia de Chloé, Heather nunca se había interesado por los hombres. Roberta y Doortje se percataron de que ambas mujeres intercambiaban una sonrisa de complicidad. No solían dar muestras de mayor intimidad en público. Tanto la una como la otra eran discretas, y si no te preguntabas qué tipo de relación las unía ni tenías objeciones religiosas para un amor como el suyo, simplemente las tomabas por amigas.

Durante la cena, las dos hablaron cordialmente con sus acompañantes de mesa, al igual que Roberta con Patrick. Chloé había mezclado a los asistentes: Patrick estaba sentado junto a Roberta, a Juliet le había puesto un comerciante de mayor edad como vecino de mesa. La joven se esforzaba a ojos vistas con él, pero, aunque Donald MacEnroe era un adepto moderado de la Iglesia de Escocia, flirtear con jovencitas seductoras no formaba parte de su educación.

Chloé no había sentado a ningún comensal desconocido junto a Doortje, que se hallaba situada junto a Kevin y parecía más o menos a gusto. Al menos era la primera vez que no tenía problemas con los tenedores, cuchillos y cucharas colocados junto a su plato. Kevin estaba distraído. Intentaba conversar con su esposa, pero Roberta se dio cuenta de que la mirada se le iba una y otra vez hacia Juliet.

Por su parte, Heather observó el interés de Roberta por Kevin. Cuando después de la comida las señoras fueron al salón para tomar el café y un licor, mientras los caballeros se retiraban con sus puros y el whisky, habló con Roberta sin rodeos acerca de Vincent Taylor.

—¿Qué hace tu veterinario, Roberta? El anuncio de un compromiso se está haciendo esperar. Y hace más de un año de tu regreso.

Roberta se ruborizó.

—Vincent está en Auckland con los caballos de carreras de Addington —respondió con una

evasiva—. Me ha invitado a... a acompañarlo, pero no... no podía ser.

Heather observó que volvía a mirar a Kevin. En ese momento Juliet bromeaba con él y un par de hombres. Era la única mujer que parecía incapaz de separarse del grupo de hombres.

Heather movió la cabeza censurándola.

—No seas tan santurrón, Robbie, claro que podía ser, bastaba con que tú quisieras.

—Además es un chico encantador —agregó Chloé—. Y le gustan los caballos.

Roberta parecía molesta. Para ella, el amor hacia los caballos no tenía ningún peso en la elección de marido. Pero todo el mundo decía que Vincent era un joven muy agradable.

—¿Y cómo es que no estáis en Auckland? —preguntó para cambiar de tema, apartando la mirada de Kevin y Juliet Drury.

La Auckland Cup era muy importante en el círculo neozelandés de los aficionados a las carreras de caballo. Habría sido razonable que Heather y Chloé hubiesen viajado con Rosie y Diamond. El caballo seguía perteneciendo a Chloé. Esta última lanzó un teatral suspiro.

—Heather no me lo permite —se quejó—. Pronto celebraremos ese festival con conciertos y exposiciones de arte contemporáneo de mujeres. Tenemos un título fantástico: «Las artes son femeninas.» ¡Se le ocurrió a Heather! —Dedicó a su amiga una mirada cariñosa.

—Pero el delirio de grandeza procede de Chloé —bromeó Heather—. No solo expondremos en la galería, sino que también hemos alquilado otros espacios. Además de los vernissages, Violet y otras mujeres pronunciarán conferencias, tenemos una orquesta de música de cámara compuesta por mujeres, una pianista... incluso Matariki vendrá de Parihaka, con su grupo de haka y dos artistas maoríes. Las maoríes tienen una exposición propia: la talla del jade y el arte del tejer... Es un asunto importante, nunca hemos organizado algo así. ¡Y justo un mes antes me viene Chloé con lo de la Auckland Cup! Tendría que haber gestionado yo sola todo esto, mientras ella se iba de paseo con su yegua. ¡Ni hablar!

Chloé suspiró.

—Yo no podía saber que Diamond se clasificaría. De lo contrario lo habría organizado todo para un mes después.

Heather levantó la vista al techo.

—Y entonces habría coincidido con esa nueva carrera de Christchurch, lo que les habría partido el corazón a Chloé y las demás participantes. La New Zealand Trotting Cup, creada por un par de comerciantes de Christchurch, entre los cuales se encuentra un tal Bulldog. ¡Ahí seguro que vamos! Y tú también, Roberta, no hay peros que valgan, te haremos de carabina. Sean y Violet también nos acompañan, Violet tiene que presenciar el triunfo de Rosie. Y, en fin, tal vez Kevin y su hermosísima bóer y... —Miró inquisitiva a Patrick.

Roberta aprovechó la oportunidad para sacar el asunto que tenía en mente. Si bien Doortje se había unido a ellas, estaba charlando con Chloé. No la oiría.

—No me gusta el modo en que Kevin mira a su cuñada —dijo con determinación a Heather.

Esta reaccionó. El tema no la desorientó, ya hacía tiempo que también ella observaba el modo en que se comportaban Juliet y los hermanos Drury.

—No le gusta a nadie —señaló—. Al menos a nadie que se haya fijado en él. La mayoría de los hombres son ciegos y sordos. Pero a las mujeres seguro que no les ha pasado desapercibido, mañana la mitad de Dunedin estará chismorreando de nuevo. Juliet está intentando desenamorar a Kevin de su esposa. Y Patrick se queda ahí como un animal herido de muerte, sin nada que contraponer a su

mujer. Creo que se alegrará cuando en el transcurso de la velada esa encantadora niñera negra aparezca con May, una creería que lo han hablado antes, pero ninguno de los dos tiene la culpa. May sabe montar el numerito cuando no puede participar en las fiestas y conciertos. En eso es igual que su madre. ¡Esa pequeñita sabe lo que quiere! En fin, Patrick se quedará un rato en la fiesta y luego se llevará a May a la cama. Y así Juliet tiene el terreno despejado. Si fuese mi esposa, le daría una tunda. O le pondría los puntos sobre las íes. Si quiere el divorcio, que lo diga. Pero está pisoteando sus sentimientos sin piedad alguna. en cuanto a Kevin... no creo que haya algo, quiere de verdad a Doortje, pero es cierto que es hombre. Y no uno de los más fiables, por así decirlo...

—¡Kevin es digno de confianza! —protestó Roberta—. Se puede confiar plenamente en él. Todo lo que hizo en África...

Heather le sonrió compasiva.

—Robbie, cariño, ¡todavía no lo has tachado de tu lista de caza! ¡Cielos, ¿es que no has tenido suficiente marchándote a Sudáfrica tras él?! ¿Para que al fin «se diera cuenta» de que existes? —Roberta se mordió el labio. Ojalá nadie se hubiese percatado nunca de su amor secreto—. ¡No le interesas, Robbie! —siguió Heather—. Aunque eres preciosa y lo idolatrarías. Pero eres demasiado buena para él, no ve en ti ningún desafío. Kevin se busca mujeres complicadas, hazme caso, lo conozco. Antes se enamoraba de las artistas cuyas obras colgábamos en nuestra galería. Preferentemente cuando sabía que a ellas no les apetecía la compañía de los hombres, ya me entiendes. Hacía todo lo posible para seducirlas, era casi penoso. Y una vez provocó un escándalo cuando consiguió llevarse a una a la cama y su amiga... ¡Pensé que ella lo mataría! En fin, dejemos este tema, ya es agua pasada... —Heather buscó con mirada preocupada a Chloé, que seguía hablando con Doortje. Le explicaba con riqueza de detalles las reglas de la carrera de trotones, un asunto que sin duda no interesaba lo más mínimo a la bóer. Pero esta practicaba las normas del buen comportamiento en sociedad y escuchaba cortésmente—. Sea como fuere, Kevin Drury necesita brujas como Juliet o retos como Doortje —siguió contando Heather—. A ti no te haría feliz, Robbie. Abre los ojos de una vez.

Roberta asintió casi con sentimiento de culpabilidad. Advirtió cómo Claire Dunloe se acercaba amablemente a Juliet y con una dulce firmeza la alejaba del corro masculino para introducirla en uno de mujeres. Doortje suspiró aliviada, pero luego se puso nerviosa cuando la criolla se reunió con el grupo donde ella estaba.

—¡Dorothy! Qué estupendo volver a verla. Y esta vez vestida de adulta. Pero ¿el corsé no le aprieta el corazoncito, querida?

Doortje se encogió de hombros y replicó:

—Nosotros los bóers somos bastante tenaces. Hemos sobrevivido a cosas peores que la esgrima verbal. Lo principal es que nunca nos rendimos, Juliet. —Esperó unos segundos a que sus palabras surtieran efecto. Luego prosiguió y demostró que no solo había leído el libro de urbanidad, sino *El Mago de Oz*—. Y además, Dorothy mató a la Bruja Mala del Este y luego también derritió a la Bruja Mala del Oeste. Así que tome las precauciones necesarias, Juliet. ¿Dónde dijo que caía Nueva Orleans?

Doortje lanzó una mirada refulgente a su cuñada, se dio media vuelta y se reunió con Claire Dunloe y Kathleen Burton.

Heather, Chloé y Roberta se miraron pasmadas y se echaron a reír.

—¡Y yo que nunca había creído a Kevin cuando dijo que esa beldad le había amenazado con un

fusil! —dijo riendo Heather, y se volvió hacia la criolla—. Debería tener cuidado, Juliet, dispara dardos afilados.

Chloé Coltrane observó pensativa a Juliet cuando esta contrajo el rostro en una sonrisa forzada. Y demostró que pese a estar dando explicaciones sobre las carreras había pescado retazos de la conversación entre Heather y Roberta.

—Tienes razón, Roberta, algo huele mal —susurró—. ¡Las dos se pelean por Kevin y Juliet está segura de que va a ganar! A pesar de todo, la pequeña bóer aguanta, pero ¿os habéis fijado en cómo mira Kevin a Juliet? Me temo que Doortje ya ha perdido.

DESPERTAR

*Isla Norte*  
*Parihaka, Auckland*  
*Isla Sur*  
*Dunedin, Christchurch, Temuka*

1904

—Atamarie, ¿esto no puede seguir así, no vas a enterrarte aquí por toda la eternidad!

La luna llena volvía a brillar sobre Parihaka, confería un resplandor de plata al mar y bañaba el monte Taranaki en una luz espectral. Una sacerdotisa realizaba una ceremonia de la luna llena y suplicaba a la diosa Hine-te-iwaiwa que bendijera a las mujeres embarazadas del poblado.

Matariki se habría sentado con los niños y les habría hablado de las fases de la luna, de la explicación científica que ella conocía, así como de los mitos maoríes en torno al satélite de la Tierra y su importancia para la orientación de los navegantes polinesios. Ese día, sin embargo, no quería rendirse a la atmósfera soñadora y festiva de la noche de luna llena. Tenía que hablar con Atamarie. Se lo había propuesto e iba a hacerlo en ese mismo momento.

El grupo con que Atamarie estaba sentada todavía reforzó más su decisión. Su hija se hallaba charlando con estudiantes de Medicina, pero también con gente joven que se ocupaba de la interpretación espiritual de enfermedades y casos particulares.

—¿Si pueden estar vinculados a la luna? —preguntaba en ese instante Atamarie—. Bueno, yo nunca lo he notado...

—Pero tiene que haber alguna razón por la que loco y lunático sean sinónimos —observó Makutu, una sanadora tradicional—. A mí con frecuencia me cuesta dormir cuando hay luna llena.

—Pero en su caso... no sé, unas veces duerme como si estuviese muerto y otras veces... —Atamarie frunció el ceño.

Matariki suspiró. Pasaba lo de siempre: fuera cual fuese el tema abordado, Atamarie trataba de recordar e interpretar cualquier matiz de sus experiencias con Richard Pearse. Al principio, a Matariki también le había parecido comprensible. Era normal que su hija se enfrentase con esa historia, a fin de cuentas era la primera vez que Atamarie, una niña mimada por la vida, se había sentido decepcionada. La joven consideraba su desgraciado amor como un fracaso personal, si bien nadie lo percibía de esa forma. Desde hacía semanas, sin embargo, la muchacha estaba insatisfecha con su vida. Matariki pensaba que era hora de poner el punto final.

—Te repites —concluyó con severidad después de sentarse junto a su hija—. A estas alturas, todos saben aquí lo raro que era Richard, pero, aun así, nadie lo entiende.

Atamarie se mordió el labio superior, como siempre que intentaba comprender una situación complicada.

—Bueno, Omaka tenía una explicación muy concluyente, algo relacionado con el **taku** y el **toku**, es decir, cuando uno lo saca del contexto **pepeha** y no se toma la importancia personal de lo descriptivo por lo descrito, o del inventor por lo inventado, y...

Matariki elevó los ojos al techo.

—Atamarie, llevas una eternidad intentando comprender la espiritualidad de tu pueblo, pero con la actitud de una ingeniera. Y tampoco quieres sentir el espíritu de Parihaka ni percibir que te dejas llevar por él. Al final quieres aislar la ruedecita que no funciona en el cerebro de Richard Pearse y repararla para que todo vaya bien... ¡Pero no es así, Atamarie! Déjalo de una vez, no vas a estarte por aquí hasta el final de tus días, querellándote entre dos mundos por un amor perdido.

—Pero yo... no lo hago...

La joven se enfurruñó, aunque no podía negarlo del todo. Atamarie era una persona que buscaba respuestas y, hasta entonces, siempre las había encontrado en los libros. Solo que... no había ningún

libro que versara sobre el comportamiento de Richard Pearse, pese a que al principio se había sentido optimista tras hablar con el profesor Dobbins.

De hecho, Dobbins era el primero al que le había contado lo referente al último vuelo de Richard y su desencuentro con él y Shirley. Después de haber dejado Temuka, había regresado por la tarde a Christchurch, exultante por una parte y, por la otra, fría como el hielo. Se sentía indignada y desesperada, decepcionada y herida. No había pegado ojo en toda la noche y se había presentado en la universidad a primera hora de la mañana siguiente. Si bien se había vestido de forma apropiada, por dentro seguía hecha un lío. Dobbins, al parecer, se dio cuenta. No había nada que le disgustara más que los estudiantes cargándole con sus problemas emocionales, pero abrió gustoso la puerta de su despacho a Atamarie después de haber pedido a un auxiliar que suspendiera los exámenes previstos para ese día. A la joven le pasó por la cabeza que los estudiantes que debían examinarse la odiarían por ello, pero luego contó toda la historia a Dobbins.

—¡Me hago tantos reproches, profesor! ¡Fue tan egoísta por mi parte! Si hubiésemos hecho esa exhibición dos días antes... si yo no hubiese insistido en rendir primero los exámenes...

Dobbins sacudió la cabeza y depositó una taza de té sobre la mesa, delante de Atamarie.

—Beba, joven, está usted muy nerviosa. Y haga el favor de no culparse por el fracaso de Pearse. Sabe, señorita Turei, que esta no es la primera vez.

—¿No es la primera vez? —preguntó atónita—. Bueno, de acuerdo, pasó por una etapa similar, después de que el primer vuelo acabara en el seto. Pero entretanto...

—Entretanto está equilibrado, de trato fácil... y de repente cae en la melancolía. Entiéndame, señorita Turei, no quiero decir que esté loco. Richard Pearse es sin duda un genio, ya se lo comenté en una ocasión, pero es también... hummm... una persona desequilibrada. Siempre pensé que usted le hace bien, Atamarie.

El profesor suspiró y dirigió una mirada de admiración a su hermosa interlocutora.

—La familia de Richard pensó lo contrario —murmuró ella.

Dobbins se encogió de hombros.

—A lo mejor ellos lo conocen mejor. No sé, yo soy un técnico. Si usted me da un motor averiado, yo lo desmonto y encuentro qué no funciona. Pero ¿un melancólico? En cualquier caso, esa fue la razón por la que perdió aquí el puesto de auxiliar. Ignoro lo que le contó a usted sobre la interrupción de la carrera. No fue la falta de recursos lo que le impidió continuar, ya lo habríamos colado de algún modo. ¡Un talento como el suyo... un raciocinio tan brillante! Pero se retiró a Temuka y no volvió. Después se normalizó de nuevo y se disculpó aduciendo problemas familiares, falta de dinero, etcétera... Así que me lo llevé al monte Taranaki. Luego habló de esa granja que le habían regalado al cumplir los veintiún años...

—¡Podría haberla vendido! —exclamó Atamarie.

El profesor levantó las manos.

—Richard podría haber hecho muchas cosas, pero no las ha hecho. Y no ha sido por su culpa, Atamarie. No se agobie por esos pocos días de retraso. ¡Ese chico ha volado un año antes que los hermanos Wright! Dispuso de tiempo suficiente para patentar el avión. Si no lo hizo es cosa suya... Olvídense de ello, Atamarie. Ahora le daré otra fecha para que se examine. Pasado mañana. Sí, luego ya llegan las vacaciones; pero no tenga miedo, voy a convocar a mis asesores y colegas de trabajo. Y luego reflexione sobre qué desea hacer. Es usted una persona con recursos, ¿no es así? ¿Por qué no se embarca y visita Europa? Ahí se investiga mucho sobre el tema de la construcción de aviones,

¿podría usted participar! O Estados Unidos. Visite a los Wright. —Dobbins rio—. A lo mejor se enamora usted de uno de ellos... aunque también parecen complicados. Por lo visto hasta ahora, con ellos mismos se bastan.

Atamarie se encogió de hombros.

—No puedo casarme con los dos —observó con sequedad—. Y Europa... Las mujeres ni siquiera pueden estudiar allí, profesor. Y menos la carrera de Ingeniería. Los hombres no me tomarían en serio.

Dobbins alzó las manos apaciguador.

—¿Sabe lo que habría hecho un hombre en su lugar? ¿O al menos la mitad de sus compañeros de estudio? —Atamarie dirigió una mirada interrogativa a su profesor, que contrajo los labios—. Se habrían arrogado la fama. Si usted hubiese volado, Atamarie... ¡habría causado sensación! No solo habría hecho público el invento de su amigo, sino que habría dado un gran paso adelante en lo referente a sus congéneres.

Atamarie se mordió el labio.

—Pero habría traicionado a Richard. Claro que lo habrían mencionado en todas las publicaciones, pero habría estado en segunda línea.

Dobbins hizo un gesto de resignación.

—Pero de este modo la ha traicionado él a usted, Atamarie. Y ahora él se ha quedado muy por detrás. Ahora es imposible cambiar nada. La veré pasado mañana, querida señorita Turei. ¡Y venga al examen con la cabeza despejada!

Después de pasarse dos días consultando libros en la biblioteca de la facultad de Medicina, Atamarie aprobó el último examen con matrícula de honor.

La joven leía todo lo que estuviera relacionado con la melancolía. Richard presentaba algunos síntomas del melancólico, pero no todos. En cualquier caso, no encontró ninguna indicación de cómo curar esta dolencia. El profesor tenía razón: era imposible abordar el problema desde un razonamiento técnico.

Como consecuencia, Atamarie se marchó a Parihaka tras el examen y trató de hallar una explicación espiritual. Consultó también a sanadores maoríes, pero estos no pudieron explicarle nada, salvo que ese estado de tristeza se denominaba **kainatu** y que había que dejar tranquilos a los afectados por él. Había datos, por supuesto. Una sanadora ampliamente conocida en Parihaka explicó que las víctimas de **kainatu** no soportaban la visión de **nga wa o mua**: el futuro resultante del pasado. El principio de **taku** y **toku** era sumamente complicado y solo alumbró de forma limitada a Atamarie. La **tohunga** recomendó averiguar primero todo lo referente a los antepasados del melancólico, conjurar la canoa en que habían llegado a Aotearoa y buscar la raíz del mal en el principio de los tiempos, por decirlo de algún modo. Unos meses antes, Atamarie habría considerado absurdo todo eso, pero ahora no dejaba de pensar en ello. Hasta que Matariki por fin intervino.

—Voy teniendo la impresión de que tú misma eres víctima de **kainatu** —señaló con severidad—. Pero ahora ya basta. Que se ocupe esa Shirley de averiguar por qué ese chico es así de raro. Te vienes conmigo a Dunedin, vuelves a ver a Roberta y conoces a la joven esposa de Kevin. Lo que cuentan tu abuela, Kathleen y Violet es contradictorio, seguramente corren toda clase de rumores por



Dunedin. Y, además, participaremos en la exposición de arte de mujeres de Heather. Ya te he hablado al respecto.

—Pero yo no soy artista —protestó Atamarie—. Cuando tejo...

—De pequeña ya querías reformar el bastidor —sonrió Matariki—. Y tampoco te falta imaginación creativa. ¿Por qué no construyes una *manu*?

—¿Una cometa? Eso sería más propio de Rawiri.

—No está aquí —observó Matariki.

Ya hacía tiempo que sospechaba que también eso retenía a su hija en Parihaka. Atamarie estaba esperando a Rawiri, aunque Matariki no sabía si era porque recordaba su perseverante cortejo o porque quería información de primera mano sobre los hermanos Wright. En el ínterin, Rawiri le había escrito acerca del vuelo de los hermanos y se lo había relatado con todo detalle, sin saber qué heridas tocaba al hacerlo. Matariki no había preguntado a su hija por el contenido de la carta, pero había hablado con la madre de Rawiri, quien también había recibido una misiva de su hijo.

«No se lo ve muy eufórico —respondió Pania, la prosaica médica—. Comprende técnicamente por qué el avión se aguanta en el aire, pero no lo entiende espiritualmente. Los hermanos Wright carecen de humildad ante los espíritus. Tal vez no hiciste mal, Matariki, enviando a Atamarie a la escuela de Dunedin. Es evidente que Rawiri ha interiorizado demasiado el espíritu de Parihaka.»

—¡Venga, Atamarie, tú sabes construir una cometa! —siguió insistiendo Matariki—. Así no le arrebatas nada a Rawiri, y además Heather y Chloé no aceptarían una obra suya. Se trata de una exposición de mujeres artistas. ¡Muévete! ¡Pon manos a la obra, Rawiri ya te enseñó qué habías de hacer! Y sería precioso hacer volar las cometas allí, en Dunedin.

Así pues, Atamarie se proveyó de madera de manuka y kareao. Si las cometas tenían que crearse de forma tradicional, necesitaba también las hojas de raupo. Buscó a una *tohunga* para que le explicara dónde encontrar el material y con cuánto respeto debía dar las gracias a las hojas y las plantas. Naturalmente, Atamarie tendía a abreviar todo el ritual espiritual, pero el primer día que se puso a trabajar se encontró rodeada por un montón de niños que también querían construir cometas.

—Rawiri hacía cada año *manu* con nosotros por la fiesta de Matariki —se quejó un niño—. Pero este es el segundo que no está aquí. ¡Nos olvidaremos de todo el *tikanga*!

Dijo esto último muy serio, con el ceño fruncido por la preocupación. Atamarie no pudo evitar reír. Le resultaba inimaginable que en Parihaka se llegasen a perder las costumbres, pero, en fin, que por ella no quedara.

Preguntó a los niños de más edad las canciones, oraciones y conjuros que se entonaban y pronunciaban durante el proceso de confección. Luego estimuló a los pequeños para que conservaran las formas tradicionales de las cometas, pero también probasen otras nuevas. A continuación, confeccionaron biplanos y artefactos del tipo paracaídas y probaron cuáles volaban mejor.

—¡Tampoco es tan importante que la *manu* vuele bien! —afirmó una muchacha—. ¡Lo importante es el mensaje que se envía a los dioses!

Atamarie rio.

—Pero para llegar a los dioses, las cometas han de volar bien. Y ahora dibuja una cara sonriente en la tuya, Wai, para que Rangī se ponga de buen humor y no llueva cuando las remontemos

y puedan volar.

Atamarie y sus pequeños ayudantes decoraron las cometas con plumas y conchas, los **tohunga** explicaron los signos que trazaban en negro y rojo. Atamarie se venció a sí misma y, tal como señalaba la tradición, para hacer los colores mezcló la arcilla con una esencia de tiburón grasienta. A continuación trenzaron las cuerdas de lino: **aho tukutuku**. Y por último probaron las cometas.

—Es una pena que estas pequeñas obras de arte se caigan —opinó Matariki, a quien le parecía que un **birdman** de colores era demasiado pesado.

—¡Mis cometas no se caen! —protestó Atamarie—. No depende de lo pesado que sea un avión, lo importante es cómo utiliza las corrientes ascendentes. Espera, en algún momento veremos despegar aviones tan grandes como una casa y que, sin embargo, no se caerán.

—Pero ¿no tendrán miedo los dioses? —preguntó la pequeña Wai.

Atamarie se encogió de hombros.

—No si cantamos la **karakia** correcta. Así que, ¡a trabajar, niños! ¿Qué tal la **turu manu**?... **Taku manu, ke turua atu nei**.

—He **Karipiripi, ke kaeaea**... —corearon los niños.

Vuela lejos, pájaro mío,  
no dejes de bailar en las alturas,  
lánzate como el azor sobre su presa,  
vuela cada vez más alto, pájaro hermoso,  
iconquista las nubes y las olas!

Una de las cantantes del grupo de **haka** que también viajaba a Dunedin, se sumó a la canción y, por primera vez, Atamarie experimentó la sensación de que también la melodía llevaba más alto su **manu**. Se reprendió por pensar esas tonterías: la fuerza del viento era perfecta ese día, tanto si alguien cantaba como si no.

Pero no pudo abandonar del todo esa idea: ¿habrían puesto los dioses setos en el camino a Richard si él les hubiera enviado un par de deseos?

—Me lo he pasado muy bien con los niños —anunció Atamarie cuando iba con su madre y las artistas maoríes en el tren de Parihaka a Wellington. Una agencia de transportes que Heather y Chloé habían recomendado trasladaba las obras y los instrumentos a la Isla Sur—. Al principio solo querían jugar y divertirse, pero luego también han aprendido algo sobre las leyes de la física.

—Y sobre **tikanga** —señaló Matariki sonriente—. Con lo que ahora has entendido perfectamente **nga wa o mua**: el pasado es el futuro. Las canciones de nuestros antepasados se unen a tu teoría de las corrientes ascendentes. No tiene por qué haber ninguna contradicción...

Atamarie puso los ojos en blanco.

—¿Podemos hablar de algo que no sea el espíritu de Parihaka? —preguntó.

Matariki hizo un gesto de indiferencia.

—Mejor hablar sobre el espíritu de Parihaka que sobre el espíritu de Richard Pearse.

Atamarie se atenía a la recomendación de su madre de no volver a mencionar a su anterior compañero, pero, dos días más tarde, le resultó difícil pasar por la estación de Timaru sin bajarse.

—Solo me gustaría saber cómo le va —se justificó ante su madre, que se llevó las manos a la cabeza—. El tren siguiente pasará en un par de horas, podré llegar luego en él. Y no tengo que ir a Temuka. De verdad, mamá, no pienso... —Matariki frunció el ceño—. Podría preguntar en la tienda, sin incomodar a nadie, como de paso. La tendera lo sabe todo sobre los Pearse.

Atamarie fue a recoger la maleta del portaequipaje del compartimento. Matariki sacudió la cabeza.

—Pero ¿qué quieres saber, Atamie? ¿Si Richard ya se ha casado con Shirley? ¿O si ha vuelto a volar con su aparato? De esto último ya nos habríamos enterado. No sería una noticia para la prensa internacional, pero lo habrían dicho en Wellington y Auckland, pues habría sido el primer vuelo a motor de Nueva Zelanda. Te enteres de lo que te enteres aquí, te dolerá, Atamie. ¡Olvídate de ese chico!

La joven volvió a sentarse indecisa.

—¿No decíamos que el pasado determina el futuro? —preguntó astuta.

Matariki le dio en la cabeza con la revista que estaba leyendo.

—Richard Pearse no es la canoa en que tus antepasados llegaron a Aotearoa —le dijo—, es solo un primer amor. Y como tampoco ha hecho ningún amago de raptarte y llevarte a una nueva tierra, como hizo Kupe con Kura-marō-tini, tampoco pasará a la historia de tu pueblo. Acaba de una vez con el capítulo Richard, Atamie, ya no soporto oír hablar de él. Vale más que te alegres de volver a ver a Roberta. Ella también ha conseguido dejar de pensar en Kevin Drury. Violet ha contado por carta que se ha prometido más o menos con un veterinario muy amable.

Atamarie puso una mueca.

—«Más o menos» no sirve, mamá. Yo también lo estuve «más o menos»...

Heather y Chloé alojaban a las artistas y bailarinas maoríes en un hotel, pero Kevin Drury insistió en que Matariki y Atamarie se instalaran con él y Doortje. Matariki era varios años mayor que Kevin y Patrick, pero los hermanos siempre habían mantenido una estrecha relación con ella. Las

tradiciones de los maoríes habían ejercido una fuerte influencia en su forma de ver el mundo. Los tres habían pasado temporadas en el *marae* de los *ngai tahu* y consideraban esa tribu como una parte de su familia. Las complicadas relaciones de parentesco, como el que Matariki solo fuese medio hermana de los dos chicos, no tenían la menor importancia. De ahí que a Kevin no le hubiese pasado por la cabeza advertir a Doortje al respecto y prepararla. Se dio cuenta de la perplejidad de su esposa después de ir a recoger a Matariki a la estación. La bóer se quedó mirando perpleja la tez oscura, los ojos algo rasgados y el espeso cabello negro, que la mujer, además, llevaba suelto. La presencia de Matariki era impactante. Como las otras mujeres de Parihaka, llevaba uno de los vestidos reforma que se confeccionaban allí, tejido de la forma tradicional con los colores tribales pero adaptado al gusto occidental en su longitud y decoro. Era una mujer hermosa, pero ¡desde luego no era blanca!

—Yo... yo no sabía... —Doortje pasaba de la palidez al rubor, pero Matariki no se dio cuenta.

—¡Tú debes de ser Dorothea! —dijo cariñosamente—. Kevin me ha contado por carta cómo te llaman, pero no me atrevo a pronunciarlo antes de que tú me enseñes. ¡No quiero que al final suene como Dorothy! —Rio—. Cuando yo era pequeña, en la escuela me llamaban Martha. A mí no me importaba, pero me cuidé de que a mi hija no la llamasen Mary.

Matariki fue a abrazar espontáneamente a Doortje como había hecho con Kevin, pero percibió el rechazo y se contuvo. Tal vez en África eso estuviese mal visto.

Atamarie le tendió cortésmente la mano, pues ella sí podía explicarse la reserva de Doortje. Roberta era una tenaz escritora de cartas y los prejuicios de los bóers contra la gente de color habían sido tema recurrente en sus largas epístolas.

Doortje sintió menos aprensión frente a Atamarie que frente a Matariki, pues la joven sobrina de su marido apenas presentaba rasgos de su ascendencia maorí. En cambio, planteaba a la bóer un nuevo misterio. La hija de Matariki se parecía a Kathleen Burton, tenía el mismo color de pelo y las mismas facciones aristocráticas. Durante el trayecto por la Lower Stuart Street, Doortje estuvo dándole vueltas a cómo era eso posible. Sabía que Sean Coltrane era hijo de Michael y Kathleen. Matariki debía de ser un desliz de Lizzie. Pero ¿cómo era posible que su hija se pareciese a la esposa del reverendo? ¿Era Sean el padre? Doortje no concebía algo así de un distinguido abogado.

Pero enseguida dejó a un lado ese asunto, a fin de cuentas tenía problemas más urgentes. En el Transvaal nunca se hubiese esperado de ella que se sentara a la misma mesa con parientes de color. Nadie habría dado a conocer la vergüenza de tener alguno. Pero ahora Matariki era la invitada en casa de Doortje... La joven bóer se esforzaba por ser amable, pero no lo lograba. Durante el viaje no respondió más que con monosílabos, e hizo reproches a Kevin cuando Matariki y Atamarie se retiraron a la habitación de invitados para refrescarse.

—¡Al menos me lo podrías haber advertido!

Kevin hizo un gesto de impotencia.

—Pero Doortje, ya sabías que Matariki viene de Parihaka. Con las artistas maoríes. ¿Qué creías que estaba haciendo allí?

—¡Dijiste que era maestra! Así que, claro, yo pensé que...

—¿Que se encargaba de civilizar un poco a los pobres cafres? —ironizó Kevin—. Doortje, ya conoces la historia de Parihaka. ¿De verdad te crees que necesitan *pakeha* para que les enseñen a leer y escribir?

—¡Pero dijiste que el marido de Mata... riki está en el Parlamento! Entonces yo pensé... —

Doortje no sabía si tenía que avergonzarse de su propia ignorancia o si debía imponerse con su superioridad racista. De hecho, conocía la historia de Parihaka a grandes rasgos. Violet y Lizzie se la habían contado, pero ella apenas las había escuchado. Le costaba seguir con todo detalle las conversaciones en inglés y a veces, cuando un tema tampoco le interesaba tanto, se ponía a pensar en otra cosa.

Kevin clavó la mirada en su esposa.

—Kupe Parekura Turei es un abogado famoso y representa a los maoríes en el Parlamento. También podrías estar al tanto de esto si te interesases un poco por el país en el que vives. ¡Pero sigues igual de ignorante! Y ahora hazme el favor y compórtate como es debido en presencia de mi hermana. Matariki es una persona muy inteligente y digna de cariño. Si por un momento te libraras de tu testarudez bóer, te caería muy bien. —Y dicho esto, se marchó de la habitación.

Doortje se quedó plantada y apretó los puños, rabiosa e impotente. Lo que Kevin le había dicho era ofensivo y poco noble. Ella se esforzaba por adaptarse, llevaba la ropa al uso, incluso si los corsés le impedían respirar, estudiaba las buenas maneras y leía novelas para poder participar en las conversaciones que se mantenían en los acontecimientos sociales. Últimamente hasta acompañaba a su marido a las misas de los domingos del reverendo Burton y escuchaba unos desconcertantes sermones que a veces hasta le parecían blasfemos. El grupo de mujeres al que Violet la había invitado le gustaba más y, lentamente, se estaba acostumbrando a las tareas anglicanas de beneficencia. Kevin no podía pedir más de ella...

Pocas veces había sentido Doortje más ganas de echarse a llorar. Estuvo a punto de permitírselo, pero solo consiguió emitir un sollozo sin lágrimas.

Tras ese arrebato, Kevin se arrepintió de las duras palabras que había pronunciado. Claro que le dolía que Doortje rechazara a Matariki, pero su mujer tenía algo de razón, él debería haberla preparado antes. Además, últimamente no tenía nada que reprochar a su esposa, que se esforzaba por integrarse en Dunedin. Si Kevin quería ser sincero, su irritabilidad se debía a otros motivos. Desde hacía semanas se encontraba ante un dilema: o Doortje o Juliet la Bree, a quien ni siquiera mentalmente lograba llamar Juliet Drury por mucho que se esforzase por ver en ella a la esposa de su hermano. Juliet era la seductora que siempre había sido, solo que su relación ya no era un juego. Kevin sabía perfectamente qué riesgo corría cuando cedía una y otra vez a sus encantos. Patrick nunca perdonaría que le hubiese engañado y era probable que también perdiera a Doortje. Pero es que no conseguía resistirse a Juliet cuando ella lo acechaba en la consulta, lo arrinconaba en un jardín ya entrada la noche, durante reuniones sociales, o lo esperaba, como en una ocasión, en la cuadra. Juliet interpretaba un perverso papel, entre la seducción y el chantaje: cuando Kevin se esforzaba desesperado por negarse a sus requerimientos, ella le amenazaba con desvelar su relación.

—Dejaré de todos modos a tu hermano, Kevin, cariño... —había dicho la última vez que habían estado a solas—. La vida en Otago es insoportable. Lo único que me retiene aquí eres tú. De ahí que hasta puede que le estés haciendo un favor a Patrick... —Ella reía como en un arrullo, mientras Kevin no sabía qué hacer. Lizzie le había hablado de los santos irlandeses que daban nombre a sus hijos, y la historia del legendario joven celta de familia noble, fundador de un monasterio y domador de dragones, le había gustado más que la del buen misionero Patrick—. Mi dulce Kevin, que se va a la guerra para liberar esclavos y recoge a chicas caídas.

Estas indirectas, sobre todo, eran las que le helaban la sangre cuando Juliet lo provocaba. La criolla no tenía ni un pelo de tonta, y parecía sospechar que algo en el matrimonio con Doortje no era trigo limpio. Sin embargo, no habría sido difícil averiguar la fecha de la boda y compararla con la del nacimiento de Abraham. Por otra parte, a nadie le habría sorprendido, pues solía pasar que una pareja no quisiera esperar, sobre todo en tiempos de guerra.

—No sé de qué hablas —protestaba—. El matrimonio con Doortje está por encima de cualquier duda. Nunca fue una «muchacha caída».

Juliet sonreía y Kevin temía que ella advirtiera el miedo en sus ojos. Aquella mujer parecía tener un sexto sentido para el escándalo o, tal vez, una mirada más penetrante de lo normal. Cada día veía los rasgos de Kevin en el rostro de su hija, pero Abe, su supuesto hijo, no se parecía en nada a él.

—Quién habla de Doortje —le susurraba al oído—. Hablo de mí, querido Kevin... una muchacha que cayó y a la que tú siempre levantas... Y que ahora vuelve a necesitar un poco de amor.

Juliet empezaba a acariciarse con lascivia ella misma. Kevin no quería ni verla, pero al final siempre acababa mirándola. El deseo que Juliet sentía por él y el poder de seducción de ella constituían una mezcla explosiva. Kevin se convencía a sí mismo de que tenía que advertir a Doortje ante una eventual revelación de lo que sucedía; pero luego se perdía en el oscuro hechizo de Juliet. Después lo torturaba el sentimiento de culpabilidad. Así no podía seguir todo eso, pero no sabía, por muy buena voluntad que pusiera, cómo acabar con la historia.

En ese momento necesitaba algo de aire fresco o, al menos, distanciarse de Doortje. Revisaría un par de expedientes en la consulta.

Patrick y Juliet querían ir a Dunedin ese día: la visita de Matariki y el regreso de Atamarie constituían una razón de peso para celebrar una fiesta familiar junto con Lizzie y Michael. Kevin se angustiaba solo de pensar en ello. Lizzie pediría champán y vino en el restaurante del hotel y se abandonaría al placer que le causaba beberlos, lo que Doortje observaría con desaprobación. Desde el desliz que había tenido en la velada en casa de los Dunloe, volvía a rechazar las bebidas alcohólicas. A ello se sumaba la tensión entre ella y Juliet, y ahora también la presencia de Matariki. Kevin buscó la botella de whisky que volvía a esconder en la habitación donde reconocía a sus pacientes y esperó, pese a todos sus buenos propósitos, que Juliet encontrara un pretexto para librarse de su marido y sus suegros. La consulta estaba vacía, era sábado.

Cuando iba camino del baño Matariki oyó los sollozos ahogados de su cuñada en el dormitorio de los Drury, al igual que había escuchado el ruido de la puerta al cerrarse. Pero no quería inmiscuirse en una pelea conyugal, menos aún cuando Doortje no le había brindado una bienvenida especialmente cariñosa. Atamarie también se había dado cuenta y le había contado de dónde procedía esa hostilidad de Doortje.

—Robbie dice que tenían esclavos hasta poco antes y que todavía los tienen, los negros dependen totalmente de ellos y no les pagan ningún sueldo. Tampoco van a la escuela. Es una vergüenza...

Matariki levantó las manos apaciguadora.

—Yo también lo he oído —dijo con calma—. Antes todos los blancos eran así. Acuérdate de las dificultades que hubo en Parihaka. Pero no sirve de nada castigarlos por eso. Antes bien, hay que

enseñarles que las cosas se hacen de otro modo.

—¿Arando y construyendo cercas? —se burló Atamarie.

Matariki se encogió de hombros.

—A largo plazo la situación mejoró —respondió con sabiduría.

La rebelión de Parihaka contra la apropiación de las tierras por parte del gobierno no había servido de mucho. Pero en el ínterin, Sean Coltrane y Kupe Turei habían conseguido a base de esfuerzo que se pagaran algunas indemnizaciones a los maoríes y también en otras partes del país se militaba por los derechos de los maoríes. Sobre todo, los maoríes se esforzaban en demostrar a los pakeha que no eran inferiores.

Doortje necesitaba consuelo, fuera cual fuese su opinión sobre las personas que pertenecían a otros pueblos, pensó Matariki, cambiando de opinión. Así que llamó a la puerta de la bóer y entró al no recibir respuesta. La joven se encontraba acurrucada en el borde de la cama, pero no lloraba. ¿No estaba llorando?

—¿Puedo ayudarla? —preguntó con dulzura Matariki—. Sé que Kevin a veces se irrita. Dice mi madre que es el temperamento irlandés. Lo ha heredado de nuestro padre. —Sonrió y se sentó a su lado—. Ahora tranquilícese y cuénteme qué la agobia.

Doortje se puso en pie. Por lo visto, un tratamiento más formal le sentaba bien, pero sentarse junto a una mujer de color... Miró nerviosa el espejo.

—Tengo un aspecto horrible —susurró—. Se notará...

Matariki frunció el ceño.

—¿Qué se notará? ¿Qué la ha alterado? Se lava la cara y se cambia, se peina bien y sonrío ante todos, nadie se dará cuenta.

—¡Pero no puedo sonreír siempre! —gimió Doortje—. No puedo ser siempre como...

Matariki suspiró. Así que se trataba de eso. Había algo en el comportamiento de Doortje que no gustaba a Kevin. Desde luego, se notaba cierta afectación en la joven bóer. Llevaba ropa actual, que le caía muy bien, pero no se movía como una mujer acostumbrada a sufrir para lucir bonita. Era posible que se tratara del fastidioso corsé.

—Lo sé —señaló amable—. La sociedad pakeha puede llegar a ser inmisericorde. Siempre conservar las formas, siempre ser perfecta... ¡Y ese condenado corsé! Pero, dicho sea de paso, tiene usted un aspecto magnífico, Doortje. El vestido es de Kathleen, ¿verdad? Pero hoy estamos en familia, no tiene usted que mortificarse por nosotros. Atamarie y yo no llevaremos corsé, y Lizzie seguro que tampoco. Y no cabe duda de que estará usted preciosa también sin ballenas, Doortje. ¿Acaso no está mi padre loco por usted? —Sonrió significativamente.

—¡Michael Drury no es su padre!

Matariki frunció el ceño.

—No se trata de su aspecto, ¿verdad? —preguntó con calma—. Atamarie tiene razón, usted ignoraba que yo soy maorí...

Doortje volvió a emitir un sollozo ahogado. Matariki se preguntó por qué no se echaba a llorar a lágrima viva, simplemente, pero la joven se dominaba con mano férrea. No lloraba de pena y rabia, ya lo había oído decir Matariki, y parecía como si en ese momento tampoco fuera a sacar de su interior esa emoción. Matariki se percató de que sus palabras sorprendían a Doortje. Debía de ser la primera vez que no se le censuraba su rechazo a la gente de color.

—Pero usted no lo es —susurró—. Usted es... mestiza. De color. Como Juliet. Y eso es peor

que ser negro, porque lleva el estigma de Caín en la cara.

Matariki se echó a reír y se apartó la larga melena negra hacia atrás.

—Pues vaya, hasta ahora siempre me habían dicho que tenía muy buena apariencia. Por otra parte, soy hija de un jefe tribal. Antes estaba muy orgullosa de ello. Soy una auténtica princesa.

—Pero una mujer mestiza no puede... en África nadie las quiere, ni siquiera los cafres.

Doortje parecía fascinada a su pesar. En su país se esperaba sumisión de los mestizos y aquí Juliet Drury la Bree se mostraba impertinente. Pero nunca se había encontrado con alguien que estuviera orgulloso de sus dudosos orígenes.

—Pobres criaturas —dijo compasiva Matariki. Doortje se la quedó mirando. Otro comentario sorprendente—. Unos parias en todos lados... debe de ser terrible para esas personas vivir en su país. No me extraña que vea en su aspecto el estigma de Caín. Pero aquí es distinto. Las tribus maoríes aceptan a todos los niños. Y antes, cuando aquí casi no había **pakeha**, o tiempo atrás en Polinesia, de donde proceden los maoríes, era un honor para una mujer dar a luz un mestizo. Las muchachas se aproximaban a los blancos y se ofrecían a ellos, y cuando una se quedaba embarazada, se sentía afortunada. Otros pueblos, otras costumbres, dicen los **pakeha**. Y nosotros decimos: cada **iwi** tiene su propia **tikanga**... Una palabra que se deriva de **tika**, «verdad». Se puede traducir como «cada tribu tiene sus propias costumbres» o como «cada tribu tiene su propia verdad».

Doortje sacudió la cabeza.

—Pero es imposible. Solo hay una verdad, la verdad divina. Y la Biblia dice que solo nosotros somos los elegidos.

Se sorprendió cuando Matariki se echó a reír.

—Discúlpeme, pero eso ya lo he oído antes. Y varias veces. La Biblia se refiere a los israelitas. Es decir, a los judíos.

—¿Los judíos? —preguntó extrañada Doortje—. No, no; se refiere a los israelitas. Los judíos son como los ingleses... muy codiciosos... ¡Dios no los quiere! Pero sí a los **voortrekker**. Ellos son como los israelitas. Porque los dos pueblos fueron desterrados y han tenido que abrirse camino por tierras hostiles hasta su tierra prometida.

Matariki se frotó la frente.

—Los israelitas de la Biblia son los judíos de hoy —explicó—. Lea sobre este tema. Y su tierra prometida les fue arrebatada por los romanos sin que su Dios lo impidiera. Igual que sucede con ustedes, Dorothea. Y con nosotros. Según las enseñanzas de un tal Te Ua Haumene, precisamente los maoríes constituyen el pueblo elegido. Mi padre biológico así lo predicaba, y eso provocó la muerte de muchos seres humanos. Igual que su líder bóer.

—¡Yo soy la hija de Adrianus van Stout! —exclamó Doortje agresiva—. Uno de esos líderes bóers que usted tanto desprecia. En mi país, por el contrario, es un honor...

—Entonces es usted una especie de princesa. —Matariki sonrió—. No siempre es fácil, ¿verdad? Se crean expectativas... En fin, yo fui más feliz como simple hija de Michael Drury. Él no es ningún héroe, sin mi madre se hubiese sentido perdido en este país. Pero es una buena persona. Igual que Kevin.

Doortje la miró iracunda.

—¿Quiere decirme que debería olvidarme de todo? ¿De mis orígenes y mi religión?

Matariki se encogió de hombros.

—En cualquier caso, debería usted confiar en que los mismos dioses se ocuparán de a quién



quieren y a quién no. O creer sin más lo que el reverendo afirma de que Dios nos ama a todos. Los maoríes, por su parte, llevan una especie de coexistencia pacífica con sus dioses y no les hacen tan responsables de los problemas terrenales. Invéntese algo, no hay pruebas de nada. Pero ya es hora de que nos emperifollemos. —Se puso en pie y se dirigió al pequeño aguamanil de la habitación de Doortje, humedeció una toalla y se la tendió a la joven bóer—. La princesa Matariki dice: «La ceremonia de la corte exige lavarse el rostro con agua fría y peinarse.» ¿O es que de verdad no quiere comer con Atamarie y conmigo? Entonces tendremos que alegar que le duele la cabeza. Además, las princesas maoríes no tienen que tratar con miembros de la tribu normales. —Matariki levantó la barbilla y miró con fingida arrogancia a Doortje por encima del hombro—. En la Isla Norte estaría usted condenada por el simple hecho de que mi sombra se proyectara sobre usted. Pero yo estaría dispuesta a realizar una ceremonia de purificación con usted, así no sería tan grave.

Matariki miró a Doortje cuando esta no se echó a reír. Al contrario, estrujaba la toalla entre las manos y todo su cuerpo parecía temblar.

—¿Se puede deshacer una maldición entre su gente? —preguntó la joven.

En ese momento, Matariki vio con claridad que la comida con Michael y Lizzie tendría que esperar. Se levantó, salió al pasillo y echó la llave a la puerta de la vivienda. Que Kevin llamara cuando llegara. Oyó cantar a Atamarie en la bañera; su mimada hija parecía disfrutar del retorno a la civilización. El primer baño después de semanas en el *marae* sin duda la retrasaría. Mejor.

Matariki volvió al dormitorio de Doortje y se sentó de nuevo en la cama. La bóer se pasaba la toalla por la cara, ensimismada.

—Bien, Dorothea, y ahora entre nosotras, dos princesas, ¿por qué cree que su Dios la ha condenado?

Ambas permanecerían todavía un buen rato sin ser molestadas, pues también Kevin se olvidó de la cena con sus padres. Mientras Doortje abría su corazón a Matariki, él saciaba a Juliet Drury la Bree un piso más abajo.

—Disculpe, Rosie, ¡pero son imaginaciones tuyas! ¡Al caballo no le pasa nada, está usted desvariando!

En cuanto hubo pronunciado estas duras palabras, Vincent Taylor se arrepintió. No había ninguna razón para descargar su irritabilidad y mal humor en Rosie, incluso si era la cuarta vez en tres días que ella acudía con **Rose's Trotting Diamond** para que lo examinase. Mientras ella le pagase por sus servicios tenía todo el derecho del mundo.

Rosie apretó los labios.

—No estoy desvariando, doctor Taylor. A **Diamond** le pasa algo. Antes ha vuelto a temblar. Y esta mañana parecía... me ha mirado como si tuviese fiebre.

Vincent volvió a enfocar la linterna de bolsillo en los ojos de **Diamond** y comprobó la reacción de las pupilas. Todo normal.

—¿Ha comprobado si tenía fiebre?

Él mismo acababa de tomarle la temperatura y Rosie habría puesto el grito en el cielo si el termómetro hubiese marcado por encima de los treinta y ocho grados. Ella había esperado más de dos horas para consultarlo mientras Vincent se hallaba en los establos de lord Barrington para atender a los purasangres.

—No tenía fiebre —confirmó Rosie—. Y también corrió bien. Pero estaba atolondrada en el entrenamiento, incluso se puso dos veces al galope, ¡algo que no hace nunca! Pero luego empezó a temblar y me dio la impresión de que estaba mareada.

Vincent sonrió.

—Creo que tanto usted como su yegua están algo nerviosas últimamente. Y es comprensible, la Auckland Cup es una competición importante. Y la travesía en barco, el hipódromo nuevo... todo eso puede angustiar bastante. Mire si no los caballos de lord Barrington... —Vincent acababa de tratar el segundo cólico en tres días—. Y **Diamond** ya es de por sí nerviosa.

—¡**Diamond** nunca ha sido nerviosa! —protestó Rosie—. Ni tiene taquicardia, solo se asusta de su estetoscopio, como dijo usted la última vez. **Diamond** no tiene miedo de nada.

Vincent empezaba a impacientarse. **Rose's Trotting Diamond** era la encarnación misma de la tranquilidad, confiaba totalmente en su amazona y había sido el primer caballo en subir valientemente al transbordador. El nuevo box del hipódromo de Ellerslie le daba tan poco miedo como la pista algo distinta del hipódromo. Desde el comienzo comía bien y reaccionaba tranquila y relajada ante las diversas revisiones de Vincent.

—Entonces es usted la que está alterada, Rosie —concluyó Vincent—. Y se lo traspassa a **Diamond**. Es algo que ocurre. Y lo confirma el hecho de que se encuentre mejor cuando yo llego. Como se tranquiliza usted cuando ve al veterinario, también la yegua se tranquiliza. Así que intente no ponerse nerviosa. **Diamond** correrá mañana estupendamente, ¡téngalo por seguro!

Rosie no pareció demasiado satisfecha, pero lo dejó marchar.

—¡De todos modos dormiré con ella! —advirtió.

Vincent asintió.

—Como quiera. Voy a coger el tren a Auckland y daré una vuelta por la ciudad. Debería hacerlo usted también, Rosie, es la primera vez que viaja tan lejos de casa.

Rosie se encogió de hombros. De pequeña había viajado de Gales a Londres y de Londres a Nueva Zelanda, luego a la costa Oeste y de nuevo de vuelta y a Fjordlands. Lo que más le había gustado eran las cuadras, donde todo era seguro, cálido y tranquilo y tenía su orden diario. Ella no iba a renunciar a esa seguridad para ir a contemplar un puerto o cualquier otro edificio moderno. Más calmada, se ocupó de Diamond.

Vincent, por el contrario, carecía de la tranquilidad necesaria para disfrutar realmente de la belleza del puerto y el parque. Él también se encontraba por primera vez ahí, pero había soñado con visitar la ciudad junto a Roberta. La Isla Norte habría podido ser un hermoso destino para un viaje de luna de miel, había muchos rincones románticos y playas retiradas. Pero Roberta seguía sin dejarse ver demasiado, y desde que la tal Juliet había vuelto con su marido ya no visitaba Christchurch. Al menos, ese era el único suceso que Vincent vinculaba a su renovada circunspección. Algo raro debía de estar ocurriendo, incluso Kevin le escribía menos cartas desde que esa vampiresa criolla había regresado a Dunedin. La mayoría de las veces apenas contaba nada, limitándose a enumerar las actividades y actos a los que asistía con Doortje. Al parecer, la relación con ella había mejorado, y también se deducía de las cartas de Roberta que la bóer se estaba adaptando. Por lo visto, hasta tenía éxito, pues, para sorpresa de Kevin, la sección de sociedad del *Otago Daily Times* había mencionado en varias ocasiones a la bella esposa del joven médico. Kevin debería haber estado contento, pero cuando alguna vez mencionaba a Doortje era para criticar lo mal que se comportaba con su hermano Patrick y su cuñada.

Vincent sacaba conclusiones. ¿Habría vuelto a encenderse la llama de un viejo amor y estaría Kevin engañando a Doortje con Juliet? Vincent esperaba que no fuera así; todavía se acordaba de su matrimonio fracasado. No le parecía favorable el divorcio, pero tampoco veía posibilidades de que una relación con una mujer como Juliet fuera dichosa. Su propia esposa había sido igual que ella: de resplandeciente hermosura, chispeante, divertida... pero demasiado inestable para conservar un buen matrimonio. Vincent había aprendido de la experiencia. Solo soñaba con una mujer como Roberta. Amable, cariñosa, paciente y fiel, incluso a un amor de juventud en el que ni siquiera había habido un beso. Roberta seguía sintiéndose atraída por Kevin, Vincent estaba seguro. Pero ¿qué esperaba de ello? Incluso si se separaba de Doortje, Roberta siempre tendría que superar a Juliet. Algo imposible para una joven cándida, por muy bonita y sociable que fuera.

Vincent estaba decidido a forzar una decisión. Roberta iría a las carreras de Christchurch, a la New Zealand Cup o tal vez a la carrera de calificación. Viajaría con Heather y Chloé o con sus padres. Vincent los conocería entonces y les pediría la mano de su hija.

Ojalá Roberta aceptara. Ojalá se desprendiera por fin de sus sueños infantiles.

Pero ahora era el turno de la carrera de Auckland, y de los conocidos de Rosie solo se había presentado Bulldog. El fornido transportista se sintió decepcionado cuando Rosie se negó a salir con él por la noche.

—Pero, señorita Rosie, ¿no cree que a Diamond le haría bien estar un rato sola antes de la carrera? —bromeó para hacerla cambiar de opinión—. Aquí goza de muy buena compañía.

En efecto, Diamond se entendía muy bien con su compañero de cuadra, un castrado del establo de Barrington. Los caballos estaban también juntos en Addington, de modo que ninguno había necesitado acostumbrarse a otro vecino de box.

—También tengo que vigilar a Triangle —respondió Rosie con seriedad—. Ha tenido un cólico. Y su cuidador no se ocupa nada de él. No me gusta ser una chivata, pero estoy pensando si

debería decírselo al lord. Finney se limita a lo imprescindible.

Finney, un menudo irlandés con cara de rata, había sido contratado después de que Rosie le pidiese al lord, temblando de nervios, que la liberase de su puesto de cuidadora. Desde que **Diamond** y **Dream** cosechaban triunfos en las carreras de trotones, otros tres propietarios de caballos habían abandonado sus prejuicios ante una mujer entrenadora. Podía vivir bien con el dinero que ganaba, Bulldog incluso había propuesto arrendar establos en Addington. Por el momento, Rosie todavía vacilaba al respecto y tampoco el lord la animaba demasiado a hacerlo. Si bien no dudaba de la profesionalidad de Rosie, le preocupaba su capacidad para imponerse a la competencia.

—De velar por usted, Rosie, ya me encargo yo. Nadie puede hacerles nada ni a usted ni a los caballos, el caballero es de confianza y los dispositivos de seguridad son buenos —señaló—. Pero si está usted completamente sola...

Bulldog no dejaba la menor duda de que él habría asumido de buen grado la función de protector de Rosie, pero para ello la relación entre ambos tenía que hacerse más profunda. La joven, sin embargo, mantenía sus reservas. Y, además, tanto lord Barrington como Chloé consideraban a Bulldog demasiado ingenuo en el trato con gente como Joseph Fence y otros entrenadores. Bulldog se reía de eso. Ya se las había visto con tipos más duros. Y con la misma tenacidad con que se había abierto camino en Londres, con que se había impuesto en el barco de emigrantes y con que luego había consolidado su empresa de transportes, cortejaba ahora a Rosie Paisley.

—¡Pero algo tendrá que comer, Rosie! —insistió la víspera de la carrera—. Espere, tengo una idea. Voy a buscar **fish and chips** en el pub de al lado y haremos un picnic en la cuadra.

Rosie asintió, tenía realmente hambre. Y Bulldog también llevó una cerveza para cada uno. La entrenadora estaba de un humor excelente y algo achispada cuando el cuidador de Barrington, ya tarde, fue a echar un vistazo a los caballos e hizo un comentario acerca del alcohol en las cuadras.

—Ya podríamos permitirnoslo nosotros, los mozos de cuadras, de vez en cuando —gruñó—. Pero nuestro gran entrenador Ross puede hacer aquí lo que a «él» se le antoje...

Bulldog ya iba a contestarle, pero Rosie se llevó el dedo a los labios para hacerlo callar.

—Tiene razón. Molestamos a los caballos. Lo mejor es que se vaya, Bulldog... —Sonrió—. ¿Sabe que siempre le llamo así cuando pienso en usted? No me sale señor Tibbs.

—También puede llamarme Tom, aunque no me molesta «Bulldog». Puede tutearme... Rosie.

Bulldog le enseñó el ritual de beber con los brazos entrelazados para pasar del usted al tuteo, pero la besó con prudencia en la mejilla. Contenta, Rosie se envolvió después en su saco de dormir.

—Ahora tiene que haber silencio aquí —se disculpó—. Mañana es la gran carrera, **Diamond** necesita descanso.

Bulldog sonrió y desplegó a su vez una manta sobre la paja, en el almacén junto al pasillo de distribución; no quería violentar a Rosie, pero tampoco quería marcharse.

—Durmamos si hay que hacerlo, Rosie, pero aquí no te dejo sola —declaró cuando ella se lo quedó mirando—. Las cuadras son muy grandes, siempre rondan tipos y quién sabe lo que podrían hacerte.

De hecho, reinó una calma pasajera en el establo. Apenas una hora más tarde volvió a aparecer el cuidador Finney.

—Vaya, no me parece que ese joven sea tan negligente —murmuró Bulldog cuando el mozo volvió a marcharse tras inspeccionar brevemente el establo de **Triangle**—. Por mí, podría dejar de

controlar cada cinco minutos cómo está el animal.

—Pero no hace nada —señaló Rosie—. No lo mira. Con lo oscuro que está es imposible que distinga nada.

Era cierto. Finney ni siquiera se había tomado la molestia de llevar una lámpara. Era probable que siguiera de mala gana las indicaciones del caballero o el veterinario.

Por la mañana, tanto **Diamond** como **Triangle** estaban bien, y **Bulldog** se llevó a Rosie a tomar un buen desayuno en el café del hipódromo. Después encontraron a Vincent en el establo. Lord Barrington también inspeccionaba a sus caballos. Rosie estaba tranquila, manejaba a **Diamond** con facilidad y la carrera no tardaría en empezar. Vincent se situó en el borde de la pista, mientras que lord Barrington fue al palco noble de los propietarios. Las carreras de trotones no le interesaban tanto como las de galope, pero no iba a poder escaquearse de la Auckland Trotting Cup. **Bulldog** se dejó convencer para acompañarlo y tomarse una copa de champán durante las primeras carreras. Poco antes de la Trotting Cup volvió junto a Rosie, que ya se había cambiado de ropa y estaba ayudando a enganchar a **Diamond**.

Para su sorpresa, Rosie estaba hecha un manojo de nervios.

—¡Vuelve a tener mal aspecto! —le dijo, señalando a **Diamond**, que piafaba junto al sulky—. Tiene los ojos raros.

**Bulldog** echó un vistazo escéptico a la yegua.

—Tiene unos ojos maravillosos —respondió—. Igual que su cochera. También a ti te brillan los ojos, Rosie, es la emoción.

—Y tiembla un poco... —Rosie ató con cuidado las cuerdas a las varas del sulky.

—Está nerviosa, Rosie —la tranquilizó **Bulldog**—. Se calmará en cuanto entre en la pista. ¿O prefieres que llame al doctor Taylor? Lo he visto antes, está en la tribuna A. Si quieres...

Rosie se mordió el labio. Taylor la había acusado de desvariar el día antes. Si ahora acudía de nuevo a él con una enfermedad imaginaria... Negó con la cabeza.

—No, déjalo. Tienes razón, debe de ser la excitación. ¿Nos llevas al pasillo de la pista?

Rosie subió al sulky y **Bulldog** fue hacia la salida tirando de **Diamond**. En realidad, ni la amazona ni la montura necesitaban ayuda para unirse a los otros participantes y colocarse en su sitio de salida. Pero ese día, la yegua movía la cabeza enfadada y piafaba en vez de esperar obediente a que se diera la orden de salida. Además tosía. **Bulldog** se percató de que Rosie volvía a dudar.

—Si se ha resfriado...

**Bulldog** sacudió la cabeza.

—Los caballos no se resfrían. Que corra ahora esos dos mil setecientos metros y luego ya le hará una revisión el doctor Taylor.

De todos modos, habría sido demasiado tarde para llamar al veterinario. La campana sonó y los caballos salieron.

**Bulldog** se reunió con Vincent en la tribuna. Si bien estaba llena y había mucho ruido, en los aristocráticos palcos de los propietarios no se sentía a gusto.

—¡Jo!, me he olvidado de apostar por ella —musitó Bulldog viendo que Diamond se colocaba en una buena posición.

Rosie la dejó correr relajada los primeros mil metros y luego recuperó, como tenía por costumbre, el terreno perdido para adelantar a los demás en el **sprint** final. Pero esta vez le resultó más difícil que en otras ocasiones. Diamond no dejaba que la refrenase, tiraba y quería adelantar; por primera vez desde que Vincent veía competir a la yegua, parecía correr el riesgo de ponerse a galopar. Volvió a toser antes de recorrer el primer kilómetro, pero no parecía fallarle nada. Al contrario, parecía rebosar de energía cuando Rosie le dio rienda. Diamond superó a todos los caballos del establo de Fence, adelantó incluso al semental que el mismo Joe conducía. Al final solo quedaba delante de ella un elegante caballo negro, **Rebel Boy**, un caballo de Auckland.

De las gradas surgía a esas alturas un griterío infernal, y Bulldog gritaba a voz en cuello para animar a Rosie y Diamond. Vincent se tapaba las orejas sonriente, no dudaba de que Diamond adelantaría a **Rebel Boy**. Pero entonces ocurrió algo que desconcertó a Diamond, que se asustó levemente del **sulky** de **Rebel Boy**, pero no abandonó el trote. Rosie podría haber recuperado la pequeña ventaja que había ganado el caballo negro, pero no se atrevió. En lugar de ello mantuvo a la yegua detrás de **Rebel Boy**, y no aceleró cuando Joe Fence la alcanzó con su semental y la superó por una cabeza.

Al final, los tres caballos pasaron la línea de meta apretados unos detrás de otros o al lado.

«Vencedor **Rebel Boy**, segundo **Sundawner**, tercero **Rose's Trotting Diamond**...»

Vincent y Bulldog ya corrían escaleras abajo hacia la meta cuando el locutor anunció los vencedores. Rosie estaba junto a su caballo, lo acariciaba y lloraba.

—¿Qué sucede, Rosie? ¡Ha estado fantástica! ¿Por qué ha dejado que la adelantasen? —Vincent miró a la yegua, que respiraba con dificultad pero no estaba sudada—. Podría haber ganado fácilmente.

Rosie negó con un gesto de la cabeza. Junto a ella, Joe Fence recibía la cinta del segundo puesto. Mostraba una sonrisa triunfal y solo cuando el veterinario se acercó a Diamond apareció una expresión de alerta en su rostro.

—Venga, venga, Rosie. No querrás impugnar la carrera porque tu caballito tuviese algo, ¿verdad?

Rosie no le hizo caso. Tranquilizaba a Diamond, que ahora también se asustaba del hombre que quería colocarle la banda del tercer puesto.

—¡No podía ver! —informó entre lágrimas a Vincent—. Se ha asustado del otro **sulky**. Era como si la cegara algo, pero no había nada. Me daba la sensación de que iba a tropezar. Así que he preferido ir más despacio.

Bulldog apretó los labios.

—No nos hemos dado cuenta de nada de eso. Mira, ni siquiera está cansada.

Bajo el pelaje, la piel de Diamond estaba caliente pero seca. La yegua bebió con avidez cuando un cuidador le puso agua, pero una gran parte del líquido se le cayó de la boca.

—¡Mire, doctor Taylor! —Rosie quería señalar al veterinario lo que sucedía, pero los otros caballos ya estaban alineándose para dar la vuelta de honor y ella apenas podía contener a Diamond.

—Enseguida la examino, Rosie —la tranquilizó Vincent.

«Es cierto que hay algo raro —pensó Bulldog—. Pareció atragantarse con el agua.»

Diamond dio entretanto la vuelta de honor y parecía más calmada. Rosie la limpió y la llevó al establo antes de que Vincent pudiese reconocerla. Ya volvía a beber con normalidad.

Vincent hizo un gesto de resignación cuando retiró el estetoscopio.

—Todo bien, Rosie. Esta vez los latidos son más fuertes, lo que es normal después de la carrera. Salvo por ello, nada me llama la atención.

—¿Puede haber comido algo que no le haya sentado bien? —preguntó Bulldog.

Vincent y Rosie negaron con la cabeza.

—Entonces tendría cólicos —respondieron ambos casi al unísono.

Como propietario de una empresa de transportes, Bulldog debería saberlo. Entonces puso expresión compungida.

—Me refiero más bien a que no haya ingerido algún... veneno.

—Pero si alguien hubiese querido envenenarlo, el caballo estaría muerto —dijo lord Barrington más tarde.

Estaba buscando a Rosie en las cuadras para felicitarla por haber obtenido el tercer puesto. A diferencia de Vincent y Bulldog, también él había percibido que la yegua vacilaba ligeramente tras haberse asustado del sulky de Rebel Boy. Desde el palco, la vista era mejor.

—A lo mejor el tipo no sabía qué dosis se necesitaba —pensó Bulldog.

Lord Barrington movió la cabeza.

—¡Qué va, señor Tibbs! Esa gente se las sabe todas, no se equivocan.

—¿Es posible que no quisieran matarla? —sugirió Rosie—. Solo evitar que ganara...

—Pero no puede calcularse con tanta exactitud —contestó el lord, categórico—. De todos modos, nunca me ha pasado algo así. ¿Qué dice el veterinario?

Vincent volvió a encogerse de hombros.

—Solo puedo repetir que no veo ningún síntoma de ello. Es cierto que el caballo no se comportó como suele hacerlo en casa. Estaba más nervioso, lo que explica que esté asustadizo, y más brioso, pero eso más bien apunta hacia lo contrario de un envenenamiento intencionado. Este más bien debilitaría al animal y no podría ir deprisa.

—No, si casi se pone al galope —señaló Rosie.

El lord arqueó las cejas y rio afligido.

—No exagere, Rosie, no pensará en serio que alguien haya tenido la intención de que la yegua se comportara erróneamente en la pista con la esperanza de que usted fuera descalificada. Además, era usted quien la controlaba. Si no hubiese tenido usted miedo cuando Diamond se asustó, ella habría avanzado al trote y ganado.

Rosie abrió la puerta del box y se estrechó contra Diamond, que ahora parecía totalmente normal.

—No les ha funcionado —susurró—. La próxima vez le darán más de lo que sea. Tenemos que cuidar de ella, Bulldog. Pero ¿cómo podemos hacerlo?

El encuentro familiar de los Drury no auguraba nada bueno. Al menos eso pensó Lizzie cuando Michael y ella compartieron mesa, media hora más tarde de la hora fijada, con un Patrick roído por los nervios y que no dejaba de consultar el reloj. El joven se disculpó varias veces por el retraso de Juliet, si bien era la última a quien Lizzie echaba en falta. En realidad, los Drury no tenían nada que decirle ni a ella ni a Patrick, ya que los cuatro vivían juntos en Elizabeth Station. Las relaciones de Lizzie con Juliet no habían mejorado desde que esta había regresado. Y los intentos de Patrick por mediar todavía hacían más tensa la situación. Él se habría adaptado al día a día de la granja, pero en la actual situación estaba desgarrado entre sus tareas de criador de ovejas y la necesidad de prestar atención continua a Juliet. Se sentía intranquilo cuando no había concluido un trabajo antes de la cena por si Lizzie y Juliet volvían a discutir a la mesa y luego su mujer acababa descargando su rabia sobre él.

Los intentos de Patrick por encontrar una ocupación para su hermosa esposa eran tan conmovedores como absurdos. Juliet se negaba a cultivar un jardín de rosas o a criar un perrito faldero, por muy propios de una dama que fueran tales pasatiempos. Sabía montar a caballo pero no la entusiasmaba. El elegante caballo que Patrick había adquirido en una subasta para ella, solo provocó disgusto en la familia. Lizzie se enfadó por el precio exorbitante del animal; y Michael, a quien le hubiese gustado montarlo, se disgustó por la silla de amazona, tan cara como el caballo y ahora inútil. Al final, Juliet pidió que se llevaran la yegua a Dunedin, donde se suponía que podría pasear con ella. Patrick encontró un establo caro donde dejarla. De hecho, Juliet utilizó el caballo para acudir a sus citas con Kevin. Pero eso, naturalmente, no lo sabía nadie y de ese modo el purasangre tampoco rendía todo lo que era capaz.

El piano —un continuo motivo de controversia en la familia— se transportó al final a Otago. Patrick pensó que Juliet podía utilizar la anterior cabaña de los buscadores de oro como estudio donde ensayar. Sin embargo, le quedaba muy lejos y sin público a ella no le hacía ninguna gracia tocar. La cándida propuesta de Haikina de que diera clases de piano a algunos de sus alumnos —a los pequeños maoríes no les hubiese importado recorrer el trayecto— desencadenó un berrinche en toda regla.

Juliet, a la larga Patrick ya no podía negarlo, solo vivía para los fines de semana en Dunedin. Ello comportaba un viaje largo y una carga económica adicional: cuando los Drury estaban en Dunedin, dormían en el hotel.

—Seguro que llega enseguida —repitió por enésima vez Patrick.

Michael no esperó para pedir el vino. Al menos eso tranquilizaría a Lizzie, aunque esperaba que no demasiado. Lizzie le hizo sitio a Nandé en la mesa familiar. La joven negra se disponía a ir a buscar leche para May a la cocina del hotel. Al verla, tanto los ojos de Lizzie como los de Patrick resplandecieron.

—La señorita Juliet se enfadará —rechazó ella la invitación—. Y la señorita Doortje...

Lizzie hizo un gesto negativo con la cabeza y le tendió una copa de vino.

—Por el momento, ninguna de las dos ha hecho acto de presencia —respondió—. Ven, Nandé, siéntate con nosotros y cuéntanos qué cosas bonitas has hecho hoy con May. Ya doy por sentado que Juliet no se ha ocupado de la niña.

Nandé se mordió el labio, como tantas veces ante el conflicto de no querer criticar a su señora



pero, por otra parte, mantenerse fiel a la verdad. Lo peor era que Nandé estaba al corriente de las citas amorosas de Juliet con Kevin. Al menos estaba bastante segura de que los dos se veían, ya que ¿por qué, si no, necesitaba Juliet tanto tiempo para arreglarse y ponerse guapa cada vez que iba a ver a su cuñado? ¿Y por qué, si no, debía tener preparado un baño en cuanto llegaba? Nandé rogaba que nadie le interrogase acerca de eso.

—Pues bueno, ¡hoy May ha visto un montón de barcos! —respondió—. El señor Patrick fue con nosotras al puerto. ¡Y nos compró fish and chips! Lo comimos en unas bolsas de papel. Teníamos permiso para comer con los dedos. Como en mi tribu.

Nandé sonreía tan radiante como si Patrick la hubiese invitado a un menú de cuatro tenedores en un hotel de lujo. El joven respondió orgulloso a la sonrisa; también era mérito suyo que el inglés de la muchacha ya fuera casi perfecto. Nandé había leído con fruición todos los libros infantiles y las novelas disponibles en la casa de los Drury, incluso la Biblia y, recientemente, también manuales sobre viticultura cuando Juliet le dejaba tiempo para ello. En ese instante, probaba con interés y gravedad, bajo la mirada benevolente de Lizzie y Patrick, el vino blanco que Michael había pedido de aperitivo, aunque él seguía prefiriendo el whisky y la cerveza.

—¡Nandé!

La joven negra se estremeció al oír la voz de Juliet. La criolla estaba en la entrada del comedor, y su rostro enrojecido revelaba que llegaba con prisas. ¿O era cólera? Nandé se levantó de un brinco.

—Tengo que ayudar a señorita Juliet a arreglarse —anunció diligente.

Juliet saludó con la mano a los Drury y les comunicó con un gesto que volvía enseguida. Lizzie se preguntó por qué no se reunía con ellos en ese momento. Con el vestido de tarde habría pasado desapercibida, a fin de cuentas no era una cena formal. Además, los vestidos de tarde de Juliet solían ser más atrevidos que la mayoría de los vestidos de noche que se llevaban en Dunedin.

«¿Por qué tarda tanto? —se preguntó Lizzie mientras bebía una segunda copa de vino—. ¿Y dónde se han metido los otros? ¿Habrá llegado con retraso Matariki?»

Naturalmente, era posible, el viaje desde Parihaka era largo y algo podría haberla demorado. Fuera como fuese, a los Drury les quedaba la poco fluida conversación con Patrick. Juliet mostraba una sonrisa deslumbrante y su perfume era seductor cuando por fin se sentó con ellos. Lizzie no entendía nada.

La joven entretuvo al grupo durante los siguientes quince minutos con cotilleos sobre gente que se suponía que había encontrado en la ciudad, habló con candidez de los conciertos y veladas recientes y sobre la última moda, al tiempo que miraba con menosprecio el vestido reforma de Lizzie.

Y por fin aparecieron también Kevin, Doortje y las visitas de Parihaka. Matariki abrazó a sus padres.

—Los maoríes no lo hacen, por cierto —contó a Doortje, quien, sorprendentemente, la escuchó con atención—. Nosotros intercambiamos el hongí. ¡Y que conste que no se trata de frotarse nariz con nariz! —Y dejando estupefactos a Lizzie, Michael y Kevin, hizo una breve demostración a Doortje de cómo se juntaban las frentes y luego se apoyaban las narices entre sí con suavidad—. Proviene del dios Tane, que fue quien insufló el primer aliento de vida a los seres humanos. Cuando intercambiamos el hongí en la ceremonia de bienvenida, acogemos al forastero en nuestra familia.

Juliet rio.

—Un ritual sumamente arcaico —observó—. Podría proceder de su país, con lo anticuado que es... ¿verdad, Dorothy? Aunque no carente de atractivo... se intima con alguien con toda libertad. — Sonrió a Kevin.

Matariki frunció el ceño. Ya le habían llegado comentarios acerca de Juliet, pues se carteaba con algunas mujeres de Dunedin y conocía a grandes rasgos la historia de la criolla. Juliet había tenido primero una relación con Kevin y luego se había casado con Patrick. Atamarie, Kathleen y Violet se habían sorprendido de ello, mientras que Lizzie guardaba silencio sobre los detalles, pero describía con viveza sus discusiones domésticas con Juliet. Tanto después del matrimonio como ahora, en los últimos meses. Solo en los últimos tres meses antes del nacimiento de May había dejado de tener noticias de Lizzie y recelado que pasaba algo malo. Ahora confirmaba sus sospechas: la pequeña May poseía los mismos rasgos de Kevin y Juliet solo tenía ojos para su anterior amante.

Matariki sonrió para sus adentros. Al parecer, sus dos hermanos estaban criando a hijos ajenos. Pero Juliet no parecía conformarse con nada, pues humillaba a Doortje y coqueteaba con Kevin. Y además estaba espléndida. No era extraño que Doortje casi hubiese sido presa del pánico porque a ella y Matariki apenas les quedaba tiempo para arreglarse. Al final había pedido a Kevin que le apretara el corsé y casi se había derrumbado cuando él se negó con rudeza y desapareció en el baño. Algo que también había asombrado a Matariki. Según su experiencia, a los hombres pakeha les gustaba ayudar a apretarse el corsé a sus esposas. A fin de cuentas, había una aproximación física, ellos contenían la emoción de lo prohibido y ocultaban primero el cuerpo deseado para liberarlo más tarde. Matariki habría creído que su hermano disfrutaba con ese tipo de juego. Pero, claro, estaba iracundo porque las mujeres se habían encerrado bajo llave. Doortje, que conversaba arrebatada, no se había dado cuenta, pero a Matariki no le habían pasado desapercibidos los golpes en la puerta. De todos modos, Kevin había llegado con retraso respecto a la hora convenida para la cita con sus padres. Matariki se preguntaba dónde habría pasado su hermano la hora que se había retrasado...

—Ah, pero el hongí tiene también un significado práctico —dijo a Juliet—. También lo intercambiamos con nuestros enemigos, lo que nos permite conocer su complexión, su forma, su olor y su manera de pensar. Cuánto más cercanos estén, mejor se pueden combatir. ¿Quiere probar usted también, Juliet? Me gustaría conocerla mejor. Usted es Juliet, ¿verdad?

Matariki sonrió sardónica. Patrick parecía avergonzado. Pero al menos ahora podrían ocuparse en pedir la comida... Había estado sosteniendo a May en su regazo mientras la niña jugueteaba con una cucharilla de té y el tenedor, y ahora se la tendió a Nandé. Esta se encontraba detrás de Juliet como una sombra, dispuesta a obedecer la menor indicación de la señora. Si algo había de arcaico, era precisamente eso, pensó Matariki.

Juliet se escurrió con un par de bromas y aseguró a Matariki con amabilidad que también ella ardía en deseos de conocer a la hermana de su marido.

—No todo el mundo tiene una parentela tan exótica —señaló sonriente, y deslizó su mirada hacia Lizzie.

Matariki contempló satisfecha que esta no se ruborizaba, aunque sí Doortje. Por lo visto, ahora se avergonzaba de las palabras racistas que había pronunciado. Matariki empezó a disfrutar de la cena. Hacía tiempo que no se lanzaba pullas con otras mujeres, pero lo que había aprendido durante años en la Otago Girls' School sobre la esgrima verbal no se olvidaba fácilmente.

—En eso se equivoca, Juliet —objetó amistosamente—. La pariente exótica es usted. Yo me

cuento entre los nativos. Pero ahora deje que conozca a mi sobrina de tres años. —Sonrió a Nandé y se dirigió a la pequeña May, que enseguida se lanzó a sus brazos—. Ya que hasta ahora no he visto a mi sobrino.

Dirigió a Doortje y Kevin una mirada de fingido enfado y se percató de que este último miraba a Juliet iracundo. Interesante: Kevin parecía tener competencia para sancionar a Juliet, mientras que a Patrick la conducta de su esposa le resultaba incontrolable.

—¡Es cierto! —Lizzie aprovechó la oportunidad para cambiar de tema—. ¿Dónde tenéis a Abe, Doortje y Kevin?

La joven bóer levantó la vista hacia el aparatoso reloj de pie que había contra una pared del comedor. El Leviathan estaba amueblado con un estilo puramente victoriano.

—Paika ya se lo habrá llevado a casa —respondió con expresión de culpabilidad—. Y nosotros ya deberíamos estar en casa.

Kevin puso expresión compungida.

—¿Cómo has podido olvidarte, Doortje?

—¿Paika? —preguntó Atamarie—. ¡No me digáis que tenéis una niñera maorí!

Doortje movió la cabeza y se frotó las sienes. El nuevo reproche de Kevin le había dolido.

—Paika es la sirvienta de los Dunloe. A veces cuida de Abe cuando tenemos alguna salida. Hoy es su día libre —Doortje lo pronunció como si se tratase de algo escandaloso— y quería ir a una comida en la playa. Kevin pensó que le podía dejar a Abe. —Parecía algo vacilante, pero Matariki le sonrió.

—De eso puedes estar segura, cuidará de Abe como si fuese su propio hijo. Es lo normal en las tribus, todos los maoríes aman a los niños. —«Además, los amigos maoríes de Paika no le leerán la Biblia a Abe», pensó Matariki. Ahora todavía era pequeño, pero cuando creciera un poco vería distintos juegos amorosos en tales celebraciones. Kevin ya debería saberlo, pero, en fin, no se podía poner a Doortje al corriente de todas las peculiaridades de la cultura local—. Y tampoco creo que sea tan horrible el retraso. Los Dunloe viven aquí al lado. Si Paika sabe dónde estáis, lo traerá ella misma.

Lizzie suspiró y Doortje respiró aliviada de que nadie encontrara censurable que hubiese confiado el niño al cuidado de una muchacha maorí; solo Kevin volvía a estar tenso. Matariki volvió a extrañarse. ¿Por qué no estaba de acuerdo con que Paika llevase al pequeño Abe al hotel?

Entretanto, llegaron los platos y estaban exquisitos. Lizzie se percató complacida de lo bien que se desenvolvía Doortje con los modales a la mesa y de que además bebía ¡dos copas pequeñas de vino! Una sorpresa también para Kevin. Lamentaba haber dejado solas a Doortje y Matariki. Algo había ocurrido entre ambas.

También Juliet percibió que Doortje estaba más desenvuelta de lo acostumbrado. La joven parecía haberse liberado de una carga. Y aunque era evidente que había tensiones entre ella y Kevin, si Juliet no ponía cuidado, la nueva Doortje podría ser un obstáculo en su camino.

Al final sirvieron coñac y café. El camarero se volvió hacia Kevin y Doortje.

—Señor y señora Drury, su niñera los espera en la recepción. Ha traído a su hijo.

Doortje se puso en pie de un brinco. Igual que Atamarie.

—Te acompaño, ¿de acuerdo? Estoy impaciente por ver a mi sobrinito segundo.

De hecho, la joven llevaba horas aburriéndose. Solía pasarlo bien con sus abuelos y tíos, pero tanto Juliet como Doortje eran extrañas en la familia. El parloteo insustancial que era habitual entre

ellos no surgía esa noche, la conversación era tensa y formal. Atamarie habría preferido pasar la velada con Roberta, con la que se encontraría al día siguiente a la hora de comer e intercambiarían por fin auténticas novedades.

Matariki se percató de que Kevin intentaba retener a Atamarie, pero Doortje no puso objeciones a que la acompañara. Las dos fueron a la recepción y pocos minutos después ya estaban de vuelta. Atamarie jugueteaba con el pequeño Abe, a quien llevaba en brazos: era su vivo retrato.

Matariki miró boquiabierta a su hija y su sobrino. Doortje le había contado que la habían violado y hablado de la muerte de su torturador, sin mencionar su nombre.

—¿Kevin? —Matariki casi perdió las formas—. Kevin, ¿tienes un momento? Necesito hablar contigo.

Juliet siguió atónita con la mirada cómo Kevin dejaba la mesa con su hermana mayor. Pensó que parecía un perro apaleado.

Matariki no paró en menudencias y preguntó en la recepción si podían utilizar una sala de reuniones.

—Por mí, hasta podemos coger una habitación —advirtió sin andarse con rodeos—. Incluso si no suelen alquilarlas por horas.

El empleado esbozó una sonrisa forzada.

—Claro que no, pero usted... usted no querrá que...

Matariki puso los ojos en blanco.

—Deme simplemente la llave de Waimarama Te Kanawi. La artista maorí, ya sabe usted de quién se trata. Ella está fuera y cuando regrese al hotel tendrá que esperar un poco. Asuntos tribales, ¿entiende? —Cogió la llave y empujó a Kevin delante de ella.

»¡Y ahora dime la verdad, Kevin Drury! ¡No lo niegues! Abe es hijo de Colin Coltrane. ¿Lo sabe Doortje?

Matariki encontró una botella de vino abierta —Waimarama y sus amigas ya habían brindado—, vació el resto en uno de los vasos que había al lado y bebió un buen trago.

Kevin titubeó.

—Sabe que se llamaba Coltrane, pero ignora...

—¿Que ese tipo también era el padre de Atamarie? ¿Que era el hijo de Kathleen? ¿Lo sabe al menos Kathleen?

Kevin miró a su medio hermana.

—La semejanza familiar no pasa desapercibida. Al menos a aquellos que conocieron a Atamarie, y seguramente también a Colin, cuando eran niños. Solo nuestra madre no se ha dado cuenta todavía de nada.

Matariki alzó la vista al cielo.

—¡Pero es cuestión de tiempo! —protestó—. Es posible que Lizzie mienta un poco, con los nietos propios uno no es tan crítico, pero la sociedad de Dunedin... Ya se reconoce ahora por el color del cabello. Ese brillo metálico... solo lo tiene Kathleen. Y cuando se le marquen más los rasgos faciales, la gente no tardará nada en chismorrear. ¡Dejarás a Doortje desamparada ante la tempestad!

—La gente pensará que es algo de familia. A fin de cuentas, Atamarie es la prima de Abe —se

defendió Kevin.

Matariki resopló despectiva.

—Puede que una parte lo piense. Pero Doortje no es tonta. Puede que todavía no haya comprendido del todo quién está relacionado con quién. No deja de ser complicado. Pero ¿qué sucederá en cinco o seis años? ¡Tienes que hablar con ella, Kevin! Cuando averigüe que es amiga de la madre de Colin y que la hermana de este la está pintando y que su cuñada ha tenido una hija con él... ¿Cuándo pensabas informar a Kathleen, Heather y Atamarie de la muerte de su hijo, hermano y progenitor? —Matariki se quedó mirando a su hermanastro.

Él se encogió ante el bombardeo verbal.

—Por todos los santos, Riki, ya han pasado años sin que supieran nada de él...

Matariki gimió.

—¿Y? ¿No consideras que a Kathleen al menos le gustaría saberlo? ¡Ella es su madre! Tiene derecho a llorar su muerte.

Kevin calló, con la mirada puesta en la mesa. Matariki contempló apenada la botella de vino vacío, se dirigió al pequeño lavabo que había en una esquina de la habitación y lavó la copa. A continuación se sentó para el tiro de gracia.

—¿Y qué relación tienes en realidad con la tal Juliet, Kevin? Te mira como si fuera la cazadora y tú la presa, mientras Patrick parece un ciervo herido de muerte. Algo pasa ahí. ¿Te estás acostando con ella?

Kevin tampoco respondió, pero ocultó el rostro entre las manos.

—¡Y encima esto! —suspiró Matariki—. ¡Debes decidirte, Kevin! ¿A quién quieres, a Juliet o a Doortje?

El joven levantó la cabeza.

—No quiero hacer daño a Doortje —susurró—. No sé cuánto tengo de ella en realidad, pero no quiero perder nada.

Juliet se percató de que la salida repentina de Matariki y Kevin había desconcertado a todos los Drury. Doortje parecía dolida, mientras que Lizzie y Michael intentaban soslayar la penosa situación jugueteando con Abe. Patrick se disculpó alegando que tenía que llevar a May a la cama y se marchó, a todas vistas aliviado, junto con Nandé.

Juliet tomó un sorbo de coñac, pensativa. Matariki, que hasta el momento había estado relajada, se había alarmado al ver a su sobrino por primera vez, en lugar de alegrarse por la similitud entre su hija y el pequeño Abe. ¿O ese parecido eran simples imaginaciones suyas? Doortje no parecía sacar conclusiones acerca del aparte entre Matariki y Kevin. Se diría que estaba dándole vueltas a qué habría vuelto a hacer mal en ese mundo lleno de trampas al que había ido a parar.

La criolla bebió otro sorbo. En esa historia pasaba algo raro. Pero ya hacía tiempo que sospechaba que en torno al matrimonio de Kevin y Doortje se guardaban secretos. Seguramente descubrirlos la ayudaría a alcanzar sus objetivos.

El único que fue informado de la supuesta desaparición y posterior muerte de Colin Coltrane era Joe Fence, que había permanecido siempre en contacto con Colin. Habían encontrado su dirección entre los efectos personales de Colin cuando por fin concluyó la guerra de Sudáfrica y los últimos regimientos neozelandeses regresaron a casa. Ya nadie esperaba que volvieran a dar señales de vida los desaparecidos, había que dismantelar los alojamientos y resolver los asuntos pendientes. Así que un sargento ordenó las pocas pertenencias de Colin Coltrane y encontró un par de cartas a Addington. Después de que Eric Fence hubiese muerto, Colin había querido mantener consigo al todavía joven Joe como mozo de cuadras, pero Violet le había buscado un puesto de aprendiz con un entrenador serio. Al principio, Joe quería haber aprovechado esa circunstancia para ofrecer información interna a Colin de otros hipódromos, pero no pasó mucho tiempo antes de que cerrara el propio hipódromo de Colin, quien al principio tuvo que mantenerse en la clandestinidad para evitar las represalias de los corredores de apuestas. Más tarde, en los años oscuros, antes de volver a alistarse en el ejército, había aparecido por Invercargill de forma esporádica. En secreto, por supuesto, Joe había realizado algunas apuestas por él para ayudarlo a superar las estrecheces que atravesaba. Ahora lloraba sinceramente su pérdida, Colin Coltrane siempre había sido como un segundo padre para él.

El joven había crecido a la sombra del hipódromo, había observado cómo se compraban y vendían los caballos, cómo se entrenaban y, sobre todo, cómo se los convertía en ganadores. Ni a su padre, Eric Fence, ni a Coltrane les había molestado que Joe los acompañase cuando celebraban una victoria o se reunían para beber y que el niño se habituase a todas las palabras que salían de su boca. Escuchaba insultos a su madre y a Chloé Coltrane, que intentaba con desespero controlar el modo en que su marido dirigía el criadero. Los apaños y los negocios sucios tenían que organizarse sin que ella se diese cuenta, y a menudo un plan prometedor se iba al garete porque ella llegaba y ponía alguna objeción. En esas ocasiones, Coltrane y Fence echaban pestes contra todas las mujeres del mundo. Así pues, Joe pronto aprendió a menospreciar a mujeres y niñas.

Y entonces Chloé engañó y abandonó a Coltrane, y Rosie, a la que todos tenían por retrasada mental, provocó la muerte de Eric Fence. Fue una lección para Joe. Se mantuvo lejos de las mujeres, le bastaba con ir de vez en cuando a un prostíbulo para colmar sus deseos. De todos modos, no tenía grandes necesidades, pues Joe Fence prefería otros placeres. El juego, por ejemplo; el joven era un astuto jugador de póquer y brillaba en el blackjack. Pero, por encima de todo, amaba las apuestas hípicas. Al azar, apuestas que solía perder, o a victorias o posicionamientos concretos previamente amañados con astucia. Ese sentimiento burbujeante de esperanza o impotencia cuando el caballo salía disparado no era lo que producía la emoción, sino los arreglos previos a la carrera. Había que saber quién estaba al corriente, quién estaba dispuesto a recibir sobornos, qué caballo era el apropiado para manipularlo, qué carrera podía arreglarse.

Todo eso confería a Joe una sensación de poder: era libre, dueño de la situación, quien determinaba el futuro. Los aprendices de su cuadra lo veneraban por eso, lo consideraban un Dios. No era extraño, él podía impulsar su carrera como corredores o arruinarla, montar caballos muy prometedores o perdedores. De ahí que prestaran atención a todo lo que decía cuando daba consejos a la salida de una carrera y le aplaudían cuando, gracias a una apuesta bien colocada, lograban aumentar su escaso jornal. Hasta cierto grado eso también era válido para los propietarios de caballos, que eran quienes pagaban los ingresos regulares de los entrenadores. Sabían que con Joe

sus caballos estaban en buenas manos, casi todos ganaban alguna vez, y si no era así, Joe se preocupaba de que un ingenuo comprador pagara mucho dinero por un animal mediocre.

Todo funcionaba a las mil maravillas, hasta que le coló a Tom Tibbs un jamelgo que solo había causado molestias a su propietario anterior. **Spirit's Dream** era sin duda rápido, pero su tendencia a adelantarse a galope tendido lo convertía en un elemento poco seguro en las carreras amañadas. Pero luego Tibbs se lo dio a Rosie para que lo entrenara y de repente el semental se limitaba a trotar, preferentemente adelantando a los caballos de Fence. Tibbs fue premiado por ganar competiciones y el propietario anterior del caballo se quejó. Al final, también él se marchó con Rosie, y Joe Fence no pudo hacer nada por evitarlo. Claro que se daba la circunstancia de que Rosie era mujer. Joe ya lo había denunciado varias veces en el Jockey Club, pero sin éxito. Lord Barrington protegía a «Ross Paisley» y tampoco había nada en el reglamento de la federación que excluyese de forma terminante a las mujeres como conductoras de **sulkys** y entrenadoras. Hasta entonces, simplemente, a nadie se le había ocurrido que una mujer pudiese infiltrarse en ese dominio tradicionalmente de hombres, pero como Rosie lo hacía realmente bien el club prefería que ella siguiera allí como si de un socio masculino se tratara. Claro que todos estaban al corriente del asunto, pero nadie tocaba el tema.

Así pues, a Joe Fence no le quedó otra solución que la de librar una guerra más o menos sucia con su tía y antigua adversaria. La noticia de la muerte de Coltrane lo animó a librarla con mayor dureza. No podía ser que Rosie triunfara, bastante malo había sido ya que hubiese salido impune tras provocar la muerte de su padre. Fence se preparó para la carrera decisiva en el hipódromo de Addington. A la larga, la New Zealand Trotting Cup sería tan importante como la de Auckland, y si Fence quería conservar su puesto como entrenador en Canterbury tenía que posicionarse ahí mismo. Arrendó unas cuadras nuevas al lado del hipódromo; la apariencia lo era todo, como ya sabía Colin Coltrane.

Y Fence conservaba desde hacía tiempo una parte de su legado, del que nadie sabía nada. Cuando se disolvió la yeguada de Coltrane, el joven había salvado el rótulo colorido y jactancioso que había colgado en la entrada de las cuadras: TROTONES GANADORES DE COLTRANE — CRIADERO Y ESTABLOS DE ENTRENAMIENTO. No había sido fácil guardar ese voluminoso cartel todos esos años, al principio escondido entre el armazón de su cama y el colchón. Desde que era autónomo lo guardaba en un pajar, pero había llegado el momento de sacarle nuevo lustre. Un pintor de rótulos reavivó sus colores y cambió el nombre: en lugar de «de Coltrane» escribió «de Joe Fence». El joven estaba radiante cuando clavó esa obra de arte encima de la puerta de sus cuadras.

Rosie, por el contrario, palideció al reconocerlo. Chloé Coltrane lo había odiado y siempre se había disgustado del efecto presuntuoso que producía. Contó atropelladamente a Bulldog la historia del rótulo.

Bulldog se lo tomó con calma.

—Pues es muy bonito —observó, ganándose una mirada furibunda de Rosie—. Con todo ese rojo y dorado. Tiene presencia. Pero yo te encargaré un rótulo mucho más bonito, si quieres. Solo tienes que elegir un buen nombre.

Rosie rehusó sacudiendo la cabeza. Lo último que le interesaba era atraer la atención sobre ella y sus caballos. Además, desde la Auckland Cup estaba un poco confusa. La misteriosa enfermedad de **Diamond** no había rebrotado, lo que, según opinión de la entrenadora, confirmaba la teoría del envenenamiento. Desde que había regresado de Auckland, la elegante yegua se alojaba en el establo de la agencia de transportes de Bulldog y se había convertido en la favorita de la plantilla de bípedos

y cuadrúpedos. Los cuidadores de caballos la trataban como una reina, los cocheros la acariciaban y prometían apostar por ella, y los caballos de tiro y los robustos cobs que jalaban de los carros de Bulldog relinchaban y piafaban enamorados cuando ella pasaba por su lado. Diamond parecía encontrarse a gusto. Sin embargo, su nueva residencia significaba para Rosie un continuo ir y venir entre Christchurch y Addington Raceway. La casa de Bulldog y los establos de su agencia se encontraban a tres kilómetros de distancia del hipódromo.

Bulldog quería ahorrarle ese trajín y le propuso alquilar un establo en Addington en el que se alojaran todos los caballos que Ross Paisley entrenaba. Pero ella no podía ni quería decidirse. Además, durante las semanas transcurridas tras la estancia en Auckland, la había perseguido la mala suerte. Al semental *Spirit's Dream* se le había distendido un tendón al hacer un falso gesto en el box. Otro caballo, hasta entonces de trote muy seguro, se había puesto al galope en la última carrera y se había desbocado sin solución. Rosie era incapaz de explicarse el motivo. Y una y otra vez, uno u otro animal enfermaba y sufría cólicos antes de una carrera importante. No eran las mejores condiciones para abrir una nueva cuadra. No iba a mudarse a otro establo con un grupo de inválidos y perdedores.

Por otra parte, los intentos de Bulldog por cortejar a Rosie no progresaban del todo. El robusto transportista llevaba semanas pidiéndole que saliera al menos una vez con él, pero la joven era extremadamente tímida y siempre evitaba restaurantes y hoteles. Y puesto que consideraba que pasear era una actividad absurda —bastante se movía ya trabajando con los caballos—, Bulldog no tenía otro lugar donde hacerle la corte que el entorno de las cuadras. Allí, Rosie no mostraba miedo alguno de él, y desde la noche de la carrera de Auckland tampoco temía la soledad. Por consiguiente, Bulldog se esforzaba por convertir en un ritual sus comidas junto a Diamond. Sus empleados veían comprensivos cómo mandaba poner una mesa y pedía menús de restaurantes para agasajar a Rosie en los establos.

—¡Pero no seré yo quien le haga de camarero! —bromeaba el caballero, un hombre mayor y paciente que enseguida había apreciado los desvelos de Rosie por Diamond—. ¡Como mucho de padrino de bodas! Pero ponga cuidado, no vaya a tener que instalar también la cama en la cuadra.

Y al mismo tiempo, aceptaba complacido un par de dólares con los que Bulldog compraba su silencio. El caballero tenía una vivienda junto a las cuadras y se ufanaba de oír hasta toser a sus protegidos cuadrúpedos. Y por muy bien que esto le pareciese a Bulldog, en sus encuentros con Rosie no deseaba tener espías alrededor.

Sin embargo, dos días antes de una de las primeras carreras de calificación para la New Zealand Trotting Cup, no fue Rosie, sino Violet Coltrane quien se presentó ante Bulldog, que estaba preparando una de sus famosas citas. Él la reconoció de inmediato, aunque, por supuesto, había envejecido. Conservaba el cabello caoba y los rasgos delicados... Violet había sido una muchacha hermosísima y era ahora una mujer bonita. Tenía pocas cosas en común con Rosie. Bulldog suponía que se parecía a su madre, fallecida antes de que emigrasen, mientras que Rosie respondía más a la parte del padre y el hermano. Cuando Violet entró en las cuadras, la recibió con una ancha sonrisa.

—¡Violet! ¡No has cambiado nada! —la saludó—. Bueno, es cierto que ahora tengo que tratarla de usted. Disculpe, señora Coltrane, pero Rosie habla tanto de usted que es para mí un personaje



familiar...

Violet arqueó las cejas.

—No malgaste cumplidos conmigo, señor Tibbs. Yo también me alegro de volver a verlo, y espero que este reencuentro sea favorable. Ya veo que lo ha conseguido usted en nuestro nuevo país... ¿No fue buscador de oro durante una temporada?

Bulldog sonrió.

—Ya la entiendo, señora Coltrane, quiere saberlo todo sobre mí. A ver: primero estuve medio año en los yacimientos de oro, conseguí un mulo por un par de dólares y desde entonces no he dejado de invertir cada céntimo en mi agencia de transportes. Ahora tengo, como se dice, dependances en Auckland y Wellington, Blenheim, Queenstown y Christchurch. Soy un hombre adinerado, señora Coltrane, no tema. Y respecto a Rosie, podría... ¡Oh, Dios, no me lo creo! Si comprendo bien la seriedad de su visita, es que Rosie le ha contado... Oh, Dios, y yo que pensaba que ella no entendía mis intenciones...

Violet lo miró con severidad.

—Señor Tibbs, Rosie no es retrasada mental. He pasado la mitad de mi vida defendiéndolo y con frecuencia me resultó difícil. Pero si es cierto que está interesado en ella...

Bulldog alzó las manos.

—¡Rosie es inteligente! —afirmó con convencimiento—. La mujer más inteligente con la que me he relacionado, además de una entrenadora y cochera fabulosa. Recientemente ha viajado por diversión con un carro tirado por un caballo de tiro y, se lo aseguro, señora Coltrane, ¡la enviaré con un tiro de cuatro caballos a Otago! —Los ojos de Bulldog brillaban de orgullo.

Violet sonrió.

—Entonces tal vez debería tomar asiento —observó.

Bulldog le llevó una silla junto a la mesa bien puesta. Las mejillas le ardían de turbación.

—Tengo una casa, naturalmente, yo no vivo aquí, señora Coltrane. Es solo... es solo por Rosie, porque no le gusta salir... Pero sí le gusta comer, por Dios, ya de niña estaba siempre hambrienta. Ya le tenía cariño entonces, ¿sabe?

Violet asintió.

—Claro que lo sé. Y precisamente por eso este asunto me produce más suspicacia.

—¿Suspi...? —Bulldog frunció el ceño y Violet vio que ese hombre nunca había leído una enciclopedia.

—Me parece raro y hasta chocante —tradujo Violet—. De todos modos, no hay prisa, Rosie está en la pista enseñándole los caballos y las instalaciones a mi marido.

Bulldog asintió y pareció aliviado.

—Ya me estaba preocupando —respondió—. Nunca se retrasa. Tiene unos horarios muy regulares, es muy disciplinada.

Violet reprimió un comentario. Sabía que Rosie se aferraba a horarios regulares. Cualquier cambio le daba miedo.

—Rosie era entonces una niña pequeña. No puede haberse enamorado entonces de una criatura y después de la mujer en que se ha convertido veinticinco años después.

Bulldog miró a Violet sin entender.

—¿Por qué no? Aunque, claro, a la pequeña Rosie no la quería de la misma forma que quiero a la Rosie adulta. —Tomó también asiento—. No de la forma en que se quiere a una mujer. ¿Sabe

usted?, entonces me recordaba a mi hermana pequeña. Murió en Londres y también era dulce y rubia... Ya no me acuerdo de Londres. Solo de su sonrisa. Tenía una sonrisa igual de dulce. Y también era igual de... inocente. Había que cuidar de ella, pero yo era demasiado joven. Se marchó de repente. La policía dijo que un cliente la había matado a cuchilladas... Me quedé solo. Pero ahora he vuelto a encontrar a Rosie. Y a Rosie sí puedo cuidarla. Y me gustaría hacerlo, señora Coltrane, si ella me lo permite.

Sorprendida, Violet distinguió lágrimas en los ojos de aquel hombre robusto.

—¿Nunca ha estado casado? —preguntó.

Bulldog negó con la cabeza.

—No. Estuve dando demasiadas vueltas, una chica por aquí, otra por allá. Ya sabe cómo es esto, no hay muchas mujeres, sobre todo para un pequeño don nadie de Londres que se está abriendo camino. Con el tiempo esto ha cambiado, ahora podría tener las que quisiera. Pero no quiero a una con experiencia, ¿me entiende? Una que haya tenido más hombres que yo caballos en la cuadra. O una de esas chicas de buena posición que han estudiado y tal. Seguro que son amables, pero... me darían miedo.

Violet sonrió.

—Pues Rosie también se asusta fácilmente —señaló.

Él asintió.

—Lo sé. Pero ya no tendrá que hacerlo más. La trataré con mucho tacto, se lo prometo. —Tendió a Violet una manaza y esperó con mirada franca a que ella se la estrechara. Luego resplandeció—. Sabe qué, señora Coltrane, voy a enviar a alguien al pub donde nos preparan la comida. Para que traigan también para usted y su marido. Y cuando venga él con Rosie, nos sentamos a la mesa, como en uno de sus elegantes hoteles y restaurantes. ¡A Rosie le gustará!

Violet sonrió.

—Nos sentiremos muy honrados, señor Tibbs.

Tom sonrió.

—Llámeme Bulldog. Así es como me llama Rosie. Pero mire, ahí llegan Rosie y Diamond. Y su marido...

—Llámeme usted Violet. Y él es Sean —presentó la mujer a su esposo cuando este bajó con el rostro algo macilento del asiento trasero del sulky.

La joven entrenadora tenía una expresión radiante.

—¡Ha conseguido un nuevo récord! —anunció—. ¡Pese a llevar el doble de peso!

Había hecho que el caballo trotase desde el hipódromo hasta Christchurch y era probable que hubiese adelantado a muchos carros.

—Ha sido tremendamente rápida —confirmó Sean un poco forzado—. Y... y coge las curvas bastante cerradas... Por lo visto, me he mareado un poco.

Bulldog sonrió.

—Pues sí, ¡para correr en las carreras hay que ser todo un hombre! ¡Como Rosie! Espere, Sean, tengo una cerveza aquí, le sentará bien. Rosie, lleva deprisa a Diamond a su box. Tenemos algo que celebrar. He invitado a Violet y Sean a una cena como Dios manda, igual que en un restaurante.

Rosie se ruborizó, pero Violet percibió alegría en su rostro.

—Espero que no sea una de esas en que uno se equivoca de tenedor —bromeó.

Bulldog movió la cabeza.

—¡Qué va, Rosie! Ya me conoces. Violet, Sean, espero que les guste el fish and chips...

Juliet necesitó pocos días para indagar en la historia de la familia de Matariki y averiguar el origen de su hija Atamarie. De hecho, no precisó de ninguna actividad detectivesca, sino que surgió de forma espontánea durante la visita a Lady's Goldmine. Juliet seguía adquiriendo su vestuario en esa tienda, pese a que Patrick se quejaba de los precios. Pero en esos momentos necesitaba realmente un vestido para asistir a las carreras del fin de semana en Christchurch. Y, desde luego, otro para las celebraciones nocturnas que seguirían al acontecimiento. Bastante engorroso era ya tener que asistir a las exposiciones y conciertos del ciclo «Las artes son femeninas» con sus prendas antiguas. Juliet se metió en un probador con un vestido de ensueño de chifón granate, mientras Atamarie se miraba en un espejo de la tienda. Juliet se preguntaba de dónde sacaría esa chica medio maorí el dinero para esos vestidos cuyo valor, encima, no parecía apreciar.

—Es precioso, pero este corsé... no podré probar bocado —se lamentaba por anticipado.

Juliet echó un vistazo por la puerta del probador. La joven poseía la silueta curvilínea que estaba de moda, y la lucía enfundada en un vestido de terciopelo verde claro.

—¡No digas tonterías! —respondió Kathleen—. Las mujeres llevan corsé desde hace décadas y ninguna se ha muerto de hambre. Además, con lo delgada que estás apenas he tenido que ceñírtelo. Darás envidia.

Claire Dunloe se echó a reír.

—¿Qué, entiendes ahora cómo nos sentíamos las mujeres cuando tú tenías su edad, Kathleen Burton? —bromeó—. Atamie es tu vivo retrato, casi me asusté cuando salió del probador. Con los vestidos holgados y el cabello suelto no llama tanto la atención. Pero así... Todavía recuerdo cuando fuimos a tomar un té en el White Hart de Christchurch y todo el mundo se te quedó mirando.

—¡Qué exagerada! —respondió Kathleen, quitándole importancia.

También Atamarie protestó.

—Yo me encuentro igual a mi madre —afirmó.

Juliet salió del probador y atrajo la atención de las propietarias de la tienda. Una mirada al espejo le confirmó que todavía superaba a la joven Atamarie. Pero Claire tenía razón: había un parecido indiscutible entre Atamarie y Kathleen.

—¿Quieres quedarte ahora con el vestido, Atamie? —preguntó Kathleen a la muchacha, que seguía indecisa—. Venga, no puedes asistir a los conciertos con una indumentaria pasada de moda. Tienes un deber para con Lady's Goldmine.

Atamarie soltó una risita.

—¿Quieres que haga de reclamo? Mamá no lo hace, ya lo ha dicho.

—Ella va de maorí, pero tú llamarías la atención. Vente conmigo, te haré en un momento una pinza en la cadera. Así te lo podrás llevar. ¿Me disculpa un minuto, Juliet? ¡Está usted arrebatadora!

Kathleen se marchó con Atamarie a la trastienda, donde se realizaban los arreglos. Juliet se volvió algo airada hacia Claire.

—¿Cómo se decide qué damas son las que hacen propaganda de la casa a cambio de ropa gratis? ¿En un concurso de belleza del que yo no sé nada?

Claire Dunloe rio.

—Usted sería la primera a quien acudiríamos si realmente necesitásemos reclamos —la elogió—. Pero como toda la distinguida sociedad de Dunedin, está usted dispuesta a pagar por lucir

nuestros vestidos, ¿no es así?

—¿Y la chica? —Juliet señaló con la barbilla la trastienda.

—Es la nieta de Kathleen —respondió Claire—. Naturalmente, a ella no le cobramos nada.

—¿Su nieta? —se sorprendió Juliet—. Pero yo pensaba que el marido de Matariki era maorí.

Claire Dunloe, que nunca había mirado con atención a Abraham Drury, le contó la historia de Matariki y Chloé.

—Todavía me siento algo culpable por no haber impedido que mi hija sufriera esa infeliz relación. Pero después de que perdiese a su primer marido y cuando parecía que había recuperado la felicidad... en fin, al final todo fue a mejor —concluyó sonriente.

—¿Y qué ocurrió con el hijo de la señorita Kathleen? —preguntó Juliet como de paso.

Claire se encogió de hombros.

—Hace una eternidad que no sabe nada de él. Mi marido cree que debe de haberse alistado. Era militar. Es posible que lleve tiempo muerto... Ni idea.

Juliet siguió probándose vestidos y se decidió finalmente por uno de noche y dos de tarde. Se marchó de la tienda sumamente satisfecha. No se había equivocado y ahora tenía una idea clara de dónde había estado Colin Coltrane dos años antes. No obstante, tenía que confirmarlo con Kevin. Esbozó una sonrisa sardónica. Sería interesante confrontarlo con ese asunto.

—Por favor, Juliet, no sabes lo que ocurrió...

La reacción de Kevin había sido al principio de susto, para pasar de inmediato a la indignación y finalmente a la súplica. Juliet estaba encantada, hasta cierto punto disfrutaba humillando un poco a sus amantes. Si Patrick no exagerase tanto... Pero no era momento para pensar en él, sino para gozar de la agradable sensación de colocar a su enojado amante donde ella quería tenerlo.

—¿Qué es lo que no entiendo? —replicó, recorriendo con los dedos el cuello del hombre, para posar la mano en la clavícula y luego bajarla por el pectoral y obligarle con dulzura a volver a relajarse, pues él se había incorporado en la cama, sobrecogido. Ambos aprovechaban una rara oportunidad. Patrick había ido a una reunión de viejos amigos del Ministerio de Agricultura y Juliet había llamado a Kevin a la habitación de su hotel. El médico no era partidario de hacer el amor en la misma cama que su hermano; pero ciertamente era más cómoda que la camilla de su consulta, y ahora, a finales de otoño, no podían salir a pasear a caballo y yacer al raso—. ¿Que tu pequeña bóer se lo montó con Colin Coltrane? —Juliet iba trazando con el dedo circulitos en la piel de Kevin—. A mí no me parece tan extraño. No conocí al hermano de Heather, pero por el aspecto que tienen sus hijos, debía de ser muy apuesto. —Kevin fue a responder algo, pero se contuvo y no dijo nada. De todos modos, Juliet ya sabía demasiado, aunque lo interpretara de forma incorrecta. No necesitaba saber, además, que Colin había muerto—. Y al parecer también tenía encanto, las mujeres iban cayendo rendidas a sus pies. Tu hermana, Chloé...

—Juliet, lo estás entendiendo todo mal... —Kevin intentó enderezarse, pero ella siguió acariciándolo.

—Lo entiendo perfectamente —respondió con voz meliflua—. Lo único que no entiendo es por qué le diste tu nombre al niño. Por qué tuviste que cargar con el pato y finges como si entre vosotros hubiera un gran amor.

—¿No entiendes nada! Y no pienso darte explicaciones porque no es asunto de tu interés.

Tenemos que hablar de algo muy distinto, Juliet. No sobre Doortje y sobre mí, sino sobre nosotros, tú y yo. ¡Esto tiene que acabar! Eres una mujer maravillosa, siempre acabas seduciéndome, pero esto no puede seguir así. Acepta de una vez que tú te casaste con Patrick y yo con Doortje.

Juliet rio.

—Pero no te hace feliz. —Sus manos fueron descendiendo—. Kevin, hace meses que lo veo. Tu querida Doortje es y seguirá siendo una bóer bobalicona. A lo mejor otrora fue una fascinante mujer de armas tomar, por alguna razón tienes que haberte enamorado de ella, pero aquí no deja de ser una campesina bonita pero insípida. Tú mismo eres consciente de ello.

—¡Es mi esposa!

Kevin se derritió bajo los hábiles dedos de Juliet, que en ese momento se deslizaban por una zona muy peligrosa.

—Pero eso puede cambiarse —susurró Juliet—. Los dos hemos cometido errores. Corrijámoslos. Tú envías de vuelta a Doortje al país de los negros, que es adonde pertenece, y yo me separo de Patrick. De acuerdo, habrá un pequeño escándalo cuando demos a conocer que May es hija tuya, pero al final esto también confirmará que estamos hechos el uno para el otro. Patrick te sustituyó porque estabas fuera. Muy noble por su parte. Pero ahora... ahora la naturaleza reclama sus derechos...

Se inclinó sobre él y deslizó los labios por su cuerpo, haciéndolo gozar hasta límites insospechados.

Al menos ese día no volvieron a hablar de poner punto final a la relación. Y en lo referente a darle otra orientación... Juliet todavía tenía ideas acerca de cómo sacar partido a lo que sabía sobre Colin Coltrane.

Matariki Parekura Turei tenía la gran virtud de no dejarse influir por la intransigencia y los prejuicios de su entorno. Ya de niña lo había demostrado: mientras Lizzie y Michael se angustiaban por cómo iba a reaccionar su hija frente a la arrogancia de las pequeñas baronesas de la lana de la Otago Girls' School, Matariki pasaba por encima de cualquier acoso o broma pesada. Cuando su padre biológico la raptó para llevársela a la Isla Norte, se dejó impresionar tan poco por el fanatismo del movimiento hauhau como por la animadversión hacia los maoríes en la población de Hamilton, adonde fue a parar a continuación. Después de haber pasado un año allí, cautiva de un marido escocés fanático partidario de la Iglesia de Escocia, decidió odiar a todos los pakeha, pero pronto le resultó demasiado pesado. Sucumbió al espíritu de Parihaka no por motivos espirituales, sino simple y llanamente porque se sentía bien en el modélico poblado maorí y porque le gustaba el pacifismo pragmático del fundador del lugar, Te Whiti.

Pero Matariki también sabía en qué momento una batalla estaba perdida. Cuando creyó que la amenazaba un arresto, huyó de Parihaka. Más tarde trabajó en distintas organizaciones de mujeres y de maoríes para obtener el derecho al voto, y también ahí dio prueba de su temperamento tranquilo. Matariki luchaba por el derecho al voto, pero se apartaba de la beatería de las partidarias de la Temperance Union: disfrutaba bebiendo un vaso de vino mientras redactaba y enviaba docenas de solicitudes a políticos tercos, malintencionados o simplemente tontos. Matariki nunca perdió la paciencia, sino que perseveró. Eso también la ayudó en su actividad como maestra, una vez que hubo regresado con su marido Kupe a Parihaka. Matariki introducía a los niños maoríes con un entusiasmo

inagotable en la cultura pakeha, así como en la de su propio pueblo. Sin embargo, nunca había asistido a una academia, como Roberta, ni nadie le había enseñado didáctica o métodos disciplinarios. Matariki era maestra porque le apasionaba.

Estas particularidades hicieron que para Doortje van Stout fuera una suerte conocer a la hermanastra de Kevin. Para la joven bóer significó una liberación el hecho de que, al parecer, ninguna opinión pudiese sorprender o enfadar a Matariki. Hasta entonces, la sociedad convencional de Dunedin estaba llena de malicia para ella, aunque había logrado superar con relativa facilidad los problemas meramente protocolarios gracias al manual de urbanidad de Kathleen. Pese a ello, con frecuencia seguía ignorando qué debía decir para no molestar a su interlocutor. Tampoco la ayudaba ninguna observación, y menos aún porque los actos de los habitantes de Dunedin diferían de las opiniones que manifestaban.

—¡Ninguno de ellos dirige ni una palabra a Nandé! —le contó a Matariki—. Todos la tratan como a una cafre, no como nosotros en casa. Pero atrévete a llamarla tonta o salvaje y todos se alteran.

Matariki rio.

—Nandé no es tonta ni salvaje. Según Patrick, a estas alturas ha leído más libros que probablemente la mitad de las llamadas damas de la buena sociedad. Eso se llama hipocresía, Doortje, o mojigatería. Significa que uno se jacta de tener una mente abierta y actúa de forma totalmente distinta. ¡No creas que nosotros, los maoríes, no nos damos cuenta! Oficialmente tenemos los mismos derechos, votamos y estamos en el Senado. Pero ahora mismo con Kupe en el Parlamento estamos protestando contra una nueva ley que quiere quitarnos el derecho de negociar con nuestra propia tierra. O en lo que nos concierne como mujeres: los políticos se pelean por elogiarnos por nuestra delicadeza, pero secretamente están convencidos de que carecemos de todo entendimiento.

—Pero es que es así, Dios creó a Eva de una costilla de Adán. —El cambio constante de un tema a otro de Matariki exigía demasiado de la bóer—. Mientras que Adán fue obra del sople divino...

Matariki se encogió de hombros.

—Los maoríes lo cuentan al contrario. Observa a los ancianos tatuados. Las mujeres llevan los adornos de moko alrededor de la boca para mostrar que los dioses les han concedido el aliento vital. Deberíamos preguntarle a Nandé cuál es el punto de vista de los zulúes.

—Pero... —Doortje recordó otros discursos de su cuñada e intentó mostrar una sonrisa tímida—. Ya sé, no hay pruebas de nada...

Matariki rio y se dirigió a la librería de Kevin.

—Espera, estoy segura de que Kevin tiene El origen de las especies. Puede ser que lo haya guardado en la consulta, aunque sería demasiado peligroso.

—¿Peligroso, un libro?

Matariki movió con destreza una hilera de libros y encontró un pequeño ejemplar detrás.

—¡Lo sabía! Ya lo ves, ¡hasta mi hermano es un santurrón! Es afín a las ideas de Darwin, pero esconde su libro. El reverendo es más valiente. En cualquier caso, aquí debería encontrarse la verdad, Doortje. Al menos el señor Darwin expone pruebas muy convincentes. Dios no creó al hombre de un puñado de barro. La vida ha ido evolucionando paulatinamente. Léelo. ¡Pero no solo el índice! La mayoría de la gente se escandaliza sin haberlo leído. Pero ahora vayamos juntas a ver la exposición. ¿Tengo que atarte el corsé para ir allí? ¡Odio los corsés!

Doortje también los odiaba, pero no quería llamar la atención. Así que se embutió en uno de ellos con ayuda de Matariki, pese a que le daba vergüenza mostrarse medio desnuda delante de su cuñada.

—En casa nunca hacíamos algo así —le confió—. Me refiero a vernos desnudos. Los niños sí, claro. Pero las mujeres adultas... Es indecente. Los cafres sí lo hacen, claro. Como los monos...

Matariki le explicó que las mujeres maoríes no tenían ningún reparo al respecto, y que los monos no contaban porque tampoco podían ponerse y quitarse el pelaje.

—Creo que nunca hubo esos **tapu** en los países cálidos, ahí no se lleva tanta ropa para taparse todo el cuerpo.

—¿Tapu? —preguntó Doortje.

Y Matariki se puso a darle otra lección.

Algunas explicaciones de Matariki le resultaban extrañas a Doortje, pero la ayudaron a comprender el nuevo mundo y le proporcionaron una nueva forma de ver su viejo mundo. Eso no gustó a la bóer, pero no pudo evitarlo, en eso su entendimiento le jugó una mala pasada. Siguió defendiéndose de cosas que no entendía, pero Matariki no le indicaba lo que tenía que hacer, ni lo que tenía que gustarle o rechazar, como las revistas de moda a las que se había suscrito o el manual de urbanidad de Kathleen. Matariki explicaba. Por ejemplo, al asistir al **vernissage** de la gran exposición, explicó a su cuñada los cuadros de grandes y coloridas pinceladas de las artistas, y le mostró que para contemplar un cuadro elaborado con la técnica puntillista había que distanciarse más del lienzo para captar bien la imagen. Sin embargo, Doortje observó con preocupación que los cuadros de paisajes no reproducían verosímilmente a sus modelos naturales.

—Ahora tenemos la fotografía, Doortje. Ahí ya tienes toda la semejanza, más es imposible. Así, los cuadros no están obligados a reproducir la realidad. Esta se puede representar del modo que uno la siente.

—Pero... pero todo el mundo ve el mundo igual.

Matariki señaló a Juliet, que en esos momentos coqueteaba con Jimmy Dunloe mientras se ocupaba en reducir las provisiones de champán de Heather y Chloé.

—Doortje, ¿de verdad crees que ves a esa dama con los mismos ojos que Jimmy? —preguntó, sonriendo.

Doortje aprendía cada vez que visitaba una exposición o asistía a un concierto del festival de arte con Matariki. Leyó a Darwin y se indignó, pero su mente despierta fue incapaz de rechazar de plano la teoría de la evolución: Doortje procedía de una granja, sabía de la crianza de animales... Tenía ahora docenas de temas sobre los que hablar con Kevin y había dejado de ponerlo en ridículo en sociedad. Al contrario, Doortje iba cobrando lentamente una fama similar a la de Matariki, sus opiniones a veces parecían extrañas, pero siempre estaban meditadas. Entretanto, su inglés era menos rígido y ya dominaba con naturalidad los modales en sociedad. Eso le dejó espacio para desarrollar su encanto. Imitaba las entradas relajadas y naturales de Matariki.

—Puedes ser distinta, Doortje —la animaba Matariki—. Y puedes decir lo que piensas. Pero no lo digas como si fuera una verdad absoluta.

En cualquier caso, Kevin ya habría tenido tiempo suficiente para enorgullecerse de su esposa.



Más aún por cuanto la belleza de Doortje hacía palidecer a todas las mujeres que la rodeaban. El médico hasta podría haberse puesto celoso cuando ella hablaba con otros hombres; los caballeros, por su parte, se disputaban por sentarse junto a ella a la mesa. Pero Kevin no parecía percatarse de los cambios. Doortje seguía mostrándose tensa con él y por las noches ni la tocaba.

—No le gusta que hablemos —señaló abatida Doortje pasados unos días—. A lo mejor no deberíamos estar juntas con tanta frecuencia.

Matariki meneó la cabeza.

—Kevin no tiene que darte órdenes —respondió—, puedes estar con quien quieras. Y seguro que no es lo que tú piensas...

Se interrumpió al ver que Doortje la miraba inquisitiva. La bóer ya captaba los matices en la voz, debía de sospechar que Matariki sabía por qué Kevin se comportaba de modo tan extraño. Pero no podía confesarle, claro está, que Kevin simplemente tenía mala conciencia. Era probable que no hubiese puesto punto final a sus relaciones con Juliet y le pesaban los secretos en torno al asunto de Colin. Matariki le había hecho prometer que le contaría la verdad a Doortje lo antes posible. Pero no le había dado ningún ultimátum.

Ahora se arrepentía de ello.

—Han quedado muy bonitas —elogió Roberta el trabajo de Atamarie cuando la ayudó a arreglar sus *manu* para la exposición de las artistas maoríes—. ¿Y qué ha sucedido con el hombre que te enseñó a confeccionarlas?

Atamarie volvió a sorprenderse de su amiga.

—No necesité a nadie que me diera grandes explicaciones, cuando veo algo así lo sé reproducir. Y en cuanto a Rawiri... se ha desviado hacia la ciencia. No te lo creerás, pero ahora está, o al menos estaba, rendido a los pies de los hermanos Wright.

Roberta rio.

—Venga, no creo que a los pies de esos pilotos haya sitio para él —bromeó su amiga—. ¿Estás enfadada porque... bueno... ha colaborado con la competencia?

Atamarie se encogió de hombros.

—Creo que también lo habrían conseguido sin él. Y Richard, de todos modos, no lo habría conseguido. Así que da igual...

—Así que el maorí te resulta indiferente —observó Roberta—. Y ahora también Richard.

—Bueno... —Si otra persona le hubiese planteado esa pregunta, Atamarie le habría dado la razón, pero le era imposible engañar a Roberta—. Creo que... que al menos podría haberme enviado una postal del viaje de luna de miel, ¿no?

—¿Crees que se ha casado con la tal Shirley?

Roberta arreglaba diligente los cordeles, *aho tukutuku*, cuidadosamente anudados de las cometas. Para Atamarie era algo natural, pero para los espectadores eran, incluso sin las *manu*, pequeñas obras de arte.

—Me extrañaría que no fuera así. ¿Tú qué piensas, me atrevo a cantar en la exposición? Las mujeres creen que sería bonito que entonaríamos *karakia*. Para mostrar que las *manu aute* no son simplemente cometas, sino un vínculo con los dioses. Pero no sé... los dioses y yo no nos llevamos especialmente bien. —Atamarie cambió de tema con destreza y Roberta se rio.

—¿No tenéis cantantes entre vosotras? —preguntó—. Ellas se podrían encargar.

Atamarie negó con la cabeza e hizo una mueca.

—No funciona. Me lo ha explicado antes Waimarama. Aunque pueden acompañar el canto, es el o la *tohunga* en el arte de confeccionar cometas quien debe empezar y ejecutar la voz principal. Y, además, hay que remontar la cometa. Y en la ciudad...

—¿En el tejado? —propuso Roberta.

Atamarie rio.

—¿Y que todos se suban ahí? Ya veo a Juliet subiendo con su corsé. Y Patrick y Kevin luchando por sostenerle la escalera.

—¡Qué mala eres! —Roberta se puso seria en cuanto se mencionó el nombre de Kevin—. Kevin aguantaría la escalera a Doortje... Aunque Juliet hace todo lo posible para... —Se ruborizó.

—Seducirlo, ¿eso querías decir? Salta a la vista. Y no me parece que él se mantenga imperturbable como una roca. Más bien me recuerda a un junco.

—¡De verdad que eres imposible, Atamarie! Solo porque en Parihaka hay costumbres ligeras, no puedes endosárselas a Kevin. —Roberta se dio media vuelta.

Atamarie se frotó la frente.

—En Parihaka no hay costumbres ligeras. Cuando dos personas contraen matrimonio, la pareja suele mantenerse unida. En cambio, Kevin... Perdona, Robbie, pero solo porque tus esperanzas en cuanto a Kevin no lleguen a cumplirse no significa que Juliet lo deje impertérrito.

Roberta se puso más roja.

—No es cierto que yo todavía vaya detrás de Kevin. Yo...

Atamarie apartó una de las cometas para enseñar mejor otra.

—Te haces las mismas ilusiones que Juliet —declaró con firmeza—. No te esfuerces, Robbie, cuando se te conoce un poco se ve a las claras. En cuanto quedó claro que había problemas entre Kevin y Doortje, en tus cartas dejaste de mencionar al veterinario. En cambio, siempre Kevin, Kevin, Kevin. Kevin hace esto, Doortje no hace lo otro, Juliet intenta esto... ¿Dónde se ha metido ahora el veterinario? ¿Todavía puede abrigar esperanzas o vas a adorar a Kevin hasta sus bodas de plata? Con Doortje o con Juliet, pero seguro que no contigo.

Roberta se dejó caer en una silla. La exposición de arte maorí se exhibía en la sala de la congregación del reverendo Burton y todavía no se habían sacado las mesas y sillas.

—Yo tampoco lo sé —susurró—. Vincent es... es muy amable. Sería un esposo y padre maravilloso. Pero también es...

—¿Un poco aburrido? ¿Echas de menos la aventura? Pero Robbie, Kevin tampoco es que lleve una vida muy emocionante. Ni como médico ni como veterinario, ninguno de ellos volverá a Sudáfrica ni hará ninguna locura. Lo único que tenía de estimulante Kevin eran sus historias de faldas. Y... y no es que sea especialmente aventurero que te engañen. —Atamarie se frotó los ojos y se sentó junto a su amiga—. Me encantaría saber si se ha casado con Shirley —musitó—. Al menos así sabría en qué posición me encuentro.

Roberta le dirigió una sonrisa triste.

—¿Entonces volverías a intentarlo? —preguntó—. Hasta... bueno, ¿digamos que hasta el vigésimo quinto aniversario del vuelo de los hermanos Wright? Las dos estamos bastante chifladas, Atamie.

Atamarie abrazó a su amiga. Roberta tenía razón. Ella tampoco había olvidado todavía a Richard.

La inauguración de la exposición maorí por la tarde recibió un público sorprendente, ya que Caversham no se encontraba en el centro de la ciudad y había otros escenarios más atractivos del festival de arte que la sala de la comunidad. Pero Chloé y Heather habían tenido en cuenta la rentabilidad.

—Tenemos que vender cuadros, Matariki, de lo contrario no salen las cuentas. Todos los alquileres de locales y alojamientos de las artistas suman un montón de dinero, esto no se financia solo con el cobro de entradas en los conciertos. Y de momento todavía hay poca gente que se interese por el arte maorí. A la gente le gusta contemplarlo y eso ya es de por sí satisfactorio. Pero no creen que el valor de esos cuadros y obras de arte vaya a aumentar. Por eso no invierten en ellos.

—Podrían comprar las obras simplemente porque son bonitas —protestó Matariki.

En Parihaka se vendía a los visitantes una cantidad relativamente buena de cuadros y labores de

telar y, sobre todo, de tallas de jade. Pero se las consideraba más **souvenirs** que obras de arte.

Sin embargo, la gente bien de Dunedin sorprendió a artistas y galeristas con el gran interés que demostró. El público habitual en las inauguraciones, que no dudó en desplazarse a Caversham, quedó cautivado por los coloridos cuadros y contempló fascinado los rostros diminutos de los **hei tiki**, las miniaturas de los dioses que se llevaban o colocaban en algún sitio como amuletos.

Las **manu** de Atamarie recibieron sobre todo la aprobación masculina.

—¿Es verdad que vuelan? —preguntó Jimmy Dunloe al tiempo que tocaba un **birdman** adornado con plumas—. Las cometas que yo construía de niño eran más livianas y no tenían cola.

Atamarie sonrió.

—Solo si además se canta —respondió—. Pero enseguida se lo explico, cuando las talladoras de jade hayan terminado.

Una de las artistas informaba a los interesados sobre los yacimientos de jade, su naturaleza y su significado para la cultura maorí.

—Para nosotros es más valioso que el oro —explicó Waimarama con su dulce voz—. Pero no excavamos, solo lo buscamos. Cogemos lo que los dioses nos dan. Y se lo devolvemos de otra forma tallando el **pounamu**.

—¿Y es verdad que da suerte llevar un **tiki** colgado al cuello? —preguntó Christian Folks.

La mujer maorí sonrió.

—Colgado del cuello no puede llevar un **tiki**. **Tiki** son las grandes estatuas que se encuentran en nuestras casas de asambleas. Pero los **hei tiki**... ¿por qué no, si uno así lo cree? Su futuro o su suerte es el resultado de lo que fue. De lo que significó para usted y de lo que usted significó para su propio pasado. O para sus antepasados. O para los dioses. Es todo un cuadro... —dirigió la mirada a las pinturas colgadas de la pared— o una tela. Una hebra lleva desde el comienzo hasta el final. La tiñe, la teje, la introduce con la aguja en la tela y la saca con la bendición de los dioses. Es de esperar que el resultado final sea un cuadro armónico.

Algunos visitantes parecían extrañados, pero otros sonreían. El reverendo guiñó el ojo a la oradora. El peligroso terreno de la idolatría en la cercanía de la Iglesia había salido bien parado.

Atamarie era la siguiente. Contó con entusiasmo las leyendas maoríes en torno a las **manu** y describió su significado espiritual y también práctico.

—Con ellas, no solo se transmitían mensajes a los dioses, sino también a tribus lejanas. Una cometa así se ve desde mucha distancia. Por supuesto, en esto desempeñaban una función importante los símbolos que se pintan en ellas o los adornos que se pegan. La **manu** se distingue mejor cuanto más grande es, y nuestro pueblo confeccionaba cometas enormes. —Sonriente, explicó la conquista de Pa Maungaraki con ayuda del artífice de cometas—. ¡Mucho antes que los hermanos Wright! —añadió, ganándose el aplauso general—. Y ahora debería cantar también **karakia** —concluyó—. Y eso pese a que no canto especialmente bien ni soy una **tohunga**, yo solo sé confeccionar cometas, los dioses son competencia de otros.

—¡A lo mejor puede dejarle el texto al reverendo! —bromeó Jimmy Dunloe. Peter Burton lo censuró con el dedo.

—Bueno, vale más que lo intente yo misma.

Atamarie no se dejó desconcertar por el comentario y, con su voz diáfana, entonó la oración más sencilla a los dioses que conocía. Por un segundo se interrumpió atónita cuando una voz oscura y más

firme intervino:

Taku manu, ke turua atu nei  
He Karipiripi, ke kaeaea...

Vuela cada vez más alto, primoroso pájaro,  
conquista las nubes y las olas,  
vuela a las estrellas,  
iarrójate a las nubes  
como un guerrero a la batalla!

Atamarie buscó con la mirada al cantante entre el público y distinguió el rostro dulce, en esos momentos concentrado en la canción, de Rawiri. Mientras cantaba observaba el cielo, y cuando acabaron miró radiante a Atamarie.

La joven carraspeó y señaló al muchacho.

—Cedo ahora el lugar a un auténtico **tohunga**. Es Rawiri. Todo lo que sé sobre las **manu**, me lo enseñó él.

Y se retiró para que nadie se percatara de lo mucho que la había turbado ver a Rawiri. ¡Cuánto había cambiado en Estados Unidos! No solo llevaba el cabello más corto, sino que parecía más adulto, más fuerte y seguro de sí mismo. Claro que también había compartido la fama de los hermanos Wright... Atamarie sintió una pizca de envidia. Rawiri habló a los asistentes solo de las cometas, de sus formas y nombres, y añadió más información sobre el empleo de las **manu**.

—A veces el significado espiritual y el rendimiento práctico se unen —explicó—. Por ejemplo, cuando empleamos las cometas para elegir el terreno donde asentarnos. El terreno se podía mensurar, pero también se pedía a los dioses que lo bendijeran. Pero ahora voy a dejar de hablar. Las **manu** están impacientes, las oigo susurrar a mis espaldas...

Los oyentes rieron, pero Rawiri parecía hablar en serio.

—Los pájaros quieren volar —dijo con dulzura—. Atamarie, ¿a cuáles soltamos?

—¡A este! —respondió Jimmy Dunloe, todavía no convencido de que el **birdman**, demasiado pesado según su opinión, consiguiera alzarse en el aire.

Atamarie negó con la cabeza.

—Mejor las **manu whara**. En el centro de la ciudad apenas sopla el viento.

Pese a que la parroquia tenía un jardín muy bonito, con aire de encantado, estaba rodeado de un muro alto. No era lo ideal para remontar las cometas.

—De todos modos, solo funcionará en el tejado —señaló Rawiri—. En la torre será lo mejor. —Indicó el campanario.

El reverendo Burton carraspeó, pero fue Kathleen quien intervino: amaba su casa y el cargo de párroco de Peter en Caversham.

—¡Ni os atreváis! —exclamó en tono de broma pero decidido—. ¿Qué creéis que nos dirá el obispo cuando se entere de que utilizáis nuestro campanario para poneros en contacto con los espíritus?

—Más bien con los antepasados si cogemos la **manu whara** —precisó Atamarie—. Imita la forma de la canoa que...

—Antepasados, espíritus, da igual. ¡Ninguno puede utilizar la iglesia! —repuso Kathleen con firmeza—. ¡Peter! ¡Prohíbeles que lo hagan!

El reverendo sonrió.

—Considero a Dios suficientemente flexible en cuanto a esta cuestión, y una oración es una oración, tanto si llega al cielo a través de una cometa como directamente de nuestros corazones. Pero mi esposa está en lo cierto: el obispo podría considerarlo de otro modo. Precisamente al oír esa palabra, antepasados, ya reacciona... con bastante disgusto.

Un par de miembros de la congregación rieron. La carrera de Peter Burton ya se había estancado en varias ocasiones a causa de lo poco convencional que era su oratoria. No disimulaba que era darwinista, y conciliaba este hecho con sus deberes religiosos. El obispo estaba a la espera de que algunos fieles santurriones se quejaran.

—Vayamos al tejado —musitó Rawiri a Atamarie tras comprobar que ya nadie les hacía caso, sino que discutían animadamente sobre las posturas de Burton y el obispo—. ¡Ven!

Se llevaron la *manu whara* y el *birdman*. Para este último apenas había viento suficiente, pero las dudas de Dunloe habían herido a Atamarie en su orgullo. En ese momento seguía audaz a Rawiri escaleras arriba hacia la terraza, encantada con el inesperado reencuentro. Por fortuna había escogido para la inauguración de la exposición maorí un vestido ancho, tejido en Parihaka, y no uno de esos femeninos e incómodos vestidos de Lady's Goldmine.

—¿No tienes vértigo? —preguntó Rawiri, cuando la ayudó a salir al tejado.

Atamarie lo miró indignada.

—Apuesto a que he volado más alto que tú —se jactó.

El joven rio.

—De todos modos, ten cuidado, no vayas a resbalar. Siéntate primero en el remate de la cubierta.

Poco después, Roberta, que había observado preocupada desde el jardín el ascenso de Atamarie y Rawiri, convocó a los visitantes de la exposición para que salieran. Fascinados, escucharon la canción de Atamarie y Rawiri mientras las dos cometas danzaban en el cielo del atardecer.

—¿Cantaste *karakia* para los hermanos Wright? —le preguntó Atamarie cuando hubieron concluido.

El maorí negó con la cabeza.

—No. Ellos no creen en estas cosas. Y en Kitty Hawk había demasiado ruido... Era un espectáculo, Atamarie, no, un... un oficio divino.

Ella se preguntó si volar había sido para Richard Pearse un oficio divino. Pero el concepto no era el adecuado, claro. Sin embargo, recordó su primer vuelo en el *Tawhaki*, la sensación cuando bautizó el avión... Rawiri no iba tan desencaminado. También para ella había sido algo espiritual, al menos había apaciguado a los espíritus que vivían en el seto. Iba a hacer un comentario irónico al respecto cuando Rawiri la miró.

—¿Cantaste también *karakia* para Richard Pearse? —preguntó.

Atamarie frunció el ceño.

—¿Cómo sabes...?

—¿Que volaste? Lo vi en tus ojos. Además, lo has dicho antes.

Ella suspiró.

—¿Te acuerdas de todo lo que digo? —No sabía si quería hablar de Richard.

—Todas las palabras que pronuncias se convierten en una melodía en mi corazón —respondió con modestia Rawiri, pero no se olvidó de Richard Pearse—. Y que él voló... bueno, se lo contó por carta a Wilbur y Orville...

—¿Eso hizo? —Atamarie casi se cayó del tejado. Rawiri la sujetó de la mano—. ¿Richard escribió cartas a los hermanos Wright?

El muchacho asintió.

—Pues sí. Pero ellos no se lo tomaron en serio, la verdad. Debió de ser una correspondencia un tanto extraña. A veces escribía regularmente, otras guardaba silencio durante meses. A veces intercambiaba ideas científicas, otras parecía divagar. Y todo se hacía más difícil a causa de lo mucho que tarda en llegar el correo. Sea como fuere, Wilbur y Orville lo tenían por un chiflado, aunque mantuvieron el contacto durante años. Esos se conocen todos entre sí.

—A mí nunca me lo contó —murmuró Atamarie—. ¿Les... les dijo de verdad que había volado? Rawiri se encogió de hombros.

—No me dejaron leer su carta. Pero en algún momento escribió que no había salido bien, que no había volado, que Dios no quería que los seres humanos volasen... y añadía algo sobre un seto embrujado.

Atamarie suspiró.

—Se suponía que el seto estaba lleno de espíritus. Pero dejando esto aparte, si les contó a los hermanos Wright algo sobre su avión y su intento de vuelo, ellos debieron de sacar conclusiones. Sabían que había volado o que estaba a punto de hacerlo. Y entonces se apresuraron a montar el espectáculo de su vuelo... Por Dios, Rawiri, ¡cómo es que Richard podía ser tan tonto!

Atamarie repasó rápidamente lo sucedido. Encajaba. Los hermanos Wright habían precipitado su primer vuelo después de que Richard hubiese renunciado. Consideraban que estaba chiflado, pero sabían que había volado y no querían correr el riesgo de ser unos segundones.

—Cantaste para él —constató Rawiri—, pero los espíritus no te escucharon...

La joven se encogió de hombros.

—Es probable que uno solo pueda cantar para sí mismo —murmuró—. ¿Cantamos otra vez?

Rawiri entonó una canción para los dioses y Atamarie tarareó con él. Las cantantes maoríes que estaban abajo, en el jardín, repitieron el tema de la canción y en el crepúsculo se diluyó un dúo casi etéreo entre el cielo y la tierra.

—Es bonito —susurró Doortje, y cogió tímidamente la mano de Kevin.

Ignoraba si era decoroso, pero últimamente a veces añoraba sus caricias. Algo que un par de meses antes no habría admitido. Pero ¿por qué no iba a desear a Kevin? Era su marido. Él no la rechazó, sino que apretó con dulzura sus dedos.

A Juliet no le pasó por alto ese gesto. No sintió dolor, pero sí una rabia impotente.

—Hacían manitas —informó preocupada Roberta al día siguiente a una no demasiado interesada Atamarie—. Mientras cantabais en el tejado. Doortje ha cambiado radicalmente estos últimos días. Tu madre...

—Mi madre lo ha invitado a las fiestas de Matariki —respondió Atamarie distraída—. En nuestra tribu junto a Elizabeth Station. Ya que estamos aquí, iremos a celebrarlas con los ngai tahu. Y él ha dicho que sí. Hará cometas con los niños, lo ha prometido. A lo mejor las hacemos juntos...

—¿Me estás escuchando, Atamarie? Estaba hablándote de Kevin y Doortje.

—¡Es bonito que por fin sean felices! ¿O preferirías que se fuese con Juliet? Ya te lo advertí una vez, Robbie, por no decir mil veces: escogerá a una de las dos, no a ti.

—¿Y en tu caso se trata solo de Rawiri? —inquirió Roberta algo molesta.

Habría preferido hablar del inesperado intercambio de caricias entre Kevin y Doortje o de cómo esta se había acercado a Kevin, dependía de cómo se viera. Pero bien, ya sabía que era un poco infantil.

Atamarie se encogió de hombros.

—Es simpático —contestó—. Me gusta estar con él y me quiere. Pero cuando lo comparo con Richard... ¿Te he contado que escribió a Wilbur y Orville Wright?

Roberta gimió.

—¡Ya puedes criticarme a mí y a Kevin! Y a Vincent. Las dos tenemos el mismo problema, Atamie, ¿lo entiendes?

En los días siguientes se estrecharon los lazos entre Atamarie y Rawiri. El joven se quedó en Dunedin, a fin de cuentas había ido hasta allí para cortejarla. Después de llegar a Wellington se había enterado de que ella se encontraba en la Isla Sur y se había puesto en camino hacia allí. Ahora asistían juntos a los distintos conciertos y exposiciones del festival y se revelaba como un interesante interlocutor. Atamarie, quien hasta el momento solo había visto a Rawiri en el entorno de Parihaka, estaba agradablemente sorprendida. El joven maorí también había ido a la universidad y había conocido una parte de Estados Unidos. Había visto más mundo que Atamarie y sabía despertar interés en lo que contaba. Rawiri hablaba de unos edificios increíblemente altos en Nueva York. Describía el puente de Brooklyn como el más largo puente colgante del mundo, hablaba de unas construcciones ferroviarias espectaculares, de automóviles que paulatinamente marcaban la imagen urbana de Estados Unidos y de la planificación de transatlánticos.

—Y ahora desarrollarán la aviación —señaló sonriente—. Tanto si cantamos como si no.

Atamarie le contó de sus exámenes, de su futuro todavía no madurado del todo y, una y otra vez, de Richard Pearse. No quería revelar toda la historia ante Rawiri, pero ardía en deseos de comparar el avión de Richard con el de los hermanos Wright. El maorí le describió con todo detalle la máquina de estos.

—Seguro que al profesor Dobbins también le interesaría —observó la joven al final—. Cuando pases por Christchurch, de vuelta, deberías ofrecerte para pronunciar una conferencia a los estudiantes.



Rawiri la miró incrédulo.

—¿Me crees capaz? ¿En público? Siempre tuve la sensación... bueno, de que para ti no era más que un muchacho maorí bobo que creía saber volar pero que se caía cantando al mar.

Atamarie sonrió.

—No es peor que caerse sobre un seto sin pronunciar palabra —observó—. Además, Richard no se licenció. Pese a ello construyó un avión. Y volaba mejor que el de los Wright.

El rostro de Rawiri se ensombreció.

—¿Por qué siempre que hablamos tiene que estar presente Richard Pearse? —preguntó a media voz—. Estábamos hablando de los Wright. Y de mí. Pero siempre vuelves a sacarlo en la conversación. ¿Todavía le amas, Atamarie? Sabes que yo... No quiero presionarte, pero pensaba que a lo mejor íbamos juntos a Christchurch. Me has dicho que el profesor te ha ofrecido un puesto en el instituto. Creí que lo aceptarías. Y yo podría estudiar Ingeniería en el Canterbury College. Yo también quiero construir aviones y... hacer cantar un motor. ¿Has pensado en ello, Atamie? ¿Que cantan... que susurran a los espíritus?

Atamarie sonrió. Había escuchado con frecuencia el sonido del motor Otto. También era música para ella, cuando funcionaba bien. Pero ¿susurros?

—¿Crees que en algún momento inventarán motores que susurren? —preguntó.

Rawiri hizo un gesto de ignorancia.

—¿Por qué no? Puedo imaginar que no sean tan ruidosos. No deberían superar el sonido del viento... ni causar tanto estrépito que los seres humanos no consigan escuchar sus pensamientos.

Atamarie reflexionó.

—Si pudiesen reducirse las vibraciones... —Sus ojos brillaban de interés.

El joven movió la cabeza.

—Olvídate ahora del motor, Atamarie. Tienes que saber qué hay todavía entre Richard Pearse y tú. ¿Volverás a reunirte con él? ¿Y a volver cuando él ya no te quiera más a su lado? Puede que yo sea la segunda opción, pero alguna elección tendrás que hacer.

Atamarie se apoyó en el joven maorí. Ambos habían ido a la playa para remontar las cometas de la muchacha. Rawiri insistía en que no las encerrara en un museo y, a esas alturas, ella tenía la sensación de que él tenía razón. Los otros objetos expuestos en la sala de la congregación del reverendo Burton parecían perder resplandor lejos de sus **marae** y **wharenui**, de los soportes donde colgaban y de las casas de asambleas. Pero las **manu** ganaban vida. Olían a mar cuando habían volado en la playa y el viento había revuelto las plumas con que estaban adornadas. Les daba una nueva expresión. El hombre pájaro parecía contar sus aventuras en los aires, el azor tenía un aire furioso y la canoa callaba los secretos de los antepasados.

En ese momento las **manu** reposaban junto a Atamarie y Rawiri en la arena mientras los dos bebían una cerveza y contemplaban el mar. Atamarie se acercó al joven.

—No sé si tengo elección, Rawiri —suspiró—. Podría amarte y tal vez lo esté haciendo ya. Pero a veces siento como si entre Richard y yo hubiese una **aho tukutuku**... un cordón de lino. El lino no se rompe tan fácilmente.

—Roberta dice que es probable que se haya casado —señaló Rawiri y la miró inquisitivo—. ¿No se ha roto el cordón todavía?

Atamarie se encogió de hombros.

—Yo todavía lo siento en mi corazón, Rawiri. No puedo remediarlo. Es más fuerte que yo. —

Miró a lo lejos—. Dame tiempo —susurró—. Tan solo dame tiempo.

Media hora antes de la hora acordada, Roberta estaba delante de la casa de Lower Stuart Street esperando para ir a un concierto con Atamarie y Matariki, y naturalmente con Doortje y Kevin. Sin embargo, se convencía de que era pura casualidad. Al igual que había sido por casualidad que había preferido dar un paseo a pie por el centro de la ciudad que en el carruaje de Sean y Violet. Sus padres vivían en las afueras y Roberta había tenido que caminar media hora larga. Pero ese día el aire era fresco y Kevin todavía estaría en su consulta mientras Doortje, Atamarie y Matariki se preparaban para el acontecimiento. A lo mejor dejaba la puerta abierta, durante las horas de asistencia solo la entornaba y cuando no había nadie en la sala de espera solía dejar la consulta sin cerrar. Para no despistarse si llegaba alguien. A lo mejor Roberta podía asomarse al interior y charlar un poco con él. Pero claro, solo si el azar lo permitía. Ella nunca habría planificado algo así...

Sin embargo, quedó decepcionada cuando encontró cerrada la puerta que daba a la escalera de la vivienda. ¿Estaría Kevin arriba? Pero entonces oyó ruidos procedentes del interior de la consulta. Unos ruidos sospechosos. Un gritito agudo, aunque tal vez se lo había imaginado... y gemidos. Bueno, no podía negarse que alguien gemía. Roberta se puso a pensar. Kevin debía de estar con una paciente, tal vez se tratase de una urgencia y seguramente la enfermera que ayudaba a los médicos durante las consultas ya se había marchado a casa. ¿Estaría solo con un caso grave? Ella podía echar una mano, ya había colaborado algunas veces en el hospital en Sudáfrica. Vacilante, pulsó el timbre de la consulta. La puerta no estaba cerrada con llave, algo lógico en un caso de urgencia. Pero la puerta entre la sala de espera y la de consultas sí estaba cerrada. Entró en la primera y se detuvo vacilante. ¿Llamaba a la puerta o se limitaba a pasar y ofrecer ayuda? Los gemidos eran ahí más nítidos, pero... no tenían un tono lastimero, sonaban de un modo opuesto a los lamentos de los heridos o enfermos graves.

Curiosa, se acercó a la puerta y vio confirmadas sus sospechas. Una especie de risita se mezclaba entre los gemidos. Risitas de una mujer. Y la voz de un hombre. La de Kevin.

—¡No, Juliet! No, no, de verdad... mujer fatal... eres una diablesa.

—Mientes, sabes que soy un ángel... Te montaré hasta que aguantes.

El rostro de Roberta se encendió de rubor cuando entendió que se trataba de un acto sexual. Una urgencia... ¡Cómo podía haber sido tan tonta! Atamarie se partiría de risa cuando se lo contara. Pero ¿podía contar algo así? Su primer impulso fue marcharse, pero se detuvo, como hechizada por las voces.

—Juliet, en serio, no quiero seguir.

—Kevin, cariño, no hables por la cosita que tienes aquí y que no quiere salir de mí.

—¿Cosita? ¿Quieres herirme? —La voz de Kevin fingía indignación. Y Roberta acababa de creer que estaba enfadado. Qué tonta.

Risitas.

—Oh, perdona, me refería a tu poderoso miembro viril... Eres un semental, cariño... ¿Mejor así?

—Mejor. Pero no deberías... Y ahora tengo que levantarme, ese concierto...

—¿Quieres que cante para ti? —Juliet no se tomaba en serio ninguno de sus pretextos—. Deja que mi cuerpo cante para ti... nuestro dueto es mejor que todo lo que puedas escuchar en ese

escenario. Ven, semental mío... Ahora tienes que cabalgar.

—No debemos seguir.

La voz de Kevin sonó angustiada, y Roberta se preguntó por qué no se limitaba a ponerse en pie y marcharse, si lo que estaba ocurriendo ahí violentaba su voluntad. Y por qué habría abierto la consulta a Juliet. Pero ya era hora de marcharse, realmente. Aquello era repugnante... y muy distante de las noches de amor que había soñado compartir con Kevin. Roberta había imaginado tiernas caricias, promesas y palabras de amor, y un silencio feliz y armonioso tras llegar al punto culminante, que ella imaginaba como una salida de sol o una lluvia de estrellas. Pero eso... Si lo que él quería (o no quería, vistas sus objeciones) era esa cosa afectada entre la lascivia y la tontería... lo último que deseaba Roberta en ese momento era estar en el sitio de Juliet.

En realidad lo que más deseaba era estar muy lejos de allí. Vacilante, retrocedió un paso hacia la puerta. Se iría con sigilo. Pero Roberta no destacaba por su tacto... Se dio media vuelta y se llevó un susto de muerte cuando un monstruoso jarrón victoriano lleno de flores se volcó y se hizo pedazos con un estallido. Ahora no le quedaba más remedio que salir huyendo.

Kevin abrió la puerta de par en par cuando Roberta todavía no había llegado al acceso de salida. Como era de esperar, iba desnudo, apenas con una toalla envuelta en las caderas.

—¿Roberta? —Al ver a la joven sus ojos reflejaron temor, pero también cierta tranquilidad. Por suerte solo se trataba de Roberta.

»¿Qué... qué estás haciendo aquí? Me estaba refrescando un poco. Arriba en la casa hay tres mujeres... —Sonrió a modo de disculpa y solicitando comprensión.

Roberta fue consciente de repente de que la estaba tomando por una boba. Como siempre había hecho, daba igual lo duramente que ella hubiese trabajado en Sudáfrica. Kevin la había considerado útil, pero no la había tomado en serio. Sintió que el frío invadía su interior.

—No te esfuerces, Kevin, lo he oído todo —dijo con calma—. ¿Dónde escondes a Juliet? Dile que puede salir, la ayudaré a ceñirse el corsé. Querrá estar presentable cuando se encuentre con Doortje, ¿no?

Kevin hizo un gesto compungido. Ya no quedaba nada de su seguridad en sí mismo.

—Roberta, por favor, no se lo digas a nadie. Sé que no deberíamos hacerlo y quiero cortar, pero... —suplicó.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó con desprecio.

—Por favor, Roberta, amo a Doortje... Pero no puedo, es...

De la sala de consultas salió una risa.

Roberta se dio media vuelta. Sobraba cualquier comentario y tampoco sabía qué más decir. Al final corrió al exterior y cerró la puerta tras de sí.

—¡Roberta! —gritó Kevin, pero ella ya no volvió la vista atrás.

Él solo quería asegurarse con palabras bonitas de que ella callaría... siempre había sabido manejar las palabras. Pero ¿iba ella a callar?

Bajó corriendo los escalones. No podía encontrarse con las otras mujeres, Atamarie se percataría de que algo le había ocurrido. Y no podía decirle que había derrochado amor y respeto por un hombre pusilánime al que había pillado en brazos de una furcia. Un impostor que hoy cogía la mano de Doortje y mañana se entregaba a su cuñada. Y que, encima, hablaba de amor...

Roberta cogió un coche de punto para ir a casa de sus padres. Violet y Sean se extrañarían cuando no apareciera en el concierto, pero ya les diría que se había encontrado mal de repente. El corsé... Violet se enfadaba con ella porque volvía a llevarlo. Y mañana cogería el tren para Christchurch. Sería un día antes, en realidad había querido viajar el fin de semana con su familia para ver a Rosie. **Diamond** corría la última carrera para calificarse para la New Zealand Trotting Cup y Roberta quería volver a ver a Vincent. Con sentimientos encontrados, pero ahora eso había cambiado. Añoraba su sonrisa cálida y comprensiva, su mirada dulce, una mirada que reconocía a la primera a una persona como Juliet.

Ya estaba harta de sentir un amor no correspondido. Y encima por el hombre equivocado.

Al día siguiente se demostró que no todo era tan sencillo.

A Violet le extrañó que su hija estuviese enferma una tarde y por la mañana se dispusiera a emprender un viaje. Y además adelantando la fecha de partida. No se creyó el pretexto que Roberta puso de que antes de reunirse con Vincent quería visitar a una antigua compañera de estudios que daba clases en Christchurch.

—¿Te ha sucedido algo, Roberta? Estás pálida... Atamarie te estuvo esperando ayer. ¿No podías haber avisado al menos?

—No pasó nada, mamá, solo estaba... cansada. Y me sentía mal. Pero ahora estoy bien. Puedo viajar, mamá, no te preocupes. —Roberta iba colocando cuidadosamente las faldas y blusas en su maleta—. Puedo dejar el corsé en casa.

Violet la observaba con el ceño fruncido.

—Algo ha ocurrido —afirmó—. Pero si no me lo quieres decir... No es nada malo, ¿verdad, Robbie? ¿Tiene que ver con un hombre?

A Violet la habían violado siendo muy joven, y hasta el día de hoy llevaba el miedo metido en el cuerpo. Ya podía repetirse todo lo que quisiera que Roberta estaba bastante segura en Dunedin, que sus calles eran transitadas y que el grupo social en el que su hija se movía estaba fuera de toda duda. A pesar de ello, siempre pensaba lo peor y temía que su hija anduviese sola por las calles como en la noche pasada.

—No me pasó nada, mamá. Solo que...

—¿Has visto algo, Roberta? ¿Se te ha acercado algún tipo indecente? Hay hombres a los que les encanta enseñarles sus... sus cosas a las mujeres. Se les llama... —Violet repasaba mentalmente el diccionario.

Roberta sonrió.

—Mamá, ¡tampoco me encontré con ningún exhibicionista! Estoy bien, de verdad, solo quiero marcharme dos días antes a Christchurch. Rosie seguro que se alegra.

A Violet se le ocurrían otras ideas.

—¿Y el joven que conociste en Sudáfrica? ¿Se trata de él? Roberta, no me parece bien que vayas sin compañía. ¡No lo conocemos!

Roberta miró a su madre paciente.

—Ya lo conoceréis el fin de semana. Y ahora deja ya este interrogatorio, mamá. Estoy bien. Y a Christchurch ya he viajado sola otras veces, lo sabes. Nadie va a comerme, Vincent Taylor el que menos.

Violet suspiró, pero no desistió tan pronto.

—¿Qué dirá si te ve llegar dos días antes, Roberta? Das la impresión de correr a lanzarte a sus brazos.

La joven se llevó las manos a la frente.

—Primero iré a visitar a mi amiga —mintió de nuevo y por fin se le ocurrió una feliz idea—: Tiene un problema, ¿sabes?, me lo contó por carta y he estado dándole vueltas y creo que necesita mi apoyo. Es maestra, pero ha empezado una relación con un hombre y ahora está...

—¿Embarazada? —Violet la miró compasiva. Roberta suspiró aliviada, su madre parecía haber mordido el anzuelo—. ¡Pobrecilla! ¡Habría que acabar con el celibato de las maestras! Un maestro sí

puede casarse cuando quiera, pero una muchacha ha de vivir como una monja. Robbie, envía a tu amiga al despacho de la Women's Christian Temperance Union. A lo mejor allí tienen trabajo para ella. En la guardería para familias pobres seguro que sí.

Roberta asintió y fingió escuchar con atención las distintas propuestas de Violet para ayudar a su amiga imaginaria. Odiaba engañar a su madre, pero algunos embustes simplificaban la vida. Solucionado esto, se esforzó para no pensar en Kevin y Juliet...

Violet llamó un coche de alquiler para su hija y le indicó que la acompañara a la estación, pero cuando Roberta tomó asiento, empezó a dudar de lo que estaba haciendo. Su madre tenía razón, también en Addington encontrarían extraño que ella se presentase dos días antes de lo previsto. Y, naturalmente, tampoco podía salir corriendo al encuentro de Vincent, disculparse por sus evasivas de las últimas semanas y aceptar luego casarse con él. Lo mejor habría sido esperar hasta el fin de semana, saludar cordialmente a Vincent y comportarse con él de una forma abierta, que lo alentase. Sus últimas cartas tenían el tono de un ultimátum, así que seguro que le pediría un compromiso. Entonces ella podría aceptarlo formalmente y culpar de su indecisión al hecho de que no quería abandonar su profesión. Si la creería o no, era asunto de Vincent. A fin de cuentas, había dejado entrever en diversas ocasiones que sospechaba que ella bebía los vientos por Kevin. Más tarde, incluso podrían hablar de ello. Lo último que Roberta quería era tener secretos para su marido. Pero ese no era el momento para confesiones. Vincent no debía recelar de que él fuera la segunda opción.

Pero ¿qué haría ahora con esos dos días sin planificar en Christchurch? ¿Encerrarse en la habitación de un hotel?

Se le ocurrió una idea audaz cuando el revisor anunció que la siguiente parada era Timaru. ¿No era ese el lugar cerca del cual vivía Richard Pearse? ¿Qué pasaría si se bajaba e investigaba un poco? Después de averiguar la verdad sobre Kevin, tal vez se enterara ahí de la verdad sobre Richard para luego contársela a Atamarie.

Deseosa de lanzarse a la aventura, sacó su maleta del portaequipajes. A lo mejor hasta podría conocer a ese fantástico Richard Pearse. Hasta el momento solo sabía de él por las descripciones de su amiga, tal vez tuviera un aspecto distinto para una profana.

Pensó qué papel tenía que adoptar para obtener información en el mismo Timaru, pero era demasiado tímida para realizar pesquisas encubiertas. Y, además, para qué, tenía tiempo. Al final reservó una habitación en la primera pensión decente que encontró y preguntó por el establo de alquiler.

—Desearía ir a Temuka —explicó a la patrona—. No se tarda mucho en llegar, ¿verdad?

—Dos horas si se da prisa —respondió cordialmente la mujer—. Antes solía hospedarse aquí una joven que tenía allí un conocido. Me contó que una vez había conseguido llegar en una hora. Pero la señorita Turei era veloz como un rayo.

Roberta sonrió. Era más sencillo de lo que había esperado.

—¡Lo sé! —Y contó a grandes rasgos cuál era su misión.

La patrona, de todos modos, no podía ayudarla.

—Nunca he visto a ese joven —explicó—. Se dice que él la acompañó alguna vez a la estación. Si una quiere conservar la honorabilidad de su pensión, a menudo tiene que preservarse un poco de ese tipo de amigos de las huéspedes, ya me entiende. Pero la señorita Turei nunca nos causó ningún

problema. Pernoctaba con frecuencia en Temuka, supongo que con la familia del joven.

Roberta dejó abierto ese interrogante y dio las gracias por la información. Coincidió con todo lo que ella sabía de Richard Pearse. Nunca había enloquecido de amor por Atamarie.

En el establo de alquiler pidió un caballo tranquilo y recorrió con un trote comedido el camino sin pavimentar hacia Temuka. El paisaje no la sorprendió, había dehesas y prados como por todas las Llanuras. Alrededor de Timaru se elevaba alguna colina, luego todo era bastante llano. El entorno le pareció desangelado, pero tal vez fuera a causa del tiempo. Llovía a cántaros y, aunque había elegido un carruaje de dos ruedas cubierto, poco a poco se le estaba empapando el vestido. Respiró aliviada cuando llegó a Temuka, un pueblo típico de la región con bonitas casitas de madera, una escuela y una iglesia. Pensó en preguntar por los Pearse en la parroquia, pero no se le ocurría ninguna buena razón para justificarlo. En lugar de ello, detuvo a un jinete que se cruzó con ella y se informó sobre la dirección de la granja de Richard. Seguro que eso era más natural que preguntar directamente por la familia Pearse.

Subió a continuación por el camino que partía de la escuela y por el que Atamarie y Richard habían tirado del avión pendiente arriba. Poco después apareció ante su vista el famoso seto de retama. Roberta no pudo evitar una sonrisa. Traviesa, dirigió un guiño a los espíritus que supuestamente vivían en él. Atamarie se lo había descrito todo con mucho detalle.

Sin embargo, la granja la sorprendió. Atamarie le había contado que estaba en un estado calamitoso y que el patio estaba lleno de maquinaria antigua, pero el edificio estaba recién pintado de un blanco immaculado, y los marcos de las ventanas y el porche de azul. Parecía como si hubiesen acabado de rehabilitarlo; se veía una mecedora y todo daba una impresión acogedora. Hasta los cercados parecían cuidados. En la dehesa había dos caballos bien alimentados. El patio estaba impecable. Las máquinas agrícolas que había junto al pajar no eran viejas ni estaban oxidadas.

Cuando el carruaje se introdujo en el patio, la cortina de una ventana se movió y luego se abrió la puerta y salió una mujer. Era de edad mediana y su expresión, bajo el sombrero de ala ancha con que se protegía de la lluvia, era amistosa y maternal.

¿Sería Shirley? ¡Pero no podía ser mayor que Roberta y Atamarie!

—¡Buenos días! —la saludó afable la mujer—. ¿En qué puedo ayudarla? Puede atar el caballo delante del granero y venga dentro para protegerse de la lluvia. ¡Me alegra recibir visitas!

Roberta bajó indecisa del carro. La lluvia enseguida empapó la ligera capa que llevaba.

—En realidad buscaba a... Shirley y Richard Pearse —anunció. El recibimiento había sido amable, pero raro—. Esta es la granja de Pearse, ¿verdad?

La mujer lo negó moviendo la cabeza.

—No; lo siento, joven. Llega usted demasiado tarde. Era la granja de Richard Pearse, pero mi marido y yo se la compramos hace cinco meses. El señor Pearse nos hizo un buen precio, un joven simpático, pero también algo... confuso. —Sonrió bondadosa—. Pero no se quede ahí fuera, acabo de preparar café. Todavía me siento algo sola aquí y me alegra disfrutar de compañía. Por cierto, mi nombre es Emma Baker. —Le tendió amistosamente la mano.

Roberta se la estrechó y siguió a la anfitriona al interior de la vivienda. ¿Por qué negarle una alegría a la señora Baker y no hacerle un poco de compañía? Seguro que algo le contaría sobre Richard Pearse.

—¿Por qué la vendió? Me refiero al señor Pearse —preguntó cuando le sirvieron una taza de café y un plato de deliciosos pastelitos. La señora Baker hasta alimentó la estufa para que se le

secara la capa—. En realidad, lo que quería... Bueno, disculpe, yo no lo conocía nada. Pero tengo una amiga que lo conocía bien y que pensaba que él nunca se marcharía de aquí. Sobre todo después de haberse casado.

—¿Se ha casado? —La señora Baker cogió un pastelito—. De eso sí que no sé nada. Solo nos contó que se mudaba a Milton.

—¿Milton?

A Roberta casi se le atragantó el café. Milton se encontraba a casi cincuenta kilómetros de Dunedin, más cerca de Lawrence, la ciudad a la que pertenecía Elizabeth Station. Había un enlace con el tren de Dunedin, Pearse podría haber visitado a Atamarie siempre que hubiese querido. Claro que los últimos meses había estado en Parihaka. Pero Roberta se habría enterado si él hubiese preguntado por su amiga.

—Ha comprado ahí otra granja, dijo que esto ya no le gustaba. De hecho tiene una fama algo extraña, la gente cotilleaba mucho acerca de él. Se entiende pues que quisiera marcharse.

La señora Baker se mostraba comprensiva con cualquier persona del mundo. Roberta se sentía a gusto con ella.

—Era piloto —contó—. Voló antes que los hermanos Wright.

La señora Baker se encogió de hombros.

—Sí, todavía tenemos ese peculiar aparato de vuelo en el granero. El señor Pearse no se lo quiso llevar, pero tampoco dárselo a su padre, que lo quería desguazar. Mi Rob dijo que podía dejarlo aquí. No hay que darle de comer y, quién sabe, a lo mejor tiene algún valor con el tiempo. —Rio—. Ahora los vecinos nos consideran un poco raros. Pero es normal... en el campo se necesita tiempo hasta que uno empieza a relacionarse.

Roberta le dio la razón.

—¡Pero todo el mundo la querrá cuando lleve al próximo bazar de la comunidad sus pastelitos! —observó.

La señora Baker soltó una risita.

—O me odiarán. Venimos de Sussex y antes gané todos los concursos de repostería de las ferias agrícolas. Eso no la hace a una especialmente querida... Pero ahora que recuerdo, si quiere saber algo más sobre el señor Richard, pregunte en la segunda granja, la de los Hansley. Ellos mantienen contacto con los padres de Pearse... a quienes, por otra parte, nosotros no les caemos demasiado bien. Digory sostiene que su hijo ha salido perjudicado en la venta. Pero no es verdad, por el estado en que se encontraba esta casa no podía pedir mucho más.

A Roberta no le interesaba el precio de la granja, pero Atamarie había mencionado el nombre de Hansley.

—¿No quería casarse Richard con su hija? —preguntó al tiempo que se ponía en pie para despedirse—. ¿Shirley Hansley?

La señora Baker hizo un gesto de ignorancia.

—Me gustaría tener una respuesta, pero no lo sé, bonita. Estoy muy contenta de que haya pasado por aquí. Todo el mundo es amable en Nueva Zelanda, exceptuando nuestros vecinos... pero ya se andará.

Roberta confió en su optimismo, desató el caballo y se marchó de la granja de los Baker rumbo a la de los Hansley. Una granja grande, mucho más extensa que la propiedad de los Baker, pero igual de bien cuidada. El recibimiento, sin embargo, no fue ni la mitad de caluroso.



—¿Qué quiere usted? —En cuanto el caballo de Roberta trotó hacia el lugar donde se ataban los caballos, una mujer grande y rubia salió al patio. Por su vestimenta habría podido ser la hermana de la señora Baker, pero no era amablemente redondita, complaciente y cordial, sino flaca y arisca—. Aquí no nos gustan los forasteros...

Roberta miró atónita a la mujer desde el carro, y esta se sorprendió compungida al verle el rostro.

—Oh... disculpe, me he confundido... solo he visto el caballo. Pero claro, es un carro de alquiler. Disculpe mi recibimiento, por favor, pensaba que se trataba de esa impertinente muchacha maorí...

—Pensaba que yo era Atamarie Turei —repuso Roberta. Claro, Atamarie había sido cliente del mismo establo de alquiler—. ¿Qué tiene en contra de ella? Bueno... es amiga mía.

—¿Amiga suya? Pero... ¡pero usted es blanca! En fin... a mí qué más me da, son cosas del pasado, de todos modos. Entonces pensamos que le había sorbido el seso al joven Pearse, y Digory y Sarah todavía lo creen. Pero ese no necesitaba a ninguna fresca maorí para perder la cabeza. Ya se bastaba por sí solito. A nuestra Shirley le rompió el corazón. —La mujer gimió.

—Atamarie me dijo que se habían casado —se sorprendió Roberta—. Me dijo que hacían muy buena pareja.

—¡Y tanto! —exclamó la señora Hansley, a quien era evidente que no le importaba compartir su opinión sobre la odiada maorí—. Sarah Pearse y yo siempre habíamos querido casarlos, desde pequeños. Y más cuando Shirley tiene tanta paciencia... Dick necesita a una mujer muy tolerante. Pero él no estaba por la labor, no le interesaban las chicas... Pero entonces apareció esa maorí y Sarah enseguida dio marcha atrás.

—¿Sarah es la madre de Richard?

Roberta tenía algunas dificultades para seguir el hilo, pero la señora Hansley no dejaba de hablar, si bien no la invitaba a entrar en la casa pese a que seguía lloviendo.

—Así es. Y al principio pensó que esa sinvergüenza le hacía bien a Dick. Lo puso todo patas arriba, la muy fresca. Los chicos la rondaban como perros en celo, pero ella solo quería armar el avión con Richard. Y eso que Sarah creía que le haría pensar en otras cosas. Pero lo dicho, el chico ya estaba mal de la chaveta, le falta un tornillo... En fin, cuando por fin se sacó de encima a ese pendón, lo intentamos otra vez con Shirley. Primero una vez, pero la maorí volvió a aparecer. Luego una segunda vez, y esta parecía ir bien. Las primeras dos semanas. El chico estaba la mar de tratable, volvió a trabajar en la granja, dejó sus locos inventos. —Pronunció «inventos» como si se tratase de algo repugnante—. Pero de pronto se puso rebelde otra vez. Siempre le pasa igual, le va y le viene el desvarío... Pero Shirley se quedó con él, esa criatura tiene un corazón de oro. Hasta que él la dejó plantada. Ahora tiene una granja en Loudens Gully, por Otago. Al otro extremo del mundo, dice su padre, pobre hombre, está destrozado con el chico. A Shirley la hemos casado en Westport. Se hartó de llorar, la pobre, porque tenía que marcharse de Temuka. Está muy apegada a la casa de sus padres.

La casa de Richard también le había gustado a Shirley, pero Pearse no parecía haberle dedicado muchas lágrimas a la joven. Roberta se preguntó si Richard no habría acabado por agotar la paciencia de esa «criatura» de corazón de oro.

—Ha sido muy agradable hablar con usted —dijo al final. De hecho, los comentarios de la señora Hansley habían sido sumamente esclarecedores, pero la cubierta del carro ya no aguantaba

más lluvia. A la mujer no parecía importarle la humedad, también un sombrero de ala ancha la protegía del temporal—. Pero ahora tengo que marcharme. ¿Y dice que es seguro que Richard Pearse se ha comprado una granja? ¿No quería intentar vivir de sus... inventos?

La mujer sacudió decidida la cabeza.

—Criará ovejas —contestó—. Richard se dedica a criar ovejas. Ahí arriba, en Otago. ¿Quién iba a darle dinero por sus locuras?

Roberta dio las gracias y puso en movimiento al caballo. Quería protegerse de la lluvia y reflexionar. ¿Debía contarle a Atamarie lo que había averiguado o era mejor que se guardase la historia de Richard?

Roberta regresó a Timaru, pasó allí un día y por la mañana cogió el tren para Christchurch. En una de las paradas previas bajó, para tomar después el mismo vehículo en que viajaba su familia. Eso tranquilizó a su madre y dio credibilidad a su historia. Aun así, Violet preguntó por la amiga embarazada, pero Roberta ya había preparado una explicación. Anunció que la joven maestra había perdido al niño.

—Una bendición, en tales circunstancias —opinó Violet, dando el caso por cerrado. Roberta suspiró aliviada.

A causa de la carrera inminente, Heather y Chloé estaban inquietas, aunque de muy buen humor. Su festival de arte de mujeres había sido un éxito y habían vendido muchos cuadros, incluso varias piezas maoríes.

—Podríamos haber triplicado las ventas de las cometas de Atamarie, pero ella no quería venderlas. Por lo visto, su nuevo amigo sostiene que con ellas da una parte de su alma o que las almas de las cometas sufrirían si las adquiriesen personas que las colgarían en una sala de estar en vez de hacerlas volar. En fin, hay que aceptarlo. —Heather se apoyó en el respaldo.

Sean parecía sentirse como de vacaciones, mientras que Violet parecía albergar sentimientos encontrados. Por una parte se alegraba de ver a Rosie; pero, por la otra, detestaba las carreras, consideraba las apuestas más que cuestionables moralmente y le aterraba encontrarse con su hijo. La última vez que había visitado a Rosie se había encontrado con Joe brevemente y el ambiente había sido tenso. El nuevo y ostentoso rótulo de los establos de Joe le había traído a la memoria, como a Rosie, el recuerdo de una mala época. A ello se añadía el parecido de su hijo con su difunto esposo, que si bien ya se anunciaba cuando Joe era un niño, ahora se manifestaba con nitidez. Violet y Joe Fence no tenían nada en común ni nada que decirse. Joe lo admitía, toda su vida había mirado a su madre con desprecio y había acabado odiándola; Violet, sin embargo, tenía mala conciencia.

—Hiciste lo que pudiste —intentó conformarla Sean—, aunque él lo vea de otro modo. Pero tenías que librarlo de Coltrane. Hiciste lo correcto cuando tomaste la decisión de que aprendiera con el otro entrenador.

—¿Y de qué sirvió? —repuso Violet, abatida—. Tiene el aspecto de Eric y trata a los caballos como Coltrane.

Sean se encogió de hombros.

—Tu marido falleció un par de años demasiado tarde. Joe ya estaba muy influido por él y no podía cambiar. Pero no es culpa tuya, Violet, no te preocupes.

—He sido una mala madre —respondió, a pesar de que Roberta demostraba lo contrario.

Los sentimientos de culpabilidad hacia su hijo impregnaban la vida de Violet desde que Joe había nacido. Casi había muerto en el parto y nunca había logrado amar al niño.

—¡De todos modos, lo invitaremos al banquete familiar! —declaró, con lo que Sean se llevó las manos a la cabeza.

Le resultaba inconcebible tener a Rosie y Joe sentados a una misma mesa. Pero bastaría con anunciarlo para que uno de los dos rechazara la invitación.

En la estación les esperaban Rosie y Tom Tibbs, pero, para decepción de Roberta, Vincent no había asistido.

—El veterinario se disculpa —explicó Tibbs, con su rostro de bulldog radiante—. Se trata de

una sorpresa, señorita Fence.

Rosie asintió.

—Sí, a lo mejor llega hoy, yo ya he...

—¡Rosie, no! ¡Es una sorpresa! —Bulldog rio—. Si se lo cuentas ahora, dónde vas... hummm... a colocarla...

Roberta se lo quedó mirando.

—¿Un regalo de bodas para Rosie? —preguntó—. Mi madre dice que ha pedido usted su mano, señor Tibbs. ¿Es cierto? Me parece increíble.

Rosie cogió servicial las maletas de Chloé y Heather. Al mismo tiempo, movió con gesto paciente la cabeza.

—¡No! ¡El regalo es para ti, Robbie! Tu...

—¡Rosie! —Bulldog volvió a interrumpir a su emocionada novia con una tierna sonrisa—. ¡Se lo vas a estropear todo al veterinario! Mejor cuéntale cuándo te casas conmigo.

Bajo la boina con que se cubría la cabeza, Rosie puso una expresión pensativa.

—Después de la carrera —contestó—. Es decir: ahora si perdemos, o en primavera o en Navidad. En cualquier caso, tras la New Zealand Cup. Porque antes tengo que ocuparme de **Diamond**. Bulldog no quiere que nos instalemos en el establo.

Los recién llegados rieron ante tan dulce indignación.

—¡No querrás decir que duermes en la cuadra, Rosie! —exclamó Violet horrorizada.

Su hermana asintió.

—No como usted cree... como tú crees... señorita Violet. —Violet y Sean le habían propuesto al futuro miembro de su familia, tras la comida de **fish and chips** que habían celebrado, que se tuteasen; pero a Bulldog todavía le resultaba difícil tratar a esos señores distinguidos como sus iguales. Aunque, como Rosie le había asegurado en varias ocasiones, él formaba parte de la buena sociedad como propietario de caballos de carreras, por no mencionar la fortuna que había acumulado discretamente—. Mi caballerizo le ha dejado su vivienda. En caso contrario no duerme debido a la preocupación que le causa **Diamond**. Pero solo hasta que se celebre esta carrera, luego tendremos que volver a pactar. ¿Piensas mudarte a mi casa o volver a tu habitación en casa del lord si esta vez no ocurre nada?

—¿Entonces es que no han vuelto a repetirse los incidentes? —intervino Chloé—. ¿Esos temblores extraños y el nerviosismo?

Bulldog negó con la cabeza.

—Sí, una vez —lo contradujo Rosie—. Volvió a tener los ojos brillantes al entrenar. Pero el veterinario no tenía tiempo para atenderla. De todos modos, corrí con ella y estaba un poco agitada. Solo eso...

—Taylor volvió a hacerle una revisión y no tenía nada —indicó Bulldog—. Estás desvariando, Rosie, ya verás, mañana irá todo sobre ruedas.

Rosie se mordió el labio, lo que le concedió una expresión infantil y terca. Bulldog y Taylor ya podían decir lo que quisieran, Rosie no estaba convencida.

Como consecuencia, la invitación al banquete familiar en el White Hart se produjo entre tensiones. Rosie no estaba dispuesta a dejar sola a **Diamond**. Al final la apoyaron Chloé y Heather. Al menos la primera se quedó sin ganas de participar en la cena cuando Violet le pidió a Joe Fence que se sumara y el entrenador aceptó.

—Hace una eternidad que no como fish and chips —anunció Chloé—. ¿Y tú, Heather? Y eso que el pub que está frente a la agencia de transportes de Bulldog es famoso por ese plato. —Guiñó el ojo a Tibbs—. ¿Qué le parece, nos invita usted en una especie de cena de propietario en su establo y mañana celebramos la victoria con todos los honores en el White Hart?

Rosie resplandecía.

A Roberta tampoco le entusiasmaba la comida con su hermano, pues tampoco a ella le caía bien. Por suerte, Vincent apareció poco después de que llegaran al White Hart. Se disculpó un centenar de veces por su retraso y aceptó complacido la invitación a cenar. Parecía algo abatido, por lo visto se había esforzado mucho por la sorpresa y, sin embargo, algo no había salido bien.

Roberta aprovechó la oportunidad para alegrarle el día. Ya cuando lo vio preocupado e inquieto en el vestíbulo del hotel —un hombre totalmente fiable que se hacía reproches por un pequeño retraso—, todavía se sintió más segura de la decisión que había tomado. Y en esta ocasión, su corazón se había puesto a latir más deprisa nada más verlo. Así de fácil y natural era amar a Vincent Taylor, ¿por qué le había costado tanto a ella hasta entonces?

—Regálame otra cosa —dijo con determinación—. Ya que esta sorpresa tan emocionante es demasiado complicada, comprar un par de anillos tampoco será tan difícil... Y yo fingiré que estoy sorprendida.

Mientras Bulldog, Rosie, Chloé y Heather se lo pasaban estupendamente en el establo de Diamond, la comida de los Coltrane y los Fence transcurrió en una atmósfera extrañamente dividida. Vincent resplandecía de alegría y Roberta emitía una especie de luz interior. Violet apenas si reconocía a su hija. Dos días antes todavía le parecía una muchachita inmadura, pero ahora veía en ella a una joven que por fin sabía a qué atenerse. Así pues, el interrogatorio al que Violet sometió al futuro yerno fue ligero, y tampoco Sean Coltrane importunó a Vincent. Ambos hombres se cayeron bien y estuvieron hablando sobre política y Sudáfrica. Joe Fence no tenía nada que aportar, Roberta y Violet le dieron conversación con esfuerzo, preguntándole sobre su vida y el trabajo que había realizado hasta entonces.

—Ahora tienes tu propio establo de caballos de carreras —señaló Roberta, intentando manifestar admiración en su voz.

Joe, quien con un traje a cuadros y una gorra de visera ofrecía un aspecto un tanto basto en el distinguido restaurante, se encogió de hombros.

—Ya hace tiempo que lo tengo. Pero ahora tengo otro nuevo, porque los clubs de hípica se han unido. Es más grande y rinde más... Te llevaré a dar una vuelta por ahí. ¡A ti también, madre!

Violet asintió y simuló interés.

—Me gustará ver todo lo que has conseguido.

—¿Y mañana también participas con un caballo en la carrera de calificación? —Roberta dobló teatral su servilleta.

Joe se pasó la suya por la boca.

—Con tres —respondió con orgullo—. De mi establo hay tres en la carrera. Yo mismo conduciré al mejor, los aprendices a los otros... Si todo va bien, ocuparemos los tres primeros puestos. —Sonrió.

Roberta frunció el ceño.

—¿Y Rosie? ¿No crees que Diamond tenga posibilidad de calificarse?

Joe levantó los brazos.

—¿Una mujer y un poni? —Se echó a reír.

Vincent Taylor interrumpió su conversación con Joe.

—¡Ande ya, Fence, la mujer y el poni le han adelantado a usted en más de una ocasión dejándole en puestos más retrasados! Rosie tiene muchas posibilidades de ganar, Roberta. Pero Joe también, está claro. Ganará el mejor... —Y escrutó con la mirada a Joe Fence.

Este lo miró con candor.

—Eso mismo, doctor. ¿Dónde puedo pedir una cerveza?

Las actividades vinculadas a la carrera se iniciaron pronto al día siguiente. La agitación se palpaba: había que dar de comer a los caballos, cepillarlos hasta que brillaran y calentarlos antes de la competición. Diamond tenía además que trasladarse. La carrera de calificación era una de las más importantes del día y se realizaría por la tarde, pero Rosie quería que participaran antes en la carrera de caballos jóvenes dos de los ejemplares que ella había entrenado. Diamond esperaría en su antigua cuadra junto a la pista hasta la carrera y Rosie ya había encargado a Bulldog que se quedara a vigilar todo el tiempo que fuera posible.

—¡Y también nosotros estamos ahí! —apuntó Chloé, se quitó el sombrero y, con su elegante traje de día, estuvo cepillando un poco al caballo—. Ay, ¡me encantaban las carreras de trotones! —suspiró—. ¡Si Colin no hubiese sido un tramposo!

—No digas que solo puedo hacerte feliz si te compro una yeguada.

Heather suspiró. También a ella le gustaban los caballos, pero ni los purasangres le producían una pasión equiparable a la de su pareja.

Chloé le sonrió.

—Un hipódromo —bromeó con su amiga—. Donde solo corran yeguas: también la velocidad es femenina.

Las dos rieron por la alusión al festival de las artes femeninas. Rosie las miró sin comprender.

—¡Estad todos ojo avizor! —advirtió a sus vigilantes cuando condujo al primero de sus caballos jóvenes a la pista.

Bulldog se apostó junto al box de Diamond, mientras que Heather y Chloé enseguida se sintieron atraídas por el palco de propietarios donde repartían canapés y champán. El desayuno del establo les había resultado algo espartano.

Rosie guió con firmeza al primer caballo, una bonita yegua baya, por la pista y los espectadores madrugadores aplaudieron cuando entró la tercera en la meta. Al menos quien había apostado se llevó un par de chelines. El día de carreras se anunciaba prometedor. También el tiempo lo acompañaba, por fortuna. A los propietarios, en su palco, eso les daba igual, claro, y una parte de las nuevas tribunas de espectadores estaba cubierta, pero para los caballos y cocheros era más agradable correr sin lluvia.

Violet, Sean y Roberta no tenían prisa por llegar al hipódromo. Disfrutaron de un generoso desayuno en el hotel y la joven se alegró de que Vincent hubiese causado una buena impresión a sus

padres.

—Lo único que no me gusta es que vayas a parar a uno de esos hipódromos —señaló Violet—. Criar hijos en ese entorno...

Sean sonrió.

—Violet, cariño, es distinto trabajar de veterinario en un hipódromo que de entrenador. Puede que Vincent quiera llevarse consigo algún día a los niños a las pistas, pero seguro que no para enseñarles a apostar o a amañar apuestas. Antes bien, les quitará el gusto por el negocio de las carreras. Además, si bien parecía muy preocupado por los animales, se diría que no le gusta demasiado Joe Fence

—¿A quién le gusta? —bufó Roberta.

Violet se mordió el labio.

—Roberta, no deja de ser tu hermano... Y ha conseguido abrirse camino aquí. Tal vez deberíamos respetarlo un poco más.

—¡Eres una muy buena madre! —Roberta y Sean pronunciaron la frase al unísono y se echaron a reír.

Violet y Sean aceptaron la invitación de Chloé de ocupar el palco de propietario. Roberta fue en busca de Vincent a los establos. Ese día no se podía entrar en ellos sin más. Uno de los mozos de cuadras que se ocupaba de la vigilancia trató amablemente a Roberta, pero se negó a dejarla entrar.

—Tiene que comprenderlo, no podemos dejar entrar a todo el mundo en las cuadras. Ya hay bastante caos, solo falta que aparezcan extraños para que los caballos todavía se inquieten más... y los conductores. —Sonrió con cortesía—. Pero tal vez quiera usted sentarse ahí, en esa pequeña tribuna, la dejamos libre para los entrenadores, el veterinario y gente así. Y luego le digo al doctor que está usted aquí. Cuando tenga tiempo vendrá a buscarla. ¿Le parece bien?

Roberta asintió. En el fondo se alegraba de poder sentarse, pues había vuelto a sacrificar la comodidad por la moda y llevaba corsé y un elegante vestido de terciopelo lila oscuro y un sombrerito a juego. Le sentaba bien, pero limitaba sus movimientos y no era lo más indicado para darse una vuelta por los establos. Roberta esperó, pues, y saludó brevemente a Rosie cuando iba a iniciar la segunda carrera. En esta ocasión tiraba del **sulky** un semental negro. Justo después de dar la salida, Bulldog apareció junto a Roberta en la tribuna. Intentó esconderse detrás de la joven.

—Deprisa, que Rosie no me vea, yo debería estar con **Diamond**. Pero tengo que ver cómo corre mi semental **Dream**. Guapo, ¿a que sí? Y una especie de amuleto de la suerte. Si no lo hubiese comprado, no habría vuelto a encontrarme con Rosie. Se llama **Spirit's Dream** y Rosie ya conocía a su padre. Cree que es un ejemplar con futuro. Pero ha estado mucho tiempo cojeando, es un milagro que hoy pueda volver a correr. En un principio, Rosie no quería que lo hiciera, pero el doctor le ha dicho que puede estar tranquila. Y yo quiero presenciarlo.

Rosie y **Dream** no decepcionaron a su ferviente admirador. El semental negro estaba en un buen momento e hizo una carrera estupenda. Superó por todo un largo a un caballo del establo de Joe Fence al llegar a la meta.

Bulldog gritó y aplaudió como un niño, y a continuación regresó a sus obligaciones.

—Oh, Dios mío, debo volver al establo. Si Rosie me ve, se enfadará. Y ahora tengo que fingir que no sé nada de la victoria... ¡No me traicione, Roberta!

Roberta lo siguió sonriente con la mirada e hizo un signo de victoria cuando Rosie y **Dream** pasaron por su lado al dar la vuelta de honor. No pudo resistirse a saludar a Joe también, quien

seguía a Rosie con mala cara. El joven respondió arisco. La victoria de Dream había significado para él una lamentable derrota. Pero todavía quedaba la competición más importante de la jornada.

Vincent se dejó caer hacia el mediodía, disculpándose ante Robbie.

—Tendría que ser nuestro fin de semana, Roberta, me había hecho muchas ilusiones... Pero al parecer todos los caballos que tienen que participar en una carrera están sufriendo alguna que otra dolencia. Con Joe Fence ya he estado tres veces, y Rosie ha tenido que trotar delante de mí unos momentos antes de la carrera, para comprobar si su caballo cojeaba. Pero mañana seguro que me reservo tiempo para estar contigo... y hasta entonces espero que...

—¿Doctor? Tiene que volver con Fence. Un cólico. —El mozo de cuadras puso una mueca de disculpa—. Lo siento...

Vincent suspiró.

—En fin, me daré prisa, no sea que luego me pierda a Rosie. Pase lo que pase, quiero ver la carrera de calificación. ¡Así que guárdame el sitio, Robbie!

Le dio un beso fugaz, a lo que el mozo de cuadras sonrió, y se puso en camino.

—Ha vuelto a ocurrir, otra vez tiene ese brillo en los ojos...

Rosie había enganchado a Diamond, lo que no había resultado nada sencillo. La yegua estaba nerviosa, parecía no querer separarse de su compañero de cuadra y piafaba cuando Rosie la la colocó delante del sulky.

Bulldog examinó a Diamond.

—Pero tampoco suda —añadió la entrenadora—. No es un cólico ni nada parecido, aunque vuelve a estar inquieta.

De hecho, el animal estaba caliente pero sin humedad. También parecía tener la boca seca.

—A lo mejor tiene sed. —Bulldog fue en busca de un cubo, y de hecho Diamond se puso a beber con ganas—. Vaya, sí que estaba sedienta —apuntó satisfecho—. Por eso estaba nerviosa.

—Pero si tiene agua en el box —observó Rosie, y echó un vistazo al cubo casi lleno del establo—. Tal vez le incomoda tener el box sucio, ¿cuándo lo limpiaste por última vez?

Bulldog frunció el ceño.

—Da igual, ahora ya ha bebido y puede correr. —Acarició la ancha frente de Diamond—. Mucha suerte, preciosa. ¡Y mucha más para ti, mi preciosidad! —Quiso besar a Rosie, pero ello lo rechazó inquieta.

—Tom, sé que estoy loca, pero si encuentras al veterinario, llámalo. Es mejor que le eche un vistazo. No quiero correr ningún riesgo. Nosotros...

Bulldog se resignó.

—Voy a buscarlo. Pero si no lo encuentro, no te quedes aquí, Rosie. Participa en la carrera y no refrenes al caballo.

—Pero si alguien la ha envenenado... —Agarró titubeante las riendas.

—¡Por Dios, Rosie, no hemos apartado la vista de ella ni tres minutos! Venga, sácala, yo voy a buscar al veterinario. Haré lo que pueda. ¡Buena suerte!

Rosie asintió. Diamond hacía escarceos cuando la puso al trote, pero no parecía sentirse débil.



Vincent llegó a la tribuna de Roberta cuando los caballos ya se colocaban en sus puestos de salida.

—Uff, ¡justo a tiempo! Me he dado prisa. Y encima era una falsa alarma. Me extraña en Fence, que siempre ahorra en veterinarios. Tampoco es tan sencillo diagnosticar un cólico... En fin, mejor que haya sido así, el caballo está en forma. ¿Está Rosie ya en la salida?

En ese instante Bulldog se precipitó hacia la tribuna.

—¡Por fin lo encuentro, doctor! No hace mucho que está aquí, ¿verdad? Harry... —señaló al mozo de cuadras que vigilaba el acceso— me ha dicho que estaba atendiendo un cólico.

Vincent asintió.

—Acabo de volver. ¿Qué ocurre?

Bulldog hizo un gesto de impotencia.

—Lo de siempre: tiene que echarle otro vistazo a Diamond. Está nerviosa, los ojos le brillan de un modo extraño, y está caliente...

—Pero no tiene fiebre —completó Vincent—. Lo siento, Tom, me gustaría tranquilizar a Rosie, pero...

—¿Los ojos brillantes? —repitió Roberta sonriendo—. ¿Utiliza gotas de belladona? Acabo de leer sobre este tema, antes las mujeres solían ponerse unas gotas en los ojos para tener un aspecto más vivaz.

Bulldog rio y Vincent fue a hacerlo, pero de pronto se puso serio.

—¡Por todos los cielos! ¡Atropina! ¡El extracto de la belladona! Los síntomas encajan: cambios de humor, piel seca y caliente y probables mareos... ¿Tenía problemas para tragar, Tibbs?

—Tenía sed. Pero el agua se le caía de la boca un poco, tenía...

Vincent se puso en pie de un brinco.

—Atropina en dosis minúsculas, o ya estaría muerta. Venga, Tibbs, deprisa, tenemos que lograr que la carrera se suspenda. Si se cae en medio de la pista...

Ambos bajaron corriendo la tribuna seguidos por Roberta.

—Pero la hemos vigilado todo el día —objetó Bulldog—. Nosotros...

—¿Alguien se quedó con ella durante la carrera del semental? —preguntó Roberta—. ¿Estuvo sola?

—Un cuidador del lord estaba en el establo —respondió Bulldog—. Finney. Le pedí que le echara un vistazo.

Vincent se detuvo.

—¿Es el tipo que sustituyó a Rosie? Ella siempre dice que no trabaja bien.

Bulldog hizo un gesto de ignorancia.

—Yo no he visto nada raro. Al contrario, se mostraba ansioso por ayudar, incluso por las noches...

Vincent se llevó la mano a la frente.

—Escuche, Tibbs, baje deprisa e intente suspender la carrera. Y yo me ocupo de ese condenado cuidador. ¡Tenemos que averiguar qué dosis le ha dado!

—¿Piensa de verdad que puede morir? —Bulldog lanzó una mirada desesperada a la pista. Los caballos ya estaban trotando. No sería fácil parar todo aquello.

—¡Dese prisa, Bulldog! —Vincent señaló la pista con determinación—. Antes de saber cuánto ha ingerido no puedo decir nada más. Pero el riesgo es enorme. Así que ¡muévase!

Bulldog corrió hacia la pista, pero pareció pensárselo mejor y cambió de dirección. Vincent se precipitó hacia las cuadras seguido de Roberta.

Finney, el mozo de cuadras, estaba ocupado con los caballos de Barrington que competían en las carreras a galope. Ninguno tenía que salir ese día a competir, pues la jornada estaba dedicada exclusivamente a las carreras de trotones. De ahí que todavía resultara más extraño que el chico estuviera dando vueltas por ahí.

Roberta se sobresaltó cuando Vincent lo agarró de la chaqueta, lo zarandeó con violencia y le propinó un puñetazo en la cara.

—Pido disculpas si me he equivocado de persona —dijo lacónico—. Pero si estoy en lo cierto, considérelo el preámbulo de algo más largo. ¿Qué le ha dado a la yegua y cuánta cantidad?

El hombre se irguió con esfuerzo.

—¿Qué yegua...?

Vincent le asestó otro puñetazo.

—También nos dirá quién se lo encargó. Pero primero: ¿qué y cuánto?

Vincent lo agarró para poder volver a pegarle si no hablaba. Roberta lo miraba sin dar crédito. Hasta el día anterior había creído que Vincent siempre era afable.

—No sé... cuatro o cinco gotas. No sé qué era... creo que un reconstituyente... —El mozo habló con los labios ensangrentados.

—Un reconstituyente, claro. ¿Dónde están las gotas? ¡Y no se mueva! —Vincent soltó al joven, que se dirigió dando traspiés a una caja de cepillos—. ¡Nada de trucos! —El veterinario lo siguió y se colocó protector delante de Roberta—. ¡No intente sacar un arma o se arrepentirá!

El hombre levantó los brazos atemorizado.

—Tranquilo. No tengo armas. Solo las gotas. —Señaló una estantería.

—Tráela, Roberta. —Vincent miraba fijamente al mozo—. ¿Hay algo escrito?

—Atropina —leyó Roberta, y añadió las indicaciones para su disolución.

Vincent asintió.

—¿Siempre le ha dado cinco gotas? —preguntó.

El hombre negó con la cabeza.

—Siempre tres. Pero esta vez el señor Fence me dijo que...

Vincent le propinó un gancho en la mandíbula, tumbándolo.

—¡Fuera! Debería ir a la cárcel, pero ahora tengo cosas más importantes que llamar a la policía. ¡Así que largo! Pero ¡ay de usted si me ha mentado...!

Vincent salió presuroso del establo y Roberta lo siguió jadeando.

—¿Se morirá? —preguntó.

—No creo. Pero tiene que permanecer tranquila. La sobrecarga del sistema circulatorio provocada por la carrera es peligrosa. Maldita sea, tendríamos que haberlo averiguado antes. Fence es un jugador. No quería matarla, solo dejarla fuera de combate. Y ha escogido la medicina perfecta. En pequeñas dosis produce euforia, lo que explica su vivacidad. Y afecta a la vista, el miedo en Auckland... Oh, Dios, ¿qué es eso?

Durante la carrera, en las tribunas siempre había murmullos y gritos estrepitosos, pero en ese momento se oyó una especie de grito colectivo, tal vez de admiración.

—¿Qué ha pasado?

Roberta corrió tras Vincent todo lo que le permitía el corsé. Se juró que nunca más volvería a ponérselo.

Cuando llegaron por fin a la pista, no vieron que hubiera ocurrido ningún accidente serio. El pelotón aceleraba en ese momento, los *sulkys* tomaban la curva anterior a la línea de meta tras haber corrido la primera vuelta.

—Bueno, no parece que se haya caído ninguno —jadeó Vincent, observando los caballos, pero Roberta dirigió la vista hacia otro lugar.

—¡Mira!

Bulldog acababa de saltar la barandilla delante de las tribunas y se disponía a plantarse en el camino de los caballos.

—Quiere detener los caballos. Seguramente la dirección del hipódromo ha desoído su petición.

Vincent corrió hacia Bulldog.

—¡Tibbs! ¡Tibbs, ¿se ha vuelto loco?! ¡No conseguirá detenerlos!

El veterinario gritó a voz en cuello, pero ya era demasiado tarde. Ni Bulldog podía oírlo, ni Vincent podía llegar a tiempo para sacarlo de allí. Dos hombres del público lo intentaron, pero el fornido empresario se los sacudió de encima con facilidad.

Roberta era incapaz de mirar. Los caballos sin duda lo arrollarían. Pero entonces Bulldog miró hacia el césped que había en el centro de la pista. En esos momentos, Rosie dirigía hacia allí a la yegua, pero refrenó la marcha alarmada al ver a su prometido saltando la valla e irrumpiendo en la pista. Rosie y su caballo podrían haber abandonado antes, entre la salida y la segunda curva, pero no lo habían hecho.

Bulldog intentaba correr hacia ella, pero entonces pareció entrar en razón y se pegó a la barandilla antes de que el estruendoso pelotón lo arrollara. Entonces, una vez que pasaron todos los caballos, corrió riendo y llorando hacia Rosie y Diamond.

Vincent y Roberta lo siguieron.

—No estás enfadado porque hayamos abandonado, ¿verdad? —preguntó Rosie a su prometido, aunque debería haberse dado cuenta, por la fuerza con que la abrazó, que sentía cualquier cosa menos enfado—. Diamond corría deprisa pero le pasa algo... Doctor...

Vincent ya había sacado el estetoscopio y auscultaba el corazón de la yegua. Diamond parecía un poco mareada.

—Está bien, Rosie, ha actuado usted de la forma más inteligente posible. Ahora desengánchela, llévela despacio al establo y dele carbón activo. No llore, Rosie, no morirá. Se pondrá bien. Pero es...

Entretanto, Bulldog se había rehecho.

—¿Quién ha sido? —preguntó, apretando los dientes—. ¿Quién ha sido el cerdo? En cuanto le ponga las manos encima...

Vincent señaló al pelotón, que de nuevo se acercaba al trote.

—Si se da prisa, lo verá enseguida entre los aplausos al ganador... No se demore, pero tampoco lo mate. Ha sido Joseph Fence.

—¿Qué pasará ahora con él? —Rosie no podía dejar de llorar.

Tres horas después de la carrera, el estado de **Diamond** había mejorado notablemente. Las dosis que le había suministrado el cuidador no habían sido letales y teóricamente **Diamond** podría haber corrido la carrera e incluso ganarla. Pero de igual modo habría podido marearse, tropezar y arrastrar a Rosie y el **sulky**. Aunque solo se trataba de un caballo, se había corrido un gran peligro. Era muy posible que en la gran carrera de calificación otros caballos hubiesen tropezado con el carro caído. Fence había puesto en peligro la seguridad de muchas personas y animales.

—¿A quién se refiere? —preguntó Vincent, ya más tranquilo. Había estado todo el tiempo sufriendo por **Diamond**—. ¿A Tibbs o a Fence? A Tibbs enseguida lo dejarán en libertad. Sean Coltrane ya está intercediendo por él y no hay que temer que siga armando escándalo. Pero Fence todavía tendrá la mandíbula rota unas semanas. También le ha pasado algo en la nariz, ¿no? Así que no celebrará hoy su victoria.

—Y además lo meterán en la cárcel, ¿no? —preguntó Roberta.

Había acompañado a Vincent y Rosie al establo y no había presenciado la actuación de **Bulldog** tras la llegada triunfal del ganador. El fornido empresario había dado una buena lección a Fence delante de todo el mundo, la dirección de la carrera y los otros participantes.

Chloé se encogió de hombros.

—Bueno, al que multarán será a **Bulldog** —respondió realista—. No se podrán presentar pruebas contra Joe. No deberías haber dejado de manos libres al mozo de cuadras. ¿No podías haberlo maniatado, Robbie?

—Nos pareció más importante salvar el caballo —respondió Vincent—. Pero envié al pequeño Harry a que vigile las tabernas de alrededor. Con un poco de suerte, ese tipo no se habrá marchado, sino que estará lavándose las heridas con whisky. Pero, aun así, si Fence lo niega, no se le podrá condenar. Aunque aquí, en el hipódromo, ya no tendrá cabida. Los entrenadores y cocheros me creerán a mí y montarán en cólera. Ese tipo no solo ha puesto en peligro la vida de Rosie, sino la de muchos.

—¿Así que encerrarán a **Bulldog** y a Joe no? —concluyó Rosie, abatida—. ¡Eso no es justo!

—¡Tras estos acontecimientos quizá te has hartado por fin de las carreras!

La voz enérgica de Violet resonó desde la puerta del establo. Acababa de entrar seguida de Sean. Rosie se abalanzó a los brazos de su hermana mayor como una niña a los de su madre. No dejaba de llorar. Había estado muy preocupada por **Diamond**, pero si encima **Bulldog** iba a parar ahora a la cárcel...

Violet le acarició dulcemente el cabello, y Sean Coltrane movió la cabeza.

—No sufras, Rosie —le dijo—. Tom Tibbs ya ha salido de la comisaría. Te está esperando. «En casa», dijo. No tuvo ánimos de venir con nosotros. —Se habían necesitado tres hombres fuertes para separar a **Bulldog** de Joe y la policía no había sido especialmente suave en el trato—. En cualquier caso, tienes que llevar a **Diamond** a su establo si ya está bien. Y espera allí a Roberta y Vincent por lo de la sorpresa. —Sean guiñó el ojo a Vincent—. Ah, sí, y por si alguien tiene hambre, Tom ya ha pedido fish and chips...

A cualquier persona que conociese a Rosie tenía que resultarle muy extraño que confiara a

Vincent y al caballero la tarea de llevar a Diamond al establo de Bulldog, mientras ella iba a ver primero a su prometido. Chloé y Heather se habían retirado, asegurando que volverían pronto.

—Nos encantará volver a probar fish and chips —dijo Heather riendo—. ¡Pero también serviremos champán! Nunca volveré a acostumbrarme a la cerveza.

Con la esperanza de que el restaurante del hotel les vendiera un par de botellas, las dos mujeres cogieron un coche de punto rumbo al White Hart.

Sean retuvo a Violet cuando iba a seguir a Roberta y Vincent al establo de Bulldog.

—Déjalos solos con la sorpresa —aconsejó, guiñándole un ojo—. Seguro que todo acaba en otro compromiso matrimonial y no tendrás que buscar razones para beber champán con nosotros. Con tantos acontecimientos felices, ninguna fanática de la temperancia podrá hacerte reproches.

Violet repuso que el descubrimiento de los amaños de Joe Fence en la carrera no tenía nada de feliz. En el fondo, ese día había vuelto a perder, y esta vez de forma definitiva, a su hijo. Sean, que sentía su pena, la rodeó con un brazo.

—Olvídate ahora del pasado. Has salvado a tu hermana y a tu hija, y sobre todo te has salvado a ti misma. No pudiste salvar a Joe, pese a que tuvo todas las oportunidades para salir airoso. Pero saldrá indemne de esta, ya se las apañará. Se irá a la Isla Norte y empezará desde cero.

Los caballos de tiro y los cobs de las cuadras de Bulldog dieron la bienvenida con sonoros relinchos a su compañera de establo, Diamond, cuando Vincent la condujo al interior. Pero entre todo ese jaleo, Roberta escuchó un murmullo más agudo y suave. Sorprendida, siguió el extrañamente familiar sonido, mientras Vincent le daba instrucciones sobre el forraje de Diamond al caballero. La joven no dio crédito a sus ojos cuando descubrió en la cuadra más apartada al poni basuto blanco de su aventura sudafricana. Lucie había adelgazado y parecía algo abatida, pero reconoció a Roberta y la saludó con un relincho, tal como había hecho en África.

—¡Vincent! ¿Es esta la sorpresa? Pero... pero no puede... ¿Has hecho traer mi caballo desde África? —Azorada, acarició los suaves ollares de Lucie.

Vincent resplandecía cuando se acercó a ella.

—Quería que la sorpresa fuera todo un espectáculo, al menos ponerle una cinta en el cuello... pero ya os habéis reencontrado. ¿Te alegras?

Roberta asintió.

—Pues claro. Pero... pero ¿cómo lo hiciste? Traer un caballo de África debe de ser muy caro.

Vincent negó con la cabeza.

—Qué va. Utilicé un par de contactos. Viajó con el regimiento de caballería de Christchurch. Ellos también se trajeron sus caballos. Y como no hicieron diferencias entre caballos amigos y enemigos, ninguno de los cuadrúpedos se negó a admitirla. —Sonrió.

Roberta se acercó al veterinario.

—Nunca lo dije, pero me tenía preocupada. Pensaba qué habría sido de ella.

Vincent la atrajo hacia sí.

—Pues ya la tenemos aquí. Como sé cuánto te gustan los caballos, pensé que si ahora tenías uno de carne y hueso, a lo mejor te separabas de una vez de ese.

Señaló el bolso de Roberta, que se ruborizó. De hecho, seguía sin poder desprenderse del

caballito de trapo que Kevin había ganado en una feria y le había regalado años atrás. Siempre lo llevaba atado a su bolso de piel. Le habría gustado deshacerse de él antes del viaje, pero se le encogía el corazón.

—Es un... un amuleto de la suerte —susurró.

Vincent la miró con severidad.

—Es un fetiche, cariño, no lo niegues. Conozco su procedencia. Kevin me lo contó.

Roberta quiso que la tierra se la tragara.

—¿Kevin lo sabía... ? —preguntó desconcertada.

Vincent sonrió.

—Todo el mundo lo sabía, Robbie. Pero creí que con un poco de paciencia... Tienes que contarme qué te ha hecho cambiar de idea. Entonces, ¿vas a desecharlo?

Roberta negó con la cabeza.

—No. No se lo merece. Tal vez lo haya sobrevalorado, pero a fin de cuentas sí resultó ser un amuleto de la suerte, ¿o no?

Levantó el rostro hacia Vincent y él vio que sus ojos resplandecían cuando la besó.

Lucie mordisqueaba mientras tanto la cinta de piel con que Roberta tenía atado el caballito de trapo al bolso... hasta que la desgarró.

—¿Y qué pasará ahora con Fence y ese novio tan divertido de Rosie? —preguntó Atamarie. Ahora lamentaba no haber acompañado a su amiga a las carreras. Al final, la excursión había sido inesperadamente emocionante. Atamarie no se cansaba de escuchar cómo había despertado el guerrero que llevaba dentro el amable veterinario de Roberta cuando habían descubierto los amaños de Joe—. ¿Cuál de los dos irá a la cárcel?

—Ninguno. —Roberta jugueteaba feliz con su anillo de prometida—. Harry, el mozo de cuadras que debía seguir la pista de Finney, lo encontró. Y naturalmente contó a la policía y a lord Barrington quién le había hecho el encargo. No solo envenenó a Diamond, sino que manipuló a todos los caballos que Rosie entrenaba. Era sencillo, todos estaban en los establos del lord. Se disculpó una y otra vez, pero él no era realmente el responsable. Joe también confesó, alegando que solo era peccata minuta. No quería perjudicar ni a personas ni a animales, solo desprestigiar a Rosie como entrenadora. Al final tenía la intención de comprar a Diamond y entrenar de nuevo a los otros caballos. Dependía un poco del dinero.

—¿Y no lo encarcelan por eso? —Atamarie lo consideraba motivo suficiente.

—Chloé y Rosie han retirado la denuncia —respondió Roberta—, y como contrapartida Joe renuncia a denunciar a Bulldog por la pelea. En caso contrario habría sufrido más molestias que Joe (por cierto, lo ha dejado como un Cristo). Cuando Joe se haya recuperado, podrá conservar su establo. Habrá que ver si alguien es todavía lo suficientemente tonto como para confiarle sus caballos. En el hipódromo, según Vincent, corre el rumor de que está planeando emigrar... a Australia.

Atamarie soltó una risita.

—Cuanto más lejos, mejor. ¡Pista libre para Rosie!

Roberta negó con la cabeza.

—La carrera de Rosie como entrenadora está acabada. En ese sentido, Joe ha conseguido lo que quería. Desde el escándalo ya no se puede mantener lo de «Ross Paisley», todo el mundo sabe que «él» es una mujer, ha salido incluso en los periódicos. Hasta el momento era un secreto a voces, pero ahora se ha producido un aluvión de quejas de otros clubs de hípica. Rosie ha devuelto la licencia. Tampoco tiene ganas de seguir. El ambiente de los hipódromos es demasiado duro para quienes aman de verdad a los caballos. En lugar de ello, Rosie se dedica ahora a conducir carros de cuatro caballos de tiro. El señor Tibbs ya alardea de tener por fin la agencia de transportes más rápida de Nueva Zelanda.

—En fin, lo principal es que todo el mundo está contento. —Atamarie se inclinó hacia atrás y expuso el rostro al pálido sol de invierno. Excepcionalmente, no llovía, y las dos jóvenes habían tomado asiento en el invernadero del pequeño café junto a la catedral. En realidad, todavía hacía frío—. ¿Me acompañas a visitar a los ngai tahu de Elizabeth Station? —preguntó Atamarie.

Roberta se estremeció.

—¿Para celebrar las fiestas de Matariki? ¿Para andar dando vueltas por el exterior, mirando el cielo y congelada, mientras tú coqueteas con Rawiri, si es que puede llamarse así a todas esas conversaciones interminables sobre timones de profundidad y alas? —No parecía muy entusiasmada.

—Kevin y Doortje también vienen —observó astutamente Atamarie. Una semana antes, este

dato habría hecho cambiar de actitud a Roberta, pero ahora se encogió de hombros—. Y Patrick y Juliet —añadió su amiga.

Roberta se mordió el labio. Todavía no le había contado nada a Atamarie sobre lo que había presenciado en la consulta de Kevin.

—Doortje debería... vigilar a Kevin —empezó con cautela. Pero mientras buscaba la forma de expresarse, Rawiri entró en el invernadero.

—¡Estáis aquí! —exclamó, y apoyó la nariz y la frente suavemente en el rostro de Atamarie. Un hongí, aunque ahí no había necesidad del saludo formal. Rawiri, sin embargo, rehuía los besos. Mientras Atamarie no se decidiera de forma definitiva no quería intimar demasiado con ella—. ¿Cómo es que os habéis sentado aquí con este frío?

—Estamos practicando para la fiesta de Matariki —respondió Roberta—. Atamarie quiere llevarme con ella, pero no tengo ganas.

—¡Pero si es un espectáculo fantástico! —observó Rawiri—. Al menos si la noche tiene estrellas. Todas esas canciones y danzas, las cometas... ¿No desea enviar un saludo a los dioses? ¿Enviarles un deseo o algo similar?

Roberta, risueña, negó con la cabeza.

—¡Me siento feliz! —contestó, al tiempo que le mostraba su anillo de prometida.

Rawiri sonrió.

—Yo también lo estaría —dijo—. Atamie, ¡el profesor Dobbins me ha escrito! Quiere que pronuncie una conferencia sobre los hermanos Wright. Y que organice un seminario sobre la confección de las cometas maoríes. Además, se alegraría de aceptarme como estudiante el curso que viene. Así que si lo deseas...

El rostro de Atamarie se ensombreció. También ella había recibido carta de Dobbins: este le ofrecía de nuevo un trabajo como asistente científico. Sus primeras y poco entusiastas solicitudes a otros puestos habían demostrado que a una ingeniera no la colmaban precisamente con ofertas de trabajo.

—Le... —Rawiri se arrebuñó en la chaqueta, como si quisiera esconderse dentro— le he contestado que no pondría objeciones en que también participara Richard Pearse.

Las dos mujeres se enderezaron alarmadas.

—¿Qué es lo que has hecho? —preguntó Atamarie.

Rawiri bajó la vista.

—En fin, he pensado que él podría hablar de sus aviones y sus intentos de vuelo, y yo de los hermanos Wright. Sería honesto, ¿no? Un paralelismo, por llamarlo de algún modo.

Atamarie lo miró con cariño.

—Es muy generoso por tu parte —murmuró.

Rawiri hizo un gesto de indiferencia.

—Yo no pierdo nada. Nunca he volado...

—¡Pero le darías un auditorio! —Atamarie recobró la vitalidad de repente. La idea empezaba a entusiasmarla—. Al menos podría presentar por fin su trabajo y atraer un poco la atención... —Roberta puso los ojos en blanco—. ¿Qué ha dicho Dobbins? —preguntó emocionada—. ¿Acepta?

Rawiri la contempló con dulzura, pero el brillo que había antes en sus ojos había desaparecido.

—La idea le ha gustado —contestó—. Pero no ha encontrado a Pearse. Le devolvieron la carta, domicilio desconocido. Lo siento, Atamie. Pensé... quería ayudarte a tomar una decisión. Pero los



dioses me han hecho una jugarreta. Tendré que volver a luchar con un espíritu.

Roberta tomó aire. Rawiri le caía bien, pero también ella había visto que los ojos de Atamarie resplandecían ante la esperanza de volver a ver a Richard Pearse.

—El espíritu vive en Loudens Gully —intervino—, cerca de Milton, Otago. A unos cuarenta y cinco kilómetros de aquí, Atamie. Puedes coger el tren mañana.

Atamarie y Rawiri se olvidaron del frío del invernadero al escuchar el relato de Roberta de su breve excursión a Temuka. Rawiri escuchaba con fingida relajación, Atamarie con creciente emoción.

—¿No se ha casado con Shirley? —preguntó—. ¿Se... se escapó?

Roberta asintió.

—¡Por ti! —dijo Rawiri resignado—. ¿O por qué se ha mudado a Otago?

—¿Por mí? —Atamarie se puso en pie de un brinco, sus ojos parecían soltar chispas—. ¡Si quería verme, podría haberse bajado del tren cuando se detuvo aquí! Si quería verme, ¿por qué se compra otra granja en un condenado pueblucho? Loudens Gully, ¿conocéis el entorno? ¡Todo es montañoso! Cuando pones en marcha un avión bajas de una pendiente para ascender a la otra. ¡Ahí es imposible remontar el vuelo! Así que si quería verme... si quería verme... —Atamarie se dio media vuelta, luchando por retener sus lágrimas.

Roberta se quedó mirando a su amiga.

—Atamarie, ¿lo quieres a él o quieres volar? —planteó con seriedad.

Atamarie bajó la cabeza.

—No lo sé, Robbie, no lo sé. Pero creo que... si él me quisiese...

Rawiri se enderezó.

—Piensa en ello, Atamarie —dijo con dulzura—. Si quieres intentarlo otra vez, vete mañana. Habla con él, ánimale a dar una conferencia juntos. —Miró a Roberta, luego de nuevo a Atamarie—. Pero no te plantees la pregunta de si lo quieres a él o quieres volar. Es erróneo, Atamie. Tú quieres volar y puedes volar. Que él quiera renunciar a sus sueños es una cosa. ¡Pero tú no renuncies a los tuyos por él!

Atamarie reflexionó tan intensamente como nunca antes en su vida. Se unió a Patrick y Juliet, que regresaban a Elizabeth Station después del fin de semana, y realizó un viaje enervante durante el cual la criolla mostraba su enfado porque detestaba tener que regresar a la granja. Durante las primeras horas Patrick se ocupó de ella, pero luego se rindió y al cabo de poco tiempo estaba inmerso en una animada conversación con Nandé. La joven negra estudiaba el cultivo de la vid y planteaba numerosas preguntas a Patrick. Atamarie se preguntaba si realmente se interesaba por eso o solo quería levantarle los ánimos a su patrón, pero, en cualquier caso, se expresaba elaboradamente, su inglés era perfecto y parecía feliz, salvo cuando miraba de reojo a Juliet...

Atamarie no podía criticarla por ello. No cabía duda de que Juliet era caprichosa y probablemente descargaba su mal humor sobre su criada. Atamarie se preguntaba qué era lo que Roberta había querido contarle sobre Kevin cuando Rawiri las había interrumpido. Pero después del

asunto de Richard no había vuelto a pensar en ello, y ahora estaba enfadada consigo misma por no haber insistido. De todos modos, cuando por fin llegaron a Elizabeth Station, enseguida se olvidó de Juliet. Lizzie y Michael se alegraron de su visita y este declaró que le prestaría un caballo para el día siguiente.

—Loudens Gully está a medio día a caballo —informó—. Y los caminos están pavimentados y bien conservados; antes atravesaban una zona de buscadores de oro. Pero ¿quieres realmente ver a ese hombre? Perdona, Atamie, pero si quieres saber mi opinión: estás persiguiendo a ese Pearse.

Atamarie se mordió el labio y Lizzie tranquilizó los ánimos.

—A algunos hombres hay que perseguirlos un poco —se burló de su marido—. Si en aquel entonces no te hubiese seguido hasta Gabriel's Gully, todavía estarías buscando oro en vano.

Michael rio.

—No, cariño, ya haría tiempo que hubiese vuelto a destilar whisky —replicó—. Además, ninguna amiga tuvo que decirte dónde estaba yo. Sabías dónde encontrarme. No había huido de ti.

Atamarie miró a su abuelo adoptivo.

—¿Piensas que ha... huido de mí?

Michael se encogió de hombros.

—Eso no lo sé, no lo conozco. Tal vez huya de otra cosa. Pero míralo desde el punto de vista del granjero, Atamie: que dirija una granja en las Llanuras o en Otago, no deja de ser bastante parecido. Tu chico no se ha ido en busca de oro o para hacer fortuna. Solo quería cambiar de sitio. Y no escuchar ni ver nada de su pasado. Sea cual sea el motivo.

Atamarie añadió esto al cúmulo de asuntos sobre los que debía reflexionar y se retiró a la cascada. Rawiri, pensó, seguramente lo consultaría con los espíritus. ¿O lo habría hecho antes de dedicarse totalmente a la ciencia? ¿Totalmente? ¿O acaso también él buscaba una decisión de los dioses? ¿Era tal vez un mero oráculo su generosa propuesta de invitar a Richard a pronunciar juntos una conferencia en el Canterbury College?

La joven sonrió. ¿Y por qué no?

Al día siguiente tomó un caballo de Michael y cabalgó rumbo a las montañas. Cantó en voz baja las canciones tradicionales cuando se puso a buscar un arbusto de raupo, y pidió permiso a los dioses antes de cortar unas hojas. No hizo una cometa grande, pero puso empeño en el armazón de madera de manuka y calculó con esmero la envergadura del birdman. La manu tenía que ser capaz de volar, aún más, tenía que ser buena. Atamarie entonó las antiguas plegarias y canciones mientras cortaba y unía las piezas. Pero por la noche, mientras yacía en su saco de dormir junto al fuego y admiraba las estrellas, dejó vagar sus pensamientos. Taku y toku: el pasado y su peso. Cuántas veces había ido a ver a Richard, cuántas veces lo había consolado, animado, ayudado. Todavía se acordaba con horror del período de la cosecha. ¿Y cuántas veces había tratado él de establecer contacto con ella? ¿Cuántas veces se había preocupado él de ella? Habían compartido una pasión, también la cama, y había sido bonito. Él le había llegado al corazón, pero ¿también al alma? Atamarie reflexionó sobre cómo encajaría él en su pepeha, en el resumen de su vida, si tenía que hacerlo un día. ¿Cuán importante era él para ella? ¿Y cuán importante había sido ella para él? ¿Había sabido él valorarla? ¿Para Richard el pasado podía ser futuro, o ni uno ni otro existían para él? ¿Qué era lo que le anclaba en el pasado? Atamarie no podía establecer ningún maunga, ninguna montaña en sentido literal o figurado que sostuviera a Richard Pearse y le diera apoyo. Solo un seto de retama, símbolo de su derrota. Oscilaba entre la risa y el llanto cuando en algún momento, tras

trabajar tres días y poco antes de Matariki, remontó la cometa. La había pintado primorosamente y encontraba que, de algún modo, se parecía a Richard. Birdman, así era como los maoríes llamaban a Pearse. Una criatura entre el cielo y la tierra, entre el pájaro y el ser humano, tal vez digno de veneración, pero incapaz de hallar un lugar en este mundo.

Siguió la cometa con la mirada, la sostenía con una sola aho tukutuku. No era una cometa dirijible, no era ella, sino los dioses quienes debían dirigirla. El viento parecía leve y agradable cuando se apropió de la cometa. El birdman se elevó veloz mientras Atamarie cantaba. En cierto momento, calló y esperó. La cometa empezó a oscilar empujada por el viento creciente. Tiraba con violencia del cordel. Atamarie lo sujetaba, no quería soltarla, pero una corriente de aire torció la manu hacia un lado y Atamarie vio cómo caía sin poder evitarlo. La cometa volvió a estabilizarse al darle ella más la línea aflojando el cordel. Volvió a erguirse derecha hacia las alturas, pero entonces se tambaleó... Atamarie la vio precipitarse y desaparecer entre un matorral. No era un seto de retama, pero según las creencias de sus antepasados, los espíritus habitaban en cualquier árbol y arbusto. A Richard Pearse no lo juzgarían ahí de otro modo que en Temuka.

Atamarie no fue a buscar la cometa.

Y tampoco partió hacia Loudens Gully.

# EL REGRESO DE LAS ESTRELLAS

*Isla Sur*  
*Lawrence*

1904

Kevin Drury nunca se había sentido tan avergonzado como la tarde en que Roberta Fence estalló indignada al descubrir su encuentro clandestino con Juliet. Precisamente ella, la muchacha que siempre había suspirado por él, que lo había visto como un héroe y con tanto respeto lo miraba. ¡No podía imaginar qué pensaría ahora de él! Ya hacía tiempo que se odiaba a sí mismo por engañar a Doortje. Y más aún por el hecho de que ya no tenía ninguna disculpa para seguir haciéndolo, si es que alguna vez había tenido una. Saltaba a la vista que Doortje salía de su reserva, se adaptaba a su nuevo mundo y parecía dispuesta a amar a Kevin. O a reconocer que él la amaba. De hecho, ese brillo delator ya había asomado en sus ojos cuando veía a Kevin en la granja Van Stout.

En cambio, Juliet... Kevin ya había sabido antes de huir a África que entre él y la criolla no había amor. En el fondo, la relación podría haber terminado sin ningún problema emocional si ella no se hubiese equivocado al cambiar a Kevin por Patrick como si fuesen dos pares de zapatos. Y Kevin siempre volvía a ser víctima de sus artimañas. Pero ahora se juró que no volvería a ocurrir. Desde que Roberta los había sorprendido evitaba a Juliet y ahora Patrick se había marchado de nuevo con ella. El próximo encuentro se produciría en Elizabeth Station. La celebración de Matariki se convertiría en una fiesta de familia. Lizzie deseaba volver a tener a sus tres hijos en casa, aunque la granja reventara de llena. Posiblemente no habría la posibilidad de quedarse a solas con Juliet, al menos no más de unos minutos. No más del tiempo necesario para decirle que todo había terminado de forma definitiva.

Kevin reflexionaba mientras conducía el coche hacia Lawrence. Iba sentado en el pescante, mientras Matariki y Doortje charlaban detrás y jugaban con Abe. Matariki amaba al niño, verlo le despertaba recuerdos de la época en que Atamarie todavía era pequeña. No pensaba en Colin Coltrane, ya hacía tiempo que había puesto punto final a esa historia. Y para Doortje era una bendición no haber visto nunca a Coltrane antes de que le destrozasen la cara. Lo mismo podía decirse de Kevin, y más aún de Patrick. Cuando Matariki mantuvo su breve relación con Coltrane, los dos eran casi niños y estudiaban en un internado de Dunedin. Solo habían visto una o dos veces al novio de su hermanastra y apenas si le habían prestado atención.

En cualquier caso, Doortje parecía haber superado el trauma que le había provocado quedarse embarazada de Abraham y no guardaba rencor al niño. Era una buena madre, o al menos lo que su pueblo entendía por ello. Matariki estaba intentando ablandar un poco sus rígidos principios educativos.

—¡Bah, no va a ser un cobarde porque lo cojas en brazos y lo consueles cuando llora! Todo el mundo hace carantoñas a los niños maoríes, no les pegan ni los asustan, pertenecen a todo el poblado, sin importar quiénes sean sus padres. Y los chicos se convierten en valerosos guerreros y las chicas, en mujeres fuertes. ¿Sabes que hay jefes tribales que son mujeres? Y antes todavía había más. Los ingleses ejercieron una mala influencia en ese sentido, no se tomaron en serio a las ariki mujeres. Así que dejaron de ser elegidas; las tribus maoríes tienen una mentalidad pragmática. Pero podría enseñarte mazas de guerra y otras armas que se hacían para las mujeres. Somos capaces de pelear como tu pueblo, aunque mimemos a nuestros hijos.

Matariki dejó que Abe saltara a su regazo y lo acunó en sus brazos hasta adormecerlo.

Kevin sonrió ante las sugerencias que su hermanastra daba y que iban cayendo lentamente en suelo fértil. Doortje no había puesto objeciones a que asistieran a esa fiesta pagana de las estrellas

en el poblado de los ngai tahu. Al contrario, parecía emocionada. Y también se había entendido bien con Lizzie en el último encuentro familiar. Si no volvía a ofender a Haikina y los demás ngai tahu, seguro que le daban una segunda oportunidad en Elizabeth Station.

Por su parte, Kevin estaba decidido a no estropearlo. Concluiría la relación con Juliet y luego hablaría con Doortje sobre el asunto de Coltrane. Se sorprendió a sí mismo silbando una alegre canción cuando Silver enfiló la pendiente entre Lawrence y Elizabeth Station con su habitual brío. Todo iría bien, por fin pondría orden en su vida.

A Matariki se le quitó un peso de encima cuando Atamarie regresó a Elizabeth Station. Tras la brusca partida de Dunedin de su hija, había hablado con Roberta y Rawiri y compartido con ellos sus peores temores: otro intento con Richard, más decepciones, más lágrimas y dudas. Pero al parecer su hija había entrado en razón. La joven la saludó de buen humor y preguntó por Rawiri. A partir de ahí, Matariki solo podía esperar que él no hubiese cambiado de opinión y se hubiera marchado a Parihaka en lugar de celebrar la fiesta en Otago, como habían planeado.

En primer lugar, se instaló en su antigua habitación junto con su hija y Nandé. De nuevo se habían producido discusiones acerca de dónde se alojaría la criada de Juliet. Normalmente, Nandé dormía en la antigua habitación de Matariki, pero ahora, puesto que Atamarie y su madre estaban allí, Juliet pretendía alojarla en el pajar o en el pasillo, delante de su dormitorio. Lizzie se había negado, por supuesto.

—De ninguna manera Nandé va a dormir delante de tu puerta como si fuese un perro. ¡Tú lo encontrarás muy práctico, pero yo lo encuentro humillante! Y en invierno tampoco va a dormir en el pajar. Ahí no se puede encender ningún fuego, por si no te has dado cuenta. La muchacha se moriría de frío, más viniendo de un país tan cálido... Además, ¿dónde iba a dormir la niña?

Nandé solía llevarse a May a su habitación, para atenderla si se despertaba en plena noche. Lizzie había sacado una vieja cuna del desván y la había colocado en la antigua habitación de Matariki. Esta no entendía que ahora hubiera un problema. De buen grado estaría dispuesta a compartir la habitación con Nandé y la niña. Claro que no era muy amplia, pero tenía dos camas y Matariki no necesitaba mucho espacio. Lo mismo Atamarie. Cuando la joven regresó de las montañas, instaló con toda naturalidad su colchón en el suelo, lo que sorprendió a Nandé. ¡No iba a dormir ella en una cama mientras una blanca dormía en el suelo!

—Yo no soy blanca —dijo Atamarie, cuando la sudafricana se lo dijo—. Soy maorí. ¿Y qué tiene que ver el color de la piel con la cama? Ahí lo que prevalece son los derechos adquiridos. Y esos por el momento los tienes tú, esta suele ser tu habitación.

La propuesta encontró el consentimiento general. Matariki, Atamarie y Nandé se entendieron estupendamente. También acogieron complacidas a la pequeña May, que fue objeto de mimos de las tres.

Doortje mostró una diplomacia recién aprendida al no intervenir en el tema, aunque tal vez tuviera que ver con el rechazo glacial que le dispensaba Juliet. Kevin, Doortje y Abe ocuparon la habitación de niño de Kevin, y la criolla se tomó a mal el alojamiento. Había incluido por su cuenta la antigua habitación de Kevin como parte de «su vivienda» en Elizabeth Station. Afirmaba que el cuarto que compartía con Patrick la oprimía. Necesitaba al menos un vestidor. Como tal, solo servía la antigua habitación de Kevin y, por lo general, Juliet también solía dormir allí. Ella «visitaba» a

Patrick en la habitación de este o permitía de mala gana que él fuese a la suya. Ya hacía tiempo que le había quitado la ilusión de dormir entre sus brazos.

—Tendremos que estrecharnos un poco durante un par de días, Juliet —advirtió Lizzie—, pero vale la pena por este encuentro familiar. La habitación es de Kevin y Doortje, que la comparten con Abe. Tú, en cambio, ya disfrutas del privilegio de que Nandé se ocupe de tu hija. Así que alégrate y modérate.

Así pues, Juliet se contuvo en adelante, pero consiguió que los demás se sintieran a disgusto con su expresión avinagrada y sus súbitos comentarios mordaces. Que en general versaban sobre la escasez de habitaciones en Elizabeth Station. Una casa señorial, con solo cuatro dormitorios, era impensable en Luisiana.

—A la larga habrá que ir pensando en rehabilitar o, mejor aún, renovar el edificio —observó malhumorada.

Michael y Lizzie aguantaron con entereza, también ellos se habían resignado hacía tiempo a los caprichos de Juliet.

—Tengo la esperanza de que uno de estos días vuelva a marcharse —le confesó Lizzie a Matariki—. De todos modos es muy desdichada aquí. Estoy segura de que espera que le salga una oportunidad en Dunedin. Cuando aparezca el hombre apropiado, desaparecerá de nuevo.

Matariki no era tan optimista en cuanto a ese punto. Todavía carecía de pruebas de que Juliet se aproximaba a su objetivo, pero las miradas que lanzaba a Kevin demostraban que la criolla ya tenía al «hombre apropiado» en casa.

En efecto, desde la tarde en que Kevin había llegado a Elizabeth Station, Juliet no le quitaba ojo, pero salvo a él y Matariki —y tal vez a Doortje—, a nadie le llamó la atención. Animados por el reencuentro y más tarde también por el vino de Lizzie, todos hablaban a la vez. Atamarie contó que Roberta se había prometido y sus aventuras en Christchurch, Matariki habló del exitoso festival de arte, y Patrick, de su importante encuentro en las Llanuras con un barón de la lana que se interesaba por las ovejas criadas por Michael. Matariki incluyó a Doortje en la conversación al preguntarle su opinión sobre el último libro que había leído, y Nandé provocó un pequeño escándalo al intervenir ansiosa en la charla. También ella había devorado recientemente **Los últimos días de Pompeya** y expresó con toda naturalidad su parecer. Doortje la miró desconcertada, pero no la reprendió, mientras que Juliet la regañó duramente.

—El servicio calla cuando los señores hablan, Nandé. Es una de las reglas básicas de una casa civilizada. ¿Acaso no es así en Sudáfrica, Doortje?

Doortje iba a contestar, pero se contuvo. En Sudáfrica, a una cafre se la consideraba simplemente demasiado tonta para intervenir en una conversación, y además nunca habría aprendido a leer y escribir. Pero en su país tampoco se habría hablado nunca sobre una novela de Bulwer Lytoon, sino solo sobre la Biblia, acerca de la cual tampoco había opiniones encontradas.

—Yo sería prudente, Juliet —advirtió en su lugar Matariki—. El libro señala muy bien que los señores a veces dependen de la amistad de los criados. Si Nydia no hubiese llevado a Glauco e Ione al puerto, los dos habrían muerto con la erupción del volcán. Atamie, cuéntale un poco a Juliet sobre las actividades volcánicas en Nueva Zelanda.

Los demás se echaron a reír, solo Nandé bajó avergonzada la mirada.

—¡Yo no permitiría que usted se convirtiera en cenizas, señor Pat! —dijo a media voz y muy seria a Patrick, mientras Atamarie hablaba sonriente de la última erupción del Ruapehu—. Ni la pequeña May.

Patrick le sonrió.

—Lo sé, Nandé. Y no me parece justo que la esclava se mate al final del libro. El señor Bulwer Lytoon tendría que haber encontrado alguna solución para hacerla feliz.

—¿Te ayudo con el corsé? —preguntó Kevin más tarde en la pequeña habitación—. Esta noche estabas guapísima, pero aquí no tienes que llevar corsé. Mi madre no lo hace, y Matariki y Atamie tampoco.

Doortje permitió que él le desabrochara el vestido azul claro estampado con flores. Era un vestido de tarde, pero demasiado elegante para el acontecimiento. Matariki le había dicho lo mismo, pero no quería hacer un mal papel junto a Juliet. Esta llevaba el vestido granate, una señal clara para Kevin. Para los demás solo una nueva aparición en un vestido demasiado provocativo. La indumentaria de Doortje no era provocadora, el escote era cerrado y con sus colores amables subrayaba su belleza natural. Habría sido un error maquillarse con ese vestido, mientras que el atuendo de Juliet casi lo exigía para obrar por completo su efecto.

—¿Te... te gusta? —preguntó Doortje vacilante—. ¿Te... te gusto?

Kevin sonrió. Ella nunca le había preguntado algo así. Se atrevió a besarle los hombros cuando el vestido se deslizó y la dejó al descubierto. Doortje se estremeció con los besos, pero no retrocedió.

—Siempre me gustas, pero especialmente con este vestido. Aunque todavía me gustas más sin vestido.

Kevin siguió besándole la nuca y los hombros. Antes ella se habría escapado. No obstante, estaba cada noche a disposición de su marido, cuando él quería, pero ella ponía las condiciones: lo esperaba con un virtuoso camisón y cubierta con la manta. Ese día, sin embargo, ni siquiera habían apagado la luz.

—Entonces... ¿te gusta esto? —preguntó él dulcemente entre beso y beso.

Doortje se volvió vacilante hacia él.

—No lo sé —admitió—. Pero... pero está escrito en la Biblia... —Kevin suspiró—. No, no... no es lo que piensas. He leído... el Libro de Salomón y el Cantar de los cantares.

Kevin sonrió.

—Bueno, no me lo sé de memoria, pero si no me equivoco... ¿no trata de dos pechos que son como cabritos o algo así?

Le bajó del todo el vestido, le desató el corsé y sus labios se deslizaron escote abajo.

—Como dos crías mellizas de gacela —precisó Doortje con un susurro y sintió que se le aceleraba la respiración con las caricias de Kevin—. Y está... está también en la Biblia holandesa...

Kevin rio levemente.

—¿Por qué no iba a estar ahí también? Si es la Biblia más bonita, cariño... O al menos es lo que siempre dices. Cuando regresemos a Dunedin buscaré el pasaje y me lo aprenderé de memoria. ¡Prometido!



Doortje meneó la cabeza y apretó su cuerpo contra el de él.

—No hace falta. Lo pronunciarías todo mal. Como «Mejuffrouw Doortje»...

Kevin la cogió en brazos y la llevó a la cama.

—Mevrouw Doortje... así está bien, ¿no?

Ella asintió.

—Perfecto —dijo satisfecha.

Ya a primera vista, Juliet se dio cuenta de que algo había cambiado. Entre Kevin y Doortje había una nueva forma de intimidad que no estaba la noche anterior. Se reían juntos y sus ojos brillaban... y Matariki, que también se percató de ello, no cabía en sí de contento. Juliet se mordió el labio. Algo debía de pasar.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —preguntó con fingida alegría y mordió una rebanada de pan con miel.

Volvía a llevar corsé e iba elegantemente vestida. Su vestido de casa le caía a la perfección. Doortje llevaba un vestido holgado de Parihaka, regalo de Matariki.

—Subiremos al poblado —respondió Matariki—. Quiero ver a mis amigos y Atamarie arde en deseos, por lo visto, de aprender algo más sobre el arte de confeccionar cometas, pese a que yo pensaba que ya lo sabía todo sobre aparatos de vuelo. Como sea, quiere comprobar si el *tohunga* de esta disciplina ya ha llegado.

—¡Mamá! —Atamarie se ruborizó.

—¡Y tú querías enseñarme el poblado! —sorprendió Doortje a todos—. Las tallas de las casas y...

Matariki asintió. Le parecía inaceptable que Doortje hubiese estado viviendo durante semanas en Elizabeth Station sin siquiera hacer una visita a sus vecinos.

—Ya verás que es muy distinto de los *krals* de África —observó Kevin—. Una forma de construcción totalmente distinta, que tampoco se puede comparar con las cabañas polinesias, ¿verdad, Riki?

Matariki se encogió de hombros.

—Yo todavía no he estado en las islas de las que proceden los maoríes. Pero sé que ahí hace mucho más calor que aquí. Así que habrán construido cabañas más aireadas, tal vez como las vuestras en África. Nandé, ¿quieres venir? Seguro que Juliet puede ocuparse de su hija. No estaría mal, Juliet. Más tarde será embarazoso que May no te reconozca en las reuniones sociales.

Juliet miró con ceño a su cuñada. Pero reconoció también que debía aprovechar la oportunidad. No parecía que Kevin fuera a dejar marchar a las mujeres solas. Y Patrick seguramente tendría cosas que hacer en la granja.

—Iré con vosotros —anunció tranquilamente. A Lizzie casi se le cayó la taza de la sorpresa. Juliet se echó atrás el cabello, un mechón se había soltado de su peinado perfecto y le resbalaba continuamente sobre el rostro, que ella despejaba con gesto seductor. Sin duda, el efecto que producía era buscado—. Si es que no os importa que me una al grupo. Siempre me han interesado las... tallas. —Sonrió sardónica—. Las estatuas de dioses griegos, por ejemplo... el David... —Deslizó la mirada por el cuerpo de Kevin, que no se dio cuenta.

—Eso es escultura —la corrigió Atamarie mientras saboreaba el desayuno—. La miel está buenísima. La hacéis vosotros mismos, ¿verdad, Patrick? Los escultores trabajan el mármol Los maoríes tallan la madera. O el pounamu. Un material muy interesante.

—Pero los caracteres sexuales primarios se encuentran también en nuestros tiki —observó con sequedad Matariki—. Seguro que Juliet se lo pasa bien.

Para su sorpresa, además de Atamarie, también Nandé reprimió una risa. Doortje y Lizzie no entendieron la indirecta, pero Matariki se preguntó si la muchacha negra estaría siguiendo el ejemplo de Violet y había empezado a leer alguna enciclopedia.

En efecto, Kevin acompañó a las mujeres al poblado. Lizzie se quedó en casa para cuidar de los niños. Llovía y Matariki y Atamarie lanzaban miradas ceñudas a la elegante señora de Nandé, a quien obligaba a sostener un paraguas para que la protegiera de la lluvia. Además, Juliet enlenteció la subida porque con el corsé y sus elegantes zapatos no podía caminar con ligereza. Las otras mujeres, que se resguardaban de la lluvia con pañuelos y chales, empezaban a tener frío. Para sorpresa de todos, Doortje no parecía darse cuenta de que el chal de lana le resbalaba de la cabeza y la lluvia empapaba su cabello rubio. Solo tenía ojos para Kevin y emanaba un resplandor interior.

En un descuido de la bóer, Juliet se acercó a Kevin mientras las demás mujeres charlaban.

—Tenemos que hablar —susurró.

Él asintió.

—Así es —convino—. A lo mejor encontramos la oportunidad de hacerlo en el poblado. Será rápido, Juliet, quiero terminar con lo nuestro de una vez por todas.

Ella sonrió.

Luego apareció el poblado a la vista de todos. Estaba cercado con un pequeño vallado, y rodeado por rediles de ovejas. También los ngai tahu las criaban y sus animales no iban a la zaga en cuanto a calidad a los de Michael.

—En la Isla Sur las construcciones son más sencillas que en la Isla Norte —inició la visita guiada Matariki—. El país es más frío y menos fértil, razón por la cual las tribus migran a otros lugares en busca de caza y pesca. En contrapartida, está menos poblada, la gente peleaba menos y apenas se producían enfrentamientos. Pero nuestra tribu es rica, también gracias a la cría de ovejas. No escasean los alimentos, alguna vez sus miembros migran por placer o para adquirir conocimientos, y en tales casos no se traslada la tribu entera. Así pues, el iwi se ha hecho sedentario y construido casas hermosas.

Debido a la lluvia había poca gente fuera, pero la noticia de que había visita no tardó en extenderse por el poblado. Las mujeres pronto se vieron rodeadas por los habitantes del lugar. Matariki, Atamarie y también Kevin intercambiaron hongí con la mitad del pueblo. Contemplaban asombrados a Nandé. Muchos, en especial los ancianos, nunca habían visto a una mujer negra. Admiraron la piel de Nandé y se rieron de la silueta encorsetada de Juliet.

—¿Qué les veis los pakeha a esas mujeres tan delgadas? —preguntó el jefe tribal.

Kevin se encogió de hombros sonriendo.

—Nosotros no imponemos la moda. Son las damas las que se encargan. Pero hazme caso, ariki, por las noches es divertido desenvolver un paquete así.

Atamarie no tenía ojos más que para un joven delgado y de mirada dulce al que asediaba un grupo de niños.

—¡Ven, Rawiri! ¡Las mujeres **pakeha** son aburridas! Y tenemos que terminar las cometas. ¡O llegará Matariki y no podremos saludar a los espíritus!

Ambos se sonrieron.

—Eso disgustaría a los espíritus —observó Atamarie—. Y entonces seguro que nos pondrían setos en medio del camino.

Rawiri sonrió.

—Sí, es mejor hacer buenas migas con ellos. Pero que no cunda el pánico, las **manu** estarán listas. Y más ahora que tenemos ayuda. ¿O no? —Lanzó una mirada interrogante a Atamarie.

Ella asintió.

—¿Tú también eres **tohunga** de **manu**? —preguntó una niña pequeña con cierto recelo.

—Mucho más que eso —susurró Rawiri como si desvelara un secreto—. Atamarie sabe volar. Pero ahora ven, sigamos con las cometas. ¿Vienes, Atamarie?

La muchacha se aproximó, levantó la vista hacia él y apoyó la nariz y la frente contra el rostro del joven cuando este se inclinó. Entonces entreabrió los labios.

Rawiri demostró que también dominaba el arte de besar **pakeha**.

En cuanto le fue posible, Juliet se llevó a Kevin a una de las casas de asambleas en esos momentos vacía. La lluvia había cesado y los habitantes del poblado habían salido para proseguir con sus tareas. La mayoría de los hombres fueron a cazar y pescar, pues necesitarían más comida para las próximas fiestas. Las mujeres se apropiaron de Matariki, Doortje y Nandé. Haikina y las otras querían recibir noticias de Parihaka, y las ancianas asediaban a Nandé con preguntas sobre su país.

Kevin comprobó que nadie los miraba antes de seguir a Juliet a la casa profusamente adornada con tallas de madera. En las paredes había figuras de los dioses del tamaño de seres humanos y cuya virilidad saltaba a la vista. Pero Juliet no les prestó atención.

—¡Ah, por fin solos otra vez! —suspiró—. Estar tan hacinados en la granja me pone enferma... Deberíamos dejar el apartamento de Dunedin y tener una casa de ciudad como Dios manda, con habitaciones de servicio en el sótano y habitaciones de invitados...

Juliet se acercó para rodearle el cuello con los brazos. Kevin reculó.

—Juliet, por favor, ya no quiero seguir...

Ella rio.

—Te repites.

Kevin inspiró hondo.

—Lo siento, pero lo digo en serio. Nunca más volveré a... Yo...

—Tú no tienes que hacer nada...

Juliet se agachó delante de él y le desabrochó los pantalones.

—¡Juliet! —Al querer desprenderse de ella, Kevin casi derribó una de las estatuas. Pero ella ya le había dejado el miembro al descubierto y empezado a acariciarlo y frotarse contra él—. Juliet, de verdad, hemos terminado y...

—Habrá terminado cuando yo lo diga.

Kevin corría el riesgo de abandonarse de nuevo, pero se sobrepuso y la cogió de los hombros para apartarla. Ninguno de los dos oyó la puerta.

—¡Kevin! —En la puerta de la casa de asambleas estaban Doortje y Matariki. Esta se volvió avergonzada, pero Doortje se quedó mirando a los dos en esa postura que no se prestaba a equívocos, como si no entendiese lo que estaban haciendo.

—Kevin... ¿qué... qué haces?

Juliet se echó a reír. Relajada en apariencia, se separó de Kevin y se puso lentamente en pie.

—¿A ti qué te parece, Doortje? —preguntó. Doortje no supo qué contestar. Tenía los ojos abiertos de par en par y se sentía como paralizada, vacía y fría. Juliet se arregló el vestido, que le había resbalado por los hombros y se echó el cabello atrás, mientras Kevin intentaba desesperado abrocharse discretamente los pantalones—. Ya deberías saber de qué se trata... —musitó sonriendo Juliet— eres una mujer casada. Y antes tampoco eras una hoja en blanco. ¿Sabes lo que creo, Dorothy? —Kevin y Matariki parecían igual de paralizados que Doortje, y Juliet prosiguió inmisericorde—: Creo que no sabes compartir, Dorothy. Y eso que ya tienes experiencia. Por ejemplo, con Colin... el querido Colin Coltrane. —Doortje palideció—. Antes que a ti, satisfizo a la dulce Chloé, y antes a la estimulante Matariki... ¿No se lo has contado, Matariki? ¿No le has hablado del padre de tu hija?

Doortje empezó a temblar.

—¡No es cierto! —se le escapó—. Con Colin nunca... nadie sabe aquí de Coltrane... Yo...

La sonrisa de Juliet se convirtió en una mueca de satisfacción. Había dado en el blanco y ahora retorció el cuchillo en la herida.

—¿Y la buena de Kathleen, la esposa del párroco? ¿Tampoco ella sabe que la has hecho abuela? Pero debería saberlo, Dorothy. Tu hijo es idéntico a ella. Es evidente que existe un gran parecido familiar. ¿Nunca miraste a la cara a tu amante?

Ante los ojos de Doortje se desvaneció la escena en la casa de asambleas. Vio el rostro de Colin Coltrane de nuevo ante ella, su rostro lleno de cicatrices y confuso, inclinado sobre ella con una lascivia loca y maligna. No tenía nada en común con los rasgos de Kathleen y Atamarie. Pero el cabello... el brillo metálico del cabello rubio que también tenían Atamarie y Abraham, eso sí que le había llamado la atención a Doortje. Y ahora Juliet decía que todos lo sabían. Todos conocían su deshonra. Más aún, Juliet creía que ella se había entregado a Colin por propia voluntad.

Doortje emitió un sonido ahogado. No era un grito, ya no tenía fuerzas para gritar. Dirigió a Kevin una mirada aturdida y desengañada. Se dio media vuelta y corrió al exterior. Ya no lo soportaba. No podía vivir con esa vergüenza.

Kevin miró a Juliet y su expresión satisfecha. En un arrebato de cólera, la golpeó.

Matariki lo sujetó y lo rodeó con los brazos.

—Déjala, ahora es demasiado tarde. Ve a buscar a Doortje. Tú... nosotros... tenemos que aclarárselo todo. Dios mío, ¿cómo has podido ser tan tonto!

La lluvia volvía a caer. Las mujeres habían regresado a sus casas o a la cocina, era hora de preparar la comida del mediodía. Los hombres todavía no habían vuelto de cazar... Y Doortje había desaparecido de la vista.

Kevin y Matariki recorrieron todo el poblado buscando pistas y preguntando, en vano. Atamarie y Nandé estaban en la cocina, donde las mujeres preguntaban a Nandé por platos de su país y a qué sabía el mijo. En África era un alimento básico de los negros pero los maoríes no lo conocían. Todas estaban inmersas en la conversación y en la preparación de la comida, no habían visto a Doortje desde que Matariki había ido a dar una vuelta por el poblado con ella.

Atamarie no entendía el nerviosismo de su madre.

—Tampoco puede estar tan lejos —observó—. Es probable que haya ido a dar un paseo, pero seguro que vuelve.

Matariki dejó a su hija, ignorante de lo que estaba sucediendo, y corrió bajo la lluvia para reunirse con Kevin. Tampoco él había averiguado mucho. El suelo del poblado estaba lleno de pisadas, había pasado tanta gente por delante de la casa de asambleas que era imposible distinguir las huellas de Doortje. Al menos para Kevin, que no era un gran rastreador y además estaba fuera de sí.

—Riki, si hace una tontería yo... —Tenía los ojos anegados en lágrimas.

Matariki lo rodeó con un brazo.

—Tranquilízate, esas cosas no van tan deprisa. ¿La ves capaz de hacerlo? ¿Con... con lo religiosa que es?

Kevin se encogió de hombros. Veía el semblante pálido de Johanna delante de él, su cabello largo y mojado tras haberla sacado del río. La otra hermana Van Stout, igual de religiosa, pero incapaz de seguir viviendo con esa vergüenza. Doortje lo había conseguido una vez, pero ¿lo lograría

una segunda?

Asintió.

Matariki volvió a dar otra vuelta por el pueblo. Se preguntaba adónde habría ido ella misma. Conocía muy bien el lugar y habría sabido dónde encontrar un lago o un precipicio desde el que lanzarse. Doortje, por el contrario, debía de haber corrido a ciegas hacia el bosque.

—Necesitamos buenos rastreadores —decidió—. Hemi, Rewi y Tamati. Aunque están todos en el bosque.

Pero los cazadores no tardarían en regresar, con la lluvia se esconderían tanto los pájaros autóctonos como los conejos importados, que eran las piezas de caza preferidas. Hasta entonces, sin embargo, poco se podía hacer.

Matariki regresó a la casa de asambleas para pedir cuentas a Juliet. No serviría de nada, pero necesitaba dar salida a su rabia e impotencia.

Pero la criolla también había desaparecido.

Los cazadores tardaron más de una hora en regresar, pero una vez ahí, encontraron las huellas de Doortje bastante deprisa. La joven había huido hacia las montañas, a través del bosque y evitando los caminos. Al principio había corrido, pero después los arbustos la habían obligado a aminorar la marcha. Además, la pendiente se hacía más pronunciada. Kevin escalaba tenaz tras los cazadores. Sabía dónde finalizaba esa cuesta. Seguro que había sido una coincidencia, pero Doortje había subido una montaña que por la otra cara descendía abruptamente a un valle. La vista desde ese precipicio resultaba arrebatadora y para los maoríes era un lugar **tapu**. Solo lo visitaban para meditar y unir su alma con el paisaje...

Kevin solo había estado una vez en ese mirador, cuando era un adolescente, con Patrick. Los dos habían leído acerca de unos ascensos espectaculares por montañas imponentes y habían decidido practicar un poco para en el futuro poder escalar el Everest. Hainga, la mujer sabia del lugar, había descubierto a los niños antes de que se mataran. Recibieron dos buenas regañinas: una de Michael y Lizzie por su insensatez, y otra de los amigos maoríes por vulnerar una zona **tabú**.

—Las huellas se interrumpen aquí —señaló Hemi cuando el bosque clareaba tras una subida de una hora aproximadamente y dejaba a la vista la quebrada.

Pese a la lluvia, el paisaje era impresionante. En el abismo que se extendía a sus pies serpenteaba un arroyo, y detrás se desplegaba un valle y luego colinas cubiertas de hierba o bosque. Al fondo del todo, casi en el horizonte, se entreveían los Alpes Neozelandeses cubiertos de nieve.

—Puede haber ido a la derecha o la izquierda —observó otro maorí—. Pero ya no hay más huellas. —El suelo era rocoso, y además estaba aplanado por los innumerables **tohunga** y sus adeptos que habían llegado allí en busca de sus dioses—. A lo mejor ha regresado por el camino.

Doortje se había desplazado por el bosque, donde había un sendero que llevaba al poblado. Acababa algo más lejos a la derecha. De hecho, debería haberlo visto.

—Eso sería comprensible. Debe de estar calada hasta los huesos.

El hombre siguió un trecho del camino, buscando en vano más huellas. Hemi y Kevin estudiaron mientras el fondo del precipicio.

—¿Qué... qué llevaba puesto? —preguntó Hemi con voz sofocada.

—Un vestido con los colores de la tribu de Matariki. —Kevin todavía veía ante sus ojos a su esposa, sentada frente a él esa mañana, desayunando resplandeciente. Por fin habían conseguido encontrarse uno al otro. Por fin todo había salido bien. Y ahora... Kevin Drury nunca se había sentido tan desgraciado y culpable—. Y encima un chal de lana. El de Lizzie, aquel azul viejo.

Estaba tan bonita, casi cubierta de pies a cabeza con esa prenda ancha y larga... Tenía un aspecto casi oriental, pero se había sonrojado cuando él había bromeado al respecto.

—En Oriente las mujeres se cubren el cabello ante todos, salvo ante su esposo —había comentado él—. Me honra que ahora también te cubras para mí en público.

Ahora recordó con sentimiento de culpa su respuesta:

—Entonces no te gustaba mi cofia.

Esa tarde había querido decirle lo mucho que le gustaba la cofia. Lo mucho que le había excitado el modo en que escondía bajo ella el cabello, cómo...

—El chal está ahí abajo —señaló Hemi.

A Kevin esas palabras le sentaron como una puñalada.

—¿Solo... el chal? —susurró.

Hemi se encogió de hombros.

—No lo distingo. Pero mira tú mismo. Allí, en ese saliente. ¿Lo ves? Puede que...

Kevin temblaba, pero asintió. Podía estar bajo el chal, u oculta por el saliente.

—¿Se puede descender por aquí? —preguntó a media voz.

Hemi negó con la cabeza.

—Sería **tapu** —respondió vacilante—. Pero igualmente podríamos hacerlo. Necesitaremos cuerdas y ganchos. Nos tendremos que atar. Bajar sueltos sería... No serviría de nada que también nosotros nos matáramos, Kevin... —Hemi apoyó la mano en el brazo de su amigo.

Kevin ya iba a protestar. Quería decir que valía la pena correr todos los riesgos del mundo por Doortje, que prefería morir antes que... Pero se contuvo. Si ella había saltado o se había caído, ya estaría muerta. Descender hasta allí solo serviría para confirmar la tragedia y recoger el cadáver. Hemi estaba en lo cierto: no era una urgencia ni justificaba el riesgo de hacerlo de inmediato.

—Entonces... —dijo Kevin, afónico— deberíais ir a buscar cuerdas y ganchos y... lo que necesitéis. —Pensaba en una camilla.

Hemi asintió.

—Ya irán los otros. Yo me quedo aquí contigo.

Kevin no necesitaba decirle que no pensaba desistir hasta encontrar a Doortje. Se sentó en las rocas cuando los hombres se marcharon. Hemi se instaló a su lado.

—Es culpa mía —musitó Kevin.

Hemi callaba. No había nada de lo que tuviera que persuadir a Kevin o por lo que consolarlo. Solo podía quedarse junto a él y hacer lo que sus antepasados hacían desde tiempos inmemoriales: ser uno con el mundo y el cielo, la montaña y el valle, el pasado y el futuro.

Tal vez también la esposa de Kevin había alcanzado algo así. Si bien su **maunga** debía de encontrarse muy lejos, en esa tierra extraña llamada África, con su calor, sus enormes animales y sus belicosos habitantes. Hemi intentó sentir el alma de la joven e influir para que también Kevin se sumara a su unión con la tierra, el mundo y los dioses tras el cielo...

Kevin estaba pasando por un infierno y Hemi necesitó de toda su paciencia para aguantar ese día en el borde del precipicio. Kevin no soportaba su forzada pasividad, se levantaba una y otra vez

y contemplaba el chal azul. Se estremeció cuando el día se despejó y sopló un viento fuerte que secó la prenda y la hinchó. ¿Estaría Doortje todavía con vida? ¿Se movería bajo el chal? Se preguntaba una y otra vez dónde se habrían metido los ayudantes, aunque sabía que se tardaba horas en organizar una expedición de rescate.

En el poblado maorí no había suficientes cuerdas, pero la noticia de la desaparición de Doortje ya había llegado a Elizabeth Station. Michael y Patrick recogieron todo lo que encontraron en los pajares y los establos. Michael también puso caballos a disposición para que el ascenso a la montaña fuera más rápido, y tanto Hainga como el ariki tuvieron la amabilidad de no decir nada sobre la inevitable violación del santuario. Haikina sugirió rodear el precipicio, y Patrick conocía un camino por el valle.

—Esto llevará al menos un día —señaló—. Pero, por muy triste que sea, si realmente se ha caído allí... nada podrá ayudarla. Disponemos de tiempo.

—¿Y las alimañas? —Era Nandé, que lloraba abatida desde que había oído que el chal descansaba en el fondo del abismo—. Para entonces se la habrán comido. La arrastrarán... Por favor, por favor, señor Patrick...

Patrick iba a contestar que en ese lugar no había animales salvajes suficientemente grandes para llevar a rastras el cadáver de una persona. Pero la expresión de la muchacha negra le conmovió.

Patrick no había entendido del todo lo sucedido en la casa de asambleas, solo había oído hablar de una pelea y de que Doortje y Juliet habían desaparecido. Conocía el paradero de Juliet, pues había regresado a Elizabeth Station y se había encerrado en su habitación, lo que a él le producía una vaga sensación de culpabilidad. Seguro que Juliet también estaba herida o trastornada, pero no tenía tiempo para ocuparse de ella, y tampoco quería hacerlo. En las últimas semanas, cada vez que se acercaba a su esposa, esta reaccionaba con un arrebató de rabia. A saber lo que tendría que escuchar ahora, lo que Doortje o Kevin, Matariki o quien fuera habrían hecho para disgustar a su Juliet.

—Nos ocuparemos de ello, Nandé —respondió a la muchacha negra—. Haremos por ella lo que podamos, te lo prometo. Pero tú deberías volver a la granja. Alguien tiene que ocuparse de la señorita Juliet. —Un fulgor asomó a los ojos de Nandé: un brillo de indignación o rechazo, un sentimiento que nunca se permitía. Su semblante permaneció inmóvil y nadie, salvo Patrick, interpretó sus pensamientos—. Lo sé, Nandé, es difícil tratar con ella —suspiró—. Pero para Juliet... para ella no todo resulta sencillo. Con algo de paciencia...

Nandé se mordió el labio.

—Se... se ha... —Pero calló. No era ella quien debía decírselo. Alguien tendría que hacerlo, pues medio poblado ya sospechaba lo ocurrido en la casa de asambleas. Matariki no había sido especialmente discreta. Ya había compartido, al menos con Haikina y Hainga, sus observaciones, incluso para agilizar el rescate y justificar que se vulnerara el tapu. A Nandé nadie había tenido que contarle nada, ya había visto en la mirada de Juliet lo que esta planeaba—. Entonces me voy —dijo abatida—. ¿Traerá... traerá a la señorita Doortje a casa?

Patrick se mesó el pelo.

—Lo intentaremos, Nandé. De momento... lo único que podemos hacer es rezar.

El anochecer cayó antes de que todo el material llegara al precipicio y los hombres estuviesen



preparados para el descenso. En invierno oscurecía antes. Michael y Hemi dieron a entender a Kevin que el rescate tendría que aplazarse al día siguiente.

—No podemos bajar de noche, y tampoco veríamos nada. Además, el cielo se está nublando, no contaríamos ni con la luna ni las estrellas. Pero nos quedaremos aquí arriba y mañana, en cuanto amanezca, bajaremos.

—Bastaría con bajar un espejo grande —observó Atamarie. Había subido a la montaña con Rawiri, se había instalado con él algo alejada de los demás hombres y mujeres y sugería otras posibilidades para cerciorarse del paradero de Doortje—. Para mirar debajo del saliente. No puede estar mucho más abajo. O mover el chal con un gancho por si la está cubriendo. Me parece peligroso bajar por ahí.

Rawiri sonrió.

—¿Te daría miedo bajar volando?

Atamarie se encogió de hombros.

—Menos que a pie. Pero necesitaríamos un planeador. Y para cuando lo hubiésemos construido, los hombres ya habrían bajado con las cuerdas o subido a caballo. Por otra parte, no creo que esté ahí abajo, al menos no debajo del chal. Mira el ángulo... Un ángulo de inclinación así no puede sostener algo más pesado que un chal. ¿A alguien se le ha ocurrido tirar una piedra grande abajo?

Rawiri le apartó con una caricia el cabello del rostro. Por primera vez la tenía entre sus brazos y, pese a la tragedia, razón por la cual se hallaban ahí, él se sentía enormemente feliz.

—Atamie, déjalo en manos de los dioses —sugirió con dulzura—. Nadie aquí quiere saber nada de ángulos de inclinación ni de colgar espejos con una cuerda, Kevin seguro que no. Tiene que ver con sus propios ojos lo que hay ahí abajo. Solo cuando se convierta en una realidad podrá seguir viviendo. Y será muy difícil para él. No quiero sentirme culpable si tú...

Atamarie se estrechó contra él.

—Pero a pesar de todo harías una cometa para que yo pudiese bajar... Te quiero, Rawiri.

Él la besó.

—La haría para ti —susurró—. Pero ahora nos vamos primero a Christchurch. Doy gracias a los dioses de que las Llanuras de Canterbury sean tan llanas.

Lizzie pasó una noche de pesadilla sumida en la incertidumbre. De buen grado habría cambiado el calor y el abrigo que le ofrecía su casa por estar junto a su marido y sus hijos. Había vivido con los ngai tahu y sabía muchos de sus secretos. Conocía bien el precipicio, y solo de pensar en descenderlo un escalofrío le recorría la espalda. Ya no solo estaba preocupada por Doortje, sino también por Michael, Kevin y Patrick. Le habría gustado montar en un caballo e ir a la montaña para evitar que cometiesen alguna tontería, pero estaba al cuidado de los niños. Esa noche había acostado ella sola a May. Juliet nunca se ocupaba de la pequeña y Nandé no estaba únicamente destrozada por la pérdida de Doortje, sino que se veía acaparada por su señora. Lizzie ya conocía las señales del mal humor de la criolla, que descargaba sin piedad en su sirvienta. En cierto momento, Lizzie se hartó y envió a Nandé a su habitación.

—La chica ya ha terminado por hoy, Juliet, en algún momento ha de concluir la jornada laboral—espetó a su nuera cuando la oyó llamar una vez más a la criada—. Acuéstate y duerme, y espero que mañana alguien me cuente qué ha provocado toda esta tragedia. Conociéndote, algo tendrás que ver tú en esto. Así que reflexiona un poco y deja en paz a Nandé.

A partir de ahí, Juliet no volvió a abrir la boca, pero la muchacha negra lloró toda la noche. A Lizzie le extrañaba que se lamentara tanto por su anterior señora. Debía de ser una relación extraña la de esos bóers con los nativos. Doortje no veía más que una esclava en Nandé, pero había insistido en no dejarla sola en África porque se sentía responsable de ella. Y Nandé había dejado a Doortje a la primera oportunidad que se le había presentado, pero ahora se afligía como si se tratase de un miembro de su familia.

Cuando por fin reinó el silencio en la casa, Lizzie bebió una copa de vino para poder conciliar el sueño. Casi se sentía culpable de no estar triste, pero no podía creer que Doortje hubiera muerto. Al principio no le había gustado la joven bóer, su terquedad y beatería la ponían de los nervios, pero, en cierto modo, también la impresionaban. A Lizzie le hacía gracia admitirlo, pero a veces pensaba que Doortje se parecía un poco a ella. Lizzie no habría llegado adonde estaba si no hubiese seguido con ahínco sus planes y se hubiese mantenido fiel a sus objetivos. Había tenido una vida dura y agitada, sabía lo que era pasar hambre y ser humillada.

Sin embargo, nunca había pensado en arrojar la toalla y tampoco podía imaginar que Doortje van Stout lo hiciera. Tal vez el vínculo de Doortje con su hijo no fuera especialmente efusivo; pero, pese a ello, Lizzie no creía que la bóer fuese a arrojarse por un precipicio y abandonar a su hijo. Y menos aún cuando algo sucedido con anterioridad le había planteado dudas respecto al padre del niño. Lo que Lizzie suponía que había ocurrido en la casa de asambleas se acercaba bastante a la realidad. Doortje estaba acostumbrada a las indirectas e infamias de Juliet. Para que las cosas hubiesen llegado tan lejos como para que Kevin temiera que se hubiese suicidado, debía de haber sido mucho más que una discusión fuerte.

Lizzie pasó media noche cavilando hasta caer en un sueño inquieto. Se despertó al amanecer. Los hombres debían de estar preparándose para el descenso y Lizzie dio gracias a Dios de que no lloviese... Se quedó un rato acostada pensando, luego se levantó y miró por la ventana. No aguantaba estar más tiempo en casa. Se puso un vestido y una capa y se marchó hacia la cascada. Su maunga. Cuando estaba preocupada y necesitaba reflexionar, solía ir allí, ya que, por mucho que fuera anglicana y adorara al reverendo Burton, sus dioses estaban allí.

Sin embargo, la figura ovillada que se protegía del frío nocturno tras una roca no tenía nada de divino. A la luz todavía pálida del nuevo día, Lizzie pensó que se trataba de un animal tembloroso, pero luego reconoció el cabello rubio de Doortje. La joven todavía no la había visto, acurrucada contra una piedra y el rostro pegado a las rodillas, que se abrazaba con los brazos. Su vestido ligero estaba empapado, sucio y desgarrado. No era extraño, pues debía de haber estado caminando extraviada por el bosque durante horas.

—¡Doortje! —Lizzie corrió hacia su nuera, quitándose ya la capa para cubrir a la joven—. Dios mío, pequeña, ¿por qué no has entrado en casa? ¡Kevin piensa que has muerto! Los hombres te están buscando en el fondo del precipicio... Era donde estabas, ¿no? Por todos los santos, Doortje, estás aterida de frío.

Preocupada, enfadada y por fin aliviada, todo a un mismo tiempo, Lizzie envolvió a la muchacha con la capa. Doortje temblaba, pero daba señales de vida. Parpadeó a la primera luz del día y su mirada, infinitamente triste, encontró la de Lizzie.

—He perdido tu chal —susurró—. En el precipicio. Quería... Lo siento...

Se acurrucó de nuevo. Lizzie no pudo evitar pensar en un animalito herido. Se agachó y la abrazó dulcemente.

—¿Qué ha ocurrido, Doortje? Cuéntame.

Al principio pareció que Doortje cedía al abrazo, pero luego se apartó.

—Colin Coltrane... —dijo—. ¿Tú... tú también lo sabías?

Lizzie distinguió desesperación en los ojos de Doortje y el deseo desamparado de poder confiar en su suegra.

—¿El qué, cariño, qué tenía que saber yo? —La roca en la que estaban sentadas estaba húmeda y fría, no era un lugar precisamente cómodo—. Sería mejor que entrásemos para hablar —propuso Lizzie.

Doortje sacudió la cabeza.

—¡No, mientras ella esté allí! No quiero volver a verla. Ella... ella lo sabía... pero... ¡fue totalmente distinto!

Lizzie se esforzó por dar sentido a sus palabras.

—Juliet. No quieres entrar en casa mientras esté ella. Puedo entenderlo... Pero ¿qué es lo que ella sabía, Doortje? ¿Y qué significa para ti Colin Coltrane?

—¿Entonces tú también lo conoces? —susurró Doortje—. También lo sabías. Es cierto lo que ella dijo. Y con Matariki...

Lizzie respiró hondo.

—Sí —dijo—. Ignoro de qué secreto estás hablando, pero conocí a Colin Coltrane. Sedujo a mi hija y luego a Chloé, con lo que Matariki aún tuvo suerte. Solo le dejó una hija encantadora; a Chloé casi le destrozó la vida. ¡Es un estafador y un mal bicho, Doortje, da igual lo que te hayan dicho de él! Aunque yo... yo no debería censurarlo... —Se detuvo, pero luego algo en su interior le dijo que le debía a su nuera un voto de confianza. Compartiría el secreto más oscuro de su vida con ella—. Yo destrocé su vida cuando maté a su padre. Nadie lo sabe, Doortje, solo Michael, el reverendo y yo. Fue en legítima defensa, no tengo nada que reprocharme. Pero soy culpable de que Colin creciera huérfano de padre... si bien Kathleen hizo por él todo lo posible. Fue una buena madre para todos sus hijos...

—¿Es cierto que Kathleen...?

La voz de Doortje era ahogada. Le caía bien Kathleen, confiaba en ella... pero también esa mujer la había engañado. Kathleen, a quien había considerado su amiga, era la madre de su torturador. Y también ella debía de estar al corriente del origen de Abraham...

Lizzie pasó un brazo por los hombros de su nuera. Entretanto, el sol ya había salido y Lizzie esperaba que pronto hiciese algo más de calor. Doortje se moriría con la ropa mojada. Pero por ahora no podía cambiar nada. Lizzie le acarició dulcemente la espalda y empezó a hablarle. Del amor de juventud de Kathleen y Michael, del hijo que habían tenido juntos, Sean, y del intento desesperado de Kathleen de dar a su hijo un apellido legítimo. Se casó entonces con el tratante de ganado Ian Coltrane y tuvo dos hijos más con él, Colin y Heather.

—Pero Colin prefería a su padre, y cuando Kathleen acabó huyendo de su marido, el hijo no quiso ir con ella. Se quedó con Ian y se convirtió en un granuja como él. Y cuando maté a Ian...

—¿De verdad mataste al padre de Colin? —preguntó Doortje, incrédula. Hasta ese momento no lo había entendido.

Lizzie asintió.

—Fue en defensa propia —repitió—. Él... él quería... —Tuvo que obligarse a seguir hablando. Ian Coltrane tenía la intención de violarla y matarla. Todo por el yacimiento de oro que había en la cascada que en la actualidad guardaba Elizabeth Station—. Quería matarme —dijo—. Por maldad y codicia. Le pegué con una maza maorí.

Doortje tembló, pero ya no de frío.

—Colin... —musitó— abusó de mí. Y de mi hermana. Mi hermana está muerta. Pero yo... yo sobreviví pero me quedé embarazada. Y ahora... ahora todos saben que Abe... que Abe no es el hijo de Kevin y creen... creen que engañé a Kevin con Coltrane. —Sollozó.

Lizzie estrechó a Doortje y la meció como a un bebé. Por fin entendía ella también.

—Oh, Dios, debería haberme dado cuenta —suspiró—. Abe tiene el mismo color de pelo que Atamarie, y cada vez se parece más a ella... Debo de haber estado ciega... Pero te lo juro, Doortje, ¡yo no sabía nada!

—Ni yo —gimió la joven—. Nunca habría venido aquí si hubiese sabido que todos se enterarían de... mi deshonra.

Lizzie agitó la cabeza.

—Pues yo no me he enterado hasta ahora —intentó calmarla—. Y Michael tampoco. Por tanto, supongo que nadie que no haya visto a Colin de bebé se habrá dado cuenta. Así que tranquila. En realidad, las únicas personas dignas de consideración son Kathleen y Matariki, y tal vez Claire Dunloe. Por muy buena voluntad que le ponga, ignoro cómo Juliet ha llegado a esa conclusión... Es posible que intuya más de lo que sabe. —Lizzie reflexionaba, y de pronto su rostro se endureció—. ¿O crees que Kevin...?

Doortje negó con la cabeza.

—No. No puede ser tan... tan tonto, se habría puesto en sus manos.

Lizzie rio.

—¿A causa de la paternidad? Bueno, sabes...

Doortje sacudió la cabeza con más vehemencia.

—No por... por el... el asesinato. Me vengué, Lizzie. —Doortje tomó aire—. Yo maté a Colin Coltrane. Con un cuchillo. Yo... pelaba patatas y... —Lizzie escuchó la historia boquiabierta. Doortje le habló de la muerte de Colin, de la participación involuntaria de Kevin en el hecho y de la idea de

Roberta de hacer desaparecer el cadáver—. Y Kevin se ofreció a casarse conmigo. Yo necesitaba... necesitaba un padre para mi hijo.

—Kevin debe de quererte mucho —dijo sencillamente Lizzie cuando su nuera hubo terminado—. Y no, no creo que haya hablado de todo eso con Juliet. Él...

Doortje se la quedó mirando.

—¿Por qué ha de hablar con ella? Si tanto me quiere, ¿por qué me engaña con ella?

Lizzie suspiró. A veces Doortje le recordaba a la ingenua niña del país de Oz...

—Doortje, Michael, al igual que Kevin, son en el fondo buenas personas. Hombres seductores, simpáticos, vitales... Michael siempre fue un amante maravilloso, y supongo que también Kevin se le asemeja en eso. —Doortje enrojeció al recordar la noche anterior—. Pero Michael siempre ha necesitado de una mujer que lo cuide —prosiguió Lizzie—. Kathleen era demasiado joven para eso cuando estaban en Irlanda. Y yo necesité la mitad de mi vida para entenderlo. Pero sin mí, Michael era como una hoja al viento, y Kevin es igual. En cierto modo, Juliet lo ha comprendido, lo domina, pero no es buena para él. Por fortuna, él lo sabe, aunque haya vuelto a dejarse seducir. Él... él ya huyó una vez de ella.

Lizzie tomó las manos frías y temblorosas de Doortje entre las suyas. Sabía que todavía desconcertaría más a la muchacha al hablarle de May y que era distinto revelar su propio secreto que la mentira de la vida de Patrick. Pero ahora lo único que servía era una franqueza sin piedad. En caso contrario, la hija de Kevin sería la próxima arma que Juliet utilizaría contra Doortje. Para sorpresa de Lizzie, Doortje casi asumió divertida la confesión.

—Kevin no es el padre de Abe y Patrick no es el padre de May... Y yo que siempre he pensado que esas raras historias melodramáticas que se publican en las revistas femeninas son demasiado rebuscadas... Pero... tú sí eres la madre de Kevin, ¿no?

Lizzie sonrió.

—Lo juro. Y en cuanto a los secretos: Kathleen sabe callar y Matariki también. Y estoy convencida de que ambas han hablado con Kevin en cuanto han notado el parecido entre Abe y Atamarie. Kevin no les habrá contado nada de la muerte de Colin, pero seguro que sí les ha dicho cómo nació Abe. Si consideras la violación como una deshonra, tendrás que hacerte a la idea de que hay un par de amigos que saben lo que te sucedió. ¡Pero nadie, Doortje, te cree capaz de haber engañado a tu marido!

La joven se pasó la mano por los ojos.

—Creo que ahora podré vivir con casi todo —respondió—. Salvo con Juliet. Crees que tengo que perdonar a Kevin, Lizzie... pero eso solo es posible si ella... si ella... bueno... ¿cómo consigo que se vaya?

Lizzie sonrió.

—No pienses en mazas de guerra ni en cuchillos afilados. Hay maneras más sencillas de deshacerse de gente como Juliet. Y podemos aprovecharnos de que es pronto... Ahora voy a enseñarte a lavar el oro, Dorothea Drury. Y con ello te admito definitivamente en nuestra familia, pues este secreto solo lo conocemos los Drury y los ngai tahu.

Juliet acababa de levantarse cuando Lizzie y Doortje volvían a casa. La bóer vacilaba, detestaba tener que hacer frente a Juliet, pero Lizzie insistió en que la acompañase.

—Lo soportaremos juntas, Doortje. Tal vez tendría que haberlo hecho hace mucho tiempo, pero no quería... no quería herir a Patrick. Vamos a destruir los sueños de esa mujer, Doortje, y vamos a partirle el corazón, no hay otro remedio. ¡Pero no me dejes hacerlo sola!

Doortje se la quedó mirando y en sus ojos volvió a asomar la dureza de una bóer.

—Los corazones no se parten tan fácilmente —sentenció severa, y Lizzie suspiró.

Las dos se reunieron con Juliet durante el desayuno. Nandé trajinaba en la cocina, preparando tortitas y con el aspecto de haber pasado la noche llorando. No cabía duda de que no tenía ganas de preparar un desayuno opulento, al menos no hasta que vio a Doortje. Soltó un grito y dejó caer la sartén. La grasa caliente salpicó la bata de Juliet, pero Nandé no hizo ni caso.

—Baas! ¡Mejouffrouw Doortje!

Nandé volvió a su lengua original. Balbuceaba palabras en un afrikáans elemental y se arrojó a los pies de Doortje para besarle la mano. La bóer la ayudó a ponerse en pie y la abrazó como a una hermana.

—Lizzie nos ha prohibido decir **baas** —murmuró Doortje con timidez.

Una sonrisa apareció en el rostro de Lizzie. Luego se volvió hacia Juliet, que empezaba a regañar a Nandé porque le había manchado la bata. Alzó la mano para hacerla callar; su gesto fue tan imperioso como la expresión de su rostro.

—Y ahora es tu turno, Juliet —anunció serena—. Ya tenemos bastante, Doortje y yo. Y Kevin, pues en estos momentos hablo también en su nombre. Patrick seguramente no opine igual, pero tampoco a él podría pasarle nada mejor que tu desaparición. Así que vayamos al grano. ¿Cuánto?

Doortje miraba sin comprender, y Juliet sonrió desconcertada.

—No entiendo —objetó—. ¿Cómo voy a irme? Soy la esposa de Patrick, ¿es que lo habéis olvidado? Y la madre de May. Tengo todo el derecho del mundo de vivir aquí.

Lizzie asintió.

—¿Cuánto? —repitió.

Juliet se apartó el pelo de la cara.

—¿Cuánto qué? —preguntó, hipócrita.

—Dinero, Juliet —respondió Lizzie—. De eso sí entiendes. Bien, hasta ahora lo has obtenido viniendo, en lugar de marchándote. Hagámoslo ahora al revés. Así que, ¿cuánto?

—¿Intentas comprarme? —Juliet se reclinó hacia atrás.

Lizzie gimió.

—Intentamos abreviar, Juliet. Tengo otras cosas que hacer. Pero está bien, te lo diré más claro: ¿cuánto dinero necesitas para marcharte hoy mismo?

—¿Adónde? —preguntó Juliet.

Lizzie se frotó la frente.

—A América. O a Europa. O a las islas Fiji. Cualquier lugar lejos de Nueva Zelanda. ¡Y deprisa!

Juliet rio.

—Las cosas no van tan rápidas. ¿O es que quieres comprarme un barco también?

Su suegra se encogió de hombros.

—Si no hay otro remedio. Pero te lo advierto: se hundiría. Así que, ¿cuánto?

Al final sonrió.

—Diez mil libras.

Lizzie contrajo el rostro.

—Vaya. Entonces prepárate, Juliet, al mediodía ya tienes que haber salido de casa. Puedes llevarte un coche, coge uno con toldo para no mojarte si vuelve a llover.

Juliet se la quedó mirando perpleja.

—¿Vas... vas a pagarme... diez mil libras? —Se le amontonaban los pensamientos y las palabras. ¿De dónde iba a sacar su suegra esa suma?

Lizzie, sin embargo, siguió hablando inmutable.

—Ve hasta Dunedin y deja el caballo en el establo de alquiler. Luego coges el tren a Christchurch. Llegarás hoy y te alojarás en el White Hart. En el plazo de tres días, a ser posible mañana, un abogado irá a buscarte. Tendrás que firmar el consentimiento del divorcio así como la renuncia total a todos los derechos sobre tu hija May.

—Hasta ahora no habíamos hablado de May —objetó Juliet—. Si... si tengo que renunciar a mis derechos sobre ella entonces... entonces quiero cinco mil más.

En el rostro de Lizzie solo había desdén.

—Resulta interesante comprobar que valoras en algo a tu hija —observó lacónica—. En fin, renunciarás por escrito y expresamente a todos los derechos sobre tu hija, y a cambio el abogado te dará quince mil libras en efectivo. Y te marcharás en el próximo barco.

Juliet sonrió.

—¿Y si no me voy? —inquirió.

El semblante de Lizzie se endureció.

—Hay hombres en este país que te ajustarían las cuentas por mucho menos que quince mil libras. No te pongas terca. —Dicho esto, se dio media vuelta—. Vamos, Doortje, iremos al poblado maorí y luego al precipicio. Que Nandé ayude a Juliet a hacer el equipaje, nos llevaremos a los niños. A lo mejor todavía podemos impedir que los hombres cometan la tontería de descender, aunque me gustaría recuperar el chal. Es muy bonito... y no hay que derrochar el dinero. —Dirigió una sonrisa cómplice a Doortje.

La joven pensó en el oro que Lizzie había escondido en el jardín. No cabía duda de que con él una podía comprarse muchos chales.

O librarse de Juliet Drury la Bree.

Las mujeres del poblado maorí se precipitaron llenas de alegría y sorpresa cuando Lizzie apareció con los niños y Doortje. Matariki las abrazó entre risas y llantos. Apenas si podía esperar a hablar con ellas.

—Kevin me lo contó todo, Doortje. ¿Te acuerdas de que la primera vez que vi a Abraham me retiré con él? Abe es el vivo retrato de Atamarie, enseguida supe que había gato encerrado. Kathleen también se dio cuenta nada más verlo, pero solo sabe de la paternidad... No sabe nada sobre la muerte de Colin, y tampoco tiene por qué enterarse. Y tienes que creerme: quería que Kevin te lo contara. Yo casi lo hice, todo habría sido mejor que lo que ha sucedido. Pero él... él no quería hacerte daño, Doortje, y sabía que de todos modos te lo hacía. Esa maldita Juliet...

—Ha pasado a la historia —dijo tranquilamente Lizzie—. Deberías habérmelo contado, Riki. Pero vayamos ahora al precipicio. Los hombres ya se han ido, ¿verdad?

Matariki asintió.

—Han acampado arriba —informó—. Kevin no quería perder tiempo. Querían bajar con la primera luz del día. —Calculó la posición del sol—. De hecho deberían estar de vuelta pronto... Ah, mira, ahí viene Haraki.

Haraki, un niño nervudo de unos diez años, cruzaba como un rayo la plaza del poblado.

—¡Traigo novedades! —jadeó—. Novedades de los hombres. ¡La wahine de Kevin no se ha caído por el precipicio! Pero Kevin...

Doortje no entendía ni una palabra del discurso maorí tan velozmente pronunciado, pero, por las caras de Matariki y Lizzie, algo no iba bien.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó a Lizzie, pero esta la detuvo, necesitaba concentrarse para entender al niño.

A continuación, Haikina le tradujo a Doortje.

—Kevin se ha caído. Tenía mucha prisa en bajar y al final del descenso calculó mal la altura. No sé si está gravemente herido, pero lo que sí es seguro es que no podrá subir por sus propias fuerzas y tendrán que rescatarlo de alguna manera. Deberíamos ponernos en camino con Hainga.

Hainga, la mujer sabia, también era la sanadora de la tribu.

Lizzie asintió.

—¿Kiri no está? —preguntó en voz baja.

Kiri, la nieta de Hainga, había aprendido el arte de la sanación tradicional, pero estudiaba Medicina en Dunedin. Lizzie no sabía en cuál de las dos confiaba más.

Haikina movió la cabeza.

—No. Quería venir para la fiesta de Matariki, pero no pudo...

—Pero no se morirá, ¿verdad? —susurró Doortje—. No debería... no ahora...

Matariki formuló otras preguntas a Haraki, que este respondió explayándose. Doortje estaba ávida de que se las tradujeran, pero Matariki hizo un gesto negativo.

—El niño no lo sabe —respondió lacónica—. Solo que Kevin todavía se movía, se veía desde arriba, y que podía hablar. Hemi está con él abajo, los otros intentan ahora rescatarlo con esa camilla que por suerte han llevado. Eso es todo lo que sabe. No le preguntes más o acabará inventándose las respuestas.

—Puede volver a caerse si intentan subirlo con la camilla —musitó Doortje—. Todos son... son



montañistas, ¿no, Matariki? ¿Expertos montañistas?

Matariki sacudió la cabeza.

—Nosotros no escalamos montañas, cuando lo hacemos es porque no hay otro remedio —respondió a su cuñada—. Pero no te preocupes. Atamarie y Rawiri también están ahí arriba. Y son técnicos. Atamarie calculará cualquier detalle antes de atar mal una cuerda. Si está vivo, lo subirán, seguro.

Doortje gimió.

—No debe morir. Que no muera él también... Yo tendría la culpa.

—Ayer le oí decir a él lo mismo —señaló Matariki—. Y tú tampoco estás muerta. Así que no te desanimes. Vayamos a ver qué ha ocurrido en realidad.

Las mujeres se apresuraron a subir la pendiente, pero no tuvieron que llegar hasta el precipicio. Los hombres salieron a su encuentro a mitad de camino.

Doortje se quedó helada cuando oyeron los pasos y las voces. Todo había sucedido más rápido de lo esperado, seguro que no habían tenido suficiente tiempo para rescatar con una camilla improvisada a un herido grave. Así que o no era tan grave o... o... No era necesario ser muy cuidadoso para subir un cadáver desde el precipicio.

Lizzie y Matariki albergaban los mismos pensamientos, pero se tranquilizaron cuando oyeron retazos de conversación. Hemi y algunos otros discutían sobre el posible paradero de Doortje. No habrían estado haciéndolo si se hubiese producido otra muerte. Doortje, por su parte, solo vio la camilla que llevaban dos hombres. Alguien yacía en ella cubierto con el chal de Lizzie.

—¡Kevin! —Doortje corrió hacia los hombres y se abalanzó sobre la camilla—. ¡Kevin...!

Apartó a un lado el chal y se quedó mirando las cuerdas que los hombres habían arrojado, sin molestarse en enrollarlas, en la camilla para transportarlas. Desconcertada, miró alrededor, pero no distinguió a Kevin entre los hombres.

—¡Doortje! ¡Oh, Dios mío, Doortje!

La voz de Kevin procedía de lo alto, y en ese momento Doortje vio los dos caballos que Michael había llevado al precipicio. Kevin estaba sentado en la silla de uno y parecía bastante maltrecho. Tenía el rostro lleno de arañazos y un brazo en cabestrillo. Doortje corrió hacia el caballo y abrazó la pierna de Kevin.

—¡Estás vivo, Kevin, estás...!

—¡Yo no he estado en peligro! —repuso Kevin, a lo que los hombres que estaban alrededor fueron incapaces de reprimir una carcajada. Patrick y Michael guiaban los caballos. Kevin solo no habría logrado montar.

—Se ha caído desde unos diez metros a un arbusto de espinos y es posible que se haya roto la pierna que no estás aferrando, Doortje —explicó Atamarie—. De lo contrario estaría gritando en lugar de hacer comentarios tan absurdos. Con suerte solo se la habrá dislocado. Esos setos amortiguan bastante las caídas.

Kevin y Doortje ni la oían. Michael apenas si logró evitar que Kevin desmontara para abrazar a Doortje. Se inclinaba todo lo que podía hacia ella, acariciaba con la mano sana el cabello y el rostro de la joven como si no diese crédito a estar viéndola.

—Cuánto he temido por ti —susurró—. Cuando vimos el chal allí abajo... y yo habría tenido la

culpa.

—No debería haberme marchado —murmuró Doortje—. Así no habrías tenido que bajar al precipicio... Pero ahora casi me he sentido culpable.

—¿Por qué no lo habláis después? —refunfuñó Matariki—. En el poblado, por ejemplo. En un lugar resguardado. —Empezaba a llover de nuevo.

Lizzie dio a Doortje su chal.

—Toma, aquí lo tienes de nuevo, pero la próxima vez lo pierdes en un lugar más accesible. Michael, llevamos a Kevin directo a casa... No tengo nada en contra de Hainga, pero quizá necesite un médico.

Kevin paseaba desesperado la mirada entre ella y Doortje.

—Madre, tal vez fuera mejor que fuésemos directamente a Dunedin. O que nos quedásemos con los ngai tahu hasta que Hainga me haya vendado. La pierna no está rota, no temas, enseguida estará bien. Pero no quiero que Doortje y Juliet...

—¿Qué ha sucedido antes entre Doortje y Juliet? —preguntó Patrick.

Doortje buscó la mirada de su marido, que la contemplaba suplicante. La muchacha luchaba consigo misma. También habían engañado a Patrick. ¿No debería saberlo? Pero entonces tal vez odiara para siempre a Kevin...

—Nada —susurró Doortje—. Nada, solo... solo hemos discutido. Ha sido... bastante grosera conmigo.

Patrick asintió.

—Me ocuparé de que no vuelva a ocurrir, Doortje. Créeme, haré algo. Esto no puede seguir así, no tiene derecho...

Doortje iba a responder, pero Lizzie le hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza. Patrick enseguida averiguaría que Juliet se había marchado.

Ya era de noche cuando todos llegaron a Elizabeth Station. Las mujeres del poblado maorí habían cocinado y dado de comer a los miembros de la expedición de rescate, después de haberlos sometido a varios procesos de purificación. A fin de cuentas, se había violado un **tapu**. Los sacerdotes y sacerdotisas de la tribu debían pedir perdón a los dioses y estar en paz con ellos. Hainga estuvo horas ocupada en ello, de curar las heridas de Kevin tuvieron que encargarse Lizzie y Doortje. La bóer reveló en ello una destreza sorprendente.

—Nosotros carecemos de médicos —explicó cuando Lizzie le preguntó—, y no se nos mueren todos los pacientes, que es lo que dicen los ingleses. —Miró a Kevin con severidad y él le contestó con una mirada llena de amor.

—Lo haces muy bien —dijo con dulzura.

Al final, la dilatada comida se convirtió en una fiesta, los músicos de la tribu tocaron sus instrumentos, empezaron a circular las botellas de whisky y las jarras de cerveza y cada uno de los miembros de la expedición contó con detalle sus vivencias junto al precipicio. Además, esa noche también esperaban la aparición de la constelación de Matariki, pero las estrellas no se dejaron ver.

Lizzie estaba bastante cansada cuando por fin llegaron a casa. Se había alternado con Doortje en llevar a Abe. Kevin iba a caballo, pero se encontraba tan bien que podía llevar a May delante de él en la silla. La pequeña era muy sociable, pero tras ese agitado día gimoteaba sin cesar. En el trayecto de vuelta a casa se quedó dormida. Kevin se la dio a Patrick cuidadosamente desde la grupa cuando llegaron a Elizabeth Station.

—La llevo a la cama. Nandé ya debe de estar durmiendo, y...

Mientras Michael ayudaba a Kevin a bajar del caballo —después de que le hubiesen vendado el pie, ya podía caminar con muletas—, Lizzie siguió a su hijo menor a la casa, agotada y temiendo su reacción. Vio que el joven llamaba con delicadeza a la puerta de la habitación de Nandé.

—¿Por qué no abre? —se extrañó—. Suele tener un sueño muy ligero.

Lizzie no quería abordar el tema esa noche, pero abrió la puerta del dormitorio silenciosamente. Se quedó pasmada al descubrir que solo quedaban los vestidos y baúles de Matariki y Atamarie.

—Se ha marchado —señaló Lizzie—. Lo siento.

Patrick la miró horrorizado.

—Se... ¿se ha ido? ¿No está? Nandé se ha... ¡Juliet! —Dejó a su hija en los brazos de Lizzie y corrió al dormitorio que compartía con su esposa—. ¡Juliet, mala pécora, qué has hecho, qué le has hecho!

Lizzie lanzó a Michael, que estaba entrando con Kevin, Doortje y el pequeño Abe, una mirada perpleja. Michael ya estaba al corriente, Lizzie le había contado la salida forzada de Juliet, al menos a grandes rasgos, pues lo del dinero quería dejarlo de lado de momento. Michael tampoco había tocado ese asunto, pero, para su sorpresa, enseguida se había referido a Nandé.

—¿Y qué sucede con la muchacha negra? —había preguntado—. ¿Se la lleva con ella?

Lizzie había fruncido el ceño. De hecho, ni ella ni Doortje habían pensado en eso.

—No, ¿por qué iba a hacerlo? Nandé la estaba ayudando a hacer el equipaje. No querrá acompañarla.

Michael había levantado los ojos al cielo.

—Lizzie, a Nandé no le preguntan si quiere o no quiere ir a un lugar u otro. Doortje la trajo aquí desde África. Luego Patrick le propuso otro puesto. Pero desde entonces Juliet la tiene en un puño. Para ella, la chica no es más que una esclava.

Lizzie, inquieta, se había mordido el labio. Había sido un error, estaba claro, dejar a Nandé con Juliet. Pero, por Dios, ¡ella tampoco podía pensar en todo! Y ahora Nandé había desaparecido con su señora, y Patrick...

—Juliet también se ha marchado —anunció él tras echar un vistazo al dormitorio—. Se ha... ¿Qué mosca le ha picado de repente?

Daba la impresión de estar atónito, pero no tan tocado emocionalmente y horrorizado como cuando había visto la habitación vacía de Nandé.

Lizzie respiró hondo.

—La he echado de casa, Patrick —dijo suavemente—. Lo siento por ti, pero aquí no encajaba. Ella misma lo sabía. Ella...

Patrick no parecía escucharla. Había vuelto a la habitación de Nandé. Alterado, abrió los armarios, como si esperase encontrar ahí la prueba de que la muchacha solo había salido a hacer un recado.

—¡No ha podido irse, así sin más! Y May. Yo... yo pensaba que la quería. A lo mejor no, pero...

yo creía que quizá también a mí... creía... creía que teníamos tiempo.

Lizzie movió la cabeza. No sabía cuántas veces tendría que repetírselo.

—Juliet nunca te quiso —dijo paciente—. Y nunca se ha preocupado por May. Ella...

Patrick se la quedó mirando.

—¿Quién habla de Juliet, madre? —preguntó impaciente—. No te molestes, ya hace mucho tiempo que soy consciente. Pero Nandé... yo... nunca hubiese creído que fuera a... a dejar sola a May.

—¿May? —preguntó Michael burlón. En su rostro apareció una sonrisa irónica.

Lizzie lo arrastró hasta su dormitorio.

—Ahora no te preocupes por eso, Michael —lo regañó, y soltó un suspiro—. Este asunto parece complicarse más de lo que yo creía. Pero quizá sea mejor. Mañana tengo que ir a Dunedin para hablar con Sean Coltrane. Esto no puedo llevarlo a término con un abogado desconocido. Pero por lo visto tendremos que pagar por el contrato de divorcio, por la niña y también por una esclava.

—¡Venga, ven con nosotros!

Caía la noche sobre Elizabeth Station y, cuando los Drury se disponían a esperar con sus amigos maoríes la aparición de las Pléyades, llegó la hora de marcharse. Atamarie y Matariki se habían puesto sus vestidos de fiesta y Doortje llevaba uno confeccionado en Parihaka. Resplandecía de felicidad, y a Kevin le sucedía lo mismo, aunque todavía estaba maltrecho después de la aventura del día anterior. Lizzie y Michael todavía no habían regresado de Dunedin, pero sin duda acudirían a la fiesta en cuanto llegasen. Solo Patrick permanecía con May en el dormitorio. Seguramente habría preferido la habitación de Nandé, pero allí estaban Matariki y su hija, y ambas llevaban una hora intentando hacerle cambiar de opinión.

—¡Deprimiéndote tampoco mejorarás las cosas! —señaló Matariki.

—¡Y así May verá las cometas! —añadió Atamarie.

Estaba de un humor estupendo y solo volvía a la granja para cambiarse, ya que pasaba las noches en la tienda de Rawiri desde que se habían reencontrado en la aldea. Había rechazado la propuesta del joven de aprovechar la fiesta para dormir juntos en el dormitorio comunal y con ello sellar su matrimonio.

—¡Para eso soy demasiado pakeha! —replicó—. Me imagino una boda en la iglesia con un vestido de Lady's Goldmine. —Río cuando Rawiri se la quedó mirando perplejo.

—Después podéis pasar una noche juntos en el dormitorio comunal —terció Matariki—, para cumplir con la tradición... a lo mejor en Parihaka.

Atamarie asintió.

—De acuerdo con dormir juntos. Cuando ya seamos una especie de «viejo matrimonio». Pero para todo lo demás no necesito testigos. Y, por el momento, dormir sería una pérdida de tiempo, ¿no?

Y al decirlo, le guiñó el ojo a Rawiri y acto seguido los dos se metieron en la tienda. Ambos parecían sumamente felices. Sus cometas se limitarían a transmitir a los dioses mensajes de agradecimiento.

Pero Patrick respondía negando con la cabeza a las bien intencionadas invitaciones.

—No estoy de humor para fiestas, Atamie. Al menos, no en sociedad. May y yo esperaremos junto a la cascada a que aparezcan las estrellas. ¡Solos! —Para dejar claro que la conversación había concluido se puso en pie, cogió a May en brazos y se dirigió a la puerta—. Y si me entran ganas de

enviar un mensaje a los dioses, no creo que quieran oír lo que tengo que decirles.

Atamarie rio.

—¿Quieres que te preste una **manu** con conexión directa con el departamento de quejas del cielo? —bromeó—. Todavía tengo una aquí, un **birdman**. Con una decoración muy trabajada, un mensajero muy distinguido. A lo mejor conmueve el corazón de una diosa y te trae a Juliet de vuelta.

Sin la menor intención de dejarlo solo, ella y Matariki lo siguieron al exterior.

—¡Mejor que no, Atamie! —Matariki suspiró y lanzó una mirada escrutadora al cielo. Todavía no habían salido las estrellas, pese a que no había nubes. Cuando aparecieran las Pléyades, sería fácil distinguirlas. Un buen presagio para el año nuevo, al igual que la partida de Juliet—. Ahora que todos estamos felices de que se haya ido... Porque también tú lo estás, si eres sincero, Patrick, ¿no es así? —Le pasó el brazo por los hombros—. Ya hacía tiempo que eso no era un buen matrimonio. Su continua insatisfacción, las peleas...

—¡Ya me ocupo yo de lo que para mí es un buen matrimonio! —Patrick se apartó enfadado de su hermana—. Hazme caso, yo le habría puesto punto final. ¡Pero no de esta forma! Había más cosas que solucionar.

—¿Entre Juliet y tú? —preguntó Matariki, sacudiendo la cabeza—. Pues si quieres saber mi opinión, ya estaba todo dicho.

Él se volvió hacia ella iracundo.

—¡No estoy hablando de Juliet! No... no sabéis nada, no...

Las mujeres bajaron tras él el camino. Conducía al estanque, no a la cascada, pero a Patrick, por lo visto, le daba igual. Lo único que quería era escapar.

Matariki sonrió.

—Se trata de Nandé, ¿no? Todo el tiempo me he estado preguntando si algo se estaba gestando ahí... Pero yo no abandonaré la esperanza, Patrick. Mamá ha mencionado algo al respecto... A lo mejor vuelve con Nandé.

Patrick resopló y apretó el paso, pero se iba quedando sin resuello, y con tres años May ya le resultaba pesada en brazos.

—Ya me he enterado —dijo—. Y no me gusta. ¡Ya tengo claro que madre ha tenido algo que ver en la partida de Juliet! Y eso es infame. Pero que, además, vaya a «comprarle» a Nandé, es... sería...

Patrick se detuvo de repente. Delante de él se hallaba la pequeña laguna alimentada por la catarata por la que caía el agua portadora de oro hacia el valle. Y junto al lago se arrodillaba una joven con el cabello negro y crespo cubriéndole la espalda. No se apreciaba demasiado de ella, solo que cogía agua con las manos y bebía. Pero no era necesario distinguir mucho más.

May soltó un grito alegre.

—¡Nandy! —chilló, tendiendo los brazos hacia la joven—. Papá, ¡May con Nandy!

La niña se bajó de los brazos de su padre y corrió todo lo deprisa que pudo hacia la joven, que en ese momento se enderezaba. Miró resplandeciente a Patrick y se inclinó hacia la niña. Nandé no llevaba zapatos y su uniforme de criada estaba sucio y sudado. Patrick la miraba sin decir palabra.

—Señor Patrick... no... no he hecho mal escapándome, ¿verdad?

Patrick levantó los brazos desconcertado.

—Puedes ir adonde quieras, Nandé —susurró, acercándose a ella—. Y lo sabes. Pero yo... yo me he entristecido cuando he visto que te habías ido. —Le tendió las manos, que la muchacha cogió

vacilante.

—Pero yo no me he escapado de usted —dijo Nandé—. He... ¿marchado, se dice, hacia usted?

Patrick sonrió.

—Regresado con usted, Nandé —la corrigió—. Pero ¿de dónde vienes? ¿Y cómo es que estás...? Pero no, eso no importa ahora. Ven, debes de tener hambre. ¿Has venido a pie? ¿Desde dónde?

—Desde Dunedin, señor Patrick —respondió la chica tranquilamente—. La señorita Juliet quería que me quedase con ella. En Christchurch y luego en América, pero yo no quiero ir allí. Y he estado pensando en lo que la señorita Doortje leía en la Biblia, que hay que ser buenos siervos. Pero también en lo que usted dijo, que yo soy libre. Y sobre lo que la señorita Violet dijo acerca de las mujeres y los... sindicatos... —Con motivo del festival de arte, Violet había pronunciado una conferencia sobre la lucha de las mujeres por el derecho al voto, en la cual desempeñaron un papel importante las primeras mujeres organizadas en el sindicato de modistas—. Y entonces, cómo se dice... hice polvo con los pies.

—Puse pies en polvorosa, Nandé. —Patrick parecía dichoso.

—Tenía que comprar algo para comer antes de que saliera el tren, pero me marché. Con el dinero. Todavía lo tengo aquí, señor Patrick. ¡No quería robar!

Nandé lo miró parpadeando. Parecían más cómplices que señor y sirvienta, o como si fueran dos... amantes.

Pero a Atamarie le preocupaba otra cosa.

—¿Has hecho todo el camino a pie? ¿Desde Dunedin? ¿Más de sesenta kilómetros?

Nandé asintió.

—En mi pueblo somos todos buenos corredores —respondió orgullosa—. Pero ahora estoy un poco cansada. ¿Puedo quedarme aquí?

—¡Nandy! —repitió May y luego, para sorpresa de todos, añadió—: ¡Mamá!

Matariki frunció el ceño.

—¿No había dicho hasta ahora solo la palabra «papá»? —preguntó.

Nadie había presenciado nunca una conversación entre Juliet y su hija.

Patrick sonrió.

—A lo mejor se refiere a que le gustaría tener una nueva mamá...

—¡Y ya ha elegido a cuál! —Atamarie rio—. Qué niña más lista... Pero ahora, en marcha, tenemos que ir al poblado. Está oscureciendo y Rawiri me estará esperando.

—¡Mirad! —Matariki levantó los ojos al cielo. En el firmamento brillaban las primeras estrellas y las más deslumbrantes eran los ojos del dios Tawhirimatea. La luminosa estrella Whanui con las seis estrellas menos resplandecientes de su séquito.

Ka puta Matariki ka rere Whanui.

Ko te tohu tena o te tau e!

Matariki saludó la constelación, cuyo nombre le habían puesto, con una antigua canción. Atamarie se unió a ella y las dos abrazaron a Patrick, Nandé y a la pequeña May, que las acompañó con sus gorgoritos.

—¡Feliz año nuevo!

También arriba, en el poblado maorí, la gente reía, danzaba y se abrazaba. Rawiri y sus alumnos remontaron las primeras cometas y los niños empezaron a dirigirlas con sus *karakia* y a saludar a las estrellas. Solo los ancianos lloraban y se lamentaban, como cada año.

—¿Por qué lloran? —preguntó Doortje a su marido, como Atamarie había preguntado a su madre siendo niña—. Pensaba que Matariki era una fiesta alegre.

Kevin asintió.

—Matariki es la fiesta del cambio de año. Un fin y un principio. Matariki sale, y los ojos del dios se posan sobre nosotros después de haber estado lejos mucho tiempo. Los ancianos de la tribu le cuentan lo que ha sucedido durante este período. Vuelven a llorar a sus muertos de este último año y lamentan todo lo malo que le ha ocurrido a la tribu en los meses pasados. De este modo concluye el duelo y los muertos van con sus antepasados, se convierten en parte del pasado. Después de esta noche ya no se los recuerda con lágrimas y furia. Forman parte del recuerdo y con ello determinan también el futuro.

—Una... bonita costumbre —dijo Doortje vacilante—. ¿Crees... crees que ese dios maorí estaría dispuesto a... a escucharme también a mí?

Kevin la besó.

—Pues claro. Basta con que te reúnas con los ancianos. Canta con ellos, háblales de tu familia, de aquellos que has perdido, cuéntales cómo es tu país... Te entenderán. Los hombres y las estrellas.

—¿Y si lloro? —preguntó Doortje con voz ahogada.

—Pues llora, Doortje. Como los demás. Hoy todavía es el momento de llorar. Mañana es el futuro.

Kevin la rodeó con un brazo y la condujo al grupo de los ancianos. Hainga le indicó que se sentase y la introdujo en el círculo del duelo y de las antiguas melodías.

Doortje Drury van Stout lloró esa noche por primera vez desde que era niña y su padre la había reñido por hacerlo. Con el rostro anegado en lágrimas, lloró por sus muertos, pronunció los nombres de sus padres y sus hermanos y se lamentó por su hogar perdido y su tierra vejada.

Pero Kevin la sostuvo entre sus brazos y el viento seco de la noche enjugó sus lágrimas. Por la mañana la despertaron las canciones de los niños. Atamarie y Rawiri remontaron sus cometas y sus sueños hacia los dioses. Y las coloridas *manu* se llevaron consigo la tristeza.

## EPÍLOGO

¿La Isla Sur hogar de un pionero de la aviación, que consiguió despegar su máquina voladora de motor antes que los hermanos Wright?

También yo me quedé estupefacta cuando empecé a investigar con más profundidad de dónde procedía el nombre del Richard Pearse Airport de Timaru. Richard Pearse fue uno de los primeros del mundo en realizar un vuelo con motor y son muchos los indicios que señalan que pasaba sobre Waitohi meses antes de que los hermanos Wright lo hicieran en su país. Hasta aterrizar en un seto de retama. Lo que les ocurrió a Wilbur y Orville Wright no fue demasiado distinto. Sus primeros aterrizajes fueron igual de blandos, aunque menos espinosos: sobre dunas de arena. Por otra parte, la fecha del primer vuelo es controvertida, pues no se ha encontrado ningún testigo oficial de los intentos de vuelo de Pearse. Nunca invitó a representantes de la prensa o especialistas para que presenciaran sus vuelos, y tampoco los documentó. Sin embargo, no careció de testigos casuales como vecinos o miembros de la familia.

Actualmente se encuentran en internet entrevistas por televisión y radio con sus contemporáneos. El hecho de que al parecer ninguno se acuerde de si Pearse despegó los primeros meses de 1903 o en 1904 se explica por la sencilla mentalidad del habitante del campo, que entonces no se preocupaba por las fechas. A mí esto no me resulta digno de crédito, un campesino que por primera vez viera volar sobre sus campos un avión, ¿recordaría si estos estaban cosechados o no! E incluso si uno no recuerda concretamente una fecha, suelen darse referencias temporales en el ámbito personal que hacen posible averiguarla posteriormente. Dado que nadie insistió en dilucidar la cuestión, quedará para siempre sin resolver y Richard Pearse permanecerá en la segunda o tercera fila de los pioneros de la aviación. Por otra parte, debió de mantener correspondencia con los hermanos Wright, aunque no se sabe si fue antes o después de su propio vuelo o el de ellos, ni en qué medida. Los datos que aparecen al respecto en mi novela son ficticios. También he inventado su actividad como asistente del Canterbury College y su participación en la expedición al Taranaki, y por supuesto su historia de amor con Atamarie y con Shirley. De hecho, Richard Pearse permaneció soltero toda su vida y no se le conoce ninguna relación estrecha con mujer alguna.

La mayoría de los datos que aportó en esta novela sobre la vida de Pearse, su historia y su trasfondo familiar, se corresponden con la realidad. Respecto a un par de detalles, como la cantidad de caballos de vapor del motor que utilizó y similares, las fuentes discrepan, por lo que no he intentado verificarlo y he recurrido, simplemente, a lo más adecuado para la narración. No soy una experta en aviones y, pese a mis esfuerzos por ponerme al corriente, los ingenieros aeronáuticos encontrarán tal vez errores, por lo que pido disculpas anticipadas.

He variado la historia de Pearse solo en una ocasión: el inventor no se mudó en 1904 de su antigua granja de Christchurch a otra nueva en Otago, sino en 1911. Los motivos de que lo hiciera debieron de ser los mismos que los que se describen en el libro, pero todo sucedió con demoras difíciles de explicar. Sigue habiendo lagunas en los documentos relativos a su vida, así como extrañas incoherencias, como el hecho de que afirmara que nunca había llegado realmente a volar. Todo ello constituyó también la causa de que me lanzara a especular sobre el estado mental de Richard Pearse. El hombre de quien Atamarie se enamora sufre una dolencia maniáco depresiva, una enfermedad que todavía no se conocía a principios del siglo XX, sino que se calificaba de melancolía. Tal trastorno explicaría gran parte del recorrido vital de Pearse, y en cierto modo



incluso las preocupaciones de su entorno por no dar demasiada publicidad y fama al inestable vecino, amigo, hijo y hermano. Sin embargo, son licencias de autor. El único indicio real de una enfermedad psíquica se encuentra al final de la vida de Pearse. En 1951 fue internado con una paranoia grave en una clínica psiquiátrica de Christchurch, donde moriría dos años después.

A diferencia de Richard Pearse, el profesor Dobbins, director del Canterbury College of Engineering, es un personaje de ficción. No obstante, se inspira en el auténtico profesor Dobson. Fue uno de los fundadores de la facultad de Ingeniería y residía en Nueva Zelanda en los años en cuestión. No se puede comprobar, empero, si además de su trabajo habitual en Christchurch —la ciudad le debe, entre otras cosas, la red de canalización del agua urbana—, todavía daba clases en la universidad. El plan de estudios de la universidad es auténtico, aunque resulta bastante improbable que una chica se licenciara tan pronto en Ingeniería. En teoría habría sido posible, las universidades neozelandesas admitieron muy pronto a las mujeres entre sus estudiantes, a menudo inmediatamente después de su fundación.

El Egmont National Park se creó, en efecto, en 1900, pero yo me he inventado que hubiese una expedición encargada de la mensura topográfica.

Todos los datos sobre el arte de confeccionar cometas maoríes proceden de fuentes auténticas, las *manu*, tan artísticamente construidas, todavía hoy forman parte de esa cultura. Las referencias a los vuelos con cometas realizados por hombres no son más que leyendas, por eso también he renunciado a hacer volar a Atamarie y Rawiri en sus alas delta.

La implicación de Nueva Zelanda en la guerra bóer y la historia de los Rough Riders se reproduce fidedignamente, así como las condiciones de los campos de concentración. Además, este concepto se utilizó por primera vez en relación con los campos de Sudáfrica. No obstante, el de Karenstad es ficticio, aunque se inspira en el de Kroonstad.

La población de Wepener se sitúa en el libro «en la frontera con Basutolandia». Es donde todavía se encuentra, pero Basutolandia es Lesoto en la actualidad. Los ponis del mismo nombre se han conservado, todavía siguen siendo robustos animales para montar o de trabajo, miden un metro cuarenta y cinco hasta la cruz y suelen vivir asilvestrados en las montañas sudafricanas de Malutiberge y Drakensberg.

En cuanto a la historia de las carreras de trotones en Nueva Zelanda, es cierto que las competiciones citadas se celebraron, la New Zealand Trotting Cup, en noviembre de 1904 por primera vez.